31761 095447603

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/mariamemoriasdeu02fern

MARIA...

LS
F3674 mar

M. GUIJARRO, EDITOR.

MARIA...

(MEMORIAS DE UNA HUÉRFANA)

POR

D. MANUEL FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ.

TOMO II.

299138
4. 34
17

MADRID
IMPRENTA Y LIBRERIA DE MIGUEL GUIJARRO
CALLE DE PRECIADOS, NUMERO 5
1868.

Esta obra es propiedad de Miguel Guijarro, y nadie, sin su consentimiento, podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

SEGUNDA PARTE.

UNA HISTORIA DE HISTORIAS.

CAPITULO PRIMERO.

PRELIMINARES DE ESTA SEGUNDA PARTE.

I.

Era el dia 25 de julio de 1854.

Madrid estaba literalmente cubierto de barricadas, y el pueblo armado que se habia batido durante tres dias se agrupaba en ellas.

Habia echado abajo una vez mas un gobierno inmoral, corruptor, imposible.

El pueblo creia haber salvado definitivamente la libertad.

Pero aquellos acontecimientos están juzgados por la historia contemporánea.

Aquel movimiento empezó por una generosa y noble sublevacion del pueblo, y sus resultados terminaron dos años despues por una cobarde traicion de partido.

La sangre del pueblo habia sido inútil.

Pero volvamos á nuestro asunto.

II.

Madrid estaba, como hemos dicho, literalmente cubierto de barricadas, y deseando la resolucion de aquellos acontecimientos dentro de un órden admirable.

Nadie habia tenido que temer, nadie mas que los polizontes, señalados ya muy de antemano por la cólera popular.

Por todas partes carteles en que se leia: *Pena de muerte al ladron*, garantian la propiedad.

El pueblo español sacudia de sobre sí un peso que se habia hecho insoportable, aprovechando una lucha de partido, y pretendió emanciparse.

Se creia salvado, y aplaudia y apoyaba á todo el que le hablaba de libertad.

Porque el pueblo español ha sido, es y será siempre libre, dentro de sus creencias, de sus tendencias, de su civilizacion.

Hoy menos que nunca tenemos libertad para escribir en cuestiones políticas.

España se encuentra, en el momento en que escribimos, en un rudo momento de prueba, abandonada á sí misma.

Nosotros tenemos una gran confianza, una confianza ciega en ese sentimiento de independencia, de órden y de libertad de los españoles; nosotros sabemos muy bien cómo terminará esta situacion, sea cualquiera la solucion que la nacion adopte, pero no queremos aventurar un pronóstico que podria provocar contra nosotros suposiciones: no queremos el honor de la profecía. Pero estamos tranquilos: en España, todo lo que ha hecho el pueblo por sí mismo ha sido grande y generoso: grande y generoso será lo que el pueblo español haga hoy, y tan inesperado que asombrará á Europa.

Estamos completamente tranquilos: España es una nacion rica, fuerte y brava.

España alienta los grandes principios de la libertad, de la independencia y de la dignidad nacional.

Se ve obligada á constituirse de una manera nueva: ella se constituirá.

Todo lo que la desacreditaba, todo lo que la enervaba, todo lo que la sumia en un marasmo, ha muerto: no tiene que hacer otra cosa que limpiar de lodo su manto de púrpura, y esto no es mas que el ligero trabajo de una frotacion.

¡Lo han querido! ¡sea! Han creido que el pueblo español era un cordero cuya lana y cuya carne pudieran venderse á bajo precio, y

el cordero se les convierte en leon que les aterra. ¡Bien! Yo conozco, lo repito, las dos soluciones indeclinables que puede tomar el pueblo español: yo sé que á cualquiera de estas dos soluciones se puede llegar con sangre ó sin sangre: todo consiste en que la prudencia de los partidos sea tanta como la prudencia nacional; pero cuando España se reconstituya, con sangre ó sin ella, habrá dado un gran paso, un paso inmenso en el camino de su libertad.

Europa mira á España y no ve: Europa, que habia calificado de una manera injusta y apasionada á España, no puede comprender el aspecto original, estraño, que hoy tiene España: Europa comprende en fin que España es una nacion demasiado importante para que sus acontecimientos no inspiren un gran cuidado á esas mismas naciones que antes la despreciaban.

España, sin pretenderlo, y ocupándose de sus propios negocios, conmueve á Europa.

Con un solo estremecimiento hemos conquistado nuestra respetabilidad. Adelante: volvamos á nuestra novela: lo que ha de suceder sucederá, y lo que sucederá será altamente honroso para España, sea lo que fuese.

III.

Habia el 20 de julio de 1854 en Madrid barricadas cuya razon no se comprendia, porque en el lugar en que estaban situadas era de todo punto imposible un combate.

Las habia porque las barricadas eran la moda del momento.

De la misma manera que las barricadas que circunvalaban la Puerta del Sol y las avenidas de los cuarteles eran imponentes y amenazadoras, como las que existian en los grandes centros de la poblacion, las de las callejuelas, las de los estremos, tenian un no sé qué de candoroso y de tranquilizador inapreciable.

En estas barricadas inofensivas daban la guardia buenas gentes de la vecindad, no siendo estraño ver una mujer de centinela, mientras que en las del centro y en las de las inmediaciones á lugares fuertes, se veian hombres de rostro duro, de mirada audaz y fiera, gente del bronce dispuesta á batirse en el momento en que fuese necesario.

IV.

La calle de la Morería es una de las calles en la cuales no se comprendia una barricada.

Habia sin embargo tres.

Una á un estremo, otra en el centro, y otra al otro estremo.

Junto á la barricada del centro, guardada por gente á todas luces inofensiva, por bravos vecinos, habia una gran casa de aquellas viejísimas solariegas, de la nobleza que en otros tiempos vivia en la antigua villa, y que abandonadas despues al estenderse la poblacion, habian quedado desiertas ó habian sido convertidas en casa de vecindad.

Este casaron tenia un gran pórtico del Renacimiento con olor á gótico, un gran portal en que habia un cuadro ennegrecido, aunque á duras penas se distinguia bajo el polvo, y á causa de las injurias del tiempo, la imágen de una vírgen de los Dolores, delante de la cual pendia un farolillo, siempre encendido desde tiempo inmemorial, y que á pesar de la revolucion no habia dejado de encenderse, y despues de este gran portal, un inmenso patio con galerías sostenidas por columnas y arcos de medio punto, tanto en la parte baja como en la superior.

Algunas puertas de nogal, rica y profundamente talladas, aparecian acá y allá, tanto en la parte baja como en la alta.

V.

El portal servia de cuerpo de guardia á la gente de la barricada, que disponia tambien del patio y de la parte baja, convertida por las circunstancias en hospital de sangre.

Allí habia algunos de los que habian sido heridos en la plazuela de la Cebada.

Algunos mancebos de botica convertidos en practicantes, cuatro hermanas de la Caridad y cuatro enfermeras cuidaban de ellos.

Una rica y hermosa señora, la baronesa de Castell-d'oro, propie-

taria de aquel casaron abandonado, le habia cedido al pueblo, y habia hecho mas: le habia provisto de cuanto era necesario para crear un hospital.

Camas, colchones, sábanas, mantas, vajilla, vendajes, hilas, utensilios, todo habia sido dado por Alfonsina.

La sociedad de San Vicente de Paul habia procurado las hermanas de la Caridad, que se relevaban todos los dias; los mancebos de las boticas del barrio turnaban, y turnaban los vecinos; y en cuanto á médicos, se disponia de todos los del barrio.

La inspeccion superior, la jefatura, por decirlo así, habia sido conferida por sufragio universal á Alfonsina.

Esta no reposaba, no vivia: su presencia era continua en el hospital, y un gemido un poco mas acentuado, mas doloroso, de uno de los heridos la atraia.

VI.

El órden de nuestro relato nos obliga á ser un tanto incoherentes.

Hemos tropezado con Alfonsina seis meses despues de habernos separado de ella, y tenemos que decir la situacion en que se encontraba.

Lo primero que se notaba en ella era una especie de cansancio, una especie de languidez, una profunda melancolía del espíritu.

Este estado del alma de Alfonsina le habian determinado los sucesos que habian tenido lugar, y cuyo relato liga esta segunda parte como la primera.

VII.

Los sucesos se habian aplazado.

Alfonsina habia tenido que tomar una parte demasiada activa en ellos.

En el momento en que fueron reducidos á prision, como no podia menos de ser, Clotilde y Cristóbal, Alfonsina se fué casa de Anastasio.

En ella encontró al marqués.

En el estado en que el marqués se encontraba se veia obligado á esconderse y á estar dominado siempre por el temor de ser preso.

Él habia tomado una parte importantísima en la falsificacion de billetes.

Una falsificacion tal no se hace, no puede hacerse, sin montar un taller, y para esto se necesita dinero.

Vicente el Lobo era, á mas de bandido, un hombre hábil, astuto, inteligente y audaz.

El marqués le procuró el dinero necesario para montar la fabricacion de los billetes; dinero que habia salido en grandes cantidades de la caja de Alfonsina, de la cual, como tutor, estaba apoderado el marqués.

Algunas cartas importantes escritas por este al Lobo le comprometian.

El marqués sabia demasiado que una vez preso el Lobo, debia procurar unir á la causa á una persona influyente, colocada en cierta posicion, para que el proceso no fuese llevado con todo el rigor de la ley.

Entre nosotros, las influencias, el pandillaje, han llegado hasta la justicia.

Esto lo sabe todo el mundo.

El marqués pues estaba fuertemente comprometido.

VIII.

Contando con Alfonsina, el marqués podia tener una fundada esperanza de escapar bien, porque nada se podia negar por nadie, como no fuese lo imposible, á una jóven tan hermosa y tan rica como Alfonsina.

Y estaba muy lejos de ser imposible descartar del proceso de falsificacion al marqués, destruyendo las pruebas que le comprometian; pero Alfonsina tenia, y con razon, miedo de su tio, y aprovechó la ocasion de deshacerse de él.

IX.

El maqués le dijo todo lo que podia hacer por él; pero Alfonsina declaró que ella no iria á verse con ningun curial por nada del mundo, y se mantuvo inflexible.

Acerca de lo que tocaba á la persona del marqués, le dijo:

—Yo no quiero de ningun modo, ni que sufras los resultados de una sentencia, ni que tu nombre sea infamado: tú has sido un loco, mi querido Juan; tú no has reparado en nada; tú habias previsto un dia en que yo me armaria de energía y pondria un coto á tus locos gastos para no ser arruinada, aunque para ello me hubiese visto obligada á apelar á las leyes, y has echado mano del primer medio que te se ha ocurrido, sin ponerte á meditar lo comprometido de este medio. La cuestion para tí era una sola: dinero, dinero, y siempre dinero. Ha sucedido lo que debia suceder: la falsificacion ha sido descubierta, y ha puesto delante de la justicia á los falsificadores: has sido imprudente, y te ves cogido en la misma red que tus socios. ¿Y qué quieres que yo haga? ¿que vaya á bajar la cabeza delante de jueces y escribanos, y que suplique á los hombres del gobierno para que interpongan su influencia, haciendo el triste papel de sobrina de un falsificador? No, de ninguna manera; no tengo valor para tanto.

—Tú quieres deshacerte de mí de una manera horrible, obligándome á huir de España, dijo con cólera el marqués: tú me aborreces.

—No, mi querido Juan, no; pero tengo un medio que tú me has procurado.

—¿Cuál?

—Cierto licor que hace parecer muerto á un vivo.

Se estremeció el marqués.

—¿No te atreves? dijo.

—Francamente, ese licor es terrible: yo no le conozco bien, y no sé los resultados: se le dió á Andrea. Pero ¿qué ha sido de Andrea? Yo no lo sé.

—Lo sabes demasiado, dijo Alfonsina; tu has conocido á la madre de María.

—Y bien, dijo el marqués: aquel licor fué hecho para Andrea, con arreglo tal vez á su temperamento: para ella fué la muerte aparente; para mí pudiera ser la muerte real.

—¿Crees tú, dijo con vehemencia Alfonsina, que yo seria capaz de un asesinato?

—No, respondió sin vacilar el marqués.

—¿Crees tú que yo no he tomado precauciones?

—¿Y qué precauciones han sido esas?

—En una taza de leche he puesto cinco gotas de este licor.

—¿Y qué has hecho con esa leche?

—La he dado á beber á mi perra Violeta, á un pequeño y delicado animal.

—Y el resultado...

—Violeta está como muerta, fria y rígida en su almohadon en un rincon de mi gabinete; yo he dicho que se deje allí porque pienso disecarla.

—Traéme la perra, Alfonsina; es muy pequeña, y bien la puedes esconder debajo de tu abrigo.

Cuando el marqués decia estas palabras estaba lívido.

X.

Alfonsina salió, y media hora despues volvió.

Traia debajo del abrigo un bulto.

Aquel bulto lo determinaba un pequeño cabás.

Cuando abrió el cabás apareció dentro de él un diminuto animal blanco, con las patas mas delicadas del mundo y la lana finísima.

Estaba completamente muerto en la apariencia.

—Tú la conoces bien, mi querido Juan, dijo Alfonsina: tú no puedes equivocarte respecto á Violeta: dentro de veinticuatro horas debe volver en sí. Si vuelve en sí, yo te la traeré para que tengas una seguridad; si no vuelve en sí, prescindiremos de ese licor y buscaremos otro medio.

El marqués consintió.

XI.

Treinta horas despues Alfonsina volvió con el mismo cabás: dentro de él venia Violeta viva, aunque enferma.

—¡Quién sabe, dijo el marqués, lo que puede producir la enfermedad que causa ese maldito licor!

—Veremos, dijo Alfonsina: nos tomaremos tiempo.

XII.

Dos dias despues Alfonsina volvió con Violeta; pero no la traia dentro de su cabás.

El animalito seguia á su ama.

En cuanto vió al marqués, como le conocia demasiado, le colmó de caricias, manifestando una loca alegría.

El marqués la tomó y la examinó.

Violeta tomó esa espresion impertinente que toman los perros falderos consentidos cuando son examinados, y al acercarla al semblante el marqués, le lamió ávidamente.

Violeta estaba alegre, juguetona, inquieta, traviesa, en plena salud en fin.

El marqués no tuvo duda.

Insistió aún en que se adoptasen otros medios; pero Alfonsina se negó á todo, á pretesto de que ella no queria meterse en nada.

—¿Y serás prudente para sacarme del cementerio, como se hizo con Andrea? dijo el marqués.

—Pagaré á peso de oro: pretestaré que quiero enterrarte en una de mis posesiones: obtendré tu cadáver, puedes estar seguro de ello.

—Bien, dijo el marqués desesperado: tomaré ese licor. Pero supongo que esto será un secreto para todo el mundo, incluso Anastasio.

—Por supuesto.

XIII.

Treinta y seis horas despues, al cerrar una noche fria y lluviosa, un coche tirado por cuatro mulas salia de Madrid y se dirigia á uno de sus cementerios.

Aquel coche era esperado sin duda, porque en cuanto el coche paró á la puerta del cementerio, aquella se abrió.

Bajó del coche una dama completamente envuelta en un ancho abrigo.

Un hombre bajó despues.

Aquel hombre era muy pequeño.

Despues del hombre salió otra dama, tan esbelta y tan enérgica en su paso como la primera.

Estas tres personas entraron en el cementerio.

En el pescante habia dos hombres cuyos semblantes, rudos á la manera de los campesinos, se entreveian al reflejo de las linternas del carruaje.

XIV.

Veamos quiénes eran estas personas:

La primera dama, Alfonsina.

La segunda, Paula.

El hombre pequeño, Agapito.

Los hombres del pescante, su tio el molinero y un primo suyo.

Alfonsina, no teniendo de quién valerse, se valió á todo trance de Paula.

Paula reflexionó, y se valió de su marido.

Agapito arrancó una licencia de tres dias á su principal, y se fué al molino de su tio.

XV.

—¡Dichosos los ojos que te ven! dijo el tio Gallote, que así se llamaba este individuo. Desde que te casaste te has olvidado de tu tio y de las truchas.

—¡Qué quiere usted, tio! Cuando uno se mete en obligaciones...

—¿Y cómo te va? ¿cómo está tu mujer?

—Bien, muy bien: todo está muy bien, dijo Agapito con precipitacion. Pero no perdamos el tiempo: yo vengo á saber si usted sabe guiar un par de mulas enganchadas á un coche.

—¡Hombre! esclamó el molinero abriendo mucho la boca y los ojos: ¿y á qué viene eso?

—¿Sabe usted ó no sabe?

—¡Hombre, para que no supiera yo! ¿Qué mas da carro que coche?

—Bueno. ¿Quiere usted ser cochero y que mi primo sea lacayo?

—¡Cómo! ¡Canalla! esclamó irritado el tio Gallote. ¿Y vienes tú á proponer eso al hermano de tu padre? ¿á una persona decente? ¿á un noble?... ¡Mira no coja la tranca y te enseñe yo á respetarme!

—No solo respeto á usted, tio, dijo Agapito tomando una respetuosa distancia, sino que miro por sus intereses.

Y Agapito sacó algunos billetes de banco de color de hueso, es decir, billetes de á cuatro mil reales.

XVI.

Se bajó la cólera del tio Gallote, como se baja la espuma del café cuando se le echa agua fria.

Una fria reflexion reemplazó á su furor.

—¿Y cuánto hay ahí?

—No andamos con miserias, mi buen tio, dijo Agapito: aquí hay veinte mil reales, es decir, cinco magníficos billetes de á cuatro mil.

Y Agapito agitaba los billetes.

—¡Veinte mil reales! dijo el tio Gallote, que era avaro y habia empezado á sentir una especie de embriaguez al ver los billetes.

—Sí señor, veinte mil reales por ser cochero usted y lacayo mi primo algunas horas.

—¿Se trata de algo muy grave?

—No señor: de un capricho.

—Pues no lo entiendo.

—Las mujeres cuando se enamoran, tio, son muy caprichosas.

—Vamos, tú quieres volverme loco.

—Se trata del amor de una mujer.

—Pero esplícate.

—Paula es amiga antigua de la señora baronesa de Castell-d'oro, una preciosa rubia de diez y ocho años...

—¡Pues no sabia yo que tuviérais tan buenas conocidas!

—Sí, tio, sí: Paula es una señorita.

—Pero vamos al caso.

—El caso es que la señora baronesa de Castell-d'oro estaba perdidamente enamorada de su tio.

—Sí, bueno, ¿y qué?

—Que su tio se ha muerto.

—Dios le haya perdonado. ¿Y por eso tengo yo que ser cochero?

—Cabalmente por eso: se necesita una persona de confianza.

—¿Acabarás, Agapito?

—Como es natural, se ha llevado el cadáver del marqués al cementerio.

—Por supuesto. ¿Qué habian de hacer?

—Pero la baronesa no quiere que su tio sea enterrado en el cementerio, sino en una posesion que tiene en la provincia de Guadalajara.

—¿Á dos leguas de aquí?

—Sí señor: á dos leguas.

—Pero al caso.

—La baronesa se ha entendido con el guardian de los muertos, y este por una cierta cantidad ha consentido en sacar el cadáver de su nicho y en entregárselo.

—¡Ah!

—Pues para trasladar este cadáver se necesita un hombre de confianza.

—Pues esto no es ser cochero, dijo asustándose el tio Gallote: esto es ser enterrador.

—No, tio, no: esto será guiar un coche donde irá un muerto.

—No me atrevo: los difuntos me asustan.

—Es que dentro del coche con el difunto iremos la baronesa, Paula y yo.

—¡Jesucristo! ¿Y os atrevereis?

—Ya lo verá usted.

—Pues si vosotros os atreveis, yo me atrevo tambien.

—Entonces, tio, deje usted encargado el molino á mi tia y á los mozos, y véngase usted conmigo, y mi primo.

—¿Y adónde tenemos que ir ahora?

—Á comprar coche, mulas y libreas, para lo cual vengo yo bien provisto.

—¿Y en qué vamos á ir?

—En un coche que he dejado yo en el camino.

—Ante todo, Agapito, dame esos veinte mil reales: no me llega la camisa al cuerpo: no haces mas que menearlos: te se pueden escapar, y llevárselos el aire al rio: seria lástima.

—Tome usted, tio.

El tio Gallote se metió con ánsia los billetes en el bolsillo, entró en la casa, y unos momentos despues salió con un mozalvete, que era su hijo.

XVII.

Cinco horas despues compraban en Madrid á un alquilador de coches uno antiguo y enorme, pero en buen uso, y dos mulas viejas, pero sanas y fuertes.

El mismo alquilador les proveyó de libreas antiguas, aunque en buen estado.

Aquella noche esperaba el tren en una de las puertas de Madrid.

Alfonsina, Paula y Agapito, que habian bajado de un tren elegantísimo poco antes de la puerta, habian entrado en el otro viejo tren, y se dirigieron al cementerio.

XVIII.

Todo estaba preparado, y la operacion fué cosa de algunos momentos.

El nicho donde habia sido depositado el marqués fué abierto, sacado el ataud, y del ataud el cuerpo.

Este cuerpo tenia todas las apariencias de un cadáver.

Una leve tinta lívida se estendia sobre su semblante.

Alfonsina se aterró.

¿Habria muerto verdaderamente su tio?

El marqués fué llevado al coche, dentro del cual se le puso.

Alfonsina dió un rollo de billetes de banco al conserje, y ella, Paula y Agapito, no sin gran temor ni grande repugnancia este último, entraron en el carruaje, que partió.

XIX.

Seis horas despues, á la media noche, llegaron á una casa de campo situada entre montes.

Estaba completamente envuelta en la oscuridad de la noche, y solo se veia parte de ella, merced al reflejo de las luces del coche.

Estaban delante de un postigo.

Alfonsina bajó y abrió aquel postigo.

—Apagad las linternas, dijo Alfonsina.

Las linternas fueron apagadas.

—Bajad del pescante, y sacad el cuerpo.

XX.

Se entabló una agria disputa.

Ni el tio Gallote ni su hijo querian tocar el muerto; pero *donde hay hoyo se echa tierra*, dice un refran castellano.

Alfonsina dió todo lo que llevaba sobre sí al tio Gallote, y le ofreció mucho mas.

Entonces el molinero y su hijo hicieron de tripas corazon, y no sabemos con cuánta repugnancia, con cuánto temor sacaron el que creian muerto, y guiados por Alfonsina, que una vez dentro de la casa encendió con un fósforo una linterna, condujeron al marqués á una habitacion del piso superior, que estaba preparada.

Una vez allí, Alfonsina los despidió.

—Podeis vender el carruaje y las mulas, les dijo, y guardar el dinero; pero volveos al momento.

El tio Gallote dió una y otra vez las gracias á Alfonsina, y se quedó en la casa de campo, en la habitacion donde se habia puesto al marqués sobre un lecho, con Paula y Agapito.

XXI

El capataz de la casa de campo habia sido advertido de que aquella noche á las doce llegaria la baronesa y entraria por el postigo; que permanecieran quietos, y que no procurasen observar la habitacion de la baronesa.

El capataz y su familia no se habian esplicado bien aquello; pero no se habian detenido á suponer nada que perjudicase á la reputacion de Alfonsina.

XXII.

La situacion respecto al marqués de Casa-Otero estaba salvada.

Constaba de una manera indudable que habia muerto.

Por un abintestato, porque el marqués *habia muerto abintestato*, su título y su fortuna habian pasado á la jóven.

Esta además habia sido declarada mayor de edad: se habian dispensado los dos ó los tres años que para su mayor edad le faltaban.

Pero Alfonsina habia heredado un título desprestigiado y unos bienes tan empeñados, que debian costarla por muchos años en vez de producirla.

Alfonsina no usó el título de marqués de Casa-Otero: continuó llamándose la baronesa de Castell-d'oro.

En cuanto á los acreedores del marqués, los llamó y los pagó.

Enemiga de plazos ni de intereses, habia vendido para pagar algunas ricas propiedades que no equivalian á las que habia heredado.

Perdió un millon de reales.

A mas de eso se encontró con una pension secreta, con la que pagaba á su tio.

Le habia señalado una pension de mil duros al mes.

Esta estaba asegurada en una inscripcion del banco inglés.

Esta inscripcion estaba á nombre de un don Santiago de Guzman, americano, natural de Buenos Aires, que con este nombre debia volver á la vida en el estranjero el marqués; de modo que Alfon-

sina habia sufrido una gran rebaja en sus rentas; pero era riquísima, y esto le afectaba poco.

La compensacion de aquella pérdida era haberse emancipado, y haber arrancado de su familia un principio de deshonra con la muerte civil del marqués de Casa-Otero.

XXIII.

Este, cuando volvió en sí, no pudo menos de hacer justicia á la buena fé y al cariño de Alfonsina, ni pudo tampoco menos de asombrarse cuando Alfonsina, sin escitacion alguna, aseguró su porvenir.

El alma negra del marqués se conmovió por un momento, y por un momento el resto imperceptible de sentimiento que le quedada, le hizo decir:

—Tú eres un ángel, Alfonsina. En la situacion desesperada en que yo me encontraba, solo un ángel podia salvarme: yo debia morir: solo la muerte podia ponerme á cubierto de las consecuencias que yo he provocado: yo he muerto en efecto: el marqués de Casa-Otero ha perecido: yo naceré hoy, renegando y maldiciendo de lo que he hecho; por lo mismo, me parece exorbitante la pension que me señalas: soy joven aún; mis cuarenta y cinco años no se han cumplido todavía: soy inteligente y activo, y con un capital mucho menor que el que me concedes, puedo obtener cuanto me basta. Es necesario olvidarse de las pasadas malas costumbres, regenerarse, tener en cuenta que se ha pasado por la tumba.

—Se ha dicho siempre, contestó Alfonsina sonriendo, que condicion y figura hasta la sepultura; y yo, en el presente caso, digo que despues de la sepultura: yo sé lo que me hago. Dios quiera que antes de mucho no te sea insuficiente lo que tienes: Dios quiera que dentro de poco este afecto que me muestras no se convierta en el odio y en la asechanza de que me has hecho objeto sin razon alguna. No importa, mi querido Juan, yo te consideraré siempre como al hermano de mi padre, y espero que por mi buena intencion la Providencia me salvará, como hasta ahora, de tus maas artes.

—Yo voy á partir: yo estaré dentro de poco al otro lado de los mares, en esa patria de todos los aventureros, en los Estados-Unidos. Si mi instinto me arroja otra vez al mal, estaré muy lejos para que el mal que yo haga pueda influir sobre tí.

—Allá veremos, dijo Alfonsina: en todo caso, yo confio, lo repito, en la Providencia.

XXIV.

El marqués se restableció en poco tiempo de la ligera enfermedad que le habia postrado en el estado de catalepsia cadavérica en que habia permanecido durante cuarenta y ocho horas.

Alfonsina le habia procurado documentos bastantes, entre los cuales se contaba un pasaporte para el estranjero, para que el marqués pudiera probar que era don Santiago de Guzman.

Todo el mundo sabe con qué facilidad han podido hacerse esas suplantaciones y aun otras mas difíciles entre nosotros.

La carencia del registro civil, á que siempre se ha opuesto el clero, ha producido y producirá, si no le establecemos, la facilidad de la falsificacion del estado civil; pero el registro civil lleva encerrado en sí mismo el principio del contrato civil, y esto horroriza á Roma.

Roma no quiere que haya legítimo nada sino lo que ella legitima.

Roma quiere monopolizarlo todo, sobreponerse á todo, y por esta razon Roma pierde cada dia tanto y está amenazada de muerte.

Nuestra generacion, en su movimiento irresistible de espansion necesaria, rompe todas las trabas que la retienen en un retraso imposible.

Roma no ha sabido ó no ha querido marchar al paso natural de la humanidad; se ha puesto delante de ella como una barrera, y la humanidad rompe esta barrera que la ciencia progresiva ha corroido.

El catolicismo fué un gigantesco progreso, y no puede detenerse.

Roma se paró delante de él, y el catolicismo pasó por encima de Roma y sigue.

Jesus no puede ser encadenado ni profanado: Jesus sigue su lenta marcha de redencion, siempre mártir, pero siempre triunfante.

Roma ha apostatado.

Roma ha olvidado el cielo por la tierra, y los verdaderos cristianos, los verdaderos católicos, se ven obligados á arrollar á Roma, la ciudad maldita, el viejo templo infestado por mercaderes.

Por eso los pueblos no miran en el clero, y especialmente el pueblo español, un conjunto de ciudadanos que tienen indisputablemente por ante la libertad el derecho de hacer dentro de las leyes lo que mejor les plazca: lo que los pueblos ven en el clero es enemigos hipócritas que ocultan sus vicios detrás de la cruz.

Los pueblos católicos, acometiendo al clero, no acometen al catolicismo, sino á los fariseos, á los ambiciosos, á los soberbios, á los déspotas, á los inmorales.

Adelante, adelante: la humanidad marcha impulsada por Dios.

Dios sabe adónde la lleva.

XXV.

El marqués, seis dias despues de haber sido enterrado, salió de la quinta de noche, y se puso inmediatamente en camino para Francia, perfectamente disfrazado.

Pero no marchó sin decir á su sobrina:

—Hay una mujer que te pondrá pleito, que pretenderá llevar el título de marquesa viuda de Casa-Otero, y percibir como tal sus alimentos: esa mujer es Clara: puedes desembarazarte muy fácilmente de este estorbo: no es mi mujer: yo la engañé, yo me casé con ella por medio de un bribon de sotana que se prestó á todo; cuantos documentos dieran un color de legitimidad á aquella comedia, son falsos: antes de que Clara dé ningun paso, llámala, adviértela, pruébala que ha sido engañada, y que como yo he muerto, ningun derecho tiene á indemnizacion alguna.

XXVI.

La baronesa se encontró con esta nueva y desagradable tarea.

Llamó á Clara, y empezó por decirla:

—Te señalo tres mil duros de pension.

—¿Y por qué? dijo Clara, que estaba severamente vestida de luto, de tal manera, con tal rigidez, que no la faltaba mas que haberse teñido de negro hasta lo blanco de los ojos.

—Como una indemnizacion.

—Yo no tengo necesidad de indemnizacion alguna, contestó Clara: yo estoy por el contrario en el caso, aunque lo sienta, de entablar un pleito en reclamacion de mi derecho: yo soy la marquesa viuda de Casa-Otero: yo soy madre: dentro de seis meses nacerá el hijo que tengo en mis entrañas, y ese hijo será el marqués ó la marquesa de Casa-Otero.

—Siento mucho decirte, contestó la baronesa, que estás en un gran error: el marqués te engañó.

Púsose profundamente pálida Clara.

—Tú no has sido, ni mucho menos, su mujer: no apruebo yo, no puedo aprobar de ninguna manera, que mi buen tio haya cometido en perjuicio tuyo y de tu hijo un crímen; pero tambien es necesario confesar que tú no has obrado de buena fé, que no amabas al marqués, que procuraste envolverle, y á juicio tuyo le envolviste por ambicion; y lo prueba que estás en la mejor inteligencia del mundo con el que fué mi mayordomo, con Julian, que le recibes sin reserva, y que caliente aún el cadáver del marqués sales con él de noche: yo lo sé todo: yo defiendo pues la memoria del marqués; es mas, defiendo á tu hijo.

—Todo esto es incomprensible, señora baronesa, dijo Clara.

—Lo que es de todo punto incomprensible es tu malicia: lo que es de todo punto incomprensible es que haya una madre que...

—¿Una madre qué?... esclamó vivamente Clara.

—Te repito que lo sé todo. Antes de llamarte he llamado á Julian, le he indicado se asegure de si los documentos de que tendrás que valerte para probar tu casamiento con el marqués son ó no legítimos: Julian, como persona á quien tiene cuenta esto, se ha enterado...

—Nada me ha dicho Julian, contestó aturdida Clara.

—Yo le he comprado á peso de oro su silencio, de una parte, y una relacion clara y terminante de tu historia, por la otra.

—¿Y qué ha dicho Julian?

—Me ha revelado proyectos de crímenes horribles; por ejemplo: los niños mueren con suma facilidad: los padres son herederos forzosos de los hijos...

—¡No! ¡no! ¡eso es mentira! esclamó Clara, empezando á representar una comedia de sentimiento cuando conoció que esta era su única defensa. Yo no mataré nunca al hijo de mis entrañas: por él únicamente me meteria yo en ese pleito: esa es una infame calumnia de Julian.

—Sea lo que fuere, dijo Alfonsina, y á todo evento, yo me pongo en guardia y empiezo por proteger á tu hijo.

—La mejor proteccion seria...

—Sí, entregarle el marquesado de Casa-Otero, ¿no es verdad? ¿Y qué harias tú con un marquesado sin rentas, que perderias antes de un año porque no podrias pagar el impuesto de lanzas y medias annatas? No seas loca, Clara. Alégrate, porque has hecho un buen negocio. Tu honor queda á salvo: tú aparecerás como una víctima de las infamias del marqués; pero en vez de recurrir á los tribunales, tú reconocerás por ante escribano que has sido engañada; tú recibirás de mí, á nombre del marqués, como indemnizacion, una pension de tres mil duros anuales, y tu hijo otra igual.

—¡Señora! esclamó vacilando Clara, porque dudaba.

—Esto que te digo no es mas que una proposicion, dijo vivamente Alfonsina. Si la aceptas, no se formalizará nada hasta el momento en que estés completamente convencida de que tu casamiento con el marqués ha sido una farsa, y convencida además de que aunque la justicia te concediese una indemnizacion no tendrias medio de cobrarla, porque el marqués disipó toda su fortuna, y el esceso en las deudas que me ha dejado por herencia monta á otro tanto que la fortuna disipada.

XXVII.

Clara rompió á llorar.

Se habia encariñado demasiado con su título de marquesa, y haciéndola justicia, no habia pensado en matar á su hijo.

Habia engañado á Julian para que este la ayudase, y seguia engañándole para que continuase ayudándola; pero Julian estaba muy lejos de ser el amante de Clara.

Una vez desembarazada de sus negocios, Clara le hubiera alejado de sí.

Lloraba pues con toda su alma aquella víctima de la vanidad y de la ambicion.

Alfonsina tuvo lástima de Clara.

—Si no hubieras sido loca, le dijo, si no hubieras escuchado antes que á nada á tu soberbia, no te encontrarias en ese caso; yo te hubiera dado una brillante dote, equivalente en renta á la que te daré ahora para tí y para tu hijo, y hubieras podido casarte con un hombre que te hubiese amado por tí misma, y á quien tú hubieras amado, y que no hubiera sabido si eras rica sino despues de haberse casado contigo; yo tenia sobre tí proyectos, y en la parte de intereses no los modificaré: tres mil duros de renta tú, tres mil duros de renta tu hijo, designados por mí sobre mis bienes en escritura pública. Pero escucha, Clara: el dia en que muera tu hijo cesará su pension.

—¡Ah, señora! Yo no mataré al hijo de mis entrañas aunque tenga que trabajar de rodillas para criarle y educarle.

XXVIII.

Dijo con tal pasion, con tal sinceridad, con tal elocuencia Clara estas palabras, que Alfonsina se conmovió.

En fin, aquel difícil asunto fué arreglado amigablemente.

Nadie supo, porque el casamiento no se habia publicado, que el marqués se hubiese casado.

Nadie supo tampoco, porque no hubo necesidad, que aquel casamiento habia sido una superchería.

Clara se fué á un pueblo, contando con seis mil duros de renta.

XXIX.

Quedaban aún otros graves negocios que arreglar: los que se referian á María y á Luis, á Clotilde y á Cristóbal.

Fué muy fácil probar: primero, que María nada tenia que ver con la falsificacion de billetes de banco, porque el billete que habia llevado á cambiar á los Saboyanos se lo habia dado para que lo cambiase madama Leontina, á quien se lo habia dado la noche anterior la marquesa de Satorres; segundo, que no habia robado el millon y medio que se habia encontrado en su casa, porque habia declarado toda la verdad Cristóbal.

XXX.

En cuanto á Clotilde y Cristóbal, la prueba fué mas larga.

Pero habiéndose activado el proceso por la influencia de Alfonsina, á los dos meses se probó: primero, que Clotilde no era culpable de ninguno de los dos asesinatos del monte de Matalobos; segundo, se probó por declaracion de peritos que la hoja en que habia escrito su testamento *in articulo mortis* don Andrés Casares, estaba escrita de su mano; tercero, que el testamento era válido.

Así pues Clotilde, mucho tiempo antes del dia en que presentamos de nuevo en escena á Alfonsina en un hospital de sangre del barrio de Toledo, habia sido no solo puesta en libertad, sino tambien en posesion de los tres millones en oro, alhajas y billetes de banco de que durante el proceso habia sido depositaria la justicia, y de algunas propiedades de otro tanto valor que habian pertenecido á Casares.

XXXI.

En cuanto á Cristóbal, la cuestion era mas grave.

Resultaba acusado de haber llevado á ejecucion ilegalmente un testamento: de haber cometido, en union con doña Josefa Sanchez, los crímenes de asesinato y de incendio.

Las declaraciones de Cristóbal tenian el sello de la verdad, y ponian de su parte á los jueces.

Un jurado le hubiese absuelto de la acusacion de asesinato y de

incendio, infligiéndole una pequeña pena por la usurpacion de atribuciones judiciales en el hecho de haber ejecutado un testamento de una manera ilegal; pero los jueces de hecho no pueden salir absolutamente del Código: no pueden absolver ni condenar sin pruebas tangibles ni pruebas de hecho.

Cristóbal habia confesado que estaba allí cuando doña Josefa Sanchez mató al agente de policía, y que no pudo impedir el incendio que aquella habia puesto á la casa; pero doña Josefa negaba rotundamente este hecho: nadie la habia visto entrar, nadie la habia visto salir, nadie podia probarle que no habia estado en su casa durante el tiempo en que debió cometerse el asesinato, seguido del incendio.

Contra ella no habia mas que la declaracion de Cristóbal; pero el asunto estaba todavía en marcha.

El abogado se agarró al cochero que habia conducido á Cristóbal y á Josefa á su casa, y al tunante que habia prevenido á Josefa aquella noche de la declaracion de la portera.

Cristóbal además habia presentado las llaves de la puerta esterior y del cuarto de Casares de la casa incendiada, y con las otras dos que se encontraron con las alhajas y el dinero casa de María, resultaron cuatro llaves.

XXXII.

El cochero y el tunante, pagados á peso de oro, declararon lo que sabian.

Primero: que doña Josefa Sanchez habia ido aquella noche á su casa entre una y dos de la mañana, en un coche, con un hombre; que llevaba un envoltorio; que se la avisó de que se habia hablado de ella por la portera, suponiéndola autora de los dos crímenes.

Estas declaraciones convenian con la declaracion de Cristóbal; pero no servian de otra cosa que de complicar en la acusacion de asesinato y de incendio á Josefa, que por otra parte, estaba convicta de complicidad en la falsificacion de billetes; pero Cristóbal continuaba cogido.

La conviccion moral de su inocencia se robustecia ante los jueces, pero continuaba la carencia de pruebas terminantes.

XXXIII.

Entre las tres primas, esto es, entre Alfonsina, Clotilde y María, habian tenido lugar otros sucesos.

Pasemos pues á otro capítulo.

CAPITULO II.

CONTINÚAN LOS PRELIMINARES.

I.

No hemos referido al lector lo que aconteció entre Alfonsina y Luis la noche en que este fué trasladado en calidad de preso al hospital.

Sabemos que Alfonsina estaba enamorada, ó por lo menos vivamente interesada en los primeros pasos del amor, de Luis.

Una órden del gobernador la habia dejado llegar hasta la sala de detenidos del hospital.

El rastrillo se abrió.

Alfonsina avanzó hasta el número 41.

En él, calenturiento, irritado, agonizando de ansiedad, estaba Luis.

—¡Ah! ¿Es usted, señora? dijo al verla incorporándose vivamente.

—¡Sí, yo soy! contestó con la voz trémula Alfonsina.

—¿Quién la envia á usted? ¿su caridad sin duda?

—No, amigo mio, no: me envia el amor, contestó Alfonsina con la voz mas segura.

—¡El amor! esclamó Luis mirando de una manera inquieta á Alfonsina y estremeciéndose.

—¡El amor de María! se apresuró á decir Alfonsina.

—¿Y qué es de ella? ¿qué es de ella?

—Tranquilícese usted, amigo mio, tranquilícese usted, dijo Alfonsina: todo esto no es mas que dos equivocaciones que se desharán bien pronto: dentro de tres dias á lo mas estarán ustedes en libertad.

—¡Una falsificacion! ¡un robo! ¡un asesinato!

—De todo eso hay quien responda.

—¡Dios mio! ¿Y dice usted...

—Sí: digo que puede usted estar completamente tranquilo: ello no es grave, y además, yo interpondré toda mi influencia.

—¡Oh! ¡Qué corazon, señora!

—Nada me agradezca usted: hago lo que debo: María es mi prima hermana.

—¿Prima hermana de usted?

—Sí, amigo mio, sí.

—¡Oh! Pues María no conocia á su familia.

—La conocia demasiado; pero no pudiendo probar que pertenecia á ella, ha guardado silencio.

II.

Siguió una conversacion de algunos minutos marcada con el sello de una intimidad involuntaria.

Alfonsina comprendió que no debia ni podia permanecer mucho tiempo allí, y salió.

En el hospital se la conocia demasiado para que no se la atendiese.

Encargó el mayor cuidado con el enfermo, y logró se le prometiese que por la mañana se le trasladaria á una habitacion particular perteneciente á la seccion de presos del hospital, y como pensionado.

Al dia siguiente, Alfonsina fué á verle, despues de haber visto á María.

Le llevó noticias de esta, y permaneció mas tiempo.

La conversacion entre ambos jóvenes fué mas animada.

Sin embargo, se habia establecido entre ellos una muda inteligencia.

Luis no podia dudar de que era amado, pero con un amor contenido por el respeto, por el deber: con un amor que luchaba y que procuraba suicidarse.

Luis no dejaba de amar á María; pero el amor de Alfonsina le impresionaba de una manera vaga.

Ni una palabra le habia preguntado Alfonsina acerca de su conocimiento con María.

Esto era violento, tratándose de una prima hermana que tanto interés se tomaba por su prima: esto era resistencia á ocuparse de los asuntos de otro amor.

III.

El tercer dia no fué ya sola Alfonsina á ver á Luis: la acompañaba María: María, pálida, casi enferma: María puesta en libertad.

Traian la libertad de Luis.

María se conmovió de una manera poderosa al ver á Luis; pero contuvo su conmocion.

Habia notado en Luis algo de estraño.

La mirada de este habia brillado inmensa al ver á María: habia aparecido en aquella mirada una alegría infinita: habia brillado en ella el fuego de un amor delirante.

Sin embargo, María habia encontrado en aquella mirada algo de estraño, algo que parecia la confesion cobarde de una falta, algo que se parecia á la espresion de un remordimiento.

¿Cuál era aquella falta? ¿Por qué aquel remordimiento?

IV.

María habia comprendido, ya lo sabemos, que Alfonsina se habia interesado vivamente por Luis, y como sabemos tambien, habia tomado una resolucion.

Por esto, al encontrar algo de estraño en la primera mirada de Luis, habia comprimido su conmocion.

Luis habia comprendido tambien que debia contener la espresion de su alegría.

La primera palabra de María fué decir:

—Estamos libres: se lo debemos á Alfonsina: ni un momento mas aquí.

Las dos jóvenes salieron para permitir á Luis que se vistiese.

V.

Alfonsina sabia ya cómo habia sido el conocimiento de María y de Luis.

VI.

El carruaje de Alfonsina esperaba á la puerta del hospital.

María, Alfonsina y Luis salieron.

María, aunque á su despecho, iba elegantísima, pero dentro de una completa sencillez.

Alfonsina no habia consentido conservara su humilde aunque sencillo traje.

—Creerian que eras mi doncella, dijo.

María pues dejó hacer á Alfonsina, y aceptó sus ropas.

Un sencillo traje de gros negro, un sobretodo de cachemir, negro tambien, un sombrero oscuro con muy pocos adornos, un cuello de encaje y guantes claros.

María con este traje estaba hechicera, bellísima, con una forma de belleza incomparable.

Su cabeza parecia de oro y nácar.

Hay personas que no se pueden describir, que solo se pueden apreciar viéndolas, que no pueden verse sin esperimentar una sensacion inmensa.

Las tres primas eran á cual mas bellas, se parecian mucho, no podia dudarse de que eran parientas, y parientas muy próximas, hermanas, cuando se las veia.

Pero en María lo armonioso, lo puro, lo jóven, lo fresco, lo poderoso de sus formas, su esbeltez, su gracia, su distincion, su languidez, su sencillez, iban mas allá, mucho mas allá que en Alfonsina y en Clotilde.

Se comprendia el amor desesperado, mas bien el infinito sentimiento de sensualidad del marqués por ella.

Se comprendia aquella persecucion constante, aquel empeño á muerte.

VII.

Y sin embargo, el marqués no habia hecho la proposicion de un enlace á María.

Pretendia alcanzar sobre ella un triunfo ruidoso, sencillo.

Decir á todo el mundo:

—Esta beldad codiciada por todos, este prodigio, me ama hasta la locura de olvidarse de su honra: es mi querida que me acompaña á todas partes, que viste de hombre, que bebe, que fuma, que asiste á los *cantes* de gitanos, y va á los toros con mantilla y chaqueta.

Porque en el marqués podia tanto como la voluptuosidad la vanidad y la aficion á los desórdenes.

Era enemigo declarado y á muerte del matrimonio.

Habia querido casarse con Eufemia, con la abuela de Alfonsina, pero habian tenido parte en ello las inmensas riquezas de Eufemia.

Habia querido casarse con Alfonsina, pero el dinero habia sido tambien el móvil de su deseo.

Si hubiese logrado poseer la cartera misteriosa que guardaba el secreto del lugar donde se ocultaban las inmensas riquezas, patrimonio de María y de Clotilde, y no hubiese podido apoderarse de ella sin casarse con una de las dos jóvenes, hubiera caido en el matrimonio y hubiese salido para evitar las sonrisas burlonas de sus amigos.

A cierta edad un hombre no se casa; toma una ama de gobierno y una representante para sus recepciones. Además, á cierta edad se piensa en la ambicion, y para estar en juego es necesario algo de familia.

Pero como María era muy pobre, tan pobre que habia llegado hasta el punto de dejarse morir de hambre por no pedir y por no venderse, no habia pensado en casarse con ella.

Esto no obstante, María habia sido el destino del marqués.

VIII.

Luis iba, como ya le hemos visto, con levita y pantalon de uniforme de oficial de caballería, sin divisas, sin espada, sin espuelas, y con un sencillo kepis.

Esto significaba que Luis era muy pobre, que en el servicio no habia usado ropa de paisano, y que despedido del servicio no habia podido comprársela.

¿Por qué habia sido despedido del servicio Luis, que era distinguido, de fisonomía franca y leal, y que parecia bravo, caballero y buen soldado?

Durante el camino desde la casa de Alfonsina al hospital, María lo habia dicho á Alfonsina.

La causa de la despedida del servicio de Luis habia sido ella.

Cuando fué protegida por doña Teodora, que se la llevó á Aranjuez para ponerse al frente de una tienda de modas, conoció á Luis.

El regimiento de este estaba allí de guarnicion.

María era melancólica.

Amaba la soledad.

El primer dia de fiesta que fué á misa hacia un hermosísimo sol de otoño.

Cuando salió de la iglesia se encaminó hácia los jardines.

Luego, distraida, tomó por una de las interminables avenidas de álamos que por todas partes se encuentran en Aranjuez.

IX.

Luis tenia de la misma manera lleno el espíritu de melancolía, y le agradaban los lugares solitarios.

María avanzaba distraida, leyendo un libro en verso de que se habia provisto: las poesías de Melendez Valdés.

Le habia encontrado entre unos cuantos libros viejos que formaban la biblioteca de su protectora.

María no habia notado que se habia cruzado con un capitan de caballería que paseaba como ella.

Este capitan era Luis.

Al verla hizo un movimiento de asombro, é instantáneamente apareció en sus ojos una espresion dolorosa.

Era demasiado bella María para que no amase y no fuese amada.

El primer impulso de Luis fué seguir su camino, olvidar; pero una atraccion irresistible le hizo volver sobre sus pasos.

—¡Soy un cobarde! dijo. Tal vez no ame. Estas grandes hermosuras suelen ser descontentadizas, y acaban por enamorarse del primero que encuentran. ¿Por qué no probar?

Y siguió á María, interesado mas y mas, porque el talle de María, su aire, su manera de andar eran enloquecedores.

De la misma manera que María no habia reparado en Luis al cruzarse con él, no reparó en que era seguida.

Verdad es que Luis no llevaba espuelas, y que la avenida por donde paseaban estaba cubierta de una especie de légamo espeso que apagaba sus pisadas.

La naturaleza tiene para la tierra alfombras de todas las estaciones y de todos los colores; alfombras que nadie puede hacer mas que ella.

X.

La atmósfera en otoño es muy inconstante, y particularmente en la provincia de Madrid.

Ella, representando á esa caprichosa deidad que se llama la casualidad y que se mezcla en todos los negocios, hasta en el amor, favoreció á Luis, que mas interesado de momento en momento, ansiaba entablar una conversacion con María.

Estaba impaciente.

Necesitaba saber si María era soltera.

Despues si estaba libre ó no.

Una violenta ráfaga de viento, repentina, inesperada, arrebató el libro de las manos de María.

Esta lanzó un ligero grito de sorpresa y de contrariedad.

El viento habia arrojado el libro á alguna distancia.

Luis fué rápidamente, le recogió y le llevó á María.

XI.

La mirada de Luis al entregar el libro á la jóven, la espresion de su semblante, no podian haber sido mas elocuentes.

Luis era bello.

Blanco, muy blanco, con los cabellos castaños, con los bigotes negros, con los ojos negros, muy pálido, muy melancólico, y al parecer, por una densa palidez y por una marcada demacracion, enfermo.

Desde una caida del caballo, sufrida en una maniobra de escuadron, la salud de Luis se habia resentido.

Habia arrojado sangre por la boca.

Le prescribieron baños, y solo consiguió que se corrigiese la hemotisis; pero se marcó en él una afeccion de pecho.

Tenia veinticuatro años, y llevaba con suma elegancia su bonito uniforme de capitan de caballería.

XII.

Su mirada brillante representaba el asombro y la ansiedad y la timidez cuando se acercó á María y le dió el libro.

—Gracias, dijo esta, no menos conmovida que Luis.

La impresion habia sido mútua.

Hay miradas que equivalen á un millon de palabras.

Los dos jóvenes, en una sola mirada, se estimaron, se comprendieron, se respetaron, intimaron.

Ella no habia podido rechazar la conversacion.

Él no habia podido dejar de hablarla.

—¡Soy muy afortunado! dijo Luis espresando francamente lo que sentia.

Ella bajó los ojos y se puso vivamente encendida, pero no hizo ningun movimiento de repulsion.

—He encontrado una diosa, añadió Luis.

—Caballero... dijo tímidamente María: yo no conozco á usted... yo sentiria me viesen hablando con una persona que no conozco.

—¡Nadie! ¡absolutamente nadie! dijo Luis mirando en torno suyo. Estamos por lo menos á un cuarto de legua de la poblacion. Además de esto, señorita, todo el mundo sabe que Luis Alvarez es un hombre de honor.

—Yo no lo dudo, caballero, dijo María; pero sin embargo...

—Por nada del mundo quisiera yo ser importuno, dijo Luis; pero necesito hacer á usted una sola pregunta.

—¿Cuál?

—¿Podré esperar, si usted es libre, que cuando me conozca acepte usted una proposicion mia de enlace?

—Yo soy muy pobre, caballero, muy pobre, dijo María. Soy además huérfana, no tengo parientes, vivo de mi trabajo... soy en fin... no una señorita, sino una obrera.

—Un capitan, para casarse, no necesita que lleve dote su mujer, contestó Luis.

—Escúseme usted, dijo María; pero no puedo aceptar.

—¿Ama usted?

María se sonrosó vivamente.

—Soy completamente libre, dijo, y pienso mantenerme libre siempre.

—¿Aun á costa de la vida de un hombre?

Dijo con tal espresion, con tal sinceridad, con tal verdad estas palabras, que María se puso pálida.

Sintió al mismo tiempo algo delicioso que llenaba su sér.

—Pero esto es inesplicable, dijo sonriendo lánguidamente: hace un momento no me conocia usted.

—Tiene usted razon, dijo Luis, siempre con su perfecta sinceridad; yo tampoco puedo esplicarme por qué siento lo que nunca he sentido... pero sé que si no la volviese á ver á usted, mi vida quedaria incompleta.

María bajó los ojos y continuó andando, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pero con una actitud tal, que Luis no podia darse por despedido; por el contrario, su esperanza crecia de momento en momento.

XIII.

—¿Ese es un libro de poesías? dijo Luis despues de haber marchado por algunos momentos silencioso al lado de María, y tambien con la cabeza inclinada.

—Sí, sí señor: las poesías de Melendez Valdés.

—¡Oh! Escelentes, clásicas, pero un tanto trabajadas y un tanto frias: poesías de académico.

—¡Ah! dijo María. ¿Usted conoce la literatura?

—Hoy todos hacemos versos. Y puesto que... ¿aceptaria usted unos versos mios?

María no contestó.

—¿Es decir, observó tristemente Luis, que usted no acepta nada mio?

—Yo no sé lo que quiero, dijo vivamente María fijando una dulce mirada de enojo en Luis: usted me atormenta.

XIV.

Luis lanzó un grito de alegría, y esclamó:

—Nos hemos encontrado providencialmente: los dos sufríamos: los dos moríamos.

—Pero ¿está usted loco? esclamó María.

—Sí, loco de felicidad porque usted será mi mujer.

—Yo no he dicho nada.

—Lo que yo deseo es legítimo.

—Indudablemente... pero...

—Hay un refran, dijo deslizando ligera y gradualmente estas palabras envueltas en una sonrisa Luis, que dice que las gentes hablando se entienden.

—¿Y bien? esclamó con una ansiedad grave María.

—Que nuestras almas se comprenden y nuestros ojos hablan.

Se cruzó una mirada inmensa entre los dos jóvenes.

Ambos eran dos almas solitarias: ambos necesitaban amar.

En un cuarto de hora de conversacion habian hecho rápidos progresos en el amor.

XV.

María no pudo sostener ya aquella esquivez que la aconsejaban su educacion, su moral, su decoro.

Comprendia demasiado que las alteraciones de su semblante y de su alma se habian rebelado contra ella; que habia dicho muy claro cuán sensible podria serle el no volver á ver á Luis.

XVI.

María tenia una inteligencia elevada, y comprendia que era ridículo insistir mas en su negativa.

Un poderoso instinto la decia que no se engañaba, que Luis era franco, leal, espansivo, apasionado, serio, hombre de honor.

—En fin... dijo.

—En fin, ¿qué? preguntó anhelante Luis.

—En fin... ¡sí! dijo decididamente.

—¡Sí! ¿Mi mujer?

—¡Sí! Creo que no me engaño; soy libre, estoy sola, me es usted simpático... por último, yo no sé si hago bien ó mal en dar una contestacion concluyente acerca de un negocio tan grave á un hombre á quien hace media hora que conozco.

—El amor es incomprensible en sí mismo y en sus efectos, dijo Luis. Jamás he hecho yo á una mujer una proposicion como esta; si la hubiese hecho no seria yo libre, porque no hubiese hecho una proposicion tan á la ligera.

—Pero usted no sabe quién yo soy, añadió María poniéndose pálida; yo me he olvidado... yo no puedo pertenecer á usted ni á nadie: yo acabaré por entrar en un convento.

—¿Puedo conocer el misterio de esa imposibilidad que usted ha manifest ado, sin ser indiscreto?... dijo Luis.

XVII.

María, que era enérgica, se dirigió á un banco de piedra de los que orlaban una glorieta formada por el cruce de cuatro avenidas, y dijo:

—Hágame usted el favor de sentarse y de oir.

Luis se sentó alegre y confiado.

No le inquietaba en manera alguna la calidad del secreto que iba á revelarle la jóven.

El alma blanca de María resplandecia en su frente.

—Es muy singular, dijo María, que yo me vea en el caso de revelar...

—Yo no pido á usted ninguna revelacion, se apresuró á decir Luis; todo lo que yo necesito saber acerca de usted, lo sé.

—Sin embargo... yo soy dos veces huérfana.

—Eso, que es muy triste para usted, no impide en nada nuestros proyectos.

—Yo no he proyectado.

—Usted ha aceptado...

—Bien, por lo mismo... es necesario que usted sepa que yo no he tenido nunca mas que madre... por eso he dicho que era dos veces huérfana; yo no tengo nombre... absolutamente: mi madre no lo tenia: el apellido que llevo es un apellido estraño á nosotras...

—¡Bien! ¿Y qué me importa? esclamó con entusiasmo Luis. Yo no amo su nombre, yo no me uno á su nombre: yo amo á un ángel que ha absorbido mi alma entera, y me uno á él para no morir desesperado.

María se echó á llorar.

Luego tendió su hermosa mano á Luis, que la estrechó sobre su corazon.

XVIII.

María se levantó.

—Volvámonos, dijo.

Luis se levantó tambien.

Se pusieron en marcha.

Desde allí hasta cerca de la poblacion, andando despacio, entablaron una conversacion franca, alegre, ligera, en que no se tocó de la una ni de la otra parte el amor: la conversacion que hubieran podido tener dos antiguos amigos; pero el amor y la felicidad que no representaban las palabras, las representaban la mirada, la sonrisa, el acento.

María habia dicho á Luis su ocupacion, le habia descrito la familia con la cual vivia; pero no le habia dicho una sola palabra acerca del marqués de Casa-Otero ni de su suicidio: le habia parecido ridículo.

XIX.

Cuando se separaron no se citaron.

La cita era tácita.

Luis sabia que María no podia salir mas que los domingos, y aun así, por poco tiempo.

Se habia convenido en que se darian por Luis los pasos necesarios para llegar á un enlace próximo.

Se habia convenido además en que nada se diria á la familia á cuyo cargo estaba, por decirlo así, María, porque no se sabia qué dificultades podrian surgir de la situacion social de María.

Cuando se encontró sola avanzando por los jardines, ya dentro de la poblacion, la pareció un sueño lo que acababa de suceder.

Parecia como que acababa de salir de una fascinacion.

—He hecho mal, dijo: he avanzado demasiado. ¡Un hombre á quien no conozco!

Sin embargo, creció su melancolía.

El recuerdo de Luis se hizo constante en ella, y á cada momento mas querido, mas embriagador, de una embriaguez completamente desconocida para María.

XX.

Cuando al dia siguiente le vió pasar por delante de la vidriera del establecimento de doña Teodora, sintió una alegría inmensa.

Luis sin embargo fué prudente: no pasó mas que una vez.

Durante los seis dias que trascurrieron hasta el otro domingo, Luis pasó una sola vez por delante de la tienda.

Una sola mirada habia dicho á María y á Luis que se amaban.

XXI.

Llegó el domingo.

Como hemos dicho, no habia habido cita.

Sin embargo, María encontró á Luis en la misma avenida en donde le habia visto el domingo anterior.

Luis la dijo que habia dado ya pasos para ponerse en el caso de poder pedir la real licencia; que se habia informado del capellan; que este le habia dicho que se necesitaba la partida de bautismo de María y una informacion de testigos; en fin, que era ya de todo punto indispensable que él se presentase á la familia á cuyo cargo estaba María, y la hablase acerca del asunto.

El resto del tiempo que estuvieron juntos hizo el gasto el amor.

Se convino en que al dia siguiente Luis iria á ver á doña Teodora.

De improviso se cortó la conversacion de los dos jóvenes.

—¡Ah! dijo Luis. Veo venir por allí al teniente coronel: tome usted por esa otra avenida, María: no ha reparado en nosotros: es necesario impedir que haya nadie que pueda decir que nos ha visto juntos en esta soledad.

María tomó por una avenida inmediata.

Luis siguió como paseando al encuentro de su teniente coronel.

XXII.

Al dia siguiente, en vano esperó María la visita de Luis á doña Teodora.

Esto la inquietó.

No dudó, no podia dudar de Luis.

Habia acontecido algo.

¿Qué podia ser esto?

Aquella noche se abrió de improviso la vidriera y apareció Luis.

María estaba en el mostrador y sola.

Se puso densamente pálida.

Luis venia desencajado

Se dirigió á ella como si no la hubiese conocido, y la dijo:

—¿Me hace usted el favor, señorita, de ver si hay en la tienda esto que se me encarga, y que yo no entiendo?

Y dió un papel á María.

«Es necesario, de todo punto necesario, decia, que hablemos esta noche por la reja: ha sucedido una desgracia.»

María, con la voz tranquila y alta, pero pálida como un cadáver, dijo:

—No lo tenemos, pero voy á poner aquí la nota de dónde se encontrará en Madrid.

Y escribió:

«Esta noche á las doce: la segunda reja á la derecha de la puerta.»

Y dió el papel á Luis.

—Gracias, señorita, dijo este despues de haberle leido.

Y se fué.

—¿Qué queria ese oficial, hija? preguntó doña Teodora saliendo de la trastienda.

—Una corona de flores de azahar, contestó María; y como no las tenemos, le he indicado en Madrid la casa de madama Leontina.

—Vamos, ese capitan se va á casar, dijo doña Teodora.

—Puede ser, contestó María.

—Y es buen mozo.

—No he reparado.

—¡La monja! Tú nunca reparas en nada; y así es mejor: te quitas de cuidados. Pero ¿estás mala, hija?

—Yo no.

—Estás pálida como una difunta.

—Un vértigo, es verdad; yo quise ver si pasaba, pero crece: me voy á acostar un momento.

—Voy á mandar que te hagan té. ¡Válgame Dios!

XXIII.

María tomó el té, pero no se levantó.

El cuarto de María era un pequeño aposento que correspondia á la segunda reja á la derecha de la puerta de la tienda.

María dominó la ansiedad mortal que la devoraba, y logró aparecer tranquila.

Para doña Teodora y para su familia aquello no habia sido mas que un vértigo pasajero.

Se acostaron pues sin cuidado á la hora de costumbre.

La ansiedad de María crecia á medida que su imaginacion aventuraba deducciones.

¿Habria descubierto el marqués de Casa-Otero el lugar de su retiro? ¿La habria espiado? ¿Habria tenido un lance con Luis?

María esperaba con una ansiedad suprema la media noche.

XXIV.

Cerca ya de ella, se vistió y se fué á la reja y la abrió.

En el mismo momento se acercó un bulto que parecia haber estado esperando de antemano.

—¿Es usted? dijo María.

—Sí, soy yo, que estaba impaciente.

—¿Qué ha sucedido?

—He dado una estocada á mi teniente coronel.

—¡Dios mio! ¿Y por qué?

—Por usted.

—¿Por mí?

—Sí, porque no he podido sufrir se hable ligeramente de usted.

—¡Cómo! ¿Y quién tiene derecho...

—Ese hombre conocia á usted y estaba enamorado de usted.

—Yo no le conozco.

—Ha venido algunas veces á comprar á la tienda.

—Han venido muchos.

—Menos yo. Era natural: una jóven tan hermosa debia atraer á mis compañeros.

—Ninguno me ha faltado jamás en lo mas mínimo al respeto.

—Les ha contenido la inmensa dignidad que han visto en usted.

—Pero ese suceso...

—El teniente coronel nos habia visto: cuando yo le encontré me dijo:

—¡Hola! ¿Tenemos ya en el mercado á la rubia pálida?

—¡Dios mio! esclamó María.

—Yo, continuó Luis, no supe por el momento qué decir ni qué hacer: la cólera y la indignacion me enmudecian.

—¡Vamos! ¡bien! dijo. Bueno es que empiece... turnaremos.

—¡Infame! esclamó María.

—Yo, añadió Luis, crucé el rostro de una bofetada al teniente coronel.

—¡Oh, Dios mio!

—Como era natural, esta mañana ha habido un duelo, y ese hombre ha recibido una grave estocada en el costado.

—Y un golpe no menos terrible mi reputacion, esclamó llorando María.

—¡No, María de mi alma, no! El teniente coronel no ha querido ponerse en ridículo: se ha atribuido el duelo á otra cosa, porque si se hubiera hablado de usted se hubiera hablado tambien de la bofetada: el duelo se ha justificado con una disputa demasiado viva: yo he atribuido al coronel contra mí algunas palabras ofensivas, como las de que un oficial enfermo que no espera una cura inmediata, que no hace servicio y que cobra su sueldo, roba este sueldo al Estado.

—¿Y qué consecuencias puede tener eso?

—En cuanto al duelo, ningunas; pero el teniente coronel es ya mi enemigo, y es necesario antes de que cure, antes de que tome de nuevo el mando del escuadron, que yo pase á otro cuerpo.

—¿Y esto es fácil?

—Tengo algunos amigos en la direccion, y creo que me lo concederán; pero hasta entonces es necesario aplazar nuestro enlace, y esto me desespera.

—Pero las consecuencias de ese duelo...

—Entre hombres de honor, un duelo no tiene otras consecuencias que las que produce el mismo.

XXV.

Los dos amantes permanecieron durante una hora en la reja, y se separaron al fin.

Continuaron guardando el misterio de su amor.

Todas las noches, muy tarde, hablaban por la reja durante una hora.

Esto se llama pelar la pava, y no hay nada para aumentar el amor como un peladero de pava continuo.

La noche, el misterio, el silencio, la oscuridad, son los amigos del amor, por mas que este amor sea purísimo.

El amor de los dos jóvenes crecia, crecia; habia llegado á ser la vida de su alma, la aspiracion única de los dos, la refundicion de los dos en uno.

Y aunque pasaban dias, este amor continuaba envuelto en el misterio.

A la hora en que hablaban los dos amantes no pasaba ni podia pasar nadie por la calle.

El sereno únicamente sabia que una mujer hablaba con un hombre por la reja en casa de doña Teodora; pero era discreto.

Luis, cuando se retiraba todas las noches, encendia un cigarro en el farol del tio Anton, que así se llamaba el sereno, y le daba dos reales.

—No hay necesidad, le dijo la primera vez, de que nadie sepa que yo hablo en esta calle con una señora.

El oficio de los serenos es vigilar y callar.

De otro modo, se harian en la vecindad terribles enemigos.

No hay sereno que no pueda contar buenas historias; pero no las cuentan nunca.

Por otra parte, como la reja por la cual hablaban estaba en el mismo aposento de María, y hablaban muy bajo, nadie podia apercibirse.

XXVI.

La estacion demasiado fresca cuando empezaron los amores de María y de Luis, se hizo aguda en el mes de diciembre.

A pesar de ir interiormente muy abrigado, y defendido en el esterior por su capote de uniforme, la delicada salud de Luis no podia soportar bien la crudeza de las madrugadas de invierno en Aranjuez, que á causa de sus grandes arboledas es muy húmedo, y se resintió gravemente.

Sin embargo, Luis, enamorado hasta la locura, ni se quejaba ni por nada del mundo hubiera dejado de acudir á aquellas citas nocturnas que esperaba con impaciencia y que de dia en dia se prolongaban mas.

Los dos amantes se habian dicho cuanto tenian que decirse, se habian contado su historia; sin embargo, siempre tenian algo nuevo de que hablar.

El amor es una de las inspiraciones mas poderosas y mas fecundas.

Dos novios siempre tienen algo que decirse, algo que tratar.

Cuando se convierten en esposos es ya distinto.

XXVII.

El teniente coronel habia estado muy de peligro; pero al mes justo de haber recibido la estocada, pudo montar de nuevo á caballo, y por consecuencia se encargó del mando.

La solicitud de Luis de pasar á otro cuerpo habia sido detenida por el comandante encargado accidentalmente de la tenencia coronela.

El teniente coronel la cursó, pero con unos informes terribles.

Segun ellos, el capitan don Luis Alvarez era caviloso, insociable, díscolo, promovedor de querellas, y estaba además tan enfermo del pecho que no podia hacer servicio.

Esta villanía del teniente coronel produjo sin embargo resultados deplorables.

El teniente coronel era una hechura del gobierno: se le necesitaba, se le queria sostener en el regimiento para que sostuviese á todo trance al gobierno; era pues necesario complacerle, y la solicitud de Luis fué despachada ajustándose el ministro á una carta del teniente coronel.

La real órden que recayó sobre la solicitud de Luis estaba concebida en estos términos:

«El excelentísimo señor ministro de la Guerra me dice con esta fecha lo siguiente:—Excelentísimo señor.—La reina (Q. D. G.), con arreglo á la propuesta de vuecencia, se ha servido mandar que, en atencion á las cualidades de carácter del capitan del segundo escuadron del regimiento de Sagunto, don Luis Alvarez, y por el mal estado de su salud, que le hace imposible el servicio, sea despedido, debiendo constar esta circunstancia en su hoja de servicios.—De real órden lo digo á vuecencia para su cumplimiento.

Lo que traslado á vuecencia para los fines consiguientes.—Dios guarde á vuecencia muchos años.—Sr...»

XXVIII.

El coronel, que era un buen sugeto, llamó á Luis.

—Usted tiene enemigos, le dijo. Me encuentro aquí con una real órden á que yo no he dado lugar, que me ha sorprendido.

—Yo, mi coronel, contestó Luis, he pedido pase á otro cuerpo porque no puedo servir donde sirva el teniente coronel.

—No conozco esa solicitud, señor Alvarez: ha pasado por encima de mí: yo no la hubiera informado mal, y no hubiese venido esta real órden, que es... muy enojosa.

—¿Una real órden enojosa?

—Sí, una real órden en que se me manda despida á usted del servicio, y le ponga una nota en la hoja de servicios.

Y dió la real órden á Luis, que la leyó temblando de cólera.

—¡Pero esto es una infamia! dijo.

—Convenido, señor Alvarez; pero yo no puedo deshacer esa infamia al descubierto: seria inútil: el teniente coronel es muy de esta situacion: nada conseguiremos mas que hacerme partícipe de los resultados de esta infamia: me veo obligado á cumplimentar esta real órden: usted debe como soldado obedecer, y despues representar: yo daré á usted cartas para algunos diputados que son parientes y amigos mios, y que interpondrán vivamente su influencia por usted: esto se arreglará. Venga usted esta tarde: yo tendré escritas las cartas, y al momento á Madrid.

XXIX.

Esto fué un rayo para Luis.

Era pobre, no contaba con otra cosa que con su espada, y se la rompian.

Bajó la cabeza sin embargo: era necesario ser prudente.

Aquella tarde el coronel le dió la licencia absoluta como *despedido del servicio, á causa de lo díscolo y antimilitar de su carácter, y además á causa de inutilidad física*, y además una docena de cartas y una paga de socorro como á un soldado.

Luis no contaba mas que ocho años de servicio, y no tenia derecho á retiro.

XXX.

El mal estado á que habia venido su salud, empeorada por el frio de las noches pasadas hablando con María, se agravó.

Aquella noche fué vacilante á ver á María.

La fiebre le devoraba.

Sin embargo, no se quejó: no dijo á María que habia sido despedido, sino que habiendo entrado el espediente en una nueva tramitacion, se le habia dado su licencia absoluta; pero que llevaba muy buenas cartas de recomendacion, y aquello seria asunto arreglado muy pronto.

XXXI.

Aquella noche el peladero de pava fué mas largo; como que era de despedida.

Convinieron en que Luis escribiria á María, y que para que continuase el secreto serviria de intermediario para la correspondencia el tio Anton el sereno.

La despedida fué muy triste.

Al otro dia Luis se fué á Madrid.

Se metió en una mala casa de huéspedes, una de esas horribles casas donde se meten los desdichados que se ven obligados á vivir muy barato.

Luis no tenia mas que la paga que se le habia dado al despedirle.

El caballo era del escuadron; de la misma manera las monturas, y solo le quedó su equipo.

Luis pensaba conservarle.

Creia de buena fé que se le haria justicia.

XXXII.

Pero habia llegado muy enfermo, y se vió obligado á guardar cama.

Una horrible hemotísis hizo indispensable un médico.

Las enfermedades están fuera de presupuesto: se gasta mucho en ellas.

Luis acabó muy pronto con los cincuenta y tantos duros de la paga.

Vendió su espada, sus pistolas, su coraza: los vendió por nada; despues, su casaca, su capote; por último, parte de sus camisas.

Estos despojos de la miseria, mal pagados por los prenderos, eran además esplotados por el que los vendia.

Era recibir un 5 por 100.

Luis se irritaba y empeoraba.

Habia tirado con sus pobres recursos un mes.

Durante este mes habia escrito todos los dias á María, diciéndola que estaba mejor de salud y que sus negocios iban bien, pero que era necesario esperar.

Al fin, un dia se acabaron de todo punto los recursos al pobre Luis, y la patrona le dijo que no le podia tener.

—Aún me queda el reló, contestó Luis: vaya usted y empéñelo.

El empeño del reló produjo trescientos reales.

La patrona dió solamente tres duros á Luis.

—¿Y por qué esto?

—Porque me debe usted doscientos cuarenta reales, contestó la patrona, y yo no los he de perder: no he de ser yo menos que el médico, que se hace pagar las visitas, y bien caras: á duro...

Luis tuvo paciencia; pero comprendió que no podia ir muy lejos

con tres duros, que lo arrojarian á la calle al dia siguiente, y haciendo un esfuerzo, se vistió, metió en un pañuelo dos camisas y algunas prendas interiores, que eran todo su equipaje y que abultaban muy poco, y se despidió.

La patrona se quedó perfectamente tranquila.

XXXIII.

Luis se fué al hospital General, donde no podian menos de recibirle.

Le destinaron á la sala donde tenia veinte camas la baronesa de Castell-d'oro, y como á todo el mundo se le reclama en el hospital su inscripcion civil, á falta de ella, Luis hubo de presentar su licencia absoluta.

Por esta razon Alfonsina pudo saber que Luis era un oficial despedido del servicio.

XXXIV.

En el hospital se cortó la correspondencia.

Á los enfermos graves, y Luis lo era, no se les permite escribir.

Las cartas de María á Luis no llegaron á las manos de este.

Su patrona se habia limitado á decir al cartero:

—Ya no está aquí.

—¿Y adónde se ha ido? preguntó el cartero.

—¿Y qué sé yo? respondió la patrona.

Las cartas fueron á la lista del correo.

María se impresionó vivamente á la primera falta de contestacion.

¿Qué habia sucedido á Luis?

Así pasaron ocho mortales dias, ocho dias horribles.

María estaba resuelta á ir á Madrid.

Esperó sin embargo aún.

Al fin Luis pudo seducir á un enfermero, obtener un pliego de papel y un sobre, mediante un duro de gratificacion, y escribir á María:

«Estoy en el hospital General: yo queria ocultártelo; pero no puedo, no debo. Aquí no me dejan escribir, y por una casualidad puedo avisarte. Está tranquila: los médicos dicen que curaré radicalmente: espero salir muy pronto. No me escribas, porque no recibiria tu carta. Adios.—Tu *Luis.*»

XXXV.

Lo lacónico de esta carta demostraba que Luis la habia escrito á hurtadillas y aprovechando el tiempo.

María la recibió por medio del tio Anton la noche anterior á las bodas de la hija de su maestra.

Esto la detuvo un dia.

No era disculpable su despedida el dia de una tal solemnidad para la familia que la habia protegido; pero la presencia en las bodas, del marqués de Casa-Otero, su insistencia, una persecucion mas terrible, comunicada con una resolucion infinita, decidieron á María, y como sabemos, huyó.

XXXVI.

Maria se quedó aquella noche en la fonda de las Peninsulares.

Al dia siguiente se fué al hospital y pidió hablar al director.

Al verla, este se predispuso vivamente á complacerla.

María fué completamente franca.

—Yo soy huérfana, dijo; obrera, y dueña de mí misma: yo debo casarme con una persona que está en el hospital, y suplico á usted me deje verla.

El director concedió graciosamente á María lo que esta habia pedido.

La entrevista fué circunspecta; pero la conmocion de los dos amantes fué terrible.

—Tú no puedes permanecer aquí, dijo María; tú eres mi esposo, y una esposa no puede dejar á su esposo en el hospital: yo tengo algun dinero: voy á buscar una casa y á sacarte de aquí.

No habia nada que oponer á esto: María tenia razon.

XXXVII.

Buscó y encontró al momento, porque se encuentra muy pronto en una gran capital cuando no se tienen grandes exigencias.

El cuarto de la casa de la calle de Hernan Cortés era alto, feo, incómodo, pequeño; pero tenia lo que bastaba, dos habitaciones; y lo que era mejor: no costaba mas que dos reales.

María obtuvo el cuarto sin dificultad.

Tenia en su maravillosa hermosura un privilegio que reconocian todos, y por el que todos se dejaban influir.

Ni aun la exigieron el mes de fianza.

Se contentaron con un mes adelantado.

XXXVIII.

María compró muebles, camas, ajuar, y preparó su cuarto en veinticuatro horas.

Necesitaba tener á su Luis cuanto antes en su casa.

El pequeño capital de María habia sufrido una rebaja considerable.

El director no se opuso á que saliera Luis.

—Pero ¿qué dirán de tí? la preguntó Luis al salir del hospital.

—Mientras tú no tengas derecho para considerarme como una mujer vulgar, dijo María, poco importa lo demás. Yo no quiero estar separada de tí: me mataria la ansiedad: no hablemos mas de esto.

—Y bien, nuestro casamiento será inmediato: afortunadamente ahora no necesitamos real licencia, dijo Luis sonriendo de una manera amarga.

—Nuestro casamiento, dijo María pensando en la baronesa de Castell-d'oro, del cuidado de la cual por Luis le habian hablado piadosamente en el hospital; nuestro casamiento será cuando deba ser: ahora lo primero es tu salud. Pero necesitamos un coche...

—No, no: puedo andar, dijo Luis: ahorremos gastos: somos muy pobres. Además, el movimiento del carruaje me haria mas daño que andar; y luego, ¡es para mí tan delicioso apoyarme en tu brazo!...

Vamos me alegro de todo lo que ha sucedido. ¡El ejército! ¡Con una criatura tan hermosa como tú no se puede estar en el ejército! Yo buscaré una ocupacion... una ocupacion cualquiera; yo haré que se arranque esta miserable nota de mi hoja de servicios.

—¡Cómo!

—Sí, una infamia del teniente coronel; pero el coronel es buen sugeto y me ayudará: cuento por medio de él con buenas recomendaciones. Además, mis compañeros me estiman, y muchos de ellos pertenecen á grandes familias y son muy influyentes.

XXXIX.

Hablando de esto iban cuando pasaron por delante de la vidriera del café de Anton Martin, detrás de la cual estaba Cristóbal, que aunque como sabemos reparó en ellos, no pudo seguirlos, porque en aquel momento vió aparecer á Clotilde en la puerta de la iglesia de Monserrat.

Por mas que quiso hacerse fuerte Luis, se vió obligado á permitir que María tomase un coche en la parada de la calle de Atocha.

En muy pocos minutos llegaron á su albergue.

No habia portera; pero en la casa donde falta este elemento terrible, hay otro mas terrible aún: vecinos pobres que no tienen grandes medios de divertirse y que matan su tiempo ocupándose de los demás, y no por cierto caritativamente.

La ida de María á su casa con un jóven enfermo y hermoso les esplicó lo de las dos camas que habian visto entrar el dia anterior.

Se comentó aquello de todas las maneras posibles, y toda la vecindad se alegró mucho de que la hermosísima vecina tuviese una historia.

—¡Pues! ¡como todas! dijo una viuda inquilina del cuarto bajo del fondo del patio. Estas señoritas... de labor están todas cortadas por un patron... y es cosa de admirarse lo que les gustan los oficiales. Hoy hemos visto al del lado del corazon: no tardaremos en ver al del lado del bolsillo.

—Esto es un escándalo, dijo otra viuda inquilina del cuarto bajo del portal. ¡Y yo que tengo ya dos hijas crecidas y las voy á poner de largo!

—¡Buena hembra! ¡buena hembra! dijo un sastre que vivia en el cuarto principal. Esta moza me trae parroquianos.

Cada cual pensaba en pagar su contribucion por algun estilo á María.

XL.

Luis respiró con mas facilidad cuando se vió en aquel cuartito, al que hacia bello la presencia de María.

Se sintió mucho mas inspirado.

Pudo comer algo.

El cuarto era alegre.

Recibia la luz de una gran ventana abierta al Mediodia, y aquella ventana daba sobre un gran jardin, las hojas de cuyos árboles, ó mejor dicho las ramas, veia desde su cuarto Luis.

—Aquí se puede trabajar muy bien, dijo María.

—¡Trabajar! esclamó tristemente Luis.

—Sí, hijo mio, sí, contestó la jóven sonriendo y mirando con delicia á Luis. Te has enamorado de una obrera: tal vez á tí te pareceria mejor que yo fuera una gran señora.

María pensaba siempre en la baronesa de Castell-d'oro.

—¡María! esclamó Luis: yo no te he visto nunca cruel conmigo.

—Perdóname, contestó María; pero no sé lo que me sucede. ¡Tengo celos!

—¡Celos! ¿y de qué?

—¡Qué se yo! Se me figura que te me van á robar. ¡Te amo tanto!... Y mira, por lo mismo me alegraria de que una mujer digna de tí, rica, bella...

—¡María!

—¡Es verdad! yo no sé lo que me digo. En el tiempo que he estado sin recibir carta tuya ¡he pensado tantas cosas! ¡he sufrido tanto! ¡he temido tanto! Me he creido olvidada.

—¡Nunca! ¡nunca! Yo no puedo olvidarte: tú serás mi sueño, mi vida, mi alma, mi eternidad.

—Bueno, bueno, dijo sonriendo María: no te hagas por mi idólatra... no ofendas por mí á Dios, que puede castigarnos.

XLI.

Podia decirse que los dos amantes eran felices, salvas algunas ligeras nubes que pasaban por sus amores.

Luis, á pesar de que le habian tranquilizado los médicos del hospital, temia que su enfermedad se agravara y le matara, impidiéndole el colmo de su felicidad por su union con María.

María no podia desvanecer los celos interiores que se habian apoderado de su alma.

Se entristecia cuando pasaba por su imaginacion la baronesa de Castell-d'oro, á quien no conocia; pero le habian dicho que era hermosísima, y la imaginacion de María soñaba en ella una hermosura sobrenatural, una hermosura irresistible.

Se afligia.

A veces decia:

—Soy una egoista. Si ella se ha enamorado de él... decia al ver el cuidado que la baronesa mostraba por Luis. Y una mujer que puede sostener veinte camas en el hospital General debe ser muy rica; y la que invierte sus riquezas en obras de caridad tiene el alma hermosa y pura. ¿Por qué impedirle yo que sea feliz? Él es altivo, la pobreza le humilla... ¡Ah! Si ella le ama como le amo yo, le buscará... sí, le buscará; si le busca, le encontrará; si le encuentra... si le encuentra, yo conoceré si le ama... y entonces... ¡oh! entonces no hay que dudar... hay que hacer el sacrificio.

Y María, que solo pensaba así cuando estaba sola, porque al lado de Luis no se acordaba de nada, rompia á llorar.

XLII.

Habia llegado el momento de la prueba.

Alfonsina habia encontrado á Luis.

Le habia encontrado por medio de María.

La primera entrevista de los dos no habia podido tener á María por testigo.

La pobre jóven, detenida en el Gobierno civil, habia sufrido de una manera horrible.

El tiempo que habia trascurrido hasta que Alfonsina habia lo-

grado el auto de sobreseimiento en favor de María y de Luis, habia sido una agonía insoportable para la pobre jóven.

Ella veia á Alfonsina que iba á visitarla, preocupada, distraida, sobreescitada.

En aquella emocion María veia el amor.

Cuando ambas en fin fueron por Luis al hospital, María no tuvo ya duda ninguna: Alfonsina estaba mortalmente enamorada de Luis.

El relato que María habia hecho á Alfonsina, breve, pero completo, de su conocimiento con Luis, habia conmovido profundamente á Alfonsina.

Cuando le vió, su palidez, su encogimiento respecto al jóven, acabaron de convencer á María.

Apuró su dolor, pero le devoró, le ocultó.

Se decidió á la par con una energía heróica.

Ella no debia impedir que Luis fuese lo mas feliz posible.

XLIII.

Esta manera de considerar el amor, puede y debe parecer estraño, porque el amor es el sentimiento mas egoista del corazon humano; pero si María no hubiese sido escéntricamente romancesca, escéntricamente impresionable, no hubiera podido ser la heroina de esta novela, ó por lo menos esta novela seria mucho mas corta.

XLIV.

Alfonsina habia tomado una resolucion heróica; esto es, olvidar.

Y olvidar cuando nos encontramos enamorados como Alfonsina lo estaba de Luis, es cumplir uno de esos sacrificios que pueden llamarse heróicos.

Luis ignoraba la resolucion respectiva de las dos jóvenes.

Amaba con toda su alma á María, y se sentia fascinado por Alfonsina.

Un silencio estraño se habia establecido entre aquellas tres personas.

Y entre tanto, el carruaje rodaba rápidamente hácia la casa de Alfonsina.

CAPITULO III.

CONTINÚAN LOS PRELIMINARES.

I.

Alfonsina llevó á su gabinete á la jóven y á Luis.

María podia decirse que se encontró en su casa, porque era prima hermana de Alfonsina.

Esto no podia dudarse.

María era hija de Andrea, y Andrea habia sido hermana de la madre de Alfonsina.

A mas de que, tanto Clotilde como María, llevaban la prueba de su orígen en su semblante, María únicamente para Alfonsina habia descorrido el velo de su orígen.

—Sí, yo soy, la habia dicho, hija de Andrea; yo sabia que la baronesa de Castell-d'oro era hermana de mi madre.

Respecto á María, nada habia que hacer sino presentarla como prima hermana suya por la baronesa á sus conocimientos, de la misma manera que Clotilde.

Creíase sí por todos, que Andrea habia muerto muchos años antes, y que habia muerto soltera; pero esto no impedia, no contradecia en ningun modo que hubiera dejado dos hijas naturales.

Alfonsina era despreocupada.

No sacrificaba nada á las exigencias del mundo, salvo aquello que concernia á su reputacion.

Cierto era que presentar dos hijas de Andrea era lo mismo que confesar que eran naturales, ó que por lo menos habia un misterio en su orígen; pero no habia alternativa: ó no tenia consigo á sus primas, reduciéndolas á vivir solas, lo que no era decente atendida su situacion de solteras, ó si las tenia consigo, al verlas solo debia conocer todo el mundo que eran parientas suyas, y parientas próximas.

Alfonsina, que habia contraido por ellas un gran cariño, habia roto por todo.

—En último caso, se habia dicho, inventaremos una historia; y luego, ¿quién sabe? La muerte de mi tia Andrea está envuelta en el misterio.

La historia que se habia inventado para Clotilde, esto es, que era hija de un pariente de la baronesa que vivia en Andalucía, se habia hecho insostenible desde el momento en que habia sido presa Clotilde.

Delante de la justicia no podia sostenerse aquella mentira, porque la justicia investiga: en una situacion tan delicada como la en que se encontraba Clotilde, es necesaria una gran vivacidad para no prevenir de una manera desfavorable á los jueces.

Clotilde habia hecho una larga declaracion con una completa franqueza.

Resultaba de aquella declaracion que se habia creido hija del misionero Juan de la Penitencia.

Despues habia revelado todo lo que habia descubierto.

Clotilde habia ganado con esto á los ojos de la justicia de una manera imponderable, porque aparecia ante ella como un personaje romancesco, como una criatura estraña; pero lo repetimos: respecto á la cartera en cuestion que habia causado los crímenes que la justicia perseguia, Clotilde habia guardado un profundo secreto, escepto para Alfonsina.

Al juez habia dicho que cuando llegó y encontró los dos cadáveres, habia desaparecido la cartera.

Y como habia sido tan verosímil y tan franca la declaracion de

la jóven, la única mentira que en ella se habia podido descubrir habia sido creida.

Ahora bien: el juez se encontraba embrollado.

Si solo habia aparecido un hoyo abierto en el lugar donde estaba la cartera; si esta no se habia encontrado sobre ninguno de los dos cadáveres, si habia en fin desaparecido, claro era que, ó estaba perdida sobre las escabrosidades, entre la yerba, entre las piedras del terreno, ó habia habido en el lance una tercera persona.

Ni el juez ni el escribano habian reparado en que el estado de la mano derecha de Clotilde podia ser el resultado del uso de una herramienta de campesino.

Habian creido que en efecto la puerta de la casilla de Cristóbal, cerrada violentamente por el viento, habia cogido la mano á Clotilde.

Respecto á la identidad de su origen, importaba poco, puesto que para responder á cargos ante la justicia, no se necesita probar los padres.

Clotilde declaró que, segun todas las apariencias, era hija de Andrea, hermana de la baronesa de Castell-d'oro, y que ignoraba quién habia sido su padre.

De modo que Alfonsina tenia otra razon para no ocultar el orígen irregular de sus primas; esto es, que dentro de poco, en cuanto el proceso pasara del estado de sumario al de plenario, los noticieros debian apoderarse de él, trasportarlo á la prensa y contarlo á todo el mundo.

Alfonsina tuvo el buen sentido de afrontar la situacion antes de que se presentara, y de contarlo á todo el mundo.

Sus conocimientos fueron indulgentes.

No habia medio de romper por dos primas con la escéntrica, bellísima y riquísima baronesita de Castell-d'oro, ni de enojarla recibiendo mal á sus primas.

II.

La situacion pues respecto á María estaba salvada.

Como parienta de Alfonsina y como soltera, debia vivir con ella

Pero ¿qué hacer respecto á Luis, enfermo, pobre, solo en el mundo, desvalido completamente?

¿Procurarle la vuelta al servicio?

Sobre esto giró la conversacion.

—No, yo no puedo solicitar mi vuelta al servicio, dijo Luis: se me ha despedido, entre otras cosas, por inútil: mi inutilidad es notoria: todo lo que yo deseo es que se me quite la nota degradante que se me ha puesto en mi licencia, que conste que he cumplido con mi deber como militar y como caballero, y que no he sido despedido, sino que se me ha licenciado por inútil y á solicitud mia.

—Bien, eso se obtendrá, se obtendrá muy pronto: mañana; y se obtendrá mas: un proceso contra ese teniente coronel, por abuso, puesto que, segun usted ha dicho, le ha cometido haciendo saltar su solicitud de usted por encima del coronel.

—No, no; esto mezclaria al pobre coronel, que es un buen sugeto: el castigo de ese abuso, y de la injuria y de la calumnia que se han cometido contra mí, es de cuenta mia. Gracias á Dios, no estoy tan inútil que no pueda dar otra bofetada en el otro carrillo al teniente coronel, y despues otra estocada en el mismo lugar de la primera.

—Prohibo á usted meterse en nuevos lances, dijo Alfonsina vivamente. Pero, y bien: yo aseguro á usted que antes de mucho será á usted imposible ir á encontrar á ese hombre.

—¿Cómo?

—Ese es mi secreto.

—No insisto. Hablemos.

—Usted tiene que cuidar ahora de su salud: cuando usted esté en estado de poder pedir cuentas al teniente coronel, para entonces... Pero, lo repito: ese es mi secreto.

—Como usted no hará nada terrible, no insisto, dijo Luis.

—Pero vengamos á la situacion, dijo con dificultad Alfonsina. ¡Pues! á una situacion que yo no sé cómo abordar.

—Esa situacion es mia, dijo Luis.

—Eso no es salir de la situacion, insistió Alfonsina, y es necesario salir de ella á todo trance.

María estaba pálida, Alfonsina turbada, Luis encendido.

—Pues... dijo Alfonsina.

Y se detuvo: temia herir la susceptibilidad de Luis.

—En fin, dijo decidiéndose Alfonsina: hay que pensar... en el inmediato enlace de ustedes dos.

—¡No! dijo María con un acento ingénuo.

—¿No? ¿Y por qué? dijo Alfonsina, que estaba muy pálida.

—No, á no ser que yo vuelva á mi situacion de obrera.

—No, dijo á su vez Luis.

—¡Obrera! ¡obrera! esclamó Alfonsina. Eso es imposible: soy yo demasiado orgullosa para consentir en que digan, con razon, que siendo inmensamente rica consiento en que una prima hermana mia viva del afan del trabajo. Además, esto es innecesario: tú, María, y ella, Clotilde, á lo que debe suponerse, sois inmensamente ricas: vuestro patrimonio está enterrado en un lugar cuya noticia tengo yo... Además, Clotilde ha heredado tres millones de reales: esto es incontestable: el juez me ha dicho que este legado es legítimo, y que si se ha reducido á prision á Clotilde es porque hay contra ella indicios aparentes de complicidad en un doble asesinato; pero Clotilde será esculpada muy pronto: hay que suponer que el difunto Casares, al dejar por su heredera á Clotilde, os dejó implícitamente por herederas á las dos: yo tengo la seguridad, dada por el juez, de que se sobreseerá en el proceso respecto á Clotilde, y que le serán entregados los tres millones que ahora tiene en depósito la justicia, y que se la pondrá asímismo en posesion de los bienes de Casares, que montan á otros tres millones. Así pues, María, yo puedo anticiparte...

—¿Y para qué necesito yo de nada? dijo tranquilamente María.

—¡Cómo! ¿Te obstinas en ser obrera?

—No. ¿Para qué?... Obrera, sí... sí, es verdad: obrera de la caridad.

—Supongo que no querrás hacerte hermana de la Caridad, dijo Alfonsina.

—¡Hermana de la Caridad! esclamó aterrado Luis.

—¿Y á qué objeto mas bello y mas consolador podemos consagrar nuestra vida? contestó melancólicamente María.

—Pero habíamos convenido, dijo Luis alentando apenas, en que uniríamos nuestros destinos.

—¡Egoismo! dijo María. Egoismo, sí, contestó la jóven mientras Luis la miraba con ánsia y Alfonsina con estrañeza.

—Sí, cuando pensamos en unirnos, dijo María, cometimos una falta.

—¿Una falta?

—Sí, contra nuestra descendencia...

—¡Ah! esclamó Luis.

—Sí, continuó María: en primer lugar, yo no tengo nombre que dar á mis hijos.

—¡El mio!

—¿Y el de sus abuelos?

—¡Oh! ¡no! ¡no! dijo Luis. Esto es incomprensible... Usted... no sé por qué, ha cambiado, María.

—Me ha tocado en el corazon el dedo de Dios. Desde que pensamos, arrastrados por un amor insensato, en unirnos, no han venido sobre nosotros mas que desgracias.

III.

Luis calló aterrado.

Aquel golpe que no esperaba, le habia aturdido.

María se levantó.

—He pensado mucho durante mi prision de cuarenta y ocho horas, dijo, y he adoptado una resolucion irrevocable: seré hermana de la Caridad.

—¿Y yo? ¿y yo? esclamó desesperado Luis.

María pareció vacilar; pero se repuso y dijo:

—Usted debe ser razonable como yo: las desgracias no son otra cosa que avisos del cielo: aprovechémoslos... Alfonsina, ¿quieres hacerme el favor de mandar que me conduzcan á mi cuarto?

—¡Pero esto es inconcebible! dijo Alfonsina. Yo esperaba algunas dificultades, porque te he comprendido lo bastante en el poco tiempo que te conozco, y te he visto escéntrica... Pero reflexiona...

—He reflexionado, prima, contestó dulcemente María.

IV.

Luis habia acabado por esperimentar una irritacion sorda, una irritacion que contenia en la espresion, pero que se manifestaba en un temblor nervioso.

Sospechaba no sabia qué, y sus sospechas le irritaban.

¿Por qué habia cambiado María? ¿Por qué aquella trasformacion brusca?

El amor es muy receloso y muy injusto.

Luis tuvo celos.

Los celos despertaron su dignidad.

Calló pues, y vió salir pálido y sombrío á María con Alfonsina.

Esta última le habia dicho vivamente sobreescitada:

—Espere usted.

V.

Durante el tiempo de la espera, que fué de algunos minutos, un criado entró con un pliego en una bandeja de plata, y viendo que la baronesa no estaba en el gabinete, dejó la bandeja en el velador que estaba junto á la chimenea.

Por efecto de esa curiosidad involuntaria que se ejercita en nosotros á pesar de todas las situaciones, Luis reparó en que el pliego tenia sellos de oficio, semejantes á los del ministerio de la Guerra.

Indudablemente Alfonsina habia hecho algo por él.

Pero ¿qué podia ser este algo?

Cuando Luis se hacia esta pregunta, Alfonsina entró.

Venia pálida, conmovida.

VI.

—¡Valor, amigo mio, valor! le dijo. Yo creo que la injusta prision que ha sufrido, las fuertes emociones que ha esperimentado, han tocado en alguna manera á la razon de María: se obstina en no ser la esposa de usted.

—¡Ah! esclamó Luis contrariado.

Y se llevó la mano hácia el corazon.

Luego se puso muy pálido, y Alfonsina le vió hacer esfuerzos para sostenerse sobre la silla.

Acudió á él.

—¡Por Dios, amigo mio, por Dios! le dijo. ¡Valor! ¡valor por ella... y por mí!

Y Alfonsina, demasiado rudamente combatida, se echó á llorar.

—¡Señora! esclamó Luis: ¿tengo la felicidad, ya que he perdido una esposa en María, de tener en usted una hermana?

—Sí, sí, una hermana, esclamó Alfonsina: una hermana que sentiria mucho fuese á usted funesto lo que acaba de suceder.

—¡Ah, señora! El golpe ha sido demasiado violento, demasiado imprevisto.

—¡Pero, Dios mio, usted se pone malo, Luis!

El jóven tosió y arrojó una bocanada de sangre.

Alfonsina dió un grito.

—¡Ah! ¡Luis! ¡Luis! esclamó.

Y su acento era indudablemente el de una mujer enamorada que teme por el hombre de su amor.

Luego Alfonsina oprimió fuertemente el boton del llamador eléctrico, y se asió á Luis, que continuaba arrojando sangre.

VII.

Se presentaron inmediatamente, no uno, sino tres ó cuatro criados.

—¡Al momento, al momento, dijo Alfonsina, este caballero al cuarto de mi tio! ¡Que se llame á un médico! el que esté mas cerca... ¡pero al momento!

Dos criados levantaron la silla donde estaba Luis, y le condujeron.

Otros dos salieron inmediatamente, y á escape.

Alfonsina siguió al enfermo, sosteniéndole al mismo tiempo.

Cuando se quedó solo el gabinete, se abrió una puerta, apareció María, y avanzó hasta el portier que acababa de cerrarse al pasar los criados, Luis y Alfonsina.

María permaneció por algun tiempo mirando á través de la abertura de aquel portier, pálida é inmóvil.

Parecia un cadáver que por un milagro se hubiese tenido de pié.

Sus ojos dejaban ver el fuego de la fiebre y la agonía del corazon, todo á la par.

Al cabo de algunos segundos se volvió rígida y nerviosa, y dijo:

—¡Oh! ¡le ama! ¡no me habia engañado! ¡le ama con toda su alma! ¡Y él está fascinado! No lo reconoce aún; pero... á pesar de mí, acabaria por amarla, por olvidarme... Es altivo... le deslumbra la posicion... puede ser feliz con ella... Yo... ¿qué importo yo?... he hecho lo que debia hacer.

Y atravesó el gabinete.

Al pasar por delante del velador vió el pliego que estaba sobre la mesa y se detuvo.

—¡Un pliego del Estado! dijo.

É involuntariamente leyó el sobrescrito.

Decia así:

«Á la excelentísima señora baronesa de Castell-d'oro, del ministro de la Guerra.»

—¡Ah! esclamó María suspirando profundamente. Ella es poderosa, ella lo consigue todo: sin ella sabe Dios en qué horrible laberinto me hubiera yo visto perdida... él se hubiera avergonzado de mí... Sí, le pertenece... le pertenece... ¿Por qué se lo he de disputar yo?... ¿por qué he de disputarme á mi destino? Yo he nacido para la desventura; sigamos pues nuestra via: he hecho bien. ¡Pero él! ¡Dios mio! ¡él! ¡Sangre! Pero los médicos me han dicho que no hay peligro alguno... que la tranquilidad le curará... Sí... sí... que esté tranquilo, que la ame... que me olvide... ¡Oh, Dios mio!

Se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor frio que corria por ella, y acabando de atravesar el gabinete, salió.

VIII.

El pliego que estaba sobre la mesa contenia una carta y un oficio.

La carta decia así:

«Mi bella y escelente amiga: Me defiendo con cuantas fuerzas puedo de las inculpaciones que usted me hace en la suya, que por cierto me hubieran llenado de placer si no contuvieran contra mí una filípica que no merezco. Los negocios de un ministerio son tantos que no pueden pasar todos por la inspeccion del ministro, y desgraciadamente en las secretarías hay gentes que abusan y que nos comprometen á cada paso.

Creo lo que usted me dice, que ese capitan es un escelente sugeto, un buen militar y un cumplido caballero, y le envidio por tener una protectora como usted. En confianza: tal es el calor con que usted me habla de él en su carta, que me parece... y le parece tambien á la marquesa, á quien he consultado, que dentro de poco tendremos que ocuparnos de una real licencia. Perdon por estas suposiciones; pero en fin, creo que un capitan que es un caballero y que debe ser jóven y buen mozo, puede muy bien unirse á nuestra perla, es decir, á la perla de la buena nobleza.

He hecho que este asunto se despache sin levantar mano, y tengo la satisfaccion, á las dos horas de haber recibido esa carta, de enviar á usted copia del traslado de la real órden que recibirán mañana los coroneles de Sagunto y de Pavía.

La marquesa y yo invitamos á usted á comer hoy con nosotros: ella en particular está muy ansiosa, y quiere saber cómo ha tomado usted bajo su proteccion á ese bienaventurado capitan.

Si no hay nada de lo que nos ha parecido indicar el interés y el estilo de su carta, perdónenos usted esta confianza en gracia de la estimacion en que la tenemos, etc.»

El oficio decia así:

«Direccion general de caballería.—El excelentísimo señor ministro de la Guerra me dice con esta fecha lo siguiente:

«Su majestad la reina (Q. D. G.), se ha servido mandar quede sin efecto la real órden de 20 de noviembre próximo pasado por la que se despedia del servicio al capitan del segundo escuadron del regimiento caballería de Sagunto; que dicha real órden se tenga por de ninguna consecuencia; y al mismo tiempo S. M. se ha servido conceder la vuelta al servicio del espresado capitan, al cual se destinará inmediatamente á cuerpo.»

Y como por consecuencia de la anterior real órden, el interesado ha sido destinado por mí al primer escuadron del regimiento de su mando, vacante por ausencia de don Juan Salcedo, lo traslado á V. S. para su conocimiento y fines consiguientes.—Dios guarde á V. S., etc.—Señor coronel del regimiento húsares de Pavía.»

Debajo de esta copia se leia esta otra:

«Inspeccion general, etc.—S. M., etc., se ha servido mandar que don Joaquin Rodriguez, teniente coronel del regimiento caballería de Sagunto, pase con el ascenso inmediato al ejército de Filipinas. De real órden, etc.»

IX.

No podia decirse que Alfonsina no era influyente.

Si don Joaquin Rodriguez hubiese sabido que Luis tenia tan buenos *agarraderos*, como suele decirse, se hubiese guardado muy bien de su felonía contra él.

Al tal coronel le partian por la mitad, y sea esto dicho de paso, porque tenia una familia numerosa y negocios importantes en España.

X.

Una hora despues de haber salido, Alfonsina volvió al gabinete.

Venia mucho mas tranquila.

Un medicamento enérgico, un astringente poderoso administrado á Luis, habia cortado los vómitos.

Los médicos habian declarado que, una vez contenida la hemotísis, no habia ni sombra de peligro, y para la curacion definitiva solo necesitaba el enfermo tranquilidad de espíritu.

Vió el pliego que estaba sobre el velador, y le tomó.

—¡Ah! ¡Del marqués! dijo. Es necesario darle las gracias. No se puede contestar mas pronto.

Le abrió, y apenas hubo llegado á la mitad de la lectura de la carta, se puso vivamente encendida.

—¡Dios mio! dijo. ¡Yo he sido imprudente! ¡yo me he olvida-

do!... ¡han comprendido que le amo en la manera de mi recomendacion! ¿Habré sido tambien imprudente delante de ella? ¿habrá comprendido?... ¿se sacrificará por mí? ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Y él tambien lo comprende! ¡sí! ¡su turbacion! ¡su mirada!... ¡Ah! ¡Esto es terrible!... ¡Yo no tengo la culpa, no! ¡Es necesario que yo deshaga esto!...

Y corrió al aposento de María.

XI.

Al entrar en la pieza anterior, se detuvo y acercó con precaucion, de puntillas.

La alfombra le ayudó á apagar completamente el ruido de sus pasos.

La puerta de la habitacion inmediata estaba entreabierta.

Alfonsina se acercó y miró á través de la abertura.

María estaba de rodillas, asida con las manos al respaldo de una silla, y apoyada en las manos la hermosa cabeza.

Se percibia su temblor persistente: se oian sus sollozos.

Alfonsina sintió una especie de vértigo.

Aquel dolor penetrante la hacia mal en el corazon.

Y al mismo tiempo, sin poderlo evitar, sentia una especie de aversion involuntaria hácia María; pero su corazon se rehizo bajo la fuerza de su conciencia.

—¡No! ¡no! dijo: ¡yo no tengo derecho á hacerla desgraciada! ¡yo no debo robárselo! Además, esto, si yo empleo toda mi fuerza de voluntad, pasará; sí, pasará: no hay razon para que sea ya una pasion el afecto que me inspira Luis. ¡Y luego, no me ha de ganar ella á generosa! ¡Es necesario que yo la sorprenda! ¡que no pueda aborrecer!

Y Alfonsina empujó dulcemente la puerta, que giró en silencio, y pasó de puntillas.

CAPITULO IV.

DE CÓMO MARÍA MUESTRA LA ABNEGACION Y GRANDEZA DE SU ALMA.

I.

Permaneció algunos segundos tocando casi á María, pero sin dejarse sentir de ella.

Entonces pudo notar mejor los poderosos estremecimientos que dominaban el cuerpo de María.

Alfonsina al fin se inclinó sobre ella, la rodeó los hombros con sus brazos, y la atrajo hácia sí.

María se estremeció sorprendida, se volvió, y apareció en su semblante una espresion de contrariedad y de espanto.

—¡Ah! ¿Qué es esto? esclamó Alfonsina. ¡Tú eres muy desgraciada!

—¡Ah! contestó María dominada. Sí: soy... muy desgraciada; pero mi desgracia es ya muy antigua: estoy acostumbrada á ella.

Y se sonrió.

—No: tú no me engañas, dijo Alfonsina: tu mayor desgracia, tu gran desgracia es muy reciente.

—No: siempre ha sido así: no ha pasado un solo dia sin que yo levante á Dios mi corazon anegado en lágrimas, sin que un recuerdo terrible me estremezca: la muerte de mi madre.

—María, tú has llorado hoy la muerte de tu amor.

—Si yo tuviera un amor, dijo María tranquilamente y sonrien-

do de una manera lánguida, si ese amor fuese la esperanza de mi vida, yo no le hubiese matado.

—Tú te sacrificas, María.

—¿Y á qué he de sacrificarme yo?

—Á tu amor.

—Te engañas.

—Tú me decias hace tres dias en el Gobierno civil:—Vaya usted, señora, vaya usted y tranquilice á un hombre que morirá si no sabe que ningun peligro me amenaza.—Y tú decias esto desolada, revelando toda tu alma en tus ojos, en tus palabras, en tu semblante, en tu sér, en fin, como habla y siente una mujer enamorada cuanto puede estarlo una mujer.

—Tú te engañas: yo soy muy impresionable: la exageracion se encuentra siempre en mí: yo no puedo evitarlo: cuando me escito me sobreviene una especie de embriaguez.

—Sí, la embriaguez de la pasion.

—Yo seré muy feliz consagrándome á la caridad.

—¿Y esa desolacion tuya de que he sido testigo?

—Es en mí muy frecuente. ¡He sufrido tanto en este mundo! ¡amaba tanto á mi pobre madre! ¡la echo tanto de menos!

—Tú crees que yo amo á Luis.

—¿Y qué habria de malo en eso? Luis es un escelente jóven, y tú eres un tesoro; si os amais, sereis muy felices.

—Pero aparte de que yo no amo á Luis, Luis te ama, tú eres su vida.

—Luis se resignará.

—Luis sufrirá de una manera terrible.

—Pero no sucumbirá al dolor, yo te lo aseguro: yo seré para él un sueño que pasará, un recuerdo que cada dia se irá haciendo mas pálido.

—Sacrificio inútil: ni Luis querrá unirse á mí, ni yo quiero unirme á él.

—¿Quién sabe lo que sucederá? Él y tú querreis lo que Dios quiera que querais.

—Dios no puede querer que ninguno de los dos queramos sacrificarte.

—Yo no me sacrifico.

—Pero por un error inconcebible, sacrificas á los demás.

—Te engañas: Luis se está muriendo.

—No, dijo tranquilamente María.

—Luis se ha puesto malo por consecuencia de tu estraña resolucion, y arroja sangre por la boca.

Si María no lo hubiese sabido, si no hubiese estado prevenida contra este argumento de Alfonsina, se hubiese conmovido profundamente.

Alfonsina, que obraba de buena fé, esperaba esta conmocion para aprovècharse de ella; pero María no se conmovió.

—Lo siento, dijo, porque le estimo mucho; pero ese accidente no es grave: los médicos me han informado bien: la sangre que arroja es resultado de un estravasamiento producido por una congestion de los pulmones: cuando la congestion pase, la hemotísis desaparecerá: te repito que no hay cuidado alguno; si le hubiese, ¿crees tú que yo seria tan mala que no estuviese á su lado?

—¡Él te llama!

—Yo no debo ir: si fuera me suplicaria, y yo no puedo renunciar á mi resolucion.

—Eres terrible, implacable.

—No: lo terrible, lo implacable es mi destino.

—¡Tu destino! ¡Preocupaciones!

—No, no: hay séres que parecen malditos; hay séres que atraen la desgracia y la muerte sobre todo aquello que tocan; hay séres que secan la yerba que pisan y que arrugan la frente sobre que ha caido una sola de sus lágrimas: yo soy uno de esos séres. Dejadme, dejadme que yo siga mi destino sin envolver en él á los demás.

—¿Quién ha visto su destino? esclamó desesperada Alfonsina. ¿Quién ha leido su sentencia en el porvenir?

—Te repito lo que dije á Luis: Dios ha tocado con su dedo mi corazon: yo no puedo ser esposa porque no debo ser madre, porque no tengo herencia para mis hijos.

—Pretestos: los hijos son lo que son los padres: el mundo de hoy ha roto todas las preocupaciones; el mundo de hoy gira en una órbita de libertad, de civilizacion: hoy no se pide á nadie su genealo-

gía; hoy no se reconoce ningun privilegio; hoy no se mira en las criaturas mas que su valor intrínseco, su valor personal, cualquiera que este sea.

—El mundo pensará como quiera, Alfonsina; pero es necesario que me concedas que cada sér es consecuente con sus creencias: yo creo que así me he salvado, que Dios se ha puesto en medio del camino que yo seguia, y que me ha señalado otro.

—Espera por lo menos, y si ves que tu amor es la vida de Luis, no le mates.

—El amor de una mujer no vale la vida de un hombre.

—Bien, dijo suspirante Alfonsina: yo haré lo que debo hacer.

—Y lo que debes hacer es no irritarte contra mí, que te amo; contra mí, que siento mucho contrariarte.

—Y bien, dijo Alfonsina: con la herencia de tu familia hay un manuscrito que sin duda guarda importantes revelaciones. Si esas revelaciones probaran que eres hija legítima...

María movió tristemente la cabeza.

—¿Tienes tus razones para creer... ¿te ha dicho tu madre...

—Me ha dicho demasiado no hablándome jamás de mi padre.

—Eso nada prueba.

—Eso, tratándose de mi madre, prueba mucho.

—¿Y por qué no ir al lugar donde esa herencia está enterrada? dijo Alfonsina.

—Mi hermana no puede asistir, y yo no iré sin mi hermana.

—¡Está visto! Nada se puede obtener de tí.

—Yo haré lo que debo hacer, Alfonsina.

—¿Y no verás á Luis?

—No... seria provocar una cuestion inútil.

—¡Ah! Eres dura de corazon; no lo creia yo.

—Siempre he tenido la desgracia de que no se me comprenda.

—Yo te comprendo demasiado.

—Crees comprenderme, pero te engañas.

—Supongo que en todo caso nos concederás un plazo antes de llevar á cabo tu resolucion irrevocable.

—Sí: yo no puedo separarme de tí antes de que se resuelva la situacion de mi hermana.

—¡Ah! esclamó Alfonsina con alegría. Pues entonces tenemos tiempo: no mucho, porque yo voy á hacer lo posible porque el asunto de Clotilde se despache cuanto antes. Ahora bien: ¿de qué manera quieres vivir en casa?

—De una manera la mas natural, Alfonsina: con arreglo á tus costumbres: es necesario evitar que se murmure, que se comente.

—Pues mis costumbres son muy sencillas: despues del tocado, el almuerzo; despues del almuerzo, salgo y voy á esta parte ó á la otra, donde hago falta. ¿Quieres acompañarme? Visitaremos algunas pobres familias, y despues daremos un paseo por el campo.

—Perfectamente, dijo María sonriendo y como si por ella no hubiese pasado una tormenta.

II.

Como se ve, María era tan fria de carácter y tan dueña de sí misma como Clotilde.

Alfonsina la llevó á su tocador, y dos doncellas la peinaron y la vistieron.

Alfonsina entre tanto fué á ver á Luis.

—¿Y bien? dijo este con ansiedad.

—No lo comprendo, amigo mio, no lo comprendo, contestó Alfonsina.

—¿Se niega á verme?

—Dice que no corre usted absolutamente ningun peligro, que ha tomado una resolucion inapelable, y que no debe ver á usted.

—¡Aquí hay un misterio! esclamó irritado Luis.

—La impresion reciente de los graves sucesos que han pasado por ella, dijo Alfonsina; no lo dude usted, amigo mio: es necesario esperar. Dispénseme usted si no estoy continuamente á su lado: esto se repararia...

—¡Oh! ¡Por supuesto!

—Además, no hay peligro alguno: si lo hubiera, ella y yo atropellaríamos por todo.

—Tal vez no ella.

—No la haga usted esa injusticia: María ama á usted con toda

su alma; por lo mismo, es necesario esperar á que sobrevenga una reaccion: yo voy á llevármela, á distraerla, á procurar que esa reaccion sobrevenga. ¿Quién sabe si mañana pensará de otra manera?

—¡Ah! No lo espero.

—Esperemos; y entre tanto ocupémonos un poco de los asuntos puramente pertenecientes á usted. Lo que yo esperaba ha vencido: el ministro de la Guerra se ha interesado por usted, le ha rehabilitado en su lugar y le ha repuesto: está usted destinado al regimiento de Pavía. En cuanto al teniente coronel, pasa con ascenso á Filipinas.

—¡Oh! Me le roba usted.

—Sí, amigo mio, sí; dejémonos de locuras. Ahora suplico á usted que esté muy tranquilo, que espere, que confie: todo esto pasará, y espero que pronto tendremos un buen dia.

—Gracias, señora, gracias, dijo conmovido Luis.

Alfonsina salió.

Un momento despues las dos primas, perfectamente tranquilas delante de los criados, almorzaban juntas.

III.

Alfonsina llevó á María á casa de desventurados, en las cuales fué recibida como una providencia.

En cada una de aquellas casas se encontraba, ya un enfermo, ya la ancianidad, ya la orfandad impotentes.

Una multitud de desgraciados vivia al calor de la dulce caridad de Alfonsina.

—Merece ser feliz, dijo María para sí cuando estudió por aquella faz á Alfonsina; merece que yo me sacrifique por ella: una criatura como esta tiene derecho á ser completamente feliz.

IV.

María se afirmó mas en la resolucion que habia tomado; y como los fuertes son siempre pacientes, esperó: vivió en la casa de Alfonsina, la acompañó á todas partes; dándola gusto se vistió con lujo,

se dejó presentar á todo el mundo; vió que se la consideraba como una heroina de novela, que se la admiraba, que se la rendia un culto idólatra, que era en fin la señorita á la moda, que deslumbraba, que seducia, que arrastraba, que enloquecia, y no se ensoberbeció, y era siempre sencilla, siempre digna.

Su manera de ser aumentaba su hermosura.

Su éxito era completo.

V.

Y como se hablaba de misterios; como en medio de aquellos misterios relucia de una manera vaga una gran fortuna; como lo romancesco contribuia á realzar su valor; como se repetia sin cesar que ella era la adorable jóven que habia preferido la muerte en la dignidad á la deshonra, no habia ninguno de los que estaban en posicion de aspirar á un grande enlace, que no estuviera empeñado en el asalto de aquella ciudadela inespugnable que encerraba dentro de sí los tesoros de la hermosura, de la distincion, de la virtud, y lo que era mas apreciado aún, del dinero.

María parecia insensible á todo esto.

Se defendia sin esfuerzo.

Nunca un desengañado por ella tenia derecho á llamarse ofendido.

Los enamorados desahuciados, los que ninguna esperanza podian tener, se convertian en sus amigos desinteresados.

VI.

Nadie podia ni aun suponer que María fuese desgraciada.

La pobre jóven aparecia siempre dulce, sencilla y tranquila.

—Esta chica es un cielo sin nubes, solia decir algun soltero contumaz. Para vivir en ese cielo sin turbarle seria necesario ser una nubecilla de color de rosa.

María asistia á todas partes con su prima: á las *soirées*, al teatro, á los bailes, á las carreras de caballos, hasta á los toros, siempre con traje no visto, siempre elegantísima, pero siempre sin joyas, y siempre de la manera mas sencilla.

La religion y su consecuencia, mejor dicho, su principio, la caridad, no estaban desatendidas.

La iglesia, el hospital, las casas de los desvalidos, absorbian las dos terceras partes del tiempo de las dos jóvenes.

VII.

Bajo esta superficie tranquila se revolvia un arcano doloroso, un arcano de amor.

Luis no habia estado mas que veinticuatro horas en casa de Alfonsina, y esta, durante aquellas veinticuatro horas, habia estado muy poco tiempo á su lado.

No podia permanecer, sin causar graves disgustos, casa de Alfonsina.

Escribió al coronel del regimiento de Pavía, al cual habia pasado, esponiéndole su situacion.

El coronel fué á visitarle, se mostró con él complaciente, y á cuenta de sus pagas le dejó una cantidad bastante para poder reponer su equipo y pasar al hospital militar.

Allí iba dos veces al dia un criado de Alfonsina.

Este criado llevaba una carta.

Esta carta, escrita siempre con una mano trémula que demostraba la situacion de espíritu de quien la habia escrito, se reducia siempre á este pensamiento, que no variaba mas que en las palabras.

«¡Valor! Lo que usted necesita para curarse es tranquilidad y confianza: téngala usted en Dios y en mí: restablézcase usted pronto para los que le aman.»

Luis, para el cual se habian abierto nuevos horizontes; Luis, que estaba aturdido; Luis, que estaba impresionado por una multitud de esperanzas indefinibles; Luis, que vivia la poderosa vida del que ama, se restableció muy pronto: á los ocho dias le declararon convaleciente; á los quince le dijeron que podia sin temor montar á caballo.

Le dieron de baja en el hospital, y de alta en el regimiento de Pavía.

VIII.

Luis comprendió que le era de todo punto necesaria una estricta economía, que el mundo en que vivimos no se ocupa de lo que no ve, y da una gran importancia á las apariencias.

Luis se dejó de prodigalidades, de disipar en gastos inútiles su escasa paga, porque una paga de capitan de caballería no da para mucho, tomó un pupilaje modesto que solo le costaba doce reales, y un asistente que le servia de dia y que por la noche se iba adonde le parecia mejor.

Pagaba dos reales á su asistente.

Un soldado con su prets libre y con dos reales de plus es rico.

Los diez y seis ó diez y ocho reales que quedaban á Luis le sirvieron para contraer un pequeño empréstito que le permitió equiparse convenientemente para poder presentarse elegante como deseaba.

Su objeto era ir á buscar á María en el gran mundo.

Despues de provistos los plazos que debia pagar cada mes, le quedaban libres ocho reales diarios.

Esto le bastaba para poder ir al Suizo y para asistir dos veces por semana al teatro, adonde asistian Alfonsina y María.

IX.

Luis se hizo presente en todas partes adonde las dos jóvenes concurrian.

Luis, ofendido, se colocaba en una situacion de reserva respecto á María.

Respecto á Alfonsina era mas espresivo.

A despecho suyo, la conmocion le denunciaba cuando hablaba con María; pero esta parecia no repararlo, y le trataba simplemente como á un amigo á quien estimaba mucho.

Parecia como que habia olvidado todos los antecedentes.

X.

Alfonsina trataba siempre á Luis como un amigo; pero á través de su amistad se escapaba algo de ardiente, algo de esclusivo por Luis.

Alfonsina no podia evitarlo; mas aún, no reparaba en ello; pero lo reparaba todo el mundo.

Para nadie era un misterio que la hermosa baronesita de Castell-d'oro estaba enamorada del bello, lánguido y espiritual capitan de caballería Luis Alvarez.

María pues se afirmaba cada vez mas en su propósito.

XI.

Llegó en fin un momento en que Clotilde, tres meses despues de su prision, fué completamente absuelta; un momento en que se la entregaron tres millones de reales en efectivo, y se la puso en posesion de otros tres millones en propiedades que habian sido de don Andrés Casares.

Como lo habia previsto Alfonsina, Clotilde consideró á María tan heredera como ella de don Andrés Casares, y así lo hizo constar en documento público, alegando que el testador habia manifestado terminantemente esta intencion, revelándola antes de morir que tenia una hermana.

María aceptó.

Le fué entregado millon y medio en efectivo, y otro millon y medio en propiedades le fué adjudicado igualmente.

XII.

—Ha llegado el momento, la dijo Alfonsina: ¡cásate!

—Sí, ha llegado el momento de que yo ponga en práctica mi resolucion, dijo María.

—¿Y cuál en fin? preguntaron Alfonsina y Clotilde.

—La de consagrarme al servicio de Dios y de mis semejantes en una casa de hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul.

En vano fueron los esfuerzos de las dos jóvenes para disuadirla.

Al dia siguiente, un sacerdote que María habia elegido para su director espiritual, se presentó casa de la baronesa y la dijo:

—Traigo, señora, todas las licencias necesarias del arzobispo de Toledo: la señorita María entra en religion con destino á una de las casas de hermanas de la Caridad de San Vicente de Paul.

—Bien, dijo Alfonsina, puesto que no tiene remedio; pero ¿á qué casa va?

—Este es un secreto, señora, dijo el eclesiástico: la señorita María quiere vivir completamente aislada, renunciar á todos sus bienes; invertidos en renta del 3 por 100 han sido destinados por ella, por cantidades fijas, á establecimientos de beneficencia.

—Pero mi hermana, dijo Clotilde, tiene derecho, ella lo sabe, á la mitad de una herencia mucho mayor.

—Eso está previsto, dijo el eclesiástico, en esta escritura pública, en que la señorita cede á su hermana doña Clotilde todos los derechos que en adelante puedan corresponderle.

—Pero ¿dónde está María, dijo Alfonsina, que no anuncia todas estas cosas por sí misma?

—María ha ido esta mañana á mi casa: todo estaba preparado: ha firmado los documentos que ha necesitado, ha escrito esta carta para ustedes, y ha partido para su destino acompañada de dos hermanas de la Caridad.

Y el eclesiástico dió una carta á Alfonsina.

—¡Oh! ¡Esto es terrible! dijo Clotilde. Yo la encontraré.

XIII.

Alfonsina estaba muy pálida.

Abrió la carta y leyó lo siguiente:

«Prima mia, hermana mia: Perdonadme si os escuso y me escuso de una despedida demasiado dolorosa. Yo os amo, y os amo con toda mi alma, y os lo probaré separando de vosotras mi mala influencia. Dejadme seguir mi camino: de tiempo en tiempo recibireis por mi confesor una carta mia. Adios: yo os amo; yo os amaré siempre.—Vuestra, *María*.»

La baronesa de Castell-d'oro.

«P. D. Justificad para con las gentes mi desaparicion, diciendo simplemente la verdad: los documentos que os entregará mi confesor servirán de comprobacion.»

XIV.

Alfonsina y Clotilde hubieron de resignarse; pero la segunda esclamó:

—Ó dejo de ser quien soy, ó encuentro á mi hermana y la reduzco á la razon: entre tanto, es necesario velar por ella, velar por su corazon.

Y sobre este pensamiento preguntó al eclesiástico:

—Dígame usted, señor: ¿el voto que mi hermana ha pronunciado es temporal?

—Sí, sí, señorita, contestó el eclesiástico: por tres años.

—¿De modo que, dijo Alfonsina, dentro de tres años, si no renueva el voto, puede disponer de sí misma?

—Indudablemente.

—¿Hasta el punto de poder casarse?

—Indudablemente.

—Bien; gracias, señor, por el interés que usted se ha tomado por nosotras: desde hoy puede usted considerarnos sus amigas, y esta casa como suya.

El eclesiástico les dió las gracias y se retiró.

XV.

—¿Qué te parece de esto, Clotilde? dijo Alfonsina. ¿No crees que María ame á Luis?

—Creo que le ame.

—¿Y que se sacrifica renunciando á él por mí?

—No, no se sacrifica por tí: se sacrifica por él; comprende que Luis vacila...

—¿Que vacila?

—Sí... María tiene su alma, pero tú la deslumbras...

Alfonsina se estremeció, y pasó una espresion de agonía por sus ojos.

—Sí, dijo Clotilde: Luis es un escelente chico, un hombre de corazon, como tú quieres; pero sin voluntad cede á la pasion de nuestros dias, á la vanidad; conoce que le amas, y es para él un gran timbre ser un dia título de Castilla, grande de España: él no se lo esplica, pero tú le arrastras: María lo ha conocido, se ha considerado como un obstáculo, y se ha vuelto.

—¡Pero esto es terrible, Clotilde! ¡esto es una desgracia! Yo no me casaré nunca con Luis.

—¿Quién sabe? ¿quién sabe? El amor es uno de nuestros mayores tiranos, Alfonsina: dígalo yo, que sin saber por qué, amo cada dia mas á Cristóbal.

—El amor es pues incomprensible. ¿Por qué hemos de querer aquello que nos violenta, aquello que nos pone en lucha? ¿Por qué hemos de encontrar nuestra felicidad en aquello mismo que rechaza nuestra conciencia?

—Contradiccion del corazon humano. Procura curarte, Alfonsina; y para ello lo mejor será... yo tambien necesito curarme, que nos apartemos cada cual de nuestro peligro. Viajemos, prima, viajemos: desaparezcamos un dia.

—Desaparezcamos; pero antes tenemos algo que hacer aquí.

—Sí: tenemos que desenterrar mi tesoro, y que sacar libre de pena de la cárcel á Cristóbal.

—Lo primero es muy fácil: lo haremos mañana.

—No tan pronto: hay que tomar precauciones; hay que asegurar el secreto; hay que pensarlo: no podemos fiarnos de nadie, de nadie mas que de Cristóbal, y es necesario que para esto Cristóbal sea puesto en libertad.

—El proceso está para ser visto en primera instancia, segun me ha dicho el juez, un dia de estos.

—Pues apretemos al juez, apretémosle, Alfonsina: el juez no nos negará nada. Además, es de justicia la absolucion de Cristóbal, porque el delito le constituye la intencion de cometerle, y Cristóbal no ha tenido intencion en el único delito de que puede acusársele, esto es, de haberse apoderado de mi herencia prescindiendo de las formalidades legales. En cuanto al incendio y al asesinato de policía, todo esto cae sobre una terrible mujer. El juez tiene la

conviccion moral de la inocencia de Cristóbal, y legalmente faltan pruebas. Él solo conocia á la Josefa: Josefa era la amante de Casares: conocia demasiado al agente de policía muerto. Hagamos que el juez absuelva en primera instancia; apresuremos despues cuanto podamos la vista, é influyamos para la feliz terminacion de la causa.

Alfonsina convino en esto, y ambas salieron á ver al juez.

CAPITULO V.

EN QUE APARECE GABRIELA BAJO UNA BELLA FAZ.

I.

Pasaron algunos dias.

El juez de la causa de Cristóbal, escitado por las dos primas, habia llevado el proceso á término y habia sentenciado absolviendo á Cristóbal.

Los negrísimos antecedentes de Josefa Sanchez habian favorecido á este.

Solo era responsable de haber obrado por sí y ante sí en el negocio de la herencia de Clotilde; pero como esta herencia habia sido declarada legítima, se habia hecho la vista gorda acerca de la manera de tomar posesion de la herencia.

El ministerio público habia apelado de la sentencia del inferior, pidiendo para Cristóbal dos años de prision menor.

Influir en la superioridad era mas difícil.

Alfonsina se prevalió de una eleccion de diputados, y prometió su influencia como propietaria al gobierno á fin de que triunfasen dos candidatos de este; pero á condicion de que seria confirmada respecto á Cristóbal la sentencia de primera instancia.

Sabido es, por desgracia, que en España la política ha sido la suprema razon de todo; que se ha sobrepuesto á todo, hasta á lo mas

sagrado; que se han hecho por los gobiernos iniquidades á fin de obtener una mayoría servil en el Congreso.

Se ha creido que nada habia inviolable, que todo debia y podia posponerse á los intereses de partido, y antes de esto, que todo debia sacrificarse á los intereses individuales.

¿Cuál era en último resultado el objeto de esta política, rebajada hasta la miserable categoría de la intriga?

El mando y el oro; mas aún: por el oro el mando.

Una corrupcion horrible caia en una lluvia de fuego sobre el país, que rugia sordamente; porque en España el país es una cosa, y la política, esto es, los partidos, otra.

Recuérdese que la accion de nuestro relato pasa en 1854.

II.

No se trataba de unas elecciones generales, sino, lo que era mas grave aún, de unas reelecciones, cuando la opinion era completamente hostil al gobierno y se habia fraccionado profundamente la mayoría.

Un diputado ministerial perfecto, sumiso, valia en aquellas circunstancias en que un gobierno imposible, un gobierno monstruoso temblaba al solo murmullo de la opinion pública; un diputado ministerial en aquellas circunstancias, repetimos, valia un ojo de la cara.

III.

En los tres distritos donde debian hacerse las reelecciones tenia una gran influencia Alfonsina, porque poseia en ellos grandes propiedades.

Esta influencia natural del gran propietario sobre sus colonos electores, fué reforzada por Alfonsina con escelentes razones acuñadas, y pudo en fin dictar condiciones al gobierno, entrar, como si dijéramos, en trato.

¡Se ha hecho esto tantas veces y para tan miserables negocios!

Si un dia la justicia nacional revolviese el lodo de las secretarías y de las dependencias del Estado, si sacase á luz el infinito número de negocios solapados por la arbitrariedad y la audacia, se ve-

ria obligada á mandar á presidio á miles y miles de esplotadores grandes y chicos de la cosa pública.

Seria de ver las caretas que caerian al suelo y las respetabilidades que se convertirian en presas de justicia, si un dia se hiciera rígida y escrupulosa justicia.

Quien dijo que España era un presidio suelto, dijo una gran cosa; pero le faltó un calificativo.

Debió decir:

«La España oficial, la España del gobierno, es un presidio suelto.»

La España nacion no ha sido otra cosa que cuerpo doliente llagado por los picos y por las garras de tanta ave de rapiña de todos tamaños, castas y colores.

La España nacion hará muy bien en destruir á la España oficial, si quiere dejar de ser devorada.

Que descentralice completamente, que lleve el gobierno á la provincia, que mate la España oficial, y habrá matado los partidos.

Si no, esperimentará una leve mejoría, pero no se habrá curado: el mal volverá á agravarse.

IV.

Escribimos en una época escepcional, y nuestra novela toma necesariamente el color de las circunstancias.

Volvamos á nuestra relacion.

Inútil es decir que habiéndose provisto Alfonsina de tales prendas, se la sirvió bien.

Algunos dias antes de las reelecciones tuvo lugar la vista de la causa de Cristóbal.

La sentencia del inferior fué confirmada en todas sus partes, y por consecuencia causó ejecutoria.

No habia lugar á revista.

Cristóbal habia sido absuelto libremente, y puesto en libertad tres meses despues de haber sido preso.

Nunca se habia sentenciado un proceso con tal rapidez.

Cierto es que se habia favorecido á un hombre de bien; pero

aquel hombre de bien habia infringido las leyes, y merecia su pena.

No exageramos ni faltamos al respeto á nada.

La opinion pública, el gran jurado nacional, ha visto mas de una vez, por desgracia, inmorales y escandalosas injusticias.

La opinion pública sabe que la política lo ha corrompido todo.

La opinion pública ha sentenciado.

V.

La opinion pública ha visto atropellados unas veces, sentenciados ilegalmente, pasando por encima de todo, hasta por los inviolables términos de prueba, ha visto eternizarse otras, ha visto ejercitada la alta presion del gobierno sobre los tribunales, ha leido reales órdenes que autorizaban grandes injusticias, ha sido testigo de cuantos escándalos son posibles, y se ha estremecido bajo la tiranía.

Donde se falta á la justicia, allí está la tiranía.

Donde no hay injusticia, la tiranía no existe.

Hay un principio inviolable, augusto, santo, sin cuyo ejercicio los pueblos no pueden contar con garantía alguna, y este, que es inviolable, augusto, santo, se llama justicia.

El ejercicio pues de la justicia produce la libertad.

De lo que se deduce que la libertad, por el alto orígen de que emana, es inviolable, augusta santa.

Nosotros pues no faltamos al respeto á nada; denunciamos corrupciones que conoce demasiado la opinion pública; que han sido tocadas y vistas por ella persona por persona en sus mas pequeños detalles, que han producido una y otra revuelta infecunda en nombre de la moralidad y del derecho.

Nosotros no hacemos mas que retratar.

Véase si el retrato es exacto.

Si lo es, lo monstruoso del cuadro no nos pertenece.

Pertenece al original, que hemos copiado con repugnancia.

VI.

A Cristóbal le pareció un sueño la sentencia de primera instancia, y un milagro la sentencia de vista, por mas que se le habia pre-

parado para que la esperara; pero Cristóbal era hombre de buena fé, y lógico á su manera.

—Yo he cometido un delito, decia, aunque haya sido con muy buena intencion: ello es el caso que yo por ella me he atrevido á las leyes, creyendo que nadie sabria mi atrevimiento; pero el diablo metió la pata en el negocio, y la justicia ha tomado cartas: yo tengo que perder necesariamente en el juego: los jueces hilan muy delgado, y no sabemos adónde iremos á parar. Ellas me avisan de que no tenga cuidado, pero esto lo hacen como quien dice á uno que se va á morir:—No tengas cuidado, que esto no es nada; el mes que viene iremos á divertirnos al campo.—¡Sí! ¡al campo-santo! Esto lo dicen porque uno coma y duerma y viva: por caridad. En fin, á lo hecho pecho: paciencia.

VII.

Cuando notificaron á Cristóbal la primera sentencia, dijo al escribano:

—¿Ha leido usted bien?

—Hombre, sí. ¡Pues no he de haber leido bien, don Cristóbal!

A Cristóbal se le daba *don* porque tenia dinero y estaba muy recomendado.

A mas de esto, Cristóbal vestia de largo, es decir, que habia dejado la chaqueta y usaba levita ó paletó.

—¿Y dice usted que estoy absuelto? insistió Cristóbal.

—Sí señor, libremente; es decir, que esto es negocio concluido; que ha probado usted completamente su inocencia; que ya por este negocio no se le puede encausar á usted, como podria ser si se tratase de una simple absolucion de la instancia.

—¿Y usted no cree que el señor juez se ha equivocado?

—¡Hombre! esclamó el escribano haciendo un gesto, abriendo mucho los ojos y la boca, y mirando con una viva estrañeza á Cristóbal: es usted el procesado mas raro que he conocido, aunque he conocido á muchos estravagantes. ¿A qué preso puede ocurrírsele que el juez se ha equivocado cuando le absuelve? ¡No faltaba mas sino que usted apelase de la absolucion!

—¿Es decir, que estoy absuelto?

—Me parece que sí.

—¿Que no se ha equivocado el juez?

—¡Dale! Si el juez se ha equivocado, la equivocacion no tiene remedio.

—Pero la sentencia del inferior es como la carabina de Ambrosio.

—Muchas gracias.

—Si se les pone á los señores de la sala revocar la sentencia...

—La revocan, esto es indudable; pero yo aseguro á usted que esta no la revocarán.

—¿De veras?

—Vamos, hombre, dijo guiñando un ojo el escribano: está usted agarrado á unas hermosas aldabas, don Cristóbal. ¡Y qué aldabas, válgame Dios!

—¿Y si yo no tuviera aldabas?

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! dijo el escribano moviendo la cabeza de una manera particular. ¡Si usted no tuviera aldabas!... En fin, tengo que despachar á un pobre á quien por falta de aldabas envian al palo. Quede usted con Dios, don Cristóbal.

VIII.

—Estos escribanos son unos pillos, dijo Cristóbal: no tienen vergüenza. ¡Mire usted que decirle á uno que si no le han ahorcado es porque ha habido... ¿Y qué ha habido? ¿quién ha sido? ¿la una ó las otras?

Cristóbal, que por una parte se habia consolado, por otra se desconsoló.

—¡Buenas aldabas! dijo. Si lo han hecho la baronesa y Clotilde todo habrá sido cuestion de dinero, pero si lo ha hecho Gabriela... Gabriela no ha tomado todavía un cuarto: todavía la cosa está en pleito.

IX.

Estas últimas palabras de Cristóbal necesitan una esplicacion. Cuando se prendió á la marquesa de Satorres, cuando, como era

natural y necesario, se hizo en su casa un escrupuloso registro, se encontraron varias notas, y entre otras, una que se referia al testamento del viejo marqués de Satorres.

Buscaron este testamento en la escribanía donde radicaba, y se encontró en él una cláusula, por la que el marqués dejaba la mitad de sus bienes libres á una hija natural reconocida por él antes de su matrimonio, que se llamaba Gabriela, que habia sido entregada á la casa de Expósitos de San Sebastian, que tenia un medallon, y dentro de él un papel con una fecha, y sobre el hombro izquierdo, en la parte anterior, una cruz roja.

Esta criatura no parecia por el mundo; y como su desaparicion podia ser una nueva causa de denuncia contra la marquesa, la justicia empezó á hacer investigaciones, que produjeron muy pronto el hallazgo de Gabriela.

El juez, por medio de un exhorto, hizo que la justicia investigase en San Sebastian.

La casa de Expósitos envió á la justicia, consultando sus registros, al Hospicio.

El Hospicio miró los suyos, y certificó que Gabriela de la Trinidad habia sido sacada del establecimiento para servir á un matrimonio vecino de Madrid.

Recibida la contestacion del exhorto por el juez de la causa, pidió al gobernador civil mandase averiguar el domicilio de aquellos esposos, que fué encontrado al momento.

Preguntados por el juez, contestaron afirmativamente á las preguntas que se les hicieron.

Gabriela al dia siguiente recibió una citacion judicial, y se asustó.

Creyó que á ella le tocaba alguna parte en los asuntos de Cristóbal; pero fué valiente.

Le amaba.

—Adonde él vaya, dijo, voy yo.

Y se presentó al juez.

Este la hizo algunas preguntas, la pidió un medallon que debia tener, y Gabriela se lo presentó.

Luego tres mujeres de buena reputacion reconocieron el hombro de la jóven y encontraron la cruz roja.

—¡Ah! dijo Gabriela. ¿Se trata de mi padre ó de mi madre?

—Sí, señorita, la respondió el juez.

—¡Señorita! dijo Gabriela. ¿Es decir, que mi padre era persona decente?

—Sí, señorita, sí. Usted es hija natural reconocida del escelentísimo señor marqués de Satorres, de lo que yo me alegro mucho.

—Y diga usía, señor juez, preguntó Gabriela, que se habia puesto pálida: ¿soy yo hija de esa marquesa de Satorres que está presa por falsificadora?

—Nada menos que eso. El nombre de su madre de usted no se sabe; pero se sabe sí que, segun el testamento del marqués, tiene usted derecho á la mitad de sus bienes libres; pero como el marqués no ha tenido otros hijos, y usted está reconocida por él, tiene usted derecho á todos sus bienes libres.

—¿Sí? Pues me alegro, dijo Gabriela.

—Pero tiene usted necesidad de litigar... un litigio breve, ejecutivo. La marquesa se niega.

—Bien, pleitearé.

—Y ganará usted el pleito.

—¿Y para cuándo, señor juez?

—Para dentro de cuatro ó cinco meses.

—Pero ¿hay de qué agarrarse?

—¡Ya lo creo! Constan las propiedades libres que el marqués tenia, y de esas propiedades está en posesion la marquesa de Satorres.

—¿Y es mucho ello?

—Mucho: puede usted considerarse rica. Además, la marquesa tendrá que restituir á usted, con los intereses, las rentas de esas propiedades por espacio de diez y seis años, y como esas rentas eran de diez mil duros...

—¿A cuánto montan, señor juez?

—El capital á ciento sesenta mil duros, y los intereses de diez y seis años casi á otro tanto: todo esto pueden cubrirlo los bienes que la marquesa ha adquirido no se sabe cómo: en último caso faltará muy poco.

—Vaya, bueno, dijo Gabriela, pálida, profundamente conmovi-

da y con las lágrimas en los ojos. No sabia yo que podia hacer tanto mal el saber casi de repente que era una rica. Yo estoy mala, señor juez, á mí me va á dar algo.

X.

Un ligero vértigo habia acometido á Gabriela.

La dieron una limonada, el vértigo pasó, y Gabriela se fué, loca de alegría, delirante, como ébria, á casa de su maestro, á quien lo contó todo.

El bueno de don Francisco no quiso creerla: fué necesario que se lo dijese el escribano.

Cuando volvió, dijo á su mujer:

—Pues la chiquilla tiene razon: es rica, riquísima; el escribano me ha dicho... ponte las manos en la cabeza, mujer, que Gabriela es millonaria.

—¿Millonaria?

—Sí: que su derecho es claro como la luz del sol.

—¿Y cuánto tiene que tomar Gabriela?

—El escribano me ha dado una nota: tiene en casas y en tierras cuatro millones.

—¡Caramba!

—Y en dinero seis millones.

—¡Jesus! ¿Y cuándo tiene que recibir esos diez millones?

—Habrá pleito.

—¡Ah! ¡habrá pleito! dijo cambiando de tono la zapatera.

—Sí; pero el pleito acabará muy pronto, en cuatro ó cinco meses; y el escribano me ha dicho que si se ayuda... es decir, que si se está encima, si se nombra un buen tutor á la chiquita... ya sabes tú cómo esas gentes dicen las cosas... El escribano me ha querido decir que si se unta el carro andará de prisa y todo acabará en tres meses.

—Pues mira, es menester que tú seas el tutor de la niña.

—Ya, ya está eso andado, mujer: es necesario que no la roben, que se interesen por ella.

—¿Tutor tú de una marquesa, de una grande de España?

—No, mujer, no: Gabriela no será ni grande de España ni marquesa.

—Y entonces, ¿por qué hereda á un marqués?

—Porque es su hija natural reconocida.

—¡Ah! Pues mejor.

—¡Mejor! ¡mejor! ¿Y por qué?

—Porque Gabriela no podria hacer la marquesa. ¡Mira tú, la muchacha tan francota, tan naturalota, tan á la buena de Dios!

—Ya aprenderia... yo te lo aseguro; es muy lista.

—Pues no es menester que aprenda: lo mejor que tiene Gabriela es su buen ángel, su alegría.

—¡Pues no! Bien triste está ahora, y bien de mal humor.

—Como que le tienen preso al novio, hombre.

—Que no se hubiera metido en honduras. ¿Á que no me prenden á mí?

—Pues Gabriela jura y perjura que su novio es un hombre de bien.

—Cuando una mujer quiere á un hombre le parece lo mejor del mundo.

—Pues mira, á mí tambien me parece muy bueno el novio de Gabriela, aunque no le he visto mas que una vez.

—Tú eres muy bonachon. En fin, es necesario quitarle á Gabriela eso de la cabeza... Una mujer millonaria no se debe casar con un pelon... ¡Vaya!... ¡millonaria! ¡diez millones! ¡Y nosotros que estábamos tan anchos porque hemos logrado reunir un milloncejo... y eso en veinte años de trabajo!.. Y mira tú ella... á los diez y siete años... de repente... Mira, Francisco, es necesario que tú seas tutor de Gabriela.

—Ya está eso andado, mujer.

—¿Qué has hecho?

—Untar...

—¡Ah!

—Sí: yo pregunté al escribano qué hora era, porque sabia que no tenia reló.

—Me he dejado en casa la muestra, me dijo.

—¡Ah! Pues puede usted necesitarla, le dije yo: tome usted la mia.

—No, muchas gracias.

—Vaya, le dije, no es maleja: un cronómetro... Hace seis meses le compré en París por quinientos francos: es pequeñito, tiene poco oro, pero es segurísimo: dos minutos al mes de diferencia.

—Vamos, me dijo el escribano tomando el reló: es necesario que usted sea tutor de la niña, y lo será usted.

—Bueno, hombre, dijo la zapatera. Y es mejor que no sea marquesa, porque así podremos meterla en un negocio de zapatería en grande. ¡Ya ves tú, con diez millones!

—Yo se los manejaré bien si me hacen su tutor... Pero desengáñate, para ser hombre honrado es un cargo ser tutor de una muchacha rica... En fin, es necesario que cuidemos de ella, y sobre todo decírselo.

XI.

Gabriela estaba en el taller, del que se habia encargado como oficiala mayor.

Cuando entró don Francisco se encontró con que el taller era un desórden.

Cada oficiala tenia en la mano un pedazo de salchichon y un panecillo.

Mas de una falda sirvió para esconder de repente una botella.

—¡Bueno! ¡bueno! dijo don Francisco. ¿Estamos de alboroque? ¿Se masca y se trinca? ¡Muy bien! Se conoce que Gabriela celebra con vosotras la buena noticia.

—Ya ve usted, maestro, dijo una grande rubia con acento burlon: como que Gabriela es millonaria.

—¡Millonariaaaa!

—¡Millonariaaaa! dijeron no una, quince ó veinte burlonas.

—No quieren creerlo, maestro, no quieren creerlo, dijo enojada Gabriela; creen que me he vuelto loca... pero se comen el salchichon y se beben el vino.

—Pues hay que creerlo ó reventar, princesas, dijo don Francis-

co. Millonaria, sí señor, millonaria: diez millones que hereda de su padre.

XII.

Sucedió un silencio repugnante.

Todos los semblantes se tiñeron de la palidez de la envidia; todas las miradas se posaron duras y agresivas en Gabriela.

—Ven conmigo, hija, ven conmigo, dijo don Francisco.

Gabriela, irritada por la injusticia de sus compañeras, siguió á don Fancisco.

XIII.

—Yo seré tu tutor si tú quieres, la dijo cuando estuvo con ella en la trastienda.

—¡Pues no he de querer, don Francisco, si usted ha hecho conmigo las veces de padre! dijo sonriendo la jóven y cogiendo las manos á don Francisco y besándoselas.

—Bien, bien, mujer: yo no lo digo sino porque nadie se interesaria tanto por tí como yo.

—¡Pues ya lo creo que no! dijo entrando la zapatera. Pero mira, hija, es necesario que te dejes de tonterías: ayer como ayer, y hoy como hoy. Es menester que despidas á tu novio... un hombre que está preso no se sabe por qué...

—¡Por bueno!... ¡por hombre de bien! esclamó enérgicamente Gabriela. Mire usted, no me toque usted á eso, porque ahora lo digo en paz; pero si usted se empeña me pondré de punta.

—Déjala, mujer, déjala; yo creo, como ella, que ese hombre es hombre de bien, y en vez de dejarle debe ayudarle; yo creo que su intencion es dorar á la justicia...

XIV.

De modo que Gabriela contribuyó tambien, porque aun cuando no tenia todavía dinero, porque el pleito se entablaba entonces, se

lo procuró su maestro; pero Gabriela habia sido delicada: nada de sus sacrificios pecuniarios habia dicho á Cristóbal.

Este sabia que debia heredar, pero que por lo presente era pobre todavía.

Entre los dos, cuando Gabriela, puesto en comunicacion Cristóbal, pudo verle, tuvo lugar un breve diálogo.

Cristóbal sabia ya, porque don Francisco se habia anticipado á Gabriela, la gran fortuna que se habia encontrado la jóven.

Por lo mismo, en cuanto la vió la dijo:

—Lo siento, lo siento mucho, mujer.

—¿Y qué es lo que tú sientes, Cristóbal?

—Que seas tan rica.

—¡Cómo! ¿Te lo han dicho ya?

—Sí, me lo ha dicho don Francisco.

—Ha hecho mal... yo no te lo hubiera dicho hasta despues que hubiéramos estado casados.

—¿Es decir, que tú quieres casarte conmigo á pesar de...

—¿A pesar de qué?

—A pesar de que estoy preso, acusado.

—Sí.

—¿Y á pesar de que eres tan rica?

—Sí.

—¿Y si me echan á presidio?

—Para entonces ya habré tomado lo mio, y no está en presidio el que es millonario. Además de que tú no irás á presidio.

—¿Quién sabe?

—Pues mira... venga lo que viniere yo me he de casar contigo, á no ser que tú quieras á otra.

—Eso no: no he de ser yo menos que tú. Si tú siendo rica continúas queriéndome, yo porque eres rica no he de dejar de quererte.

—Dices bien: el dinero es bueno; pero cuando hace que las gentes sean malas, es maldito... No hablemos mas de eso... Mira, yo nada puedo hacer con la gente de justicia, porque no tengo un cuarto; pero te querré siempre.

Esto era muy delicado.

Gabriela no queria que Cristóbal tuviese que agradecerla nada, y ya se habia convenido entre ella y don Francisco que se gastarian lo que fuese necesario.

XV.

Cristóbal pues, que no sabia á qué grande influencia debia el haber sido completamente absuelto, supuso que, no teniendo aún dinero Gabriela, se habria valido de otros medios.

Sintió celos, y esperó con ánsia á que la jóven fuese á visitarle.

CAPITULO VI.

EL SENTIMIENTO Y LA RAZON.

I.

Cristóbal ocupaba uno de los mejores cuartos de la alcaidía de la cárcel del Saladero.

Este cuarto habia sido convenientemente amueblado por la baronesa.

Un criado de esta llevaba la comida á Cristóbal; pero nunca habian ido á visitarle ni ella ni Clotilde.

Se comprendia la razon; pero Cristóbal se resentia.

Él no hubiese reparado en nada para servir á Clotilde.

Cuando las almas generosas dan todo lo que tienen, se hielan cuando las personas por las cuales se han sacrificado se muestran con ellas egoistas.

El mundo, y en general los séres, no juzgan mas que por las apariencias, y por las apariencias juzgaba Cristóbal.

Él no sabia cuánto habian hecho por él las dos primas, porque lo ocultaban por delicadeza.

Él creia que le habian abandonado, y que si le asistian, si le escribian todos los dias, si se manifestaban con él cariñosas, era por cubrir, como suele decirse, el espediente.

¿Por qué no iban á verle?

Cristóbal no comprendia que las dos jóvenes se detuviesen ante el juicio del mundo.

Era que prescindian de lo que no era importante por lo mas importante.

Clotilde comprendia demasiado el alma de Cristóbal, y sufria.

—Él me despreciará, decia, y me despreciará con razon; pero yo no puedo contrariar á Alfonsina, yo no puedo ponerla en ridículo con mi conducta particular, que seria muy mal interpretada: todo el mundo me conoce como prima hermana de la baronesa de Castell-d'oro, y es necesario que yo me sacrifique á las conveniencias sociales: nadie comprenderia mi amor por un hombre sencillo, por un hombre de corazon: el mundo en que vivimos no comprende nada de esto: las creencias han muerto: con Dios han muerto la caridad, el amor, la fraternidad, todo cuanto puede hacer digno al hombre de su destino: esta es una época de dolorosa transicion, tal vez una época de disolucion. Y bien: es una locura pretender luchar contra la corriente que nos arrastra y nos lleva no sabemos adónde: es necesario resignarse, tener valor, prepararse para todos los martirios: mejor, mucho mejor: el amor es una ilusion, hija de nuestra imaginacion, que la esperiencia desvanece en humo: vale mas la vida triste del aislamiento, de la soledad del alma, que los tormentos que cada uno de esos errores produce al corazon humano.

Clotilde suspiraba y se resignaba.

II.

Gabriela, mas hija de la naturaleza, menos reflexiva, ó mejor dicho, nada reflexiva, abandonada siempre sin resistencia á los impulsos de su corazon (afortunadamente estos impulsos eran hácia el bien), no se contrariaba jamás.

Amaba á Cristóbal.

Cristóbal habia encontrado vírgen el alma de una niña, y todas las virginidades mueren al ser tocadas, y su muerte establece una situacion.

La niña se convierte en mujer.

La dulce paz de su inocencia, de su virginidad, ha desaparecido.

Ha unido á su existencia otro sér, ó ha contraido la imposibilidad y los sufrimientos de las conveniencias.

III.

Gabriela habia recibido en su alma, á las primeras palabras de Cristóbal, el alma de Cristóbal.

¿Por qué?

Por el misterio indescifrable del amor.

Se habia hecho toda entera de Cristóbal.

Si no se habia perdido, consistia en que habia sido afortunada en su primer juego de azar de la vida.

Habia ganado la partida, porque Cristóbal era un hombre honrado, un hombre de sentimiento.

Si Gabriela se hubiese enamorado de un canalla, hubiera entrado con él en las vulgaridades infames.

La mujer por lo general, y esto constituye su inmenso valor, no raciocina, siente.

El raciocinio es demasiado frio para que deje de ser rechazado por un sér que Dios ha creado con la sublime mision de la maternidad.

El raciocinio frio y egoista es antitético de ese ardiente, de ese inmenso amor de las madres, sin el cual la humanidad pereciera por el infanticidio.

Y observad: allí donde hay menos creencias, allí donde la razon egoista ha estendido mas su imperio, allí donde no se concede nada mas que á lo positivo, allí el indiferentismo á todo lo que no produce un resultado tangible y beneficioso produce el parricidio y el infanticidio, que son los dos estremos de un anillo roto que se tocan, abarcando todas las corrupciones mas repugnantes y mas impudentes.

La diosa razon es una diosa maldita.

El Dios del Cristianismo es el sentimiento de la caridad, del amor, de la fraternidad.

Por el sentimiento se llega siempre á la verdad.

Por la razon no se llega nunca.

El sentimiento no se engaña.

La razon está sujeta siempre al error.

Las creencias producen la abnegacion, la grandeza, el heroismo, lo sublime.

Los que sienten bien, van siempre á un grande objeto.

IV.

Gabriela sentia, se abandonaba á su sentimiento, no raciocinaba, no discutia la inconveniencia ó la conveniencia de sus actos, y llegaba á un gran resultado: á ser el consuelo, la esperanza, la vida de un alma triste: del alma de Cristóbal.

V.

Y no era que Gabriela valiese mas como sentimiento que Clotilde: era que Clotilde no tenia libertad de accion; era que tenia una familia, y se veia obligada á respetarla; era que sabia que el mundo juzga siempre de una manera desfavorable de las apariencias; en una palabra, Clotilde era una mártir y heroina porque tenia valor para contener la pasion mas terrible para una mujer: los celos.

VI.

Clotilde sabia que Gabriela iba todos los dias á la cárcel, que pasaba junto á Cristóbal muchas horas, que á veces no salia hasta las once de la noche, hora en que los visitantes no pueden permanecer en la alcaidía; sabia que Gabriela lo afrontaba todo por no dejar sentir á Cristóbal su soledad; que pura como un rayo del sol, era considerada por los presos como la querida de Cristóbal, y que ella pasaba con la cabeza alta por entre aquellos maldicientes.

—Ella no tiene familia, murmuraba Clotilde: ella puede arrostrarlo todo: ella puede satisfacerse con que Dios mire sonriendo el fondo de su conciencia.

VII.

Como era natural, todo lo que ganaba en el terreno del amor respecto á Cristóbal Gabriela, lo perdia Clotilde.

Cristóbal no podia olvidar á esta última.

El recuerdo de aquella noche en que tanto le habia hecho sentir, en que tanto le habia dejado ver Clotilde, no se borraba de su memoria; pero un raciocinio, frio como todos los raciocinios, habia apagado aquel recuerdo.

—Caprichos de gran dama, se habia dicho.

Porque sin poder esplicarse la causa, Cristóbal desde el primer momento habia visto en Clotilde una gran dama.

VIII.

Todo fué muy bien entre Gabriela y Cristóbal hasta que este se vió absuelto.

Su sentimiento le habia dicho:

—Una mujer que no viene á verte, que se contenta con escribirte, con palabras, se interesa muy poco por tí: quien te quiere, quien te adora, y quien por tí se desvive, es esta pobrecita que está siempre aquí, que habla contigo alegre y confiada como si no estuvieras preso, que te consuela, que come contigo, que desprecia por tí las murmuraciones de esta canalla; pero el amor puede ser tanto, que lleve á grandes estremos. La otra no ha hecho nada por tí, no le importas nada: te escribe por... porque no puedas decir que te ha olvidado completamente despues de lo que has hecho por ella. No, no: quien le ha arrancado al juez esta inesperada sentencia ha sido Gabriela. Ella no tiene dinero. ¿Cómo ha influido sobre el juez?

IX.

Un pensamiento intrascribible amargaba el alma de Cristóbal, le ponia furioso.

Así es que cuando Gabriela fué á verle despues de la notificacion de su absolucion, le encontró sombrío y pálido.

—Pero ¿qué tienes tú? ¿qué mala araña te ha picado esta noche, Cristóbal? le dijo Gabriela. No me has abrazado: apenas me has dado los buenos dias.

—Es que me han notificado la sentencia, dijo Cristóbal mirando hosco á Gabriela.

—¡Dios mio! esclamó esta. ¿Me habrá engañado el pillo del escribano?

Estas palabras, mal juzgadas por Cristóbal, acabaron de ennegrecerle el alma.

Y como Atrevido, que compartia la prision, estuviese con las manos echadas sobre sus muslos y mirándole atentamente con ese maravilloso instinto peculiar á los perros y á los caballos, Cristóbal asió con ambas manos la cabeza del animal, le acarició y le dijo:

—No me queda en el mundo mas amigo que tú.

El perro lamió la frente de su amo.

—¡Eh! ¡eh! ¿qué, qué es lo que tú dices, Cristóbal? esclamó vivamente Gabriela. Pues no es una araña la que te ha picado: ha sido una víbora, ó mas bien un perro rabioso te ha mordido.

—No: ha sido una perra, dijo Cristóbal; y me ha mordido en el corazon.

—Pero acabemos, dijo Gabriela, en la que el cuidado se sobreponia á todo: ¿no te ha absuelto el juez?

—Sí señora, sí: el juez me ha absuelto, me ha absuelto libremente, y el escribano me ha dicho que antes de dos ó tres meses estaré en la calle, libre y sin costas y sin que nadie tenga que meterse conmigo.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios! esclamó Gabriela.

—¿Gracias á Dios? Pues eso es lo que me tiene furioso.

—¡Hombre!

—Sí señor, sí: yo soy un hombre de bien; pero estúpidamente he cometido un delito por el que merezco ir á presidio.

—¡Hombre! esclamó creciendo en asombro Gabriela.

—Sí señor, sí; y si no voy á presidio es porque...

—¿Por qué?

—Porque ha habido algo.

—¿Algo?

—Sí señor; y ese algo, esa cosa en que no quiero pensar es lo que me vuelve loco.

—Lo que ha habido, señor mio, es, dijo vivamente Gabriela, primero que su delito de usted no es una gran cosa, y despues que hemos andado listas.

—¿Y quiénes somos los que hemos andado?

—Ellas y yo.

—Ellas no; á ellas les importo yo muy poco: las he servido, y me han dejado á un lado como un trasto viejo. Tú eres la que has andado, y de una manera que no me gusta.

—¡Cómo! ¡Qué!

—Tú eres muy bonita.

—¡Bruto! esclamó Gabriela comprendiendo y echándose á llorar.

X.

Hay en la mujer palabras y lágrimas que son un ardiente rayo de sol que desvanece una nube.

Cristóbal se arrepintió de haber ido tan lejos.

Comprendió, sin que le quedara ninguna duda, que se habia engañado y que habia ofendido á Gabriela.

—De modo, dijo, que cuando uno no sabe á qué atribuir las cosas...

—El que quiere bien á una mujer nunca la ofende, dijo Gabriela con la incontrastable lógica del sentimiento.

—Pero yo no te he ofendido.

—¿Cómo que no? esclamó Gabriela, cuyas lágrimas se secaron de repente. Usted me ha dicho que le han absuelto á usted porque yo soy muy bonita. ¿Hay necesidad de esplicarse?

—El que quiere mucho tiene celos de todo.

—Los celos no son celos cuando ofenden.

—Yo no he querido ofenderte.

—Tú me has insultado.

—¿Yo?

—Tú me has llamado mala mujer.

—Me comeria yo la lengua si tal hubiera dicho.

—No vale: usted se quiere escapar ahora por cualquier parte.

—No señor: yo no podia comprender....

—Ha debido usted comprenderlo todo antes de pensar lo que ha pensado. ¡Pues qué, señor mio! ¿para un escribano, no es mejor, mucho mejor, un buen billete de banco que una buena moza?

—Tú no tienes billetes de banco.

—Los tiene la señorita Clotilde, dijo Gabriela, que persistia en su delicadeza de procurar que Cristóbal no se creyese obligado á nada.

—¡Clotilde! esclamó poniéndose pálido Cristóbal.

—¡Pues! dijo enérgicamente Gabriela. ¡Y yo no tengo celos!

—¿Tú?

—A lo menos si los tengo me los callo, porque no es tuya la falta si la señorita Clotilde te quiere.

—Gabriela, tú ves visiones.

—Sí, visiones negras. En fin, la cuestion está terminada: yo quiero que sepas que nada he hecho por tí; así no tendrás que pensar si he hecho por el bien ó por el mal. La señorita doña Clotilde lo ha hecho todo, y yo estoy aquí de mas: te aconsejo que te cases con ella: yo... yo... me olvidaré de tí... y me casaré... sí, antes me casaré... con el primero... con cualquiera: con un hombre que me crea honrada.

Y se dirigió á la puerta.

Cuando Cristóbal quiso detenerla era ya tarde: habia escapado dando un portazo.

—Ella volverá, ella volverá, dijo Cristóbal: he andado ligero... Pero en fin, ella me quiere, ella comprenderá que si yo no la quisiera no hubiera sospechado. ¡Qué diablos! ¡y qué delicada es esta chiquilla!

Y Cristóbal se quedó contento.

Se habia asegurado de la pureza de la mujer á quien amaba, y sabia que Clotilde no le habia abandonado, que velaba por él, que la debia su absolucion.

XI.

Pero Gabriela no volvió.

Cristóbal no esperó á que pasaran las veinticuatro horas.

Escribió á Gabriela una larga carta.

Gabriela no contestó.

Cristóbal escribió á don Francisco, poniéndole en antecedentes.

Don Francisco contestó:

«Gabriela no ha podido contestar á usted porque está mala con un calenturon como un toro: no se le ha podido dar la carta. Por consecuencia, la que he recibido de usted no tiene objeto: yo iré á ver á usted esta noche.»

En efecto, don Francisco fué.

Cristóbal no le dijo lo que habia pasado entre él y Gabriela.

Tuvo miedo de que don Francisco, que estimaba á la jóven como si hubiera sido su hija, se le echase encima.

Gabriela estuvo tres dias mala.

Al cabo de ellos, como don Francisco dijese á Cristóbal que ya se levantaba Gabriela y que habia leido su carta, Cristóbal le dijo:

—¿Y por qué no viene Gabriela á verme?

—Yo no lo sé. Usted debe de haberla hecho algo, porque está irritada contra usted de tal manera, que me ha dicho sériamente:

—De lo tratado con ese señor Cristóbal no hay nada: no quiero casarme con él.

Yo la he preguntado la razon de esta salida, y me ha dicho:

—Las mujeres somos así: ayer se me puso en la cabeza casarme con él, y hoy se me ha puesto no casarme.

El diablo que las entienda, amigo mio. Tienen razon los que dicen que las mujeres están locas, y que hablan tres veces al dia con el diablo.

—Pues voy á decirle á usted lo que tiene Gabriela, dijo Cristóbal, que estaba asustado y mas enamorado que nunca de su novia.

Y lo contó todo á don Francisco.

XII.

Con gran asombro de Cristóbal, don Francisco se puso mucho mas serio que Gabriela.

—Pues tiene razon la muchacha, dijo: sí señor, tiene mucha razon: á una mujer honrada no se le dice lo que usted le ha dicho á ella.

—¿Y qué queria usted que yo creyese viéndome absuelto, cuando sé lo que son los escribanos, cuando se me figuraba que doña Clotilde habia influido, cuando yo sabia que Gabriela me adoraba y no tenia un cuarto?

—En primer lugar, dijo don Francisco, usted ha debido creerlo todo, menos lo que ha creido; en segundo lugar, que no es cierto que Gabriela no tenga dinero, porque lo tengo yo: soy su tutor, estoy seguro de que antes de dos meses será rica, muy rica, y la he anticipado. El escribano bien lo hubiera querido todo, la niña bonita y el dinero; pero se ha contentado con el dinero. De modo que si doña Clotilde ha hecho, Gabriela ha hecho tambien.

—Bueno, dijo humillado Cristóbal. ¿Es decir, que yo debo á Gabriela...

—Sí señor: en regalos de alhajas á la escribana y á la jueza lo menos seis mil duros.

—¡Bien! ¡muy bien! ¡Muchas gracias! ¡Dios se lo pague! Pero la verdad es que el daño que me ha hecho ofendiéndose de mí, vale mas de un millon.

—Amigo, dijo don Francisco: medir las palabras de manera que si hay que recogerlas se pueda. Por lo demás, yo no toco pito: ustedes se arreglaron y ustedes se han desarreglado: allá ustedes.

—Pero dígala usted...

—Yo no la digo una palabra.

—¿Usted tambien me abandona?

—Ni quito ni pongo rey. Y quede usted con Dios, que estoy haciendo falta en mi casa. Si necesita usted algo, como no sea tocante á Gabriela, que no estoy yo todavía para servir de puente, avise usted.

—¡Muchas gracias! ¡Vaya usted con Dios! ¡Este es el mundo! ¡Se repara en una palabra, y no se repara en matar un hombre! Bueno, bien, vaya usted con Dios.

Don Francisco, que estaba junto á la puerta, se conmovió y sintió impulsos de transigir; pero meditó, y salió diciendo para sí:

—Bueno es tratarle duro para que aprenda. Además, es bueno aprovechar la ocasion de saber si la quiere bien ó no.

XIII.

Cuando don Francisco entró en su casa, le salió vivamente al encuentro Gabriela.

—¿Qué ha dicho? ¿cómo está? preguntó ansiosa.

—Ese hombre está loco por tí, hija, loco; y no has debido tomar tan á pechos lo que te ha dicho. Los enamorados no saben lo que se dicen, y cuanto mas enamorados, menos. Allí me lo he dejado llorando y desesperado.

—¿Y qué cree usted que debo hacer?

—¡Cómo! ¡cómo! ¿Tú tambien te ablandas? ¿á tí tambien te se llenan los ojos de lágrimas? dijo la zapatera, que como sabemos no gustaba mucho de que Gabriela se casase con un hombre que no tenia un cuarto. ¿Á qué mujer se le dice... ¡Vamos, esas brutalidades no tienen perdon!

—Pero, señora... Cristóbal es así...

—Pues porque es así no te conviene á tí, que eres de otra manera, ó que á lo menos debes serlo.

—No hay que tirar tanto de la cuerda que salte, dijo don Francisco. Cristóbal es un hombre escelente: pobre, es verdad, pero en cambio vale de oro todo lo que pesa. Los enamorados son así, se están diciendo siempre impertinencias, y no son buenos enamorados los que no han reñido alguna vez fuertemente y se han dicho cuatro tonterías.

—Pues bien, que vaya, que transija, que se humille, y luego que no se queje de las consecuencias. Á los hombres hay que atarlos corto.

—Á los hombres que son hombres, dijo tranquilamente don Francisco, hay que quererlos.

—¿Es esa una indirecta, señor mio?

—No, mujer, no: nosotros no hemos reñido nunca, y por lo mismo no debemos reñir ahora: tú mandas en casa; pero esto me ahorra trabajo, porque mandas lo mismo que mandaria yo. En cuanto á esta, debe casarse con Cristóbal, ahora mas que nunca; pero debe tambien tenerse firme. Que sufra, que satisfaga: la palabra fué dura: por lo mismo requiere una dura penitencia: penitenciar no es condenar; por el contrario, es perdonar con costas. Así pues, no se hable mas de esto: ello vendrá.

XIV.

Pero se pasaron aún dos y tres dias sin que Cristóbal tuviese noticias de Gabriela ni de don Francisco.

Lo dió todo por concluido, y se afectó de manera que se puso malo.

Esto no lo supieron ni don Francisco ni Gabriela: Cristóbal, por amor propio, habia guardado silencio; pero lo supieron Alfonsina y Clotilde, porque no podian menos de saberlo, atendido que un criado de la baronesa llevaba la comida á Cristóbal.

Se envió el médico de la casa.

El médico dió informes alarmantes.

Cristóbal estaba atacado de una congestion cerebral.

—¡Oh! Pues nadie me contiene, dijo Clotilde: diga el mundo lo que quiera: yo no puedo dejar abandonado á estraños á un tal amigo.

Las dos jóvenes se trasladaron á la cárcel del Saladero.

CAPITULO VII.

EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO LLEVABA EL IMPERIO SOBRE SÍ MISMA CLOTILDE.

I.

Cuando hubieron pasado tres dias sin recibir noticias de Cristóbal, Gabriela dijo:

—Don Francisco, esto va serio; es necesario que usted se presente en la cárcel: algo sucede á Cristóbal.

II.

Don Francisco fué á la cárcel y se encontró á Cristóbal enfermo, delirando, y á la cabecera de su lecho á Clotilde.

—¡Diablo! dijo don Francisco. ¿Qué jóven es esta tan hermosa y tan rica (Clotilde estaba vestida con suma elegancia) que está junto á Cristóbal y que le mira como si fuera algo suyo?

Y saludó torpemente á Clotilde.

Esta no le conocia.

—Y bien, señorita, dijo don Francisco: yo soy un grande amigo del señor Cristóbal, y vengo á informarme de su salud.

—¡Mala! ¡muy mala! dijo Clotilde conmovida. Ya ve usted, tiene una fiebre horrible: su espíritu no ha podido resistir por mas tiempo la situacion en que se encuentra.

—Pero ¿hay peligro?

—¡Quién sabe! ¡quién sabe! contestó Clotilde.

—¡Válgame Dios! Pues seria un chasco, sí señor, seria un chasco: yo no sé á qué atribuir esto; como no sea á la alegría de verse absuelto. ¡Pero, señor, de alegría no se muere nadie!

—¿Quién sabe, dijo Clotilde, lo que ha pasado por Cristóbal?

—Yo siento mucho no haberlo sabido antes para haber acudido; pero en fin, veo que no hemos hecho falta, que Cristóbal está bien cuidado.

—Mi prima y yo, dijo Clotilde acentuando sus palabras, es decir, la baronesa de Castell-d'oro y yo, debemos mucho á Cristóbal, le amamos como si fuese de nuestra familia, y en nada hemos reparado por su salud. No pudiendo sacarle de la cárcel sino para que fuese como preso al hospital, hemos preferido que permanezca en la cárcel.

—Muchas gracias, señorita, muchas gracias, dijo aturdido don Francisco, á quien admiraba cada vez mas la hermosura de la jóven. Nosotros queremos mucho á Cristóbal.

—¿Es usted pariente de una jóven que á lo que parece es novia de Cristóbal? dijo tranquilamente Clotilde.

Don Francisco la miró con asombro: aquella tranquilidad no estaba en armonía con la espresion que habia sorprendido al entrar en la jóven, que se inclinaba ansiosa sobre el enfermo.

—¡Cómo! ¿Usted sabe que Cristóbal...

—Sí: yo sé que Cristóbal estaba para casarse cuando fué preso, y que su prometida venia continuamente á la cárcel; nos lo ha dicho el criado que traia á Cristóbal la comida, que le servia y le sirve aquí.

—Es verdad: Gabriela no repara en nada.

—Puede considerarse como su mujer.

—Si fuese mi hija, yo no la hubiera permitido venir á ver á la cárcel á un hombre que no era su marido, se apresuró á decir don Francisco; pero no es mi hija, sino mi oficiala mayor, porque yo, señorita, soy maestro zapatero; digo mal, Gabriela era mi oficiala mayor: yo la iba á encargar del despacho; pero ha encontrado una herencia, y yo no puedo tener encargada de mi despacho á una millonaria: ella es libre.

—Yo tengo noticias de usted, y sé que usted es un escelente sugeto.

—Gracias, señorita.

—No, gracias, no; esto es justo: puede usted contar con mi amistad, y aun puedo añadir que con la de mi prima.

—Muchas, muchísimas gracias, señorita, dijo satisfecho el buen industrial.

—Pero vamos á lo que importa: yo creo que la causa de la enfermedad de Cristóbal es esa señorita Gabriela, á quien ama estraordinariamente, porque la nombra incesantemente en su delirio; usted me ha escusado de dar un paso un poco escéntrico, porque yo estaba á punto de buscar á esa jóven para traerla... es decir, para suplicarla que viniese.

Creció la admiracion de don Francisco.

—Pero puesto que nos hemos conocido, usted me escusará de dar este paso: usted puede obrar directamente: usted puede decir sin mentir lo que vea y lo que oiga á la jóven. Venga usted conmigo.

Y le llevó junto al lecho.

—Observe usted, oiga usted, añadió.

III.

Cristóbal no se daba cuenta de lo que pasaba en torno suyo, y no reparó en las dos personas que se habian acercado á su lecho, ni mas ni menos que si no hubiesen existido.

Su semblante estaba profundamente apenado; sombríamente desencajados sus ojos; su boca dejaba ver una contraccion de dolor.

Durante algunos minutos no se oyó otra cosa que su respiracion difícil.

Luego se agitó en un poderoso estremecimiento, y dijo con voz apenas inteligible:

—¡Gabriela!

—¡Oh! ¡oh! esclamó profundamente conmovido don Francisco. Pues esto no puede dejarse así. Perdone usted, señora, pero yo voy por Gabriela.

—No le he traido á usted aquí por otra cosa, dijo Clotilde.

IV.

Don Francisco escapó.

—¿Quién entiende esto? dijo. Esa señorita tan hermosa no está ahí á humo de pajas; no, no: cuando yo entré de improviso, la sorprendí mirando enamorada á Cristóbal; se puso encendida como una guinda, y luego se quedó pálida. ¡Qué blanca y qué pálida es y qué hermosa! ¡Prima de la baronesa de Castell-d'oro! ¿Y por qué no se calzan en mi casa estas dos divinidades, siendo yo como soy el zapatero de la nobleza? ¿Quién puede hacerlas como yo calzado digno de sus preciosos piés? Pero ¿qué importa ahora esto? Tiene razon mi mujer: yo soy un badulaque: la cuestion es que Cristóbal está muy malo, que delira, que llama á Gabriela, que es necesario que Gabriela venga.

Y el buen don Francisco corria.

Acertó á pasar un carruaje de plaza vacío.

Don Francisco le detuvo, entró en él, y se hizo conducir todo lo de prisa posible á su casa.

El carruaje esperó.

Poco despues Gabriela, pálida, consternada, entraba con don Francisco en el mismo carruaje, y este partia al trote largo, que es lo mas que se puede correr por Madrid, con arreglo á las Ordenanzas municipales.

V.

Cuando llegaron, Gabriela, saludando apenas á Clotilde, se lanzó al lecho de Cristóbal; pero en aquel momento, y por una variacion del delirio del enfermo, este pronunció clara y distintamente el nombre de Clotilde.

—¡Clotilde! esclamó en voz alta Gabriela.

Clotilde creyó que la llamaba: no habia oido á Cristóbal.

Clotilde se acercó.

—¡Clotilde! repitió Gabriela.

—¡Y bien! yo soy Clotilde, dijo esta.

—¡Ah! esclamó volviéndose Gabriela. ¿Usted es... Clotilde? ¿la que Cristóbal nombra delirando?

Y una ardiente mirada de Gabriela fué á caer sobre los tranquilos ojos de Clotilde, que sonreia.

—Y bien, ¿qué tiene esto de estraño, amiga mia? dijo.

—Nada, es verdad... señora, dijo Gabriela: cuando deliramos ó soñamos, pronunciamos el nombre de la persona que tenemos en el pensamiento.

—Nada tiene de estraño: Cristóbal es mi padre adoptivo.

—¿Su padre de usted?

—Sí: él ama á usted: él pensaba casarse con usted: él, que es muy franco, me ha hablado mucho de usted: de la misma manera ha debido hablar á usted mucho de mí.

—Sí, sí: me ha contado...

—¿Toda mi historia?

—Sí... y si él está aquí, es porque ha ido á recoger la herencia de usted.

—Por lo mismo nada tiene de estraño que siendo yo la causa de lo que le sucede me nombre en su delirio, y nada tiene de estraño que estándole yo tan profundamente agradecida esté junto á su lecho cuando sufre.

VI.

Gabriela no contestó; bajo los ojos y se puso encendida.

En aquel momento Cristóbal dijo de una manera ansiosa:

—¡Gabriela! ¿Dónde está Gabriela? ¡Yo quiero verla!

—Gracias, señora, gracias, dijo Gabriela tendiendo su mano á Clotilde en un movimiento de espansion.

Clotilde la estrechó vivamente.

Luego Gabriela se volvió á Cristóbal.

—¡Soy yo! ¡estoy aquí! esclamó la jóven. ¡Vuelve en tí! ¡mírame! ¡soy tu Gabriela! ¡yo no estaba ofendida contigo!

Pero Cristóbal no respondia.

Permanecia dominado por la fiebre, sin el sentimiento de lo que le rodeaba.

—¡Pero, Dios mio, esto es horrible! ¡Mi Cristóbal se va á morir! gritó Gabriela.

—No, no, dijo entrando un hombre vestido de negro, esto es, un médico: el enfermo tiene largos años de vida: la crísis ha pasado; pero es necesario ser prudentes para evitar una recaida.

—¡Oh! ¡sí! ¡sí! dijo Clotilde. Es necesario mucha prudencia, mucho silencio. Señor Saavedra, veamos el estado de nuestro enfermo.

—Se está operando una reaccion, dijo el médico despues de haber examinado á Cristóbal: dentro de algunas horas el estado de delirio habrá pasado, habrá recobrado el uso de la razon: entonces prudencia. ¿Ha venido esa jóven á quien nombra sin cesar?

Gabriela se puso vivamente encendida.

—Sí señor, dijo Clotilde: es esta señorita.

VII.

—¡Oh! Me alegro mucho de conocer á usted, dijo Alfonsina, que habia entrado poco antes y se habia acercado al grupo sin ser sentida.

Gabriela la miró con vaguedad, como quien no conoce á una persona que le habla.

—La baronesa de Castell-d'oro, dijo sonriendo Alfonsina.

—¡Ah! Muchas gracias, señora, dijo Gabriela estendiendo las dos manos, siempre espresiva, á Alfonsina.

Esta se las estrechó, y dijo á Clotilde con la facilidad de las personas muy acostumbradas al trato de gentes y sonriendo de una manera deliciosa:

—Muy bella y muy simpática.

Gabriela volvió á bajar los ojos y volvió á sonrojarse.

VIII.

—Lo que importa ahora, dijo el médico, es dejar al enfermo en una completa tranquilidad, es decir, en una absoluta soledad. Seño-

rita, añadió dirigiéndose á Clotilde: puesto que usted es la enfermera, venga usted á informarse del método que hay que seguir.

Todos salieron.

Cristóbal se quedó solo.

Habian pasado á una habitacion inmediata, que estaba amueblada con lujo, pero siempre con muebles de Alfonsina.

—¿Conque usted es la prometida de nuestro loco? dijo el médico.

—Sí señor, contestó Gabriela: Cristóbal y yo debíamos casarnos.

—¡Debíamos! esclamó Clotilde. ¿Y por qué no debemos?

—Porque yo no sé, contestó Gabriela con dificultad, si cuando se ponga bueno Cristóbal querrá casarse conmigo.

—¿Pues y eso? dijo don Francisco. Y por tí es por quien está en ese estado.

Gabriela no contestó.

—Pequeños resentimientos de enamorados, dijo Clotilde: cosas sin importancia que pasan muy pronto...

—¿Es decir, que usted sabe...

—Sí... Cristóbal, antes de perder el conocimiento, me lo ha dicho todo: acusaba á usted... pero yo le he convencido... Sin embargo, el no ver á usted, el creer que usted habia roto con él, le ha puesto en ese estado.

—Es muy nervioso, dijo el médico; muy impresionable: por lo mismo, y esta es una de mis prescripciones, cuando vuelva en sí es necesario cuidar de que no se le presente de improviso esta señorita; que ella sobrevenga de una manera natural. Se representará una comedia, señor Saavedra, y todo irá bien.

El médico se fué.

Don Francisco, que hacia falta en su casa, se fué tambien, pero prometiendo volver cuando se cerrase la tienda con su mujer.

Gabriela permaneció allí.

Fué necesario obtener una licencia del gobernador para que pudiera quedarse en la cárcel tanta gente; pero no habia nada que no se concediese á la bella baronesita de Castell-d'oro.

IX.

El pronóstico del médico, por resultado del tratamiento que había prescrito, se cumplió.

Á las once de la noche volvió en sí Cristóbal.

Clotilde, que en su calidad de enfermera entraba y salia continuamente, observó al fin que la mirada de Cristóbal se fijaba en ella reflexiva.

—¡Oh! dijo. ¿Y cómo va, señor enfermo?

—Bien, muy bien, Clotilde, hija mia, contestó Cristóbal con voz débil: tengo la cabeza bien: ligera, muy ligera; pero he dormido mucho, ¿no es verdad?

—Sí: ha descansado usted muy bien, y el descanso es el mejor medicamento para los enfermos.

—He soñado con ella, siempre con ella; tambien he soñado contigo. En fin, es necesario tener paciencia: ella no quiere...

—¿Y qué no quiere ella? preguntó Clotilde, siempre con su sangre fria.

—Ella me ha dejado.

—¡Bah! ¿La ha llamado usted? Ella está ofendida.

—Pero cuando una mujer sabe que uno se muere por ella...

—Ella no lo sabe... ha pasado muy poco tiempo...

—¿Que no sabe ella que estoy enfermo?

—No.

—¿Nadie se lo ha dicho?

—Ignorábamos dónde vivia.

—Vive calle de la Palma Alta, número 80, dijo con interés Cristóbal.

—Eso es decir que usted quiere que se la avise.

—No: que avisen á don Francisco, en cuya casa vive.

—Se le va á avisar ahora mismo.

—¿Qué hora es?

—Las once.

—Es tarde.

—No por cierto: á las once no se acuesta nadie en Madrid.

—Los que no tienen nada que hacer no; pero los que trabajan sí, porque tienen que levantarse temprano.

—Se le va á avisar.

—Como tú quieras, mujer, contestó Cristóbal, que no deseaba otra cosa.

X.

Clotilde salió á la habitacion inmediata.

Don Francisco y su mujer acababan de llegar, y hablaban en voz baja.

—Ha vuelto en sí, dijo Clotilde.

—¡Ah! esclamó Gabriela. ¿Y cómo está?

—Débil, pero bien. Quiere ver á usted...

Gabriela se estremeció y se puso pálida.

—Pero no quiere que se avise á usted.

—¡El orgullo! esclamó Gabriela.

—Hace bien, dijo don Francisco: tiene carácter: así aprenderás.

—Pero ha consentido en que se avise á don Francisco; de manera que en pasando un cuarto de hora me llaman ustedes, porque ya habrá llegado don Francisco.

Y Clotilde entró de nuevo, y durante un cuarto de hora entretuvo á Cristóbal.

—Cuando te conocí, Clotilde, dijo este, me costaste un ataque de sangre á la cabeza: ella me ha costado otro: á la tercera va la vencida.

—Es necesario procurar de que no haya motivo para que otra vez se le suba á usted la sangre á la cabeza. Todas las contrariedades van á cesar.

—Ella es una ingrata.

—Cuando ella sepa lo que sucede, le demostrará á usted que le ama.

XI.

Cuando hubo pasado un cuarto de hora, entró Alfonsina.

—Don Francisco acaba de llegar, dijo.

—¡Ah! ¡Yo quiero verle! ¡yo quiero verle al instante! esclamó Cristóbal.

Poco despues entraba el honrado zapatero.

—Pero ¿qué es esto, señor Cristóbal, que es esto? ¿usted enfermo, y sin saberlo nosotros? No se lo perdonaremos á usted nunca. Gabriela lo ha sentido mucho.

—¿Lo ha sentido, y no ha venido? dijo Cristóbal.

—No: cree que usted está ofendido con ella, y se ha quedado llorando.—¡Dígale usted que yo quiero verle! me ha dicho.

—¡Oh, Dios mio!

—Sí, sí señor: ella es viva, muy viva: usted es tambien como Dios le ha criado...

—¡Tonterías! esclamó Cristóbal, en quien se conocia de momento en momento una mejoría maravillosa. Que vayan, que vayan... pero no, no señor: son las once de la noche... esperaré...

—¿Y por qué has de esperar tú? esclamó Gabriela entrando de repente: ¿por qué he de esperar yo?

Cristóbal lanzó un grito de alegría, y se dejó caer.

Sucedió una escena cómico-sentimental, á causa del franco carácter de los dos novios, y la reconciliacion se hizo en público.

Á los tres dias, Cristóbal estaba en plena convalecencia.

Quince dias despues, absuelto por la sala como lo habia sido en primera instancia, salia de la cárcel.

Nada habia que temer.

Parecia que todas las dificultades se habian vencido.

La causa de los acusados de falsificacion, así como la de incendio y asesinato de Josefa Perez, habian sido tambien terminadas.

Vicente el Lobo, la marquesa de Satorres y una docena de personas complicadas en la falsificacion, habian sido condenadas á catorce años de cadena.

En cuanto á Josefa Perez, la cuestion habia sido mas grave.

El inferior la habia sentenciado á muerte; pero era demasiado hermosa y demasiado inteligente, demasiado astuta, para no contar con buenos intercesores.

La sala fué mas blanda, y la sentenció á prision perpetua en el establecimiento penal de mujeres de Madrid, esto es, en la Galera.

El mismo dia en que Cristóbal fué puesto en libertad, partieron para sus destinos los otros sentenciados.

CAPITULO VIII.

DEL ENCUENTRO QUE TUVO CRISTÓBAL EN LA QUINTA ABANDONADA DE CASTELL-D'ORO.

I.

Quince dias despues, un hombre á caballo adelantaba por un camino de herradura en la provincia de Guadalajara, habiendo salido del pueblo de Espinosa, al que habia llegado la noche anterior por el ferro-carril.

El dia era nebuloso y triste.

Llovia abundantemente.

El ginete era Cristóbal.

Llevaba un sombrero calañés, y le envolvia una ancha capa parda.

El caballo era grande y fuerte, y tenia un trote muy largo.

Pendiente del arzon se veia una escopeta de dos cañones.

II.

Eran las ocho de la mañana.

Por el camino no pasaba nadie.

Cerca, como á media legua, se veian unas oscuras colinas, sobre las cuales se condensaba oscuro el nublado.

Entre dos de aquellas colinas se veia una torrecilla, que á nada se parecia tanto como á un palomar.

—Veamos, dijo Cristóbal con la mirada fija en la torrecilla, si aquí tenemos tambien asesinato é incendio: á mí siempre me ha de suceder adonde quiera que voy alguna aventura.

Y apretó las espuelas á su caballo, que partió al galope.

III.

Cinco minutos despues llegaba á una cerca ruinosa, sobre la cual se veia, en el centro de un jardin inculto, un grande edificio denegrido, en uno de cuyos ángulos se alzaba aquella torrecilla, que en efecto no era otra cosa que un palomar.

Habia cesado de llover, y sobre la techumbre de pizarra de este palomar caia un rayo de sol que penetraba por una rasgadura del celaje, y brillaba fuertemente sobre las pizarras mojadas.

Una nube de palomas torcaces aparecia sobre aquella techumbre.

IV.

Una mohosa verja de hierro, mal sostenida entre dos pilastras que habian perdido su aplomo, cerraba la tapia.

Cristóbal echó pié á tierra, se acercó á la verja, y sacó una gran llave; pero la cerradura de la verja estaba oxidada: la llave no giraba.

—Pues es necesario entrar, dijo Cristóbal.

Y miró en torno suyo.

La tapia, aunque en estado de ruina, era muy alta y muy gruesa: una especie de muro.

Cristóbal ató su caballo á la verja, y á imitacion de don Quijote cuando la aventura de la venta de Maritornes, se puso de pié sobre la silla para alcanzar al muro.

Mas afortunado que don Quijote Cristóbal, el caballo no se movió, y pudo montar la tapia, de lo alto de la cual se dejó caer adentro.

Se encontró en un gran jardin que el abandono habia hecho selvático.

Los postes de sus parras habian caido, y los nudosos y gruesos troncos estaban por tierra.

Los brezos y los sarmientos impedian el paso acá y allá.

La yedra y la madreselva formaban cortinajes de un árbol á otro.

Brotaban por todas partes las yerbas parásitas, arrastrándose, trepando por los árboles, por los muros de la casa, que en los claros que quedaban descubiertos aparecia negra y agrieteada.

V.

Aquel aspecto de desolacion entristeció á Cristóbal y le inspiró pensamientos siniestros.

Temia que en aquella casa le aconteciese una desgracia.

¿Quién sabia lo que podia ocultar una casa abandonada y cercada de un alto muro cerrado por una fuerte verja?

¿Por qué se habia abandonado, dejándola arruinarse, aquella quinta, que era espaciosa y que mostraba un gran lujo de construccion?

Entonces Cristóbal reparó en que estaba sin armas, y volvió instintivamente la vista hácia la verja, donde habia dejado atado su caballo; pero este habia desaparecido.

Cristóbal corrió á la verja: vió á lo lejos un hombre desarrapado sobre su caballo que se alejaba á rienda suelta.

Ni un alma se veia en el caminejo de herradura ni en el campo circunvecino.

El caballo no tardó mucho en desaparecer, torciendo por una arboleda.

Ni aun navaja le quedaba á Cristóbal.

Se armó de dos piedras, y dijo:

—Ya estoy aquí: es imposible alcanzar mi caballo: he sido un estúpido. Y bien, veamos: si corro peligro dentro, mas peligro correré mientras esté trepando á la tapia y no pueda defenderme.

Y se encaminó á la casa.

Para llegar á ella era necesario pasar por una calle de maleza, por una especie de galería abovedada por la yedra.

VI.

Cristóbal avanzó tranquilo, porque era uno de esos hombres que no pierden jamás su sangre fria ni en el mayor peligro.

Llegó sin accidente al peristilo de la quinta, al cual se subia por cuatro escalones de piedra.

El vestíbulo estaba bien conservado, y se veian las pinturas al fresco; pero las grandes losas de su pavimento estaban resquebrajadas.

Las maderas de las puertas habian sido arrancadas, sin duda para quemarlas.

—¡Pardiez! esclamó Cristóbal. ¡Como si no hubiesen tenido árboles! Pero es verdad: la madera verde arde mal, y estas puertas, á juzgar por los marcos, eran de roble. ¿Y por qué han abandonado esta hermosa quinta los de Castell-d'oro?

VII.

Cristóbal era supersticioso con la exageracion con que lo son los meridionales, y se le ocurrió una idea estravagante.

—Dicen que donde se comete un gran crímen nace un duende, y que este duende no pára hasta que á fuerza de asustarlos echa fuera á los habitantes de la casa. ¿Se habrá cometido aquí algun crímen? ¿Habrá aquí tales duendes que nadie se haya atrevido á vivir aquí ni aun á acercarse á la casa?

Y Cristóbal, que no temia á los vivos, se heló de espanto cuando creyó que podria encontrarse con algunos de esos pequeños fantasmas, de esos demonios familiares que se llaman duendes.

El sol, que de momento en momento se ocultaba y volvia á aparecer, segun las accidentaciones del nublado, proyectó de repente una larga sombra humana sobre el peristilo.

El sol penetraba por un paredon hundido al fondo de una galería, y como estaba todavía bajo producia lo gigantesco de la sombra en el sentido de su longitud.

La cabeza de esta sombra tocaba los piés de Cristóbal.

Este siguió la sombra y vió un cuerpo humano, situado como á diez pasos de él, y perfectamente inmóvil.

Este cuerpo humano era una mujer vestida con un traje oscuro y con un pañuelo en la cabeza.

Cristóbal, que se habia alterado, se tranquilizó cuando vió que no se trataba de un fantasma, sino de un sér viviente.

Conservaba las piedras en la mano.

Adelantó recto hácia la mujer, que permanecia inmóvil.

VIII.

Cuando estuvo cerca, la mujer lanzó una alegre y fresca carcajada: una carcajada de jóven.

—¡Calla! dijo con una voz viva y desvergonzada. ¡Pues podia yo estarte esperando todavía en las Cuatro Calles, cariño!

Cristóbal recordó aquel semblante gracioso, picaresco, inteligente, audaz; pero lo recordó de una manera confusa.

—Yo te he visto en alguna parte, muchacha, dijo.

Tal era el aspecto de aquella ninfa, que Cristóbal creyó ridículo hablarla de usted.

—¿Cómo está tu baronesita de Castell-d'oro? le preguntó la muchacha con un acento burlon. ¿No se ha casado todavía?

Cristóbal recordó entonces perfectamente.

Aquella individua era Isabel, la florista de quien se habia valido el tio Anastasio para engañar á Alfonsina, haciéndola creer que se encontraba entre una familia indigente.

—Tira esas piedras, dijo ella; tíralas, hijo mio: aquí no tienes nada que temer: estoy sola.

—¡Sola! esclamó Cristóbal. Y si estás sola, ¿quién ha sido el canalla que me ha robado el caballo?

—¡Ah! ¿Te han robado el caballo, hijo?

—Sí, alma mia, sí.

—Entonces es distinto; eso es que ha vuelto: hace tres dias que se fué.

—¿Quién?

—Cállate: ven conmigo: tú me gustas mas que él: es necesario que salgamos de aquí.

—¿Y por dónde? No se puede saltar la tapia: es muy alta.

—Si tú hubieras dado la vuelta á la cerca, hubieras visto que habia un portillo.

—¿Un portillo?

—Sí, hijo mio, sí: un portillo por donde cabe un toro; pero no hay cuidado: tanto valdria que hubiese una puerta de bronce.

—¿Y por qué?

—Porque no hay un cristiano en dos leguas á la redonda que se atreva á acercarse aquí: la casa y el jardin tienen duende, un duende de fuego, es decir, que reluce como el fuego amortiguado de un carbon.

Sintió Cristóbal un escalofrío.

—¿Tú tambien le temes á los duendes, tonto?

—Pero ¿es verdad?

—¿Que hay aquí duende? Yo no le he visto nunca.

—¿Y cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Dos meses.

—¿Dos meses? ¿Y á qué has venido?

—A esconderme.

—¿Por qué?

—Calla, ya te contaré. Pero anda de prisa: el otro está muy bien armado: lleva siempre dos rewólvers en los bolsillos. Si tú tuvieses armas, me importaria muy poco, porque tú eres mas valiente que él. ¿Qué, no me acuerdo yo de que aquella noche los metistes en un zapato?

—Aquella noche eran dos hombres los que estaban en la casa donde te encontrabas: ¿cuál de ellos es?

—El muerto.

—¿El muerto?

—Sí. ¿Pues no sabes tú que el marqués de Casa-Otero se murió?

—¡Cómo! ¿Es el marqués de Casa-Otero el que está contigo?

—Sí. Pero anda de prisa, hijo, anda de prisa: este jardin es mas largo que la necesidad de un pobre: no se acaba nunca. Tú me gus-

tas mas que él; y luego, cuando él ha venido aquí y tú has venido tambien, tú sabrás mejor que él á lo que has venido.

—Yo he venido á pasear.

—¿Sí? ¿Y paseando te has metido aquí por encima de la tapia?

—Te diré: yo me acerqué porque me habia llamado la atencion este edificio...

—Nadie se pasea por el campo cuando hace un tiempo como hoy, dijo Isabel. Déjate de tonterías: tú has venido á algo: él ha venido á algo tambien: aquí debe de haber un tesoro.

Miró fijamente Cristóbal á la muchacha.

—Anda de prisa, hijo, anda de prisa, dijo esta. Afortunadamente ha dejado de llover; si no, ya estaríamos hechos una sopa.

Y apretó el paso.

Cristóbal la siguió.

IX.

Llegaron al fin á un ancho portillo practicado por un derrumbe de la tapia.

Ella, Isabel, saltó sobre los escombros.

El derrumbe parecia reciente; como causado por las primeras lluvias del invierno.

Doscientos metros mas allá, el terreno empezaba á ser áspero: comenzaban las primeras estrivaciones de la sierra.

Acá y allá se veian grupos de carrascas y de encinas, y grandes masas grises de maleza.

La muchacha corria, y Cristóbal corria tambien.

Y como cuando se corre no se puede hablar, los dos callaban.

X.

Al fin ella llegó á los primeros grupos de carrascas, y se entró por un sendero entre la maleza.

Continuó corriendo algun tiempo, y al fin se detuvo fatigada.

Habia corrido sin descansar un largo espacio.

Cristóbal estaba cuidadoso por lo del tesoro que habia oido á la

muchacha; pero aparte de esto, se sentia bien, porque tenia el espíritu tranquilo.

—Vamos, dijo Isabel: esto no es lo mismo que hacer flores; no he nacido yo para la vida del campo, y mucho menos para estar sola. Ahora podemos ir despacio y seguir nuestro camino tranquilamente, y yo le doy algo al señor marqués si logra encontrarnos. Por supuesto, chiquillo, que yo me cuelgo á tí y no te dejo hasta que me pongas en Madrid; y despues ya veremos si te dejo en paz, porque desde que te vi me gustas un poquillo.

—Bueno, mujer. Pero ¿adónde vamos?

—Al pueblo, que está al revolver del monte, adonde voy yo por las provisiones: allí nos meteremos en la posada. ¿Tienes dinero?

—Sí, mujer: traigo cuatro ó seis onzas.

—Vaya, de sobra. Alquilaremos dos machos y un hombre con su escopeta que nos lleven hasta la estacion del ferro-carril; pero es necesario que me compres alguna ropa: ese maldito, por tenerme mas segura, me ha dejado con lo puesto.

XI.

Algunos momentos despues, Cristóbal é Isabel estaban en un cuarto de la posada de Espinosa.

Cristóbal se encerró con la muchacha.

Estaba vivamente contrariado.

—En primer lugar, dijo, ¿á qué ha venido á la quinta el marqués de Casa-Otero?

—No lo sé, contestó Isabel; pero él cava y cava por acá y por allá, y ha echado abajo mas de diez paredes.

—Pues esto es, dijo Cristóbal haciéndose el inocente, que el marqués busca un tesoro.

—Sin duda. Pero manda que nos den de almorzar, corazon mio: yo tengo un hambre que salto: cualquier cosa, hijo, cualquier cosa: primero unas buenas sopas de ajo con huevos: en esta tierra hacen muy bien las sopas de ajo; despues una fritada de jamon: tú no sa-

bes: el jamon de la Alcarria es magnífico; luego una perdiz para cada uno: aquí las perdices son como gallinas; y ya que estamos en la tierra de la miel, miel para acabar.

—Me parece bien, muchacha: yo tambien tengo un buen apetito, y se me ha avivado con eso que me has dicho del tesoro: voy á dar las órdenes convenientes.

Cristóbal llamó, y pidió el almuerzo con arreglo al programa de Isabel.

—Veamos, dijo volviendo á encerrarse con ella, cómo has conocido tú al marqués.

—Por el tio Anastasio, antes de conocerte á tí.

—No: despues de muerto el marqués.

—Un dia, cuando tú estabas preso (yo lo he sabido todo), el tio Anastasio me llamó y me dijo:

—Te doy la enhorabuena. Has hecho tu carrera, muchacha.

—¡Vaya! ¿Y por qué? dije yo.

El tio Anastasio me plantó veinticinco onzas como veinticinco soles en la mano.

—Y esto ¿por qué? le pregunté yo.

—Porque vivas con un hombre.

—¿No mas que eso?

—No mas.

—Pues vivamos.

—Es menester que te pongas en camino: yo voy á acompañarte: nos iremos primero á Valencia.

—¿Y luego?

—Ya veremos. Cómprate ropa de viaje de señorita.

—Pues en eso no tardo yo mas que tres ó cuatro horas.

XII.

Aquella noche nos metimos en el tren.

El dia siguiente á las once estábamos en Valencia; por la tarde nos embarcamos en un vapor de las mensagerías imperiales.

Tres dias despues estábamos en Marsella.

Al dia siguiente por la mañana en París, y en un hermoso

cuarto principal del boulevard Montmatre, junto al pasaje de los Panoramas.

—¡Diablo! ¿Tú has viajado?

—Sí señor; y para ver, viajar. Figúrate tú que lo primero que vimos cuando se abrió la puerta fué el comedor, y en el comedor al marqués, que almorzaba con cuatro amigos.

El tio Anastasio iba hecho una persona decente.

Llevaba una gorra de pieles, de viaje, lo mas rara del mundo, porque era la piel de un lince y la cabeza disecada, con unos ojos muy relucientes: le tocaba á las orejas; una camisa muy limpia, de cuello muy alto, un leviton de abrigo que le llegaba hasta los piés, y debajo una levita negra, chaleco negro, gran cadena de reló con dijes, pantalon negro, botas muy ricas, y guantes: iba divinamente: parecia un señor, un señor mayor muy rico y muy fino.

Yo llevaba un traje escocés precioso, á la última moda, y estaba muy bonita.

¡Asómbrate, chico! El tio Anastasio charla el francés lo mismo que un francés: es pez de mar ancha.

El marqués habla tambien el francés, pero chapurrado.

XIII.

Yo me asombré cuando vi al marqués; es mas: tuve miedo.

Yo creia que el marqués habia muerto.

Se habia hablado de lo magnífico de su entierro, y un dia que estuve en el cementerio de la Patriarcal, vi su leyenda en un escudo de bronce dorado, y su nombre en letras de oro en un panteon.

—¡Vaya! dije yo. ¡Pues esto tiene que ver!

Me puse en el primer momento pálida; pero cuando vi que el marqués estaba gordo, colorado y alegre, y que comia como un sabañon, se me quitó el miedo.

XIV.

El tio Anastasio me habia dicho que íbamos á ver á don Santiago, que me habia visto, que se habia enamorado de mí, que no habia

habia tenido tiempo de hablarme en Madrid, y que me llamaba á París.

—Lo de la muerte ha sido una comedia, dije yo: pues sigamos en la comedia.

El tio Anastasio me dejó en poder del marqués, y á los tres dias se fué.

El marqués me divirtió mucho; me enseñó París de una punta á otra; me llevó á comer á las mejores fondas (allí una fonda se llama *restaurant*), á los paseos, al bosque de Bolonia, al de Vincennes, á San Maur, á San Cloud, á Versalles, á todos los teatros, á todos los bailes, á todos los casinos.

Yo hacia furor.

Parecia muy bien, magníficamente, y los franceses se venian á mí como moscas.

Lo que es yo, en cuanto me vea con cuatro cuartos me voy á París á correrla, á divertirme. ¡Vaya! Allí hago yo una fortuna.

Pero, hijo, esto no duró mas que quince dias.

Al cabo de ellos, el marqués me dijo:

—Vamos á España, á Madrid: he recibido carta.

—¿Á Madrid, chiquillo? le dije yo. Se van á asustar cuando te vean, porque todos te creen muerto.

—Es que no me verán.

—¡Pues qué! ¿vas tú á ser invisible?

—Espera, me dijo.

Y se metió en su cuarto.

XV.

Á los diez minutos salió.

Yo no le conocí: yo creí que salia del cuarto del marqués una persona que el marqués tenia encerrada allí.

Figúrate tú un viejo encorvado, pálido, lívido, con unas gafas verdes con visillos de tafetan verde tambien, desarrapado, asqueroso, cojo, renco, torcido, gafo.

Yo dí un grito, y busqué un baston del marqués, como cuando se trata de echar un perro roñoso que se ha metido en la casa.

El marqués soltó una carcajada, se enderezó, anduvo con desembarazo, y entonces le conocí.

Aquello era un disfraz divino.

XVI.

—Vamos, me dijo: ¿es posible reconocerme?

—Te confieso que no, le contesté.

—Me parece que bien podemos ir sin temor á Madrid.

—¡Ya lo creo!

—Pues esta noche partimos.

Partimos en efecto.

Á los tres dias entrábamos de noche en Madrid.

El marqués se disfrazó.

Despues de esto, en dos mulas salimos una mañana hace dos meses de Madrid, y no paramos hasta que llegamos á la quinta arruinada donde me has encontrado.

XVII.

—¿Y á qué venimos aquí, bien mio? le pregunté yo.

—Á vivir sin temor de que nadie nos moleste: yo tengo que hacer en Madrid muchos negocios que exigen una gran prudencia.

—Pues te declaro que yo no me estoy aquí.

—Pues bien, me dijo: te perderás una gran parte de un inmenso tesoro que yo vengo á buscar aquí.

—Pero nos vamos á morir aquí: esto es peor, cien mil veces peor que la venta de Mal-abrigo.

—Aquí hay todo lo que se necesita.

Y el marqués me llevó á unas habitaciones interiores que tú no has visto y que están bien amuebladas, y con muebles muy buenos aunque antiguos.

Al olor de ese tesoro, yo me estuve al lado del marqués.

Lo primero que hizo ese pillo fué quitarme toda la ropa, y dejarme en un trajecillo de casa, que he estropeado, como lo ves.

¿Y adónde voy yo de esta manera, sin ropa y sin un cuarto?

XVIII.

—¿Y qué ha hecho el marqués en los dos meses que lleva de estar en la quinta?

—Cavar y mas cavar por todas partes; pero siempre sin encontrar nada. De tiempo en tiempo se pasa tres ó cuatro dias fuera.

Algunas veces vienen á pasar aquí la noche hombres con caras de herejes, que no hablan una palabra, que miran de soslayo, y que están armados hasta los dientes.

Todos respetan mucho al marqués.

Yo creo que se ha hecho capitan de ladrones.

—¡Hola! Pues ya entiendo que me hayan robado mi caballo.

—Sí, hijo, sí: esos perdidos deben de estar por los alrededores, te habrán visto, y se han aprovechado de la ocasion.

—El que me ha robado el caballo iba en él como alma que lleva el diablo.

—Sin duda á avisar á alguien. Hemos hecho muy bien en salirnos de allí: tú estabas en peligro, y yo me cansaba: el marqués debe de haber soñado que en la quinta hay un tesoro. Por otra parte, yo tenia miedo de estar con un capitan de bandidos: yo he sido viva y loca, no lo niego, la piel del diablo; pero nunca he robado ni me han gustado los ladrones.

Me desesperaba ya de estar aquí, y en cuanto te vi, me dije:

—Con este buen mozo me escapo.

Conque ya sabes la historia, vida mia: ahora es menester saber para que has ido tú.

—Por pasearme, te lo repito, dijo Cristóbal.

—Y yo te digo que un dia de frio y lluvia como este no se pasea nadie.

—Yo tengo caprichos: me gusta correr á caballo por el campo cuando llueve, y correr mucho, tres ó cuatro leguas, almorzar en un ventorrillo, pasar el dia á mi manera.

—Pues mira, hijo, has echado bien el dia: te has encontrado con una buena moza, y vas á almorzar muy bien.

—Sí; pero me han robado el caballo.

—Yo te juro que el caballo parecerá.

—¿Y cómo?

—El tio Anastasio te teme como á una tormenta.

—¿Y qué tiene que ver el tio Anastasio con mi caballo?

—Pregúntale tú por él con alma y amenázale, y el caballo parecerá, y de balde, sin que le falte nada de lo que llevaba encima.

—¿Sí?

—¡Pues ya lo creo!

—¿Y dices tú que nunca has robado?

—No señor, no he robado; pero conozco á muchos ladrones.

—Eso es distinto, dijo Cristóbal.

En aquel momento, la criada de la posada llamó á la puerta, abrió Cristóbal, y un escelente almuerzo fué servido.

CAPITULO IX.

EN QUE CONTINÚA LA AVENTURA ANTERIOR.

I.

Cristóbal condujo á Madrid á Isabel; y ella, con dinero que la dió Cristóbal, se acomodó en una casa de huéspedes.

Cristóbal fué inmediatamente á ver á Alfonsina y á Clotilde, y las dió cuenta de todo lo que le habia sucedido.

Despues se fué á la casa del tio Anastasio, á quien encontró ocupado en confeccionar unos polvos para cierta dama que queria ser amada por un hombre que no hacia caso de ella.

Al ver á Cristóbal, el viejo se echó á temblar.

—Aquí vengo yo, dijo Cristóbal, por la piel de un zorro viejo.

—Pues yo no soy zorro, dijo el tio Anastasio; cuando mas, soy gato.

—Piel de gato ó piel de zorro, tanto me da, dijo Cristóbal: lo que yo necesito es una piel de caballo, pero sobre la carne y los huesos del animal vivo, y además con un freno y con un galápago de piel de cerdo.

—Pues eso es mas fácil, dijo el tio Anastasio: yo conozco á muchos chalanes.

—Aquí no se trata de chalanes, sino de ladrones.

—¡Oh! ¡oh! ¿Le han robado á usted su caballo? dijo el tio Anastasio rindiéndose á discrecion.

—Sí señor, sí, dijo Cristóbal.

—¿Y cuándo?

—El caballo estaba atado á la verja de una quinta abandonada y arruinada.

—¡Ah! ¡ah! esclamó el tio Anastasio. Y bien: si á usted le han quitado su caballo, usted se ha llevado una buena jaca.

—¡Pillo! A lo que parece estás bien informado.

—Sí señor, sí; yo no quiero andar con usted con mentiras: usted paga bien, señor mio.

—Tú conoces...

—Yo conozco á todo el mundo.

—Pues bien, quiero mi caballo, porque has de saber que es un buen bicho, viejo ya, por cuanto sobre el cual ha aprendido á montar cierta señora á quien yo estimo mucho.

—¡Ah! ¡sí! la señora baronesa de Castell-d'oro. Pues bien, el caballo parecerá.

—Perfectamente: y no basta que parezca el caballo.

—¡Ya! Usted quiere que parezca de balde.

—No precisamente eso: á mí me importa muy poco pagar una buena gratificacion.

—Gracias. Pero entonces, ¿qué es lo que usted quiere además del caballo?

—Noticias.

—Pues pregunte usted: con usted no se pierde nada, señor mio.

—¿Está en efecto en Madrid y disfrazado el marqués de Casa-Otero?

El tio Anastasio vaciló.

La pregunta era grave.

—Yo pago ó pego, dijo Cristóbal: cuando pago, pago bien; y cuando pego, siento bien la mano.

—Pues entre aguantar ó tomar, tomo; esto es indudable. Sí señor, el señor marqués de Casa-Otero murió, está enterrado, de esto nadie tiene duda; pero anda por el mundo un tal don Santiago que cuando se quita lo que se pone y se lava la cara, se parece mucho al señor marqués de Casa-Otero.

—¿Y qué hace ese hombre aquí?

—Vamos, se conoce que usted no lee los periódicos.

—Nada me importa la política.

—Pero los periodistas dan noticias: por ejemplo, cuando sucede el escalamiento de una cárcel...

—¡Ah! ¿Un escalamiento?

—Sí, un escalamiento de la cárcel de mujeres, de la Galera.

—¿Y para qué?

—Para poner en libertad á cierta buena moza.

—¡Ah! ¿Se ha escapado una presa?

—Sí señor.

—¿Y por esto ha venido á Madrid el marqués?

—El marqués era antiguo amigo de doña Josefa Sanchez.

—¿Y esa bribona está libre?

—Sí, libre y en campaña.

—¿Qué quieres decir?

—Que cierta blanca paloma está acechada por el gabilan.

—Esplícate.

—El grande amor del marqués, el empeño á muerte del marqués ha sido una mujer...

—¿María?

—Sí señor: la hermosísima prima hermana de la señora baronesa de Castell-d'oro.

—Y Josefa...

—Josefa es Satanás.

—Pero no se sabe dónde está María.

—Josefa la encontrará.

CAPITULO X.

LA DIPLOMACIA DE CRISTÓBAL.

I.

Cristóbal se vió metido en una nueva y difícil tarea.

Los infames que habian sido un peligro para las personas que amaba, estaban sueltos, libres, asociados fuertemente.

A todas luces, el marqués de Casa-Otero, descendiendo hasta él la última gradacion del crímen, se habia convertido en capitan de bandidos, resguardado por un perfecto incógnito.

La casualidad ó la Providencia habian hecho que Cristóbal, al penetrar en la quinta de Castell-d'oro, hubiera encontrado á Isabel; pero esto establecia para él una nueva complicacion.

Habia comprendido que Isabel habia contraido por él uno de esos afectos voluntariosos de las mujeres de cierto género, que tienen sus pasiones tanto mas violentas cuanto menos han sido amadas.

—¡Vea usted aquí! decia Cristóbal. Otro hombre que no fuese como yo estaria contentísimo. Clotilde me ama, Gabriela me ama, é Isabel me ama tambien: todas son hermosas, y cada una de ellas es capaz de volver loco á cualquiera. Y bien, descontemos á Isabel; me da hastío, es una bribona: no hay peligro de que yo me enamore de ella: es verdad que no se puede enamorar el que ya está enamorado; pero aunque no lo estuviera enamorado, no podria enamorarme de una tal loca, de una tal tempestad, de una tal ruina de todo lo que es decente. Pero es necesario estar bien con ella; es necesa-

rio sacrificarse: por ella se puede ir muy lejos: despues, Dios sabe por dónde saldremos. Vamos, mas valdria que Clotilde no hubiese llegado nunca á mi casilla de guarda de campo: ella es la causa de todo: por ella he matado un hombre, por ella he estado preso, por ella me veo en este torbellino de cosas, y sin saber adónde volverme; porque ¿á quién quiero yo, á Clotilde ó á Gabriela? Pregunta es esta á la que no puedo responder. Clotilde... me aturde, me vuelve loco; y Gabriela... Gabriela me aturde y me vuelve loco. Vamos, yo no sé qué hacer; yo soy muy desgraciado.

II.

Cristóbal pues estaba aburrido de cuantas maneras puede estarlo un hombre; pero tenia la fuerza de los hombres de corazon, de los bravos, esto es, la resignacion.

Se resignó pues y se propuso ser todo lo útil que pudiera á sus amigos.

Habia consultado con Alfonsina y Clotilde acerca de lo que debia hacerse, sabiendo como se sabia el paradero del marqués de Casa-Otero, y que este cavaba y registraba en la quinta en donde estaba el tesoro de las dos hermanas.

La situacion era grave y difícil.

Ni Alfonsina ni Clotilde querian comprometer al marqués por el interés de la familia: no podia, por otra parte, permitirse que el marqués se apoderara de la herencia de las jóvenes, y para impedirlo era necesario contar con una lucha.

—No importa, dijo Cristóbal: yo haré lo que sea menester hacer. ¡Pues qué! ¿yo no he andado siempre detrás de mala gente y siempre amenazado? Gracias á Dios, no me ha acontecido ninguna desgracia todavía: ninguna aventura me ha acontecido tampoco.

—Pero ¿qué va usted á hacer? dijo Clotilde con un vivísimo interés.

—Desenterrar ese tesoro.

—Pero si el marqués...

—Yo espantaré al marqués; yo le obligaré á que no vuelva á parecer por la quinta: pueden ustedes estar seguras de que el marqués y yo no nos veremos.

—Pero el medio...

—Con llevar diez ó doce hombres armados, el marqués se espantará y huirá.

—¿Y si el marqués cuenta con mas gente, si no huye? dijo Clotilde.

—Yo sabré qué gente tiene el marqués, y la haré prender sin que se prenda al marqués.

—¡Ah! Eso me parece acertado, dijo Clotilde; pero júreme usted que no se comprometerá.

—Te lo juro.

III.

Las dos jóvenes quedaron tranquilas, y autorizaron á Cristóbal para que hiciese lo que le pareciese mas oportuno.

Cristóbal se fué á casa del tio Anastasio.

Este, que estaba bien pagado, recibió muy bien á Cristóbal.

—¿Y qué tenemos? le dijo este. ¿Te has entendido con la Josefa, viejo?

—La Josefa es cara: quiere un dineral.

—¿Como cuánto?

—Como veinticinco mil duros.

—¿Y nos dirá dónde está María?

—Sí.

—¿Lo sabe?

—Sí.

—Pero es una bribonada pedir veinticinco mil duros por dar una noticia.

—¿Cuánto daria usted por una noticia política que hubiera de hacer subir la Bolsa? dijo el tio Anastasio.

—Yo no entiendo una palabra de eso.

—Eso quiere decir que las noticias que pueden producir mucho dinero se pagan caras.

—¿Que pueden producir mucho dinero? dijo Cristóbal mirando fijamente á aquella especie de ave de rapiña.

—Sí: Josefa dice que á causa de María se puede hacer un negocio que valga veinte millones de reales.

—¡Oh! ¡oh! dijo Cristóbal mirando cada vez con mas fijeza al tio Anastasio.

—Sí. Josefa dice:—Somos muchos: la particion será á medio millon por cada uno; pero hay que temer una picardía: que alguien pretenda alzarse con el santo y la limosna, y yo prefiero enajenar mi parte. Si se me dan veinticinco mil duros, hablo; es mas: yo misma dirijo el negocio.

—Entonces son cuarenta las personas que están asociadas con ese hombre.

—El que un asociado haya de tomar medio millon de esa cantidad de veinte millones, no quiere decir que los asociados sean cuarenta; porque supongamos que el jefe tiene diez millones...

—Quedarán veinte asociados.

—Tampoco está exacto; porque supongamos que las partes no son iguales, y que aunque lo sean, unos tienen cuatro partes, otros dos, otros una: podrá suceder muy bien que la banda se reduzca á ocho ó diez.

—Tio Anastasio, esto no es mas que un embaucamiento de usted para hacerme soltar medio millon. No me conviene: que hable claro Josefa; que diga por qué encontrando á María se hace un negocio de veinte millones, y cuando esto esté probado ya veremos lo que hay que hacer.

—Perfectamente: lo que habria que hacer entonces seria ir al lugar donde está María con medio tercio de la Guardia Civil, que no cuesta un solo real.

—Tú me estás obligando, compadre, á que yo haga contigo algo duro, dijo Cristóbal.

—¡Eh! Poco á poco, amigo mio, dijo el tio Anastasio; ya sé yo que usted no hace mas que amenazar, porque es usted muy bueno y le está pesando sobre el alma aquel pícaro á quien mató, á pesar de que era un pícaro y de que le hubiera matado á usted si usted no le hubiese matado á él.

—Pero el hombre es una fiera, dijo Cristóbal, y cuando se aficiona á la sangre...

—Nada, nada... señor Cristóbal, usted no me tocará ni á un pelo de la barba, estoy seguro de ello.

—En fin, dijo Cristóbal, que sabia lo bastante, que habia adivinado y que no necesitaba pagar ninguna confidencia; yo no puedo comprometerme: no soy yo quien ha de dar el medio millon de reales; por consecuencia tengo que consultarlo: yo volveré.

Y se fué, con la apariencia del hombre mas irritado del mundo, pero en realidad muy satisfecho.

IV.

—Ellos son, cuando mas, seis ú ocho, y á seis ú ocho no hay por qué les tema yo.

Y alquiló un caballo, y bien provisto de dinero se fué al pueblo de Espinosa.

Se metió en una posada y dijo al mozo:

—Vamos á ver: si yo quisiera doce buenas escopetas, ¿las tendria?

—Aunque quisiera usted veinte, dijo el mozo.

—¿Gente templada?

—Cada uno como un hierro, dijo el mozo mirando á Cristóbal con estrañeza.

No sabia para qué Cristóbal, á quien no conocia, queria doce hombres de pelo en pecho.

Los partidos políticos se agitaban vigorosamente.

Corria viento de pronunciamiento, y aquel viento habia llegado hasta el pueblo de Espinosa, porque el sistema parlamentario lleva la política hasta las aldeas, á causa de las elecciones.

El mozo creyó que se trataba de levantar una partida contra el gobierno, y encontró el medio de una denuncia para llegar á ser empleado en consumos; posicion que ambicionaba hacia mucho tiempo, que era su bello ideal.

Así es que, animado con Cristóbal, le prometió que buscaria doce hombres de provecho, y en cuanto salió se fué á hacer su denuncia en regla al alcalde.

Este, que era un propietario influyente, un primer contribuyente y que pertenecia en cuerpo y alma á los polacos (así se llamaba entonces al partido del gobierno), no perdió ni un instante, y

se presentó en la posada acompañado del fiel de fechos, del regidor y del síndico.

—¿Cómo se llama usted? preguntó á Cristóbal.

Este le dijo tranquilamente su nombre.

—¿Á qué ha venido usted al pueblo?

—Á un negocio, contestó Cristóbal.

—¡Ah! ¡ah! dijo el alcalde. ¿Á un negocio? Pero á usted aquí no le conoce nadie.

—Para mi negocio no necesito yo que nadie me conozca, dijo Cristóbal.

—¿Y qué negocio es ese?

—Un negocio particular.

—Usted es sospechoso.

—Á usted le parecerá.

—Lo que á mí me parece es que le voy á meter á usted en la cárcel.

—¿Y por qué?

—Por conspirador.

—La prueba.

—Ya se lo dirán á usted.

—¡Ah! ¡ya! esclamó Cristóbal. Todo esto nace de que yo he encargado al mozo me busque doce hombres valientes y que tiren bien.

—¿Y para qué quiere nadie doce hombres valientes que tiren bien, cuando todos conspiran contra el dignísimo gobierno que dirige los destinos de la nacion, sino para levantar una partida rebelde?

—Ó una partida de caza.

—Una partida de caza, ¿eh? ¿Y para qué se necesitan para esto hombres valientes?

—Para que sean capaces de cortar el viento á un jabalí.

—Esto es inverosímil.

—Esto es cierto.

—Vamos á verlo.

—Veámoslo.

—No es usted quien lo tiene que ver. Señor fiel de fechos, registre usted al preso.

—No hay necesidad de que me registre nadie.

—¡Cómo!

—Yo mismo volveré mis bolsillos del revés.

Y Cristóbal acompañó la palabra con la accion y echó fuera de sus bolsillos un pañuelo, una petaca, un viejo reló de plata y veinticinco onzas.

—¡Aquí está el cuerpo del delito! esclamó el alcalde. Embargue usted ese dinero, señor fiel de fechos.

—Mire usted, señor alcalde, que está usted comprometiéndose, dijo Cristóbal.

—Yo no me comprometo nunca, dijo con soberbia al alcalde: yo soy aquí el rey.

—Y bien, me importa poco, dijo Cristóbal: usted me parece un hombre de bien.

—¿Cómo que le parezco á usted un hombre de bien? esclamó atufado el alcalde.

—Cuando á mí me parece uno hombre honrado, lo es.

—Le prohibo á usted que se meta en calificaciones de la autoridad, dijo el alcalde creciendo en soberbia. ¡Á ver! á la cárcel, y que lo incomuniquen.

Cristóbal vió que la cosa iba séria y que el alcalde lo iba á fastidiar durante algun tiempo.

—¡Una palabra, señor alcalde! dijo.

—Y bien, ¿qué tiene usted que decir? preguntó el alcalde.

—Tengo que hacer á usted una revelacion.

—¡Á ver, señor fiel de fechos! dijo el alcalde cada vez mas hinchado: registre usted al preso por si tiene alguna arma oculta.

Cristóbal dejó hacer.

—Nada absolutamente, señor alcalde, contestó despues de la operacion el fiel de fechos.

—Bien, dijo el alcalde: sálganse ustedes todos; pero que queden dos hombres á la puerta, y que se pongan otros dos hombres con escopetas en la calle debajo de la ventana: si el preso pretende escapar por ella, que le hagan fuego.

Todos salieron.

V.

—Veamos lo que tiene usted que decirme, dijo el alcalde.

—Usted cree que yo soy un conspirador.

—Estoy seguro de ello.

—Sí señor, sí, dijo Cristóbal: yo conspiro contra una infamia.

—¡Cuidado! ¡cuidado! Usted hace infame al gobierno.

—Yo no tengo nada que ver con el gobierno, ni el gobierno conmigo: yo hablo de una infamia particular.

—¡Cómo!

—Sí señor: de una señorita que ha sido secuestrada.

Pasó algo estraño por el alcalde.

Se le desvanecia la ilusion de haber atrapado á un conspirador: se le escapaba la ocasion de hacer un gran servicio al gobierno, que por lo menos le habria producido una cruz y una media docena de empleos menudos para sus apadrinados.

—¿Del secuestro de una señorita? dijo el alcalde.

—Sí señor, sí; y para libertar á esa señorita de su secuestro, quiero yo diez ó doce hombres valientes.

—Esa es una salida inventada al vuelo para evitar un terrible castigo, dijo el alcalde.

—Yo puedo probar á usted que esa señorita está secuestrada.

—¿Y cómo me lo probará usted?

—Llevándole al lugar del secuestro.

—Usted no me llevará; iré yo: entre tanto, se quedará usted en la cárcel bien asegurado. Si el secuestro es cierto, yo pondré en libertad á esa señorita y á usted tambien.

—Se necesita mucha prudencia.

—¡Dificultades! dijo el alcalde moviendo de una manera significativa la cabeza.

—Se trata de grandes bandidos.

—Mejor, mucho mejor, dijo con acento de incredulidad el alcalde. ¿Dónde es el lugar del secuestro?

—En la quinta de Castell-d'oro.

El alcalde se puso densamente pálido.

—¿En la quinta de Castell-d'oro, en un lugar que tiene duende

y donde no puede entrar nadie sin que le acontezca una desgracia?

—Pues yo he entrado y no me ha sucedido ninguna.

—¿Que usted ha entrado en la quinta de Castell-d'oro? dijo el alcalde mirando con un asombro supersticioso á Cristóbal.

—Sí señor; y estoy dispuesto á entrar siempre que sea necesario.

—¿Sí?

—Sí señor.

—Pues lo veremos, dijo el alcalde.

—Eso es lo que quiero yo: verlo.

—Cuanto antes.

—Cuanto antes mejor.

—Allá iremos; pero cuente usted con que, aunque la gente se quedará á buena distancia, porque no hay quien haga á ningun hombre de dos leguas á la redonda que se acerque á la quinta, usted no podrá escapar, porque yo estableceré un cordon como si se tratase del cólera morbo.

—Mejor: así irá mucha gente.

—Llevaré á todos los hombres del pueblo.

—Pues en marcha, señor alcalde.

—Ahora no puede ser, porque los hombres están en el campo: es necesario esperar á la caida de la tarde.

—Cabalmente esa es la hora: hay que ir de noche para encontrar á la fiera en su cama.

—Entre tanto, usted se quedará aquí preso.

—Como usted quiera, señor alcalde.

—Pero ¿en efecto se trata de lo que usted dice? esclamó el alcalde, en quien se iban desvaneciendo las sospechas que habia contraido contra Cristóbal.

—Le doy á usted mi palabra de hombre honrado. Además, ¿á qué habia yo de venir á levantar una partida á Espinosa?

—Bueno, bien, yo me fio de usted. Venga usted conmigo á mi casa, y allí combinaremos los medios de salvar de su secuestro á esa señorita.

Cristóbal y el alcalde salieron de la posada y se trasladaron á la casa del segundo, que estaba cerca.

CAPITULO XI.

EN QUE MARÍA SE ENCUENTRA DE IMPROVISO ARMADA DE UN PODER SOBRENATURAL.

I.

Empezaba á oscurecer cuando unos cuantos hombres acaudillados por el alcalde salieron del pueblo de Espinosa.

El alcalde y Cristóbal iban delante de ellos á caballo.

El fiel de fechos en un asno.

El síndico en una mula.

El regidor, que habia querido ser hombre de accion, iba al frente de los labriegos armados de escopetas, con una escopeta de dos cañones al hombro y una canana corrida á la cintura.

Estos hombres no sabian adónde iban.

El alcalde no habia querido decírselo, temeroso de que si sabian que se trataba de aproximarse á la quinta maldita se negasen á seguirle.

II.

Caminaron durante una hora por un terreno fuertemente accidentado y en estremo pintoresco.

La tierra estaba cubierta de verdor, y los árboles empezaban á cubrirse de hojas.

Hacia sin embargo frio, porque aquel terreno era sierra.

Los del pueblo empezaron á inquietarse mucho cuando vieron que el alcalde se dejaba atrás el ferro-carril y se metia por un camino, por el cual, prosiguiéndole, tenian que llegar á la quinta de Castell-d'oro.

III.

Era ya muy de noche, pero una luna clarísima reemplazaba casi al dia.

A aquella hora, dos hombres que venian de la parte opuesta á aquella por donde avanzaban los espedicionarios, aparecieron en un altozano y se detuvieron al pié de un grupo de tres álamos negros.

Cualquiera al ver á estos hombres los hubiera creido gitanos.

Vestian exactamente como estos, y no mostraban armas; pero si les hubieran registrado se les habria encontrado á cada uno un par de rewólvers de seis tiros y un puñal.

El uno de estos hombres era horroroso; tenia el semblante desfigurado, moreno, tuerto, chispeante y feroz el único ojo que le quedaba, rígido, fuerte, de apariencia capaz de hacer concebir que la audacia y la decision y la agilidad eran en él cualidades características.

Se desprendia de este hombre algo de lúgubre.

IV.

El otro era menos rudo, mas distinguido, por decirlo así.

Debajo del pañuelo que rodeaba su cabeza salian esos largos rizos que se dejan los gitanos, de un color rubio cobrizo.

Su tez era fuertemente oscura, de tal manera que parecia un mulato.

Unas grandes patillas, de color rubio cobrizo tambien, contrastaban fuertemente con lo atezado de su piel.

Sus narices eran monstruosas, rojas, granujientas, y de su boca fruncida salian dos colmillos blancos como los de un jabalí.

Sin embargo de lo horrible, de lo inarmónico, de lo punzante de

la fisonomía de este hombre, se desprendia de él, lo repetimos, una indudable distincion.

V.

—Y bien, dijo el tuerto: ¿no has podido dar con el escondite?

—No, contestó el rojo.

—¿Y por qué no la aterras?

—Es inútil: ella no lo sabe, estoy convencido de ello.

—Tú eres muy débil; tú la amas: ella te fascina, te domina, se burla de tí, y acabarás por dejarla libre.

—¡Libre para que se una á ese maldito capitan!... Tú no has querido libertarme de él.

—Demasiadas cuentas tenemos para aumentarlas con una partida mas.

—Yo estoy desesperado, esclamó el rojo. María... ¿qué me importa á mí nada en el mundo mas que ella?

—¡Estúpido! esclamó el tuerto. Dudo que ni aun tú mismo tengas indulgencia para contigo por estar de tal manera dominado por una mujer. No puede comprenderse que por esta locura desprecies veinte millones de reales. ¿Sabes tú lo que son veinte millones de reales? Dos millones de renta con poco que se les mueva. Será necesario que yo intervenga. Esta noche te acompaño.

—Bien, sí; pero prométeme que no pretenderás verla: tú la harias sentir un terror infinito.

—¿Qué me importan á mí todas las mujeres del mundo cuando se trata de dinero? dijo el tuerto. Lo que necesito es reconocer esta noche la casa hasta los cimientos, aunque sea necesario echarla abajo: ese maldito de Cristóbal se ha llevado á Isabel, y es necesario temerlo todo, aprovechar el tiempo.

—¿Y hemos de temer nosotros á un hombre solo?

—Ese hombre no vendrá solo, hijo mio: ella le habrá dicho que nosotros somos muchos.

—Pues porque somos muchos no hay motivo para temer.

—En viendo esos perdidos un solo tricornio de la Guardia Civil, no tienen tierra para escapar.

—No traerá guardias, dijo el rojo, en quien por el anterior diálogo habrán reconocido nuestros lectores al marqués de Casa-Otero. Cuando se trata de apoderarse de un tesoro no se lleva gente, y mucho menos gente de justicia: todo el mundo sabe que la nacion tiene derecho á la tercera parte de lo que se encuentra enterrado.

—Pues si viene solo, quien se queda enterrado es él, dijo el tuerto, que para no fatigar mas á nuestros lectores con el incógnito de este segundo personaje, diremos que era Vicente el Lobo.

VI.

—Bueno seria sin embargo tomar precauciones, dijo el marqués. Algunos de los nuestros deben estar cerca, y seria bueno hacer la seña.

—Hagámosla; pero lo creo inútil, dijo Vicente.

Y sacando de debajo de la manta que le envolvia un rewólver, disparó tres tiros en el intervalo de dos minutos del uno al otro.

—Si andan por ahí, dijo Vicente, no tardarán en venir.

—Pues bien, dijo el marqués: quédate tú aquí: yo voy á adelantarme: es necesario no perder tiempo: yo creo que ella no sabe el lugar donde están enterrados esos veinte millones; pero por si lo sabe, voy á hacer el último esfuerzo. Cuando lleguen los otros llévatelos y mételos por el portillo: luego los ocultas entre los árboles del jardin.

—Anda, anda con Dios, y no seas blando de entrañas con esa sílfide, dijo Vicente.

El marqués se alejó sombrío y cabizbajo.

Vicente el Lobo se puso á pasear delante del grupo de los tres álamos, silbando una cancion truhanesca.

VII.

El marqués adelantó á gran paso, y media hora despues llegaba al portillo de la quinta.

El medroso edificio aparecia mucho mas medroso á la luz de la luna.

Los árboles parecian negros y gigantescos fantasmas inmóviles de formas caprichosas.

En los tenebrosos fondos de la sombra proyectada por el negro muro habia algo de fantástico.

Todo tenia un aspecto siniestro.

El marqués, que su escéptico egoismo no creia en nada, no se conmovia por nada sino cuando se escitaban sus groseras pasiones, sintió el prestigio fantástico de aquella soledad, de aquella ruina, y se estremeció.

—Hace diez y seis años, dijo, la luna brillaba como ahora... como ahora tenia color de muerte: un hombre entraba conmigo por este mismo sitio... pero entonces el muro estaba blanco, verde, conservado, cuidado: esas parras que ahora están por tierra corrian graciosamente alrededor del recinto, y la sombra que proyectaba su follaje era poética: esas estátuas, mutiladas las unas, escondidas las otras entre la yerba, estaban sobre sus pedestales, y aumentaban la belleza y la poesía de este lugar, recortándose iluminadas por la luna sobre los oscuros fondos de las enramadas. Ahora todo es negro, todo espantoso. ¿Será verdad que en las casas donde se ha cometido un crímen nace un mal espíritu, que acaso no es otra cosa que el alma en pena del asesinado, que se levanta de la tumba con la noche, y llena de espanto el espacio? ¡Bah! ¡bah! Pero aquel hombre, aquel maldito magnetizador era un demonio: su muerte no fué un crímen. ¿Y por qué me estremezco yo por la memoria de ese crímen? Es que á medida que nos vamos haciendo viejos nos hacemos débiles y visionarios.

VIII.

El marqués, que se habia detenido dominado por una especie de pavor, avanzó decididamente.

—Es necesario que esto concluya esta noche, dijo; es necesario que yo domine esta fascinacion que me causa y que me hace su esclavo; es necesario que yo satisfaga esta sed que me devora; sed de amor, sed de oro: amor para vivir; oro para embellecer el amor.

El semblante del marqués, mejor dicho, la máscara, porque el

semblante que llevaba entonces no le pertenecia, dejó ver una espresion de todo punto repugnante, de todo punto infame.

Atravesó rápidamente el espacio que existia entre el portillo y la casa, y entró en el vestíbulo, que estaba tenebroso.

Allí volvió á esperimentar un pavor irresistible.

Le pareció que sombras irritadas, sombras amenazadoras, sombras sedientas de venganza, vagaban en el oscuro fondo del vestíbulo.

—¡Bah! dijo reponiéndose de nuevo. Soy un cobarde, un visionario. ¡Los muertos!... ¡Ah! Los muertos no se levantan de su tumba.

Y prosiguió á tientas.

Atravesó un corredor y algunos aposentos, y en uno de ellos se detuvo.

Se oyó ese chasquido característico de un fósforo que se enciende, y poco despues lucia una linterna.

IX.

La habitacion que alumbraba aquella luz estaba completamente amueblada y alfombrada.

Anchos cortinajes de seda descolorida, acarralada, cortada en parte, cubrian los huecos de las puertas y de las ventanas.

Habia allí lujo, pero un lujo viejo, deslustrado, empolvado, destrozado: aquel lujo era tambien una ruina.

Los cuadros al óleo que se veian acá y allá sobre la pared entapizada de seda, estaban ennegrecidos y cubiertos de polvo.

X.

El marqués entreabrió uno de aquellos viejos cortinajes, y atravesó un corredor corto, alfombrado tambien y tambien entapizado.

Al fondo de aquel corredor habia una pequeña puerta de roble tallada, con filetes y adornos delicados, pero renegridos.

El marqués sacó de su bolsillo una llave y abrió aquella puerta.

En ella empezaba una estrecha escalera de caracol de mármol.

Por algunos vestigios se conocia que en otro tiempo aquella escalera debia estar alfombrada.

En cuanto á las paredes, estaban cubiertas de un rugoso cuero de Córdoba.

En lo alto de estas escaleras habia otra puerta tan ornamentada como la inferior.

XI.

El marqués abrió tambien con llave esta otra puerta, y se metió por un corredor tortuoso, tambien alfombrado, y con las paredes entapizadas del mismo cuero.

Al fin llegó á otra tercera puerta, que abrió.

Las otras dos las habia dejado francas, pero esta tercera la cerró con llave.

Quedaba aún una pequeña cámara, y á su fondo otra puerta que tambien abrió el marqués, volviendo á cerrarla cuando hubo pasado.

XII.

La habitacion en que entró era enorme y estraña.

Pudiéramos decir que espantosa.

Figurémonos el laboratorio de un químico, de un naturalista, con todos sus accesorios: retortas, alambiques, vasijas deformes, estrañas, por acá, por allá, por todas partes; instrumentos mohosos de formas raras; mecanismos estraños; haces de yerbas secas colgados del techo; animales raros disecados, puestos, ya en pedestales, ya sobre tablas, ya adheridos á la pared; lagartos, serpientes, murciélagos, mamíferos, pequeños reptiles, esqueletos de monos, de orangutanes, de hombres, de aves enormes; inscripciones rojas, negras, de todos colores, en caracterés estraños; un conjunto en fin que nada tenia de sobrenatural ni de mágico, pero que producia un efecto fuertemente fantástico, fuertemente imponente para el que no estuviese acostumbrado á aquello.

Y todos estos séres disecados, coleccionados por la ciencia, apolillados, roidos, podridos, pulverizados á medias, bajo una capa de polvo espeso.

Y todo esto en una cámara estensa, de paredes de un color sombrío, sin ventanas ni aberturas de ninguna especie, mas que allá en los cuatro costados de su techumbre cónica.

En el centro un hornillo, y sobre él una campana colgada del techo, que constituia la chimenea, y que podia tomarse, tal era su aspecto, por una lámpara monstruosa y estravagante en medio de aquella estraña decoracion.

XIII.

En este hornillo, sobre carbones requemados, habia todavía una retorta, unida á un aparato de vidrio que parecia un destilador.

En un ángulo habia uno de esos enormes lechos, ricamente tallados, con pilares y marco para sostener las colgaduras, que pertenecen al Renacimiento, y que tanto representan el gusto de la Edad Media que concluyó, como el de la edad presente, que empieza.

Habia además una gran mesa de roble del mismo género que el lecho, y acá y allá algunos ricos sillones del mismo género.

Se comprendia que el sabio que se habia servido de aquel laboratorio se habia establecido completamente allí, que allí dormia y allí comia.

XIV.

Sobre la mesa habia un candelero de bronce de forma antigua, y en este candelero una bujía sin encender.

Junto á la mesa, sentada en uno de los sillones, estaba una jóven como de diez y ocho años, rubia, blanca, magnífica, pero pálida y demacrada.

Estaba vestida con un ancho traje oscuro, y tenia la cabeza completamente descubierta, pero magníficamente agrupados los abultados cabellos.

Esta jóven era María.

En su mirada parecia como que ardia la fiebre.

Su semblante aparecia tranquilo, pero con una tranquilidad terrible: con la tranquilidad que procede de una valiente resolucion á todo: con la tranquilidad de la aceptacion á todos los martirios.

XV.

El marqués se detuvo delante de ella, iluminándola por completo con la luz de la linterna, la contempló con avidez y tembló.

—¿Por qué no has encendido luz? le dijo. Yo te he dejado una bujía y fósforos.

—Aquí se está mejor sin luz que con ella, dijo María. De noche, todas estas cosas á la luz de una bujía toman aspectos estraños y desagradables.

María hablaba con la misma tranquilidad con que hubiera podido hablar á un buen conocido; mas aún: á un amigo.

—¿No has comido? preguntó el marqués.

—Aún no, dijo siempre tranquilamente María. No he tenido gana: ahora siento alguna, y voy á comer.

—Espera, le dijo el marqués viendo que María se levantaba; no has de servirte á tí misma estando yo aquí.

María volvió á sentarse.

El marqués encendió la bujía y apagó la linterna.

Luego fué á un armario que estaba en un ángulo, y trajo de él con que cubrir la mesa.

Luego puso sobre el mantel pan, vino, un ave asada, algunos embutidos, dos ó tres clases de quesos y de frutas secas, y algunas conservas.

Trinchó el ave y sirvió el plato y la copa á María.

—¿Y tú, no comes? dijo esta.

—¡Sí, es verdad! Si yo no cómo no comerás tú: comamos pues, aunque estoy seguro de que me va á costar un grande esfuerzo cada bocado que trague; pero no hay medio: tú temes que estos manjares estén preparados con algun narcótico: no crees que yo puedo prepararme para que un narcótico no me haga efecto.

—Es difícil, muy difícil: los contravenenos y los contranarcóticos son generalmente ineficaces.

El marqués se habia servido.

Comia.

María comia tambien.

El marqués bebió, y solo entonces bebió María.

XVI.

—Es necesario que esto termine, dijo el marqués.

—Sí, dijo María: es necesario que esto termine, pero como debe terminar: devolviéndome mi libertad.

—¡Tu libertad! ¡Es decir, renunciando yo á lo único que puede hacerme grata la vida! Sin tí todo me importa nada, María: tú eres mi destino.

—Sí, tu destino funesto, porque yo no puedo pertenecerte, y tu empeño, que no tu amor, te lanza al crímen: tú, por una mujer, te has puesto en lucha contra la sociedad, y la sociedad, que es mas fuerte que tú, te ha vencido.

—No, porque estoy vivo: no, porque á despecho de la sociedad, te tengo en mi poder.

—Tienes mi cuerpo, tienes mi vida, tienes una víctima de un nuevo y horrendo crímen: de una secuestracion.

—Esta secuestracion va á terminar, María.

—Harás bien.

—Terminará porque tú tendrás compasion de mí.

—¿Á qué hablar de compasion? No es este el caso en que puede encontrarse una mujer de tener compasion de un hombre. Si yo me uniera á tí violentaria mi carácter, mi alma, mis aspiraciones: apuraria el tormento de luchar sin vencer contra una antipatía horrible.

—¿Es decir, que me aborreces?

—Yo no aborrezco á nadie, contestó tranquilamente, casi con dulzura María; pero no es mia la culpa si hay objetos que me causan horror.

—¡Ah! ¡Siempre, siempre esa cruel palabra!

—No eres tú el que me inspiras horror: es la situacion en que pretendes colocarme.

—María, yo puedo rehabilitar el honor de tu madre, yo puedo llevarte á tu posicion, á una posicion envidiable.

—¡El honor de mi madre! esclamó María. De mi madre ya no se acuerda nadie: mi madre murió para el mundo hace muchos años.

—Yo puedo decirte el lugar donde tu madre se casó legítimamente, donde existen todas las pruebas, donde están tambien su partida de bautismo y de tu hermana; lugar que tu madre no pudo revelarte, porque no lo supo nunca: yo puedo hacer que te presentes ante el gran mundo deslumbrante y altiva.

—Yo soy una pobre, una oscura hija de la desgracia, y estoy resignada con mi oscuridad.

—Tú lo sacrificas todo á ese hombre.

—Yo he renunciado á su amor.

—Sí, le amas tanto, le adoras de tal manera, dijo con acento sombrío y amenazador el marqués, que porque sea mas rico y mas considerado que si se hubiese casado contigo, has huido y le has dejado abandonado á la fascinacion de mi escelente sobrina la señorita Alfonsina.

—No: he tenido dignidad: hé aquí todo: he visto que á pesar de mí, Alfonsina embriagaba á Luis: he visto que para unirse á ella no temia envolverse en consecuencias tales como las que le hubiesen envuelto si se hubiese unido á mí, y no he sido egoista. Además, yo estoy fatigada. ¿Y dónde encontrar mejor el reposo de las fatigas del alma, que en la casa del Señor? ¿Por qué me has arrebatado de ella, cometiendo un sacrilegio ante Dios y un crímen ante los hombres que puede serte funestísimo?

—Yo he muerto, dijo sombríamente el marqués: Juan del Valle de Sos, marqués de Casa-Otero, está enterrado en el panteon de tu familia: yo he muerto como murió tu madre, como murió mi hermano Alfonso, merced al mismo licor terrible.

—Sí; pero hay licores mucho mas terribles aún, que no consienten la vuelta á la vida: estos licores son la desgracia, la desesperacion, la providencia de Dios. Mi madre, que era pura, que no tenia de qué acusarse, sucumbió lentamente á impulsos de un dolor agudo; tu hermano, Alfonso del Valle de Sos, ha muerto bajo la mano de un asesino, á quien en el mismo punto de ser herido por él ha esterminado.

—¿Es decir, que tú me amenazas con la fatalidad?

—No: yo no te amenazo; yo confio en la justicia de Dios; yo no hago mas que presentarte hechos.

XVII.

—¡Oh! Será necesario concluir, dijo el marqués.

María se estremeció, pero el marqués no pudo apercibirse de su estremecimiento, porque habia tenido lugar en el alma de la jóven.

El alma tambien se estremece, ó mejor dicho, se aterra, se espanta, se amarga.

Las emociones del alma durante la vida son puramente materiales; de otro modo, no podian sentirse.

XVIII.

El marqués se levantó, fué al armario y trajo cuatro botellas de vino que puso sobre la mesa.

—Es necesario que yo busque el valor que me falta en el fondo de esas botellas, dijo: es necesario que yo irrite mis nervios.

Y se puso una botella en la boca, y bebió mientras se lo permitió la respiracion.

Habia apurado casi la botella.

María palideció.

Aquello era horrible.

El imperio, la fascinacion magnética que ejercia sobre el marqués debia cesar desde el momento en que el marqués se embriagase.

Era necesario luchar.

—Dicen, murmuró para sí María, que todos tenemos una fuerza dada de influencia magnética. ¿Será esto cierto? Me ha dicho mi madre que mi padre era un sér terrible, que le habia amado por una influencia poderosa, y que ella habia ejercido sobre él una influencia semejante. Es necesario que yo le domine de una manera decisiva; es necesario que yo pueda arrebatarle la llave de esas dos puertas. ¿Y cómo, Dios mio? Hay un medio; pero ese medio me repugna: sin embargo, es necesario jugar el todo por el todo. Veamos.

XIX.

María hizo un esfuerzo sobre sí misma.

—¡Juan! dijo de una manera dulcísima.

El marqués volvió estremecido el semblante hácia María, y la contempló ansioso.

—¡Basta de locuras! dijo María. No contraigas una embriaguez que puede serte funesta. ¿Quién sabe si estarás aquí seguro? ¿quién sabe si necesitarás de toda tu sangre fria, de toda tu razon para escapar?

Y la mirada de María, dulce, ardiente, embriagadora, abarcaba la mirada atónita, asombrada, del marqués.

—¿Peligro? dijo.

—Sí. ¿No crees tú en la doble vista magnética?

El marqués se estremeció.

—Tú eres hija de un hombre terrible, esclamó. ¿Habrás tu heredado su poder?

—Sí.

—¡Ah! ¡no! esclamó el marqués soltando una carcajada. Si le hubieras heredado hubieras usado de él.

—¿Se sabe de dónde viene el poder del magnetismo? dijo María con la voz á cada momento mas dulce, con una voz infinita que de acento en acento iba tomando para el marqués un prestigio sobrenatural.

—El magnetismo, ó es una impostura, ó un fenómeno inesplicable, dijo.

—Es una verdad; pero una verdad que no se sabe en dónde tiene su orígen, si en Dios ó en el diablo.

—¡Qué estravagancia! esclamó el marqués. ¿Saldremos ahora con que eres fanática?

—No: yo no soy fanática, pero soy creyente; y porque soy creyente, creo en Dios, y porque creo en Dios, creo en que existe Satanás.

—Y dudando de si el magnetismo proviene de Dios ó de Satanas, no te has atrevido á probar si posees el terrible poder del magnetismo.

—Creo que lo poseo, dijo sonriendo de una manera estraña María.

XX.

El marqués sintió como si un flúido poderoso corriese por sus venas.

La mirada de María, dilatada, infinita, inmensa, lúcida, le atraia de una manera irresistible.

La jóven se iba trasfigurando á sus ojos, iba creciendo en hermosura de una manera fantástica: resplandecia.

Muy pronto el marqués no vió mas que la mirada de María: muy pronto el marqués sintió como si el alma de María se hubiese refundido en la suya, como si su pensamiento hubiese sido el pensamiento de María, como si su voluntad hubiese sido la voluntad de María.

Se sintió jóven y puro, y levantado sobre las miserias humanas; se sintió engrandecido, y amó á María como no la habia amado hasta entonces, con un amor de los cielos.

XXI.

María se acercó á él.

El alma del marqués ardió en un fuego delicioso, infinito.

Sintió que el semblante de María se acercaba al suyo.

Y la vida del marqués crecia, se dilataba de una manera inmensa.

Al fin, el semblante de María estuvo casi tocando al suyo: el semblante de un arcángel de luz.

María estaba hermosa: aterrada por el efecto que producia en el marqués.

Ella no habia probado nunca el poder del magnetismo.

Le habia creido una invencion de Satanás.

Y cuando obligada á recurrir á sus propios medios se habia valido de él, el ensayo habia producido un resultado completísimo.

XXII.

María sabia que podia escapar de allí.

Conocia por el plano la situacion del lugar donde estaba el teso-

ro, y sabia que en aquel lugar habia una mina que conducia al campo; pero habia tenido valor bastante para ocultar al marqués que no sabia dónde aquellos veinte millones estaban escondidos, para hacerle creer que lo ignoraba.

Cuando vió al marqués completamente dominado por ella, le dijo:

—¡Sígueme!

XXIII.

El marqués se levantó como un sonámbulo, y siguió á María.

Esta le llevó á la puerta del laboratorio.

—¡Abre! le dijo María.

El marqués abrió.

María siguió adelante.

—¡Abre! repitió cuando hubieron llegado á la segunda puerta.

Y de la misma manera, cuando hubo abierto el marqués esta, llegaron á la tercera.

María descendió.

El marqués la siguió, siempre como un sonámbulo.

Cuando hubieron llegado al pié de la escalera, María le dijo deteniéndose:

—Busca aquí una puerta.

El marqués, con esa lucidez, con esa doble vista de los sonámbulos, vió una puerta compuesta de un solo trozo de mármol en el fondo de la escalera.

Mas aún: vió el resorte oculto en un hueco, por medio del cual aquella puerta se abria.

—¿La has encontrado? preguntó la jóven.

—Sí.

—Ábrela.

El marqués sacó su largo, ancho y luciente puñal, cuya vista hizo estremecer á María, desembarazó el resorte de la especie de argamasa que rellenaba el hueco, oprimió fuertemente un boton, y el trozo de mármol giró rechinando y dejó practicable una estrecha entrada por la que apenas cabia una persona.

—Entra, dijo María.

El marqués franqueó aquel agujero.

María le franqueó detrás de él.

—Cierra, dijo entonces.

La puerta se cerró.

—Busca el camino por donde se llega adonde están los veinte millones de nuestra herencia.

El marqués dió algunos pasos y empezó á descender por una nueva escalera, que muy pronto dejó notar la humedad de sus muros y de sus peldaños; señal clara de que se hundia ya bajo el nivel de la tierra.

XXIV.

María fué contando los escalones hasta cincuenta.

Entonces el marqués siguió por un estrechísimo pasadizo completamente húmedo, hasta el punto de mojar las ropas.

De repente, el marqués chocó contra una puerta de hierro.

—Abre, dijo María.

—No tengo la llave, respondió el marqués.

—¿Y no tienes medio alguno de forzar la puerta?

—Sí.

—Fuérzala.

El marqués sacó uno de sus rewólvers, apuntó á la cerradura y disparó.

El efecto de la detonacion, de la presion del aire en aquel reducido espacio, hizo esperimentar un sacudimiento fuertemente desagradable á María.

XXV.

Pero la puerta no cedió.

La cerradura era muy fuerte.

Un segundo disparo fué á chocar contra la cerradura, produciendo en ella algun mayor efecto.

La chapa de hierro, ya demasiado oxidada, se rompió.

En fin, al cuarto disparo cedió completamente la cerradura; pero

necesitó el marqués de un vigorosísimo esfuerzo para abrir la puerta, que estaba escesivamente premiosa á causa de la humedad.

XXVI.

Entonces, descendiendo diez escalones en sentido recto, adelantaron por otro pasadizo, descendieron otros diez escalones, y se encontraron en un espacio abovedado, deprimido, como de tres metros en cuadro.

En un ángulo habia una gran caja de encina barreada de hierro, y afianzada por tres cerraduras.

El marqués hizo saltar aquellas tres cerraduras de tres disparos.

Levantó la tapa.

Si no hubiera estado en estado de sonambulismo, hubiera lanzado una esclamacion de asombro, de delirante alegría.

El arca estaba llena de talegos.

Si el marqués hubiese abierto cualquiera de aquellos talegos, hubiera visto que estaba lleno de oro.

Entre estos talegos habia una caja de sándalo amarillo y nácar.

La llave de esta caja estaba unida á la cerradura por medio de un cordon de seda.

María abrió la caja.

Contenia magníficas alhajas y un manuscrito.

La caja era pequeña, prolongada, pero de bastante capacidad para contener un tesoro en alhajas.

La pedrería era gruesa y riquísima.

María tomó aquella caja y la guardó bajo sus ropas.

Luego abrió uno de los talegos.

Tomó y puso en sus bolsillos todo el oro cuyo peso pudo soportar, y dijo al marqués:

—Carga con el oro que puedas, con tal de que no te embarace la marcha.

El marqués se llenó los bolsillos de oro.

El talego habia quedado vacío.

—¿Tienes cartera?

—Sí, dijo el marqués.

—Dámela.

El marqués se la dió.

María escribió en una de sus hojas, y metió aquella hoja dentro del saco vacío.

—Adelante, dijo entonces: salgamos por la mina.

El marqués se dirigió á un pasadizo que habia enfrente al que les habia servido para entrar, y se entró por él, seguido de María.

XXVII.

A los cien pasos encontraron una puerta.

Aquella puerta fué forzada con cuatro disparos.

De los doce que el marqués habia tenido en sus dos rewólvers, solo le quedaban dos.

Llevaba cápsulas; pero á María, á quien no se la ocurria nada que se refiriese á la destruccion, no se le ocurrió mandar al marqués cargase de nuevo los rewólvers.

Únicamente le dijo:

—Sigue con el pensamiento el camino que ha de sacarnos de aquí.

—Estamos ya cerca de la salida, dijo el marqués: pronto estaremos en una cueva escondida entre malezas y encinas.

—Sigamos pues.

XXVIII.

En efecto, pasados algunos minutos, el marqués y María estuvieron al aire libre.

La linterna dejaba ver á poca distancia añosos y gruesos troncos.

No habia absolutamente sendero.

Aquello era terrible.

La maleza estaba como tejida.

Solo dejaba un pequeño espacio libre á la salida de la cueva.

María lo notó y se estremeció.

Habia ya saboreado la libertad, y un instinto misterioso la decia que desandando lo andado daria en un peligro.

XXIX.

—Mira si hay gente cerca de nosotros, dijo María.

—Has heredado todo el poder de tu padre, dijo insistiendo el marqués.

—¡Obedece! dijo María.

—Hácia la quinta se acercan gentes, dijo el marqués.

—¿Qué gentes son esas?

—Son dos hombres á caballo, uno en un asno, otro en una mula: detrás vienen muchos hombres con escopetas.

—¿Como cuántos?

—Como cincuenta.

—¿Conoces á alguno de esos hombres?

—Sí, conozco á los dos que vienen á caballo.

—¿Quiénes son?

—Cristóbal, á quien tanto conoces tú, el protector de tu hermana, es el uno: el otro es el alcalde de Espinosa.

—¿Adónde van?

—Parece que se dirigen á la quinta; pero se han detenido: están estableciendo centinelas alrededor de la quinta, en un radio como de doscientos pasos de ella.

—¿Qué mas ves?

—Vicente el Lobo está con algunos bandidos dentro de la línea determinada por los hombres de Cristóbal y del alcalde.

—¿Vicente el Lobo?

—Sí.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un bandido.

—¿Y con tales gentes te mezclas tú?

—Yo soy un difunto.

—¿Quién acompaña á ese bandido?

—Otros diez bandidos feroces, terribles, capaces de todo.

—¿Corre peligro ese Cristóbal?

—¿Y qué te importa? dijo rebelándose el marqués contra la influencia magnética que ejercia sobre él la jóven.

—¿Corre peligro Cristóbal? repitió esta.

—No, esclamó el marqués estremeciéndose, como no pudiendo resistir á la fuerza superior que le dominaba. Los cincuenta hombres que le siguen son bravíos, montaraces, verdaderas fieras, y están bien armados y escitados por el cebo de la ganancia.

—¿Y á qué viene Cristóbal á la quinta?

—Por dos objetos.

—¿Cuáles?

—Primero por tí; despues por tu herencia.

—Que tome mi herencia: esa herencia irá á manos de mi hermana Clotilde; pero á mí no me encontrará.

—¿Por qué huyes? preguntó el marqués rebelándose de nuevo.

María no contestó.

—Es necesario que yo me aleje de aquí, dijo: es necesario que tomemos un camino por el cual no puedan encontrarnos.

—Pues no sé, dijo el marqués siempre rebelde.

—Tú sabrás: obedece: busca un camino.

XXX.

El marqués se estremeció.

Desnudó su puñal, ó mas bien su cuchillo, que era ancho y fuerte, y muy pronto el marqués no fué otra cosa que un mecanismo provisto de una pieza fuerte y cortante.

El marqués trabajaba con la regularidad y la fuerza de una máquina.

Sabido es que el jabalí, sin mas armas que los colmillos, se abre á la carrera una senda por entre las mas fuertes malezas.

El marqués avanzaba como un jabalí, aunque con mucha menos rapidez, abriéndose con su cuchillo de una manera poderosa una senda.

Su brazo incansable cortaba á derecha, á izquierda, arriba, abajo, con una rapidez y una fuerza prodigiosas.

Un sendero capaz para marchar por él, se abria rápidamente.

XXXI.

María sentia miedo.

Estaba esperimentando los prodigios del magnetismo.

Ella habia ignorado que poseia aquel terrible poder, y que le poseia de una manera suprema.

El conocimiento de este la espantaba.

María era sumamente piadosa, y un tanto supersticiosa, como todos los cristianos de fuertes creencias que tienen la imaginacion muy viva.

El Cristianismo en su parte histórica está lleno de prodigios, de milagros, en los cuales hay que creer ó dejar de ser cristianos *pur sang* para convertirse en cristianos de sentimiento.

María era cristiana por la creencia y por el sentimiento á un tiempo; es decir, cristiana con toda su alma, con toda su inteligencia: cristiana por completo.

Creia pues en todo lo maravilloso, en todo lo fantástico del Cristianismo.

Para ella, el diablo era un sér real, efectivo: un espíritu maldito, escelerato, perverso, al que Dios permitia probar á sus criaturas, á quien Dios permitia á veces un poder inmenso.

XXXII.

Ahora bien: aquel poder maravilloso de que se encontraba en posesion, que subordinaba á su voluntad á un hombre tal como el marqués, ¿venia de Dios ó del diablo?

Esta disyuntiva aterraba á María.

Sin embargo, María, como todos los séres escesivamente impresionables, tenia un valor á toda prueba.

No nos contradecimos; porque el verdadero valor es aquel que lucha con el terror y le vence.

María continuó siguiendo al marqués.

Este adelantaba cortando siempre, siempre abriendo un sendero, y á cada momento con mas velocidad.

La voluntad de María le impulsaba.

Al fin, y á unos doscientos pasos del lugar de donde habian partido, cesó de repente la maleza y se encontraron sobre un terreno áspero, en medio de un espeso encinar, por cuyos claros penetraba acá y allá la luz de la luna, produciendo efectos poéticamente fantásticos.

XXXIII.

—¡Adelante, adelante! dijo María. Perdámonos: pongámonos en sitio donde no puedan dar con nosotros.

Cuando sentimos el deseo de andar con una rapidez superior á nuestras fuerzas, pensamos naturalmente en un elemento de locomocion que está fuera de nosotros, que es mas poderoso infinitamente que nosotros.

María pensó en un caballo, en un coche, en una locomotora.

De improviso lanzó un grito.

El marqués, obedeciendo la voluntad de María, se volvió, la cogió como hubiera podido cogerla un mecanismo, la puso sobre sus hombros, y partió con mas velocidad que una máquina de vapor.

El poder magnético de María era incalculable.

El marqués no corria, se deslizaba, parecia que le lanzaba á través del espacio, tocando apenas la tierra, una potencia inmensa.

Al fin muy pronto el marqués, con su hermosa carga, desapareció entre los accidentes del monte.

.....la puso sobre sus hombros, y partió con mas velocidad que una máquina de vapor.

CAPITULO XII.

EN QUE SE VE HASTA QUÉ PUNTO LLEGA LA SUPERSTICION ENTRE LOS CAMPESINOS.

I.

—Esté usted seguro, decia en aquellos momentos á Cristóbal el alcalde de Espinosa, de que no se nos escapa esa moza; y ha hecho usted muy bien en no pretender que pase de aquí ninguno de nuestros hombres, porque no se hubiese conseguido ni por Dios ni por todos los santos que diesen un paso mas.

—¿Y usted no vendrá conmigo? dijo Cristóbal.

—¿Yo? contestó el alcalde dejando ver una mirada cobarde. De modo que adonde va otro hombre bien puedo ir yo, á no ser que ese hombre esté loco.

—¿Y usted cree que yo lo estoy?

—No me lo parece.

—Ya he dicho á usted que yo he estado dentro de esa casa, y solo, y no he visto al diablo.

—¿Era de dia?

—No creo yo que al diablo le dé mas del dia que de la noche, á no ser que ese caballero venga de familia de mochuelos ó de murciélagos. Mire usted, señor alcalde, yo he sido guarda de campo, y como tal he andado de noche por vericuetos, y he dormido muchas veces en lugares de muy mala fama. No hay monte del cual

no se cuenten un sinnúmero de patrañas: en tal lugar hay demonios, en el otro duendes, en el de mas allá brujas: hay tal ó cual sitio en el cual es seguro encontrarse con una aparicion. Pues yo puedo asegurar á usted que he andado por todos esos lugares, y no he tenido mas apariciones que las de algunos prójimos de carne y hueso, con los cuales las mas de las veces me he visto obligado á andar á tiros: me he encontrado tambien con lobos y con alimañas: he estado á pique de morir abrasado por un rayo, y muchas veces de despeñarme; pero nada he visto que huela ni por asomo á espíritu.

II.

Á todo esto, Cristóbal marchaba.

El alcalde le seguia, distraido por la conversacion.

El fiel de fechos, que era muy hombre, aunque no estaba distraido ni se le olvidaban los aparecidos y los trasgos, seguia por la negra honrilla, porque no dijeran que no se atrevia á ir donde iba otro hombre; pero le arañaba algo en el alma.

En cuanto al regidor, iba donde iba el alcalde; como que el alcalde y él y el fiel de fechos eran el ayuntamiento.

—Pues mire usted, amigo, dijo el fiel de fechos á Cristóbal: mi vecino Pascualote se murió.

—¿Y era muy viejo el tal señor? dijo Cristóbal, que seguia marchando.

—Cuatro duros y medio y siete reales, dijo el fiel de fechos.

—¡Friolera! esclamó Cristóbal. ¿Es decir, que le faltaban al angelito tres años para un siglo?

—Sí señor: tenia cerca de cuarenta años cuando los primeros franceses.

—¿Y cree usted que el tal individuo se malogró?

—No digo yo eso, que bien me contentaria yo con vivir lo que vivió él; lo que digo es que en cuanto el tal se murió empezaron á suceder en el pueblo y en los alrededores cosas medrosas. Decian que las mozas que se habian olvidado de proveerse de agua y tenian sed de noche y bajaban al pozo, cuando tiraban del cubo lo primero

que veian era la cabeza calva del tio Pascualote; que las miraba y que se las reia, y que luego sacaba unos brazos muy largos y las cogia y se chapuzaba con ellas en el pozo, y que cuando se habia chapuzado bien con ellas las sacaba y se le iban alargando los brazos hasta que, sin sacar el cuerpo del pozo, el tio Pascualote las volvia á poner en la cama.

—¡Vaya, que cuenta usted unas cosas, don Fulgencio!... dijo el alcalde sintiendo un escalofrio.

—Pues eso no es nada. Dicen que una noche la tia Picañona sintió que la llamaban desde la calle, y creyendo que era su sobrino el Toto, abrió la ventana, y que entonces el tio Pascualote la cogió y se echó á volar con ella, y se estuvo volando, sabe Dios cuánto tiempo, por entre las nubes, y enseñando á la tia Picañona cosas que parecian increibles: ciudades con las casas de plata y los tejados de oro y jardines, que era cosa de oir como la tia Picañona decia que eran.

—Y á usted, don Fulgencio, ¿no le sucedió nada? dijo Cristóbal, que continuaba marchando hácia la quinta, que se veia ya á lo lejos bajo la luz de la luna.

—¿Que si me sucedió á mí? esclamó el fiel de fechos con un acento particular. Calcule usted, hombre, que cada vez que me acuerdo se me pone la carne de gallina, y me parece que me voy á morir.

—¿Y qué fué ello? preguntó Cristóbal.

—Hágame usted favor, don Fulgencio, dijo el alcalde, de no contar mas cosas de esas en este sitio y á esta hora.

—¡Bah! dijo Cristóbal asombrando por su serenidad á los que le escuchaban. Eso entretiene.

Y seguia marchando.

—Pues mire usted, no quiero que me suceda otra vez, porque estuve muy malito, dijo el fiel de fechos.

—¿De miedo? observó Cristóbal.

—Quisiera yo, dijo picado don Fulgencio, que á usted le sucediera lo que á mí me sucedió, á ver qué cara ponia.

—Pero en fin, ¿qué fué?

—Ha de saber usted que yo habia ido á una boda de una prima

mia: la jóven habia sido mucho tiempo novia de otro... Pero en fin, como las mujeres son como las veletas...

—¡Bien! dijo Cristóbal. Dejó al novio antiguo, tomó otro nuevo, y se casó con él.

—Sí señor; pero ha de saber usted que el despreciado era hombre de mal genio; y tanto, que por una muerte está en presidio.

—Ese es un crímen como cualquiera otro, y que muy pronto se hace: no le faltará ni que trabajar ni que comer.

—Pues es el caso que Andresillo dejó que se casara su novia, y todo el mundo estaba asombrado de ver que no se metia en nada y que estaba tan conforme y tan completo como si nada le sucediera; de tal manera, que la Toñuela habia llegado á ofenderse, creyendo que no se le daba nada de que ella se casara con otro: las mujeres son así, cuando se las busca huyen; cuando no se las busca buscan.

—Eso nos pasa á todos: lo que mas se quiere es lo que no se tiene, dijo Cristóbal, que adelantaba siempre.

—Pues han de saber ustedes que apenas habia empezado el baile de la boda se vino sobre nosotros una tempestad de palos, que hubo hombre que salió por el tejado y mujer que salió por la ventana; á mí me alcanzó un crujido en la nuca que estuve lo menos dos horas en la plaza tendido á la larga, ni mas ni menos que si hubiera estado muerto, y cuando recordé, viendo que estaba solo y que el lugar era peligroso, me salí, aunque era la media noche y habia que atravesar un monte.

—¿Y fué en el monte donde usted vió lo que le puso la carne de gallina? ¿Usted se acuerda?

—Sí señor: como yo iba dolorido del lapo que me habian pegado, y el pueblo estaba ya muy lejos, me senté sobre una piedra para descansar.

Hacia luna.

Yo saqué mi reló y miré la hora: faltaba medio minuto para las doce.

De repente me dieron un tal bofeton en la mano, que se me cayó el reló, y se hubiera roto contra el suelo á no haber sido por el cordon.

Miré, y no vi á nadie.

Luego oí un ronquido como el de un cerdo: un ronquido que andaba alrededor mio como á cincuenta pasos de distancia; pero no vi á nadie.

Y el ronquido seguia cada vez mas fuerte, y siempre á la misma distancia.

—Vaya, acabe usted, hombre, dijo el alcalde, que nos está usted devanando las tripas.

—Deje usted que cada uno cuente las cosas como sabe y como puede, que á todas partes se va por sus pasos contados.

—Es verdad, dijo Cristóbal, que seguia marchando hácia la quinta.

—Pues han de saber ustedes, continuó el fiel de fechos, que el ronquido fué haciéndose fuerte, mas fuerte, hasta que al fin se convirtió en aullido de lobo. ¡Pero qué aullido, señor! Se metia por las orejas y aturdia.

—¡Bueno! dijo el alcalde.

—Deje usted, hombre, deje usted, que ya llegamos, dijo el fiel de fechos. Pues han de saber ustedes que de repente la luz de la luna se fué entristeciendo, entristeciendo, poniéndose fea, tan fea que daba miedo.

—Don Fulgencio, dijo el alcalde: eche usted ya de un tiron lo que queda de cuento, y será mejor.

—Cuando yo menos me lo esperaba, dijo el fiel de fechos, cátate ahí que veo un fraile largo, alto, ceniciento, que daba vueltas alrededor de mí, y que aullaba cada vez mas fuerte, y que me miraba con dos ojos encendidos como brasas. ¿Quién creen ustedes que era?

—¡El demonio que le lleve á usted, don Fulgencio! dijo el alcalde.

—Pues era ni mas ni menos el tio Pascualote, amortajado como le habian enterrado, con su hábito de San Francisco y con la bula de difuntos sobre la barriga.

—¡Don Fulgencio! me dijo: ¡don Fulgencio! si no fuera porque tiene usted al cuello un rosario bendito con una cruz que es de la madera del verdadero leño de la cruz donde murió nuestro Divino Redentor, ya me lo hubiera yo llevado á usted á los infiernos.

El tio Pascualote estaba y está condenado.

—¿Y un condenado llamaba su Divino Redentor á nuestro Señor Jesucristo? esclamó con una contundente lógica Cristóbal.

—El tio Pascualote habia sido muy cristiano y muy devoto del señor San José, y aunque se habia condenado no habia perdido la costumbre.

—Usted no sabe lo que se dice, don Fulgencio, esclamó Cristóbal: usted soñó todo lo que nos está contando.

—¡Que soñé! ¡Anda! Si no llamo á Jesus, á María y á José, el maldito me agarra.

—¿Y qué sucedió cuando usted hizo la divina invocacion?

—Que el tio Pascualote dió un aullido, se disolvió en humo, y sonó un trueno como si se hubiese volado un barril de pólvora.

—¡Ave María Purísima! esclamó el alcalde.

Y dió un salto.

III.

Al mismo tiempo que don Fulgencio contaba la esplosion del condenado, habia sonado muy cerca la esplosion de un arma de fuego, una bala en tierra, y una piedrecilla impulsada por el choque de la bala habia herido ligeramente en una pierna al alcalde.

Estaban ya tocando á la quinta.

—Pues no, dijo don Fulgencio, que era hombre de aliento; estos no son ni duendes ni fantasmas ni condenados: estos tiran á dar.

Y tomó un árbol.

Cada uno de los otros habia hecho lo mismo, y se habia preparado á un combate.

IV.

Sonaron entonces á lo lejos disparos, allá hácia la parte donde habian quedado estendidos en círculo formando un cordon los cincuenta hombres.

—¡Firmes, amigos, firmes! dijo el alcalde, que era tambien hombre de alma, que no temia mas que á los aparecidos. Me parece á

mí que los duendes de la quinta son esos salteadores que hace ya mas de un mes están dando saltos á todo el mundo, y con los cuales no se ha podido dar.

—Pues de esta hecha, dijo Cristóbal, alguno cae en nuestras manos. Vamos sobre la quinta, señores.

Y salió de detrás del árbol que le servia de resguardo, con la escopeta preparada; pero nadie hizo fuego.

Los disparos mas nutridos continuaban á lo lejos.

—Vaya usted, vaya usted, don Fulgencio, con el regidor, dijo el alcalde: es necesario que la gente sepa lo que se hace.

El regidor y el fiel de fechos partieron.

Cristóbal y el alcalde se dirigieron á la carrera á la quinta, llegaron al portillo, entraron en el jardin, y se dirigieron á la casa.

Al llegar al vestíbulo, Cristóbal dijo:

—¿Y no tiene usted miedo?

—No señor, porque ya sé lo que son los duendes que habia aquí.

—Eche usted un fósforo, señor alcalde, para que yo encienda la linterna.

Muy pronto la linterna estuvo encendida.

V.

Cristóbal y el alcalde registraron minuciosamente la parte baja de la casa, y en ella no encontraron á nadie, aunque sí indudables señales de que la quinta estaba habitada.

En la cocina habia manjares; en la despensa provisiones; en una habitacion un lecho.

Subieron y encontraron la escalera que conducia al laboratorio donde habia estado encerrada María.

Al entrar en él el alcalde, al ver los esqueletos, los animales disecados, todo aquel conjunto espantoso en fin de cosas estrañas, volvió á sentir pavor.

—Todos estos son huesos y pellejos y yerbajos y redomas y utensilios, dijo Cristóbal: nada de esto debe asustar mas que á los niños; pero lo que á mí me asusta es que la persona que busco,

y que me interesa mucho encontrar, no esta aquí, y ha debido estar hace poco tiempo, porque mire usted aquí una cena servida.

—Y es verdad, dijo el alcalde.

—Busquemos, busquemos, amigo mio.

Y se dieron á buscar y á revolver.

VI.

Buscando, encontraron la escalera por donde habian descendido el marqués y María.

Al llegar á su fondo, encontraron abierta la puerta secreta.

—¡Ah! ¿Qué boquete es este? dijo el alcalde.

—Puede ser que ahí los encontremos, dijo Cristóbal. Sigamos.

Y descendió.

El alcalde le siguió, no sin recelo.

Todo aquello era medroso.

Al fin llegaron á la primera puerta.

—Esta puerta ha sido forzada á tiros, dijo Cristóbal. Mire usted, señor alcalde: una bala aplastada contra la cerradura y detenida en ella: una bala cónica: una bala de rewólver.

—¿Qué será esto? preguntó el alcalde.

—Esto es que nos han sentido, esclamó Cristóbal, que estaba anhelante; esto es que se han llevado la persona que yo buscaba; pero esa persona tiene que estar aquí. Adelante.

—Pero esto es muy estrecho, dijo el alcalde con algun cuidado. Un hombre solo y un poco resuelto puede matarnos á los dos sin peligro.

—Si usted no quiere acompañarme, quédese usted: yo iré solo.

—Eso no, dijo el alcalde: que no se ha de decir que yo no voy adonde va otro hombre.

VII.

Adelantaron, y llegaron al fin al subterráneo.

El alcalde dió un grito de asombro al ver el arca llena de talegos, que habia quedado abierta.

—¡Ah! esclamó Cristóbal contrariado. No sabia yo que íbamos á dar con esto.

—¡Un tesoro! dijo el alcalde.

—Sí señor, sí: un tesoro; pero ese tesoro tiene dueño, como se puede probar.

—Los tesoros que se encuentran son las dos terceras partes para el que los encuentra, y la otra tercera parte para la nacion.

Al alcalde le habia tentado la codicia, y habia perdido el miedo.

¡Prodigioso poder del oro!

—Pero esta quinta, señor mio, dijo Cristóbal, es propiedad de la señora baronesa de Castell-d'oro.

—Es verdad, dijo poniéndose serio el alcalde; pero ¿qué necesidad tenemos nosotros de decir que hemos encontrado este tesoro?

—La baronesa sabe que ese tesoro está aquí, dijo Cristobal; y hasta la cantidad: aquí hay veinte millones.

—¡Veinte millones! esclamó el alcalde.

—Veinte millones que son la herencia de dos señoras.

—Pues esa herencia, observó el alcalde, no está completa, porque aquí hay un saco vacío.

Cristóbal examinó el saco, y encontró el papel escrito que dentro de él habia encontrado María.

Cristóbal le leyó.

Decia así:

«No sé si la enorme cantidad que aquí guardo, se perderá; pero cualquiera que la encuentre, si es honrado, debe saber que este dinero pertenece á la señora baronesa de Castell-d'oro, mi prima hermana. Si ella ó algun enviado por ella encuentra este papel, como es de presumir, sepan que yo huyo y me oculto y me pierdo de nuevo; pero que nada se tema por mí: estoy en seguridad, protegida por un poder superior, invencible. He tomado un manuscrito que debe esplicar el misterio del orígen de mi hermana, del mio; cuando yo haya leido ese manuscrito, procuraré llegue á manos de mi hermana. Me he llevado mil onzas y la pedrería, porque no sé adónde me conducirá mi fortuna.—*María.*»

VIII.

—Y bien, señor alcalde, dijo Cristóbal guardando este papel en su cartera: yo comprendo que sea muy grato apoderarse de una riqueza inmensa; pero advierto á usted que para ello es necesario matarme, y que yo no me dejo matar.

—¿Por dónde lo toma usted? dijo el alcalde, en el cual producia un terrible efecto la embriaguez del oro.

—Yo comprendo que es duro haber creido se encontraba un dinero sin dueño, del cual podríamos habernos apoderado, y saber que el dinero tiene dueño, y que apoderándonos de él cometeríamos un delito que podríamos pagar en presidio.

—¡Usted está loco! esclamó el alcalde. Nadie haria lo que usted hace.

—¿Es decir, que ya es una locura ser hombre de bien? ¡Pero, señor! ¿en qué tiempos vivimos? ¡Hoy no se ve mas que el dinero! ¡Á los que estiman mas la tranquilidad de su conciencia que el oro se les llama imbéciles! ¡Esto acabará mal! ¡Un mundo así no puede ir mas que á una inmensa desgracia!

—En último caso, dijo el alcalde, yo creo que esa señora nos recompensará bien, y que nos dejará por lo menos á cada uno uno de los talegos.

—Yo creo que las personas que me han enviado aquí para que busque este caudal se mostrarán muy generosas con usted.

—¡Bueno! Yo tampoco quiero otra cosa. Si este dinero tiene dueño, en buen hora.

—Pero es necesario asegurarle.

—Se asegurará.

—¿Y de qué manera?

—Llamando al juez de primera instancia del distrito, que vendrá con un destacamento de Guardia Civil.

—Será necesario, dijo Cristóbal, que usted vaya solo, porque yo me quedo aquí.

—Pero ¿se puede probar que este dinero tiene dueño?

—Sí señor: eso corre de mi cuenta. Llámese al juez, hágase cargo de estas riquezas, que despues ya habrá quien las reclame.

—Para eso es necesario que yo salga de aquí.

—Usted saldrá; pero antes quiero yo ver si puedo encontrar á la persona que busco. Sigamos, pero con prudencia.

—¿Y si entre tanto llega otro?

—¿No dice usted que todos tienen un miedo de muerte á los fantasmas de la quinta?

—Sí señor; pero puede venir alguno de los bandidos.

—Tiene usted razon: entonces yo me quedo aquí. Salga usted, preséntese usted asustado, diga usted que quince mil y mas legiones de demonios se han echado encima de nosotros en cuanto entramos en la quinta, que usted ha escapado sin saber cómo, y que no sabe lo que ha sido de mí.

—Bueno; pero yo no puedo salir sin luz.

Cristóbal acompañó al alcalde hasta la salida de la casa, le llevó al portillo del muro, y se volvió.

Apenas entró en el edificio de la quinta Cristóbal, cuando un hombre penetró huyendo por el portillo.

Se oian disparos próximos; pero los que perseguian á aquel hombre se detuvieron aterrados cuando le vieron penetrar en la quinta; tal era el prestigio fantástico y pavoroso de este lugar.

La luna dejó ver que aquel hombre era Vicente el Lobo.

Adelantó, entró en el vestíbulo, y deteniéndose y respirando como quien descansa, dijo:

—Me he salvado: aquí no se atreverán á entrar.

CAPITULO XIII.

REVELACIONES.

I.

El marqués de Casa-Otero continuaba conduciendo á María: conduciéndola con una rapidez superior á la del vapor.

Muy pronto se encontraron en el corazon de la sierra de Guadalajara, y en un lugar estraordinariamente pintoresco, sobre una meseta desde la cual se veian á la luz de la luna vagos y estensos horizontes y oscuros promontorios de montañas caprichosamente accidentadas.

—Detente, dijo María.

El marqués se detuvo.

—¿Estás fatigado? le preguntó la jóven.

—No, respondió el marqués.

—¿Á cuánta distancia estamos de la quinta?

—Á dos leguas.

—¿En cuánto tiempo las hemos hecho?

—En diez minutos.

—¿Estamos en seguridad?

—Sí.

—¿Hay cerca algun lugar habitado? La noche es muy fria.

—Sí: una ermita en donde vive un penitente.

—¿Es verdaderamente penitente?

—No.

—¿Qué es?

—Un contrabandista.

—¿No mas que contrabandista?

—No mas.

—¿Conque hay hombres que ocultan sus delitos bajo una apariencia de santidad?

—La hipocresía es muy vieja en el mundo; pero ya no engaña mas que á los tontos.

—Condúceme.

—Te aconsejo que ejerzas sobre ese contrabandista la influencia que ejerces sobre mí, y que has heredado de tu terrible padre.

—La ejerceré.

—Así estaremos mas desembarazados.

II.

El marqués volvió á cargar con María, y algunos instantes despues estaba en una quebradura y dentro de una pequeña ermita.

La puerta estaba cerrada.

El marqués llegó á ella.

Se oyó una voz soñolienta que dijo:

—¿Quién va allá?

—Abre, hermano, dijo el marqués. Vengo con una jóven que está muy fatigada.

Poco despues se abrió la puerta y apareció un hombre como de treinta y cinco años, buen mozo, metido dentro de un hábito de capuchino, y con un farol encendido en la mano.

Apenas vió á María se estremeció.

Habia caido en el sonambulismo magnético.

III.

—Obedece, le dijo María.

—Obedezco, dijo el ermitaño.

—Dame tu farol, dijo María.

El ermitaño obedeció.

—Duerme, dijo María.

El ermitaño vaciló, se dejó caer, y se quedó tendido y profundamente dormido.

María y el marqués entraron en una pequeña habitacion, mas de un tanto sucia y arruinada, en que habia un fogon, un mezquino menaje, y por único lecho una tarima.

—Hé aquí el santo retiro de un baron de Dios, dijo el marqués, que por aquel momento no estaba sonámbulo, pero que se acordaba de todo porque María no le habia mandado que olvidase.

—Verdaderamente no te has fatigado, dijo María.

—Lo que tengo fatigado, contestó el marqués, es el cerebro: sufro demasiado.

—Volveremos al mismo tema de siempre, dijo María sentándose en uno de los dos muebles de pino que habia en aquella habitacion miserable, y me obligarás á que te tenga siempre en estado de sonambulismo para librarme de escuchar tus importunidades.

—¡Ah! ¡no por Dios! dijo el marqués. En el estado de sonambulismo soy una máquina, no tengo conciencia de mí mismo: yo no creia en los fenómenos magnéticos, y ahora me veo obligado á creer en ellos.

—Descansa, descansa, Juan, dijo María: tengo necesidad de tu doble vista.

—¡Un momento! ¡un momento! Déjame que te contemple: para mí es ya una felicidad contemplarte.

—¡Qué amor! esclamó María.

—Un amor mártir, un amor desesperado.

—Un amor que me repugna. Tú no tienes alma, marqués: tú eres un lobo.

—Pero un lobo que se echa manso á tus piés como un cordero.

—Por la providencia de Dios.

—¡Oh! ¡y qué hermosa, qué hermosa eres, adorada mia! esclamó el marqués contemplando con éxtasis á María. ¡Oh! Si yo hubiera logrado ser amado por tí...

—Dios no lo ha querido: Dios no podia quererlo: yo no podia amar á un infame.

—Sin embargo, ese poder que posees, y que tú no creias poseer, ese poder que me encadena á tu voluntad, le has heredado de un demonio.

—¿De un demonio? esclamó María.

—Sí, de tu padre.

—¿Y quién era mi padre?

—Un aventurero, un miserable que debia á la naturaleza su terrible poder de fascinacion.

—¿Y cómo se llamaba mi padre? esclamó alentando apenas María.

—Tu padre se llamaba mister James Lawnou.

—¡Inglés!

—No, anglo-americano.

—¡Ah! Pues hé aquí las Memorias de mi padre, dijo María mirando la cubierta del manuscrito que habia encontrado en el subterráneo de la quinta. Ellas me dirán... Pero entre tanto dime, porque estoy impaciente: ¿mi padre estaba legítimamente unido á mi madre?

—Sí.

—Y entonces, ¿cómo es que mi madre no me lo ha revelado?

—Tu madre no queria que le preguntaras la historia de tu padre, porque no podia revelarte mas que infamias: tu madre fué su víctima.

—¿Que no amó mi madre á mi padre? esclamó María, pálida como un cadáver.

—No: tu madre sucumbió á una fascinacion: tu madre sucumbió á ese poder que tú has heredado, que ha heredado tambien Clotilde. Pero ese manuscrito te dirá seguramente mas que lo que yo te puedo decir. Déjame descansar, déjame que te contemple; yo te adoro, yo muero por tí. Si yo creyera en Satanás, le daria mi alma porque fueses mia.

María se estremeció.

IV.

—Duerme, le dijo.

El marqués hizo un movimiento, luchó, y luego sus ojos apare-

cieron inmóviles, sin espresion. Estaba en un completo estado de sonambulismo.

—Necesito saber, dijo María, qué hacen, qué piensan, qué sienten las personas que amo. Mira, escucha y respóndeme.

—¿Adónde quieres que mire?

—Á la quinta de Castell-d'oro. ¿Ves?

—Ya veo.

—¿Qué sucede allí?

—En el subterráneo donde está la caja de donde hemos sacado el dinero que yo tengo sobre mí y las alhajas que tú tienes, hay un hombre.

—¿Qué hombre es ese?

—El que iba á salvarte.

—¿Cómo se llama?

—Cristóbal.

—¿Qué hace allí?

—Está sentado sobre el borde del arca: tiene á sus piés una linterna encendida, y está profundamente pensativo.

—¿En qué piensa?

—En dos mujeres.

—¿Quiénes son?

—Tu hermana y una jóven que ha vivido en la miseria, que ha sido reconocida legalmente como hija natural de un marqués, y que es millonaria.

—¡Ah! dijo con disgusto María. Ese hombre es como todos: ama á una con el corazon y á otra con la codicia.

—No: ese hombre es un pobre diablo que no sabe qué hacerse de su corazon. Clotilde le fascina: la terrible voluntad de tu hermana se hace sentir en él.

—¡Ah! ¿Mi hermana le ama?

—Sí: con toda su alma.

—¿Qué género de hombre es ese?

—Un pobre diablo que ha sido soldado, y luego guarda de campo, y luego protector de tu hermana: tiene un gran corazon, y tu hermana se ha apoderado de él.

—¿Cómo ha protegido ese hombre á mi hermana?

—Espera: me pides el relato de toda una historia, y es necesario que yo la ordene.

V.

María dejó en libertad de recordar al marqués.

Despues de algunos momentos, este le dijo:

—Escucha.

Luego, recostando la espalda contra la pared, cerró los ojos y empezó el siguiente relato:

«Eramos tres hermanos, tres hermanos malditos: Alfonso el mayor, Pedro el segundo, y padre de tu prima Alfonsina, y yo el tercero.»

VI.

El marqués contó todo lo que hemos relatado á nuestros lectores á propósito de los tres hermanos, hasta el momento en que dejamos por concluir aquel relato.

En este relato habia entrado, como era preciso, sir James Lawnou.

A propósito de este, el marqués habia dicho:

«Sir James Lawnou habia nacido en una casa de campo en el estado de Masachusets.

Hijo de un pobre labrador, su educacion habia sido demasiado sóbria.

Apenas sabia leer y escribir; pero tenia una imaginacion satánica.

Habia vegetado en las tierrecillas de su padre; pero la gigantesca naturaleza de América, el imponente aspecto de sus interminables praderas, de sus sombrías selvas, de sus poderosos torrentes, habian hablado el lenguaje de una ruda grandeza al jóven, á quien muy pronto pareció un estrecho límite para él la humilde morada de su padre, que era un puritano austero.

James necesitó volar de su nido; pero para volar necesitaba alas.

Las alas del hombre son el dinero.

El viejo Patrik tenia algunos ahorros, y el dote entero de su

mujer; pero era necesario esperar para heredar á que los dos viejos muriesen, y estos eran muy fuertes y gozaban de una escelente salud.

Además, el viejo Patrik decia continuamente: «Yo viviré mas de cien años: mi padre vivió ciento cinco: esto consistió en que tuvo una vida muy pura, y en que se casó despues de los cincuenta años: mi abuelo vivió ciento quince años: yo me casé á los cincuenta y cinco años: Kety tenia cuarenta cuando se unió á mí: todos nuestros parientes han contado mas de un siglo.»

James echaba la cuenta, y comprendia que, segun los cálculos probables de su padre, necesitaria esperar treinta ó treinta y cinco años por lo menos para heredar, como habia espresado su padre.

Pero ¿á qué esperar cuando está en nuestra mano adelantar los sucesos?

James robó á su padre sus ahorros, á su madre sus alhajas de familia, y escapó una noche sobre el viejo rocin de la casa.

Al otro dia, el anciano echó de menos á su hijo, y muy pronto conoció que habia sido robado.

Un inglés no perdona, y un anglo-americano mucho menos.

Patrik se puso sus botines, empuñó su baston, y fué á buscar al constable de la comarca y le dió parte de que habia sido robado, y le reveló el nombre del ladron de una manera tan fria y tan acentuada como si el ladron no hubiera sido su hijo.

El constable puso en juego todos los recursos de la policía; pero fué imposible dar con James.

Este se habia metido en las selvas, habia huido del estado patrio, y se habia perdido entre la inmensidad de Nueva-York.

Patrik y Kety tenian un pequeño terreno.

La cosecha vino muy mala: se perdió toda.

Los ancianos esposos no pudieron pagar sus obligaciones.

Patrik echó friamente un lazo á la rama de un árbol, y se ahorcó: antes maldijo tranquilamente, pero de una manera terrible, á su hijo.

Kety acudió en el momento en que su marido se agitaba en las últimas convulsiones.

Cortó la cuerda.

Esto no hizo mas que prolongar por algunas horas la agonía de Patrik.

Kety apuró todo el horror de aquella agonía.

Todo lo que tenia en el mundo lo habia perdido; todo lo que habia amado habia desaparecido: su marido y su hijo.

Ni aun pan la quedaba: ni aun consideracion social.

Era la viuda de un hombre que se habia ahorcado al quebrar, y que al ahorcarse habia acabado de robar á sus acreedores.

Nada podian hacer contra él.

No les quedaba medio alguno para compelerle á cubrir de alguna manera el mezquino tanto por ciento de la liquidacion de la quiebra.

Kety, al espirar su marido, lanzó una esclamacion sorda, una especie de ronquido.

Sus ojos vagaron en torno suyo sin objeto.

Cuando el constable fué á hacer el sumario de lo acontecido, Kety, en vez de contestar á sus preguntas, entonó un canto monótono, el canto de que se habia servido veinte años antes para adormir á su hijo en la cuna: estaba loca.»

VII.

—¿Y qué fué de aquella infeliz, de mi abuela? preguntó estremeciéndose María.

—En los pueblos civilizados, muy civilizados, la caridad es una flaqueza desconocida: no se permiten los mendigos: afean como reptiles asquerosos el manto esplendente de púrpura de una civilizacion que no conoce otro dios que el oro.

Los acreedores se repartieron el menaje, las ropas, las dos vacas y la cabra que habian quedado en aquella casa deshecha por la quiebra, y pusieron en medio, no de la calle, sino del camino, á Kety con sus sesenta años y con su locura.

Kety caminó, caminó.

Nadie la detuvo.

Le habian puesto en la punta de un baston, sobre el hombro, un

pequeño envoltorio con dos camisas y unos zapatos, un pedazo de pan y un pedazo de queso.

Kety se dejó olvidado esto en el primer lugar donde descansó despues de la fatiga de una larga marcha sin objeto por la selva vecina, por la misma selva por donde se habia perdido alguno tiempo antes, por evitar las pesquisas de la justicia, su hijo.

La loca tuvo al fin hambre, y comió...

—¿Y qué comió? esclamó María.

—Yerba, contestó friamente el marqués.

María se estremeció.

—Pero la yerba es indigesta, y sobre todo no nutre: entretiene mal la actividad del estómago, y nada mas.

Kety se dejó caer rendida en el lugar donde la encontró la noche, y no durmió.

Cantaba siempre su cancion de madre.

Al despuntar el dia se puso en pié.

Tenia hambre, y comio de nuevo yerba.

Luego siguió errante á través del bosque.

No volvió á comer mas.

El primer dia habia andado una legua; el segundo dia anduvo un cuarto de legua; el tercero algunos pasos; al cuarto no se levantó.

Los gusanos y los insectos voraces se apoderaron de ella.

—¡Viva!

—Viva.

—¡Horrible!

—¡Ah! Estas cosas son muy comunes allí donde la cesacion del trabajo, esto es, de los medios de adquirir es la muerte; allí donde no os dan un bocado de pan aunque os vean con las entrañas en la mano; allí donde todos viven aislados en medio de un indiferentismo infinito, que solo deja de ser indiferentismo á la vista del oro; allí donde los que por un contrasentido que nadie comprende viven la vida del corazon, se ahogan sin encontrar aire que respirar; allí donde todo está escrito, todo reglamentado, todo administrado; allí donde no se encuentra, aunque se esprima todo en una prensa hidráulica, una sola gota de sentimiento; allí donde no se compren-

de otra cosa que la materia, y donde toda la materia está podrida.

—Esa es una calumnia á la humanidad: eso no existe.

—Viaja, María, viaja, observa, y á poco que observes verás que el sentimiento es una ridiculez de la que nadie se ocupa, que ha quedado relegado á las novelas y á los dramas, y aun así, falsificado y de mal gusto.

—¡Sigue! ¡sigue!

—Los gusanos, los insectos, royeron á Kety, primero los ojos, luego las estremidades de las narices y de los dedos; luego su vida se fué apagando lentamente: hoy blanquean aún sus huesos ignorados al pié del caobo, bajo el cual durmió su último sueño. Nadie ha pasado desde entonces por allí.

—¿Y mi padre supo eso?

—Sí: lo supo por medio de un sonámbulo, como por medio de un sonámbulo lo sabes tú.

VIII.

Hubo algunos momentos de silencio.

Un estremecimiento de horror agitaba á María.

El marqués continuó:

»James era intrigante y ambicioso.

En Nueva-York se unió á una tropa de saltimbanquis, uno de los cuales entretenia al público con esperimentos magnéticos.

Entonces fué cuando, conociendo por el magnetismo, descubrió su terrible poder.

Muy pronto Famy Pekerson, la magnífica Famy, la grande actriz de la tropa, la trágica perdida entre cómicos de la legua, el genio llamado por el arte al oro y á la gloria, el prodigio, la maga, la locura del público anglo-americano, la hija del jorobado Pekerson, que hacia reir á los muchachos y á los papanatas con sus estravagancias grotescas de polichinela hasta desternillarse, fué la esclava de James.

Muy pronto el raudal de oro que el fanatismo del público vertia en la caja de la grande artista, fué de James.

Bien pronto aquella magnífica hermosura se marchitó bajo las infamias de James.

Bien pronto aquel corazon nacido para el arte, para lo grande, para lo soñado, para lo sublime, se agotó y se secó.

Bien pronto una taza de té sirvió de medio de suicidio á la mujer enloquecida.

Famy reposa bajo un monumento erigido por la admiracion pública.

¿Qué importa?

La vieja Kety tiene un monumento mas grande: la selva y la inmensidad: á lo menos el mármol no pesa sobre ella.

IX.

El marqués relató el cúmulo de horrores por donde James Lawnou habia pasado hasta llegar á ser millonario.

Al fin llegó al punto en que hace muchas páginas dejamos á mister James vencido por Andrea, que estaba vencida á la par por él, en el momento en que salia del jardin en el que se habia introducido valiéndose de su terrible poder.

Nuestros lectores recordarán.

En este punto el marqués se detuvo.

—Lo que yo pudiera contarte, dijo, te lo contará mejor por sí mismo tu padre en esas Memorias que tienes, y que empiezan cabalmente en la entrevista de tus padres en el jardin de la casa de tu tia.

No quiero quitar á ese relato el mérito de la originalidad, el palpitante interés de estar escrito por la mano misma de tu padre.

—¡Oh! ¡sí! Para eso queda mucho tiempo, dijo María. Vengamos al presente.

—Déjame descansar un poco: estoy fatigado. Además, siento hambre, y tú debes sentirla tambien: hemos estado hablando cinco horas: son las dos de la madrugada. Despiértame: este santo ermitaño debe tener algunas buenas provisiones, y es necesario buscarlas y aprovecharlas.

María despertó al marqués.

Este se echó á buscar, y encontró algunos pedazos de jamon, chorizos, queso, vino y pan, aunque algo duro.

El marqués cenó con muy buen apetito.

En cuanto á María, apenas comió.

Despues durmieron hasta el amanecer.

CAPITULO XIV.

LA JUSTICIA SE MEZCLA OTRA VEZ EN LOS NEGOCIOS.

I.

En aquel mismo punto se pusieron en marcha.

El ermitaño contrabandista volvió enteramente en sí algun tiempo despues de la partida de María y del marqués.

Cuando vió los restos de la cena sobre la mesa, esclamó:

—¡Bien! ¡muy bien! ¿Quién me habrá dado este bromazo esta noche?

Pero de improviso lanzó una esclamacion de contento.

El marqués habia dejado por órden de María una escelente onza mejicana sobre la mesa.

—Si pagan siempre así, dijo, que vuelvan los que han estado aquí cuando quieran.

Y guardó la onza en un escondrijo debajo de la tarima.

II.

Pero hemos dejado á Cristóbal en el subterráneo de la quinta de Castell-d'oro, esperando á que el alcalde de Espinosa volviese con el juez de primera instancia.

Como nos lo ha dicho anteriormente el marqués, Cristóbal pensaba en dos mujeres.

En Clotilde, en Gabriela.

Alguna vez le pasaba por el pensamiento Isabel, la loca florista.

Cristóbal se aturdia mas y mas.

Y aunque fuese desinteresado, el oro aquel que tenia bajo sí le impresionaba, sin que pudiese darse razon de la causa.

De improviso sintió pasos.

—Muy pronto es, se dijo, para que sean ellos.

Y se puso de pié y preparó su escopeta.

Apareció un hombre á la puerta del subterráneo, que al ver á Cristóbal armado y preparado, se detuvo y se hizo atrás.

—¡Eh! ¿Quién va? dijo Cristóbal.

—No haga usted una barbaridad, amigo, dijo una vòz áspera: yo soy gente de paz.

—¿Quién es usted?

—Un hombre que huye. ¿A qué es ocultarlo? Yo te conozco, compadre... tú eres el guarda de campo Cristóbal.

—Yo soy. ¿Y tú quién eres?

Aquel hombre entró y se dejó ver.

Era Vicente el Lobo.

III.

—¡Ah! esclamó Cristóbal. ¿Pues no estabas tú en presidio?

—¡Calla! ¿Pues quién piensas que soy yo?

—Tú eres el Lobo, hijo mio.

—¿Y en qué me has conocido?

—En lo blanco de los ojos, y sobre todo, tonto, en la voz.

—Es verdad: yo no me oculto para tí: tú eres un buen hombre, Cristóbal.

—Sobre todo, soy un hombre que no quiere crímenes.

—Vamos, si quieres ser marqués, dijo Vicente, ayúdame.

—¡Marqués! ¿Por qué me dices eso?

—Porque te quiere una chica que puede ser marquesa.

—¿Sí?

—Ciertamente.

—¿Y quién es esa chica?

—Gabriela.

—¿Y cómo sabes tú que Gabriela me quiere?

—¡Tonto! ¿Pues no ha tenido Gabriela pleito con la marquesa viuda de Satorres?

—Es verdad.

—La marquesa viuda es muy amiga mia, y me ha hablado largamente y con muy mal humor de esa Gabriela; por eso sé que Gabriela te quiere. Pero tú no sabes ni sabrás nunca, si no me sacas de aquí, cómo Gabriela puede ser marquesa y grande de España.

—¡Imposible!

—¿Qué sabes tú?

—Gabriela es hija natural.

—Algo habrá cuando yo te lo digo; pero no te lo diré si no me pones fuera de aquí.

—Tú te pondrás, porque yo de aquí no me meneo.

—¡Ah! ¡sí! Estás guardando ese tesoro que busca tan inútilmente el marqués de Casa-Otero, mi buen amigo.

Y el Lobo fijaba una mirada ansiosa en los talegos que llenaban el arca.

—¡Qué tonto eres! añadió. Ese dinero podia ser tuyo.

—Déjame en paz, y véte, dijo Cristóbal.

—¿Y por dónde he de irme?

—Por ese otro agujero.

—¡Ah! ¿Esto es una mina?

—Sí, una mina que sale al monte.

—¿Y no quieres saber cómo Gabriela puede ser marquesa?

—Por supuesto que sí; pero tú me lo dirás otro dia.

—¿Dónde estaré yo otro dia?

—Yo te pagaré bien tu secreto si en efecto lo es.

—Convenido: me hace falta dinero: estoy sin un cuarto: hace mucho tiempo que todos los negocios me salen mal: yo haré que te avisen del lugar en que podemos vernos.

—Véte: estoy esperando á un juez de primera instancia.

—¡Tonto! ¡Para entregarle todo eso! En fin, tienes razon: yo no debo descuidarme. ¿Conque dices que por ahí se sale al campo?

—Sí.

—Entonces adios, y hasta la vista.

—Hasta la vista, Lobo.

Vicente salió.

Mientras habia estado delante de Cristóbal, este no habia perdido uno solo de los movimientos del bandido.

Vicente estaba desarmado.

Sin embargo, habia que temerlo todo de él.

Cristóbal, cuando hubo desaparecido, no se descuidó tampoco.

Quedó de pié, mirando atentamente la boca del agujero por donde Vicente se habia perdido.

IV.

Pasó así hora y media fatigoso.

Al fin se oyeron pasos de algunos hombres que se acercaban, y al fin apareció el alcalde, un señor vestido de negro, pero con capa y sombrero hongo, á la manera de los lugareños, otro de la misma facha, aunque un poco mas burdo, un poco mas asustado, y dos guardias civiles.

V.

Estos dos personajes vestidos de negro, con capas y sombreros hongos, eran el juez de primera instancia del distrito y su escribano.

Respiró Cristóbal como aquel á quien quitan de encima un enorme peso, al verse protegido por la autoridad y por la fuerza pública.

—Buenas noches, dijo el juez al entrar, como si hubiese entrado en una casa particular.

—Buenas noches, contestó Cristóbal, que conoció al juez por la cara y por el baston.

—¿Es usted el llamado Cristóbal Yañez? dijo el funcionario de la ley, que no quitaba ojo de los talegos que llenaban el cofre.

—Sí señor.

—¿Su profesion de usted?

—Guarda de campo antes en el distrito de Titulcia.

—¿Y ahora?

—Ahora soy de la casa de la escelentísima señora baronesa de Castell-d'oro.

—¿En qué calidad?

—Yo soy un servidor de confianza que no me llamo ni administrador ni mayordomo, porque soy mas que eso; en una palabra, señor juez, yo soy una especie de amigo de planta baja de la señora baronesa.

—Perfectamente: usted se ha amparado del señor alcalde, aquí presente, para venir á recoger unos caudales que se encontraban guardados aquí, y que en efecto se encuentran, dijo el juez, que seguia con la vista clavada en los talegos.

—Sí señor, contestó Cristóbal.

—¿Á qué suma asciende la cantidad guardada aquí? preguntó el juez.

—Se cree que á veinte millones de reales.

—¿Se cree?

—Sí señor, contestó con algo de impaciencia Cristóbal, que vió claro que el juez pretendia crear un embrollo que permitiese una accion judicial sobre aquel dinero.

—Es estraño, dijo el juez, que no se sepa á punto fijo la cantidad.

—Pero está perfectamente claro, dijo Cristóbal, que esta cantidad se encuentra dentro de una propiedad legítima de la escelentísima señora baronesa de Castell-d'oro.

—Yo no lo niego: yo supongo que cuando esta señora se llama la propietaria de esta quinta abandonada, tendrá sus títulos.

—Yo lo creo tambien.

—Y siendo esto así, ¿por qué se vale usted de la intervencion de la ley para recoger estos caudales?

El juez continuaba buscando el embrollo.

—Porque esta quinta abandonada, dijo Cristóbal, era guarida de bandidos, como lo prueba el haber capturado á algunos de ellos, despues de una tenaz resistencia, el señor alcalde. Así pues, yo estaba en peligro, y en peligro este dinero.

La respuesta de Cristóbal era perfectamente lógica, y estaba además justificada por los hechos.

—Esto no está bien claro todavía, dijo insistiendo el juez.

—Ni yo puedo aclarar nada, dijo Cristóbal: yo solo puedo decir que la señora baronesa de Castell-d'oro me ha enviado con este plano á recoger estas riquezas.

Y mostró el plano al juez.

—Lo demás, añadió Cristóbal, la señora baronesa lo dirá: yo me he amparado de la ley, en lo que creo no haber cometido ningun abuso.

—De ninguna manera, se apresuró á decir el juez.

—Yo doy sin embargo á usía las gracias por la proteccion que me ha dispensado.

—Es mi deber.

—Ahora solo me resta suplicar á usía se haga cargo de este dinero.

—Esto es un poco fastidioso, dijo el escribano, á quien no gustaba mucho contar un dinero que no habia de ser suyo.

—¿Y qué hemos de hacerle, don Facundo, qué hemos de hacerle? Para eso somos la justicia: nuestro tiempo no es nuestro; por lo mismo, y para acabar cuanto antes, procedamos á la operacion. ¡A ver, guardias! vayan ustedes sacando talegos y apartándolos á un lado.

Los guardias sacaron hasta sesenta y siete talegos: uno de ellos era menos abultado que los otros: otro en fin, como veremos, estaba vacío.

—Esa es la cuenta, dijo el escribano, que habia hecho con lápiz una operacion sobre la pared: cada uno de estos talegos debe contener mil onzas, otro doce mil duros; el vacío en fin hay que descontarle. Si esos talegos están completos, faltarán para los sesenta millones diez y seis mil duros.

—Contemos, dijo el juez: ese talego vacío nos viene bien: en él puede irse echando el dinero que se saque de otro, y así sucesivamente.

—Se nos va á pasar aquí la noche, dijo el escribano, porque yo no soy un gran contador; y este sitio es húmedo. Además, pasa por ese agujero un aire que hiela.

—¿Y qué le hemos de hacer, don Facundo? Nuestra vida tiene á cada paso de estos tragos. Figúrese usted que hemos ido al levantamiento de un cadáver en medio de la sierra, en medio de la noche y en medio del invierno.

—Que son tres medios bien estremos. En fin, adelante.

Y empezó el contar del dinero.

VI.

No duró aquella operacion menos de cuatro horas.

Al fin el escribano se levantó del suelo, donde se habia sentado poco antes, y sumando las partidas que habia anotado en un papel, dijo:

—Diez y nueve millones setecientos ochenta mil reales: faltan pues trescientos veinte mil reales para la cantidad confesada.

—En toda liquidacion, dijo Cristóbal, se cuentan como cantidades los recibos: hé aquí un recibo de la cantidad que falta, que yo he encontrado dentro del talego vacío.

Y dió al juez el papel que habia escrito María.

—¡Ah! esclamó el juez. Esto es una historia, ó por lo menos un incidente de una historia.

—Sí señor: una historia que yo no conozco.

—¿Y conoce usted á esta María que firma esta carta que tiene todo el valor de un recibo?

—Sí señor: esa señorita es prima hermana de la señora baronesa de Castell-d'oro.

—Lo que no la ha impedido robar á su prima.

—La palabra es algo fuerte, señor juez.

—Esa señorita confiesa que se ha llevado mil onzas y un cofre de alhajas en pedrería.

—Pero hay que tener en cuenta, señor juez, que esa señorita es una de las dos herederas de este caudal.

—Bien... yo ignoraba... pero resulta que esa señorita ha entrado aquí, en un lugar habitado por bandidos, antes que usted.

—Eso prueba que esa señorita habia sido secuestrada por bandidos; porque yo no he dicho, porque no venia á cuento, que yo ha-

bia venido aquí para algo mas que para recobrar este dinero: venia á salvar á la señorita María: por esto he pedido auxilio al señor alcalde.

—Pero resulta que esa señorita se ha salvado á sí misma, llevándose una razonable cantidad para el viaje. ¿Cómo ha podido ser esto, si efectivamente se encontraba en poder de bandidos?

El juez seguia buscando el embrollo.

—Cómo se haya libertado doña María, dijo Cristóbal, lo ignoro. Creo que he cumplido con mi deber autorizando todo esto con la presencia de la ley.

—Indudablemente, dijo el juez.

—Ahora, señor juez, si usía tiene la complacencia de darme un recibo de diez y nueve millones setecientos ochenta mil reales que usted conserva en depósito...

—Perfectamente, contestó el juez. Pronto una diligencia, don Facundo, en que conste la entrega que me ha hecho este señor de ese dinero, y con las circunstancias que me la ha hecho.

Don Facundo murmuró por lo bajo; pero estendió la diligencia, que hizo firmar como testigos á los dos guardias civiles y al alcalde, y dió una copia en forma á Cristóbal.

—¿Soy útil á usía para algo? dijo Cristóbal.

—Gracias, señor mio, gracias, contestó el juez. Ofrezca usted mis respetos á la señora baronesa de Castell-d'oro, y anúnciela usted para hoy mismo una visita mia.

—Con mucho gusto, señor juez. Y puesto que yo soy inútil aquí, con licencia de usía me retiro.

—Vaya usted con Dios, señor mio.

Cristóbal se dirigió á la salida.

—Espere usted, hombre, espere usted, dijo el alcalde: se va usted á romper el meollo. Además, es necesario que le escolten á usted hasta el pueblo: esos bandidos que han huido, pueden estar acechando.

—Como usted quiera, dijo Cristóbal.

Y salieron.

VII.

Cuando estuvieron al aire libre, el alcalde dijo:

—¡Lo que es el dinero, hombre! ¿No ha visto usted que el juez hacia cuanto podia por enredar un proceso?

—¡Ya! ¡ya! dijo Cristóbal. ¡El dinero y siempre el dinero!

—¡Diez y nueve millones y tantos cien mil reales! dijo el alcalde. Me parece que al juez le va á dar algo. Por supuesto va á tener necesidad de poner en su casa guardia de civiles mientras tenga en ella el dinero.

—¡Y esa pobre sola ó sabe Dios con quién por esos mundos de Dios! esclamó Cristóbal.

—¿Y es hermosa?

—Como un ángel de Dios, como usted no puede figurarse, señor alcalde.

—¿Y jóven?

—Diez y ocho años.

—Pues mire usted, amigo, una mujer hermosa, jóven, con diez y seis mil duros y un cofre de pedrería que sabe Dios lo que valdrá, va bien por todas partes.

—Mire usted, señor alcalde, yo estoy malo, cansado, helado, y necesito meterme cuanto antes en la cama. Á ver si me busca usted una escolta, porque no tengo gana de que se queden conmigo bribones.

VIII.

El alcalde llamó á cuatro guardias civiles á caballo, y Cristóbal montó en su jaco.

—Por supuesto, dijo el alcalde, que usted no va á ninguna parte mas que á mi casa.

—Acepto, señor alcalde.

—¡Pues no! dijo este. Usted es un buen sugeto, y muy simpático. ¡Á ver, Zanahoria! ven acá.

Acudió un paleto que tenia una vara larga en la mano.

Era el alguacil del ayuntamiento del pueblo.

—Echa un trote cochinero de los tuyos, dijo el alcalde, y di á la alcaldesa y á mi niña que no estén con cuidado, que yo estoy con el señor juez del distrito, que este señor llegará dentro de poco, que tengan listo el cuarto del huésped, y que le cuiden como si fuese yo mismo. Ya ves que tú tienes que llegar una hora antes.

—Por supuesto que ya lo sé, dijo sonriendo burlonamente Zanahoria.

—Pues ya estás trotando, dijo el alcalde.

El alguacil se volvió, se embozó en su capotillo, se encogió, estiró una zanca, luego la otra, y escapó como un rehilete.

—¡Ni el viento! dijo Cristóbal echándose á reir. Ese hombre vale toda la plata que pesa.

—Pues mire usted, no valdria entonces cinco duros, porque no he visto una persona mas sutil en todos los dias de mi vida.

El alcalde y Cristóbal se despidieron definitivamente, y el segundo se puso en marcha, escoltado por cuatro guardias civiles de caballería.

CAPITULO XV.

UNA HISTORIA DEBIDA AL SONAMBULISMO MAGNÉTICO.

I.

Todo esto que habia sucedido en el subterráneo de la quinta de Castell-d'oro, lo habia sabido María por medio de la doble vista magnética, sirviéndole de instrumento el marqués.

Habia llegado á una majada de pastores, ya muy dentro de la sierra, cerca del pueblo de Matillas.

María habia adquirido sobre aquellos rústicos una influencia maravillosa.

Á ninguno se le ocurrió pensar nada malo ni de María ni del marqués, á pesar de encontrarse en una situacion estraña, y de no saberse de dónde venian ni adónde iban.

—Este es un capricho mio y de mi hija, habia dicho el marqués inspirado por María: queremos estar algun tiempo en la sierra, viviendo como los pastores, vistiendo como ellos.

—¡Ah! Pues no es muy buena la vida, dijo un muchacho que miraba embobado á María.

—Pero á mí me gusta verlo todo, contestó esta. Además, hay algo aquí de penitencia.

—¡Vaya, señorita, dijo un pastor jóven, cuya mirada no se habia apartado de María, que no tiene su merced cara de ser pecadora!

—La penitencia siempre es buena, dijo María; si no por las faltas que no se han cometido, por las que se pueden cometer.

—Lo mismo dice el señor cura, esclamó un viejo pastor.

—¡Ya lo creo! Lo mismo que nosotros piensa vuestro párroco, dijo María. Pero para que la penitencia sea grata á Dios, es necesario que no se haga gala de ella. Además, nosotros queremos construir aquí una casa rodeada de un hermoso huerto para venirnos aquí los veranos: somos ricos, y podemos hacer mucho bien á los pobres.

—¡Viva! dijeron los pastores.

II.

María, para librarse de la estrañeza que debian causar y causaba su traje y los del marqués entre aquellas gentes que nunca habian salido de entre sus breñas, compró á las pastoras mas ricas algunos de sus mejores trajes, y de la misma manera se equipó el marqués.

Luego, como si hubiesen ido á dar una vuelta por los alrededores, se alejaron, dejando á los pastores ocupados en arreglarles una cabaña y en prepararles la comida.

III.

En cuanto de nadie pudieron ser vistos, María hizo sentir al marqués el sueño magnético.

El marqués cayó al pié de un haya.

María le interrogó, como hemos dicho, acerca de lo que habia sucedido en el subterráneo.

Cuando hubo concluido el interrogatorio, María le dijo:

—Resulta que ese juez tiene nuestra hacienda.

—Sí, dijo el marqués.

—¿Qué piensa el juez?

—Piensa en cómo podrá enredar una causa criminal sobre lo acontecido, á fin de esplotar algo; pero esto es estúpido: se quedará reducido á un mal deseo.

—Podrá sin embargo hacer que se le esplique nuestra historia.

—Esa historia tendrá que esplicarse para llegar á vuestra legitimidad.

—No, porque nuestra legitimidad aparecerá por una revelacion tuya.

—Sí, pero faltará la identidad de las personas.

—Nuestra semejanza...

—Eso no es una prueba.

—¿Y no hay medios para llegar á esa identidad?

—Sí, por medio de antiguos servidores de tu madre que no saben el secreto del matrimonio, pero que os conocen sí como hijas de Andrea.

—Es necesario probar todo eso.

—Se probará si tú quieres.

—¡Si yo quiero! ¿Pues no he de desear yo la honra de nuestra madre, y la posesion para nosotras de un nombre legítimo?

—Lo tendrás... El anciano cura que casó á vuestros padres vive todavía: le estoy viendo sentado al sol delante de una pequeña casa de campo: ya no hace frio en el lugar donde está ese buen eclesiástico, pero la ancianidad ha determinado un frio constante en sus huesos.

—¿Qué lugar es ese?

—Getafe. Hace diez y nueve años, una noche oscura, paró una silla de posta delante de la casa del cura de Getafe...

—Basta, dijo María: no quiero saber aún esa historia: tenemos bastante tiempo: importa mas, mucho mas, lo mas necesario: tú me has dicho en tu relato de lo que ha acontecido en el subterráneo de la quinta, que Cristóbal se ha encontrado allí con un terrible bandido.

—Sí, con Vicente el Lobo.

—¿Quién es ese hombre?

—Un emisario de Satanás: un espósito: le pusieron una noche desnudo en el átrio de la iglesia de Santa María, y á pesar de que estaba desnudo y de que hacia un frio horrible, no pereció: el diablo le guardaba para el mal: le recogieron, le llevaron á la casa de Espósitos, y de allí pasó al Hospicio, donde conociéndole la aficion á ser platero, le enseñaron el oficio: del oficio pasó muy pronto al arte, y antes de cumplir los diez y ocho años falsificaba admirablemente todas las medallas que le venian á las manos.

Esto, que en el Hospicio se llamaba imitacion, se le tomaba como una grande habilidad.

Inteligente y precoz, se guardó muy bien de demostrar que lo mismo que hacia el facsímile perfecto de una medalla podia hacer el facsímile perfecto de una moneda, esto es, una falsificacion.

No podia emanciparse del Hospicio sin ser preso, y sabia que seria perseguido.

Además, no se sentia con las alas bastante fuertes aún para volar.

Cumplió los veinte años doblegado bajo la disciplina y el trabajo del establecimiento, y entonces otra nueva disciplina fué á emanciparle: el servicio militar.

Como Vicente tenia bastantes alcances devengados por sus trabajos de platería, alcances de tres años que montaban á diez y ocho ó veinte mil reales, le propusieron la exencion del servicio, esto es, comprarle un hombre.

—Pero entendámonos, dijo Vicente: si yo pongo en mi lugar á un hombre para servir al rey, ¿continuaré en el Hospicio sin voluntad propia?

—Hombre, no, le respondieron: eso no puede ser: la suerte de soldado te emancipa.

—Bien; pero téngase entendido que en cuanto yo ponga un sustituto salgo del Hospicio, y con el dinero que me quede me establezco.

—Esto es muy justo, le dijeron.

Y en cuanto Vicente se hubo sustituido en el servicio, salió del establecimiento de beneficencia donde le habian educado, y donde en vano habian procurado hacerle hombre de bien.

IV.

El marqués se detuvo como fatigado por el trabajo que le costaba aquella revista retrospectiva, y despues de algunos momentos continuó:

—Vicente comprendió que no le convenia estar donde todos los de su arte le conocian y estaban envidiosos de él, y ya que no po-

dian llamarle de otra manera, para mortificarle le llamaban el hospiciante.

Necesitaba además para sus proyectos un gran centro.

En los grandes centros se vive, si se quiere, solitario en medio de la multitud.

Vicente se fué á Madrid; pero primero, para hacer perder la pista, se fué á Valencia, donde permaneció algunos dias.

De allí se puso en camino para el lugar de su definitiva residencia.

En cuanto llegó, se presentó al joyero mas rico y mas elegante de la córte.

Iba convenientemente vestido, y podia pasar muy bien por un comprador.

Pidió algunas alhajas y las examinó.

—Esto está bien, dijo con esa impertinencia que se permiten todos los conocedores, pero podia estar mucho mejor.

—No sé quién podria cincelar mejor que como esas joyas están cinceladas; y por otra parte, la forma no puede ser mas elegante ni de mas gusto, dijo picado el joyero.

—Esto está bien hecho, repito, pero huele á rancio: así se trabajaba en los tiempos del rey aquel que rabió.

—Pues preséntenme usted otra cosa mejor, dijo el joyero, ya completamente atufado.

Vicente sacó dos estuches y los abrió.

El uno contenia una sortija; el otro un medallon.

El joyero abrió los ojos de á palmo, y se asombró.

—¿Quién ha hecho esto? dijo.

—Un servidor de usted, contestó con arrogancia Vicente.

—¿Usted? esclamó el joyero.

—Sí señor, yo.

—¿Y podria usted hacer esto mismo en mi casa?

—Sí señor, si se me paga bien; y eso es lo que deseo, emplearme en mi arte.

Vicente fué recibido á prueba, é inmediatamente definitivamente admitido; y no así como se quiera, sino como capataz de los trabajos y con un crecido sueldo.

V.

La historia de Vicente el Lobo, María, añadió el marqués, es una sucesion de horrendos crímenes.

En los primeros tiempos de su existencia en la casa del joyero, al frente de los trabajos, fué un hombre de fidelidad, de buen carácter, de buenas costumbres, de interés por los negocios de su principal.

La tienda de don Raimundo, que así se llamaba el joyero, se puso de moda.

Ninguna dama se tenia por elegante y dotada de buen gusto, que no se proveyese de joyas en su casa.

Las ganancias eran magníficas.

Todo esto se debia á Vicente.

Él dibujaba los modelos, él dirigia con un cuidado incesante los trabajos, él habia sido un escelente, un inmejorable maestro para los oficiales.

Al mismo tiempo él se habia dedicado al estudio del grabado sobre acero y del grabado en hueco.

Cuando le preguntaban que para qué hacia aquellos estudios, decia:

—El saber no pesa... cuanto mas se sabe mejor.

VI.

Don Raimundo tenia una hija que no era ni hermosa ni jóven.

Habia cumplido ya sus treinta y cinco años, y era agradable y simpática.

Sobre todo tenia un corazon escelente.

Sencilla y cándida, nadie habia llegado á interesarla, aunque la habian solicitado muchos porque era rica.

Don Raimundo la habia dado parte de cada una de estas pretensiones; pero Catalina habia respondido siempre:

—Papá, tú eres ya viejo: mi pobre madre te dejó muy pronto: no tienes á nadie mas que á mí.

—Y te seguiré teniendo aunque te cases.

—Sí; pero el cuidado de mi marido y de mis hijos no me permitirán cuidarte como ahora.

Don Raimundo besaba á Catalina, la bendecia, y deshauciaba al enamorado.

VII.

Vicente el Lobo, antes de ser acuchillado, antes de que los vicios y los desórdenes destruyesen la tersura de su piel y la tiñesen de un color negro, antes de que una erisipela maligna acabara la obra de destruccion de su semblante, antes de que el crímen estereotipase en su mirada y en lo estraño de su boca su marca terrible, era hermoso, delicado, tentador.

Catalina se conmovió al verle, y al poco tiempo se enamoró perdidamente de él; y tanto mas, cuanto que Vicente, que á pesar de su juventud tenia una esperiencia precoz, la trataba con una indiferencia respetuosa, con una atencion estrema, sí, pero que no pasaba de los límites de la cortesanía.

Al fin Vicente se fué suavizando, y por último existian entre los dos unos amores serios, delirantes de parte de Catalina, de parte de Vicente fingidos, pero con una tal perfeccion, que la pobre Catalina se creia la mujer mas feliz de la tierra.

Sin embargo, nada dijo Catalina á su padre.

Nada le indicó Vicente.

Al cabo no pudo menos de reparar en que su hija y Vicente se amaban.

Se fué derecho al negocio.

—Es necesario que esto se acabe, dijo: vosotros sufrís, hijos mios, y es necesario que no sufrais mas: es necesario que os caseis.

Catalina se colgó del cuello de su padre.

—Yo no me habia atrevido á decirte nada, papá, le dijo; pero yo me estaba muriendo.

Un mes despues se habian casado.

VIII.

Catalina no tenia otra voluntad que la de Vicente.

Se habia adherido á él de tal manera, que podia decirse que era parte de su ser.

Vicente empezó la monstruosa tarea de la perversion de esta desgraciada.

Lentamente la fué preparando al crímen, envenenando su alma, ennegreciéndola.

Sin embargo, don Raimundo no era por esto menos cuidado; por el contrario, habian redoblado las solicitudes de Catalina.

El buen joyero era fuerte como un roble, y amenazaba con vivir lo menos veinte años.

Esto era insoportable, porque don Raimundo era mezquino, apegado á sus talegas tanto como á su hija, y no habia medio de hacerle aflojar la bolsa.

Todos los gastos pasaban por su mano, todo lo inspeccionaba, y decia continuamente:

—Cuando yo me casé no era ni mas ni menos que un buen cincelador; y para establecerme primero, y despues para llegar á ser rico, me he visto obligado, no solo á trabajar mucho, sino tambien á mantenerme en una severa economía: los gastos inútiles arruinan sordamente, pero no se les nota; y uno de aquí, y dos de allí, y cuatro de esotra parte, forman al fin una suma respetable. Una vez sentada la costumbre del desórden, esta crece; no se priva de nada, y no se puede llegar á la riqueza. Yo puedo llamarme millonario: cualquiera diria que yo podria permitirme cuatro escesos; pero es necesario contenerse, porque una vez en el principio de la pendiente, no nos podemos contener ya; resbalamos, seguimos resbalando, y no sabemos hasta el fondo de qué abismo podemos ir á parar. El que no es económico no es trabajador; malgasta su tiempo de la misma manera que malgasta su dinero. Mientras yo viva no hay cuidado, porque yo no olvidaré nunca la máxima de que con un trabajo asíduo y constante y una prudente economía, no solo se mantiene, sino que se aumenta el capital. Cuando yo muera debeis observar esta mis-

ma máxima; porque aunque yo os dejase ricos, ¿quién sabe cuántas vicisitudes pueden sobrevenir, cuántos hijos, cuántas obligaciones? Hay que pensar además en los nietos. Un capital, por grande que sea, si se subdivide mucho desaparece, y yo no quiero que mis nietos y mis biznietos sean menos ricos que yo. La educacion de los hijos, el ejemplo de los padres, pueden hacer milagros. Dios, al darnos una familia, nos da grandes deberes, y es necesario que nos sacrifiquemos por los que vendrán, por los que se quedarán sobre la tierra cuando esta nos haya sepultado.

Y esto mismo era cosa de todos los dias.

No habia que contar mas que con cuatro ó cinco trajes por año para Catalina, otros tantos para Vicente, seis veces al teatro, una mesa buena y bastante, pero sin ningun esceso, y un régimen siempre uniforme.

Salia de la cama á las ocho de la mañana y acostábase á las once de la noche, despues de haberse rezado el rosario.

Este sistema, que habia sido magnífico para Catalina antes de conocer al demonio que debia perderla, al poco tiempo de ser su mujer se le hizo insoportable, no por ella, sino por Vicente.

Este, que se mostraba cariñoso y solícito con don Raimundo, cuando se retiraba á la noche con su mujer para recogerse, dejaba ver un disgusto sombrío.

—¿Qué tienes? le preguntaba anhelante Catalina.

—Me aburro, me fastidio, me muero, contestaba Vicente. Tu padre es insoportable: nos considera ni mas ni menos que como si fuésemos menores de edad. En fin, bien, paciencia, ¿qué hemos de hacerle?

Y á renglon seguido se mostraba con Catalina apasionado hasta el delirio.

Esta queja continua de un hombre á quien adoraba, de un hombre que la embriagaba, empezó á crear en Catalina para con su padre, primero disgusto, luego odio, al fin le aborrecia de muerte.

IX.

—¡Oh! esclamó María. Esa mujer nunca habia amado á su padre.

—Catalina habia enloquecido.

—Pero los proyectos de ese miserable eran monstruosos.

—Necesitaba desembarazarse del viejo sin que su mujer pudiese nunca hacerle cargo de ello.

Necesitó que el asesinato del anciano brotase por sí solo en la pervertida imaginacion de Catalina; que el parricidio fuese consumado por ella.

X.

—¿Y se consumó el parricidio? esclamó estremeciéndose María.

—Sí. Vicente el Lobo tenia una aliada terrible: una hermosísima valenciana, una jóven que á los diez y ocho años guardaba ya en el corazon cuantas perversidades pueden degradar á una criatura; y sin embargo, parecia un ángel.

Voy á describírtela si puedo, María.

La tengo delante, viva, palpitante, sonriente, anegando en el flúido irresistible de su mirada á Vicente el Lobo.

Este miserable, que no habia amado nunca, amaba al fin; pero amaba á un sér terrible enteramente semejante á él: á Josefa Sanchez, su criada: á la mujer tras la cual se iban las gentes en la calle.

XI.

Y el marqués describió minuciosamente y con todo el entusiasmo de la voluptuosidad á María, la terrible valenciana que ya hemos descrito á nuestros lectores.

Luego continuó:

—Catalina no sospechaba de Josefa.

La habia sido muy recomendada, y la tenia como una escelente criatura.

Josefa habia nacido para engañar.

Su perversidad estaba oculta bajo su dulzura, bajo su docilidad, bajo su pureza escesiva.

Y todo esto parecia natural, emanado del alma.

La secatura y la misantropía de Vicente fueron creciendo.

Al fin Catalina no pudo resistir mas el estado terrible en que se habia puesto su marido.

Las quejas eran continuas, y habian llegado á hacerse amenazadoras.

—Yo no puedo continuar así, habia dicho al fin: es necesario que esto concluya, y concluirá.

—¿Que concluirá? habia esclamado asustada Catalina.

—Sí.

—¿Y cómo?

—Saliendo yo de una casa que es para mí la sepultura de un vivo, y de la cual me sacarán muy pronto para meterme en otra sepultura mas estrecha.

—Pero ¿por qué?

—Yo no puedo sufrir la tiranía y la miseria de tu padre.

—Yo procuraré...

—Será inútil: no harás otra cosa que irritarle.

—Probaré sin embargo.

XII.

Catalina probó.

Pidió á su padre dinero.

—¿Y para qué? le dijo este.

—Vivimos con cierta estrechez, dijo Catalina.

—¿Estrechez? esclamó asombrado el viejo. Siempre hemos vivido así, y esta vida te ha parecido muy bien; yo creo que nada nos falta.

—Somos muy ricos, y no vivimos con arreglo á nuestra fortuna.

—¡Ah! Tú quieres que yo ponga casa.

—Creo que bien podemos, papá.

—Que quememos estos escelentes muebles, usados por tu madre y por tus abuelos, y que los sustituyamos con otros peores que costarán un dineral.

—Pero que estarán á la moda.

—Yo no te conozco, Catalina.

—Nosotros, papá, dijo ella, hemos podido vivir á nuestro gusto cuando hemos estado solos.

—¡Ah! ¡ya! Ese señor encuentra nuestra mesa pobre, nuestro mueblaje viejo y feo: nuestra sencillez es para él la miseria... Perfectamente.

—¡Papá! dijo Catalina disimulando mal su irritacion: no tenemos derecho á martirizar á una persona que nos ama.

—Pues juro á Dios, dijo el joyero, que no se ha de decir que martirizo á nadie. Podeis iros á levantar casa: yo te daré tu dote: podeis desordenaros cuanto querais; pero yo no autorizaré en mi casa desórdenes.

XIII.

Catalina se aterró.

Se habia revelado de improviso en don Raimundo un carácter que ella no habia conocido en él; una firmeza y un egoismo á toda prueba, envueltos en una avaricia sórdida.

Catalina comprendió que su padre no amaba á la manera que ella habia creido; que antes que á ella amaba el dinero.

Esto la irritó de una manera terrible; esto la predispuso mas y mas á una idea que, desconocida aún, germinaba en el fondo de su alma.

Vicente por su parte crecia á cada momento en mal humor.

El viejo, irritado contra él, no disimulaba su irritacion.

—Es necesario que arreglemos algo, decia á cada paso.

Y no salia de aquí.

Un dia Vicente le dijo:

—¿Y qué es lo que tenemos que arreglar, padre?

—Nuestras cuentas.

—¿Nuestras cuentas? esclamó con asombro Vicente, que continuaba tratando con una perfecta hipocresía al viejo.

—Nuestras cuentas, sí señor, contestó don Raimundo. Tú has guardado algunos miles de duros mientras estás en casa.

—¡Mientras estoy en casa! ¡Qué manera de decir! ¡No parece sino que se dirige usted á un dependiente!

—Cuando se trata de cuentas...

—Pero ¿qué cuentas pueden existir entre nosotros?

—Nada, nada, dijo con irritacion el viejo: es necesario que esto concluya. A mí no me pone nadie la ley: á mí no me saca nadie de mis costumbres: á mí nadie me obligará á hacer lo que pudiera hacer creer á mis amigos, á mis conocimientos, que me habia vuelto loco.

—¡Pero padre!

—Nada, nada: yo no derrocharé en un lujo innecesario, en un lujo insensato, lo que me ha costado tanto trabajo adquirir: yo no viviré mas junto á personas que han renegado de mí, y que solo desean mi muerte para heredarme.

XIV.

Vicente se alarmó.

El instinto del viejo le hacia ver claro.

Era necesario confiarle.

Tanto trabajaron Catalina y Vicente, que al fin el viejo creyó que se habia equivocado, y volvió á aparecer tranquilo.

XV.

Pero era necesario concluir.

Vicente, cariñoso y afable con don Raimundo, se mostraba cada dia mas agrio, mas intratable, mas disgustado con Catalina; y cuando ella se quejaba, la decia:

—Tú tienes la culpa: tú no has sabido manejar á tu padre: esta es una esclavitud insoportable.

Catalina se afligia.

Creia á su marido, del cual habia hecho un amante á punto de abandonarla.

Pepa se habia insinuado de tal manera en el ánimo de Catalina, que podia decirse que la dominaba, pero siempre por medio de la dulzura y de las pruebas mas indudables de un profundo afecto.

Catalina buscaba consuelo en Pepa.

Entre Pepa y Vicente existian secretos desconocidos de todo el mundo: unos grandes amores.

Vicente instruia á Pepa, que necesitaba muy poco para aprender.

Las insidiosas murmuraciones de Pepa fueron al fin elaborando el crímen en el corazon de Catalina.

Por último, aquella enemiga infame dió por resultado una monstruosidad.

Don Raimundo empezó á enlanguidecer, á perder el estómago.

Su postracion á los dos meses era completa.

Un mes despues habia muerto.

XVI.

¿Quién habia buscado aquella terrible pócima que habia matado poco á poco al viejo?

Vicente.

¿Quién la habia dado á Catalina?

Pepa.

Catalina pues ignoraba que Vicente conocia su crímen.

Por nada del mundo hubiese ella querido que Vicente la hubiera considerado como envenenadora de su padre.

Vicente disimuló.

Vicente lloró mucho cuando murió don Raimundo.

Catalina, aterrada por la enormidad de su crímen, segun ella creia, habia enfermado antes de que muriera su padre.

Pepa se habia encargado de esta expiacion; pero Catalina era mas jóven y mas fuerte, y resistió mucho mas: resistió un año.

La muerte habia tomado para don Raimundo la forma del enlanguidecimiento: para Catalina tomó la forma de un terror.

Esta ni aun siquiera sospechó que habia sido envenenada, como no sospechó que habia sido envenenado don Raimundo.

Este, engañado por la solicitud con que le habia cuidado su hija, la habia bendecido al morir, la habia revelado un lugar donde estaba enterrada una inmensa cantidad de oro.

Catalina, adorada en la apariencia por su marido, cuando sospe-

chó que podria morir otorgó en su favor su testamento, instituyéndole su heredero universal.

Desde aquel punto, la tísis de Catalina fué haciéndose mas aguda.

Al fin terminó aquello.

Vicente se encontró viudo.

XVII.

Ni aun tuvo la hipocresía del pudor.

Se redujo simplemente á vestirse de luto, y á vestir de luto riguroso á Pepa.

Esta hacia ya algun tiempo habia dejado de ser criada.

Habia salido de la casa, cuando ya su presencia en ella era inútil, y esta desgracia habia amargado los últimos tiempos de la dolencia de Catalina.

Pepa se habia convertido en una dama, en un agente que de dia en dia iba reanudando sus relaciones, en una especie de vampiro social, en una sirena que atraia á todo el mundo á quien podia esplotar para enriquecerse.

XVIII.

Vicente empezó por cerrar el taller y por poner en la calle á los oficiales.

Despues realizó, y dejó la profesion de joyero.

Hizo su liquidacion y se encontró con seis millones de reales; pero seis millones de capital no satisfacian á Vicente: acaso no le hubieran satisfecho ni aun veinte.

Las fortunas fabulosas de esos banqueros que llegan á los miles de millones por medio de continuas operaciones á todo trance, pasando constantemente al lado de la quiebra y sin que nadie lo conozca, le irritaban: él queria ser uno de esos reyes del cambio.

Tenia una magnífica aliada, á lo que él creia, en Pepa.

La adoraba.

Ella le adoraba á él, pero adoraba mas el dinero.

Él tambien adoraba el dinero mas que á Pepa.

Era esta la perfecta alianza de dos miserables; pero el lobo obraba de buena fé respecto á la pantera con piel de oveja.

XIX.

Pepa, hermosísima, acompañada de su falsa tia, completamente presentable, completamente aceptable, provista de una falsa historia, se llamaba en el buen mundo la señorita de Sanchez, ó la Diosa.

Nadie conocia sus relaciones con Vicente el Lobo.

Nadie podia verlos jamás juntos, y sin embargo pasaban juntos la mayor parte de su tiempo.

La señorita de Sanchez pasaba por rica y por inteligente, es decir, por una especie de mujer de negocios que sabia hacer crecer su capital.

Toda la gente de banca que podia casarse creia hacer con Pepa un doble ó un triple negocio.

Estos tres negocios estaban representados por tres capitales.

Una hermosura escepcional.

Un capital que se creia enorme.

Una inteligencia continua para los negocios.

Pepa pues era un partido para todos los hombres positivos.

XX.

Pero Pepa, que resistia á las pretensiones de todos estos vampiros sedientos de oro que no veian en ella de una parte mas que un admirable agente y de otra un admirable objeto de voluptuosidad permanente; Pepa, que engañaba á todo el mundo; Pepa, que á todo el mundo utilizaba, utilizaba y engañaba tambien á Vicente el Lobo, porque ya te lo he dicho, ó mas bien te lo ha dicho el espíritu misterioso que me inspira: Pepa, antes que á todo, amaba al dinero, porque el dinero es el medio para llegar á todo; el dinero es omnipotente: una criatura inmensamente rica es todo lo que se puede ser.

La humanidad entera se conmueve ante esos hombres que han realizado una fortuna maravillosa, inmueble, fabulosa; una fortuna

ante la cual la filosofía y la moral espantada ven revolverse en un misterio que nadie pretende esclarecer, el crímen; una de esas fortunas que hacen de un hombre un dios por la miserable influencia del materialismo, el becerro de oro, el ídolo de Baal, lo que nada vale para los levantados de espíritu, los que cambian todo un mundo de sensaciones materiales por el goce de un solo instante de sentimiento puro.

Pero el mundo de hoy no comprende esto. Oro, oro y siempre oro: esta es la enseña.

Y el oro ahoga á la humanidad existente.

El oro la ensangrienta.

El oro la azota.

El oro la crucifica.

El oro la desuella, la corrompe, la reduce á polvo asqueroso.

La idolatría del oro ha matado todas las creencias; y matándolas, ha matado la dignidad humana.

El oro hoy no solo es el rey del mundo, sino su dios, su razon, su conciencia.

En el momento en que escribimos está delante aún de su ostentoso panteon del padre Lachaisse, el cadáver del opulento Rostchild.

Aparte de todas las preeminencias de genio y de virtud que pueda haber tenido este soberano de la banca, nosotros no nos atenemos mas que al inmenso homenaje rendido á su riqueza por la Atenas moderna: emperadores, reyes, nobles, banqueros, sabios, poetas, artistas, todos á pié y con la cabeza descubierta, han seguido en un inmenso séquito el cadáver del banquero judío, que ha mirado con desden á soberanos á quienes estaba acostumbrado á sacar de apuros.

El era buen hombre, él tenia un gran corazon, él consolaba todas las desgracias que conocia, y que podia consolar con oro; él era sencillo, modesto, inteligente y probo.

Sin embargo, esa inmensa multitud de reyes, representacion de clases respetuosas, ¿ha rendido homenaje á la virtud?

¿Querreis decirme si todo ese mundo brillante, si todo ese mundo poderoso, si todo ese mundo sabio, se hubiera apiñado, se hubiera

comprimido, se hubiera mezclado, fundiéndose en un mismo pensamiento, detrás del ataud de un pobre que hubiera perecido salvando á un compañero suyo?

La virtud es igual.

No se la mide por el volúmen, sino por la esencia.

El pobre que no tenia mas capital que su vida; el pobre que con aquel único capital, que pertenecia esclusivamente á su familia desvalida, lo ha jugado entero por la caridad, y ha perecido en un incendio por salvar á sus semejantes, por arrancar de la muerte á un suicida, este espíritu noble y generoso es todo lo grande que puede ser, es todo lo cristiano que puede ser, es la virtud desinteresada. Sin embargo, los emperadores, los reyes, los soldados, los sabios, los artistas, los obreros, la sociedad entera en fin, no se ha estrechado, no se ha codeado, no se han pisado, no se han confundido detrás del ataud del mártir pobre, no le ha esperado una tumba ostentosa, no han levantado un coro de elogios los periodistas de todos los colores; cuando mas, se ha puesto una noticia fria en tres líneas: una familia ha quedado sin apoyo, sometida á no sabemos cuántas miserias, á no sabemos cuántas contrariedades.

Y sin embargo, el pobre que ha dado por la humanidad todo cuanto tenia, esto es, su vida, su vida que era el pan de su familia, ha dado incomparablemente mas que el opulento Cresso, que ha consagrado á la humanidad el uno por mil ó el uno por millon de su inmensa fortuna.

No: en Rostchild no se ha rendido homenaje á la virtud, por mas que la tuviera: Rostchild, pobre, hubiera ido solo á la tumba y á la fosa comun, seguido cuando mas de sus hijos y de algun amigo: el inmenso cortejo que seguia al banquero sentia, no la ¡espresion del sentimiento, sino la embriaguez del oro.

Para un pensador, todo en el mundo artificial es muy pequeño.

Es para el que siente mucho mas grande, mucho mas conmovedor el perro flaco del pobre que sigue su cadáver hasta el cementerio, á cuya puerta le detienen, y en cuya puerta se queja desesperado.

Ese pobre animal representa dos grandes sentimientos: el dolor y la lealtad.

Lo otro, esa inmensa comparsa de personas indiferentes, no representa mas que el materialismo repugnante, que es la tísis mortal de nuestro tiempo.

Pero la falsedad es indescribible.

El que se alimenta de ponzoña morirá emponzoñado.

XXI.

En esta época de contradicciones, de deseos, de incertidumbre, de marasmo, de desórden, sobre este camino por el que se adelanta rápidamente hácia lo desconocido, todo toma la forma de nuestro tiempo, todo se inficiona de la atmósfera que respiramos.

La filosofía creyente, espirante ya, lucha con la filosofía escéptica, herida de muerte, y la poesía, y el arte, y la novela, y el drama, participan de su horror aún, y se apartan de su camino para perderse en el campo estéril é inútil de la jeremiada.

La creencia es atleta que lucha hasta en su agonía.

La creencia es mártir, y espera el martirio.

La creencia aparece en todas las formas y en todas las situaciones, y se levanta indignada, aunque sabe que se levanta para ser escarnecida, contra todo lo repugnante, contra todo lo deletéreo.

XXII.

Pepa era un individuo brillante de la generacion nueva.

Todo despues de la avaricia y de la soberbia, esto es, todo despues del oro.

Amaba á Vicente, mejor dicho, encontraba en Vicente el aumento de su materialismo; pero esplotaba á Vicente, le comprometia, le robaba.

Ella se habia hecho magníficas relaciones en todas las altas esferas sociales.

Nadie sabia que habia estado colocada en una situacion servil.

Ya te he dicho que se habia provisto de una tia y de una historia.

En la casa de Vicente no se la habia visto.

Habia sido en ella una figura siniestra oculta en la sombra del hogar.

XXIII.

Pepa conocia todos esos secretos del gobierno que hacen la fortuna de los que los conocen por medio del alza y baja de la Bolsa.

Pepa manejaba los capitales de Vicente, que la reconocia superior á él en inteligencia, y que engañado por su vanidad, la creia completamente unida á él.

Las operaciones en que Pepa metia á Vicente eran grandemente ruinosas.

Vicente perdia y Pepa ganaba.

Vicente no sospechaba, no ha sospechado, no sospechará

Pepa es completamente superior á él.

Pepa es una inmensa millonaria anónima.

Pepa ha esplotado todos los crímenes.

Ha sacado jugo de todas las materias esprimibles, por ingratas que hayan sido.

Pepa ha esplotado el inmenso capital positivo de su hermosura, de su inteligencia satánica, de sus invencibles medios de seduccion.

XXIV.

Pepa redujo á la miseria á Vicente, y le abandonó; pero este abandono no fué aparente.

Ella se fingió arruinada tambien, impotente como su amante.

Entonces le dijo:

—Es necesario empezar de nuevo: es necesario reconquistar palmo á palmo el terreno perdido; es necesario luchar.

Pepa habia sucumbido á las apariencias de la miseria de miedo á Vicente.

Podia haberse librado de él; pero le amaba: no se hubiese consolado de su pérdida: no hubiese encontrado otro hombre mas en armonía con ella.

Si se hubiese aliado de buena fé con él, si hubiese acumulado su

fortuna, si se la hubiese presentado, hubiera ocupado junto á él una posicion de esclava.

Pepa queria ser déspota.

Habia devorado á Vicente el Lobo; pero le conservaba porque no podria vivir sin él: le conservaba sujeto á su inteligencia satánica.

XXV.

Pepa conoció á otro hombre terrible.

Gabriel.

Este Gabriel era un hombre que nada habia perdonado para llegar á una fortuna.

Conoció á Pepa aparentemente pobre, abandonada de todos sus adoradores.

Pepa acogió las apasionadas pretensiones de este hombre; pero él la dijo:

—Ayúdame: trasfórmate: necesitamos apoderarnos de una gran fortuna. Despues, cuando la hayamos obtenido, nos casaremos: yo no puedo casarme ahora: echaria á perder un magnífico negocio: tengo una pupila, y es necesario desheredarla.

XXVI.

Pepa volvió á ser criada.

Una huérfana fué robada.

Pepa fué esposa, sin dejar de ser la amante de Vicente.

Poco despues Pepa fué viuda.

Ella representó la expiacion de un crímen.

Despues Pepa conoció á un Andrés Casares, que como todos, contrajo por Pepa una pasion violenta é irreflexiva.

Tú conoces algo acerca de ese Casares.

Él estuvo mezclado á la historia de tu familia: él ha perecido envuelto en uno de los accidentes de su ambicion.

Su catástrofe, por la intervencion casual de un cualquiera, de un pobre diablo en una circunstancia decisiva, ha producido el primer mal paso en que se han visto Vicente y Pepa.

Ellos y sus cómplices fueron arrastrados al presidio y á la prision perpetua.

El cualquiera que produjo esta situacion es Cristóbal, á quien conoces, el protector de tu hermana, tu protector: un hombre de bien cansado de echarse al fuego por vosotras; pero Vicente el Lobo le ha conocido y le ha tendido un lazo.

XXVII.

—¿Y con qué objeto? preguntó con interés María.

—En primer lugar, Vicente puede hacer de él una buena prenda: está completamente arruinado, porque Pepa le abandona siempre á su miseria para disponer de él.

—¿Y qué pretende?

—Apresarlo, secuestrarlo, y pedir por su rescate una inmensa cantidad á Alfonsina y á Clotilde, que la entregarán; despues se repetirán las amenazas, no solamente contra él, sino contra Clotilde, contra la misma Alfonsina; despues, cuando se haya esprimido todo lo que se puede esprimir, vendrá la venganza contra Cristóbal, contra Alfonsina, contra Clotilde, esto es, el esterminio por el puñal ó por el veneno.

¿Te olvidas de que Vicente tiene el sobrenombre de Lobo?

Él ha pasado por todos los crímenes, por todas las falsificaciones, por todas las degradaciones.

Él es terrible.

Él solo ha bastado, aunque preso é impotente, para procurarse su evasion del presidio, y para procurar despues la evasion de Pepa y de sus cómplices.

Él es ahorá el jefe de una terrible banda de ladrones y asesinos.

—Yo destruiré á ese hombre, dijo María: yo salvaré á mi familia, muerta en su honor; á mi familia, viva en su porvenir.

—¿Y te sacrificarás tú?

—¿Y qué importo yo? Yo seré la víctima expiatoria de una raza maldita.

—¡Maldita!

—Sí. ¿Crees tú que al heredar yo este terrible poder de mi pa-

dre, que yo desconocia hasta ahora en mí, no he heredado tambien su maldicion? Juan, no se obtiene la posesion de una maldicion como la de mi familia sino por el martirio: yo seré martir, pero no, no puedo serlo. ¿Qué tengo que sacrificar yo?

—Tu amor.

—¿Mi amor?

—Sí: ese que sientes con toda la intensidad de tu imaginacion volcánica: ese amor que es tu vida, tu alma.

—Mi vida tal vez, mi alma no, contestó María.

—¿No te se ocurre saber lo que hace, lo que dice, lo que piensa en este momento el hombre á quien adoras, tu Luis, tu sueño?

María gimió.

—Pues bien, sí, dijo; quiero saberlo. Búscale: obedéceme.

—Hace mucho tiempo que me obligas á trabajar, María, y estoy fatigado: mis nervios se resienten, están próximos á estallar: déjame que repose.

—Pues bien, dijo María; duerme.

El marqués se durmió profundamente.

María permaneció sentada á su lado, abismada en una dulce meditacion.

CAPITULO XVI.

EN QUE SIGUEN LAS AVENTURAS DE MARÍA.

I.

María dejó descansar al marqués hasta el medio dia.

Entonces oyó una campana que tocaba á Ave Marías.

Estaban pues cerca de un pueblo.

María necesitaba de un descanso serio.

Despertó al marqués.

—Levántate, dijo, y vamos en busca de la poblacion donde suena esa campana.

—Yo estoy rendido, dijo el marqués: yo no puedo tirar ya del enorme peso de este oro, que es necesario depositarlo en alguna parte. Tú me has podido prestar por algun tiempo un esceso de fuerza; pero nada se hace sino á costa de un desquilibrio, y yo me encuentro ahora estenuado de fatiga: ha sobrevenido la reaccion.

—Estamos en un lugar escabroso. Busca un sitio en donde podamos depositar con seguridad el oro que con estas alhajas yo quiero poseer con buen objeto.

—Siguiendo esta cañada, puede ser que encontremos un lugar á propósito. Ponme sonámbulo, ilumíname.

María miró profundamente al marqués, y este cayó de nuevo en estado de sonambulismo.

—¿Ves algo? le preguntó María.

—Sí: al fondo de la cañada empieza la áspera y pedruscosa vertiente de un monte.

—¿Y en ese monte hay algun lugar á propósito?

—Sí: cerca de la cumbre hay una cueva oculta entre las rocas, una cueva donde jamás ha entrado persona, porque es inaccesible; solo una cabra pudiera llegar allí.

—Una cabra ó un sonámbulo, dijo María: tú llegarás: marchemos.

II.

Marcharon.

Á la media hora de marcha llegaron al flanco roqueño de una montaña.

Todo en ella era tajado y asperísimo.

Sin embargo, estrechos senderos coronaban aquellas escarpaduras: senderos sin duda de cabras.

—Sube, dijo María; pero no: antes dame algun oro.

El marqués dió unas doscientas onzas á María.

—Toma el cofrecillo de las alhajas, dijo la jóven: ahora marcha, deposita en lugar seguro todo eso.

El marqués empezó á trepar rápidamente y con la misma facilidad con que hubiera adelantado por un terreno llano.

Muy pronto estuvo á una grande altura.

María le veia saltar de una roca á la otra como hubiera podido saltar un gamo.

Todos sabemos que el sér humano, en estado de sonambulismo, salva todos los obstáculos.

Los ejemplos de sonambulismo natural son conocidos de todo el mundo.

Se han visto y se ven personas que se levantan de noche, sonámbulos, casi desnudos, y salen al aire libre bajo un frio intenso y salvan obstáculos insuperables.

Luego no se acuerdan de lo que han hecho.

Pero jamás se precipitan, jamás caen.

Tienen una lucidez y una seguridad y una agilidad maravillosas.

María le veia saltar de una roca á la otra como hubiera podido saltar un gamo.

Se les ha visto pasar sin vacilar por esos troncos de árbol tendidos de la una á la otra parte de un barranco por donde solo pasan las cabras, por los cuales no pueden pasar ni el pastor, ni el lobo, ni el perro, y aun muchas veces por la entrada única de un sendero asperísimo tajado por todas partes.

No se conoce la razon de este fenómeno, como no se conocen ninguna de las razones de los fenómenos del magnetismo.

III.

El marqués salvó de una manera segura, sin alterarse, todos los obstáculos que encontró ante sí, y que para él entonces no lo eran.

En la base del cono truncado que formaba la cumbre de la montaña encontró una ancha grieta, que era la entrada de una gruta, que se ensanchaba majestuosa y magnífica despues de la entrada.

La montaña tenia sus alcázares.

Esta gruta, con su caprichosa techumbre de estalactitas, era una especie de magnífico salon regio del gusto oriental.

Parecia que se estaba dentro de un rudo pero magnífico remedo de la sala de las Dos Hermanas del alcázar de la Alhambra.

IV.

En esta gruta habia muchas entradas de otras grutas mas pequeñas.

El marqués se metió por uno de aquellos agujeros, arrojó sobre el suelo el oro de que iba cargado, y puso sobre aquel oro el cofrecillo lleno de pedrería.

—Registra y asegúrate de que nadie puede llegar ahí, le dijo la voluntad de María. Mira bien: cuando te hayas asegurado de que nuestro tesoro es inviolable, desciende.

El marqués lo registró todo con el alma.

Vió que era imposible que allí llegase nadie.

Descendió.

V.

—¿Está en seguridad nuestro tesoro? dijo María.

—Completamente seguro.

—Mira hácia dónde cae el lugar inmediato.

—Hácia el Oriente.

—¿Es muy grande?

—Como de doscientos vecinos.

—¿Tiene pues ayuntamiento y párroco?

—Sí.

—¿Es gente de que podamos fiarnos?

—Sí, es gente sencilla.

—¿Creerán que somos padre é hija que satisfacemos un capricho ó que hemos hecho el voto de vivir en la soledad?

—Sí, son gentes sencillas; y además, como campesinos rústicos, cuando sepan que van á tener por vecinos gentes que gastarán, se prestarán á todo lo que queramos, nos considerarán como reyes.

—Dirijámonos allá.

VI.

Una hora despues llegaron á un pueblecito muy blanco y muy bello, situado como un nido de palomas en medio de un pequeño y verdísimo valle.

Un arroyo con pretensiones de rio pasaba por medio del valle y del pueblo.

En la márgen de aquel arroyo lavaban algunas aldeanas, y cantaban esos bellos aires populares de la montaña.

Una pequeña y blanca torre en el centro del pueblo señalaba á un tiempo la iglesia y la plaza.

En el pequeño campo que rodeaba el pueblo se veian los hombres entregados á sus labores.

Allá al fondo, al principio de una vertiente de la montaña, se veia un pequeño edificio.

Una ermita, blanca como las casas del pueblo y como la torre de la iglesia.

Un escalonamiento de montes caprichosamente accidentados y cubiertos de verdura, formaban el marco de este valle.

VII.

A la distancia de dos tiros de fusil del pueblo alcanzó á María y al marqués un rudo cazador de montes.

—¡Dios guarde á ustedes! dijo con ese sencillo y espresivo lenguaje de los campesinos.

—Dios guarde á usted, contestó María.

Al timbre delicioso de la voz de la jóven, el cazador, que iba cargado con un pequeño corzo, volvió la cabeza y se estremeció.

Habia encontrado la mirada lúcida, brillante, magnífica, casi divina, de María.

—¡Ah! dijo. Usted no es del pueblo.

—No señor.

—Usted no es tampoco lugareña.

—No señor: mi padre y yo somos de Madrid, contestó María.

—¿De Madrid? dijo el cazador.

—Sí: hemos venido en el tren hasta Espinosa, y luego hemos ascendido, hemos comprado trajes de lugareños, y nos hemos metido por la sierra; queremos gozar algun tiempo la vida del campo como si hubiésemos nacido en él.

—Pues la vida del campo no es buena, dijo el cazador: trabajar mucho y ganar poco, aguantar el frio y el calor, pasar hambre y miseria: las gentes de Madrid, por mal que estén, viven mejor: ustedes se cansarán muy pronto, señores.

—¿Cómo se llama el pueblo? dijo el marqués.

—Matillas, respondió el cazador.

—¿Hay en él posada?

—No señor, porque este no es camino para ninguna parte; pero el alcalde se alegrará mucho de tener en su casa dos personas principales.

—Y nosotros nos alegraremos mucho de ser huéspedes de la primera autoridad del pueblo.

—La primera y la última, dijo el cazador; porque aquí el fiel

de fechos, el síndico, el médico, el boticario y el albéitar, están todos bajo la férula del alcalde y del cura, que son una misma cosa, y viven juntos porque son hermanos.

—¡Ah! ¡ah! Bueno es saberlo, dijo para sí el marqués. Con quien hay que estar bien en el pueblo es con el cura y con el alcalde.

Y siguieron hablando acerca del pueblo y de su vecindario y de sus productos hasta que entraron en la plaza.

VIII.

—Mire su merced, dijo el cazador: aquellas tres personas que se pasean delante de la casa de ayuntamiento, son el cura y el alcalde y el médico.

—Pues vamos allá, dijo el marqués.

—¡Ea! pues queden sus mercedes con Dios, dijo el cazador: yo me voy á mi casa, que me estará esperando mi mujer.

Los tres amos del pueblo, por decirlo así, esto es, el representante de la ley y los otros dos representantes de la salud del alma y de la salud del cuerpo, repararon en nuestros viajeros antes de que estos llegasen á ellos.

—Hé ahí dos forasteros que se acercan, dijo el médico; y vienen á pié, como si solo hubiesen venido á dar un paseo.

—Parecen pastores, dijo el alcalde.

—Pero son pastores de un corte superior, observó el cura.

—¡Bendito sea Dios y qué mujer! esclamó el médico cuando María estuvo tan cerca que pudo juzgar.

IX.

—Para servir á ustedes, dijo el marqués adoptando el estilo sencillo de los lugareños cuando hubo llegado á ellos.

Las tres eminencias se detuvieron.

—¿En qué podemos servir á ustedes, señor, señora? dijo el alcalde, que era un hombre de mundo, retirado.

—Quisiéramos hablar con el señor alcalde, dijo el marqués.

—El alcalde es un servidor de usted, dijo este.

—Y yo soy el médico, dijo este á su vez.

El cura no tuvo que decir lo que era, porque lo decian sus hábitos.

—Pues bien, con todos ustedes queríamos hablar.

—Pues vamos á mi casa, señores, que no está bien que una dama tal como la que nos favorece permanezca de pié y al aire libre.

Y se dirigieron á una gran casa inmediata.

X.

Habian acudido algunos curiosos, que se detuvieron delante de la casa del alcalde como si en ella hubiera entrado algo de estraño.

Sabido es que en los pueblos cualquier cosa causa una gran impresion.

Los curiosos se fueron aumentando, hasta que al fin todos los habitantes, menos los que se encontraban en el campo, se agruparon delante de la casa del alcalde.

El alguacil, abrumado á preguntas, no sabia contestar mas que lo siguiente:

—Son dos señores, padre é hija, que han venido de otra parte.

La alcaldesa, su hija y su sobrina, estaban atortoladas.

María era demasiado hermosa, demasiado señora en sus maneras para ellas.

El alcalde, el médico y el cura se habian encerrado con el marqués y con María.

XI.

El marqués empezó por abrir su cartera y sacar de ella los documentos que justificaban el nombre supuesto que habia tomado.

El pasaporte estaba en regla.

—Esta señorita es mi hija, añadió. Un capricho nos trae: queremos vivir algun tiempo apartados del mundo en que hasta ahora hemos vivido. Para hacer perder la pista á nuestros amigos, hemos cambiado nuestros trajes por trajes de pastores. Solo para usted, señor alcalde, porque aquí es una autoridad, hemos roto nuestro in-

cógnito; pero esperamos que usted y estos señores lo guardarán, aunque no sea mas que en beneficio del pueblo, en el cual pretendemos afincarnos y vivir largas temporadas.

XII.

María influia de una manera poderosa en aquellas tres personas.

Cada una de ellas la consideraba como si hubiera sido un ángel.

El esterior del marqués era tambien simpático.

El negro fango de su alma se ocultaba, como ya sabemos, bajo una bella apariencia.

El marqués, á pesar de sus cuarenta y cinco años, se conservaba jóven; pero acusaba edad bastante para que pudiera creérsele sin dificultad padre de María.

Habia en la frente, en la mirada, en la sonrisa de esta una espresion tal y tan indudable de pureza y de virtud, que no podia creerse nada desfavorable acerca de ella ni de la persona que la acompañaba y que se llamaba su padre.

Á esto habia que añadir la influencia magnética de María, aquella influencia irresistible, aumentada por su maravillosa hermosura.

XIII.

Quedaron pues instalados en la casa del alcalde.

Al dia siguiente fueron visitados por todas las notabilidades del pueblo.

La alcaldesa tenia un viejo piano de cola, que era sin embargo escelente.

María, que habia sido perfectamente educada, tocó admirablemente y cantó de una manera enloquecedora.

Y sin embargo de que nada notable puede hacerse en un pueblo sin despertar una terrible y grande envidia, nadie envidió á María, nadie habló mal de ella.

Al tercer dia, el marqués dijo al alcalde:

—Mi hija ha vivido siempre en una casa rústica, en una verda-

dera cabaña situada en un lugar de todo punto pintoresco. Paseando ayer hemos visto un pequeño valle, en el centro del cual se eleva una colina á la entrada del pueblo por la parte del Mediodía; el riachuelo atraviesa este valle al pié de la colina, y forma un remanso, una especie de laguna orlada de grandes y espesos nogales: el espacio no es muy grande: mas que una hacienda rural podria llamársele un bello jardin: yo quisiera obtener la propiedad de ese terreno.

—Ese terreno es mi huerto, señor don Santiago, dijo el alcalde rascándose la estremidad de una oreja.

—¡Ah! Pues si puede costar á usted un sacrificio desprenderse de esa propiedad, no hablemos mas de ello.

—Por el contrario, dijo el alcalde: hablemos una sola palabra: mi huerto es de usted.

—Gracias: se lo agradezco á usted en nombre de mi hija, que se ha enamorado del sitio.

—Razon mas para que yo me apresure á cedérselo á usted.

—Á cedérmelo no: á vendérmelo.

—Bien, como usted quiera.

—Tanto da: esa posesion seguirá siendo de usted aunque nosotros vivamos en ella.

—Muchas gracias.

—Hágame usted el favor de decirme el precio.

—No corre prisa.

—No, no: yo quiero hacer la escritura.

—Pues bien, el valor de la tierra: son cuatro fanegas.

—Pero está cubierta de árboles frutales, y hay en ella un gran colmenar.

—Bien, no importa: todo eso no vale mas que ocho mil reales.

—Haremos pues la escritura.

La escritura se hizo, y el marqués dió veinticinco onzas al alcalde.

Al dia siguiente, una multitud de personas hacian una gran zanja alrededor de la propiedad para acotarla.

Sobre el caballon formado por la tierra que se habia sacado de esta zanja, se trasplantaban espesos y verdes espinos rosas.

Al mismo tiempo, en la cumbre de la colina, que era deprimida, se abrian los cimientos de una casa rústica.

El plano habia sido delineado por María, y era cómoda, espaciosa, conveniente.

Á los quince dias se habia levantado una gran cabaña, de paredes y divisiones de piedra natural, tal como la encontraron en la montaña, pero tan fuertemente unida por la argamasa, tan bien construida, que determinaba un edificio estremadamente sólido.

Los techos eran empinados y cubiertos de tejas.

Un sobrino del alcalde habia hecho entre tanto algunos viajes.

Al fin, cuando la construccion estuvo de todo punto concluida, cuando solo faltaban las puertas, los herrajes, el ornamento esterior, llegaron de Madrid muchos carros y muchos obreros, causando una gran admiracion en el pueblo.

En los carros venian puertas y ventanas de nogal tallado, chimeneas de mármol, baldosas, vidrieras, alfombras, tapicerías muebles.

Durante otro mes estuvieron trabajando los obreros de todo género que habian llegado.

Al fin, toda aquella gente se despidió, volviéndose muy bien pagada.

La quinta estaba concluida, y se iba á abrir con una fiesta.

XIV.

—Esta vida es muy buena y muy tranquila, dijo María al marqués: aquí, en esta cabaña á mi modo que hemos construido; haremos los dos penitencia: usted, marqués, por sus crímenes, yo por los pecados de mi padre: no la penitencia del cuerpo, sino la penitencia del alma: yo amo lo bello, y esto es bellísimo: un pequeño palacio donde nada falta al *confort;* pero nos aislaremos del mundo: haremos el sacrificio de nuestras pasiones y de nuestra ostentacion.

—Este hermoso retiro á tu lado, esclamó el marqués, será mi infierno: yo no viviré mucho tiempo.

—Usted se acostumbrará.

—Yo deliro cada vez mas por tu hermosura.

—La hermosura perece, dijo tristemente María: dentro de algunos años lo que usted ve en mí de hermosa habrá desaparecido.

—Tú siempre serás mi sueño: yo enloqueceré siempre por tí, aunque te conviertas en esqueleto.

XV.

Llegó el dia de la inauguracion de la cabaña.

Aquella fiesta fué un acontecimiento para el pueblo.

Ya se habia hecho amar en él María por su caridad.

Los pobres habian encontrado en ella todo género de consuelos.

¿De dónde habia salido el dinero con que se habian pagado todas las ornamentaciones esteriores, todas las preciosidades del lujo, que hacian un pequeño pero verdadero palacio de aquello que en el esterior solo parecia una gran cabaña?

¿De dónde las cantidades que se habian dado á este y al otro proletario para que adquiriese una tierrecita con que atender á su subsistencia?

Cierto es que el marqués se habia ausentado cuatro veces y por cuatro ó cinco dias del pueblo; pero los diez y seis mil duros que se habian quedado escondidos en lo alto de una roca, no hubieran bastado para todo esto.

Acordémonos del cofrecillo de alhajas.

Un solo aderezo de perlas, vendido por el marqués en Madrid, habia bastado, además de los diez y seis mil duros, para cubrir todos los gastos, y además habian quedado veinticinco mil duros en la caja de la quinta, cuya existencia ignoraba todo el mundo.

XVI.

Un domingo, despues de la misa mayor á que asistió todo el pueblo, empezó la fiesta de la inauguracion.

Todo el mundo se trasladó á la quinta: todo el mundo la vió: todos, escepto el cura, el alcalde y el médico, que habian corrido mundo, que habian visto, abrian enormemente la boca y los ojos.

XVII.

Las cuatro fanegas de tierra estaban encerradas dentro de un tupido marco de árboles y de verdura.

Un bellísimo jardin, al que se habia adherido una huerta, se habia dibujado y plantado sobre él.

Un foso profundo orlado de espinos constituia su cerca.

La entrada estaba cerrada por una hermosa verja.

Á la derecha de la entrada habia una verdosa cabaña, donde vivia con su familia un viejo del pueblo, hortelano á la vez y jardinero.

Sus hijos eran los pastores de una docena de vacas que habia en un establo á la izquierda.

Sus hijas eran las doncellas de María.

El remanso del riachuelo que pasaba por la propiedad estaba poblado de toda especie de aves acuáticas, que tenian tambien su cabaña para recogerse, y las gallinas y los pavos pululaban en un corral adherido á la habitacion del hortelano.

XVIII.

En medio del jardin, sobre la colina, estaba la gran casa, de esterior sencillo y rústico, constituyendo un cuadrado de trescientos metros de lado, lo que determinaba un gran edificio levantado sobre una cueva, á la altura de metro y medio sobre el terreno.

En esta cueva ó subsuelo, que estaba perfectamente acondicionado, estaban la cocina, la despensa y las habitaciones de los criados.

Habia además dos bellísimos gabinetes de baño, uno para el marqués, otro para María, completamente opuestos.

Á la parte principal de la casa se subia por una escalera de madera de diez peldaños.

Se encontraba inmediatamente un gran recibimiento alfombrado, estucado, pintado, con un riquísimo plafon.

Esta parte estaba dividida en dos habitaciones completamente

independientes, á las que se entraba por dos puertas situadas á ambos lados del recibimiento.

Al fondo habia otra puerta mayor mas rica y mas ornamentada.

La habitacion de la derecha se componia de una bella y grande antesala, de un salon, de un dormitorio y de un gabinete de tocador.

De este gabinete se pasaba por una puerta á uno de los gabinetes del salon principal, y por una escalera de servicio se bajaba al gabinete del baño.

La habitacion de la izquierda era exactamente semejante, aunque de un gusto mas nuevo, con la diferencia de que el salon era una pieza de despacho de hombre.

La puerta del fondo conducia á un salon magnífico de doce metros de largo por seis de ancho, terminando en dos gabinetes de seis metros cuadrados, que como hemos dicho, se comunicaban por dos fuertes puertas con cada uno de los otros gabinetes.

Uno de estos gabinetes estaba destinado á comedor.

XIX.

En estas habitaciones el lujo era escesivo, pero sencillo y bello.

La civilizacion y el buen gusto se habian entrado por sorpresa en el pueblo.

Y sin embargo, nadie tenia envidia, nadie se creia rebajado.

Este era el mayor triunfo que podia haber conseguido la influencia de María.

—Señores, habia dicho María á la aristocracia del pueblo: los dos departamentos de la derecha y de la izquierda, pertenecen esclusivamente á mi padre y á mí; pero el salon y los dos gabinetes pertenecen á mis amigos, que los encontrarán siempre abiertos á toda hora: en ellos habrá periódicos españoles y estranjeros, libros útiles y libros de recreo: aquí nos reuniremos, aquí conversaremos, aquí constituiremos una sola familia.

No podia darse mas: María, ó mejor dicho, María en nombre de *su padre*, hacia su lujo y sus comodidades propiedad de todos, y las

muchachas de la aristocracia, que eran quince ó veinte, se alegraban ya con la perspectiva de una fiesta continua.

XX.

Al medio dia estaban todos los altos convidados con sus huéspedes en el gran salon, y la gente menuda al aire libre en el jardin y en la huerta el dia de la inauguracion, cuando llegaron dos magníficos carruajes: del uno salieron dos damas elegantísimas, hermosísimas, y muy parecidas á María, aunque no tan hermosas; del otro carruaje salieron dos hombres.

Las damas eran Alfonsina y Clotilde.

Los hombres, Luis y Cristóbal.

Habian sido convidados por el alcalde, á instancias de María, por la estraña carta siguiente:

«Excelentísima señora: El alcalde constitucional de la villa de Matillas, en la provincia de Guadalajara, invita á vuecencia á asistir á una inauguracion notable que tendrá lugar en dicha villa el domingo próximo. Espero que vuecencia la honrará asistiendo, por no hacerle probar la amargura de un desaire, y que traerá consigo á la señorita Clotilde, al señor don Luis y al señor Cristóbal.—*N.*»

XXI.

Esta carta llamó vivamente la atencion de las dos primas.

—¿Será esto cosa de María? esclamó Clotilde.

—No, no puede ser: María no se hubiera ocultado de una manera tan profunda, para revelarse despues con esta escentricidad.

—Es verdad, dijo Clotilde; pero esta circunstancia de comprenderme á mí, de comprender á Luis y á Cristóbal en el convite...

—No sé, no sé; pero yo creo en todo menos en María.

—¿Será esto una asechanza?

—No, no es posible: para una asechanza no nos invitaria un alcalde.

—Pero ¿qué sabemos si se nos tiene tendido un lazo en el camino?

—No; segun me he informado, el ferro-carril pasa á un cuarto de legua del pueblo: llevaremos por si acaso una escolta de guardia civil.

—¿Piensas pues ir?

—Sí por cierto: no quiero hacer sufrir la *amargura de un desaire* á ese buen alcalde: me he informado, y pueden ir carruajes hasta el pueblo: enviaré pues dos delante para que nos esperen á la llegada del tren.

Hé aquí por qué habian ido á Matillas, Alfonsina, Clotilde, Luis y Cristóbal.

Pero como nos hemos pasado dos meses en el pueblo, y durante estos dos meses habian tenido lugar algunos importantes acontecimientos, vamos á hacer á continuacion una revista retrospectiva.

CAPITULO XVII.

NUEVOS PRODIGIOS DEL MAGNETISMO, DE LOS CUALES DEJA LA RESPONSABILIDAD EL AUTOR Á LAS MEMORIAS DE QUE SE SIRVE.

I.

Como sabemos, Vicente el Lobo habia tendido un lazo á Cristóbal.

María, por medio del sonambulismo lúcido del marqués, se habia apercibido de ello.

Las maravillas del poder magnético de María debian continuar.

Al dia siguiente de su llegada á Matillas, el marqués y María salieron con el pretesto de visitar los alrededores.

En cuanto salieron á un lugar solitario y apartado entre unos espesos árboles, María durmió al marqués.

—Obedece, dijo.

—¡Ordena! contestó el marqués.

—Busca á Vicente el Lobo, retrocede hasta el momento en que se separó de Cristóbal en el subterráneo de la quinta de Castell-d'oro, y síguele hasta llegar al momento en que te pregunto.

—Ya estoy, dijo el marqués.

—Veamos.

—Vicente el Lobo sale de la mina, y llega al lugar donde nosotros nos encontramos cuando salimos de ella.

Repara en que á través de la maleza se ha abierto un camino con un instrumento cortante, y dice:

—Por aquí han debido alejarse.

Y piensa en nosotros.

Sigue guiando por el sendero abierto; pero cuando este termina se encuentra desorientado en un enmarañamiento de sendas.

No desiste sin embargo, y sigue; pero sigue en una direccion completamente opuesta á la que tomamos nosotros.

Pregunta á unos pastores, y estos no saben responderle nada.

No han visto á nadie.

Insiste y sigue entrañándose mas en la sierra, y ve que nada logra averiguar.

Al fin comprende que debe estar á punto por la cita que ha dado á Cristóbal, que debe reunir sus bandidos para llevarse la trampa al buen guarda de campo, retrocede, y en estos momentos se encuentra cerca de Madrid.

—Detenle y atráele.

—Ya obedece.

—¿Viene hácia aquí?

—Sí, en línea recta y con una rapidez increible: ese hombre debe hacer una legua en diez minutos: todo lo supera, las espesuras, los accidentes del terreno.

Adelanta sin fatigarse como adelantaria una máquina, y á cada momento con mas velocidad.

—Continúa acompañándole, dijo María.

Y se sentó sobre una piedra.

II.

El marqués continuó dominado profundamente.

María recayó al fin en una especie de abstraccion muy semejante á un sonambulismo.

Su vida entera pasaba por su memoria, viva y palpitante, con todas sus soledades, todas sus amarguras, todas sus lágrimas, todos sus martirios.

Veia á su madre muriendo lentamente, sucumbiendo al fin al rigor de su desgracia.

Se la representaba su amor, su amor soñado, su amor inmenso, su amor del alma: Luis.

Sentia impulsos de agudos celos, celos que engendraban en ella un principio de aborrecimiento hácia Alfonsina; pero la generosa alma de María sofocaba aquellos celos, y solo le quedaba la amargura de su desgracia.

—Yo no merezco la felicidad, decia: yo he heredado la maldicion de mi padre, y una prueba de ello es que yo poseo todo su funesto poder: es necesario sacrificarme, es necesario ser mártir, es necesario merecer el perdon de Dios, no solo para mí, sino para los mios. ¿Quién sabe si mi pobre madre estaba maldita tambien?

Y el alma de María se anegaba en lágrimas.

III.

Pasaron una, dos, tres horas.

Al cabo de ellas, María sintió detrás de sí, entre la maleza, un ruido uniforme, persistente, un rozamiento continuo que se acercaba mas y mas.

Volvió la cabeza, y vió salir de entre la espesura un hombre terrible que la hizo lanzar una esclamacion de repugnancia.

Era Vicente el Lobo.

María le reconoció.

—Detente, dijo.

El bandido se detuvo.

Luego María dijo dirigiéndose al marqués:

—Duerme y no oigas.

El sueño del marqués pareció condensarse.

—¿Adónde ibas cuando yo te he detenido? preguntó María á Vicente.

—Á buscar á los mios que quedaron vivos de la traicion de antes de anoche, contestó Vicente, que á todas luces estaba sonámbulo.

—¿Con qué objeto?

—Con el de apoderarnos de ese Cristóbal.

—¿Qué mal os ha hecho?

—Por él hemos sido sorprendidos.

—Sin embargo, simplemente por un asunto de venganza vosotros no os comprometeríais.

—Cristóbal nos puede valer mucho dinero.

—¿Á causa de qué?

—Á causa de que la baronesa de Castell-d'oro y su prima Clotilde darán por su libertad todo lo que las pidamos, por mucho que sea: estamos perdidos, miserables, y es necesario que nos levantemos: para esto se necesita dinero.

—¿Con qué pretesto piensas tú atraer á Cristóbal?

—Le he prometido revelarle un secreto concerniente á su novia: un gran secreto.

—¿Á Clotilde?

—Clotilde no es novia de Cristóbal: le ama, pero lo oculta.

—¿Que ama Clotilde á Cristóbal, á un hombre rudo?

—El amor no reconoce razon alguna: el amor se sobrepone á todo.

María volvió la cabeza, y por algunos segundos quedó profundamente pensativa despues de la respuesta de Vicente.

IV.

—¿Quién es pues la novia de Cristóbal?

—Una muchacha que era muy pobre y que hoy es muy rica, y puede serlo mucho mas: puede ser marquesa y grande de España.

—¿Cómo?

—Ella no conoce las cláusulas de la fundacion del título y de la grandeza de España y del mayorazgo de Satorres.

—¿Y las conoces tú?

—Sí.

—Dímelas.

—El título de Satorres fué fundado en tiempo de Felipe IV por bajos servicios prestados al rey: este título, esta grandeza y este mayorazgo busca siempre por fundacion la línea recta masculina ó femenina en los descendientes, sean hijos naturales ó bastardos.

—¿Y ese derecho es indudable?

—Indudable.

—¿No da lugar á interpretaciones?

—No: las cláusulas son terminantes.

—De modo que no hay mas que...

—Alegar el reconocimiento ya hecho en forma de Gabriela, y sobre este reconocimiento aplicar las cláusulas de la fundacion del marquesado de Satorres.

—Bien, perfectamente: vuélvete al lugar donde estabas cuando te se ha llamado, y en llegando allá, olvida.

V.

Vicente se volvió y se alejó con la misma rapidez con que habia venido.

María despertó al marqués.

—Volvámonos, dijo.

—¿Hemos concluido ya, María?

—Sí; pero es necesario volver cuanto antes: tienes que llevar tú mismo una carta á Madrid.

—¿Yo?

—Sí, tú.

El marqués puso el rostro mas contrariado del mundo.

—Cuando se trata de practicar una buena obra, es necesario prescindir de la vanidad.

—¿Y se trata de una buena obra?

—Sí.

—Tú haces de mí todo lo que quieres.

—Yo te pediré que hagas mas que lo que debes hacer.

—Yo lo haré por tí todo; ¡pero nunca sin recompensa!

—Las buenas acciones llevan la recompensa en sí mismas.

Llegaron, y María se encerró en la habitacion que la habian destinado casa del alcalde, y escribió la carta siguiente:

«Clotilde, hermana mia: Te escribo desde mi retiro ignorado: perdóname si no te lo revelo: no debo revelártelo: hay para ello grandes motivos que conocerás algun dia: yo te amo, yo no te ol-

vido: amo tambien y tengo siempre presente á Alfonsina, á nuestra digna prima: tú se lo dirás. Esta carta tiene por objeto encargarte que avises al buen Cristóbal para que no caiga en un lazo, para que no asista á una cita que tiene con un miserable, con Vicente el Lobo, á quien conoció en el subterráneo de la quinta de Castell-d'oro. El objeto de esta cita era la revelacion de un secreto á Cristóbal por un bandido: ese secreto consiste en lo siguiente: una Gabriela á quien conoce Cristóbal, y que á lo que parece es su novia, tiene derecho, como hija natural reconocida del marqués de Satorres, al título y á la fortuna entera de su padre, con arreglo á las disposiciones de condicion del título: no se necesita otra cosa que consultar la real carta de fundacion: no hay pleito posible. Esa Gabriela será desde el momento en que se esclarezca marquesa y grande de España: tú recibirás de una manera secreta esta carta, que llevará el marqués de Casa-Otero: él llegará á tí sin que nadie pueda apercibirse. Recomienda á Cristóbal, á quien tanto debemos las dos, la mayor prudencia: está acechado: tiene enemigos infames. Adios, hermana mia: tu María no te olvida un solo momento.»

VI.

—Haz de manera, dijo María al marqués cuando hubo concluido, que Clotilde reciba esta misma noche esta carta.

—La recibirá, dijo el marqués.

—No la reveles el lugar donde yo me encuentro, porque esto me disgustaria mucho y me obligaria á alejarme.

—Yo estoy sujeto á tu voluntad.

—Pues bien, parte.

VII.

El marqués montó á caballo.

Llegó á la estacion del ferro-carril, montó en el tren, y al oscurecer llegaba á Madrid.

Se metió en un cafetin de los mas lejanos, y escribió la carta siguiente:

«Clotilde: Necesito hablarte de parte de tu hermana esta noche: á las doce estarás junto al postigo del jardin. Tu tio,—*Juan.*»

Un mozo bien pagado llevó esta carta, y una hora despues volvió con la contestacion siguiente:

«Mi querido tio: Alfonsina y yo esperamos á usted con impaciencia: hasta luego.—*Clotilde.*»

Á las doce llegaba el marqués al postigo del jardin de la casa de Alfonsina.

En cuanto el marqués tocó al postigo, este se abrió.

Las dos jóvenes estaban detrás de él.

VIII.

—¿Y María? ¿dónde está María? esclamaron las dos apenas hubo entrado el marqués.

—Sobre la tierra, hijas mias, sobre la tierra, dijo el marqués; pero muerta para todo el mundo, como yo, menos para vosotras.

—¿Y para qué te envia si no quiere dejarse ver de nosotras, mi buen tio? dijo Alfonsina.

—Me envia con esta carta para Clotilde.

Y entregó á esta la carta.

Clotilde la leyó en voz alta.

Cuando llegó á lo de que Gabriela era novia de Cristóbal, le tembló un tanto la voz.

—Esta chica ama á ese záfio mas que lo que ella cree, dijo para sí el marqués.

—¡Ah! ¡sí! ¡sí! dijo Alfonsina cuando Clotilde hubo leido la carta. Nosotras hubiéramos dado toda nuestra fortuna por rescatar al bueno, al escelente Cristóbal. Pero ¿cómo ha sabido esto María?

—Lo ignoro; pero María puede saberlo todo.

—¡Cómo! esclamó Clotilde.

—María es hechicera.

—¡Hechicera! esclamaron las dos primas con marcado acento de incredulidad.

—Vosotras no lo creeis, hijas mias, dijo el marqués: yo tampo-

co lo hubiera creido si no lo hubiera visto; pero cuando se ven las cosas es necesario creer en ellas.

—En efecto, todo esto es muy estraño. ¿No tenias tú en tu poder á María?

—Sí.

—Es posible que la tengas aún.

—Absurdo.

—¡Cómo!

—Sí, absurdo: si yo la tuviese en mi poder, si yo la dominase, no hubiera traido este mensaje, no me hubiera espuesto á que me retuviéseis, á que me obligáseis á que os entregara á María; no me hubiera interesado tampoco por ese Cristóbal, que me ha hecho mucho daño, á quien aborrecia y á quien seguiria aborreciendo cordialmente á no ser por la influencia que ejerce sobre mí María.

—¿Influencia?

—¡Ya lo creo! ¿No me encontrais cambiado? Yo creo que debeis conocérmelo en el semblante, en el acento, en todo.

—Sí, yo encuentro en tí algo de estraño, dijo Alfonsina.

—La influencia de María: yo soy ahora tan bueno como antes era malo.

—Mientes, mi querido tio, dijo Alfonsina: si tú fueses bueno, nos dirias dónde está María.

—El que no hace una cosa porque no puede hacerla no es ni bueno ni malo.

—¿Y no puedes tú decirnos dónde está María?

—No.

—¿Por qué?

—Porque no lo sé.

—¡Cómo! saltó Clotilde. ¿Que no sabe usted dónde está María, y me ha traido usted una carta suya?

—Esa no es una razon: en esa carta ha probado era un enviado.

—No: segun el contesto de la carta, la misma María se la ha dado á usted.

—Es verdad; pero eso no impide, eso no desmiente el que yo ignore en este momento dónde está María.

—Eso es increible.

—Lo sabia, sí, lo sabia; yo recuerdo que lo sabia; pero ahora mismo no me acuerdo del lugar del retiro de María: ella influye sobre mí; ella, en fuerza de mi palabra de no revelar su retiro, me ha hecho olvidarlo.

—Tú te burlas de nosotras, Juan. ¿Qué estravagancias son esas?

—Estravagancias no, dijo el marqués: milagros de Dios ó del diablo.

—¿Aún, mi querido Juan?

—Sí, Alfonsina, sí: milagros del magnetismo; de esa cosa de la que todo el mundo habla y que nadie comprende; de la que me he reido yo siempre, y de la que ahora no me rio porque la conozco de cerca.

—Tú quieres embrollarnos, dijo Alfonsina: tú quieres escaparte, y no vale.

—Haced lo que querais, dijo el marqués; pero yo no podré deciros nada: imposible, de todo punto imposible: no me acuerdo; y os advierto que todo lo que procureis es inútil: mientras ella no me lo permita, no puedo hacer nada: no me mortifiqueis pues: tengo apetito: dadme de comer: despues metedme en cualquier parte donde yo encuentre una cama: encerradme si os place de modo que no me pueda escapar.

Las dos jóvenes cedieron por el momento, ocultaron al marqués y pidieron la cena en el gabinete.

La hicieron servir toda y despidieron la servidumbre.

—Las señoritas, dijeron los criados, tienen algo que hablar mientras cenan, y no quieren que las oiga nadie.

IX.

Alfonsina cerró todas las puertas de manera que no pudieran ser espiados.

Despues sacó del dormitorio donde le habia encerrado al marqués, y este cenó con ellas.

Nada durante la cena pudieron recabar de él.

En efecto, el marqués no mentia.

María influia sobre él, porque para el magnetismo no hay distancia, y le habia hecho olvidar.

Concluida la cena, Alfonsina, para tener mas seguro al marqués, le hizo acostarse sobre un ancho divan en su mismo gabinete.

Luego cerró con llave todas las puertas.

Despues las dos primas se quedaron de guardia, sentadas á ambos lados de la chimenea.

El marqués se durmió.

Poco despues una pesada soñolencia se apoderó de las dos primas, que se durmieron sobre sus butacas.

El marqués se levantó poco despues.

Estaba sonámbulo.

Adelantó, pero no se dirigió á ninguna de las dos puertas del gabinete, sino al balcon.

Le abrió, y saltó al jardin como hubiera podido saltar de sobre una silla al suelo.

Habia sin embargo seis metros de altura.

El marqués, que habia caido de pié, atravesó el jardin.

Llegó á la tapia, y la salvó como hubiera podido salvarla una lagartija.

Se encontró en la calle.

Marchó hácia la puerta de Fuencarral.

La pasó, y una vez en el campo se le hubiese podido ver marchar en línea recta hácia un punto dado sobre las tierras de labor, salvando todos los obstáculos.

En fin, al amanecer llegaba al pueblo de Matillas, y se presentaba á María, que le esperaba.

Entonces despertó.

—¡Caramba, dijo, y qué madrugada hemos echado hoy!

—Sí, en efecto, dijo María: vamos contrayendo las costumbres del pueblo: en la casa todos están ya levantados.

El marqués habia olvidado.

Antes de despertarle, María le habia preguntado:

—¿Has entregado la carta?

—Sí.

—¿Á Clotilde?

—Á Clotilde y á Alfonsina.

—¿Qué te han dicho acerca de mí?

—Te aman: se han obstinado en que las diga dónde estás; pero yo no podia decírselo: no me acordaba.

—¡Oh, Dios mio! esclamó María aterrada al conocer una vez mas lo terrible de su poder. Yo he heredado toda la maldicion de mi padre.

María estaba espantada de sí misma.

Entonces despertó al marqués.

CAPITULO XVIII.

SITUACION DE NUESTROS PERSONAJES.

I.

Gabriela, á pesar de su gran fortuna, continuaba viviendo con sus maestros.

Estaba encargada del despacho.

Vestia con suma elegancia, y esta elegancia aumentaba su belleza.

Se sabia que era millonaria; como que habia ganado ya su pleito y le habian sido entregados diez millones de reales en dinero y propiedades por mitad.

Don Francisco habia invertido en títulos del 3 por 100 cinco millones.

Esto hacia que Gabriela estuviese muy solicitada, no por pelones, que estos no se atrevian á dirigirse á una jóven millonaria, seguros de una derrota, sino por gentes de alto coturno, y algunos de ellos personajes de alta posicion.

¡Siempre el rey del mundo! ¡siempre mi señor el dinero dominándolo todo!

Gabriela daba á todo el mundo calabazas.

No pensaba en otra cosa que en Cristóbal; y sin embargo, estaba enojada con él.

La irritaba que Cristóbal estuviese tan adherido á la baronesa de Castell-d'oro y á Clotilde.

Por otra parte, desde que Cristóbal habia sabido que Gabriela era millonaria se habia encogido, habia retardado sus visitas á la jóven, se le habia metido en la cabeza que no podia amarla, que la buscaba, no por ella misma, sino por su oro.

El dinero es un señor que produce grandes indigestiones á veces.

Lo que sufrian Gabriela y Cristóbal era una indigestion de dinero.

Gabriela estaba disgustada, el disgusto la tenia séria, y esta seriedad se tomaba á soberbia hasta por sus mismos maestros.

Estos, por lo mismo, estaban reservados con Gabriela, lastimados.

Les alcanzaba la indigestion.

—Es necesario, dijeron á Gabriela, que pienses en establecerte, que pongas casa.

—Yo estoy en la casa que debo estar, contestó Gabriela sonriendo: usted es mi tutor, don Francisco.

—Sí; pero una mujer millonaria...

—Por lo mismo que es millonaria y que puede hacer lo que quiera con la licencia de su dinero, debe estar donde mejor se encuentre, y yo me encuentro muy bien aquí.

—Pero no en el despacho... Nosotros no podemos permitir...

—En el despacho he de estar: al olor de mi dinero vendrá mucha mas gente que antes, y para tener pretesto para permanecer mas tiempo, encargarán. Eso le hace á usted bien: yo le estoy poniendo la casa de moda; como que todos los dias no se ve una muchacha en un despacho que tenga diez millones de reales. Además, no quiero que digan que el dinero me ha inflado: yo soy la misma que era; y luego, aquí me distraigo.

Todos, incluso sus tutores, comprendian mal esto.

Creian que Gabriela queria lucirse.

II.

Un dia, un hombre viejo vestido de negro, con unas gafas sobre las narices y un gran sombrero en la mano, entró en la tienda de

don Francisco y dijo á Gabriela, despues de examinarla profundamente:

—No tengo duda: vuecencia es la persona á quien busco.

—Señor mio, dijo Gabriela picada y de una manera ácre: yo no soy la persona á quien usted busca, porque yo no soy vuecencia.

—Permítame vuecencia: vuecencia es la escelentísima señora doña Gabriela de la Trinidad, marquesa de Satorres, grande de España de primera clase.

—Eso es, dijo don Francisco, que un poco antes habia entrado en la tienda y se habia acercado, que tu padre era casado y que tú eres hija legítima.

—No señor, dijo el desconocido: su escelencia no es hija legítima, sino hija natural. No le hace: su escelencia es la escelentísima señora marquesa de Satorres, grande de España de primera clase, como consta de las cláusulas de la real carta de creacion del título de Satorres otorgado por el señor rey don Felipe IV, que santa gloria haya, dijo el incógnito sacando un manuscrito del bolsillo interior de su levita. Yo soy el escribano del señor juez de primera instancia que ha entendido en este asunto por solicitud de esta señora.

—Yo no he solicitado nada.

—La señora baronesa de Castell-d'oro, y en su nombre don Cristóbal Yañez, se ha presentado en nombre de vuecencia al juzgado.

—Con poder...

—Sí señora: con poder firmado por el señor don Francisco, tutor de vuecencia.

—¡Cómo! esclamó Gabriela. ¿Usted, don Francisco, sabia esto y no me lo habia dicho?

—No, hija mia, no: yo no sabia nada; pero ¡ah! ¡yo! ¡sí! Un dia me llamó la señora baronesa, y me dijo:

—Amigo mio, yo necesito su firma de usted.

—Treinta mil firmas mias daré yo á vuecencia, señora, la contesté.

Entonces la baronesa me dijo:

—¿Y me otorgaria usted la confianza de darme su firma en blanco?

—¡Pues ya lo creo, señora! dije yo.

Entonces la señora baronesa me presentó un papel sellado en blanco, y yo firmé sin prever, porque la baronesa no podia querer mi firma para nada malo.

—¡Ah! esclamó Gabriela.

—Ya ves tú, ya ves tú para lo que queria mi firma en blanco la señora baronesa.

—Resulta que, visto todo, dijo el curial, ha sido probado el derecho de vuecencia al título y á la fortuna entera de su padre. La parte contraria ha interpuesto una protesta; pero esta ha terminado con un *no ha lugar* del señor juez. Por consecuencia, señora, vuecencia puede señalar el dia y la hora en que quiera tomar solemnemente posesion del título que la corresponde.

III.

Gabriela estaba pálida como una muerta.

Don Francisco asombrado y conmovido.

—¡Marquesa! ¡Grande de España! esclamó al fin.

—¿Quién es marquesa y grande de España? dijo entrando en la tienda la zapatera.

—¡Esta! contestó don Francisco.

—¿Esta?

—Sí, Gabriela.

Fué necesaria una nueva esplicacion.

—Vaya, vaya, dijo la zapatera, cuando la suerte se emborracha con una criatura... ¿Y cuánto tiene de renta la marquesa, señor mio?

—Tres millones.

—¿Y cuánto son al mes tres millones?

—Doce mil quinientos duros, contestó el escribano.

—¡Jesus! ¿Y cuánto son por dia doce mil quinientos duros?

—Ocho mil trescientos treinta y tres reales y pico, contestó el escribano, que á lo que se ve habia compuesto la cuenta; ó lo que es lo mismo, diez y nueve duros y maravedises por hora: seis reales y maravedises por minuto.

—Pues me alegro, me alegro, dijo la maestra, en cuya voz tem-

blaba la envidia. Hé ahí que ahora tienes cada dos minutos lo que hace seis meses te costaba ocho horas de trabajo.

—Pues yo lo siento, dijo Gabriela. Yo no sé qué hacer con tanto dinero.

El escribano dejó ver una espresion de estrañeza mezclada de lástima, y murmuró para sí:

—Dios da habas á quien no las sabe roer. ¿Y cuándo tomará vuecencia posesion? dijo el escribano.

—Ahora mismo, esclamó la inocente.

—Eso no puede ser: el señor juez no está prevenido. Mañana.

—Es una lástima perder un tiempo que vale seis reales por minuto, dijo la zapatera.

—Se equivoca usted, señora, dijo el escribano, porque su escelencia recibirá la renta íntegra de sus bienes á contar desde el momento de la muerte de su señor padre, con los intereses, lo que determina una suma enorme. Cosa de diez y ocho millones; y á mas, los intereses de estos en seis años que han pasado desde que murió el señor marqués.

—Tres millones de renta, y á mas un ahorro de... diez y diez y ocho, veintiocho, dijo la zapatera.

—Ponga usted con los intereses treinta.

—¡Treinta y ocho millones! ¿Y cuánto dan treinta y ocho millones?

—Dos millones mas de renta próximamente.

—Es decir, que entonces Gabriela tiene un duro, sobre poco mas ó menos, por cada minuto que respira.

—Eso es, sí señora: su escelencia es riquísima.

—¡Millonaria! ¡millonaria! esclamaba como fuera de sí la zapatera.

—Y bien, mujer, dijo don Francisco: ¿qué tiene eso de particular? Que es hija de su padre. Si conforme su padre fué un gran señor, hubiera sido un miserable, tú no te asombrarias. Esa es la suerte: unos nacen en lo alto y otros en lo bajo: para los unos todo, para los otros nada: es lo que Dios quiere: en la lotería del nacimiento unos sacan premio y otros no. En fin, que Dios le aumente sus millones: en peor persona podian caer, porque ella es buena y sencilla.

—Por supuesto, dijo la zapatera; y yo me alegro mucho, esto es aparte: tú no me entiendes: es que un tal chaparron de dinero asusta á cualquiera. En fin, señor escribano, mañana se tomará posesion, ¿no es verdad?

—Sí señora: mañana entre dos y tres de la tarde: el señor juez vendrá aquí conmigo, y se hará lo que haya que hacer. Despues de las formalidades, que serán cosa de poco tiempo, su escelencia podrá llamarse marquesa de Satorres.

—Muchas gracias, dijo Gabriela, que estaba tambien medio aturdida.

—¿Tiene vuecencia algo mas que mandarme? dijo el escribano con el acento de una persona que espera algo que no le dan y que se insinúa.

Gabriela, que era muy inteligente, á pesar de su aturdimiento comprendió lo que el escribano queria, y le dijo:

—Suplico á usted que me espere un momento: entreténgase usted un poco en conversacion con don Francisco, porque yo tardaré tal vez algunos minutos.

—Como vuecencia quiera, señora, dijo casi con estremecimiento el escribano, porque comprendió tambien.

IV.

Gabriela fué á su cuarto y tomó cuatro billetes de á cuatro mil reales.

Luego, por una puerta de escape de la trastienda que salia al portal, se lanzó en la calle sin nada en la cabeza, como una obrera que da una escapada, y ligera y bella como una ilusion.

Ganó la Carrera de San Gerónimo y se metió en la joyería de los Saboyanos.

—¡Pronto! dijo, que estoy de prisa. Empleen ustedes esos diez y seis mil reales en una alhaja para hombre.

—Vaya, señora, pues al momento, dijo el del despacho. ¿Una joya para hombre? Pues nada mejor que un cronómetro de Losada con una cadena en relacion. Hé aquí, añadió sacando un estuche: justos diez y seis mil reales.

Gabriela abrió el estuche y encontró un reló enorme, que tenia por lo menos una libra de oro, y unido á él una cadena de á dos libras por lo menos: un reló de jugador ó de buscavidas, que se carga de oro para parecer persona rica ó persona decente.

—¡Admirable! dijo Gabriela. Ahora falta saber si el tal señor podrá tirar de esto, porque está muy flaco y muy espirituado. Muchas gracias. ¿Cuánto cuesta ese reló con esas tres figuras encima? añadió deteniéndose al salir delante del aparador.

Era un grupo de las Tres Gracias, una de las mejores obras de Pradier. Las estátuas tenian un medio metro de altura: el pedestal era magnífico: una obra de lujo y de arte á la par.

—Veinte mil reales, señorita, dijo el del despacho.

—Pues envíele usted con la cuenta casa de don Francisco: ya sabe usted, el zapatero.

—¡Ya! ¡ya! dijo el relojero.

Gabriela escapó murmurando:

—Una millonaria como yo, una marquesa, una grande de España, bien puede tener un reló de sobremesa de veinte mil reales.

Cinco minutos despues, habiendo entrado en la tienda por la puerta escusada de la trastienda, decia al escribano:

—Señor mio, quiero que conserve usted algun recuerdo del dia en que ha venido á avisarme de lo que yo soy. Hágame usted el favor de gastar esto en mi nombre.

El escribano tomó el magnífico estuche de concha, bellamente trabajado, y sin atreverse á abrirlo, porque esto hubiera sido ordinario, lo guardó en el bolsillo interior de su levita, no sin reparar con cierta emocion en que pesaba mucho.

Se deshizo en protestas de agradecimiento, y se apresuró á salir.

V.

En cuanto estuvo en la calle, se metió en un portal, abrió el estuche, y esclamó:

—¡Ah! ¡Un regalo régio! Pero esta gente no entiende bien los negocios: sabe Dios cuánto habrá costado esto, y es indudable que

si se va á vender no dan por ello ni la mitad. Mejor hubiese sido darme simplemente, sin estuche, sencillamente enrollado en un papel, lo que esto habrá costado. ¿De dónde es esto?

El escribano miró la etiqueta pegada al estuche.

—Los Saboyanos, leyó.

Y cerrando el estuche, le guardó y se fué á la joyería.

—Señor mio, dijo al del despacho: hace muy poco han venido aquí á comprar una alhaja.

—Sí señor, contestó el del despacho: hace poco tiempo hemos vendido algunas alhajas.

—Se trata de un reló y de una cadena, por lo cual se han pagado tres mil duros.

—Se equivoca usted, caballero: se acaba de vender un reló con su cadena en diez y seis mil reales.

—¡Ah! ¡bien! Es menos que lo que yo creia: la gente de estos tiempos es muy miserable. ¡La notificacion de una herencia de treinta y tantos millones, un título y una grandeza de España! ¡Falta de educacion! ¡falta de costumbre! ¡ruindad!

—¿Treinta millones de fortuna? esclamó el saboyano.

—Y algo mas, algo mas.

—¿La jóven que está en el despacho de don Francisco?

—Sí señor: la escelentísima señora marquesa de Satorres.

—Pues ella es la que ha venido, ha tomado ese reló, y ha comprado aquel grupo de bronce.

—¿Y en cuánto? esclamó el escribano.

—En mil duros.

—¡Ah! Esto ya es algo. Me parece que esa señora merece el título y los millones: ese otro reló es tambien para mí. Pero ahora bien, señor mio: yo soy escribano, y no puedo llevar humanamente un reló tal en el bolsillo, ni puedo tener un reló como ese en mi casa: creerian que habia vendido la justicia, cuando todo ello no es mas que la espresion de la munificencia de esa gran señora. El dinero es otra cosa: el dinero se oculta. ¿Quiere usted que hagamos un negocio?

—¿Cuál, señor mio?

—Dénme ustedes por esos dos objetos, en vez de treinta y seis

mil reales, treinta mil. Me parece que ganarse de una mano á otra seis mil reales es un buen negocio.

El mercader sonrió con una espresion de lástima.

—Perderíamos enormemente, dijo.

—¡Cómo! esclamó el escribano.

—Ciertamente: nosotros compramos al por mayor á precio de fábrica, y los precios de fábrica...

—¡Ah! esclamó el escribano, que se puso pálido y se cubrió de un sudor frio.

—Sí, sí señor: nosotros tendremos en Madrid por dos mil francos, próximamente siete mil reales, y el péndulo lo tendríamos por tres mil francos.

—¡Ah! ¡oh! ¡uh! ¿Conque ganan ustedes mas de la mitad?

—Poco á poco: el trasporte, la comision, el derecho de aduanas, los gastos de establecimiento, el interés del capital, porque no se venden pronto las alhajas de valor y con mucha frecuencia se pasan de moda, la especulacion justa, todo esto duplica sobradamente el precio de fábrica...

—Y como la fábrica ha ganado tambien, resulta...

—Que el valor intrínseco de estas alhajas es cuando mas la tercera parte de lo que cuestan. Esto es natural: la industria no puede vivir de otro modo.

—De lo que resulta que la señora me ha regalado, cuando mas, diez ú once mil reales.

—No sé, contestó distraido el del despacho.

—Pues bien, vengan los diez mil reales, dijo el escribano, y de usted son el reló de bolsillo y el de sobremesa.

—El de sobremesa no ha sido todavía enviado: solo puedo, por hacer á usted un favor, quedarme con el de bolsillo; pero solo daré á usted por él tres mil reales.

—¡Horror! esclamó el escribano.

—Me es indiferente, por otra parte: todo ello no pasaba de ser una condescendencia mia.

—Cuatro mil, dijo el escribano: no hablemos mas.

Y puso sobre el mostrador el estuche.

El mercader le abrió, y examinó minuciosamente la alhaja.

Despues cerró el estuche, le dejó sobre el mostrador, abrió el cajon y sacó tres billetes.

—Pero estos no son mas que tres mil reales.

—En casa los precios son fijos, contestó sécamente el saboyano.

—Bien, dijo el escribano: esto es un mal negocio, muy malo; pero yo no puedo usar esa alhaja. En fin, bueno: solo suplico á usted que no diga ni una sola palabra á la marquesa.

—¿Y para qué? dijo el saboyano guardando el estuche en su aparador.

El escribano salió dado á los diablos, peró echando cuenta con los cinco mil reales, por lo menos, que debian darle al dia siguiente por el reló de sobremesa que nadie habia pensado en regalarle.

—¡La moda! ¡la moda! decia. ¡Y luego se busca en otro motivo el desquilibrio de la riqueza pública! En mis tiempos, una alhaja era, por decirlo así, una prenda: no se perdia, cuando mas, otra cosa que las hechuras, y estas eran muy baratas.

VI.

En casa de don Francisco habia entre tanto una estraña disputa.

—Desde ahora no estás tú ni un momento mas en la tienda, dijo la zapatera: este lugar no te corresponde: todos sabrán, porque todos deben saberlo, que... ¡pues!... que tú eres la escelentísima señora...

—Mejor, dijo Gabriela: así habrá una grande de España vendiendo zapatos.

—Eso no puede ser, dijo don Francisco: te despreciarian tus iguales... buscarian medios para mortificarte.

—¿Y para qué ha hecho Dios las manos? dijo Gabriela. En fin, yo quiero vivir á mi manera: lo mismo me despreciarian luego, hiciese lo que hiciese, si dejaba de ser zapatera, porque lo habia sido.

—De modo que tú no tienes la culpa, dijo don Francisco: eso te recomienda mas: en tí pasan cosas interesantes: yo he leido la revolucion francesa.

—¡Qué cosas tienes, Francisco, dijo su mujer. ¿Qué tiene que ver la revolucion francesa con esto?

—Las cosas son las tuyas, esclamó impaciente don Francisco, á quien le habian rechazado de una manera brusca una cita. Mientras la instruccion no exista entre nosotros no adelantaremos nada. ¡Es mucho cuento no saber á qué viene en este caso la revolucion francesa! ¡Pues qué! ¿no has oido tú hablar del zapatero Simon?

—Tenemos tres oficiales que se llaman Simones, dijo cándidamente la zapatera; pero ninguno es francés: dos son de la calle de Toledo, y el otro, el grande, del Avapiés.

—¡Me sofoco! esclamó don Francisco. Esto es mucha ignorancia: el zapatero Simon fué un zapatero de París muy revolucionario, el demonio vivo, á quien despues de decapitados Luis XVI y María Antonieta, ó antes, no estoy muy seguro, entregaron el delfin...

—¿El delfin?

—Sí, mujer, sí: no sabes tú lo que es el delfin.

—El marido de Anita la rubia se llama Delfin.

—¡Mujer! ¡mujer! esclamó ya en el colmo de la impaciencia don Francisco: seria necesario ponerte diestra: ignoras las cosas mas sencillas del mundo: el delfin de Francia es la misma cosa que el príncipe de Astúrias entre nosotros, esto es, el heredero inmediato de la corona.

—¿Y qué nos importa todo eso? dijo con una lógica contundente la buena de la zapatera. Tú, que eres tan demócrata, ¿por qué te paras en esas cosas?

—Mujer, yo no me paro por mí, me paro por los demás: yo bien sé que todos somos iguales, es decir, que todos venimos de Adan y Eva; que á todos nos duelen las muelas ó el vientre ó cualquiera otra parte del cuerpo de la misma manera, sin distincion de clases ni personas; que todos nacemos de igual modo, y de igual modo agonizamos.

—Niego, dijo ella: ni aun en eso son iguales los pobres y los ricos.

—¡Cómo! ¿Los ricos no nacen ni mueren?

—Sí, pero nacen y mueren mas cómodamente que los pobres.

—Esto es para tirarse de lo alto de la torre de Santa Cruz. ¡Qué

tenacidad! esclamó el bueno de don Francisco, sulfurándose todo cuanto él podia sulfurarse contra su mujer, que es lo mismo que decir que apenas se sulfuraba.

VII.

Gabriela, que se habia quedado profundamente pensativa, cortó de improviso aquella original disputa.

—Ello es, dijo, que todo lo que sucede parece un sueño, y que esto se debe á la señora baronesa de Castell-d'oro y á la prima Clotilde. Antes que todo es necesario ir á darle las gracias, y aquí estamos perdiendo el tiempo: voy á enviar por un carruaje.

—No, no: yo mismo iré á casa de Lázaro para que el carruaje sea bueno y los caballos correspondan á tu rango. Lázaro y yo somos amigos. Entre tanto, aviaros.

—¡Aviarnos! ¡Yo no voy! dijo la zapatera.

—¿Y por qué no has de ir tú si eres la tutora de su escelencia?

—¡Pues! Vístase usted ahora, peínese usted... ¿y quién se queda en la tienda si todos nos vamos?

—La Carlota.

—¡Pues! Para que á los dos minutos se nos llene la tienda de personas.

—Pues mira, es necesario decirle á la Carlota que no enseñe tanto los dientes, porque ella se tiene que quedar en el mostrador y de oficiala mayor. Esta... imposible... Vamos... cerraba mejor la tienda.

—Pero ¿á qué viene ahora esa nueva disputa? Anda por el coche, hombre, que lo de la Carlota yo lo arreglaré... Mira... que sea bueno, de lujo... ¡Ah! Tráete de camino guantes para mí, para la niña, para tí: ya sabes, los mios son del 18, los de Gabriela del 21.

—Bien, mujer, bien.

—Anda, anda y vuelve pronto, que tú tienes tambien que vestirte.

VIII.

—¡Nada! ¡nada! Aquí no tiene que vestirse nadie, dijo Alfonsina, que acababa de entrar con Clotilde.

—¡Señora! dijeron á un tiempo don Francisco y Gabriela.

—Sí, dijo Alfonsina: por las palabras que he oido al entrar, y por los semblantes de ustedes, veo que se ha recibido la noticia.

—Sí, sí señora, dijo Gabriela, que estaba sumamente encendida: y que todo se lo debemos á usted.

—¿A mí? No ciertamente: á su nacimiento de usted, hija mia, dijo Alfonsina.

Y cogió las manos á la jóven y la besó en la boca.

—¡Qué buena es usted, señora! dijo Gabriela.

—¡Buena! ¿Y por qué?

—Usted no mira que yo he sido una pobre jornalera.

—Eso hace mas interesante su historia de usted, hija mia; y si á esto se añade la irreprochable conducta de usted...

—¡Ah! ¡Eso sí! esclamó poseida de una noble vanidad Gabriela.

IX.

En aquel momento entraron los mozos, trayendo en una especie de angarilla el grupo de bronce de las Tres Gracias.

—¿Qué es esto? dijo don Francisco.

—Esto es un reló que he visto en los Saboyanos, dijo Gabriela, y que he comprado porque me ha gustado.

—Esto habrá costado un dineral, dijo la zapatera.

—Mil duros que es necesario pagar; porque mire usted, ahí viene el dependiente y trae sin duda el recibo.

—No, no señora, dijo el dependiente: no tenemos tanta prisa; yo vengo solamente cuidando del objeto, porque estos mozos son unos animales.

—¡Qué modo de tratar á las gentes! murmuró para sí la zapatera. ¡Y que se atreva luego á decir mi marido que somos iguales porque todos venimos de Adan y Eva! Pero yo sé que todos somos

hijos de Eva, pero todos no somos hijos de Adan: los hijos de Adan son los pobres y los tontos: los ricos y los pícaros son hijos del diablo... ¡Vaya! ¡Y luego dirá mi marido que yo no soy instruida!

Y se quedó tan satisfecha.

X.

Gabriela entre tanto habia dicho á don Francisco:

—Hágame usted el favor de subir á mi cuarto y de traer de mi cómoda veinte mil reales.

—Dame la llave.

—Está abierto.

—¡Cómo! ¿En una casa en que hay numerosos dependientes, abierto un cuarto en donde hay una cómoda abierta, y en la cómoda algunos miles de duros? Y si la tentacion hiciese ladron á uno de esos pobres, ¿quién tendria la culpa? ¿cómo se sabria quién habia sido el ladron? Dame la llave, Gabriela, ya que no sea para abrir, para cerrar.

—Por ahí andará, dijo Gabriela.

—Yo no puedo recibir ese dinero, dijo el dependiente, y es inútil que usted vaya por él: ya se enviará la factura: ahora veamos dónde se va á colocar el grupo.

XI.

Toda esta escena privada tenia su interés, porque nada como las escenas privadas revelan el conocimiento de los personajes y la influencia que en ellos ejercen la educacion y las costumbres.

Todo lo que es verdadero es útil.

Pasemos en fin por alto otra escena cubierta de detalles, y para concluir este capítulo recopilaremos.

Alfonsina y Clotilde se encargaron del establecimiento de Gabriela, que al dia siguiente tomó posesion de su título y de su fortuna en su casa solar calle de la Luna: una magnífica casa antigua, en la que habia vivido la marquesa viuda de Satorres, y cuyo mobiliario habia sido embargado para cubrir las costas del proceso de aquella señora.

La casa pues estaba desamueblada.

El jardin abandonado é inculto.

Desiertas sus caballerizas.

Vacías sus cocheras.

Quince dias despues, aquella casa tan triste estaba risueña.

Se la habia entapizado, dorado, ornamentado, amueblado, pintado con un gusto esquisito.

Sus cocheras encerraban magníficos trenes.

Dos docenas de arrogantes caballos poblaban las cuadras.

No faltaba absolutamente nada.

La casa habia sido establecida como convenia á una grande de España que tenia cinco millones de renta.

Don Francisco, como tutor, habia nombrado su respetable aya á Gabriela; lo que quiere decir que esta habia cedido al fin su puesto de oficiala mayor de don Francisco á Carlota.

XII.

Debia abrirse la casa con una fiesta.

Con una fiesta magnífica.

¿Quién debia hacer los honores?

Esta era una dificultad.

Debian hacerlos los tutores; pero estos eran zapateros.

Calzaban á la mayor parte de las damas que debian ser convidadas.

Se esponian, si los encontraban solos, á que les preguntasen por el último encargo de calzado, les diesen prisa y se fueran.

A otros podia tener ocasion don Francisco de encargar el saldo de algunas gruesas cuentas atrasadas.

Era de todo punto imprescindible prescindir de los tutores.

En fin, Alfonsina y Clotilde, contando con la indulgencia de sus conocimientos, los invitaron á nombre de la escelentísima señora marquesa de Satorres.

XIII.

Despues de la invitacion bastaba el aya, que era una persona respetable, parienta lejana de la baronesa de Castell-d'oro.

Todo era brillante para Gabriela, pero todo triste.

La pobre chica, radiante y alegre casa de don Francisco, empalidecia, enflaquecia, se marchitaba en aquellos inmensos y magníficos salones, como una flor trasplantada á un clima contrario á aquel en que ha nacido.

Su presente no tenia mas que un solo objeto: Cristóbal; pero callaba porque estaba resentida.

Cristóbal, á quien Clotilde trataba aparentemente sin reserva; Cristóbal, que era todo corazon, se volvia hácia Gabriela; pero la posicion de Gabriela le rechazaba.

—Creerá que la busco porque es poderosa, decia. Y luego, ¿cómo puedo yo pretender casarme con una escelentísima señora, grande de España y millonaria?

Las preocupaciones sociales acercaban la distancia de casi todos nuestros personajes.

CAPITULO XIX.

EN QUE TERMINA NUESTRA REVISTA RETROSPECTIVA.

I.

María, entre tanto se construia la quinta, continuaba usando de su poder para conocer la verdadera situacion de espíritu de los séres á quienes amaba.

El marqués continuaba siendo su instrumento.

La mitad de su tiempo lo pasaba el marqués dormido, sirviendo á María.

Esta se lo llevaba siempre á un lugar solitario para sus investigaciones por medio del magnetismo.

Esto era robar al marqués por lo menos la mitad de su vida.

II.

María poseia, como sabemos, un manuscrito que contenia la historia de su familia; pero no le habia leido.

—Esto debemos conocerlo á un tiempo mi hermana y yo, se habia dicho: esto es, por decirlo así, un testamento, y los testamentos no deben abrirse sino delante de todos los herederos: la casualidad me ha confiado este manuscrito en depósito: yo debo guardarle lealmente. Por otra parte, yo no debo presentarme de nuevo á mi familia, hasta que ellos hayan fijado su destino: yo podia influir en él. Luis

me amaba, ó á lo menos yo le fascinaba: tal vez ejercia yo sobre él la terrible influencia que he heredado de mi padre, sin conocerlo y sin voluntad de ejercerla; pero el amor hácia una persona es ya una voluntad, y una voluntad poderosa: yo le amo aún; pero yo dejaria de amarle si yo le creyera infiel á mi amor. ¿Y quién sabe? Alfonsina es bella, espiritual; está en una posicion brillante; le ama con toda su alma. ¿Quién sabe? ¿quién sabe?

III.

María probaba una amargura infinita con la sola suposicion de haber perdido el amor de Luis.

La soledad del alma la espantaba.

El martirio del amor la hacia agonizar.

Ella no podia amar mas que una vez, y ya habia amado.

Renunciar á aquel amor único era renunciar á la vida.

Porque la vida de la mujer, tal como la mujer debe ser considerada, es el amor.

Primero el amor puro, inmaterial, soñado, el amor de los cielos, el amor de ángel de la adolescencia, de esa primera edad de la vida de la mujer en que todo es florido, fragante, fácil, bello, en que el amor no es mas que la aspiracion de un imposible divino.

Despues, á la vista de un hombre simpático, el amor de la vírgen se circunscribe, se fija en un objeto, le idealiza, le pone en armonía con su sueño; ve en el hombre amado un sér inmenso, un sér que es su universo, su gloria.

Para él solo vive, para él solo ama.

Despues el arcángel de la vida toca con sus alas de fuego el corazon de la vírgen, le llena de una voluptuosa agonía.

Comprende que el amor va mas allá del sueño, que el amor es la completa refundicion de un sér en otro sér, su identificacion.

La vírgen ha dejado de existir moralmente.

El amante se convierte para ella en esposo, y cuando la religion y la sociedad han consagrado su union, cuando la trasformacion completa se ha realizado, cuando á la adolescente, á la vírgen ha sucedido la mujer, la esposa, entonces un nuevo amor, un amor inmen-

so, infinito, escesivamente candente, sublime, inflama las entrañas de la mujer, y empieza su martirio.

Este amor es el amor de madre.

Este amor completa, llena el corazon de la mujer: la hace augusta.

Porque todas las madres dignas de este destino, todas las madres que se sacrifican por su familia, que no viven mas que para ella, que apuran por ella todas las privaciones, todos los trabajos, todos los martirios, son augustas.

La mujer es la base de la familia.

La mujer hace á los hijos buenos ó malos con su ejemplo ó con su enseñanza.

La mujer da la clave del misterio de la organizacion social.

Una madre impía, una madre miserable, una madre que ha dado á sus hijos el funesto ejemplo del vicio y de la infamia, no puede producir otra cosa que séres infames, cada uno de los cuales lleva á la sociedad con su contagio su parte de vicio y de infamia.

La educacion y la emancipacion de la mujer de todas las miserias posibles, debia ser el grande medio de la regeneracion de los pueblos.

Si quereis hacer buenos ciudadanos empezad por hacer buenas madres; empezad por levantar á la mujer á toda la altura de su dignidad: hacédsela comprender.

Y si habeis conseguido vuestro objeto, si habeis logrado crear la mujer creyente, ilustrada, pura, laboriosa, sencilla, dulce, consoladora, fuerte, cuando veais á esa mujer cumpliendo los deberes de esposa y madre, entonces comprendereis con cuánta razon decimos que las buenas madres son augustas.

IV.

María era del género de estas mujeres impresionables.

Para ella el amor no era el sentimiento grosero que estravía á la mujer y la hace despreciable.

Para ella el amor era una emanacion de los cielos.

Por lo mismo era esclusivo y delicado.

¿Le amaba del mismo modo Luis?

Ella le habia visto apasionado, loco por ella.

Pero ¿no podia ser este el resultado de una pasion puramente sensual?

El sér humano, para ser apreciado en su verdadero valor, necesita ser sujeto á una ruda prueba.

No hay virtud donde no hay valor para el martirio.

Por eso se habla de los elegidos de Dios.

V.

María era una gran mujer.

Estaba resignada á todo.

Para ella el amor de Luis, el amor como ella le comprendia, como ella le sentia, hubiera sido la bienaventuranza sobre la tierra.

Pero María era creyente, y desconfiaba.

María, que habia leido una y otra vez los libros santos, conocia bien aquella terrible sentencia cuya profundidad espanta:

«Las culpas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta generacion.»

Meditad bien esta sentencia, y vereis que nada tiene de injusta, que es completamente natural y lógica.

El hijo de lobo será lobo; pero dejando de unirse el hijo del lobo con una loba, el nieto será menos lobo que el abuelo, hasta que al fin la raza terrible se estinguirá, mezclándose sucesivamente con otras.

Esto comprueba que el hombre es la educacion y el ejemplo; esto comprueba lo que hemos dicho ya: de las buenas madres nacen los buenos ciudadanos; de las madres infames, los esceleratos, los mónstruos, los malditos.

VI.

María, como hemos dicho, agonizaba.

Su amor no podia esperimentar la duda sin que la duda fuese para ella un martirio, y María dudaba.

Su poderosa inteligencia la esplicaba los misterios del corazon.

Contemplándose tristemente al espejo, comprendia que su hermosura, á mas que por la forma, por la espresion, era maravillosa; que la naturaleza le habia dado, tal vez como una maldicion, todos los encantos que determinan una sed rabiosa en el hombre por una mujer, que le enloquecen, que le irritan, que le hacen capaz de todo, hasta de lo monstruoso del crímen.

María habia sufrido muchas persecuciones de enamorados tenaces, especialmente del marqués de Casa-Otero, de aquel malvado para el cual no habia iniquidad que pudiese contenerle, y que sin embargo parecia enamorado con todo su sér, con el cuerpo y con el alma, de María, y enamorado de una manera mortal.

La pasion de Luis por ella podia ser impura como la del marqués: podia ser un amor puramente sensual.

María necesitaba saberlo.

VII.

Así es que, inmediatamente despues de haber puesto fuera de su peligro á Cristóbal y de haber devuelto por medio de su estraño poder su posicion social á Gabriela, pensó en sí misma.

Un dia se llevó al monte al marqués, le durmió, le asió una mano y le dijo:

—Penetra en mi pensamiento.

El marqués se estremeció.

—Obedece, insistió María.

—Ya está.

—¿Qué ves?

El marqués gimió como quien esperimenta un dolor insoportable, y resistió.

—¡Responde! dijo María.

—Veo un hombre á quien adoras, un hombre que llena tu alma.

—¿Dónde está ese hombre?

—Espera que reconozca bien: es un gran campo.

—Mira.

—Es el campo de Guardias.

—¿En qué se ocupa?

—Hace maniobrar un escuadron de cazadores á caballo.

—¡Ah! ¿Qué divisas tiene?

—Divisas de comandante.

—¡Ah! esclamó con amargura María pensando en Alfonsina. Ha ascendido. ¿Cómo aparece de salud?

—¡Bien! ¡perfectamente! Está grueso y tiene muy buen color: es bello y parece alentado... consulta de tiempo en tiempo con impaciencia su reló.

—¿Qué hora es? dijo tristemente María, á quien el buen estado de salud de Luis contentaba por una parte y desolaba por otra.

—Las diez, contestó el marqués.

—Penetra en el pensamiento de ese sér. ¿Por qué se impacienta?

—Porque á la una debe asistir á un almuerzo: esto importa poco; el pensamiento del almuerzo se une en ese militar á una mujer.

—Llega á esa mujer por el pensamiento de ese hombre.

—¡Ah! ¡Mi sobrina la señora baronesa de Castell-d'oro! Ella tambien está impaciente: ella tambien consulta el reló que está sobre la chimenea de su tocador.

—¿En quién piensa ella?

—En él.

—¿No hay en el pensamiento de él, en el pensamiento de ella, ningun otro sér?

—Ninguno.

María sintió una nueva oleada de amargura que inundaba su alma.

—¡Ah! ¡Me han olvidado! esclamó.

—Tú eres una imbécil, dijo el marqués hablando por sí mismo. ¿Por qué has de amar á quien no te ama?

Se rebeló por un momento en María el sentimiento del amor propio ofendido, del egoismo irritado.

Ya hemos dicho que no hay virtud sin lucha.

—Veamos si me ama ó no, dijo María.

El marqués gimió de nuevo.

—Inspira un recuerdo mio á ese hombre, dijo.

—¡Ah! ¡ah! Esto es una crueldad: ese hombre no puede ni aun recordarte: yo tengo celos.

—¡Obedece!

—¡Ah! Natural, precisamente: yo he influido sobre él y se ha estremecido: su sangre ha latido con violencia: se ha llevado la mano sobre el corazon: estaba mandando el despliegue en batalla por secciones, y sus últimas palabras de mando se han ahogado en su garganta. ¡Ah! ¡ah! ¡Maldita seas! Me estás haciendo sufrir un tormento insoportable: ese hombre no ama á nadie mas que á tí. Pero ¡qué amor! ¡un amor como el mio!

—¡Como el tuyo! esclamó helándose de espanto María.

—Sí: materia, materia, y no mas que materia. Tu garganta, tus hombros, tus ojos, tus cabellos, tu sonrisa, tu magia, tu hermosura de arcángel humano con toda su fuerza imponderable de voluptuosidad, esto es lo que ama en tí ese hombre, esto y nada mas: verdad es que así son los amores de la tierra, y tú quieres amores del cielo.

—¡Yo sueño, es verdad! dijo María.

Y se apresuró á decir con las mejillas cubiertas de un vivo color:

—Borra mi recuerdo del pensamiento de ese sér.

—¡Ah! esclamó con alegría el marqués. Ya está: ha vuelto á la otra.

—¿Cómo la ama?

—Del mismo modo, pero con menos intensidad. Verdaderamente Alfonsina no puede inspirar una pasion tan volcánica como la que puedes inspirar tú; Alfonsina no tiene esa blancura ardiente, esa blancura deslumbrante, esa suavidad y esa trasparencia de la tez bajo la cual se ve circular la sangre; Alfonsina no alcanza á la encantadora armonía de formas, de color, de espresion, de alma, á que alcanzas tú; Alfonsina no posee un tal y tan exuberante lujo de encantos: tú eres una belleza que enamora, y sin embargo, ella te se parece en la forma, como te se parece Clotilde.

—¡Ah! ¡Clotilde, hermana mia!

—Clotilde es casi tú en el cuerpo y en el alma; pero ese casi, esa diferencia, es una inmensidad. Clotilde es hermosísima y fuerte y buena, pero pertenece á la tierra, y tú perteneces al cielo.

—Ella tambien hace el sacrificio de su amor.

—No, porque su amor por Cristóbal es un amor de la tierra, uno de esos amores que pueden dominarse: todo consiste en que Cristó-

bal la es simpático por su sencillez y por su nobleza de alma, y porque le gusta porque es un buen mozo. Clotilde lucha y sufre, pero su lucha y sus sufrimientos no son comparables con los tuyos... ¡Ah! ¡ah! ¡ni con los mios! ¡Mi alma se abrasa, María! ¡Yo sueño por tu amor una felicidad ignorada, una felicidad nueva!

—¡Olvida, olvida! se apresuró á decir profundamente contrariada María. Olvida y despierta.

VIII.

El marqués despertó de improviso y se levantó.

—¡Ah! Hemos tenido un sueño espantoso, dijo. Tú vas á dar fin de mí, María; esto es mucho, demasiado.

—Esto terminará bien pronto, Juan.

—Y luego...

—Luego... ¿qué sé yo? ¿Soy yo acaso adivina?

—Yo creo que tú eres todo lo que quieres ser.

—No, porque por medio de tí he querido leer en el porvenir, y no me has contestado nunca por mas esfuerzos que he hecho. El magnetismo puede conocer lo pasado y lo presente, pero Dios mantiene para él las tinieblas de lo porvenir.

—¡Ah! ¡ah! Entonces un gitano vale mas que un magnetizador, porque los gitanos adivinan.

—Supersticiones.

—¿De qué se puede asombrar quien conoce los fenómenos del magnetismo?

—Por el magnetismo el espíritu queda libre de la materia, y ve con toda su lucidez, pero no se convierte en un Dios.

—Bien: nosotros no llegaremos nunca á esplicar estos fenómenos: obstinarnos en comprenderlos seria esponernos á volvernos locos. Pero ¿adónde vamos por estos andurriales, María?

—Hace un dia hermosísimo, y esto es muy pintoresco.

—Sí, pero yo me canso: la naturaleza ruda, áspera, podrá ser muy bella, pero á mí no me conmueve: yo me aburriria y moriria de tristeza en la montaña mas alegre y mas pintoresca del mundo.

—Todas tus propensiones son groseras, Juan.

—No: yo no comprendo mas que lo positivo.

—Lo positivo es siempre lo grosero.

—Pero siempre es lo exacto: permaneciendo siempre en los límites de lo positivo, no nos vemos obligados á deplorar desengaños.

IX.

—¿Qué hora es? dijo María.

El marqués consultó su reló.

—Las once y media, dijo.

—Continuemos, contestó María.

—Pero continuemos volviéndonos hácia el pueblo, dijo el marqués: ya sabes que el bueno del alcalde gusta de comer á las dos en punto, y que como huéspedes no debemos hacerle esperar.

María se volvió maquinalmente.

Continuó delante del marqués profundamente pensativa.

El marqués siguió detrás de ella no menos meditabundo.

Así pasó mucho tiempo: se habian alejado.

Además, habian tomado un rodeo.

El pueblo aún estaba lejos.

X.

—¿Qué hora es? preguntó María.

—La una, contestó el marqués.

—¡La una! esclamó con dolor María.

Era la hora del almuerzo á que estaba convidado casa de Alfonsina Luis.

El marqués y María se encontraban en un lugar quebrado, completamente cubierto de árboles.

Por aquel lugar no pasaba ni aun un sendero.

—Siéntate, dijo María al marqués.

—¿Tenemos una nueva esplicacion? dijo este resistiendo.

—Siéntate, repitió María.

El marqués obedeció sonámbulo ya.

—Recuerda lo que has visto en el sonambulismo anterior.

—Ya recuerdo.

—¿Ves al comandante de caballería?

—El campo de Guardias está desierto: el escuadron ha desaparecido.

—Busca el punto en que el escuadron deja el campo de Guardias.

—Ya está.

—Síguele.

—El escuadron, con el bello comandante á la cabeza, atraviesa el campo de Guardias, entra por el portillo del Conde-Duque, y poco despues en el gran cuartel de caballería inmediato.

—Sigue al comandante.

—Desmonta en la puerta, sube al primer piso del cuartel, entra en su pabellon, y un asistente le cambia el uniforme por un elegante traje de paisano: el comandante baja, entra en un carruaje de alquiler que ha mandado buscar, y se hace conducir á la casa de mi sobrina.

—¿Qué hora es?

—La una y cuarto.

—¿Dónde está Alfonsina?

—En su tocador.

—¿Todavía?

—Las mujeres cuando quieren agradar no acaban nunca de ataviarse.

—¿Entra en el tocador el comandante? dijo levantándose con visible violencia María.

—No tanto: entra en el salon.

—¿Y Alfonsina?

—Continúa dándose la última mano.

—¡Cómo!

—Las mujeres cuando son amadas se hacen esperar.

—Sigue.

—Algunos minutos despues de la entrada en el salon del comandante, se oye en el gabinete sobre la alfombra el roce particular de un traje de seda. El comandante se vuelve ansioso hácia la puerta por donde penetra aquel ruido; pero al entrar la jóven que le causa, palidece: se ha engañado: no es Alfonsina; es Clotilde.

—¿Se hace esperar todavía Alfonsina?

—Está impaciente, pero quiere saber si el comandante se impacienta tambien.

—¿Se tratan con confianza Clotilde y el comandante?

—Sí, como amigos que se ven todos los dias.

XI.

—Dime lo que hablan, dijo despues de algunos instantes de meditacion María.

—¿Está usted triste, Luis? dice Clotilde. Algun recuerdo, ¿eh?

—No, no, responde el comandante: no es un recuerdo lo que me tiene triste, es un temor.

—¿Temor de qué?

—De que no se me recuerde cuando no se me vea por... mis amigos.

—¡Cómo! ¿Sus amigos de usted van á estar en el caso de no verle?

—Sí, Clotilde, sí; mi regimiento ha sido destinado de guarnicion á Barcelona: el gobierno teme allí trastornos. ¡Maldita política! Se conspira...

—¿Y cuándo marcha el regimiento? dijo Clotilde á punto que Alfonsina, sin ser vista, aparecia en la puerta del gabinete, se detiene y escucha.

—Dentro de ocho dias.

Alfonsina se vuelve sin hacer ruido, y desaparece.

XII.

—¿Adónde va Alfonsina?

—A su gabinete particular.

—¿Qué hace?

—Espera: abre un secreter: espera aún: escribe.

—Lee lo que escribe.

—«Marqués: El regimiento de Pavía ha sido destinado á Barcelona, segun acabo de saber. Usted sabe tambien, porque todo el mun-

do lo dice, que podrá suceder muy bien que yo me case con el comandante del segundo escuadron de ese regimiento. Creo tener bastante confianza con usted para suplicarle deje en Madrid, en comision del servicio, al comandante Luis Alvarez, que dejará de ser militar en el momento en que sea mi marido...

—¡Ah! Alfonsina se olvida de las conveniencias, dijo severamente María.

—Alfonsina está loca: Alfonsina se ha olvidado de que tú eres la prometida de ese hombre, y ese hombre se ha olvidado por Alfonsina de que tú le amabas. Son indignos de tí, María.

—Sigue.

—¿Quieres que continúe leyendo la carta?

—No: sigue á Alfonsina.

—Alfonsina entra en el salon.

—Bien.

—¿No quieres que te diga la larga mirada que se ha cruzado entre los dos?

—No, esclamó gimiendo María.

—¡Oh! El amor tal como tú le sientes es un sueño irrealizable, y cuando el sueño se desvanece, un martirio... ¡Pobre María!

—No, no: la voluntad de Dios se cumple: yo no he nacido para ser feliz.

—Sin embargo, si tú quisieras encontrarias á ese hombre.

—No: yo no quiero lo que no sale del corazon.

—¿No quieres ver lo que pasa en el almuerzo?

—No: esperemos á que concluya.

XIII.

María dejó pasar una media hora.

—¡Mira! dijo al marqués.

—El almuerzo está en los postres: Clotilde está fastidiada: los dos enamorados no piensan mas que en ellos mismos.

—¿Conque han llegado á ese punto?

—Sí: se aman con un delirante amor de la tierra. Clotilde está irritada: piensa en tí, pero con su gran fuerza de voluntad disimula su irritacion.

María permaneció algun tiempo mas sin interrogar al marqués.

—¡Mira! le dijo al fin.

—El almuerzo ha terminado: Alfonsina y tu hermana dejan solo al comandante.

—¿Para qué?

—Van á tomar su abrigos y sus sombreros.

—¿Para qué?

—Hace un hermosísimo dia, un dia muy á propósito para pasear por la Fuente Castellana: el comandante debe acompañarlas hasta el carruaje.

—¡Pero, Dios mio! ¿qué hora es? esclamó Alfonsina.

—Las tres: hemos hecho esperar una hora á nuestro buen alcalde, y lo que es peor, le hemos puesto en cuidado. Las mujeres cuando piensan en sus amores no se acuerdan de nada.

XIV.

En efecto, el alcalde habia aguantado ese conocido semidolor de estómago que procede de hacer esperar al apetito.

Mas las escusas de María fueron graciosamente aceptadas.

Se creyó que se habian perdido en el monte y que no habian podido llegar á tiempo.

Todo se redujo á que el alcalde comió doble y gruñó con su mujer porque le pareció la comida escasa.

XV.

María no perdia de vista nada.

Por medio de su sonámbulo, esto es, del marqués, estaba al corriente.

Multitud de avisos habian llegado anónimos á Cristóbal, y por medio de ellos este habia logrado librarse de uno y otro lazo sagazmente tendido.

Vicente el Lobo, que á causa de la Guardia Civil no podia hacer libremente fechorías de bandido, andaba pobre y desesperado.

Su banda, en la cual se encontraban Josefa y la marquesa de Satorres, morian ó poco menos de miseria.

Las sentencias que pesaban sobre ellos les impedian mezclarse á la sociedad y sacar partido de ella.

La secuestracion de Cristóbal era para ellos una esperanza, porque tenian la seguridad de que Alfonsina y Clotilde, que eran millonarias, darian cuanto se les pidiese por la libertad de Cristóbal.

Un dia María los buscó por medio del marqués.

—No están en el sitio de costumbre, dijo el marqués.

—Retrocede hasta que los encuentres.

El marqués permaneció en silencio algun tiempo.

—¡Ah! dijo. ¡Buenos canallas!

—¿Qué hacen?

—Es la noche: están sobre el camino de Madrid á Segovia, y roban una diligencia.

—¡Oh!

—Sí.

—¿Y están todos?

—Sí: todos, inclusas ellas.

—¿Pepa y la marquesa?

—Sí.

—¿El robo es de consideracion?

—Sí: veinticinco mil duros que lleva ó llevaba en una caja el marqués del Paso.

—¿Y el robo se consuma?

—Sí.

—¿Y qué hace la Guardia Civil?

—Está á una legua de distancia por la una y por la otra parte: estos bribones saben bien lo que hacen.

—¿Cuántos son los viajeros?

—El marqués del Paso con su familia, compuesta de seis personas y ocho criados.

—¿Cometen escesos los bandidos?

—No: los bandidos están ya muy civilizados, y por otra parte, no les conviene convertir en crímen su delito.

—¿Qué sucede?

—Quitan las mulas á la diligencia, montan en ellas y escapan hácia la sierra.

—Búscalos dos horas mas tarde.

—Entran en un lugar bravío y solitario: se hace el reparto.

—¿Cuántos son?

—Cinco, inclusas ellas.

—Tocan pues á cinco mil duros. Búscalos cinco dias despues.

El marqués permaneció en silencio algunos segundos.

—¡Ah! dijo. ¡Ya los veo! Están en un hotel de Burdeos, perfectamente alojados, perfectamente vestidos, representando una familia: hacen su equipaje.

—Deja pasar otros cuatro dias: búscalos ahora.

—Están en el teatro de la Grande Ópera de París: deben haber hecho algun buen negocio, porque ellas ostentan con gran lujo magníficas alhajas.

—Busca ese negocio.

—Ya estoy: Pepa se ha convenido con un príncipe ruso: le ha obligado á gastar doscientos mil francos en joyas, cien mil en muebles, cincuenta mil en tren: á los tres dias le ha puesto á la puerta, y se ha metido con un lord que ha pagado doble.

—¿Y la marquesa?

—Es diestra, conoce perfectamente su oficio, y ha robado á uno de los mas ricos joyeros de la calle de la Paz: le ha robado un aderezo de valor de quinientos mil francos, auxiliada por Vicente.

—¿Y cómo ha podido ser ese robo?

—La marquesa ha ido convertida en una alteza en uno de los trenes comprados por el ruso; su elegancia, su finura, su aspecto, han hecho creer al joyero que se trataba de una princesa estranjera, y ha sacado sus mas ricas alhajas: entre ellas un aderezo de perlas negras de valor de trescientos mil francos.

—Le espero esta misma tarde, ha dicho la marquesa; esta noche quiero asistir con él á la recepcion de la princesa de Morlongi.

—Perfectamente, señora.

—Envie usted un dependiente con la factura.

—Muy bien.

—Que se pregunte por mi marido: por monsieur el conde de Aguascorrientes: grande hotel del Louvre.

—Muy bien, señora.

Aquella tarde el joyero ha ido en persona al grande hotel.

Ha preguntado por monsieur el conde de Aguascorrientes.

Le han indicado el cuarto número 2: un cuarto compuesto de muchas piezas, donde solo se alojan príncipes, y que uno de los socios de Vicente habia tomado por un mes, pagando diez mil francos.

El joyero conocia mucho aquel cuarto.

Habia llevado á él joyas para varios personajes estranjeros.

Le recibió Vicente, admirablemente vestido de lacayo.

—Tenga usted la bondad de pasar, dijo: la señora espera en su gabinete, y con suma impaciencia, porque me ha preguntado no sé cuántas veces si habia usted venido.

El joyero entra confiadamente con su rico estuche debajo del brazo.

Atraviesa un salon, otro; llega en fin á un gabinete.

El joyero se siente de improviso cogido por detrás, y que dos manos le tapan la boca.

Vicente le pone en dos segundos lo que los ladrones llaman el atraque, esto es, un pañuelo, una de cuyas puntas anudada se mete en la boca: el todo se sujeta con otro pañuelo que se ata á la nuca.

Entre tanto, otro hombre á quien el joyero no ve le ata fuertemente los brazos y los piés.

Luego le arrojan sobre un lecho y le echan un colchon encima.

En fin, en el centro de París, en medio de la poblacion mas cuidadosa del mundo, en la cúspide de la civilizacion, se comete un robo audaz.

Vicente y su consocia, igualmente vestida de lacayo, salen cerrando las puertas.

Bajan tranquilamente, ganan la calle, y desaparecen.

Pasan dos horas; y como en París se repara en todo, hasta en lo mas insignificante, se estraña que no haya salido el joyero, que es muy conocido en el hotel.

Se sospecha; se sube; se llama á la puerta: nadie responde.

Se espera; se vuelve á llamar.

Igual silencio.

Se llama por tercera vez, y solo entonces se acude al comisario, que se presenta con dos sargentos de la villa.

Se llama de nuevo; se llama hasta por tercera vez.

No obteniéndose contestacion, satisfechas las formalidades legales, se fuerza la puerta y se encuentra...

El departamento abandonado, y sobre un lecho, amordazado, atado y cubierto por dos colchones, el desdichado joyero casi asfixiado.

Se le desata, se le libra del atraque, y solo entonces, con la voz desfallecida, el joyero esclama:

—¡He sido robado! ¡Un aderezo de perlas negras! ¡Trescientos mil francos!

El comisario instruye sobre el terreno el proceso verbal, y con arreglo á los datos que se le han dado da instrucciones á sus agentes y los suelta en busca de los ladrones.

Pero es imposible dar con ellos.

La marquesa, Vicente y su compañera, para preparar este delito y cometerle, se habian desfigurado completamente: habian cambiado hasta de voz.

La policía no podia dar con ellos.

Por eso están con tal tranquilidad en un palco de la Grande Ópera, todos juntos, asistiendo á una representacion de *Guillermo Tell.*

—Adelante: síguelos.

—Han pasado dos dias: están en Bélgica, en Bruselas: entre Francia y Bélgica no hay tratado de estradicion de criminales. El aderezo ha sido vendido con ganancia, puesto que se han percibido por él trescientos veinte mil francos.

Pepa ha realizado las alhajas y los mueblajes y los trenes debidos á la ostentosa estupidez de sus dos amantes de un dia, el príncipe ruso y el lord: estos valores, y varios otros robos cometidos, han producido para la sociedad un capital de mas de un millon de francos.

La compañía piensa en trasladarse á los Estados-Unidos para centuplicar este capital, si le es posible, por los buenos medios.

—Dejar libres á los grandes bandidos, cuando se les puede hacer caer en manos de la justicia, murmuró profundamente María, es cometer un delito de lesa sociedad, un delito imperdonable.

—¡Ta! ¡ta! ¡ta! ¿Y qué medio habia? ¿Nos habíamos de haber convertido en denunciadores? ¿Quién tiene cara para ello?

—Hemos podido y debido hacerlo de una manera conveniente.

—¡Bah! ¡bah! Dejemos á todo el mundo que viva: el príncipe ruso y el ilustre lord no se han arruinado enteramente por los regalos que han hecho á esas dos princesas; y en cuanto al joyero, se ha hecho millonario poniendo una mitad por lo menos de precio mas á los estranjeros que se han servido de él: en una sola vez ha sido hombre de bien, y cabalmente esa vez le han robado. La Providencia, María: yo voy creyendo en la Providencia.

—¿De modo que estamos seguros de ese canalla? dijo María.

—Indudablemente: porque como dentro de España estarian en peligro de muerte, cuidarán lo bastante de su salud para no volver á España. El miedo es muy grande.

—Se acerca pues el término de nuestra mision: despierta y olvida.

XVI.

Nada tenian pues que temer nuestros personajes.

El único enemigo que les quedaba era el marqués de Casa-Otero, y este estaba sujeto á la voluntad de María.

Entre tanto, llegó el término de la construccion de la riquísima cabaña, y la inauguraron con una fiesta, á la que, como sabemos, habian sido convidados por el alcalde de Matillas, Alfonsina, Clotilde, Luis y Cristóbal.

CAPITULO XX.

EN QUE MARÍA HACE UN NUEVO Y MARAVILLOSO DESCUBRIMIENTO SOBRE EL MAGNETISMO.

I.

—¡Esto es bellísimo, señor alcalde, esto es bellísimo! dijo Alfonsina entrando en el recinto de la quinta. ¡Admirable! ¿Quién ha tenido el capricho de construir aquí esa gran cabaña? ¡Delicioso sitio, Clotilde!

—Esa cabaña es un pasmo, señora, un verdadero pasmo, dijo el alcalde: ella sola vale mas que todo el pueblo.

—Pero ¿quién? ¿quién? dijo Clotilde.

Y al mismo tiempo dió un grito.

María acababa de aparecer en el vestíbulo, apoyada en el brazo del marqués.

Luis se puso densamente pálido.

María estaba sencillamente vestida de blanco, con una caida azul y una cinta del mismo género sobre los cabellos.

Este era su único prendido.

El traje no pasaba de ser de muselina; pero adquiria tal elegancia sobre la jóven, que parecia riquísimo.

El marqués vestia sencillamente de levita negra.

II.

Las tres jóvenes se abrazaron estrechamente.

—¡Y para mí nada! dijo el marqués.

—¡Ah, mi querido tio! dijo Alfonsina. ¿Tú estás ahí?

—Sí, hija mia, sí; pero cuenta con lo que dices, añadió en voz baja y rápidamente al oido de Alfonsina: yo aquí me llamo don Santiago de Guzman.

—Perfectamente. Pero ¿qué es esto? Yo necesito una esplicacion.

—Esto es muy sencillo, dijo María: me caso.

—¿Que te casas? esclamaron Alfonsina y Clotilde.

—¿Que se casa? esclamaron el marqués y Luis.

—Sí, hijos mios, sí, dijo María: una jóven huérfana, á cierta edad debe casarse.

—¿Y con quién te casas?

—¿Con quién? contestó María sonriendo. Con el hombre que mas me ha amado en el mundo, con el hombre que ha llegado por mí á todo, con el hombre á quien yo rechazaba porque no le conocia; pero...

—¿Conmigo? dijo el marqués, que estaba pálido como un muerto.

—Cabalmente, dijo María mirando de una manera melancólica: esto era una sorpresa que yo guardaba para todos. Pero no nos casaremos aquí, ni en Madrid, ni en España: nos casaremos en los Estados-Unidos.

—¡Ah! esclamó el marqués.

Y luego añadió para sí:

—Es verdad: entre los Estados-Unidos y España no existe tratado para la estradicion de criminales. Allí, como en Inglaterra, como en Bélgica, se estima mucho el aumento de poblacion, y sobre todo tratándose de séres inteligentes.

III.

Luis estaba á punto de desesperarse.

María le miraba como si absolutamente no le hubiera conocido.

—Esto es pues, dijo María, una entrevista de despedida.

—¡Encontrarte para perderte! esclamó Clotilde.

—No, hermana mia, no: una ausencia de algun tiempo, durante la cual vosotras os casareis tambien.

—Yo no me casaré nunca, dijo Clotilde.

Pasó una espresion de agonía por el semblante de Cristóbal.

En cuanto á Alfonsina, se puso vivamente encendida.

No se atrevia á decir que no se casaria.

—Entremos, entremos, dijo María: quiero que veais el regalo de bodas que he preparado á una criatura á la que amo con toda mi alma.

Y envolvió en una larga y cariñosa mirada á Alfonsina, cuya confusion creció.

En cuanto á Luis, se sentia malo.

La hermosura de María le deslumbraba.

Entraron.

—¿Qué es esto? dijo el franco Cristóbal á Clotilde, junto á la cual iba detrás de María y de Alfonsina.

—No lo sé, contestó Clotilde.

—Me parece que Alfonsina habla con intencion.

—Yo creo que no.

—Alfonsina está turbada...

—A Alfonsina le ha arrastrado su corazon, y hace un disparate.

—¿Un disparate, casándose con Luis?

—Sí.

—¡Ya se ve! ¡Tanto oro!... ¡la otra lejos!...

—Pero ahora...

—¡Es verdad! María está que deslumbra.

—Sí, está hermosísima, dijo Clotilde.

—¿Y crees tú que ama á ese pícaro de marqués?

—¿Quién sabe?

—Yo creo que se sacrifica.

—¡Silencio! Repara en que hablamos demasiado.

—Pues yo tengo que hablarte despues.

—Bien, hablaremos. Ahora silencio: unámonos á ellos.

IV.

María mostró la casa á todos, y á todos les pareció admirable.

—¿Y quién es la persona á quien vas á dar esta casa como regalo de bodas? dijo Alfonsina aprovechando un momento en que con María estaba lejos de los demás.

—A tí.

—¿A mí? esclamó aturdida Alfonsina.

—Sí: el dinero con que se ha construido esta quinta, un dinero que constituye mi herencia y la de Clotilde, ha estado fielmente guardado por fantasmas en una quinta que te pertenece, y que está arruinada. Esta quinta, está á una hora y media de Madrid, y en ella puedes pasar los primeros dias de tus bodas.

—Pero ¿quién te ha dicho que yo me caso? contestó mas aturdida, mas confusa aún Alfonsina.

—He leido una carta que escribiste hace dos meses al ministro de la Guerra suplicándole retuviese en Madrid á Luis: en esa carta le hablabas de tu próximo casamiento con él.

—¡Ah! ¡Perdóname, perdóname, María! Yo he sido débil... yo he debido sacrificarme... Tú...

—Yo me caso tambien, dijo tranquila y sonriente María.

—¿Con mi tio?

—Sí, con tu tio.

—Con un miserable que te ha puesto á punto de morir desamparada.

—Por el esceso de su amor.

—Con un perseguidor de tu madre.

—Pero que nada tuvo de comun con mi madre.

—¿No amas á Luis?

—No.

Contestó con tal firmeza María, que la nube que cubria la frente de Alfonsiña desapareció.

—¿Que no le amas? dijo.

—¡Debilidades! Mejor dicho, yo creia... pero al conocer verdaderamente el amor, he comprendido que no habia amado.

—¿Y ha sido mi tio quien te ha hecho comprender el amor?

—Sí, en fuerza de respeto, de abnegacion, de sacrificios.

—Pero está manchado de crímenes.

—Yo le convertiré.

—¿Hablas de buena fé, María?

—Con toda la buena fé de mi alma.

—Acabas de hacerme feliz, esclamó sonriendo Alfonsina: yo tenia remordimientos.

—¡Remordimientos por tener corazon! Luis es digno, dignísimo de ser amado. Él será feliz contigo: tú serás feliz con él.

En esto, y como habiendo dado vuelta por un gabinete entraron en el comedor, lleno ya de convidados, las dos jóvenes guardaron silencio.

V.

El almuerzo, á que asistieron la aristocracia del pueblo y los recien llegados, fué espléndido y alegre por parte de todos, menos por Luis, Cristóbal y el marqués, que estaban profundamente preocupados.

La clase media é ínfima del pueblo almorzaron por grupos en el jardin.

Despues hubo un gran paseo por los contornos, que no se terminó hasta la hora de la comida, que fué tambien espléndida.

Por la noche hubo baile en el jardin, que estaba iluminado á la veneciana.

La atmósfera era tibia y odorífera, con ese perfume característico del campo; pero á las diez se terminó la fiesta.

VI.

Por un designio intransigente de María, Alfonsina y Clotilde, y Luis y Cristóbal, se quedaron en la quinta.

Ellas debian dormir en el departamento de María; ellos en el del marqués.

Cuando el sueño dominó en la quinta, María se levantó silenciosamente y salió por un postigo que dejó abierto.

María fué á perderse entre los árboles en el estremo oriental del jardin.

Hacia una luna clarísima.

Era la media noche.

Todos dormian profundamente, todos, incluso Luis; pero este, y como á impulsos del sonambulismo, se levantó y se vistió.

Luego marchó recto, acompasado, como marchan los sonámbulos.

Encontró las puertas del departamento del marqués, y llegó al postigo que María habia dejado abierto.

Poco despues llegaba delante de María, se detenia y permanecia inmóvil.

A la pobre jóven la latia el corazon.

Amaba á Luis á pesar de todo con toda su alma, y allí, en aquel lugar umbroso, á la luz de la luna, sonámbulo, con el alma abierta, le parecia hermosísimo.

—No, yo no lo haré: yo podria decidirle por mí, hacerle olvidarse de todo lo que no fuese yo; pero no, no debo: Alfonsina le ama, Alfonsina moriria si no fuese suya: Alfonsina es buena: cierto es que sabia cuánto amaba yo á Luis, que me le ha robado; pero ¿hemos de pedir á todo el mundo el heroismo del martirio? ¡No! ¡Eso no puede ser! Además, yo no he nacido para la felicidad; y luego, él no me ama como yo necesito ser amada. Si me hubiese amado como le amo yo, no hubiera amado á otra.

VII.

Heladas gotas de sudor corrian por la hermosísima frente de María.

Luis permanecia delante de ella de pié é inmóvil.

—Respóndeme sin saber á quién respondes, como responderias á la voz de tu conciencia, dijo María.

—Pregunta, contestó Luis.

—¿Qué deseas?

—Deseo á María.

—¿La amas?

—No.

María gimió.

Pasaron algunos segundos de silencio.

—¿La has amado? dijo al fin la jóven alentando apenas.

—No.

—¿Entonces pues, qué has sentido por ella?

—La fascinacion del deseo, la satisfaccion de la vanidad.

—¿Tú creias que la amabas?

—Sí: el hombre se engaña continuamente; toma por una accion del espíritu lo que solo es una accion de la materia.

—¡Oh, Dios mio! esclamó María. ¡Y qué terrible es la verdad!

VIII.

Pasaron algunos momentos mas de silencio.

María respiraba con dificultad.

—¿Has sido infame con alguna mujer? preguntó al fin.

—No: me ha contenido siempre un profundo respeto á mí mismo.

—¡Vanidad siempre!

—El hombre no es mas que vanidad.

—¿Has amado alguna vez?

—No: el amor, tal cual le concibe la criatura que me habla, no existe, es absurdo.

—¿Absurdo el amor del alma?

—Sí, porque en la naturaleza en nada puede tomar parte el espíritu sin que la tome tambien la materia.

—De modo que el amor, segun yo le concibo, es una aspiracion de los cielos.

—Es un sueño de la eternidad.

—¿Amas á Alfonsina?

—No.

—¿Y te casas con ella?

—Sí.

—¿Y ella te ama?

—Como yo he amado á María.

—¿Te acuerdas de María?

—Sí: ardo por ella.

—¿Y el alma?

—El alma de María es su hermosura.

IX.

—¡Oh, Dios mio! esclamó María. ¡Y esto es el amor! ¡Y á esta cosa miserable se sacrifica una mujer! ¡Buscando esto empeña su alma y se hace horriblemente desgraciada!

—¡Tú sueñas! dijo Luis, que en la lucidez de su sonambulismo producia una tras otra verdades desgarradoras.

—No: yo no he soñado; yo he creido. Porque dime: ¿te acuerdas, te acuerdas de aquellos dias en que estabas en el hospital? ¿Te acuerdas de lo que me decias cuando yo te saqué de él, cuando me veias fatigada sobre mi trabajo, velando, sufriendo de una manera doble en el cuerpo, é incomparablemente en el espíritu? ¿Te acuerdas, di?

—Yo estaba entonces enfermo, desesperado; yo me volvia colérico hácia el único sér que me protegia. ¡Eras tú! ¡Tú me parecias un ángel! ¡Todas mis esperanzas se detenian en tí, no pasaban mas allá! Despues... despues...

—Sigue.

—Despues el horizonte de mi esperanza se ha ensanchado, ha ido mas allá de tí...

—¡Alfonsina!

—Alfonsina me adora.

—¡Ilustre! ¡millonaria! ¡hermosa!...

—Tú habias desaparecido...

—Y era además pobre y sin nombre.

—Hay algo que induce mas al hombre que la hermosura de una mujer, dijo Luis, cuya conciencia seguia hablando: la consideracion, la posicion, el respeto de los demás: la hermosura se encuentra por todas partes.

—¡Es verdad! La hermosura es un capital muy pequeño. ¿Por qué obstinarse por la hermosura de una mujer dada, cuando á poco

que andeis encontrareis hermosuras fáciles? Todo lo que es materia se compra y se vende; y el que tiene una gran posicion, el que es rico, puede saciarse de hermosura... Bien, sí; lo recuerdo todo: yo he soñado, sí, yo he soñado; yo he sacrificado mi alma á una mentira. ¿Cómo conservar el recuerdo de la huérfana, de la mujer sin nombre, cuando se tiene el amor de una ilustre y riquísima jóven envidiada por todos? ¡Sí! ¡sí! ¡tienes razon! ¡Lo positivo! ¡Este es hoy el único móvil de la actividad humana! ¡Lo positivo! ¿Quién cree que lo positivo es casi siempre lodo y muchas veces sangre? Un loco á quien no se debe oir, á quien es necesario dejar pasar sin concederle cuando mas otra cosa que una mirada y una sonrisa de humillante compasion.

—Tú sueñas, repitió Luis.

—Tú ignoras, dijo María.

—¿Que yo ignoro?

—Sí; y yo no quiero que ignores: lee en mi alma, en mi pensamiento, como yo leo en el tuyo.

X.

—¡Ah! ¡María! ¡María! ¡mi ángel! esclamó despues de algunos momentos de silencio y estremeciéndose poderosamente Luis.

—¿Qué ves?

—Tu hermosura.

—¿No ves mas?

—Tú eres inmensamente rica.

—¡Busca, busca mas!

—Tú eres hija legítima.

—Busca mas.

—No veo mas.

—Es que no quieres ver mas: nada te importa el amor mio sin embargo.

—¡Ah! esclamó Luis exhalando un gemido. Tú me desprecias.

—¿Y qué te importa?

—Yo no merezco ese desprecio horrible.

—Te engañas: tú crees desprecio lo que solo es repulsion: yo sue-

ño, sí, pero no sueño respecto á tí: respecto á tí he despertado: yo no te desprecio ni te aborrezco, porque yo no desprecio ni aborrezco á nadie: no me eres tampoco indiferente, porque á mí no me es indiferente ningun desgraciado, y tú sufres la gran desgracia de no tener alma; pero relativamente á mí, me eres de todo punto indiferente: en otro tiempo, cuando yo soñaba, una sola mirada tuya á otra mujer me hubiera causado una horrible herida en el alma: ahora, ¿qué me importa? Nada. Cásate con Alfonsina: tú la harás feliz, porque ella satisfará tu egoismo, y serás feliz por ella. En cuanto á mí, yo seré feliz tambien, pero con una felicidad triste, con una felicidad perdida en un aislamiento absoluto: yo he heredado el alma de mi madre y la maldicion de mi padre: yo no puedo ser feliz mas que matando mi corazon, renunciando á todo.

—¿Renunciar á todo? ¿Y por qué? respondió el espíritu de Luis.

—Porque nada hay para mí sobre la tierra.

—Sí: para toda mujer hay una felicidad inmensa: el amor de los hijos.

XI.

María se sobrecogió: se la inundó el alma de un afecto desconocido, de un afecto inmenso.

—¡Hijos! ¡hijos! Para ello es necesario arrostrar un sacrificio inmenso: pertenecer yo á un hombre.

—Puedes convertirle por el amor.

—Pero no puedo amarle jamás.

—Tendrás al menos la felicidad de haber convertido á un miserable, de haberle salvado.

—¡Ah! esclamó María. ¿Quién me habla por tu boca?

—Un buen espíritu.

María tembló.

Aquello era una especie de revelacion, un fenómeno del magnetismo que ella no conocia.

—Apuraré ese sacrificio horrible.

—Tú sueñas, tú no conoces el corazon: el único hombre que te

ha amado ha sido Juan del Valle de Sos: la única persona para quien Juan ha tenido y tendrá alma es para tí.

—¡Ah! ¡Yo no comprendo!

—Por tí ha llegado Juan hasta lo horrible; por tí habria sido capaz de todos los crímenes: de la misma manera que has podido perderle, puedes salvarle. Además, ¿no has pensado en casarte con él?

—Por poder vivir á su lado, lejos de España, sin dar lugar á dudas acerca de mi reputacion, pero completamente separada de él.

—Esto seria abusar de la mas respetable de las instituciones sociales: esto seria en tí una falta imperdonable: tú sueñas siempre. Además, tú amarás al marqués.

—¿Yo?

—Sí, tú. ¿Acaso el sér humano ha podido descifrar jamás los misterios de su alma? ¿Hay alguno que pueda decir: yo me conozco?

—¿Quién me habla todavía?

—Siempre un buen espíritu.

—¿No tiene en esto parte alguna Luis?

—Luis no es mas que un medio: Luis en este momento no existe ni mas ni menos que si fuese un cadáver.

—¿Es decir, que el sér humano puede por medio del magnetismo ponerse en contacto con la eternidad?

—Un cristiano no debe hacer esa pregunta: debe creer en la revelacion. ¿Por qué lo que acontecia en tiempo de los profetas y de las sibilas no ha de acontecer ahora? ¿Por qué no ha de hablar alguna vez el oráculo?

XII.

El sobrecogimiento de María creció.

Un espanto frio la dominaba.

—El hombre es ciego, continuó la voz de Luis: continuamente desciende á él la revelacion en el sueño: los sueños no son otra cosa que un fenómeno magnético que se opera por sí mismo. ¿Por qué el hombre no conoce la voz de la eternidad que le habla en sueños?

—¿Estoy yo dormida? esclamó María.

—Sí: estás sonámbula.

—Pero tengo voluntad.

—Es que tu sonambulismo proviene de tí misma.

—¿Puedo pues despertar cuando quiera?

—Indudablemente.

Entonces María hizo un poderoso esfuerzo y despertó.

Luis estaba delante de ella, en pié é inmóvil como un cadáver.

María recordaba perfectamente todo lo que habia oido, todo lo que habia soñado.

Examinó su alma, y vió que Luis la era completamente indiferente; mas aún: en el lugar de Luis habia quedado otro hombre.

—¿Es que has visto la verdad? dijo la voz de Luis como respondiendo á la estrañeza de María.

—¿Es siempre un buen espíritu el que me habla? dijo María.

—No: el buen espíritu ha desaparecido; pero yo veo.

—¿Y en efecto amo yo al marqués?

—Le amas desde poco tiempo despues de estar á su lado.

—Yo no he conocido ese amor.

—Has tenido compasion de él, y la compasion en la mujer es el prólogo del amor.

—Pero una mujer digna no puede amar mas que una vez.

—Tú no has amado hasta ahora.

—¿Y tú?

—Yo he sido para tí un hombre en que has creido ver tu bello ideal: yo he sido para tí un sueño: tú tenias necesidad de amar, y engañada, creias amarme.

—¡Oh! ¡Mis pensamientos se embrollan! ¡Esto es un caos! ¡Yo estoy fatigada! ¡Véte! ¡Vuélvete allí de donde has salido, á la estancia en que estabas cuando yo te llamé! ¡Véte y olvida!

XIII.

Luis se alejó en paso igual, acompasado, nervioso, recto é inflexible como habia venido.

María estaba anonadada.

Sentia sobre sí algo desconocido, algo misterioso, y continuaba el pavor envolviendo su alma.

Hizo poderosos esfuerzos, como los que hace para despertar el que sufre una pesadilla infernal, y no pudo despertar porque estaba despierta.

La luna inundaba su semblante.

Sentia el fresco del césped sobre el cual estaba sentada: veia junto á sí los troncos de los árboles.

Su mirada se perdia en los oscuros fondos.

Oia el leve murmullo de las hojas, agitadas lentamente por el viento.

Aquel viento perfumado, fresco, dulce, acariciaba su frente calenturienta.

—¡El marqués! ¡el marqués! ¡que yo amo al marqués! decia. ¡Oh! ¡no! ¡Esto es imposible!

Y sin embargo, el pensamiento de María se volvia á cada momento mas tenazmente hácia el marqués.

Veia, ó por mejor decir, recordaba con tal fuerza que le parecia verle, su mirada triste y resignada.

Por la primera vez el marqués le pareció hermoso.

—¡Oh! ¡La materia! ¡siempre la materia! esclamó. ¡La materia humanizándolo todo!

Y María se estremeció.

Entonces, por un impulso irresistible, lanzó su pensamiento y su voluntad hácia donde estaba el marqués, y dijo:

—Ven.

CAPITULO XXI.

UNA TRASFUSION DE FLÚIDO.

I.

Cinco minutos despues, el marqués, completamente vestido como lo habia estado durante la fiesta, y perfectamente sonámbulo, se detenia delante de María.

—Aléjate un tanto entre los árboles, y cuando hayas llegado despierta.

El marqués se alejó, y cuando estuvo en lugar desde el cual no podia ver á María, despertó.

—¡Diablo! dijo. ¿Qué es esto? Yo pensé que me habia acostado; pero estoy completamente vestido. Es verdad, no me desnudé: la noticia que María ha dado á todos me ha caido encima como un mundo. ¡Que se casa conmigo! Y bien, ¿para qué? Ella no me ama; ella no puede amarme; á quien ella ama es á ese Luis, á quien yo mataria de buena gana. ¡Matar! ¡matar! Yo no sé por qué me repugna ya esta idea; no sé por qué me acuerdo con espanto de aquel pobre diablo de Francisco á quien maté en el monte de Matalobos, y por cuya muerte ese diablo de Cristóbal me atravesó los carrillos y me metió una bala en la espalda; yo no sé por qué todo esto: toda mi vida pasada me parece un sueño espantoso. Esto es la fascinacion que ese arcángel ejerce sobre mí; esto es que su alma se va mezclando á la mia: no puede ser otra cosa. Mi alma se modifica, se

va blanqueando, y antes estaba negra como una chimenea. Pero es verdad, yo he muerto, yo he pasado por la tumba, yo no soy Juan del Valle de Sos; yo soy Santiago de Guzman. Me he trasformado pues. Dejemos al señor marqués de Casa-Otero, al cadáver, al condenado, todos sus crímenes: no contemos nuestra vida sino desde el momento en que esta maga se ha apoderado de nosotros. Pero en fin, yo no sé qué objeto tiene mi paseo á estas horas por el jardin. Veamos qué hora es.

El marqués consultó su reló á la luz de la luna.

—La una y media, añadió. ¡Magnífico! Y la noche está bastante fresca. Volvámonos. Es necesario conservarse para llegar á la inmensa felicidad de mi enlace con María... ¡Un enlace puramente fantástico! ¡un castigo horrible! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡si ella me hubiese amado!

II.

El marqués se puso en movimiento, anduvo algunos pasos, y de improviso se detuvo.

Al salir de entre los árboles se detuvo y exhaló una esclamacion dolorosa.

Frente á él, al pié de un frondoso castaño, sentada sobre un banco de césped y completamente iluminada por la luna, habia visto una forma blanca.

Aquella forma era María.

María hermosísima, María ideal, María trasfigurada.

—¿Tú tambien? dijo el marqués acercándose á ella.

—¡Cómo! esclamó María afectándose sorprendida. ¿Qué es esto? ¿Tú levantado aún y en el jardin?

—Como tú, hija mia, como tú, dijo el marqués, que miraba embelesado á María.

—Yo he cedido al deseo de gozar en medio de la oscuridad, de la hermosura de esta noche.

—Pues yo no sé cómo ello ha sido, dijo el marqués; á no ser que me hayas llamado tú.

—No, no te he llamado.

—Pues por lo menos, sin quererlo y sin pensarlo, me has atraido. Yo tengo la seguridad de que en cuanto me despedí de esos dos y me metí en mi dormitorio, me arrojé de muy mal humor sobre la cama, y que un momento despues me dormí, ó mejor dicho, me amodorré. Despues, de repente, me encontré en el jardin, y con el pensamiento lleno de tí.

—¡Siempre lo mismo! dijo afectando desden María.

—Creo que tengo un derecho innegable para hablarte de mi amor, desde el momento en que has anunciado á todo el mundo que te vas á casar conmigo.

—¿Y qué has deducido tú de eso?

—Una desgracia.

—¿Una desgracia?

—Sí: una inmensa desgracia para mí.

—Esplícate.

—Tú estás desesperada.

—¿Yo?

—Sí: el hombre á quien amas se va á casar con mi querida sobrina.

—Que se case en buen hora, contestó friamente María.

—¡Cómo! Yo creia que te casabas conmigo únicamente por una cuestion de vanidad, porque Luis creyese que nada te importaba su casamiento con Alfonsina. Hé aquí, dije yo, que voy á pagar las costas de este negocio; que si ahora estoy mal, dentro de poco estaré tan bien, que no pudiendo soportar lo inmenso de mi felicidad, me ahorcaré.

—La vanidad no es mi pecado, Juan. Además, he comprendido que me habia engañado, que yo no habia amado á ese hombre mas que en sueño.

—Y entonces ¿por qué te casas conmigo?

—Porque te amo.

—Te suplico, María, dijo el marqués estremeciéndose y pálido como un cadáver, que no te chancees con mi corazon, que ya que me has acostumbrado á mi suerte, no me quites esta costumbre para obligarme otra vez á recaer en ella.

—He comprendido que tú eres el solo hombre que me ha amado

sobre la tierra, que me ha amado con todo su corazon, con toda su alma.

—¡Diablo! ¡diablo! dijo el marqués palpándose. Pues no: yo soy yo: estoy despierto: y tú eres tú... sí, tú: estoy donde te oigo. ¡Pero esto es maravilloso!

—¡Qué quieres! No nos conocíamos á nosotros mismos.

—¿Conque nuestro casamiento va á ser un casamiento de amor?

—Sí, Juan, sí: yo creo que te amaré con toda mi alma.

—¡Qué! ¿Todavía no me amas decididamente?

—Consistia en tí.

—¿Pues no dices que crees que yo soy el hombre, el único hombre que verdaderamente te ha amado?

—Sí; pero puedo engañarme como me engañé respecto al otro.

—¡Engañarte!

—¿Qué deseas tú de mí?

—¡Todo! El cuerpo y el alma.

—Despacio, señor mio, despacio. Supongamos que esto que tú llamas mi hermosura, desapareciese.

—Lo sentiria mucho, porque habria desaparecido una cosa magnífica, incomparable, embriagadora.

—Y bien, si esò aconteciese...

—Supongo que tú no harás lo que hizo aquella señora María Coronel de los tiempos de antaño, que para que el rey don Pedro no la persiguiese por su hermosura, metió la cara en aceite hirviendo.

—Eso seria demasiado fuerte; pero una enfermedad, unas viruelas negras...

—No hablemos de esto, porque se me pone la carne de gallina.

—Supongamos, supongamos que yo pierdo mi presente, mi frescura, que enflaquezco, que...

—Que te conviertes en un espectro... Pues bien, te amaria mas.

—¿Mas?

—Sí, porque á mi amor se uniria mi compasion, mi cuidado por una pobre enferma, por una pobre jóven envejecida...

—¿No te engañas, Juan?

—No: tu alma atrae la mia: tu alma embellece la mia: yo creo que tu alma se mezcla cada dia mas con la mia.

—¿Y si yo te dijese: Juan, seremos esposos para todo el mundo, pero para Dios no seremos mas que hermanos?

—Sufriria mucho, María; pero respetaria tu voluntad: me acostumbraria: seria feliz.

—¿Tú crees en un amor inmaterial?

—Sí, creo en él, y lo siento. ¿Acaso no es inmaterial el amor de las madres por sus hijos?

—Pero tú te has trasformado, Juan.

—Tú has hecho un milagro, María: tú has convertido en un buen hombre á un demonio.

—Juan, ¿has cometido tú algun crímen contra mis padres?

—No: no mas que uno.

—¿Cuál?

—Ocultar á tu madre un secreto que la hubiese salvado. Ya se ve... yo te amaba y tú me despreciabas.

—Me eras entonces antipático.

—Sin embargo, las mujeres dicen que yo soy el hombre mas simpático del mundo.

—Por la figura; pero lo que en tí me hacia un daño horrible era tu alma, que aparecia asquerosa en tus ojos.

—¿Y ahora?

—Ahora no: ahora aparece limpia.

—Tú la has purificado; y yo creo una cosa, María: que á fuerza de magnetizarme, en vez de identificarte tú conmigo, me has identificado contigo: me has metido con tu flúido tu alma en el cuerpo.

—¡Dios mio! esclamó María. ¿Será este un nuevo fenómeno del magnetismo que se me revela?

—Indudablemente, María, indudablemente: el flúido magnético es el espíritu.

—¡Heregía! El espíritu es incorpóreo, y un flúido es un cuerpo.

—Pues bien, supongamos que el flúido magnético es un término medio entre la sangre y el espíritu, una cosa que se parece mucho al espíritu; pues bien, tú me has intoxicado de tu flúido, María: has sacado de mí mi mal flúido y me has trasformado; es mas: te has trasformado tú tambien algun tanto, y... vamos, me parece

que corresponde, y soy feliz, inmensamente feliz: nos amaremos, María, y nos adoraremos... yo te lo juro.

—Puede ser, puede ser, dijo profundamente pensativa María.

Luego se levantó, se asió al brazo del marqués, y dijo:

—Volvámonos: son las dos.

En efecto, el reló de la quinta acababa de dar las dos de la mañana.

—Voy á dormir perfectamente, dijo el marqués; y tal vez no, arcángel de mi alma, porque me has aturdido, me has puesto moribundo de felicidad. ¿Y cuándo nos casaremos?

—Cuando se casen Alfonsina y Luis.

—Entonces voy á influir para que se casen cuanto antes.

En aquel momento llegaron al vestíbulo.

—Adios, dijo María. Buenas noches: hasta mañana.

—Hasta mañana, gloria, contestó el marqués.

Poco despues cada uno de ellos desaparecia por la puerta de su departamento.

CAPITULO XXII.

EN QUE EL AUTOR, Á CAUSA DE LA SITUACION MORAL DE DOS DE SUS PERSONAJES, SE ESTRAVÍA SIN PENSARLO EN EL TERRENO DE LA POLÍTICA PALPITANTE.

I.

Pero ninguno de los dos pudo dormir.

Para los dos era demasiado estraño lo que sucedia.

Ninguno de los dos lo habia creido.

Ni ella que podia amar á aquel hombre que le habia causado horror, ni él que una mujer que de tal manera le habia resistido, que habia estado á punto de morir antes que pertenecerle, hubiera podido llegar á amarle.

—¡Esto es un milagro! decia el marqués.

—¡Esto es una maldicion! decia María.

Y el marqués se volvia loco de felicidad, y María se aterraba.

II.

El amor que sentia por Juan era violento: el amor completo de la mujer.

Le acontecia respecto á Juan lo que habia acontecido á su abuela la baronesa de Castell-d'oro respecto á Alfonso.

Aquello era terrible.

María sufria por su amor hácia Juan, como Eufemia habia sufrido por su amor hácia Alfonso.

El corazon humano es incomprensible.

La filosofía vulgar lo ha comprendido así, y por eso cada proverbio es una sentencia.

Existe un proverbio que dice:

«Nadie diga de esta agua no beberé.»

Nuestro porvenir, nuestra virtud, nuestra vida entera dependen á cada instante de un fenómeno que no podemos esplicarnos, y que si nos lo esplicáramos le encontraríamos lo mas natural del mundo.

Nosotros no queremos entrar en la esplicacion del fenómeno que producia que aquellos dos séres, antes tan desemejantes, llegasen á asemejarse de tal manera que sintiesen esa invencible necesidad de refundirse que se llama amor.

Nuestra esplicacion podria parecer estraña y aun disparate, porque la inteligencia humana rechaza siempre las cosas nuevas que parecen estraordinarias.

Tendríamos que apoyarnos en el magnetismo, y el magnetismo hoy, ó es creido por unos hasta la mas ridícula exageracion, ó es rechazado absolutamente por otros como una cosa ridícula.

Y sin embargo, no puede existir relacion alguna entre dos séres sino por medio del magnetismo.

No hay accion, por insignificante que sea, del sér humano, que no reconozca por agente el magnetismo.

Dia llegará, y lo decimos á riesgo de que se nos rian, en que el sér humano se pueda clasificar y graduar exactamente como se clasifica y se gradúa el alcohol.

Dia llegará en que, conocido el temperamento de una criatura, en relacion con su educacion y su situacion social, sea conocido su carácter, su alma.

Todo es preciso en la naturaleza.

Todo está sujeto á leyes inmutables.

Nada hay absurdo.

Cuando nos parece absurdo un hecho es porque no sabemos bastante.

El que á la presencia de un fenómeno busca su causa, la encuentra si es bastante sabio para encontrarla.

Hoy España (30 noviembre de 1868) anda de cabeza sin encontrar su forma de gobierno.

Hoy Europa se asombra de lo que sucede en España, y concentra hipótesis sobre hipótesis, y cuando un suceso las destruye, se irrita porque su malísima inteligencia la ha engañado, y ve un absurdo en lo que no es mas que un resultado natural y preciso.

¿Cómo pueden juzgar bien de las cosas de España los que no la conocen bajo ninguna de sus fases, los que nada saben acerca de ella, los que acerca de ella siempre se han engañado, los que no han estudiado su temperamento?

Necesariamente juzgar de nosotros como si se tratara de Francia ó de Inglaterra, es juzgar de lo que no existe, es pretender levantar castillos en el aire.

Y lo que sucede á los estranjeros respecto á nosotros, sucede tambien respecto á nosotros á nuestros políticos: no saben por dónde empezar ó por dónde acabar para gobernarnos: el gobierno no resulta: es que no nos conviene.

España siente tambien la necesidad imperiosa de algo completamente distinto de todo lo que se le quiere dar; pero no sabe tampoco lo que este algo sea.

Y parece absurdo que una nacion no sepa lo que le conviene, y que en esa nacion no haya un solo hombre que sepa lo que es necesario para constituirla.

Yo entro en el número de los que no saben esto: si yo lo supiera, no soy tan egoista ni tan mal español que me lo callara; pero lo que en España sucede no es absurdo: es incomprensible, y nada mas.

¡Qué quereis! Los partidos que se aborrecian ayer, los partidos que se despedazaban, los que necesitaban recíprocamente beber la sangre á la sangre, los fusiladores y los fusilados, los opresores y los oprimidos, los blancos y los rojos y los azules, perros y gatos, mastines y lobos, están comiendo pacífica y amistosamente en un mismo plato, no ya sin amenazarse, menos aún, sin gruñirse siquiera.

Esto parece absurdo, y sin embargo no lo es.

Es una cosa incomprensible que no nos podemos esplicar.

Queda pues sentado que de la misma manera que han llegado á ser amigos entrañables demócratas, progresistas y unionistas, que se habian jurado una guerra de esterminio sin tregua ni cuartel, del

mismo modo, tal vez por un mismo fenómeno inesplicable, habian podido llegar á ser amantes del corazon, amantes frenéticos, Eufemia y Alfonso, María y Juan.

No nos obligueis á que os manifestemos la causa de esto, porque solo podremos contestaros con una hipótesis.

Nuestra hipótesis respecto á los personajes de nuestro relato, es que en ellos se habia operado una trasfusion de flúido magnético.

Respecto á nuestros políticos, es nuestra hipótesis que se ha operado en ellos una trasfusion de ambicion; pero no aseguraremos ni lo uno ni lo otro.

No pasamos de una hipótesis.

¿Qué os parecen asidos de las manos Rivero, Olózaga, Prim y Serrano, y Castelar y Albaida, dando vueltas alrededor de este grupo escondido entre una esfera de soldados?

¿Los voluntarios de la libertad dando vueltas en una órbita mas escéntrica, y las sotanas vagando alrededor de todo esto como sombras fatídicas?

¿Qué os parece Figuerola buscando una hacienda que no ve, y siendo ministro de una cosa que no conoce?

Debilidad é ignorancia.

A todo esto, la libertad vuela en las altas regiones, sin tocar ni siquiera con la punta de sus alas la tierra.

Europa sin embargo nos mira con ansiedad, nos teme y nos respeta.

En medio de la niebla de ese caos, entrevé un gigante.

¿Qué gigante es ese?

Nosotros lo sabemos.

Es el espíritu de la vieja y noble España.

De la nacion que, segun la buena frase de Victor Hugo, en su infancia resistió á Carlo Magno, moribunda á Napoleon.

Gracias, monsieur Hugo, gracias; gracias á vos y á todos los estranjeros que nos hagan justicia.

Vos sabeis que ese gran pueblo que va hoy de acá para allá sobre las agitaciones de una revolucion, como una nave sin gobierno sobre las olas de la tempestad, es bastante fuerte para no naufragar.

Vos sabeis que un dia, en un momento, una grande idea social surgirá de en medio de un gran pueblo.

Vos sabeis que una imprudencia estraña, que un acontecimiento cualquiera, puede sublevar el espíritu nacional de los españoles, que se alzarán formidables.

Vos habeis estudiado nuestra historia.

Vos no sabeis adónde vamos, no; pero sabeis que podemos ir á todas partes, á todas, menos á la ignominia.

Vos sabeis que la libre autonomía del pueblo español es inviolable.

Vos sabeis que ni el escesivo peso de nuestras glorias nos agobia, ni nuestra presente postracion nos debilita.

Vos sabeis... ¡ah! vos sabeis que solo hace falta una chispa para inflamar el volcan, y que hoy la erupcion de un volcan en España conmoveria á todo el mundo.

III.

Perdonadme, mis buenos lectores: no puedo contenerme: no pienso mas que en nuestros difíciles negocios: yo no tengo ahora ni corazon ni pensamiento mas que para España, y con la facilidad del mundo me olvido de que os estoy contando una novela, para ocuparme de nuestras desdichas, para embravecerme y para desesperarme con vosotros, para desear como vosotros una libertad en armonía con nuestro carácter, y para irritarme contra los que no saben dárnosla.

Yo soy escesivamente nervioso, y necesito muy poco para exaltarme: mi patriotismo, vosotros que habeis leido todas mis novelas lo sabeis, llega hasta la exageracion, hasta la locura. Habrá quien esté tan orgulloso de ser español y tan dolorido de los desastres de España, que son mis propios desastres, como yo, pero mas no.

Añádase á esto que estoy desterrado y ansioso de la luz y del aire de mi patria; desterrado, no por efecto de la política, sino por causas puramente particulares, que han sido sin embargo bastante poderosas, y harto ajenas de mi voluntad, para que yo pueda considerarme como un proscripto obligado á abrirse por sus propias

fuerzas las puertas de la patria: añádase que dentro de la exageracion de mis ideas todo lo que no es español me pasma, y se comprenderá con qué facilidad me voy del terreno de la novela al terreno de la política.

No importa: si esta novela vive, aunque sea en un solo ejemplar, dentro de cincuenta años, se verá reflejarse en ella mi carácter de una manera palpitante.

¡Ah! ¡ah! Es necesario no ser español ni tener sangre en las venas para no embravecerse con lo que nos sucede.

¡Qué! ¿Será imposible para nosotros encontrar la fórmula de un gobierno digno, fuerte, y por consecuencia libre?

¿Habremos de pasar por tempestades de sangre para llegar á nuestra constitucion definitiva?

¿Habremos de secar con fuego el lodo que nos impide marchar?

Lo que ha de suceder está escrito.

El pueblo español tiene asegurada su independencia por su altivez y su bravura.

Lo demás ¿qué importa?

Sea cualquiera el martirio, nosotros llegaremos: si no llegamos nosotros, llegarán nuestros hijos.

La nacion no se habrá sumergido.

La nacion se levantará un dia majestuosa y grande, y estenderá sus brazos de gigante del Oriente al Occidente.

La nacion está apurando ya la dolorosa crísis de una enfermedad que cuenta ya trescientos años.

La nacion va ganando palmo á palmo sus libertades.

La nacion vierte sin cesar sangre y oro.

Ella arribará.

La ilustracion, la civilizacion, el progreso, la conquista de todas las reformas necesarias nos aportarán á nuestro destino, y tal vez no muy tarde.

IV.

Pero es verdad: este no es el lugar donde debe estamparse lo que he dicho anteriormente.

No hay espacio.

Si encuentro un impresor que quiera imprimir mi libre pensamiento, yo os escribiré antes de mucho un libro.

Entre tanto, corto aquí este estraño capítulo que se ha escapado de mi pluma indiscreta, que pudo mas que yo.

Suponed que no se ha escrito.

Cortadle.

Perdonadme las páginas de novela que os he robado.

Continúo pues con el firme propósito de no volver á ocuparme en esta novela de la política.

MARIA...

Clotilde.

CAPITULO XXIII.

LOS DOS HERMANOS.

I.

Al otro dia se levantaron todos nuestros personajes, harto pálidos y harto preocupados.

La resolucion definitiva de la suerte de cada uno se acercaba.

Antes del almuerzo, María se alejó por el jardin con Clotilde.

—Y bien, hermana, la dijo: he tomado una resolucion decisiva.

—Sí, ya lo veo, contestó tristemente Clotilde: te casas.

—Sí.

—¿Te sacrificas?

—No de una parte: de otra sí.

—No te comprendo: tu respuesta puede ser completamente metafísica, dijo Clotilde: puede querer decir que no te parece un sacrificio el sacrificarte por Alfonsina, al mismo tiempo que puede ser para tí un sacrificio inmenso el casarte con el marqués.

—No, no es eso: mi respuesta nada tiene de metafórica. Luis me es de todo punto indiferente: he comprendido que me he engañado completamente por las apariencias, de una parte; por un sentimiento falso, de la otra: ni Luis era lo que yo creia, ni lo que yo sentia por Luis era amor; por consecuencia, no tengo que renunciar á Luis. En cuanto al marqués, le amo porque se ha trasformado.

—Le has trasformado tú.

—En ese caso, le ha trasformado el amor: uniéndome á él, me uno con un hombre completamente distinto de lo que era cuando yo le rechazaba, cuando la sola idea de su amor me horrorizaba; pero por otra parte, yo no puedo creer tan completamente trasformado al marqués, que esté libre de la responsabilidad de los enormes crímenes que ha cometido: yo estoy condenada á sufrir el martirio de ver en el hombre que amo á un infame siempre: á un infame que obtendrá la felicidad porque su union conmigo le hará completamente feliz: yo soy su alma, su pensamiento, su vida.

—El inmenso amor de ese hombre te embriaga, María, dijo tristemente Clotilde: tú eres escéntrica, escesivamente impresionable.

—No; yo soy un sér maldito en mi ascendencia, dijo María.

—¡Maldito!

—Sí; y por mi maldicion, el amor es para mí un tormento y una vergüenza: el amor es para mí una expiacion.

—¿Expiacion de qué?

—De los crímenes de nuestros padres.

—Entonces yo tambien estoy maldita, dijo tranquilamente Clotilde.

—No: yo tengo la seguridad de que toda la maldicion de nuestra raza se ha concentrado sobre mí.

—Exageraciones, María.

—No: lo que está escrito se cumplirá.

—Fanatismo.

—No: consecuencias: la hija del maldito será maldita.

—¡Oh! ¡no!

—Sin la maldicion de nuestro padre, los sucesos de nuestra vida hubieran sido otros: hubieran sido vulgares.

—¿Venimos á la fatalidad?

—No, á las consecuencias. Te lo repito: el misterio de nuestro orígen, los crímenes de nuestra madre, y de los cuales nosotras hemos sido víctimas, todo proviene de un sér funesto que fué nuestro padre. Yo no he leido aún el manuscrito que encontré con nuestra herencia en el sótano de la quinta de Castell-d'oro: no he querido leerle sin tí: despues de que almorcemos nos alejaremos de nuevo y

leeremos el manuscrito: solo nosotras debemos conocerlo: no me fio de nadie: todos me han hecho traicion menos tú: el sér humano, en general, no tiene corazon mas que para sí mismo, y con mucha frecuencia ni para sí mismo le tiene.

—¡Oh, hermana, hermana!

—Antes de que leamos el manuscrito quiero que seas sincera conmigo. ¿Cuál es el estado de tu corazon?

—El de la calma mas completa en lo que á mí se refiere. En cuanto á lo que se refiere á tí, el de una dolorosa ansiedad.

—¿No amas tú?

—Amé.

—¿Pues qué, se puede dejar de amar?

—Sí, cuando nos convencemos de que hemos amado un sueño.

—Pero eso no es amar.

—Sí, María, sí: amar es sentir una profunda ansiedad, pensar continuamente en un sér, identificarse en él, esperimentar una vida estraña, una vida embriagadora, una vida de delicia. Mientras estamos en esa situacion amamos: el amor es un sueño, con la sola diferencia de que á veces pasa, á veces nos domina, hasta que caemos en ese otro sueño que se llama la muerte: el amor es el mas puro y el mas noble de los egoismos, pero siempre un egoismo. Yo he despertado, porque he visto que el sér por quien yo soñaba no soñaba por mí.

—¿Cristóbal?

—Sí: Cristóbal es un buen hombre, una escelente persona, un sér fácilmente impresionable: yo soy tambien impresionable en demasía: me conmovió su noble conducta respecto á mí: le vi sacrificarse por mí, consagrarse á mí; pero ha encontrado una mujer mas comprensible para él que yo... la señora marquesa de Satorres, añadió sonriendo Clotilde. La educacion de ambos es completamente idéntica: una educacion sencilla: la obrera ha nacido para el guarda de campo: ellos serán felices. Cristóbal, unido á mí, me hubiese considerado siempre como un sér superior, y es necesario que no exista nada de superioridad entre la mujer y el marido para que un matrimonio pueda ser feliz. He renunciado pues sin pena á Cristóbal.

—¿Has consultado bien tu corazon?

—Sí: yo no me casaré nunca.

—¿Nunca? ¿Y si amas?

—No amaré nunca.

—¿Quién sabe?

—Si amo, me casaré.

—¿Es decir...

—Que he hecho un ensayo en el amor, y que no he llegado á representar el drama.

—¡Oh! ¡Si yo pudiese hacer lo mismo!

—Tú haces lo que puedes hacer; y si no eres feliz es porque vives demasiado de la imaginacion.

—Ese es mi destino. Pero volvámonos: mostrémonos tranquilas y alegres con nuestros huéspedes: es necesario que no crean que nos alejamos de ellos.

Y se fueron al encuentro de Alfonsina, del marqués, de Luis y de Cristóbal, que salian de la quinta.

II.

Se entabló una conversacion general.

Parecia como que todos querian ocultar el estado de su espíritu.

Al poco tiempo de estar reunidos, Luis encontró una ocasion de decir aparte á María:

—Necesito hablarte.

El acento con que Luis pronunció estas palabras causó un estremecimiento, no de amor, sino de terror.

El acento de Luis era el de un loco, y el de un loco que amenazaba.

—Bien, dijo María: hablaremos: es necesario que hablemos.

—¿Y cuándo?

—Esta noche.

—¿Á qué hora?

—Á las doce.

—¿Dónde?

—En el jardin.

Despues de este breve diálogo, Luis se separó de María.

III.

Despues del almuerzo se proyectó un paseo por la montaña.

Á poco de haberse emprendido este paseo, las dos hermanas adelantaron naturalmente á los otros, y se ocultaron de la vista á causa de un rodeo entre los árboles.

—Estraviémonos de tal manera que no puedan dar con nosotras, dijo María. Aquí traigo el manuscrito: es necesario que no nos sorprendan.

Y las dos jóvenes apretaron el paso.

Luego corriendo, determinando á cada momento un zic-zac entre la espesura.

Al fin se detuvieron.

—Creo que nos hemos estraviado lo bastante, dijo Clotilde.

—Sí; pero si nos buscan pueden encontrarnos: es necesario que nos procuremos un escondite.

—Mira: esta roca: en lo alto hay madroñeras: la subida es muy difícil, pero no peligrosa: no creerán que nosotras hemos subido ahí. Además, ese arroyo que se derrumba con estruendo, dominará perfectamente el ruido de tu voz mientras leas.

—Tienes razon, dijo María: probemos á subir.

IV.

La roca era enorme y casi tajada.

La cúspide sobresalia de los árboles mas altos.

Por un costado tenia una especie de escalera trazada en la piedra por el tiempo, y de peldaños desiguales.

Las dos hermanas emprendieron el ascenso.

No tardaron menos de media hora en llegar á lo alto.

Una vez allí, se encontraron en una plataforma como de quince metros cuadrados, de una superficie vivamente accidentada.

Los huecos entre los dentellones que formaban algunas desigualdades, estaban cubiertos de césped.

Aquí y allá se alzaba ese bello arbusto que se llama madroño.

Al pié de uno de estos, entre dos dentellones bañados por el sol, se recostaron las dos hermanas.

María entonces sacó un grueso pergamino amarillento.

CAPITULO XXIV.

EN QUE NUESTRO RELATO EMPIEZA Á TOCAR EN EL HORROR.

I.

No necesitamos oir la lectura de todo el manuscrito.

Repetiríamos lo que ya hemos dicho.

Vengamos al momento en que, como recordarán nuestros lectoros, James Lawnou tuvo una entrevista con Andrea en el jardin de su casa.

II.

Nosotros vamos á tomar por nuestra cuenta, y recapitulándolo en gracia de la brevedad, vamos á decir en algunas páginas lo que María leyó en hora y media.

Como sabemos, el terrible magnetizador habia salido aturdido, dominado, loco, de la entrevista con Andrea.

Él habia creido tener en ella una víctima, y se habia encontrado con un verdugo.

Ella habia matado su voluntad: ella le habia dominado.

Su hermosura se habia trasfigurado para sir James.

Habia llegado al ideal de lo divino.

Le deslumbraba, le arrastraba, le absorbia.

El magnetismo de la belleza se habia sobrepuesto al magnetismo de la voluntad.

Ella por su parte se interesaba por un misterio que no podia esplicarse por sir James.

La influencia de este se hacia sentir en ella.

Era su pensamiento fijo.

III.

Y sin embargo, su conciencia, su manera de ser y de sentir, sus gustos, sus costumbres, todo en fin rechazaba á sir James.

Se veian muchas veces en el jardin.

No ya porque sir James se hubiese abierto la puerta, sino porque la cita habia sido convenida.

Aquellos dos séres se atraian.

IV.

En tanto, los tres hermanos del Valle de Sos, Alfonso, Pedro y Juan, estaban empeñados por las dos hermanas.

Eufemia, la baronesa de Castell-d'oro, habia muerto.

Habia muerto destrozada el alma, desgarrada del amor que la habia inspirado Alfonso; alucinada, en una palabra, por él.

La maldicion de los tres hermanos caia sobre aquella familia.

Alfonso no habia sentido la muerte de Eufemia con el alma: la habia sentido con la voluptuosidad.

La muerte le habia hecho renunciar á la fuerza á aquella beldad que le enloquecia.

Su amor propio habia sido humillado de una manera que no le permitia rehacerse.

Contra los muertos no hay poder posible en la tierra.

La muerte es una emancipacion.

V.

Pero Eufemia tenia hijas.

Particularmente Andrea, era una ilusion, un retrato embellecido de su madre.

Alfonso se habia consolado de la muerte de Eufemia, murmurando:

—Me queda Andrea.

Pero Andrea le despreciaba.

El desprecio es la mejor arma que una mujer puede tener contra un hombre.

Lo que se desprecia no puede amarse jamás.

Sir Lawnou era terrible para Andrea, pero no despreciable.

Por lo mismo que era terrible, la valiente Andrea se habia puesto por instinto en lucha.

Pero ninguna lucha podia existir entre Alfonso y Andrea.

No podian existir mas que asechanzas de parte de Alfonso.

Y estas asechanzas se multiplicaban; pero siempre una mano providencial, imprevista, detenia el efecto de aquellas asechanzas.

VI.

Entre tanto, entre Pedro del Valle de Sos y Amalia, la mayor de las dos hermanas, y por consecuencia baronesa de Castell-d'oro, habian corrido unos amores tranquilos, que habian concluido en un casamiento en el punto en que se terminó el luto por la muerte de la madre.

—Y bien, adorada mia, dijo sir Lawnou á Andrea una noche en que como de costumbre se comia en el jardin: imitemos el ejemplo de tu hermana: unámonos.

—¡Jamás! contestó Andrea.

—¿Jamás? contestó sir Lawnou con acento sombrío.

—¡Jamás! repitió con frenesí Andrea.

—Pero tú me amas.

—Con un amor del infierno, que sin embargo no es bastante para dominar mi razon.

—Me recibes sin embargo de noche, á solas...

—Entre un misterio profundo.

—Si no me amases con toda tu alma, con toda tu voluntad, no me verias ni aun entre el misterio, que puede un dia descorrerse.

—Para eso será necesario que seas un infame.

—No, yo no puedo ser mas que lo que tú quieras que yo sea: yo no puedo hacer nada en perjuicio tuyo: seria herirme á mí mismo, porque yo te adoro.

—Entonces el misterio está asegurado.

—Se nos acecha.

—¿Por Alfonso?

—Sí, por Alfonso.

—Alfonso no tiene medios para descubrir nada: mi servidumbre no sabe que yo te veo: mis doncellas me desnudan, se van: duermen al otro lado de la casa, sobre la calle: cuando ellas se han ido, yo me visto de nuevo y bajo: el postigo está de manera que él y la puerta del jardin donde estamos solo se ven desde mi pabellon: nadie conoce pues nuestras entrevistas: la calle adonde corresponde el postigo es completamente solitaria. ¿Quién pues, si tú no hablas, puede saber nada que perjudique á mi honra?

—El marqués está desesperado, dijo sir Lawnou, y apurará todos los medios: puede ocurrírsele que tú te valgas del postigo del jardin para tus amores; porque el estraño amor que me tienes te sale al semblante en una tristeza que no puedes ocultar: en vano es que yo haya dejado de venir á casa: el amor nó puede ocultarse: el marqués no sabe á quién tú amas, pero no puede tener duda de que amas á alguien.

—Es tan presuntuoso, que esta tristeza que ve en mí la traduce en su favor: cree que estoy enamorada de él, que lucho, que llegará un dia en que yo...

—¿Y si ese dia llegara? dijo celoso y con un acento que tenia algo del rugido de la fiera.

—¡Jamás! esclamó Andrea. Tú eres para mí un sér, terrible: me atrae á tí una fascinacion que no puedo vencer, pero que tampoco me vence. En cuanto al marqués, es otra cosa: me parece miserable, despreciable: yo no puedo olvidarme de...

Andrea se detuvo por un sentimiento harto natural de repugnancia.

—Tú no puedes olvidarte de que tu madre ha muerto víctima de ese hombre, dijo sir Lawnou con una complacencia cruel.

—¡Ah! esclamó herida en el alma Andrea. Y bien, añadió reha-

ciéndose en un movimiento de terrible entereza: yo moriré como ha muerto mi madre: pura.

Sir Lawnou devoró un rugido.

Calló y sonrió.

Su sonrisa heló la sangre á Andrea.

Vió no sé qué de terrible, de amenazador en ella.

VII.

Aquella madrugada, cuando se retiró sir Lawnou á su casa, corrió ansioso á su laboratorio y se fué á un rincon de él.

En aquel rincon habia un gato, un magnífico animal grande y rodado, pero frio, rígido, al parecer muerto.

Sir Lawnou consultó su reló.

Eran las tres.

—Dentro de una hora, dijo, si este ensayo no es tan inútil como los anteriores, comenzará la reaccion.

Hay que esplicar estas palabras de Lawnou.

Él era un gran químico, y además, como lo sabemos, un gran magnetizador.

Conocia cuanto puede conocer un hombre ese misterio que se llama nervios.

Desde que comprendió que su influencia magnética era inútil contra Andrea, pensó en otros medios: en el de apoderarse de ella completamente.

Habia un fondo tenebrosamente horrible en aquel amor.

Sir Lawnou pensaba en un cadáver.

Habia puesto en juego toda su ciencia.

Habia filtrado licores poderosamente escitantes, los habia mezclado á otros elementos químicos, habia pretendido confeccionar en fin un elixir que pudiera producir una muerte aparente por medio de la catalepsia.

Un año entero sin descanso ni tregua habia persistido en estos esperimentos, que nunca habian dado el resultado apetecido.

Unas veces, la pocion habia producido la muerte por medio del envenenamiento al animal sobre el cual se habia hecho la esperiencia.

Otras habia sobrevenido la locura.

Otras en fin un enlanguidecimiento que la muerte habia terminado.

Aquel gato inmóvil y rígido, aquel gato en la apariencia muerto, era el centésimo esperimento de sir Lawnou.

Segun sus cálculos, la reaccion natural, la reaccion de la catalepsia, debia empezar á las cuatro de la mañana.

Por la manera de efectuarse la catalepsia en el gato, sir Lawnou creia tener la seguridad de haber llegado á su objeto.

VIII.

Pasó una hora observando al animal.

Al fin percibió en él un levísimo latido: un principio de circulacion.

Lawnou lanzó un grito de alegría.

—Ya le tengo, dijo.

Y continuó observando.

Los latidos se fueron haciendo mas perceptibles.

Al fin la piel del animal dejó sentir un leve calor; por último, á las cuatro horas el gato estaba completamente vivo.

—Esperemos aún cuarenta y ocho horas, dijo sir Lawnou.

Cuando pasó aquel tiempo, el gato recobró completamente toda su vitalidad como si nada hubiera pasado por él.

IX.

Sin embargo, un gato no es un hombre, ni todos los hombres tienen un temperamento semejante.

Lawnou conocia demasiado como médico, de una manera exacta, el temperamento de Andrea.

Hizo un esquisito, un delicado, un preciso cálculo comparativo entre la resistencia física del gato y la resistencia de Andrea, graduó una pocion, y tuvo la casi seguridad de que habia llegado á su objeto.

Sin embargo, habia que dejar algo á lo desconocido, á lo imprevisto.

Sir Lawnou se dijo:

—En la situacion en que me encuentro, es necesario jugar el todo por el todo.

Y se decidió.

Guardó cuidadosamente el pequeño frasco que contenia el elixir, y se consagró á vencer otra dificultad.

¿Cómo hacer para que Andrea bebiese el elixir?

Ella no comia ni bebia nunca con Lawnou.

Sus entrevistas no pasaban del jardin.

Él no contaba con la cooperacion de alguno de los de la servidumbre inmediata de Andrea.

Pero era necesario no dar un paso en vago.

Lawnou se informó, y supo que la doncella de confianza de Andrea estaba perdidamente enamorada de una especie de tuno capaz de todo.

Este tuno fué el medio.

Él corrompió á su amante.

Ella sirvió á Andrea, en la taza de té que esta tomaba todas las noches antes de acostarse, el líquido incoloro é inodoro que se le habia dado, preparado con algunas gotas del elixir.

X.

Aquella noche debian verse en el jardin Andrea y sir Lawnou.

Cuando despues de tomar el té funesto, cuando despues de haberse acostado, cuando sola ya quiso volver á vestirse para acudir á su cita, Andrea sintió una vaguedad tal en la cabeza, un enlanguidecimiento tal en sus miembros, que no pudo valerse.

Al mismo tiempo, un hombre escalaba la tapia del jardin.

Era sir Lawnou.

Saltó dentro, atravesó el jardin, y llegó á la galería en la cual estaba la pequeña puerta en que empezaba una escalera de caracol, por la cual se llegaba al cuarto de Andrea.

No habia que atravesar mas que una pequeña pieza de servicio, el tocador y un gabinete, para llegar al dormitorio.

Sir Lawnou iba provisto de una llave maestra; pero no tuvo ne-

cesidad de ella: la pequeña puerta de la galería del jardin estaba abierta.

XI.

Lawnou franqueó aquella puerta, subió palpitante las escaleras, y atravesó las habitaciones que le separaban de Andrea.

Al amanecer salió.

Un gozo innoble aparecia en su semblante.

Habia encontrado en Andrea un cadáver que no le podia oponer resistencia.

Por la mañana aconteció una cosa terrible.

Antes de levantarse, Andrea tomaba un vaso de leche: su doncella fué á llevárselo: la encontró muerta, á lo menos en la apariencia.

En algunos segundos la casa fué puesta en movimiento.

Los gritos de dolor resonaron por todas partes.

Se llamó al médico de la casa, y este declaró sériamente que Andrea habia muerto de congestion cerebral.

Se llamó á otros médicos.

Hubo una consulta.

Todos certificaron la muerte; pero mientras duraba la consulta, llegó una carta con sobre al médico de la familia.

Aquella carta la habia traido un mozo de cordel, á quien la habia dado un criado.

Su contenido era el siguiente:

«Doctor: Los casos de catalepsia son raros, pero no imposibles: un sér viviente puede parecer un cadáver: no obreis á la ligera: esperad á que aparezcan en el cadáver de Andrea las señales indudables de la descomposicion: la lividez de las uñas no basta: es necesario esperar á que aparezcan las manchas en la parte puesta en contacto con el lecho: creedme: cuando se trata de una muerte por congestion, toda prudencia, toda reserva son pocas. — *Un compañero vuestro.*»

Se tomó en cuenta esta advertencia.

El resultado fué que á las cuarenta y ocho horas empezó la reac-

cion, y que cuarenta y ocho horas despues Andrea estuvo de todo punto restablecida.

XII.

Este hecho tuvo tambien otro resultado.

Alfonso del Valle de Sos, como que entraba en la casa á título de pariente, habia conocido aquella carta misteriosa.

La circunstancia de haber vuelto á la vida Andrea le inspiró sospechas.

¿Sabia á qué atenerse quien habia escrito la carta?

Sin duda.

¿Y quién era este hombre?

La policía es muy á propósito para estas averiguaciones.

El marqués pidió las señas completas del mozo de cordel que habia llevado la carta, y las trasmitió á la policía.

La policía encontró al mozo de cordel.

Este dió las señas mas exactas del criado que le habia dado la carta.

El criado fué encontrado.

No se le preguntó nada: el marqués no necesitaba que se le preguntase.

Aquel criado era ayuda de cámara de sir Lawnou, á quien conocia demasiado el marqués.

El marqués sabia que habia habido un formal empeño de amor en sir Lawnou por Andrea, y que esta le habia alejado desesperado por el desden de la jóven.

Ahora bien: sir Lawnou era un gran médico, un gran químico, y á mas de esto una especie de hechicero.

Él debia haber causado aquella muerte aparente de Andrea.

¿Cómo?

De una deduccion se va á otra deduccion, y por una série de deducciones exactas se llega á una demostracion.

Andrea habia tomado una pocion cualquiera que le habia producido una catalepsia.

Aquella pocion habia debido dársela alguien.

¿Él mismo?

No.

Andrea habia comido aquel dia con su hermana, con su cuñado, con él.

Habia comido del plato general.

Ninguno de sus compañeros de mesa habia sentido el menor accidente.

El golpe pues no venia ni del cocinero ni de ninguno de los criados que servian la mesa.

Se sabia que Andrea tomaba antes de acostarse té.

El té pues era la materia á que se habia mezclado la pocion causante de la catalepsia.

¿Quién servia el té á Andrea?

Rosa, su doncella favorita.

XIII.

Cuando el marqués llegó á esta deduccion tenia la seguridad de haber llegado á la certidumbre.

Rosa era bella, y el marqués, siempre avaro de belleza, la habia hecho el objeto de sus galanterías por algun tiempo.

Existia pues una intimidad, aunque pasiva, entre el marqués y Rosa.

Alfonso dió una cita á la muchacha, y cuando ella acudió la presentó un bonito aderezo.

—¿Qué tal, Rosilla? la dijo.

—Precioso, señor marqués; pero demasiado rico para mí, contestó Rosa.

—No, dijo el marqués: es muy sencillo.

—Pero siempre por encima de mis posibilidades domésticas.

—¿No vas tú á casarte?

—Sí señor, antes de un mes.

—¿Tú marido no está en buena posicion?

—Sí señor.

—Puedes ponerte pues este aderezo el segundo dia de tus bodas.

—Es verdad. Muchas gracias, señor marqués.

—Pero tú comprenderás que yo te doy esto por algo.

—El señor marqués es, como siempre, muy amable.

—¿Quién te ha dado lo que has echado en el té á tu señorita la noche anterior á la mañana en que la encontraste al parecer muerta? dijo bruscamente el marqués.

—¿Yo? esclamó poniéndose pálida Rosa. Yo no he puesto nada en el té de la señorita.

—Vamos, los seis mil reales que vale el aderezo te parecen poco: yo añado otros seis mil en efectivo.

—Vamos, no hay medio de negar nada á vuecencia, señor marqués.

—Acaba, acaba de una vez.

—Pues bien: quien me ha dado lo que eché en el té de la señorita ha sido un caballero rubio con los ojos verdes que venia antes, y de cuyo nombre no me acuerdo, porque los nombres estranjeros se me olvidan.

—¿Sir James Lawnou?

—Sí señor, sí.

—Gracias, Rosa.

—Pero hágame vuecencia el favor de no decir á persona viviente que yo le he dicho...

—No me conviene decirlo.

XIV.

El marqués guardó su secreto y se puso en observacion.

Esta observacion produjo por resultado que se apercibiese al fin de que el anglo-americano entraba en el jardin de la casa de Castell-d'oro por el postigo del jardin.

Una cólera mortal contra sir Lawnou se apoderó del marqués.

Todo el infierno se revolvia en su alma; pero sus proyectos eran tan terribles que los aplazó.

Estaba escarmentado de valerse de asesinos.

Esperó pues, fermentando su odio y su cólera dentro de su alma oscura.

Para él era indudable que Andrea habia sido una víctima de Lawnou.

Pero ¿por qué la víctima recibia á su verdugo?

Obligada tal vez por las consecuencias.

XV.

Andrea entre tanto sufria de una manera inconcebible.

El género de accidente que la habia dominado, que la habia hecho pasar por muerta, le habia infundido terribles sospechas que la habian llevado á una realidad.

Sir Lawnou habia sido para ella un infame.

Algun tiempo adelante no pudo tener duda.

Era madre.

XVI.

Hubo una esplicacion terrible entre estos dos estraños amantes: una esplicacion que trascendió á la familia.

Un casamiento era de todo punto necesario para legalizar á la criatura que naciese; pero Andrea rechazaba aquel matrimonio.

Andrea lo sometia todo á la deshonra, á la muerte, antes que á unirse á un hombre que habia sido capaz de llegar respecto á ella hasta una tal infamia.

XVII.

La situacion era terrible.

Necesitaba una esplicacion, y esta no tardó en tener lugar.

Sir James se disculpó con su amor, con su desesperacion, con la negativa formal que siempre habia encontrado en Andrea para unirse á él.

Andrea, obligada al fin, sintiéndose madre, convino en aquel enlace que siempre habia rechazado por instinto.

Entonces sobrevino una cosa que puso el colmo á la desesperacion de la jóven.

Sir Lawnou, que siempre se habia mostrado ansioso de unirse á ella, empezó á oponer dificultades que en ninguna razon séria se apoyaban.

Suponia que la familia de Andrea, esto es, su hermana Amalia

y su marido Pedro del Valle de Sos, pretenderian poner no muy en claro su orígen, que eran aristócratas, y no prescindirian fácilmente de sus preocupaciones.

Añadia además que él era protestante, y que la diferencia de religion era otro obstáculo.

—Pero si tú me amas, si eres un hombre de honor, puesto que hablas de preocupaciones sobreponte á ellas, hazte católico.

—¡Católico! esclamaba sir James. ¡Someterme yo á Roma, reconocerla, yo que siempre la he detestado!...

Andrea se irritaba.

—¿Y no pensabas tú en esto, decia, cuando tu única aspiracion, tu único sueño de felicidad era unirte á mí, cuando me creias tu destino?

—Yo suponia que tú me amabas tanto, decia sir James, que aceptarias mi religion.

—Es decir, contestaba Andrea dominando siempre su cólera, que tú contabas con que todos los sacrificios estuviesen de mi parte.

—Yo creia en tu amor.

—Sin embargo, yo no te he dado motivo para que creyeses que yo sentia por tí un amor que me llevaba hasta la locura.

XVIII.

Sir James abusaba del terrible compromiso en que se encontraba Andrea, y pretendia hacer de ella una amante vulgar.

La situacion se hacia á cada momento mas tirante.

La grave situacion de Andrea se hacia de dia en dia mas insostenible.

Entre tanto, Alfonso del Valle de Sos, que todo lo sabia, hacia cuanto estaba de su parte por romper aquellas relaciones que, un empeño primero, y despues una infamia, habian establecido entre Andrea y sir James.

XIX.

Como á todo se llega por el dinero, Alfonso habia llegado, enviando agentes á los Estados-Unidos, al conocimiento completo de la historia de sir James.

Esta historia era una sucesion de crímenes.

Á pesar de su terrible poder como magnetizador, James Lawnou no habia podido encubrir siempre sus negocios con el misterio.

Los tribunales habian intervenido en mas de un envenenamiento, en mas de un robo de sir James.

Este no podia ir á ningun estado de la Union sin el peligro eminente de ser conocido, ser reducido á prision y llevado inmediatamente á la horca.

Alfonso habia buscado ansioso la prueba indudable de todo esto para presentarla á Andrea; pero la distancia era larga, y difícil hacer incontrastable la prueba: era necesario para esto traer personas que pudiesen probar la identidad de sir James con el miserable sentenciado una y otra vez por la justicia de los Estados-Unidos.

XX.

Valle de Sos sufria de una manera indecible.

Su alma de lobo se irritaba mas y mas.

Habia adorado á Eufemia, se la habia arrebatado la muerte, y la encontraba en su hija mas jóven y mas hermosa aún; pero si Eufemia le habia desesperado, si se le habia escapado, en cambio no le habia dado celos, no habia amado á nadie.

Él habia sido su única pasion, su pasion muerta.

Andrea le habia despreciado y le habia torturado el alma dándole un rival favorecido, siquiera fuese á costa de una infamia.

Nunca el crímen se habia revuelto con mas fuerza en el sombrío pensamiento de Valle de Sos.

Era necesario cuanto antes romper las relaciones que existian entre Lawnou y Andrea.

El marqués prefirió un medio que no le comprometiese ante las leyes.

Desde el compromiso en que se vió cuando su atentado contra Mariano de Fresnoseco, se habia hecho muy cauto.

—Y bien, ¿qué importan, dijo, dos meses de ausencia? Ellos están descuidados, y no se darán prisa. Por otra parte, mi hermano es

el jefe de la familia por su casamiento con Amalia, y no consentirá en el casamiento de Andrea con un aventurero.

XXI.

El marqués pretestó un viaje de recreo y partió para París, donde no se detuvo mas que algunas horas.

Llegó á Calais, atravesó el canal, y una vez en Inglaterra, salió en el primer vapor que encontró para los Estados-Unidos.

Una vez allí, buscó los hombres de la ley y corroboró todos los datos que se le habian enviado.

James Lawnou, en efecto, era un prófugo de la justicia de los de gran tamaño.

Pero entre los Estados-Unidos y España no hay tratado de estradicion.

Nada podia hacerse legalmente contra James Lawnou.

No quedaba mas recurso que afrentarlo públicamente en España, darlo á conocer á Andrea, y hacerle huir del desprecio de todo el mundo.

Como Alfonso era rico y ofreció cuanto se le exigió, no le fué difícil encontrar en aquella tierra, mas que ninguna otra del negocio, seis honorables ciudadanos sin tacha de ningun género, que formalmente acreditados por documentos indudables, fuesen á España á declarar que sir James no solamente era un miserable y un ladron, sino un asesino robado al patíbulo.

Alfonso se proveyó tambien de uno de estos elementos terribles que se encuentran en todas las grandes capitales.

Poner en ejecucion su proyecto, costaba al marqués un tesoro.

Pero ¿qué importaba esto?

Él estaba gravísimamente empeñado.

Su amor, su terrible amor y su formidable soberbia estaban empeñados.

Contaba además con que, gravemente comprometida Andrea una vez imposible su enlace con James Lawnou, se tendria por dichosa con que un hermano de su cuñado quisiera casarse con ella y cubrir con su nombre su honra.

XXII.

Mes y medio habia apenas trascurrido de la partida de Alfonso, cuando volvió á Madrid con un acompañamiento de testigos tomados á sueldo.

¿Qué les importaba? En los países completamente civilizados, la cuestion es ganar.

Ganaban sirviendo al marqués, ganaban brillantemente.

Esto era todo.

Pero mientras el marqués habia estado ausente, habian pasado cosas estraordinarias.

Andrea, por su carácter firme, enérgico, dominador, habia ejercido una influencia incontrastable sobre James Lawnou.

Este habia consentido en hacerse católico.

El capellan de la baronesa de Castell-d'oro, es decir, de Amalia, se atribuia el triunfo.

Él habia predicado mucho á James Lawnou.

Lawnou, que queria estar bien con todos los que tenian una influencia cualquiera en la familia de la cual formaba parte Andrea, habia escuchado pacientemente al eclesiástico.

Y decimos pacientemente, porque para James Lawnou, que no creia en nada, en nada mas que en el dinero y en la voluptuosidad que le hacia sentir Andrea, toda conversacion religiosa era un fastidio insoportable.

Disimulaba sin embargo y oia al eclesiástico, que era fanático y pesado mas que celoso, y que con mucha frecuencia se llevaba á James Lawnou á largos paseos por el campo y por parajes completamente solitarios.

Pero la conversion de James Lawnou al catolicismo se habia hecho en otro lugar solitario tambien y á la luz de la luna, esto es, en el jardin de la casa de Castell-d'oro, en medio de la calma y del silencio de la noche, y bajo la influencia de la estraordinaria hermosura y de la incontrastable voluntad de Andrea.

Habia acontecido un fenómeno.

Sir Lawnou habia perdido toda su potencia magnética desde el momento en que se habia puesto en lucha con Andrea.

Parecia como que el espíritu superior de este habia sido absorbido por el poderoso espíritu de Andrea.

Sir James, como hechicero, habia pasado.

Estaba desarmado.

Unso lo pensamiento le dominaba: la posesion absoluta de Andrea.

No tenia pensamiento para otra cosa.

Su actividad se habia ahogado, por decirlo así, en aquel pensamiento.

Luchaba aún, pero débilmente.

Andrea era su destino.

Y sin embargo, resistia como resiste el hombre libre la situacion de esclavo.

XXIII.

El capellan se sintió gravísimamente sorprendido cuando despues de un largo paseo por las alamedas del Canal, sir James le dijo:

—Acaba usted de rasgar los últimos restos de la venda que cubria mis ojos. ¿Cómo yo no he visto la luz hasta ahora? Usted es un apóstol del Evangelio, amigo mio, y el cielo le debe á usted un alma mas.

—¡Cómo, señor! esclamó el eclesiástico. ¿Seré yo tan feliz que haya logrado inculcar en usted los santos, los grandes, los divinos principios del Evangelio?

—Sí, señor mio, sí, dijo sir Lawnou; y en prueba de ello, quiero convertirme solemnemente al catolicismo.

—¡Oh, triunfo de la eterna verdad, de la santidad infinita, de la fé y de la caridad! esclamó el eclesiástico trasportado de contento.

XXIV.

Pero no sabia que la noche anterior habia tenido lugar entre Andrea y sir James el diálogo siguiente:

—Yo estoy desesperado, yo agonizo, yo muero, yo estoy á punto de tomar una resolucion desesperada, habia dicho sir James.

Andrea insistia en que como primer paso de una reparacion era necesario un enlace, y que este enlace no podia tener lugar si él no se convertia al catolicismo.

La lucha fué ruda; pero en fin, tan firme se mostró Andrea, que sir James consintió en convertirse al catolicismo.

XXV.

El capellan se encargó de la conversion; pero esta, aunque solemne, se hizo en secreto.

Una vez católico sir James, se pensó, como era natural, en su enlace inmediato.

Andrea hacia un enorme sacrificio.

Desde el momento de la infamia de sir James, se habia desencantado.

Habia comprendido en su verdadero valor á aquel miserable.

Si se casaba con él era á causa de las consecuencias de la infamia de que habia sido víctima; pero, lo repetimos, apuraba un nuevo sacrificio.

Ella se habia sentido impulsada hácia sir James.

Este habia influido de una manera poderosa sobre ella, porque todos los séres se componen de espíritu y materia, y estos dos principios están íntimamente unidos por un misterio que no se esplica aún y que probablemente no se esplicará nunca.

El hermoso sir James habia impresionado á Andrea, á pesar de su pureza.

Además, habia habido en Lawnou algo que habia provocado la altivez de la jóven.

Esta, arrastrada de una parte por la hermosura de su enamorado, empeñada por otra parte en enamorarse, se habia aventurado en una lucha, cuyas consecuencias habian sido funestas para la jóven por la intervencion de un medio miserable, mejor dicho, de un crímen.

Andrea pues, desencantada ya, se sacrificaba por dar un nombre al hijo que tenia en sus entrañas.

XXVI.

El momento en que la naturaleza debia herir de muerte la reputacion de Andrea se acercaba.

Ella exigió.

Sir James se fué un dia á encontrar á Pedro del Valle de Sos, esto es, al baron de Castell-d'oro por su casamiento con Amalia, y le dijo:

—Tenemos que hablar de un asunto importantísimo.

—¡Tenemos! dijo Pedro, que era muy altivo. Comprendo que usted tenga algo que le importe mucho que preguntarme ; pero yo no séque haya nada importante para mí respecto á usted.

Esta contestacion era de todo punto grosera, y por consecuencia agresiva, pero Lawnou la soportó admirablemente como si el baron le hubiese dicho un cumplimiento.

—Creo que todo lo que se refiere á su familia de usted, dijo sonriendo, es para usted importante.

—Indudablemente; pero no sé de qué manera puede usted estar en relacion con nada que importe á mi familia.

—Andrea...

—¡Ah! ¿Se trata de mi cuñada? dijo el baron sin tomarse el trabajo de disimular su disgusto. Pues bien, señor mio, si usted ha creido que porque se le recibe en casa por la misma razon porque se recibe á otras tantas gentes, esto le autoriza para cierta especie de proyectos, me veo obligado á suplicarle se abstenga de volver á favorecernos con su presencia.

—Andrea me ama.

—Usted se equivoca, señor mio.

—Ella me lo ha probado.

—Esto es peor: no es ya que usted se equivoca, es ya que usted miente.

—Señor baron, es usted injusto conmigo, dijo Lawnou devorando este ultraje como si no le hubiera notado.

—No por cierto: yo rechazo una inconveniencia, una equivocacion; y no castigo la mentira que usted se ha atrevido á pronunciar,

porque nada puede haber de comun entre los dos, ni aun en el terreno de los caballeros.

—Señor baron, dijo siempre humilde, siempre bajo James Lawnou: yo no he querido ni quiero llegar á ese terreno.

—Ya me habian dicho que eras un miserable, contestó Pedro; y si no te he arrojado á puntapiés de mi casa, ha sido por evitar un escándalo: si no recibiésemos en nuestras reuniones mas que á aquellos á quienes no se debe ni se puede arrojar á puntapiés, estaríamos eternamente solos; pero cuando uno de estos bribones disfrazados que las frecuentan para esplotarnos, se atreve á llevar su esplotacion hasta un término irritante, se le agarra por un brazo, se le planta en la calle, y se le prohibe aun el pasar por delante de nuestra casa.

Y el baron, uniendo el hecho á la palabra, asió por un brazo á sir James y le espulsó.

Su hermano Alfonso le habia puesto al corriente de las proezas de sir James.

Por esta parte, Alfonso se habia descubierto.

Sabia que su hermano jamás consentiria en el enlace de Andrea con el anglo-americano.

Este no se atrevió á decir al baron la situacion comprometida en que Andrea se encontraba, por temor de ser esterminado.

Pedro del Valle de Sos, como sus otros hermanos, era terrible.

XXVII.

Nada dijo á Andrea.

No quiso rebajar su altivez hasta el punto de hablar á su cuñada de estas cosas.

Creyó que bastaba con haber arrojado de la casa á sir Lawnou.

XXVIII.

Andrea, por su parte, tuvo miedo de hablar de este asunto á su hermana.

Se sintió sin valor para la confesion del estado en que se encontraba.

Temió que Amalia no creyera que habia sido la víctima de un crímen.

Se pensó pues en un casamiento secreto.

Sir James lo arregló todo, y una noche á las doce Andrea bajó al jardin vestida como para hacer un pequeño viaje.

Antes del amanecer debia volver casada.

Sir James la condujo hasta la puerta de Fuencarral, en la cual habia un carruaje, donde entraron.

Aquel carruaje era completamente cerrado, y dentro de él reinaba la oscuridad mas profunda.

El trayecto duró mas de hora y media; pero el carruaje no habia ido solo; mejor dicho, habia habido quien habia espiado á sir James.

Este espía era Juan del Valle de Sos, el segundo de los hermanos.

Pedro, que nada habia dicho á su mujer, que nada habia dicho á Andrea, se habia encerrado sin embargo con su hermano Juan.

—Sucede una cosa que me contraría, le habia dicho.

—¿Y qué es ello, Pedro? contestó Juan.

—Andrea...

Juan se puso levemente pálido.

—¿A propósito de qué me hablas de Andrea? preguntó Juan.

—¿Crees tú, dijo Pedro, que haya nadie que se atreva á pedir la mano de una jóven tal como mi cuñada, ni aun autorizado por ella?

—No. ¿Y ha sucedido eso?

—Sí.

—¿Y quién ha sido?

—Ese miserable de James Lawnou, al cual hemos tenido la debilidad de admitir en nuestra casa.

—Sin embargo, dijo Juan, nada hay que indique la existencia de relaciones entre ese hombre y Andrea.

—Es verdad: jamás hablan delante de las gentes: se tratan con la mas completa indiferencia; pero eso no prueba sino que comprenden que no hemos de consentir en estos amores, y los ocultan. El pabellon que Andrea ocupa cae sobre el jardin, y es lo mas á propósito para citas misteriosas: además de que una puerta se abre fá-

cilmente, las tapias no son altas y caen á una callejuela: es necesario que tú vigiles el postigo: te importa: yo habia pensado en tí para Andrea.

—Esto es imposible; Alfonso está empeñado por ella, dijo suspirando Juan.

—Sí, pero ella sabe que entre Alfonso y su madre han existido amores: Andrea sabe que su madre ha sido víctima de los amores de Alfonso, y siente por él un horror invencible: es necesario renunciar á que Andrea forme parte de nuestra familia por medio de Alfonso, y te confieso que ni yo ni Amalia estamos dispuestos á que los veinte millones del patrimonio de Andrea pasen á un estraño: hemos pensado pues en tí: lo que ahora es difícil podrá ser mañana fácil: te importa pues vigilar á Andrea, y saber lo que hay de exacto acerca de las relaciones entre ella y ese hombre.

XXIX.

Ahora bien, la primera vez que Juan ejercia su vigilancia sobre Andrea fué la noche en que esta salió de su casa para casarse con sir James.

Juan habia visto que Lawnou llegaba al postigo, que le abria, que entraba, que volvia á cerrar.

—¡Ah! dijo. ¡La virtuosa! ¡la pura! ¡Fia en mujeres! Sin embargo, añadió, apenas puede creerse que ella falte á su dignidad. Esperemos.

Y Juan se ocultó entre la sombra en el hueco de una puerta, á poca distancia del postigo del jardin.

XXX.

Aún no habia pasado media hora, cuando se abrió de nuevo el postigo.

Salieron dos personas.

Un hombre y una mujer envuelta en un grande abrigo, asida del brazo del hombre.

A pesar de lo sombrío de la noche, Juan reconoció en aquella mujer á Andrea, en aquel hombre á sir Lawnou.

Ardió la cólera en su corazon de tigre.

Iba armado con dos rewólvers, y su primer impulso fué disparar sobre sir Lawnou; pero se detuvo y se limitó á seguirlos.

XXXI.

Llegaron á la puerta de Fuencarral, que por aquel tiempo existia aún, y que se cerraba á las once de la noche; pero esto no importaba.

La puerta se abria para todo el que tenia pase de la autoridad competente, ó para todo el que lo pagaba.

Sir James se habia provisto de un pase, y la puerta se abrió.

Salieron, y la puerta volvió á cerrarse.

Juan del Valle de Sos, que no tenia pase, se valió del dinero, y la puerta se abrió.

—Los dos que han salido, preguntó á uno de los del resguardo de la parte de afuera, ¿para dónde han tomado?

—Han entrado en un carruaje que los esperaba, contestó un guarda á quien Juan habia dado una gratificacion, y el coche ha tomado por la izquierda á lo largo de la Ronda.

—¿Iba muy despacio?

—Al trote.

—¿Y quién diablos sigue al trote á un carruaje? dijo con desesperacion Juan.

—¿Le importa á usted mucho seguir ese carruaje? preguntó el guarda.

—Sí, muchísimo.

—Pues bien, yo creo que si se gratifica al del parador inmediato se tendrá dentro de tres minutos un caballo.

—¿Habrá bastante con esto? dijo Juan dando una onza al guarda.

—Sobra, caballero.

Y el guarda partió á escape.

XXXII.

Tres minutos despues, Juan tenia un caballo ensillado.

—Pero no conocemos á usted, caballero, dijo el hombre que ha-

bia venido con el caballo; y sin que usted se ofenda... aunque el bicho no es muy allá...

Juan, para desembarazarse, dió á aquel hombre cuatro onzas.

—El caballo es de usted, dijo el del parador.

Y se fué, concluyendo una venta que nadie le habia propuesto.

XXXIII.

Juan se lanzó al galope, y muy pronto oyó el ruido del carruaje, que se alejaba á lo largo de la Ronda.

Se puso á una distancia conveniente.

El trote de su caballo no podia apercibirse, porque lo dominaba el de los caballos y las ruedas del coche.

Este se dejó atrás la puerta de Hortaleza, el portillo del Conde-Duque, bajó la cuesta de Areneros, se deslizó á lo largo del rio, ganó la puerta de Toledo, la de Atocha, se lanzó en el camino de Vallecas, y no paró hasta la plaza de este pueblo, que estaba completamente desierta y silenciosa.

Juan echó pié á tierra, ató su caballo á una reja, y adelantó entre la oscuridad, pegándose á las paredes, hácia el carruaje.

Este habia parado en la puerta de la iglesia.

Un hombre, en cuyo bulto reconoció Juan á James Lawnou, salió solo del carruaje.

Adelantó hácia la puerta de una casa pegada á la iglesia, y llamó.

Abrióse tan pronto, que no parecia sino que le estaban esperando, y habló durante un segundo con la persona que habia abierto.

Luego se dirigió al carruaje y entró en él.

XXXIV.

Cinco minutos despues se abrió la puerta de la iglesia, y James Lawnou dijo á Andrea:

—Vamos, adorada mia: nos esperan: dentro de muy poco serás mi esposa.

Andrea salió del oscuro carruaje.

—¿Dónde estamos? dijo Andrea.

Sir James, como si no hubiera oido, no contestó.

Avanzó y entró en la iglesia.

Andrea creyó la falta de contestacion de sir James una distraccion, y le siguió.

En la iglesia todo estaba preparado para un casamiento.

El cura y los testigos.

Aquel casamiento debia ser completamente secreto.

Se terminó en muy poco tiempo.

Volvieron á salir, y entraron en el carruaje.

Se cerró este, y Andrea, conmovida por la situacion en que se encontraba complicada al casarse, se encontró de nuevo á oscuras.

Los tableros y las cortinillas del carruaje estaban echados.

Sintió los brazos de Lawnou.

—No, no, dijo con firmeza Andrea: he legitimado á mi hijo, pero yo no seré nunca del infame que todo lo ha olvidado, que me ha hecho su víctima.

Sir James rugió como una fiera mal domada á quien sujeta su domador.

El carruaje se puso de nuevo en marcha al trote.

Juan fué al lugar donde habia dejado su caballo, y á pesar de que le habia abandonado, le encontró.

Tan solitario estaba el pueblo, que ninguno de los propensos á apoderarse de lo ajeno contra la voluntad de su dueño habia podido tropezar con el caballo.

XXXV.

Siguió al carruaje, y este, por el mismo camino, llegó á la puerta de Fuencarral y se detuvo.

Salieron de él Andrea y sir James.

Llegaron á la puerta, llamaron, abrieron y pasaron.

Poco despues decia Juan á uno de los guardas:

—Tome usted este caballo: yo se lo regalo.

—Muchas gracias, caballero, esclamó completamente satisfecho el guarda.

—Haga usted que en el momento abran la puerta.

El guarda llamó, y la puerta se abrió.

Pasó Juan.

Llegó á punto que desaparecia por el postigo del jardin Andrea.

En cuanto á sir James, no entró.

Andrea sin duda no le habia permitido pasar.

XXXVI.

—Y bien, murmuró sir James entre la sombra: aún está irritada. Es necesario sufrir: me domina, hace lo que quiere de mí; es necesario que yo recobre mi poder; es necesario que apague este fuego que abrasa mi alma, que me enloquece, que me devora...

Sir James se alejó.

Juan se puso en su seguimiento, rewólver en mano.

Una idea terrible se revolvia en el cerebro de Juan: matar entre la sombra á sir James.

Le siguió con esta intencion; pero de rèpente se detuvo.

—No, no: aún no es tiempo: es necesario que yo averigüe lo que ha ocurrido en la iglesia de Vallecas: un casamiento sin duda... pero necesito la certidumbre. En cuanto á ese canalla que me roba un dote de veinte millones, tiempo hay.

Y se fué á su casa.

XXXVII.

Al dia siguiente se trasladó á Vallecas.

Se fué en derechura á casa del párroco.

—Señor mio, le dijo: necesito hablar á usted á solas de un asunto muy grave.

El cura se encerró con Juan en un pequeño aposento.

—Yo soy, dijo Juan con acento grave y sombrío y mirando fijamente al eclesiástico, un hombre que tiene derecho á hacer á usted un gravísimo cargo.

Pero el cura no era muy á propósito para asustarse.

Tenia el carácter firme y enérgico.

—Yo no puedo recibir cargos mas que de mis superiores, dijo.

—Y de los abusos que usted comete en el ejercicio de sus funciones, á las personas á quienes estos abusos perjudiquen.

—Señor mio, dijo con dignidad el eclesiástico: si usted no deja ese acento de perdonavidas, harto impropio cuando se dirige á un sacerdote, no podremos entendernos.

Juan comprendió que habia dado con la horma de su zapato.

—Dispense usted, le dijo; pero estoy muy irritado, y cuando estoy irritado no sé hablar de otra manera.

—No comprendo por qué causa puedo ser yo el objeto de la irritacion de usted.

—Anoche vinieron aquí una señorita y un sugeto que la acompañaba.

—Vinieron en efecto.

—¿Á qué?

—Á rezar.

—¿Á rezar?

—Sí señor.

—¿Nada mas que á rezar?

—Nada mas.

—¿Se obstina usted en afirmar que esas dos personas no vinieron á casarse?

—Á nada menos que eso, contestó tranquilamente el párroco.

—¿Usted se afirma en lo dicho?

—Me afirmo.

—¿Sabe usted que yo pertenezco á la familia de esa jóven, y que tengo derecho...

—Yo no niego que usted pueda tener derechos respecto á la jóven que estuvo anoche en nuestra iglesia; pero digo y afirmo que no vino á casarse.

—En ese caso, señor cura, nada tengo que decir: sin duda se trata de un casamiento secreto, profundamente secreto.

—Nada puedo decir á usted acerca del casamiento.

—Muy bien, señor cura, muy bien. Beso á usted la mano.

—Beso á usted la suya, caballero.

XXXVIII.

Juan, harto descontento, se volvió á Madrid.

Dejó su caballo y se fué á una posada.

Entró y preguntó al dueño:

—¿Cuál es la posada adonde vienen á parar los de Vallecas?

—Esta cabalmente, dijo el posadero.

—¿Y hay alguno de Vallecas aquí?

—Sí señor: seis ó siete.

—Hágame usted el favor de decir al de mas edad, y al que mas sepa de esos seis ó siete, que hay aquí una persona que quiere hablarle.

El posadero miró con atencion á Juan, y luego dijo á un mozo:

—Anda y di al tio Melaza que hay aquí un señor que quiere hablarle.

XXXIX.

Poco despues, un lugareño como de cuarenta años, de fisonomía astuta y de mirada maliciosa, estaba delante de Juan.

—¿En qué puedo servir á usted, caballero?

—En acompañarme á beber una botella al café inmediato.

—Perdone usted, caballero; yo no conozco á usted, dijo el tio Melaza.

—Pero ¿usted es de Vallecas?

—Sí señor.

—Entonces hágame usted el favor de venir conmigo, porque tengo que hablar á usted de un asunto muy importante y que podrá ser muy provechoso á usted.

—Anda, hombre, anda, dijo el posadero, que estamos en mitad del dia; de aquí al café hay dos pasos, y no te ha de comer por el camino.

—Pues vamos allá, dijo el tio Melaza.

XL.

Llegaron al café, se sentaron y pidieron.

—Usted conocerá al sacristan de su pueblo, dijo Juan.

—Por supuesto que le conozco.

—Usted vive de su trabajo, ¿no es verdad?

—Soy recovero.

—No le vendrá á usted mal ganar una onza.

—No señor: eso no le viene mal á nadie; pero sepamos cómo, porque yo soy un hombre de bien.

—No se le pide á usted un asesinato, sino simplemente que se traiga mañana si puede al sacristan de su pueblo.

—¿Y para qué?

—Para hacerle algunas preguntas.

—¿Nada mas que para eso?

—Nada mas.

—¿Y va ganando algo el tio Petaca?

—¿Y quién es el tio Petaca?

—¡Toma! El sacristan.

—Esta onza.

Y Juan dió dos onzas al tio Melaza.

—La una es para mí, ¿no es verdad?

—Por supuesto, hombre; y mañana habrá otra para usted y otra para el sacristan si viene.

—¡Vaya! de cabeza vendrá el tio Petaca. ¿Y adónde, caballero?

—A este café y á esta misma hora.

XLI.

En efecto, al dia siguiente estaban allí el tio Melaza y el tio Petaca.

Juan esperaba ya.

Dió una onza á cada uno, y dijo al tio Melaza:

—Yo tengo que hablar á solas con el tio Petaca.

—Eso quiere decir que yo estoy de más, dijo el tio Melaza; y

como á mí no me gusta estar de más en ninguna parte, quede usted con Dios; muchas gracias, caballero, y salud.

Y acabándose de beber el vino que quedaba en una botella que le habian servido, salió.

Quedaron solos el tio Petaca y Juan, mirándose profundamente.

El tio Petaca receloso: Juan procurando adivinar por el semblante el carácter del sacristan.

XLII.

—Usted, caballero, estuvo ayer en la casa del señor cura y se encerró con él, dijo el tio Petaca.

—Sí; y porque el cura no ha querido responderme á una pregunta que he hecho, he buscado á usted para que me responda á esa pregunta.

—Pues si el señor cura no ha sabido contestar á usted, dijo el tio Petaca, yo no sé cómo voy á saber contestarle yo.

—No es que no ha sabido, es que no ha querido, respondió Juan; y como yo no podia ofrecer dinero al cura para que me respondiese, le he buscado á usted.

—¡Ah! ¡ya! Eso es otra cosa. Usted diga, y yo veré si le puedo servir.

—Anoche estuvieron en la iglesia del pueblo una señorita y un caballero, dijo de improviso Juan.

El tió Petaca se puso pálido, y contestó:

—Yo no sé eso.

—¡Ya! Le han encargado á usted el secreto.

—Y me han pedido juramento.

—¡Ya!

—Y cuando yo juro delante de Dios, no falto á mi juramento por nada del mundo.

—De modo que usted no quiere decirme que una señorita y un caballero estuvieron anoche en la iglesia de Vallecas.

—Mándeme usted otra cosa, caballero, dijo con la apariencia de la mayor buena fé del mundo el tio Petaca; pero eso no lo puedo yo decir.

—No insisto, no insisto, dijo sonriendo Juan, ni tampoco quiero que usted me diga que fueron á casarse.

—No se puede hablar de los casamientos secretos, caballero, dijo el tio Petaca, siempre con una espresion de candor; porque si se dijesen, lo sabria todo el mundo y no serian secretos.

—Vamos, bien... ella se llamaba...

—Lo que es cómo se llamaba ella, aunque me hicieran tajadas no podria yo decirlo, contestó el tio Petaca, porque no lo sé, ni cómo se llamaba su esposo: solo sé que ella era bonita como un sol, que estaba triste y que parecia que la llevaban á ajusticiar.

—¿Y él? ¿cómo era él?

—Él era un señor muy rubio y muy buen mozo, pero de muy mala cara. Miraba á la señorita como si se la hubiese querido comer.

—¿Y cómo es que se han casado en Vallecas no siendo de Vallecas?

—Llevaban una órden de la Vicaría.

—¡Ah! ¡ya! ¿Y usted podria darme una copia de la partida?

—¡Anda! ¡anda! ¡Pues no tiene muy guardado el cura el libro secreto! ¡Y que tiene buen genio su merced! ¡Ya! ¡ya! Me habia tocado la lotería á terno y ambo si él me cogiese en algo. Eso no puede ser.

—¿Y usted cree que ese casamiento es legítimo?

—Si no lo fuese no lo hubiese hecho mi amo, que aunque tiene mal genio, es un hombre de bien.

—¿Y usted cree que si le llevase un buen regalo al cura...

—No se meta usted en eso, porque seria trabajo perdido y esponerse á que el señor cura le pusiese á usted las orejas coloradas: ni aunque le ofreciese usted colocar en el trono á Cárlos V, que es lo mas grande que se puede ofrecer, y usted pudiera hacerlo, no adelantaria usted nada. El casamiento ha sido secreto, y ni el señor cura ni yo diremos una palabra.

—Usted se pierde una buena gratificacion.

—No señor, no, dijo el tio Petaca mirando de una manera singular á Juan; usted tiene cara de ser muy generoso, caballero, y usted conocerá que si yo no le he dicho nada es porque no he querido faltar á mi obligacion.

—Es usted el pícaro mas redomado que he visto en toda mi vida, dijo sacando un bolsillo Juan. Tome usted, y calle usted por la cuenta que le tiene que yo le he preguntado acerca de estas cosas.

—Descuide usted, señor, que ya sabe usted que yo sé guardar un secreto, dijo el tio Petaca guardando las tres onzas que le habia dado Juan.

XLIII.

Este se propuso esplotar por sí solo la situacion.

Comprendió que no le convenia deshacerse por entonces de sir James, y despues de algunos dias dijo á su hermano:

—Nada he observado, Pedro, que pueda hacer creer que se entienden Andrea y ese hombre.

En cuanto á Andrea, en vano habia querido saber el lugar donde se habia efectuado su casamiento.

Sir James habia corrido con todo.

Andrea no dudaba de que el casamiento habia sido legítimo.

El aspecto del cura de Vallecas, la iglesia, la fisonomía de los dos testigos, la habian inspirado una absoluta confianza; pero Lawnou la habia llevado en un coche completamente cerrado, no habia podido ver el camino, no conocia el pueblo: habia estado tan escitada que no se acordaba de cómo era la iglesia.

Cuando preguntaba acerca de esto á sir James, este la contestaba:

—¡Sé mia!

Pero Andrea sentia una invencible repugnancia á pertenecer á sir James.

Le aborrecia.

Se habia casado con él por el nombre de su hijo.

XLIV.

Volvió por este tiempo el marqués de Casa-Otero.

James Lawnou no entraba ya en la casa de Castell-d'oro; pero Pedro del Valle de Sos no podia dejar de concurrir con su familia á las casas de sus amigos, á sus recepciones, á sus *soirées*, y allí encontraba á sir Lawnou.

Cierto era que este ni aun se acercaba á Andrea; pero no bastaba esto al marqués de Casa-Otero.

Lo sabia todo, y aborrecia de muerte á Lawnou.

Apenas llegado, una noche se fué con sus seis anglo-americanos á una de las reuniones donde debia encontrarse sir James.

Los anglo-americanos no hablaban una sola palabra de español, pero hablaban perfectamente el francés, y el francés se habla mucho en la buena sociedad española.

XLV.

Muy pronto sir James comprendió que todos le evitaban, que todos le miraban desde lejos con una espresion particular, que por donde quiera que él iba se levantaban ó se apartaban.

Comprendió que contra él se habia levantado una tempestad, y lo comprendió todo cuando vió á los seis anglo-americanos que habia llevado consigo el marqués de Casa-Otero.

Solamente Juan del Valle de Sos no se alejó de él cuando él se le aproximó.

—¿Querrá usted decirme, Valle de Sos, le preguntó James, qué significa esto? ¿Se han dado todos de ojo para apartarse de mí? ¿Creen que estoy apestado?

—Sí, dijo con secatura Juan; y tienen razon, porque usted está apestado de infamia.

Sir James se puso pálido, lívido.

Era colérico, terrible.

—¡Mienten esos miserables! esclamó señalando á los anglo-americanos, que formaban un grupo cerca de él.

Entonces un atlético rubio, un hijo de la Albion de Ultramar, adelantó y dijo con una secatura y con una altivez completamente inglesas:

—¿A quién desmientes tú, James Lawnou, el tres veces sentenciado á muerte por ladron y asesino?

XLVI.

Un ancho círculo de personas de ambos sexos se habia establecido alrededor de los dos interlocutores.

—Tú mientes, Williams Pakerson, dijo sir James: á tí te han alquilado con esos otros miserables para que vengais á calumniarme, á insultarme: aquí han sido bastante cobardes para no atreverse á mí, y han ido á buscar al duelista á sueldo de Nueva-York.

—Desde este momento el asunto es mio, dijo adelantándose Alfonso del Valle de Sos, que como sabemos, no habia tenido miedo en el mundo á nadie mas que á Mariano de Fresnoseco. Sí, yo he ido á Nueva-York á buscar tu historia, y la he encontrado escrita de una manera infame en los tribunales: no quise que se me creyese sobre mi palabra ni que se dudase de la autenticidad de los documentos que traigo conmigo, y he suplicado á estos seis nobles amigos, que deseaban visitar á España, me acompañasen: ellos vienen suficientemente acreditados, están en el ejercicio de sus derechos civiles, no se puede poner en duda lo que declaren, y yo les he suplicado den las noticias que tienen á la buena sociedad española de un hombre como tú: todos saben lo que eres; tu lugar pues no está aquí; véte.

—Sostengo que mentís todos como cobardes é infames, contestó con gran sangre fria James Lawnou; y para que esta calumnia no quede sin castigo, yo te arrojo á la cara las infamias que me atribuyes, marqués de Casa-Otero, y declaro que si alguno es aquí indigno de la sociedad que nos rodea, sois tú y esos seis que has comprado para la calumnia.

—Señores, esclamó sofocada la vieja marquesa del Tamarindo, que era la dueña de la casa: todo lo que ustedes dicen podrá ser muy cierto, pero yo hubiera querido que hubieran ustedes elegido, en vez de mi casa para armar este escándalo, un café, ó una taberna mas bien.

—Tanto da, mi hermoso vestiglo, dijo sir James con su imperturbable sangre fria; porque tu casa no es mas que un garito cubierto de flores, una trampa de lobos donde padres y maridos estúpidos traen á sus mujeres y á sus hijas, creyendo traerlas al lugar mas conveniente del mundo.

XLVII.

¿Quién tal dijo?

Enriqueta de Cumbresfrias, marquesa del Tamarindo, puso el grito en el cielo y acabó por desmayarse.

Sus conocimientos, los pocos que sabian que sir James no era un calumniador, y los mas que lo ignoraban, desfilaron escandalizados.

Los seis anglo-americanos y los dos hermanos de Valle de Sos, Alfonso y Juan, salieron revueltos con sir James, y poco menos que á puñetazos.

El escándalo habia sido formidable casa de la marquesa.

Esta se habia quedado sola con sus doncellas y con dos sobrinas ambíguas que algunos minutos antes eran las hermosas á la órden del dia, las señoritas á la moda.

Habia quedado descubierta á la luz del sol una de esas cavernas pintadas y doradas que hay en todas las capitales, en las cuales se entra con respeto, y cuyos asquerosos misterios conocen muy pocos.

Se habia echado desde lo alto de su brillante pedestal al suelo á sir James.

Al fin se estaba en el misterio de sus grandes riquezas.

Era un ladron, un bandido escapado de su patria.

Se contaban estrañas y terribles aventuras, las unas verdaderas, las otras falsas: exageradas todas por la forma del relato.

Sir James en fin estaba reducido á huir de Madrid, á esconderse, á desfigurarse, á variar de nombre.

—Un hombre tal, decian todos, no debe atreverse á permanecer entre nosotros: debe huir. Por mas que en España no le alcance la accion de la justicia por crímenes cometidos en luengas tierras, el gobierno no debe permitir la existencia aquí de un bandido tan peligroso.

Las mujeres elegantes que habian aceptado los obsequios de sir James estaban corridas, desesperadas, puestas en ridículo.

Las madres que habian concebido la esperanza de atrapar para sus pimpollos al millonario, se desesperaban.

Aquello habia sido una revolucion, un destronamiento, un escándalo en fin en grande.

XLVIII.

Todos suponian que no podia tener lugar un duelo entre Alfonso del Valle de Sos y James Lawnou.

Porque ¿cómo el noble marqués de Casa-Otero podia batirse con un tal escelerato, con un tal criminal?

¿Cómo partir el terreno de los caballeros con un infame?

Pero todos se engañaron.

Todos supieron con sorpresa al otro dia que Alfonso del Valle de Sos habia sido mortalmente herido.

Se supo aún mas: que los seis amables anglo-americanos que habian contado horrores de sir James Lawnou se habian retractado, ó mas bien que habian ratificado, declarando que habian incurrido en un gravísimo error, engañados por una ligera semejanza que existia entre sir James Lawnou y otro de su mismo nombre que habia sido ahorcado algunos años antes en Washington.

—Pues si fué ahorcado, les dijeron, ¿cómo es que ustedes han colgado sus hazañas á sir James?

—¡Oh! Nosotros ignorábamos que hubiera sido ahorcado, dijeron; pero nuestro embajador, á quien ha apelado sir James, lo ha certificado; es decir, James Lawnou el bandido, el terrible bandido de los estados de Virginia, no fué ahorcado verdaderamente, porque murió algunos momentos antes de que le ahorcasen; pero su cadáver fué suspendido de la horca, lo que es lo mismo.

—¿Y no podrá suceder que sir James sea ese mismo bandido resucitado?

—¡Bah! ¿Quién cree en las resurrecciones?

—Dicen que sir James es un gran magnetizador.

—¿Y qué tiene que ver esto con lo otro?

—Ha podido valerse de la hechicería para engañar á la justicia.

—¡Bah! Creer eso seria ser demasiado crédulos.

XLIX.

En fin, James Lawnou quedó ostensiblemente esculpado, pero en realidad escluido de todos los lugares que podian llamarse decentes.

En cuanto á su conducta con el marqués de Casa-Otero, esta habia sido admirable.

Se habian batido en regla, y le habia herido bravamente y sin ventaja, porque los dos eran de igual fuerza en el florete.

Esto lo habian declarado los testigos.

Por otra parte, en cuanto habia caido el marqués, sir James, dejando de ser su enemigo para ser su médico, se habia apresurado á hacerle la primera cura.

—La herida me parece mortal, y lo deploro, habia dicho á los testigos; pero yo no tenia otro medio, señores, despues de la horrible injuria que se me ha hecho; injuria que, yo os lo aseguro, se desvanecerá.

L.

Desde aquel momento, sir James no se separó del marqués de Casa-Otero mas que para acudir al embajador de los Estados-Unidos en demanda de una reparacion, y para tener algunas entrevistas secretas con los seis testigos alquilados traidos por Casa-Otero.

La decoracion cambiaba.

El embajador certificó que algunos años antes habia sido ahorcado en efecto, en presencia suya, un famoso criminal llamado James Lawnou; que se le habia ahorcado muerto porque se habia suicidado algunos momentos antes de ser conducido á la horca. El noble embajador aseguraba que le habia visto enterrar, y aun creia tener una idea de que precisamente se le habia hecho la autopsia para estudiar su cráneo; pero de esto no estaba muy seguro.

Los seis anglo-americanos declararon que se habian equivocado.

Sir James en fin, como hemos dicho, habia obtenido una completa reparacion; pero por aquello de Maquiavelo de: calumnia que

algo queda, las gentes no se habian prestado á recibir de nuevo en su casa á sir James, ni este lo habia solicitado.

En cuanto al marqués, las nuevas noticias que corrian acerca de él fueron terribles.

Se dijo que á pesar de la gravedad de la herida, sir James no desconfiaba de salvarle.

Al fin, ocho dias despues, se dijo que sir James respondia de la vida del marqués.

LI.

Dos meses despues, Alfonso podia salir á la calle, aunque en carruaje.

Una nueva complicacion sobrevino entonces.

El estado de maternidad de Andrea comenzaba á hacerse reparable.

La pobre jóven no pudo ocultar por mas tiempo su secreto á su hermana.

Esta lo reveló á su marido, esto es, á Pedro del Valle de Sos.

Pedro tomó el cielo con las manos, y se puso malo de ira.

—Es necesario matar á ese miserable, dijo. Ha abusado de la insensata amistad que yo le habia concedido: yo creia que al abrirle mi casa la respetaria.

Pedro consultó á su hermano Juan, y le puso en el secreto de que sir James, valiéndose de sus artes, que él llamaba infernales, habia hecho contraer una catalepsia á Andrea, y prevaliéndose de ella la habia deshonrado.

—Pero ¿cómo puede ser eso? dijo con asombro Juan.

—Ese miserable se habia valido de la doncella de Andrea, y esta, en el té que le servia todas las noches, habia puesto algunas gotas de un licor que ese hombre la habia dado.

—¿Conque hay algo con lo que se puede hacer pasar por muerto á un vivo?

—Nosotros lo sabemos por esperiencia, contestó Pedro. Andrea ha estado muerta, ó pareciéndolo á lo menos, cuarenta y ocho horas, y de tal manera, que los médicos se han engañado.

—¿Y tiene ese licor sir James? preguntó Juan.

—Sí.

Juan no preguntó mas.

LII.

Al dia siguiente, sir James recibió una carta de Andrea.

En aquella carta citaba á sir James á la quinta de Castell-d'oro, que era propiedad de Amalia, como perteneciente al mayorazgo de Castell-d'oro.

La carta era legítima.

Entre Pedro del Valle de Sos, Andrea y Amalia, habia habido una escena terrible.

A despecho de Amalia, Pedro no se habia encerrado en los límites de la prudencia.

Habia estallado.

Habia apostrofado durísimamente á Andrea.

Habia llegado hasta el punto de pretender maltratarla.

LIII.

Andrea se defendia con toda la fuerza de su dignidad y de su carácter, y respondió valientemente á su cuñado que la culpa de la situacion en que se encontraba provenia de él, puesto que habia dado una ámplia entrada en la familia á un hombre tal como sir James.

Afortunadamente llegó Juan á intervenir.

Hubo un consejo de familia.

Aquel consejo fué estraño, terrible.

Se decretó la muerte de Andrea.

Andrea consentia en ello: todo esto, se entiende, á despecho de Amalia.

El consejo se habia celebrado entre los dos verdugos y la víctima.

Siendo imposible un matrimonio entre Andrea y un hombre tal, era necesario evitar de todo punto que la deshonra cayese sobre la familia.

Pedro ignoraba que Andrea y James se habian casado en medio del mas profundo misterio.

Andrea guardaba el secreto.

Juan no decia que aquel secreto hubiese sido descubierto por él; pero la muerte de Andrea debia ser aparente.

El licor de sir James debia producir otra vez la catalepsia en la jóven.

En vano protestó Amalia.

Andrea aceptaba, y los dos hermanos Pedro y Juan se mostraban feroces.

Andrea escribió pues una carta á James, citándole para la quinta de Castell-d'oro.

LIV.

Habia en esta quinta, como sabemos, un subterráneo, al cual no se entraba sino por una puerta secreta.

Amalia ignoraba la entrada de este subterráneo.

Eufemia la habia ignorado tambien.

Pedro, revolviendo un dia los viejos papeles de la familia, habia encontrado la noticia de este subterráneo.

Habia callado, se habia ido á la quinta, y en medio de la noche, cuando todos estaban dormidos, cuando nadie podia observarle, buscó la entrada secreta y la encontró.

Y no fué esto solo.

Encontró allí las arcas llenas de dinero y de alhajas que ya conoce el lector.

Un ascendiente cercano de los de Castell-d'oro habia escondido allí todo su dinero y todas las alhajas de la familia.

La muerte le habia sorprendido, y solo habia quedado en un papel que habia escapado á los sucesivos herederos, la existencia de aquel lugar.

LV.

Pedro se regocijó.

Aquello podia ser la tumba donde con sir James quedase sepultada su venganza.

En cuanto al tesoro, dijo:

—Dejémosle que muera á la vista de estas riquezas, que muera de hambre al lado del oro.

La maldicion que pesaba sobre los hermanos Valle de Sos se revelaba de nuevo.

No podian ser mas infames, ni Alfonso, ni Pedro, ni Juan.

LVI.

Andrea se trasladó á la quinta el dia precedente á la noche en que habia citado á sir James.

Andrea, al escribir la carta en que le citaba, habia cometido tambien un crímen, disculpable hasta cierto punto en ella, que era una víctima de las infamias de sir James.

Y decimos un crímen, porque aquella cita no era otra cosa que un lazo tendido á sir James.

«Estoy desesperada, decia aquella carta: te amo: no puedo resistir por mas tiempo á la pasion que me domina; pero mi familia jamás consentirá en un enlace que hemos llevado á cabo ante Dios: este enlace debe permanecer secreto, pero yo me emanciparé por tu medio, y seré tuya, completamente tuya: moriré para tí, y para tí resucitaré, ¿me entiendes? Tú te has valido de no sé qué principio químico, y por sus efectos me has colocado en la situacion en que me encuentro: que ese mismo principio sirva para hacer creer á todo el mundo que he muerto. Estoy en la quinta de Castell-d'oro: ven esta noche por el postigo del jardin: yo te estaré esperando á oscuras.—Tu *Andrea*.»

LVII.

James Lawnou, que adoraba á Andrea, cayó en el lazo.

La noche prefijada, solo y provisto de su terrible elixir, se encaminó á la quinta de Castell-d'oro.

Los alrededores de esta eran bravíos y solitarios.

Antes de que James Lawnou llegase á la quinta le salieron al camino dos hombres que estaban emboscados, y tan de improviso, que no pudo ponerse en defensa.

Aquellos dos hombres eran Pedro y Juan del Valle de Sos.

Le ataron fuertemente los brazos con cuerdas que llevaban prevenidas, y le robaron el pomo de cristal que contenia aquel terrible licor.

LVIII.

Y así, á empellones y amenazándole de muerte, le condujeron hasta la quinta y le metieron en ella por el postigo del jardin.

Luego le encerraron en la casilla del guarda, que estaba aislada y abandonada.

En cuanto al caballo, le dejaron en libertad.

Despues los dos hermanos fueron á acostarse á una de las habitaciones del piso bajo.

Juan habia conservado el pomo.

Cuando Pedro sintió que Juan dormia, se levantó silenciosamente.

Fué á la casilla del guarda y dijo á James Lawnou:

—Sígueme: tenemos que entendernos.

James, desesperado, sometido á Pedro, pensando en convencerle, en reducirle á un acomodo, le siguió.

Pedro le condujo á la escalera donde estaba la puerta secreta.

Nadie vió esto.

La puerta se abrió.

Ambos pasaron.

Cuando se hubo cerrado la puerta, Pedro lanzó un rugido de alegría.

—¡Oh! Estoy vengado, dijo. El castigo de la infamia que has cometido contra mi familia, es de aquellos mas allá de los cuales no puede suponerse nada.

James Lawnou tembló.

Tan terrible habia sido el acento de Pedro.

LIX.

Llegaron al fin, franqueando las otras puertas, al subterráneo.

—Vas á ser feliz, le dijo con una infame crueldad Pedro: tú eres avaro: tú has cometido por el dinero todos los crímenes: tú vas á morir junto al oro, junto á los diamantes.

—¡Morir! dijo sir James esforzándose por romper sus ligaduras.

Pero estas eran demasiado fuertes.

Pedro se gozaba en la desesperacion de James Lawnou.

—¡Oh! dijo. Tú has pretendido burlarte de mí: tú has arrojado una mancha sobre mi familia: tú no sabias lo que hacias: tú no podias saber que atreviéndote á mí te suicidabas.

—Yo puedo hacerte tres veces mas rico que lo que eres, aunque cuentes por tuyo lo que aquí hay, dijo James Lawnou, probando por una tentacion su libertad. ¿Qué es todo esto comparado con lo que yo puedo darte?

Pedro soltó una larga carcajada.

—Por un solo pedazo de tus entrañas, dijo, daria yo cien veces mas oro y mas diamantes que los que hay aquí. ¡Oh, miserable! ¡Y pensar yo que he sido tu amigo, que he creido en tu amistad, que no he comprendido que no me halagabas sino para servirte de mí! ¡Ah! ¡ah! ¡Tú no sabes lo que somos los Valle de Sos! ¡Nosotros estamos malditos! ¡nosotros producimos la muerte, la desesperacion, el horror! ¡Ah! ¡ah! ¡Mas te valia no haber nacido que haberme insultado!

LX.

Sir Lawnou probó sobre Pedro su antigua influencia magnética; pero esta habia pasado.

Ya lo hemos dicho: su espíritu, su voluntad, su sér entero habia sido absorbido por Andrea.

Sus esfuerzos eran inútiles.

No podia concentrar su voluntad.

Un fantasma luminoso, ardiente, rojo, terrible, ardia en su pensamiento, le absorbia, le devoraba.

Este fantasma era Andrea.

Pedro permaneció mucho tiempo aún atemorizando á sir James.

La expiacion de este miserable era terrible.

Comprendíase claramente la intencion de Pedro: dejarle allí encerrado, abandonado, sentenciado á morir de hambre.

Esto era espantoso.

Lawnou habia visto que nadie habia podido conocer su traslacion por Pedro á aquel lugar.

Al bajar habia contado los escalones.

Tenia la horrible seguridad de que nadie podia oir sus voces.

Habia reparado tambien en que la entrada de aquella tumba era una puerta secreta, en que habia que pasar para llegar al lugar en que se encontraba dos puertas de hierro fuertemente afianzadas.

No habia esperanza.

Solo un milagro podia salvar á Lawnou, y Lawnou no creia en los milagros.

LXI.

Pedro habia dejado á oscuras y agarrotado á James.

Así, sin poder hacer otra cosa que moverse en un pequeño espacio, con los brazos sujetos á la espalda, á oscuras, é impregnados sus vestidos de la insoportable humedad del subterráneo, pasó sir James muchas horas, en ese horrible estado de quien espera una cosa que no llega.

Esperaba que por una reaccion posible aun en el hombre mas perverso, Pedro modificase su clemencia hácia él, tal vez por el interés de enriquecerse; pero cuando hubo pasado un larguísimo espacio de tiempo, el espacio de un dia, sir James perdió toda esperanza y se le heló de horror el alma.

Sin duda estaba definitivamente sentenciado: enterrado vivo.

LXII.

Pero en el momento que su última esperanza se apagó, oyó un áspero crujimiento: el de los goznes de la puerta de hierro mas inmediata, que se abria.

Luego percibió el reflejo de una luz.

Por último, apareció Pedro.

LXIII.

Traia una gran cesta en un brazo, y en la mano un farol.

—¿Cómo te ha ido? preguntó á James sonriendo ferozmente. No

te puedes quejar del alojamiento que te doy. Tendrás apetito, ¿eh? Dispénsame: no he podido venir hasta ahora: durante el dia suben y bajan sin cesar criados por las escaleras. Además, hemos tenido grandes novedades: Andrea ha muerto.

—¡Muerto! esclamó aterrado sir James. ¡Que ha muerto Andrea!

—Sí: como murió cuando la mataste tú.

—¡Ah! esclamó sir James.

—Solamente que entonces no se la enterró, y ahora se la enterrará: los médicos que se llamarán ahora, y que serán otros que los de entonces, la creerán perfectamente muerta.

—¡Oh, maldito, maldito! esclamó sir James.

—Esa maldicion cae sobre tí, que eres la causa de todo lo que sucede. Pero bien: ¿qué te importa á tí ni qué me importa á mí de una maldicion? ¿Podemos ser mas malditos que lo que ya lo somos?

—Tú morirás de una manera horrible, infame, esclamó Lawnou. Llegará un momento en que tú pidas compasion como te la pido yo, como te la habrá pedido Andrea, sin que nadie oiga tu voz: morirás como has matado, porque Dios no deja nunca impune el crímen.

—¡Ah! ¿Tú crees al fin en Dios?

—He creido siempre. Quien conoce la ciencia conoce á Dios.

—Pues bien, dijo Pedro: vuélvete á ese Dios á quien confiesas, y que él te ampare.

—Dios no me puede escuchar, dijo Lawnou, porque yo soy un escelerato; porque hace mucho tiempo, mucho, que yo estoy condenado, y para los condenados no hay redencion posible; pero Dios ve tu iniquidad como ha visto la mia: Dios la castigará en tí como la castiga en mí.

—¿Sabes que esta maldita humedad que se mete en los huesos no permite estar aquí mucho tiempo? dijo con refinada crueldad Pedro. Por lo mismo, es necesario concluir cuanto antes. Además, Juan y yo estamos velando el cadáver de Andrea, y no quiero que se horrorice demasiado estando solo. Voy á despedirme de tí hasta la eternidad, mi querido amigo.

—¡Hasta la eternidad! esclamó con espanto sir James.

—La eternidad no está de tí mas lejos que lo que duren estas

provisiones que te dejo: son muchas y buenas: economízalas, porque estas provisiones son la medida de tu existencia: te dejo tambien aceite para que puedas alimentar esta luz: te dejo además papel y recado de escribir: me gustará mucho leer lo que tú escribirás para atenuar entreteniéndote en algo el horror de tu situacion. ¡Ah! ¡ah! ¡Y tú te has atrevido á mí! ¡Qué dulce es vengarse! ¡Oye! Tal vez yo no quiera privarme del placer de verte sufrir: es posible que cuando tu vida se vaya apagando, vuelva yo á alimentarla de nuevo. ¡Oh! ¡La venganza! ¡la venganza! ¡Qué dulce es la venganza!

—Cien millones de reales, esclamó desesperado sir James.

—No, no, no, dijo Pedro: yo soy riquísimo: rico por mí, rico por mi mujer, rico por el patrimonio de Andrea, que viene por su muerte á Amalia. ¡Oh! ¡oh! Nuestra pequeña Alfonsina será inmensamente rica. ¿Para qué quiero yo mas oro, si no puedo gastar el que tengo aunque le arroje á dos manos por la ventana? Vamos, ven acá: hace aquí mucho frio; es necesario salir, y no quiero dejarte atado.

LXIV.

Ardió una especie de esperanza en sir James, que se acercó á Pedro.

Este habia notado la alegría de Lawnou.

—¡Pobre diablo! dijo. Estás completamente desarmado, hambriento, débil: un niño se reiria de tí. ¿Ves? Yo no tomo ninguna precaucion para defenderme de tí cuando estés suelto: apenas puedes tenerte de pié.

Lawnou lanzó un rugido.

Lo que acababa de decir Pedro era completamente exacto.

El largo agarrotamiento de sus brazos le habia reducido á la impotencia, en union con el hambre, el frio y el terror, ese otro frio horrible del alma.

LXXV.

Lawnou se arrojó á los piés de Pedro, abrazó sus rodillas, lloró, gimió, pero todo en vano.

Pedro se desembarazó brutalmente de él, le arrojó por tierra, y lanzando una carcajada de loco, la carcajada horrible de la venganza satisfecha, se alejó.

Lawnou oyó el crujimiento de la puerta que se cerraba, y esclamó:

—¡Oh! ¡Dios me castiga! ¡Dios no puede tener compasion de mí! ¡Yo estoy condenado! Pero ese maldito está condenado tambien, y Dios no puede tener piedad de él; Dios le castigará de una manera horrible.

Luego, Lawnou se arrojó con ánsia sobre las provisiones.

Estas eran abundantes.

La cesta era enorme.

Las viandas fiambres, pero suculentas.

En el fondo de la cesta habia hasta una docena de botellas de vino; pero no habia ni una sola de agua.

—¡Horrible! ¡horrible! ¡horrible! esclamó Lawnou.

Y rompió á llorar.

CAPITULO XXV.

CONTINUACION DE LA HISTORIA.

I.

Andrea habia bebido con un valor heróico una taza de té preparado con algunas gotas del terrible licor de sir James.

Esto habia sido convenido con una calma horrible entre ella, Pedro y Juan.

—Es necesario, necesario de todo punto, habia dicho Andrea. Es preferible la muerte á la deshonra. Por otra parte, prefiero la muerte á vivir al lado de ese miserable; pero que no sepa él el lugar en que me encuentre; que crea que habeis sido unos infames que me habeis enterrado viva.

Esto demostraba que Andrea creia lo que Pedro y Juan le habian dicho, esto es, que se habian limitado á quitar á James el elixir, y que luego le habian dejado en libertad.

—Si no fuera, añadió tristemente Andrea, por el sér inocente que llevo en las entrañas; si no fuera además porque no quiero ofender á Dios con el crímen del suicidio, ni que vosotros le ofendais con el del asesinato, yo os suplicaria que despues de que se me hubiese creido muerta, despues de que se hubiesen llenado todas las formalidades legales, me atravesáseis el corazon.

Estas palabras, que hubieran conmovido á un pedernal, no causaron la mas leve impresion en ninguno de los dos hermanos.

Podia decirse que si Andrea no era definitivamente sentenciada con el sér que tenia en sus entrañas, consistia en que Juan la amaba, y en que Pedro amaba á Amalia, que adoraba á su hermana.

En todos estos sucesos habia mucho de la locura, de la pasion, de la desesperacion, del crímen: algo de maldicion, algo que hacia que se realizase lo monstruoso.

Se convino pues en que Juan conoceria de todas las consecuencias.

Que cuando Andrea volviese á la vida, él la conduciria á un lugar decente, y que cuidaria de ella.

Despues de esto, Andrea bebió.

Algunos segundos despues la envolvió un denso adormecimiento.

Lentamente su semblante fué tomando la lividez y la rigidez cadavéricas.

Por último, la catalepsia fué completa.

II.

Se llamó á los médicos, y estos, despues de un maduro exámen, certificaron de buena fé la defuncion.

III.

El entierro tuvo lugar al dia siguiente: un entierro magnífico, al que concurrieron todos los numerosos conocimientos del baron de Castell-d'oro, esto es, todo el mundo rico y elegante.

Nadie dudó de que Andrea habia muerto.

La honra pues de la familia se habia salvado.

No podia saberse que Andrea habia sido madre sin ser esposa.

No habia habido tampoco necesidad, para cubrir el buen nombre de la familia, de casarla con un bandido, con un hombre que no habia podido rehabilitarse mas que en la apariencia.

Nadie dudaba, á pesar de las pruebas aducidas por Lawnou y de su duelo con el marqués de Casa-Otero, de que sir James era aquel bandido que habia escapado de la horca.

IV.

Andrea habia sido metida delante de una concurrencia inmensa en uno de los grandes nichos capaces para tres cadáveres que se llaman panteones.

Delante de testigos se habia cerrado aquel panteon.

La muerte de la hermosa Andrea era ya una cosa indudable.

V.

Aquella noche, á las doce, un gran carruaje conducido por un solo hombre paró delante del cementerio.

Aquel hombre aseguró las riendas de los caballos al pescante, saltó de él, llegó á la puerta del cementerio, y llamó.

Inmediatamente se abrió la puerta.

—¿Ha venido usía solo? preguntó el de adentro.

—Sí, solo, completamente solo, contestó el recien llegado. ¿Lo ha preparado usted todo?

—Sí señor: he sacado el cadáver del panteon, le he envuelto en la manta que usted ha traido, y no hay mas que trasladarle al carruaje: yo me comprometo por usted, caballero, y si no tuviera cuatro hijos, yo no haria esto: mañana por cualquier accidente puede abrirse el panteon...

—Mete en él la primera pobre que traigan para la hoya grande: nadie puede reconocer á una persona en un esqueleto, porque el panteon no se abrirá probablemente en muchos años, hasta que sea necesario enterrar á alguno de la familia.

—¡Quién sabe si eso podrá ser mañana! La vida no está segura: necesario será hacer algo: yo me quedo con las llaves del ataud: dentro de once dias puede usted venir por ellas.

VI.

Impresionó fuertemente á Juan aquella frase del sepulturero: «¡Quién sabe si mañana será necesario abrir el panteon para otro de la familia!»

Aquel otro no podia ser mas que su hermano Pedro ó su cuñada Amalia.

—Vamos cuanto antes por el cadáver, dijo Juan.

—Espere usted aquí, dijo el sepulturero: yo no necesito á nadie para traerle.

VII.

El sepulturero se alejó, dejando á Juan en el oscuro vestíbulo del cementerio.

Sentia Juan un pavor insoportable.

Le parecia que todos los habitantes del cementerio iban á dejar sus lechos para rodearle, para acometerle, para llevarle consigo.

Necesitaba apelar á todo su valor, á todo su escepticismo: necesitaba recaer con fuerza en el pensamiento de que los muertos no se levantan de sus tumbas, para no sucumbir al pavor.

VIII.

Al fin se oyeron unos pasos lentos y pesados como los de un hombre cargado, y poco despues el sepulturero se acercó á Juan.

Traia sobre los hombros un bulto, semejante á un cuerpo humano.

—Vamos, vamos cuanto antes, dijo: en estos negocios, hasta que se ha concluido no le llega á uno la camisa al cuerpo.

Juan fué al carruaje y abrió la portezuela.

Luego ayudó al sepulturero á poner en el carruaje el cuerpo de Andrea, que dejaba entrever la horrible tiesura del cadáver.

Cuando Andrea estuvo en el carruaje, Juan saltó al pescante.

—¿Y no me dará usted algo mas? dijo el sepulturero. Me parece que lo he ganado bien.

Juan dió á aquel hombre algunas monedas de oro.

Luego escitó los caballos, partió al galope, y se perdió á lo largo del camino.

—¡Lo que son los enamorados! dijo el sepulturero. ¿Qué ade-

lantará ese señor con tenerla muerta? En fin, miserias, caprichos. Lo que á mí me importa es procurar que no me cojan en blanco. Pero ¿para qué ha hecho Dios la cal y el aceite de vitriolo?

Y el sepulturero cerró la puerta del cementerio, y se fué á cerrar de nuevo el panteon.

Andrea habia pasado por la tumba.

XI.

No tardó en abrirse de nuevo aquel panteon.

Las palabras del sepulturero se habian cumplido: se habian convertido en una profecía.

Un mes despues del entierro de Andrea, otro entierro entraba en el cementerio.

El panteon se habia abierto con grandes precauciones; pero el cadáver que en él existia, y que no era ciertamente el de Andrea, estaba cubierto por una capa de cal, y la descomposicion no habia progresado.

Nadie pensó en que se abriese el ataud de Andrea.

Pedro del Valle de Sos, que era el nuevo cadáver, quedó depositado en el cementerio para que se le enterrase en presencia de un encargado.

Ninguno de los acompañantes del entierro habia querido acercarse á un panteon que debia ser abierto, conteniendo un cadáver de un mes de fecha.

Lo mismo aconteció al encargado.

El cadáver de Pedro fué metido en el panteon sin mas testigos que los sepultureros.

Al mismo tiempo, desde las prisiones del Gobierno Civil era conducido á la cárcel y metido en un profundo calabozo, donde se le dejó incomunicado, el marqués de Casa-Otero.

Esto esplica la muerte de Pedro.

Le habia asesinado su hermano Alfonso.

La maldicion del viejo y loco marqués de Casa-Otero se cumplia.

Los hijos del adulterio se devoraban los unos á los otros.

X.

Alfonso, que como sabemos, habia sorprendido el secreto de la primera muerte aparente de Andrea, no habia creido en la segunda muerte.

Comprendió que su hermano Pedro no habia hecho otra cosa que cubrir el honor de la familia.

Por otra parte, James Lawnou habia dèsaparecido.

Alfonso se encerró con su hermano y le dijo:

—Devuélveme á Andrea: yo la adoro.

—¿Que te devuelva á Andrea? ¿Soy yo acaso un Dios? dijo Pedro con indiferencia á su hermano.

Una mirada hambrienta, terrible, de bestia feroz, apareció en los ojos de Alfonso.

—Devuélveme á Andrea, repitió: lo sé todo. Pues bien, todo me importa nada: me casaré con ella.

—Tú estás loco, Alfonso, dijo Pedro: un casamiento con un cadáver es imposible.

—¿Con un cadáver? esclamó soltando una horrible carcajada siniestra Alfonso. Un cadáver aparente, que sin duda ha vuelto ya á la vida. Tú has abusado de mi estado de debilidad á causa de mi herida: si yo hubiera estado fuerte, si yo hubiera podido presentarme, no se hubiera enterrado á Andrea sino cuando hubieran aparecido las señales indudables de la descomposicion.

—Te digo que estás loco, esclamó Pedro: Andrea está tan muerta y tan enterrada como nuestro padre.

—¡Ah! Peor para tí, dijo Alfonso, si Andrea ha sido enterrada y muerta.

—¿Y por qué decir muerta despues de enterrada? esclamó ágriamente Pedro.

—Porque si Andrea ha sido enterrada, habrá sido enterrada viva.

—¿Crees tú acaso que Andrea era inmortal?

—Yo no creo mas que lo que veo, dijo Alfonso; y por lo mismo, voy á ver para creer.

Y Alfonso salió terrible, entró en un carruaje y se hizo conducir al cementerio donde habia sido sepultada Andrea.

Llamó al sepulturero, y apoyándose en su brazo porque aún estaba débil, adelantó con él por las fúnebres galerías.

XI.

Se hizo conducir á la sepultura de Andrea, y leyó su nombre, su nombre solo, *Andrea,* en grandes letras doradas sobre el mármol negro y abrillantado que cerraba el panteon.

—¿Y está verdaderamente ahí? dijo de repente Alfonso fijando una mirada penetrante en el sepulturero.

—Sí señor que está; digo, su cadáver, que lo que es su alma debe estar con Dios. Nunca he visto una muerta mas hermosa: parecia dormida.

—¡Dormida! ¡dormida! ¡sí! ¡eso es! dijo Alfonso. Y dime: ¿nadie ha venido á sacarla?

—¡Cómo! ¿Qué es lo que usted dice? preguntó afectándose ofendido el sepulturero. Los muertos no los saca nadie de la sepultura sino cuando no tienen la propiedad de ella y no la han prorogado y han pasado cuatro años.

—Vamos, seamos francos, dijo el marqués: ¿no han dado algunos puñados de oro para que saques de aquí el cadáver?

—Juro á usted por la vida de mis hijos que no.

El marqués se puso densamente pálido y tembló.

—¡Infames! dijo.

Y luego añadió:

—¿Y cuánto querrias tú porque yo viese el cadáver?

—Mucho, señor, mucho, contestó el sepulturero: ahora es peligroso abrir el panteon.

—¡Le abriremos! ¡Quiero verla! esclamó el marqués.

Hubo una larga lucha sostenida por el sepulturero.

En fin, tanto le ofreció el marqués, que consintió.

Al fin citó al marqués para aquella noche á las once.

XII.

El marqués, que era supersticioso, soportó el pavor.

Presenció la abertura del panteon, que fué larga, porque se hizo preciso apartar la losa y abrir el tabique.

Al fin, el sepulturero tiró de un ataud, del que se exhalaba un ligero olor nauseabundo.

—¡Pero diablo! dijo el sepulturero. No hemos hecho nada: yo no tengo las llaves, y yo por nada del mundo fuerzo las cerraduras.

—¡Basta! ¡basta! dijo el marqués completamente convencido. ¡Miserable! ¡Infame! ¡La ha enterrado viva por apoderarse de sus millones!

—¿Viva? esclamó el sepulturero. Yo aseguro á usted que estaba bien muerta.

—Lo parecia. ¡Y hay tantas cosas que parecen lo que no son!

—¡Vaya si estaba muerta! esclamó con una completa conviccion el sepulturero, y con un acento tal que acabó de engañar al marqués.

XIII.

—Acompáñame afuera, dijo este: no quiero estar ni un momento mas aquí.

Y algunas lágrimas se escaparon de los ojos de Alfonso; pero bajo aquellas lágrimas ardia un volcan de ira y venganza.

—¡Pero estos señores están locos! decia para sí el sepulturero conduciendo al marqués. ¿Cuántos querian á esta señorita?

Al fin, el marqués salió del cementerio y se volvió á su casa.

No se acostó.

Toda la noche estuvo paseando por su gabinete.

Su terrible idea fomentaba de momento en momento.

Miraba con impaciencia el péndulo colocado sobre la chimenea.

Las horas corrian para él con una lentitud horrible.

Enloquecia de momento en momento.

Su furor crecia.

XIV.

Amaneció al fin.

—Esperemos una media hora, dijo, que los criados tardarán en abrir la puerta de la casa.

Aquella media hora tuvo la duracion de un siglo para el marqués.

Habia pedido un carruaje, y en el momento en que pasada la media hora que habia esperado le anunciaron que el carruaje estaba dispuesto, el marqués abrió un secreter y tomó de él un pequeño puñal cincelado.

Luego salió de su aposento y bajó los escalones como un ébrio.

Iba pálido como un cadáver, y sus ojos lívidos.

—¡Á casa del señor baron de Castell-d'oro! dijo al lacayo.

XV.

Diez minutos despues, Alfonso entraba en casa de su hermano.

—El señor duerme todavía, le dijo uno de los criados de escalera arriba.

—No importa, dijo el marqués.

Y siguió adelante.

—¿Necesita vuecencia que se llame al señor?

—No, contestó el marqués: yo le despertaré.

Y aquel «yo le despertaré» habia sido pronunciado de una manera tan terrible, que el criado sintió un vago temor, un temor por el momento simultáneo, sin objeto; pero instantáneamente aquel temor se determinó, tuvo un objeto.

Comprendió que el marqués buscaba con una intencion siniestra á su hermano.

Concebir esto y correr á buscar á los ayudas de cámara del baron, fué todo obra de un momento; pero tardó algunos minutos en encontrarlos.

Entonces les dijo rápidamente lo que habia, y todos corrieron al cuarto del baron.

Al llegar á la puerta, esta se abrió y apareció el marqués fuera de sí, con los ojos inyectados de sangre, espumosa la boca, manchada abundantemente de sangre la camisa, y con un puñal en la mano.

Indudablemente se habia cometido un crímen.

Los criados se arrojaron sobre el marqués, le desarmaron y le sujetaron.

XVI.

Hé aquí lo que habia sucedido entre los dos hermanos.

Alfonso habia entrado en el dormitorio de Pedro, fuera de sí, irritado hasta el furor, loco.

Pedro dormia.

Alfonso se arrojó sobre él como hubiese podido arrojarse un tigre sobre su presa, y le despertó de una manera feroz.

Pedro, que era terrible, al despertar, al ver que tenia sobre sí á un hombre, en el que por el momento no reconoció á Alfonso, echó mano á un rewólver que tenia sobre la mesa de noche; pero Alfonso le asió la mano, y esclamó con acento rugiente:

—¡Ah! ¡no! ¡no hay nada que te salve! ¡Tú has matado á Andrea, y yo te mato á tí!

Y dichas estas palabras, dió de puñaladas á Pedro, que cayó sobre las almohadas, esclamando con voz terrible:

—¡Asesino! ¡asesino de tu hermano! ¡maldito seas! ¡Que Dios te mate como tú me has matado á mí!

Alfonso se heló de terror, y huyó; pero antes de salir de la casa, como sabemos, le cogieron los criados y le sujetaron.

XVII.

Sobrevino la justicia, y el marqués fué conducido á la cárcel y encerrado en un profundo calabozo, donde le dejaron incomunicado.

Pedro no habia muerto instantáneamente.

Tuvo tiempo para tomar algunas disposiciones.

Llamó á Francisco, al hijo de aquel cazador furtivo que habia servido á Alfonso, y que se habia quedado en la casa de Castell-d'oro.

Le dió una cartera y un retrato de Andrea, y le dijo:

—Confio en tu lealtad: tú no verás lo que contiene esta cartera: tú no la entregarás sino á una persona que se parezca á este retrato, ó á la que te presente otro retrato semejante.

Pedro no tuvo vida mas que para esto.

Cuando acudió su hermano Juan, ya habia muerto.

XVIII.

Este crímen habia conmovido profundamente la opinion pública.

La cabeza del marqués de Casa-Otero estaba sentenciada.

Nada podia impedir á la familia la infamia de contar entre ella á un ajusticiado; pero Juan conservaba el pomo del elixir maravilloso robado á sir James.

Diremos de paso que Juan ignoraba lo que de sir James habia sido.

Ya sabemos que Pedro, en medio del silencio y de la soledad, habia encerrado á sir James en el subterráneo cuya entrada él solo conocia.

No habia revelado este secreto.

Juan creia que sir James se habia escapado, no se sabia por qué medio.

La muerte súbita de Pedro habia sido la sentencia horrible de sir James.

Pedro habia tenido tiempo de revelar la existencia de sir James en el subterráneo.

Se habia acordado de él, y aunque espirante habia dicho:

—Tan cogido me tiene el diablo, si lo hay, que no me soltará porque yo renuncie á mi venganza: que muera ese miserable.

No se podia ser mas infame.

Verdad es que ninguno de los tres tenian nada por lo que el diablo los desechase.

XIX.

Sir James esperó en vano.

Nada, ni el mas leve ruido turbaba el silencio sepulcral, el si-

lencio de eternidad, por decirlo así, de la tumba donde habia sido encerrado.

La primera vez satisfizo completamente su hambre con las provisiones que le habia dejado Pedro.

Despues comprendió que era necesario economizar, ganar tiempo, durante el cual Pedro pudiera tal vez arrepentirse de su crueldad.

Sir James estiraba de una manera miserable su existencia.

Aquellos víveres podian bastar para algunos dias, y era preciso aumentar el número de estos dias.

De la misma manera, el aceite podia durar un tiempo dado.

Para que durase por un triple espacio de tiempo, sir James redujo á una tercera parte el grueso de la torcida del farol.

Disminuyó pues en dos terceras partes la intensidad de la luz; luz escasa, turbia, débil, que hacia mas sombrío aquel antro.

Por otra parte, el frio era intenso.

Además, el vino, único líquido que le habia dejado, no calmaba su sed.

Esta llegó á hacerse devoradora.

El subterráneo era húmedo.

Sir James, á costa de grandes esfuerzos, logró hacer un hoyo que de largo en largo período producia en su fondo una especie de cieno debido á una difícil filtracion.

Sir James, para atenuar el insoportable tormento de una sed devoradora, chupaba aquel cieno repugnante, se envenenaba.

Y al mismo tiempo escribia, escribia sin cesar su historia, la historia de sus amores con Andrea, la de sus relaciones con la familia de Andrea.

Al fin, y antes de que trascurriera un mes desde que habia sido encerrado, acabaron á un tiempo las provisiones, el vino y el aceite.

Hacia ya algunos dias que una fiebre lenta devoraba á sir James.

Al fin quedó á oscuras, helado, calenturiento, demacrado, con una desesperacion incalculable.

Su conciencia, rebelándose en medio de aquella situacion horrible, constituia un infierno para aquel miserable.

Al fin cesaron el delirio y la fiebre, y puede decirse que sir Ja-

mes murió antes de morir, porque antes de convertirse en un cadáver habia cesado en él toda sensacion; pero habia tenido tiempo para escribir aquellas Memorias que las dos hermanas, estremecidas de horror, acabaron de leer á punto que se ponia el sol.

Bajaron entonces de la roca y se encaminaron lentamente á la quinta, donde los otros personajes las esperaban, harto tristes y pensativos cada cual de ellos.

XX.

Por de contado que nuestros lectores comprenderán que en las Memorias de sir James, las dos hermanas no habian podido leer mas que lo que sir James, esto es, su padre, habia conocido por sí mismo.

Lo demás lo hemos referido nosotros.

Las dos hermanas necesitaban saber lo que habia sido de su madre despues de haber sido arrancada de la sepultura, y lo que habia sido del marqués de Casa-Otero.

—Pero, dijo María, yo no puedo pedir una revelacion tal á Juan: Juan mentiria por no causarme horror: me ama, está loco por mí... Sin embargo... no importa... yo he heredado de nuestro padre su terrible poder de fascinacion: nosotras lo sabremos todo sin que Juan sepa que nos lo ha revelado.

—¿Tú? esclamó Clotilde: ¿tú tambien eres magnetizadora?

—Sí, Clotilde, sí; y á esta circunstancia debemos el que yo haya podido evitar muchas desgracias. Esta noche nosotras sabremos todo lo que necesitamos saber. A las doce, sin ser sentidas, saldremos al jardin, y Juan irá á buscarnos sin saber que nos busca.

CAPITULO XXVI.

LA RESURRECCION DE UN AMOR.

I.

Al acabarse la comida, que fué silenciosa y triste porque todos nuestros personajes estaban gravemente impresionados, Luis dijo á María:

—Necesito hablarte: no me niegues una entrevista, porque si me la niegas, lo que haré será terrible.

—¿Y por qué me he de negar yo á esa entrevista que me pides? dijo María. Sal adelante hácia la fuente adonde van por agua las jóvenes del pueblo: yo iré á buscarte allí.

Despues de este rápido diálogo, Luis, lleno de esperanza, tomó el camino de la fuente.

Al volver á ver á María, al saber que iba á casarse con otro, habia renacido en él con un furor inmenso todo el amor de otro tiempo.

Aquel amor habia llegado á ser un frenesí.

La hermosura de María, siempre espiritual, habia llegado á tal esceso de espiritualismo, que parecia sobrenatural.

II.

María no tardó en aparecer.

Llevaba su vaporoso y elegantísimo traje de campo de un color

azul muy bajo, semejante al de esas nubecillas de la primavera que se ven antes de la salida del sol.

Un sombrero de paja de Italia de alas anchas le cubria la cabeza, y prestaba una dulce sombra á su semblante, que resplandecia bajo ella.

Sus cabellos de oro estaban recogidos en anchas y largas trenzas por detrás y á los lados de su semblante.

Una estrecha cinta de terciopelo negro con una pequeña cruz de diamantes hacia resaltar la nítida blancura de su garganta.

No podia darse nada mas bello, nada mas puro, nada mas fascinador.

Cuando la vió acercarse Luis, se sintió morir, y tuvo necesidad de apoyarse en un árbol para no caer.

III.

—Sígueme, le dijo María al pasar junto á él.

Una oleada de esperanza llenó el corazon de Luis, que siguió á María.

Esta se deslizaba mas bien que andaba, como una sombra, como una ilusion.

Si se la hubiese visto á la luz de la luna, se la hubiera podido tomar por una hada del bosque.

Y así siguieron marchando durante un largo espacio.

Empezaba á oscurecer.

La luz de la luna teñia ya de un color pálido cárdeno las puntas de las rocas y de los árboles mas altos.

IV.

María se aventuró por debajo de unas rocas, en las cuales habia una gruta magnífica, uno de esos maravillosos alcázares de la montaña.

Una cascada, derrumbándose de lo alto de las rocas, formaba como una especie de cortinaje trasparente y movible delante de la gruta.

Luis entró conmovido por un sentimiento irresistible de voluptuosidad.

María estaba de pié á la entrada de la gruta.

Entonces aparecia completamente fantástica.

V.

Luis, que avanzaba decididamente, se detuvo de improviso.

—¡Ah! Yo te adoro, esclamó juntando las manos.

—¡Que me adoras! esclamó tranquilamente y con la voz suave y lánguida María. ¡Me adoras como se adora á un ídolo!

—¡Como se adora á un ángel!

—Tú no conoces el amor, Luis.

—¡Ah! ¡Tú te vengas!

—¿De qué? dijo María. ¿Qué daño me has hecho tú?

—¡Ah! esclamó Luis en una esclamacion de asombro.

—¿Tú crees que yo estoy desesperada porque tú has deshecho una equivocacion mia?

—¿Una equivocacion?

—Sí; porque yo, ignorante del amor, habia tomado por amor lo que no era otra cosa que una propension al amor.

—¿Es decir, que tú no me has amado nunca?

—No.

—Entonces mentias cuando me decias:—Yo te amo; tú lo eres todo para mí.

—No; yo no mentia, me engañaba: yo no conocia el amor.

—¿Y lo conoces ahora?

—Sí.

—Y sin duda por la comparacion de lo que sientes ahora con lo que sentias antes, has comprendido que no me amabas.

—Sí.

—¿Quieres esplicarme esto? dijo Luis, en cuyo acento inseguro se dejaba sentir un movimiento de cólera y de despecho.

—Sí: el amor es un tirano que nos impone la ley sin condiciones.

—No te comprendo bien.

—Si yo hubiera sabido que tú habias arrastrado tu juventud entre desórdenes, que mas de un crímen ennegrecia tu pasado, que te-

nias el alma dura y cruel para con los demás, aunque no la hubieses tenido para mí, yo te hubiese rechazado.

—No te comprendo aún.

—El amor es ciego, Luis.

—¿Ciego?

—Sí: el acaso le guia. Cuando el camino por donde el acaso nos lleva es llano y fácil, nuestro amor es el ideal de la felicidad; cuando el camino es áspero y difícil y tiene á su fin un abismo, nosotros avanzamos por él sin temor, sin pretender retroceder, decididos á todo: entonces nuestro amor es un infame, tal vez una expiacion; pero no renunciamos á él: entonces nuestro amor crece, se convierte en un delirio.

—¿Y tú amas así?

—Sí: yo amo con toda mi alma.

—¡Mientes!

—Es necesario perdonarte la dureza de esa palabra, dijo tranquilamente María: tú estás loco.

—Loco de amor.

—Tú no conoces el amor: te deslumbra la hermosura, la posicion, la importancia social de una mujer, y de aquí que hayas preferido á Alfonsina cuando me creias pobre, abandonada á un destino terrible, abatida por la desgracia. Ahora que me ves á la altura de Alfonsina, ahora que me crees mas rica y en mejor posicion que ella, te vuelves á mí: esto es despreciable, Luis.

—Yo te juro...

—Sí: tú crees amor lo que por mí sientes; pero te engañas, Luis, te engañas: tú eres como la generalidad de los hombres: sensualidad y vanidad. Concluyamos: renuncia á mí: yo no puedo ser tuya: yo pertenezco á otro.

—¡No! ¡no será!

—Será, yo te lo juro. ¿Y sabes por qué yo no hago todo lo posible para que te conozca Alfonsina, para que se aparte de tí? Porque te ama, te ama con ese amor absoluto que impone una tiranía sin condiciones; pero seria en vano pretender disuadirla, porque tu amor es su vida y su alma; porque aunque yo te hiciese aparecer á sus ojos tal como eres, no conseguiria otra cosa que hacerla desgraciada

y que su amor creciese, si es que es posible acrecer el amor. Solo para desengañarte, solo para hacerte perder toda esperanza respecto á mí, he consentido en esta entrevista; y como lo que podia decirte te lo he dicho ya, volvámonos.

—¡Ah! ¡Seria yo un cobarde! dijo Luis con un acento singular.

—Yo te creia un hombre vulgar, dijo María, pero no te creia un infame.

—¡Infame! esclamó con un acento estraño Luis.

Y dió un paso hácia María; pero se detuvo inmediatamente, y quedó inmóvil como una estátua.

María, para defenderse, habia usado para con Luis de su terrible poder. Luis habia caido en el sonambulismo.

—Vuélvete á la quinta, dijo María, y no despiertes hasta que hayas entrado en ella: vuélvete y olvida.

VI.

Luis giró como hubiese podido girar un autómata.

Emprendió su marcha, y desapareció por entre los árboles.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! esclamó María saliendo en paso lento de la gruta. ¡Y este es el amor humano! ¡Siempre la materia! ¡siempre la impureza! ¡siempre el alma envuelta en el lodo de la vida! ¡Oh, Dios mio, Dios mio! ¡Y era una pasion incógnita la que yo siento por Juan! ¡por Juan, que en otro tiempo me aterraba y me repugnaba! ¡por Juan, que me parecia el mas repugnante de los hombres! Pero aquel miserable Juan ha muerto: Juan, el Juan que yo amo, es un sér completamente distinto. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Me engañaré yo? Es necesario ver lo que es Juan en relacion con los demás: respecto á mí, puede hacerle dulce, bueno, simpático, el amor. ¿Por qué, por qué la duda ha de envolvernos siempre?

VII.

María se detuvo de improviso.

Delante de ella se habia detenido una sombra.

La luna la dejaba ver á cierta distancia entre dos árboles.

—¡Ah! esclamó María reconociendo en aquella sombra al marqués.

—Sí, sí, yo soy, dijo con el acento lleno de felicidad Juan; yo soy, amor mio: te habias ido: yo no sabia dónde estabas: yo no puedo vivir sin verte: yo he marchado, y he marchado hácia tí: tú me has atraido.

—¿Y por qué no te he atraido hoy que estuve durante algunas horas separada de tí?

—¿Por qué? ¿por qué?

—Porque no me amas tanto como dices.

—¡Ah! Me obligarás á que rompa un secreto mio para que no dudes de mí, contestó Juan.

—¿Un secreto?... esclamó con acento severo María.

—Sí: he estado ocupado en una obra de caridad.

—¿En una obra de caridad tú?

—Sí, María, sí: yo amo á mis semejantes, y sus desgracias me conmueven profundamente, sus lágrimas arrancan lágrimas del corazon.

—¿Tú, tú te has trasformado hasta ese punto? Y esto consiste en que tu espíritu es mi espíritu, en que de aquel terrible, de aquel miserable, de aquel infame marqués de Casa-Otero solo queda la memoria. ¡Dios mio! esclamó María. Me haces temblar.

—¿Temblar porque al fin soy bueno?

—Sí, porque tanta felicidad debe ser imposible, porque estamos malditos de Dios.

—Dios nos ha perdonado á todos por tí.

—No: es que Dios nos prepara una expiacion terrible.

—Pues bien, aceptémosla. Tenerte mia, vivir siempre contigo, respirar tu aliento, confundir mi alma con la tuya, ayudarte á hacer bien, emplear nuestras riquezas en consolar hasta el punto que nos sea posible á los que sufren... ¡oh! ¡qué felicidad, María! ¡qué felicidad!

—Dios nos castiga, esclamó María exhalando un grito; Dios nos castiga: yo me siento arrastrada hácia tí de una manera increible.

—¡María! ¡María de mi alma! esclamó el marqués.

Y en aquel momento María cayó desvanecida entre sus brazos.

CAPITULO XXVII.

EN QUE EMPIEZA UNA NUEVA HISTORIA.

I.

Los dos amantes volvieron juntos, y no se separaron sino un momento antes de entrar en la quinta.

Todas las personas que en ella habitaban estaban harto ocupadas en los asuntos propios para que pudiesen ocuparse de los de los demás.

II.

Á las doce de la noche, dormidos todos, salieron al jardin María y Clotilde.

María estaba inquieta, preocupada, triste, meditabunda.

De tiempo en tiempo esclamaba:

—¡Oh! ¡La maldicion de nuestra raza!

Clotilde no hizo ni una sola pregunta á María acerca de su preocupacion.

Adelantaron en silencio hasta un estremo del jardin, en el cual habia una umbrosa glorieta de yedra y de madreselva.

En aquella glorieta penetraba un rayo de la luna, que inundaba el interior de un reflejo fantástico.

Algunos bancos y un velador rústico constituian el mueblaje de aquel verde pabellon.

María se sentó abatida en un banco.

Clotilde se sentó á su lado, harto preocupada tambien.

III.

De repente María levantó la cabeza y fijó una profunda mirada en una ventana de la quinta que se veia desde allí.

Aquella ventana correspondia al dormitorio del marqués.

Poco despues aquella ventana, que estaba á poca altura, se abrió.

Se vió el reflejo de la luz del interior.

Sobre aquel reflejo se recortó una sombra: la sombra de un hombre.

Aquel hombre era el marqués.

Saltó de la ventana al suelo, y por un sendero se encaminó al verde pabellon donde esperaban las dos hermanas.

El movimiento del marqués era automático; lo que quiere decir que estaba sonámbulo.

Llegó muy pronto, y obedeciendo la voluntad de María, se detuvo á poca distancia delante de ella.

IV.

—Siéntate, dijo María lánguidamente, con el acento con que habla una mujer de corazon á un hombre amado al cual se ha consagrado completamente.

El marqués se sentó.

—Retrocede por la historia de tu vida, dijo María, hasta el momento en que mi madre fué sacada por tí del cementerio.

—Yo conduje á Andrea al mismo pueblo de Vallecas donde se habia casado, y á una casa inhabitada porque se decia que tenia duende.

Allí permanecí, con un médico perfectamente pagado y obligado al secreto, hasta que Andrea volvió en sí y se restableció completamente.

Entonces la conduje á la quinta de Castell-d'oro, que era tambien completamente solitaria.

Andrea estaba enteramente resignada á su suerte.

Sabia que por el honor de la familia se la habia hecho pasar por una muerte aparente.

Dos meses despues partió conmigo para París, y yo la dejé en él bajo el nombre de doña María de Acebedo, viuda de un militar llamado don Diego de Sandoval.

Andrea habia recibido seis millones de reales, que habian sido invertidos por mí en deuda francesa: podia vivir con lujo, ir á todas partes, frecuentarlo todo; pero Andrea temia que frecuentando el gran mundo la encontrase en París alguno de sus conocimientos de Madrid.

Además, estaba profundamente triste y amaba la soledad.

Yo la compré una bella casa de campo en Saint Cloud, en la cual se encerró con algunos criados.

V.

Un grave asunto de familia me llamó á Madrid.

Mi hermano Alfonso, procesado por el asesinato de nuestro hermano Pedro, estaba á punto de ser sentenciado en primera instancia.

Tal habia sido el delito, tales sus circunstancias, que el juez me afirmó que una sentencia de muerte era inevitable, y que no se podia alentar ni aun la esperanza de que el rey conmutase su pena.

La sentencia debia ser pronunciada poco tiempo despues de mi vuelta á Madrid.

Era pues necesario no perder tiempo.

Yo conservaba un elixir maravilloso, un elixir que habia arrebatado á un hechicero anglo-americano.

—Conocemos ese elixir, dijo María. Continúa.

—Fuí á la cárcel, dijo el marqués continuando, y me presenté á mi hermano, que se asombró al verme, porque era la primera vez que yo iba á visitarle.

—Yo creí que habias renegado de mí, me dijo ansioso.

—¿Renegar de tí? le dije: ¿renegar de tí porque has matado á Pedro? ¡Qué! ¿no somos lobos hijos de loba? ¿no nos ha maldecido un condenado? ¡Nuestro destino es el horror y el crímen! ¡Yo no he re-

negado de tí, porque renegar de tí hubiese sido como si renegase de mí mismo!

—¡Lobos hijos de loba! esclamó Alfonso. ¡Sí! ¡Es verdad! ¡Tú vienes á gozarte en mi agonía! Te impacientas por entrar en posesion de mi título.

—No, le contesté: yo vengo á salvarte.

—¡Cómo! ¿Has obtenido tú del alcaide mas que lo que he obtenido?

—¡Ah! ¿Tú has tentado ya tu evasion?

—¡Pues naturalmente! Cuando un hombre se encuentra en el estado en que me encuentro yo y es rico, no repara en los sacrificios. Pero ese judío de alcaide me ha dicho:—Mi empleo es demasiado lucrativo: con algunos años que permanezca en él puedo hacerme rico sin compromiso alguno, y yo no soy ambicioso.—Ha sido necesario renunciar y desesperarse. ¡Oh! Paso unas noches horribles: he sido ya ajusticiado en sueños cien veces: he apurado una horrible agonía... un terror... ¡Ah! Tú no sabes hasta dónde llega el terror de un reo de muerte, para el cual cada momento que corre es un paso que le aproxima al patíbulo... y sin embargo, no me arrepiento, no. ¡Él mató á Andrea, á mi Andrea, de una manera horrible! ¡Aquel maldito licor! Yo he visto su cadáver descompuesto... ¡Oh! Ella habrá vuelto en sí en la tumba... se habrá muerto dentro de su ataud... habrá muerto allá de horror y de hambre... ¡El infame, el miserable Pedro! ¡No! ¡no me arrepiento de haberle matado! Si hubiese tenido cien vidas, se las hubiera arrancado una á una. ¡Infame! ¡infame! Andrea tomó aquel licor creyendo que despues cuidarian de ella. ¡Desdichada! Por nada del mundo tomaria yo un licor semejante. Prefiero la deshonra, la agonía del patíbulo, el horror de morir á la luz del sol, rodeado de una multitud inmensa, sirviendo de espectáculo á salvajes que no ven que sosteniendo el patíbulo sostienen un peligro en el que pueden morir.

VI.

Me guardé muy bien de decir á mi hermano que llevaba conmigo el elixir que podia salvarle.

Él se hubiera negado á tomarlo, temiendo ser abandonado despues.

Y era necesario que le tomara.

Le di grandes esperanzas, y me despedí de él.

VII.

Me fuí á ver al alcaide á su habitacion, inmediatamente despues.

—Amigo mio, le dije: necesito hablar á usted de un asunto muy grave; pero como soy hermano de un reo de consideracion, y no creo prudente suponer que habíamos tenido una larga entrevista, suplico á usted me conceda una cita.

—En buen hora, me dijo; pero todo es inútil: yo nada puedo hacer por su hermano de usted. Sin embargo, esta noche podemos vernos á las ocho en el café del Rubio.

Este café estaba en uno de los estremos de Madrid, en una de las calles mas estraviadas.

VIII.

El alcaide no faltó á la cita.

—Aquí tampoco debemos dejarnos ver mucho tiempo juntos, le dije: tomemos algo, y luego entremos en mi carruaje.

—Como usted guste, me contestó.

Bebimos, salimos del café, entramos en mi carruaje, y yo mandé al cochero nos condujese por la Ronda.

—Usted no tendrá inconveniente, le dije, en recibir medio millon de reales.

—¡Bonita cantidad! me respondió. Pero yo no soy un pillo ni un loco: yo no haré nada.

—De manera que si usted puede hacerlo sin comprometerse...

—Eso no es posible.

—Si mi hermano muriera...

—Eso seria peor: eso seria un proceso de envenenamiento por robar un preso á la vindicta pública.

—Si todo ello no fuera mas que una muerte aparente...

—Yo no creo en esas muertes, caballero, me dijo con una marcada grosería: yo soy una rata vieja, y no me engañan con facilidad. Ustedes son capaces de todo por el honor de la familia.

—Si yo probara á usted que puede ser esa muerte aparente...

—¡Ah! Entonces veríamos.

—Va usted pues á venir á casa.

IX.

Una vez en mi casa, yo puse una pequeña cantidad de agua en un pomo de cristal, y á aquella agua mezclé diez gotas del elixir.

El agua tomó un hermoso color rojo.

Guardé cuidadosamente el elixir, cuyo pomo lacré de nuevo, y fuí con el agua preparada al gabinete donde me esperaba el alcaide.

—Este líquido, le dije, puede producir una muerte aparente.

—Bien, sí, me contestó, siempre con acento grosero; pero eso seria bueno saberlo.

—Va usted á saberlo, le dije.

—¿Y cómo? me respondió sonriendo de una manera irritante.

Llamé á uno de mis perros.

Puse en una copa la tercera parte del contenido del pomo.

Luego pedí leche, de la que gustaba mucho Sultan.

Cuando nos quedamos solos mezclé con la leche el agua preparada que contenia la copa, y di á beber al perro.

—Ahora, dije, mientras se producen en Sultan los necesarios efectos, voy á lacrar este pomo para que usted se lo lleve.

—¿Yo?

—Sí señor; nada pierde usted en esto.

Y lacré el pomo.

X.

Durante esta operacion, Sultan, de quien no quitaba ojo el alcaide, se mostró inquieto.

De repente produjo un gruñido sordo, y cayó inerte, como herido por una congestion cerebral.

El alcaide se puso pálido y miró de una manera singular el pomo lacrado.

Luego me miró con un espanto que no pudo disimular.

—Yo creo, le dije, que este perro está bien muerto.

El alcaide se levantó, se inclinó sobre el animal y le examinó.

—Sí, sí, dijo: muerto, perfectamente muerto.

—Pues bien, amigo mio, le dije: dentro de cuarenta y ocho horas, este animal estará tan vivo como antes de haber bebido la leche.

—¿Y cómo sabremos eso?

—De una manera muy sencilla.

XI.

Tomé una caja de pistolas, en la que cabia muy bien Sultan, que era muy pequeño, la desocupé y puse dentro al animal.

—Cierre usted, le dije dándole la llave de la caja.

—Eso no me satisface. Usted puede tener otra caja.

—No: usted se la llevará.

—¿Yo?

—Indudablemente: le interesa á usted saber si puede ganar sin compromiso medio millon de reales.

—Sí, sí, dijo: me llevaré el perro: yo me informaré de si está verdaderamente muerto.

Se lo llevó en efecto.

XII.

Al dia siguiente me vino á ver con la caja debajo del brazo.

—¿Sabe usted, me dijo, que su licor es admirable, que vale un tesoro? Es un veneno sin duda, pero un veneno que no deja alguna señal, que mata por congestion cerebral.

—¡Ah! dije dominando mi sorpresa. Ya sabia yo que iba usted á hacer eso.

—¿Y qué es lo que he hecho yo? me preguntó con asombro.

—Usted ha mandado examinar el perro.

—Sí señor, y por un gran médico á quien he engañado, porque le he dicho: Yo creo que usted me diga si este animalito que yo estimaba mucho ha muerto de muerte natural, ó si me le han envenenado: es un capricho.

Ese señor me debe muchos favores.

Cogió el perro, lo puso sobre una mesa de mármol, y le abrió, no solo el cuerpo, sino la cabeza: le examinó perfectamente, y me dijo:

—Este bichillo ha muerto de congestion cerebral: estos animales ingleses son muy nerviosos.

—¿Está usted seguro?

—¡Vaya! me dijo. ¡Pues me gusta!

Y en el acento con que el médico me dijo estas palabras, vi que no me engañaba. Además, no se puede dudar de la ciencia de ese señor.

—Pues bien, le dije: hagamos la segunda esperiencia en otro perro. Usted le verá volver á la vida dentro de cuarenta y ocho horas.

—No, no señor; me basta, me basta, me contestó aquel bribon. Podemos hacer algo.

—¿Conserva usted el pomo que le dí?

—Sí señor: lacrado como usted me lo dió.

Y lo sacó del bolsillo.

—¿Y cuándo puede hacerse? le dije.

—Cuando usted quiera, me dijo mirándome de una manera significativa.

Fuí á un secreter, tomé de él doce mil quinientos duros en billetes de banco, los dí al alcaide, y le dije:

—El resto, cuando me haya sido entregado el cadáver de mi hermano.

—Perfectamente: pasado mañana recibiré ese otro medio millon.

XIII.

Al dia siguiente recibí un aviso del juez de la causa: el aviso de la muerte de mi hermano, y que con arreglo á la ley se le iba

á hacer la autopsia, puesto que habia muerto de muerte violenta.

Entonces comprendí todos los manejos del alcaide, y por qué no habia necesitado de la segunda prueba.

Aquel hombre era un asesino.

Me cubrí de sudor frio.

Aquello era demasiado.

XIV.

Corrí á ver al juez, y le supliqué se pasase por alto aquella formalidad legal.

—¡Imposible! me dijo. El preso puede haberse envenenado: puede habérsele envenenado tambien.

El juez era un hombre de corazon, y desesperado ya, se lo revelé todo.

Se quedó profundamente pensativo.

—Pues bien, me dijo: todo lo que yo puedo hacer es dilatar el cumplimiento de esa formalidad legal: si viene de arriba la órden, yo obedeceré.

Me fuí á ver al ministro.

Le espuse nuestra situacion.

El ministro se asombró como se habia asombrado el juez.

En fin, obtuve una real órden para que me fuera entregado el cadáver de mi hermano, y para que se prescindiese de aquella formalidad legal.

Yo prescindí de todo.

Me llevé el cadáver á la quinta.

A los seis dias, Alfonso, perfectamente disfrazado, caminaba en posta para Francia.

XV.

Se sobreseyó en el proceso, y yo tomé la partida de defuncion de mi hermano, y por consecuencia entré en posesion del marquesado de Casa-Otero.

Despues de esto, el marqués se calló.

—Necesito saber mas, dijo María. ¿Cómo es que Clotilde fué á poder del marqués de Casa-Otero?

—¡Ah! La estancia de mi hermano en París, contestó el marqués.

Andrea habia dado á luz dos gemelas: vosotras, hijas mias.

Habia permanecido completamente aislada en su casa de campo de Saint Cloud, triste, enferma, sintiendo ya la terrible dolencia que la llevó á la tumba.

Vosotras érais su amor.

No vivia mas que para vosotras.

Dios me perdone, pero yo creo que lo que causaba la gran desventura de Andrea era el recuerdo de vuestro padre.

—¡Ah! ¡El corazon humano es incomprensible! esclamó María. ¡Mi madre tan buena, con tan gran corazon, dominada por una pasion funesta!

—Tu madre cedia á una fatalidad, dijo el marqués, que continuaba sonámbulo: ella habia nacido para un solo amor: ese amor habia sido terrible. Si vuestro padre hubiera sido semejante á ella, hubiese sido la mujer mas dichosa del mundo.

—Pero ¿cómo, cómo el marqués se apoderó de Clotilde? dijo María. Mi madre no sabia quién se la habia robado.

—Mi hermano disponia sobradamente de dinero, dijo el marqués. Yo le enviaba religiosamente la mesada de las rentas del mayorazgo, del que por su muerte aparente habia entrado en posesion.

Se entregaba pues en París á todos los placeres.

Un dia que habia salido de caza con algunos amigos, pasó por acaso junto al jardin de la casa de campo de Andrea, y la vió á través de la yedra que cubria la verja, sentada en un banco y profundamente pensativa.

Dos nodrizas estaban junto á ella.

Cada una de aquellas nodrizas tenia una niña.

Alfonso se asombró.

Habia creido muerta á Andrea, y de improviso la veia viva ante sí, aunque enferma y triste.

No habia dado con ella.

Gracias á tu poder, María, estoy leyendo en el pensamiento de mi hermano, á pesar del tiempo, de la distancia, de la muerte; pero sufro demasiado, se me parte el alma, déjame descansar.

El marqués cayó como en un sueño profundo.

—Descansa, dijo María.

María y Clotilde quedaron profundamente pensativas.

CAPITULO XXVIII.

TODAVÍA LA HISTORIA.

I.

Pasó á lo menos una hora, durante la cual las dos hermanas no hablaron ni una sola palabra.

Al cabo de este tiempo, María dijo:

—¿Has descansado ya?

—Sí, dijo el marqués.

—Continúa la historia, dijo María.

—Déjame, déjame recordar, dijo el marqués. ¡Ha pasado tanto tiempo!... ¡Han pasado por mí tantas ideas!... ¿Por dónde íbamos? Mi cabeza se embrolla: yo me he trasformado: todo esto que yo veo ahora como en un sueño, me repugna: no sé cómo he podido yo permanecer tanto tiempo entre el lodo de mi vida pasada sin asfixiarme. Pero yo he muerto, yo he pasado por la tumba, yo no soy ya el marqués de Casa-Otero, no; pero conservo su figura... Es necesario que yo parta de aquí: yo preveo un peligro próximo... un peligro en el cual puedo morir.

El marqués, por un fenómeno muy comun en los sonámbulos, pensaba en sí mismo, veia respecto á sí mismo, resistia á la voluntad de su magnetizadora.

—¿Un peligro? esclamó María.

—Sí... un peligro inminente y próximo: es necesario partir, María, apartarnos de aquí, ir á gozar nuestra felicidad lejos, muy lejos.

—¡Ah! Pero ¿qué peligro es ese? preguntó verdaderamente asustada María.

—No lo sé, no lo sé. ¡Ah! ¡Tú has amado á un hombre!

—He creido amarle.

—Le has amado con el amor que tenias entonces, con un amor niño: tú has visto representadas por un hombre todas tus aspiraciones de niña; despues, ese hombre que te amaba como tú le amabas, que creia que jamás amaria á otra, que llegaria por tí á la desesperacion y á la muerte, dejó de amarte cuando dejó de verte, cuando tuvo junto á sí una mujer hermosa y enamorada y rica y noble: tú le habias perdido, no sabia dónde estabas, él tenia necesidad de amor: le embriagaba Alfonsina: ha vivido junto á ella mucho tiempo: tu recuerdo ha desaparecido enteramente de su memoria, se ha borrado al fin; pero has aparecido de repente mas hermosa, mas embriagadora, con todos los prestigios que pueden hacer adorable á una mujer, y ha vencido con infinitamente mas fuerza el empeño de ese hombre, la fascinacion, la sensualidad, todo, menos el amor, que no ha sentido nunca por tí, que no ha sentido por Alfonsina, que no sentirá por ninguna, porque ese hombre no tiene espíritu para el amor tal como le comprendes tú, tal como me le has hecho sentir á mí; con ese amor que lo abarca todo, con ese amor del alma que ha empezado por la fascinacion de la hermosura y que ha acabado por apoderarse del espíritu; con ese amor mortal, con ese amor regenerador que ha sido bastante para trasformarme.

—Sí, sí, lo sé, dijo lánguidamente María, mientras Clotilde escuchaba con la cabeza apoyada en las manos y profundamente pensativa. He sentido ese milagro del amor sin comprenderle: tú eres para mí lo que yo soy para tí: entrambos nos hemos trasformado, y una identificacion inesplicable nos ha unido de una manera indivisible. ¿Cómo ha podido ser esto? Tú no eres el que eras; yo no soy tampoco lo que he sido: para mí es una cosa fuera de toda duda que el amor constituye la suprema vida de los séres, su vida verdadera. Pero yo no veo ese peligro de que tú me hablas. Luis obedece á mi

voluntad, se casará con Alfonsina, nos casaremos nosotros, los dejaremos aquí á ellos, y partiremos con Clotilde al estranjero.

—Sí, cuanto antes, cuanto antes, dijo el marqués, que continuaba sonámbulo: yo presiento una desgracia.

—¿Pero tú no puedes ver de una manera precisa qué desgracia puede ser esa?

—Si por medio del magnetismo pudiera leerse en el porvenir, dijo Clotilde con acento singular, el hombre llegaria á ser Dios, y el hombre siempre será hombre.

—Es decir, que nos amenaza un peligro, dijo con la voz trémula María.

—Sí, yo tambien le presiento, dijo Clotilde; y un peligro próximo.

—Pues bien, partiremos mañana, dijo María: nos trasladaremos á Francia: allí nos casaremos, allí que nadie puede conocerte, y que aunque te conozcan nada tenemos que temer.

—Sí, sí, partamos cuanto antes, dijo el marqués.

II.

Hubo algunos minutos de silencio.

—Es necesario que continúes, Juan, dijo María: es necesario que nos cuentes cómo nos fué robada Clotilde.

—Alfonso, dijo despues de algunos instantes de silencio Juan, sintió una alegría horrible, una alegría de fiera que vuelve á encontrar su presa, en el momento en que á través de la yedra que revestia la verja de la casa de campo de Andrea, vió á esta sentada en un banco y leyendo.

Su mirada salvaje, hambrienta, pasó de la una á la otra de las dos niñas.

Alfonso tenia ya el embrion de su proyecto.

Sin embargo, dejó muy pronto su observacion, y se fué con sus compañeros, que se alejaban.

Al dia siguiente, Alfonso se fué solo á Saint Cloud, y disfrazado.

Rondó la casa de Andrea, la examinó, y vió que era peligroso pretender introducirse en ella.

En Francia la policía está siempre vigilante.

Un sargento de villa habia reparado en las investigaciones de Alfonso alrededor de la casa de Andrea, y se habia puesto en observacion.

Luego, aprovechando un pretesto, hizo á Alfonso algunas preguntas, que le obligaron á abstenerse de sus rondaduras alrededor de la casa de Andrea y le determinaron á obrar desde mas lejos.

III.

En Francia, y particularmente en París, es necesario tener mucho cuidado con los criados.

El afan de hacerse una posicion para hacersen idependientes los tiene siempre al alcance de la tentacion.

Alfonso lo sabia esto.

Uno de los criados pues de Andrea debia hacerle el negocio.

Alfonso se disfrazó una noche, se metió en el ómnibus de Mont-Parnasse, y una vez en el boulevard de este nombre, se metió en uno de los infames cafés numerados que se encuentran cerca de todas las barreras.

Nosotros no queremos hablar á nuestros lectores de esos establecimientos vergonzosos que se llaman genéricamente la *Pata de gato,* ni de sus ninfas vestidas con una ligereza y una estravagancia espantables.

Baste con decir que en estos inmundos lugares se encuentra, respecto á hombres, todo lo mas selecto de ese bandidaje incurable que oculta París debajo de su manto de oro y púrpura.

Alfonso bebia, obsequiaba á aquellas huríes, dejaba ver cada vez que pagaba su portamonedas lleno de napoleones de oro, y se entreabria constantemente su levita para dejar ver la cadena enriquecida de pedrería de su reló.

Alfonso no tardó en tener cerca de sí, sentados á su misma mesa, cuatro ó cinco buenos amigos, que bebian, charlaban y bromeaban con él, y le proponian una partida de placer para toda la noche, en

la cual se divertirian cuanto puede divertirse un hombre en París, la ciudad de los placeres.

El sargento de villa, que vigila siempre, y no sin razon, estos cafés, protegiendo siempre á los estranjeros que tienen el capricho de verlos una sola vez á lo menos, se acercó á Alfonso y le dijo:

—Tened cuidado.

Esto bastaba de parte del agente.

Alfonso le dió las gracias, y continuó charlando y bebiendo con sus nuevos amigos.

Esto despertó las fáciles sospechas del sargento de villa.

Aquel estranjero estaba tranquilo en medio de aquellos peligrosos canallas.

Se le habia advertido, y continuaba entre ellos.

Era pues necesario vigilar al estranjero.

IV.

Á las once de la noche, despues de haber hecho un gran gasto en el café, Alfonso salió con sus camaradas.

Era la hora de cerrarse el café.

El sargento de villa se fué detrás.

El boulevard estaba oscuro y sombrío.

Una densa niebla hacia mas tenebrosa la noche.

Las luces de los reverberos, colocados á largas distancias, estaban aisladas en una pequeña esfera de niebla, no alumbraban: eran únicamente pequeños puntos opacamente luminosos que se destacaban lúgubres sobre el fondo oscuro de la noche.

Los nuevos amigos de Alfonso llegaron ya á ocho.

Algunas odaliscas, emancipadas por el terror que causaban las tinieblas, habian salido del café y se habian unido al grupo.

Á poca distancia del café, el marqués se detuvo y dijo á aquellos hombres:

—Amigos mios, yo os conozco: es inútil que os comprometais pretendiendo jugarme una mala pasada, porque todo lo que yo tengo sobre mí es vuestro, y mas que no tengo aquí.

—¿Por quién nos tomais? dijo uno de ellos. Nosotros somos hom-

bres honrados amigos de aventuras: ahora, si vos quereis favorecernos haciéndonos un regalo, esto es distinto: de los amigos se toma todo, aunque no sea mas que por conservar un recuerdo de ellos.

—Vámonos hácia el cementerio, dijo Alfonso, y que se queden atrás esas damas; yo soy demasiado galante para permitir se espongan á coger una pulmonía permaneciendo bajo la niebla de una noche como esta.

Uno de aquellos pícaros habló con aquellas damiselas, que se retiraron cantando á su manera, es decir, entonando con voz desvergonzada, por decirlo así, esas canciones que solo se oyen entre gente perdida.

Los otros se alejaron con el marqués á lo largo del boulevard, llegaron al de Mont-rouge, entraron por él, dejaron atrás la calle de la Gaité, siempre hablando y siempre riendo, y siguieron al fin junto á una larga y alta tapia, sobre la cual se veian, á pesar de la oscuridad, sombras mas oscuras, altas y piramidales.

Aquellas sombras eran los cipreses del cementerio Mont-Parnasse, pegados á cuyas tapias marchaban nuestros personajes.

Un sargento de villa los seguia á alguna distancia.

De largo en largo trecho se encontraba un reverbero de gas, cuya claridad, ya lo hemos dicho, no se percibia á muy poca distancia.

V.

Tomemos como siempre por nuestra cuenta el relato del marqués á las dos hermanas, para completarle.

Cuando los ocho bandidos y Alfonso, que no era menos bandido que ellos, llegaron á una especie de ancho semicírculo que determina el muro del cementerio de Mont-Parnasse cuando este muro se dobla por la derecha en direccion á la calle de Orleans y á la Calzada de Maine, se detuvieron.

A cada uno de los estremos de aquel semicírculo se puso un bandido en observacion.

El marqués y los otros seis se agruparon en la parte mas entrante del semicírculo, pegados al muro.

Este solo los separaba de las sepulturas.

No podia haberse elegido ni una hora, ni una noche, ni un lugar mas á propósito para tratar un crímen.

VI.

—Yo os he buscado exprofeso, dijo Alfonso, que hablaba bastante bien el francés: me haceis falta. Ahora bien: he traido conmigo lo bastante para procurarme vuestro afecto: mil francos en piezas de á cuarenta, y un reló que con su cadena vale tres mil. ¿Quién es vuestro jefe?

—Vamos, dijo una voz ronca: ¿os habeis enterado, hermanos? Nosotros somos buenos obreros.

—Ya lo sé; pero veamos: ¿quién es el mas calificado de la cuadrilla?

—¡Coralin! dijo otro.

—¿Y quién es monsieur Coralin? preguntó el marqués.

—Yo, contestó el bandido que habia hablado antes.

—Pues bien, camarada: aquí está mi portamonedas con mil francos en oro, y mi reló y mi cadena.

—Muchas gracias; mil y mil veces gracias, dijo Coralin.

—Bien entendido que el reló se me guardará, y yo daré por él el cuádruplo de su valor cuando se me presente.

—¡Ah! ¡ah! dijo Coralin con un acento singular, mientras se oia el silencio de asombro de los otros. Pero ese cuádruplo se nos dará por algo.

—Indudablemente, dijo Alfonso: por el solo placer de haceros un suntuoso regalo no hubiera yo venido á buscaros, sobre todo en una noche tan endiablada como esta.

—¿Quién nos ha denunciado á vos, señor? dijo Coralin.

—Nadie.

—Y entonces, ¿cómo sabíais que nos encontrábamos en el café número 17?

—Yo estaba seguro de encontrar en cualquiera de esos números gente á mi gusto.

—¿Es decir, que no nos conoceis?

—No, pero con lo que os he tratado os conozco bien, lo bastante. Ahora, nombrad uno de vosotros que se entienda conmigo.

—¡Coralin! dijeron todos.

—Vamos pues allá, dijo Coralin.

—¿Tardarás mucho? preguntó uno.

—No, respondió Coralin: supongo que este señor no tendrá que contarme la historia de los Siete Durmientes, y que bien pronto me dejará en libertad.

—Pues en marcha, dijo el marqués. Buenas noches, señores, hasta la vista.

—Buenas noches, señor; hasta la vista, contestaron todos.

VII.

Coralin y el marqués se alejaron, tomando la direccion de la Calzada de Maine.

El sargento de villa los seguia, perdido entre la niebla, pero sin perderlos á ellos, con ese tacto admirable, con esa especie de finísimo olfato de la policía francesa.

—Creo que podemos hablar sobre la marcha, dijo el marqués.

—Yo lo creo bien, contestó el bandido.

—Nuestro negocio quedará concluido antes de que lleguemos á la administracion de ómnibus de la Calzada de Maine.

—Vos lo sabreis.

—Se trata de apoderarse de un niño.

—Bien.

—De un niño de pecho; por consecuencia, antes de apoderarse de él será necesario buscar una nodriza y una habitacion.

—Perfectamente: esa es cosa hecha. Ahora se necesitan las señas.

—Para eso es necesario que nos veamos mañana.

—¿Dónde?

—En el parque de Saint Cloud.

—Muy bien.

—Yo iré por el ferro-carril; tú irás por el ómnibus de Sevres.

—Perfectamente.

—Yo esperaré en la grande avenida que desemboca cerca del puente.

—Muy bien.

—Pues entonces puedes volverte.

—¡Una palabra! ¿A qué hora estaré en la avenida?

—A las tres.

—Muy bien. Pero voy á acompañaros hasta el ómnibus: esta travesía tiene muy mal piso, y podeis tropezar.

—Como gustes. ¿Y qué tal la vida?

—La vida es cara, por mi fé, y es necesario trabajar mucho, dijo el bandido, y trabajar bien: así y todo, hay señores que se empeñan en hacernos difícil el trabajo.

—Pero al buen obrero no le aterra nada.

—Ciertamente: soy un truhan industrial.

—Un poco.

—Hé ahí los ómnibus, señor.

—Gracias: hasta mañana á las tres de la tarde en el parque de Saint Cloud, cerca de la verja del parque junto al puente.

—Hasta mañana: buenas noches.

—Buenas noches: hasta mañana.

VIII.

El marqués y el bandido se dieron las manos.

Luego se separaron.

Alfonso se metió en un ómnibus para volverse á París, como dicen los que viven por aquellos barrios.

Coralin tomó á lo largo de la tapia del cementerio, desandando el camino que habia andado.

El sargento de villa habló con un hombre de blusa y casquete que encontró en una esquina de la Calzada, cerca de la estacion de los ómnibus, y le dijo:

—¿Habeis visto pasar una persona con paletot gris y sombrero de fieltro?

—Sí señor. Ha entrado en el ómnibus que debe partir dentro de cinco minutos.

—Partid en ese ómnibus, y tomad todas las señas que os sean posibles de ese individuo.

Poco despues, el hombre de la blusa y del casquete, que parecia un obrero, montaba en la imperial del mismo ómnibus, en cuyo interior se habia acomodado Alfonso.

IX.

Al dia siguiente, á las ocho de la mañana, la calle de Cherchemidi estaba en movimiento.

Todos los vecinos se veian á las puertas.

Delante del número 65 habia una gran reunion de gente.

La puerta estaba guardada por dos gendarmes.

Algunos guardias de París y algunos sargentos de villa vagaban entre la multitud.

Sobre la acera y cerca de la puerta habia dos camillas.

El comisario del cuartel, el juez de instruccion, y el grefier ó escribano estaban dentro.

Monsieur y madama Lenoir, y su doméstica la señorita Adela, habian sido estrangulados.

Se habia cometido un robo de consideracion.

Los asesinos habian entrado por la puerta del jardin.

La policía estaba en movimiento.

El nombre de Coralin y la ida de su banda, zumbaban alrededor de la cabeza de la policía, y tanto mas cuanto ni este terrible bandido ni ninguno de los suyos habia aparecido por su domicilio.

Sus queridas habian sido presas é interrogadas; pero nada habian podido decir.

En un registro minucioso practicado en el domicilio de cada uno de estos señores, nada se habia encontrado que tuviese el valor de un cuerpo de delito.

Únicamente se habia encontrado en el café ya conocido, número 17, en el cuarto de la señorita Alicia, debajo del lecho, envuelto en un pedazo de alfombra, un reló de bolsillo guarnecido de brillantes, así como su cadena.

Este reló tenia una cifra compuesta de tres letras enlazadas.

Estas letras eran A. C. O.

Sobre esta cifra habia una corona de marqués.

La señorita Alicia era la querida reconocida del famoso Francisco Caron, alias Coralin.

La señorita fué presa é interrogada.

Un estranjero se habia dejado allí aquel reló.

Las señas de este estranjero convenian con las del disfraz de Alfonso.

X.

El hombre de la blusa y del casquete le habia acompañado hasta la plaza de San Sulpicio.

Allí, el seguido habia bajado y habia tomado el ómnibus de las Batiñolas.

El de la blusa habia montado en la imperial.

El estranjero habia descendido en el boulevard de Italianos, y se habia dirigido al café Inglés.

Habia entrado en un gabinete.

A las dos habia salido dando el brazo á una dama.

Habia entrado en un carruaje particular.

Este carruaje habia parado delante del número 95 de la Calzada de Antin.

El estranjero y la dama habian entrado.

El carruaje habia ido á encerrarse á una cochera de la calle de Provenza, número 72.

XI.

La señorita en cuestion y el cochero fueron interrogados.

La primera era una dama á la moda.

Declaró que habia conocido en el baile de la Opera al estranjero con quien habia cenado en su casa.

Que sabia que se llamaba monsieur Ceballos, que era rico y espléndido, y nada mas.

El cochero declaró que él conocia á la señorita, y que no conocia á ninguno de los señores con quienes esta trataba.

No habia medio.

La señorita Alicia no era sospechosa.

Se la conocia demasiado.

Se la invitó á que averiguara el domicilio de monsieur Ceballos.

Alicia respondió categóricamente que aún no tenia necesidad de un empleo en la policía.

Estaba tambien en su derecho.

Por el momento, Coralin y el estranjero que con él habia hablado la noche misma del crímen de la calle de Cherchemidi, estaban en la sombra; pero la policía francesa no se desanima.

Los cafés, los circos, los teatros, todos los lugares en fin adonde pueden concurrir estranjeros ricos, fueron observados.

XII.

Entre tanto, el prefecto del Sena habia recibido una queja apremiante de Andrea.

Le habia sido robada una de sus dos hijas, Clotilde.

Su nodriza habia sido estrangulada.

La policía no pudo encontrar tampoco á los autores de este crímen.

La noche siguiente al asesinato de la calle de Cherchemidi, un capuchon rojo, un adorable capuchon que olia deliciosamente, se acercó en la Opera á Alfonso, y le dijo al oido:

—Guardaos, monsieur Ceballos; la policía tiene mucho interés en conoceros, porque pregunta por vos.

El marqués notó que un capuchon negro habia oido estas palabras del capuchon rojo, y que el negro capuchon se habia eclipsado.

Alfonso se apresuró á dejar el baile, y se fué á casa de uno de sus amigos.

Habia hecho un quiebro, como pudiera decirse, á la policía.

Así esperó encerrado.

Así supo que habia sido registrada su casa.

Tres dias despues, Alfonso partia para Bélgica y lograba pasar pocas horas despues la frontera.

CAPITULO XXIX.

EN QUE CONTINÚA EL RELATO DE LAS DESVENTURAS DE ANDREA.

I.

Alfonso estaba en seguridad con una nodriza, con una niña y con su mayordomo.

Aquella niña era Clotilde; aquel mayordomo Carabina.

La banda se habia deshecho.

Cada cual habia escapado por su parte.

La policía, á pesar de su escelencia, habia sido burlada como tantas otras veces.

En vano Andrea habia escitado el celo de la policía.

En vano habia acudido una y otra vez al prefecto de policía.

Este alto funcionario se habia mostrado con ella muy atento, se habia enterado mucho, pero la habia dicho:

—Señora, los raptores han pasado la frontera; nosotros no tenemos tratado de estradicion con Bélgica: este pequeño país quiere aumentar su poblacion, y le importa poco cuál sea la calidad de la gente que se establece en él; pero como este es un robo especial, un robo que no puede ocultarse, yo aconsejaria á usted pasase á Bélgica, de incógnito se entiende, hiciese tomar el rastro por la policía, y una vez tomado, reclamar su hija: no pueden negarle á usted una medida que dé por resultado la devolucion de la niña. Todo lo que

yo puedo en este último caso hacer por usted, es proveerla de uno de nuestros mas esperimentados y hábiles agentes, que conoce demasiado á Bruselas.

—Yo no puedo reclamar, dijo desesperada Andrea; yo no tengo nombre.

—¡Cómo! esclamó el prefecto.

Andrea le contó su historia.

El prefecto se conmovió, y llegó al punto de enviar á Bruselas un agente encargado de sustraer á Clotilde y de repasar con ella la frontera; pero Carabina conoció á aquel agente, y el marqués escapó sin dejar rastro de sí, y abandonando tambien á Carabina.

Este, cuando se encontró una mañana solo, y sin mas recursos que efectos que habia dejado el marqués, dijo:

—Es inútil: no se puede obrar de buena fé; la ingratitud hace siempre su víctima en el hombre de bien: yo me he permitido una vez ser hombre de corazon; en vez de vender á ese tunante lo he servido, y me encuentro ahora obligado á empezar de nuevo. No importa: pasaremos otra vez la frontera, y volveremos á nuestra gran ciudad de París.

II.

Alfonso se habia ido con la niña y con la nodriza, se habia embarcado en Ostende, y se habia trasladado á los Estados-Unidos.

Una vez criada Clotilde, la puso en una pension, y luego, agotado el dinero que habia llevado consigo, empezó una larga vida de malos negocios, cambió una y otra vez de nombre, y siempre sin lograr hacer fortuna, se vió obligado á inmiscuirse entre los misioneros que penetraban en el interior del país para predicar el cristianismo.

Desesperado al fin, viendo que la fortuna le habia vuelto tenazmente las espaldas, contando con que el largo tiempo trascurrido desde su salida de España era suficiente para que no pudiesen reconocerle, volvió con Clotilde para encontrar la muerte en el mismo lugar donde esperaba encontrar una fortuna.

III.

Juan habia heredado el título, y como creemos haberlo dicho ya, si no lo hemos dicho lo decimos ahora, habia sido nombrado legalmente tutor de Alfonsina.

Se encontraba pues inmensamente rico por sí mismo, y manejando además las cuantiosísimas rentas de su sobrina; pero se habia entregado de tal manera á los viajes, á los placeres, á las disipaciones del lujo, que sus rentas fueron menguando muy pronto.

La muerte de Amalia, que habia sucedido poco despues de la de su marido, habia dejado completamente huérfana á Alfonsina á los tres años.

Juan la metió en un convento.

Se quedó pues absolutamente libre, y se trasladó á París.

IV.

Mientras vivió Amalia nada faltó á Andrea; mejor dicho, Andrea fué rica.

Recibia con regularidad una fuerte asignacion; pero en cuanto murió Amalia, esta asignacion menguó en la mitad.

—He sufrido grandes pérdidas, dijo Alfonso á Andrea: para resarcirlas he apelado á las rentas de Alfonsina: he sido engañado, estafado: no puedo darte la cantidad entera que te habia sido asignada.

—Y bien, dijo Andrea, impondré menos en el banco de Francia para mi María: tendremos paciencia.

Alfonso entre tanto sentia crecer por Andrea el empeño que habia contraido.

Andrea le sufria, contemporizaba con él, dando largas á sus exigencias, mirando siempre al porvenir de María, esperando siempre volver á encontrar á Clotilde.

No podia ser mas desesperada la situacion de la pobre Andrea, y sin embargo la sufria con una resignacion de ángel.

Tenia el corazon destrozado

A pesar de todo, no se habia menguado en ella aquel estraño, aquel terrible amor, que sin que su razon hubiera podido impedirlo habia sentido por el miserable sir James.

Lloraba la pérdida de Clotilde, y la duda de lo que habria sido de ella le atormentaba de una manera inmensa, espantosa.

Si en fuerza del cansancio se dormia durante las largas noches de vigilia, despertaba de improviso desesperada.

La parecia ver á su hija en los mayores peligros, hambrienta, maltratada, moribunda, sujeta á un martirio horrible.

La vida de la pobre Andrea no podia ser mas desesperada.

V.

Pero era necesario que la desesperacion llegase á su colmo, que á la miseria del corazon se uniese la miseria de la vida.

Juan, que de una parte era un infame, que de otra gastaba como el fuego lo suyo y lo ajeno, esto es, el patrimonio de Alfonsina, empezó muy pronto á ser irregular en el pago de la asignacion de Andrea, que acostumbrada al lujo, confiando en la buena fé que no existia en Juan del Valle de Sos, habia gastado las cantidades que se le habian asignado, creyendo que mientras no gastase mas que su asignacion, no llegaria á encontrarse en la necesidad de disminuir su servidumbre, de poner tasa á su mesa, de reducir en fin todos sus gastos como una persona colocada en una medianía.

No fué esto solo: á la irregularidad del pago por parte del marqués, sucedió la carencia completa.

Al fin Andrea no pudo hacer frente á sus obligaciones, y se vió obligada á poner en venta su preciosa casa de campo, y de irse á vivir económicamente á uno de los barrios mas escéntricos de París, á reducirse á una sola criada, á circunscribirse á lo estrictamente necesario.

La venta de la casa de campo le permitió vivir dos años decentemente.

Ella creia que el mal estado de la fortuna del marqués era la única razon de los apuros en que se encontraba.

El marqués le aseguraba siempre que aquella situacion difícil

debia tener un término próximo, que sus negocios iban bien, y que todo era cuestion de esperar.

Al mismo tiempo la molestaba con sus pretensiones.

Llevaba hasta la exageracion, y con una entereza terrible, el estado de estrechez de Andrea.

Cuando esta nada tuviese, cuando llegase la miseria con todo su horror, con todos sus sufrimientos, Andrea, la hermosísima Andrea, debia sucumbir á las exigencias de Juan.

Pero Andrea era una mártir fuerte.

Lo indigno, lo miserable, no cabia en su manera de ser ni de sentir.

Por otra parte, su energía era inmensa.

Habia llegado hasta el punto de buscar trabajo para alimentarse, para alimentar á su hija.

Pero esto era desesperado.

La miseria en París es la muerte.

VI.

Andrea habia soportado seis años horribles desde su llegada á Francia.

Al fin comprendió que su posicion era insostenible, que solo conseguiria morir con su hija.

Sucumbir á las exigencias del marqués era para ella una idea que, debemos decirlo, ni aun siquiera concibió.

La idea de la patria, de ese país favorecido aún por Dios porque aún no ha perdido el corazon, fué el único pensamiento de Andrea cuando se vió sola, aislada, desventurada, sin recursos, en medio de una multitud egoista que no rinde culto á otra cosa que al oro y al cieno, donde el indigente perece en medio de la indiferencia universal, donde la última moneda es el último aliento de vida, donde mas que en ninguna otra parte se siente desesperado el débil.

VII.

Andrea habia llegado hasta el último punto que se puede llegar en París, mas allá del cual está la muerte, una muerte horrible por

inanicion, por hambre, hasta esa buhardilla horrible que se llama *mansarde*, encaramada en lo alto de un empinado techo de pizarras, estrecha, sucia, fea, combatida por todos los vientos, desde la cual no se ve otra cosa que negros tejados, y hasta donde llega el ruido insistente, el hervidero de la gran villa.

Hacia mucho tiempo que no tenia criada, que comia en uno de esos establecimientos que se llaman *bullones*, donde en último caso se compra una sopa por quince céntimos.

Los empleados del Monte de Piedad la conocian.

Primero empeñó alhajas, luego trajes, por último camisas y sábanas.

Llegó un dia en que en el Monte de Piedad renunciaron el último envoltorio que llevó Andrea.

Eran ropas demasiado usadas.

Andrea se fué al Temple, á esa postrera esplotacion sobre la miseria, donde se compra todo, hasta las suelas de los zapatos viejos.

Andrea tuvo algunos sueldos.

Mas allá no se podia ir: no la quedaba nada, nada mas que su magnífica hermosura, siempre incitante á pesar de la palidez y del enflaquecimiento á que la habia llevado la miseria.

Podia haberse vendido á buen precio.

Podia haber adquirido una buena posicion, una de esas posiciones que consisten en una bella habitacion rica, amueblada por un millonario sensual, con un tren irreprochable, con una mesa á la cual se podia invitar al mas delicado, con un guardajoyas opulento, con un envidiable guardaropa, con una servidumbre de cinco ó seis criados, con abono á todos los espectáculos.

Andrea podia haber sido una dama á la moda, una entre el millon de aventureras ilustres mantenidas por un banquero ó por un noble.

Pudo haber esplotado la infamia, pudo imponerla condiciones, porque la infamia la habia buscado, porque la buscaba, sin contar con el marqués de Casa-Otero, que por ella lo hubiera sacrificado todo, y que la reducia á la miseria para obligarla; pero la altivez y la dignidad de Andrea eran de raza pura, y la sostuvieron.

VIII.

El dia que fué al Temple á vender á uno de los ropavejeros por algunos sueldos un traje de seda ya usado que no habian admitido en el Monte de Piedad, un hombre rudo que la habia seguido, la abordó cuando salió de la tienda del mercader de andrajos.

—Cuento con que me escucheis, señora, si os dirijo la palabra, la dijo aquel hombre, que no tenia de rudo mas que el aspecto; pero mi intencion es buena.

Andrea era fisonomista, y comprendió que quien le hablaba era un hombre de bien.

—Escucho, dijo Andrea, siempre con su reserva habitual, porque era muy frecuente la dirigiesen la palabra en la calle.

—Espero que sereis indulgente con mis palabras, señora, dijo aquel hombre; pero yo creo que os puedo servir de algo.

—Y bien, sepamos, dijo Andrea continuando en su marcha, pero siempre cortés, dulce y simpática.

—Yo puedo ofreceros, señora, una colocacion, dijo aquel hombre.

—¿Una colocacion? dijo Andrea. ¡Esto es, un sueldo!

—Sí señora: dos francos y medio por dia, menos los festivos, casa, comida...

—¿Y qué género de colocacion es esa?

—Cajera de mi establecimiento.

—¿Qué género de establecimiento?

—Perfumería y guantes.

—¿Dónde?

—En el boulevard Bonne Nouvelle.

—¿Vos sois el dueño?

—Sí señora.

—¿Sois casado?

—Sí señora, y mi mujer se alegrará mucho.

IX.

Aquel hombre miraba profundamente á Andrea, pero no como un enamorado, sino como un especulador que piensa sacar partido de un negocio.

—Y bien, dijo Andrea, yo soy viuda y tengo una hija de seis años.

—Perfectamente, señora: mejor; así tendreis un interés...

—Indudablemente; tendré el interés de procurarme un medio honroso para atender á la subsistencia y á la educacion de mi hija.

—¿Quereis que tomemos un carruaje, señora?

—No tengo inconveniente.

El industrial detuvo un carruaje de plaza que pasaba vacío.

—Boulevard Bonne Nouvelle, dijo al cochero, 195.

Llegaron en pocos minutos.

La tienda era elegante, y puesta con un gusto verdaderamente parisien.

Una jovenzuela rubia, desenvuelta, pintada hasta el blanco de los ojos, ataviada con una exageracion infinita, estaba detrás del mostrador desempeñando las funciones de cajera.

Miró por instinto con odio á Andrea, que á pesar de lo sencillo de su traje aparecia mas hermosa y mas elegante que ella.

Otra mujer ya de cuarenta años, á todas luces de provincia, salió de la trastienda. Era madama Gonegut, esto es, la mujer de monsieur Gonegut, que así se llamaba el industrial.

X.

Este hizo entrar á Andrea en la habitacion interior, adonde los acompañó madama Gonegut.

El marido dió cuenta de su pensamiento á la mujer, y esta se apresuró á aceptarlo.

—Nuestro compromiso con la actual cajera, dijo monsieur Gonegut, termina á fin de mes, es decir, pasado mañana á la hora en que se cierra la tienda. A primero del mes entrante podeis ocupar vuestra plaza.

—Muy bien. Pero francamente, dijo Andrea sonriendo: yo no puedo humanamente sostenerme hasta pasado mañana.

—¡Cómo! dijo con asombro madama Gonegut.

—He vendido en el Temple en franco y medio mi último traje.

—¡Buen Dios! esclamó madama Gonegut. ¡Una jóven tan admirablemente hermosa como vos vende su último traje!

La observacion era oportunísima, hecha por una mujer conocedora de París.

Era al mismo tiempo cuanto elogio se podia hacer de Andrea.

Las mejillas de esta se encendieron de un vivísimo color.

—Habeis podido ser colocada, perfectamente colocada, dijo madama Gonegut; en cualquier almacen hubiéseis encontrado plaza.

—No he pensado en eso, señora.

—La cuestion es, dijo madama Gonegut, que necesitais recursos inmediatos.

Y se fué á la caja, la abrió, y entregó á Andrea un billete de quinientos francos.

—¡Oh! Esto es demasiado: este es mi sueldo por medio año próximamente.

—No, no señora, dijo monsieur Gonegut. Nosotros nos encontraremos muy reconocidos á vos, si consentís en firmar con nosotros un compromiso al menos por un año.

—Bien, contestó Andrea sonriendo.

XI.

Por último, se convino en las condiciones, y se firmó sériamente por ante notario un compromiso, no ya por un año, sino por cuatro.

Es necesario conocer á París para comprender el interés que tenian los esposos Gonegut por adquirir á Andrea.

Y decimos adquirir, porque Andrea era para ellos un atractivo irresistible procurado á la tienda.

Una mujer tan espléndidamente hermosa como Andrea, una rubia alta y esbelta, nacarada, con todo el lujo de la pureza, de la armonía y de la gracia de la forma, con los ojos negros, intensos, lúcidos, poéticos, por decirlo así, debia atraer una gran concurrencia.

En París se rinde culto en todas partes y para todo á lo sensual.

Andrea era alquilada, y en tal concepto se abusaba de su inesperiencia, porque se pagaba muy barato aquel magnífico aliciente.

Andrea era una heroina.

Apuraba lo que tenia de humillante para ella la situacion en que se la colocaba.

No se la protegia, se especulaba con ella, se la hacia un mueble viviente.

Habia además en las condiciones detalles enojosos.

Andrea antes de bajar á la tienda debia ser peinada por un peluquero, debia vestirse de una manera elegantísima, debia ser en fin una especie de figurin.

Este figurin ganaba poco, pero debia vestir muy caro.

No importaba.

El aumento de venta debia sufragarlo todo.

XII.

Al dia siguiente, María, bellamente equipada, fué colocada en la pension del Corazon de Jesus, donde se pagaba franco y medio por dia.

Este fué un sacrificio para Andrea, que estaba acostumbrada á la compañía de la hija de su único é inmenso amor.

En cambio, María seria convenientemente educada.

Madama Gonegut fué con Andrea á casa de una de las primeras modistas de París, y la compró algunos ricos trajes.

Andrea en fin empezó á representar su papel dos dias despues.

La fortaleza de la virtud sostenia á Andrea.

Se la obligaba á estar en esposicion.

Pero ¿qué importaba?

Ganaba su vida con su trabajo, esto es, con la gran violencia que se hacia.

Ganaba además la vida y la educacion de su hija.

XIII.

La habitacion de Andrea era un pequeño gabinete dormitorio á la vez, pero confortable y bellamente amueblado; era mas: lujoso.

Se la halagaba para hacerle grata en cuanto era posible su servidumbre.

Aquel gabinete, que pertenecia al entresuelo de la casa, tenia una puerta independiente á un pequeño corredor que terminaba en una puerta que correspondia á la escalera general.

¿No era esto dejar en completa libertad á Andrea?

—Á las nueve de la noche en el invierno, la habia dicho monsieur Gonegut, y á las diez en el verano, vos estais completamente libre, señora: podeis retiraros á vuestro cuarto, entrar, salir: vos teneis una llave...

—Llave inútil, esclamó Andrea enrojeciéndose hasta lo blanco de los ojos.

—Yo he querido decir, dijo monsieur Gonegut, que fuera del tiempo de vuestro compromiso, todas las noches desde las nueve, y todos los dias de fiesta desde las dos de la tarde, estais en el entero goce de vuestra libertad, sois completamente independiente.

—Gracias, contestó Andrea; pero esa llave es inútil para mí.

—Sin embargo, si una noche quereis ir con alguna amiga al baile de la Ópera...

—Yo no tengo amigas.

—Es necesario distraerse, madama Andrea; es necesario distraerse, contestó el industrial: París es demasiado monótono cuando no se buscan distracciones.

XIV.

Andrea acabó por acostumbrarse á estos y á otros debates semejantes.

En el fondo, los esposos Gonegut eran escelentes, y habia necesidad de tolerarles ciertas cosas que les sugeria su interés.

Andrea habia llegado á estar tranquila.

Se habia mudado de la noche á la mañana, dejando al conserge de la casa, en lo alto de la cual habia vivido durante seis mortales meses de invierno, una direccion falsa.

Andrea no tenia ninguna especie de negocios, ni siquiera billetes que pagar, ni podia buscarla nadie mas que el marqués de Casa-Otero.

Importaba poco que el marqués supiese que las señas que Andrea habia dejado en su antiguo domicilio eran falsas.

Ningun cargo que oliese á ocultacion maliciosa podia hacérsela.

El marqués habia perdido la pista, porque hasta el boulevard de Bonne Nouvelle no se prolongan ni los elegantes ni el género de damas que hierve en los boulevards Montmartre, Italianos, Capuchinos y Magdalena.

Estaba tranquila.

Como hemos dicho, habia apelado á su grandeza de alma y habia aceptado su posicion social.

Su habitacion era bella y confortable.

El lecho era escelente y rico.

La mesa buena, abundante, delicada.

Todos los dias de fiesta, en cuanto se cerraba el establecimiento, Andrea se vestia sencillamente de negro y se iba al convento del Corazon de Jesus, donde pasaba tres horas al lado de María, ó la sacaba mediante un permiso y la llevaba á pasear al próximo jardin del Luxemburgo.

Despues, Andrea se volvia tristemente al boulevard, que está bastante lejos, á una media legua, y á pié, porque no queria gastar ni los doce sueldos que debia costarla el ómnibus para ir y venir.

Ahorraba enteramente el franco diario que la quedaba despues de pagar la pension de María.

XV.

Los esposos Gonegut no permanecian en la casa desde el momento en que se cerraba la tienda.

Se iban á casa de este ó el otro conocido, ó á los conciertos, y algunas veces al teatro.

Andrea se escusaba siempre, escepto alguna que otra vez.

Se subia á su cuarto, y leia los libros que la procuraba madama Gonegut.

Vivia tranquila sí, pero triste, anegada el alma en una profunda melancolía.

Soñando siempre con los amores perdidos, con aquellos amores con un hombre funesto, con un escelerato, con un miserable, con un hombre que considerado por la razon de Andrea habia sido un miserable, pero que por un misterio incomprensible era el hombre de su corazon.

Sir James, que para ella no habia muerto, con cuya sombra creia hablar en medio de la soledad, y su hija, que estaba separada de ella, pero que podia ver cada ocho dias, y Clotilde, de la cual nada sabia, hé aquí el corazon entero de Andrea.

Otros fantasmas llenaban sus sueños; pero pasaban dulces y vagos: su madre y su hermana.

Otro fantasma, otro recuerdo coexistia tambien con todos los sentimientos que conmovian el corazon de Andrea.

Este fantasma, porque no le veia mas que en los recuerdos, era Juan del Valle de Sos; Juan, que la inspiraba terrores misteriosos; Juan, que la obligaba á lanzar una mirada inquieta al porvenir, donde solo encontraba sombra y misterio.

XVI.

Pero Andrea necesitaba de algo terrible, de algo candente para alimentar su imaginacion, para tener en movimiento su corazon.

Andrea no hubiera podido vivir sin emociones fuertes.

¡Para cuántos séres privilegiados de la desventura, la desventura con todas sus consecuencias es un alimento necesario!

Hacedlos de repente dichosos, satisfaced todos sus deseos, y morirán de hastío.

El corazon humano es un abismo.

Se adquiere hasta la costumbre de la desgracia.

XVII.

Andrea estaba resignada, y respecto al porvenir de María, tranquila.

Creia asegurada su posicion.

Ella habia encontrado una profesion que creia segura, y podia dedicar á aquella profesion á su hija.

En París, tener una profesion útil es tener asegurados los medios de subsistencia, y muchas veces la riqueza.

Esta tranquilidad relativa, la abnegacion con que habia aceptado su situacion, la grandeza con que habia olvidado su antigua posicion, este bienestar relativo habia restablecido, por decirlo así, á Andrea.

La habian devuelto su morbidez, lo brillante de su juventud y de su hermosura, hasta el punto de que como que parecia que sus cabellos habian ganado en brillo, y en tersura su tez, y en fulgor sus ojos, y en frescura y en color sus labios, y en voluptuosidad su garganta, y en redondez sus hombros, y en turgencia su seno y en esbeltez su talle.

El buen monsieur Gonegut se quedaba durante algunos minutos mirándola extasiado, y cuando hacia en los libros la cuenta, decia al ver que esta aumentaba:

—¡Ya se ve! Mi tienda es un templo: tenemos en él á una diosa.

XVIII.

Los banqueros, los ingleses, los rusos, todos los ricos viajeros que hacen gran parte de los rendimientos de la industria parisien, los pares de Francia, que en los tiempos de nuestro relato todavía habia en Francia pares, todo lo que en el inmenso París vivia y no sabia vivir sin el lujo y sin los placeres, frecuentaba la tienda de los esposos Gonegut, simplemente porque, como monsieur Gonegut decia, aquella tienda era el templo de una divinidad humana.

Sin embargo, como Juan del Valle de Sos vivia en un círculo galante tambien, pero mas bajo, en el círculo de las cortesanas vulgares que todavía tienen pretensiones, no habia logrado descubrir á Andrea.

Juan no salia jamás del boulevard de los Italianos y de la Chaussée d'Antin, donde vivia: jamás se prolongaba hasta el boulevard Bonne Nouvelle.

XIX.

La tienda de los esposos Gonegut era un continuo ir y venir á causa de Andrea.

Y como en París el espíritu industrial no consiente las tertulias á pié quieto en los establecimientos, como pasa en Madrid, resultaba que todos los nobles y ricos y generalmente viejos machuchos que zumbaban alrededor de Andrea, para ponerse á tiro de ella, para poderla decir algunas rancias y sabidísimas galanterías, necesitaban un pretesto, esto es, comprar.

La venta pues habia subido de una manera inmensa.

Madama Gonegut habia podido hacer el templo mas digno de la diosa, es decir, que habia recargado el lujo del establecimiento de una manera inusitada, de una manera que despertaba la envidia de los vecinos, porque todo en la tienda relucia, todo era envidiable, todo respiraba un lujo de las mil y una noches.

Y en medio de este lujo resplandecia Andrea: la diosa del boulevard, como habian acabado por nombrarla.

XX.

Tal era el talento y el prestigio de Andrea, que los galanteos que se la dirigian eran siempre súplicas, estaban contenidos siempre en los límites del mayor respeto, y hasta tal punto, que nadie se atrevia á hacerla la indicacion de un presente, manera usadísima en París para llegar á la situacion de contrato con una mujer codiciada, y de la cual se vale todo el mundo.

Esto ahorra palabras y situaciones equívocas.

Si vos regalais á una mujer una joya, ella sabe demasiado lo que el presente significa.

Si acepta, todo está convenido.

Si no acepta, es, ó que el presente no la satisface, ó que no se encuentra en condiciones de contrato.

XXI.

Mas de una joya inestimable, mas de un riquísimo aderezo habian sido presentados de la manera mas galante y mas delicada á Andrea, y siempre por medio de madama Gonegut, que veia en esto la cosa mas natural del mundo.

Andrea agradecia mucho la galantería, conocia al galanteador, le trataba de una manera amable, pero no aceptaba el presente.

Llegaron á ofrecerle regalos que por sí solos equivalian á una fortuna, y el resultado fué siempre el mismo.

Unas gracias dadas con una gracia infinita, con una sonrisa admirable, y nada mas.

Llegó al fin un punto en que mas de tres banqueros y mas de tres riquísimos propietarios y mas de tres galantes personas, convirtiéndose á sí mismos en presentes, ofrecieron su blanca mano á la diosa convertida en cajera de los esposos Gonegut.

Pero Andrea contestó á todas las formalísimas proposiciones que se la hicieron:

—Yo agradezco mucho, monsieur, el honor que me haceis eligiéndome por compañera; pero no puedo aceptar: yo no soy viuda: yo soy la esposa de un recuerdo.

XXII.

Monsieur Gonegut decia:

—Madama Andrea está loca, ó se adora á sí misma y no cree á nadie digno de llegar hasta ella, ó tiene las pretensiones mas exageradas del mundo. Aceptar un presente no es comprometerse de una manera séria: hay mil pretestos honrosos para quedarse con el presente por nada: si ella hubiese seguido esta conducta, seria la mayor poseedora de diamantes de París. ¿Cómo comprender esto? ¡Y no salir jamás ó de la tienda ó de su cuarto sino para ir á ver á su hija! Y no, no tiene amores... Esta señora es un misterio. ¡Atenerse á cincuenta sueldos, teniendo que descontar de ellos treinta para atender á la pension de la chiquita! ¡Uf! Esto debe ser una enfermedad: yo no lo comprendo de otro modo: ó tal vez lo quiere todo: tal vez no se satisface sino con un jovenzuelo que la llene el ojo y la deje.

Pero llegó un dia en que uno de los jóvenes mas de moda en la sociedad galante parisien, una especie de Adonis dotado de cuantos alicientes pueden enloquecer á una mujer sensual, y además de esto inmensamente millonario, un jóven parisien, oyó hablar de la diosa de Bonne Nouvelle, y á oir ponderar lo difícil, mejor dicho, lo imposible de la cajera, dijo con una sonrisa de lástima:

—Sí, esa es indudablemente una mujer esperimentada; sabe usar de sus ventajas, y en la seguridad de obtenerlo todo no transige.

—Una apuesta, le dijo su interlocutor.

—En buen hora: mil luises.

—No: como estoy seguro de ganar, no me satisfago con tan poco: veinticinco mil luises.

—Aceptado: yo pierdo veinticinco mil luises si antes de un mes no se me ve en un baile de la Opera con esa criatura inespugnable.

XXIII.

Al dia siguiente, Andrea se vió rudamente solicitada por nuestro Adonis, que la abordó bruscamente, como quien se creia seguro de no ser rechazado.

Jamás hasta entonces habia sido objeto de una audacia Andrea.

Los resultados fueron inmediatos.

Andrea fijó sobre el necio una mirada de supremo desprecio y de terrible amenaza, y le dijo:

—Yo creia que la grosería y la desvergüenza y la cobardía y el olvido de todo no podian llegar hasta tal punto: gracias, caballero; me ha proporcionado usted la satisfaccion de conocer una muestra de lo repugnante y de lo estúpido.

Nuestro don Juan palideció de cólera.

Andrea llamó al garzon de almacen, y le mandó como hubiera podido mandarlo una reina, echara de la tienda á aquel hombre.

El garzon era un auvernés; para él era un ídolo Andrea, y saliendo del mostrador, asió rudamente y sin consideracion á nuestro conquistador por un brazo.

El otro, no acostumbrado á esto, dió una bofetada al garzon.

El garzon, que tenia caliente la sangre, se arrojó al cuello del Adonis y medio le estranguló.

Hubo escándalo, acudieron media docena de sargentos de villa, y se llevaron al violon, esto es, á la prevencion que se diria en España, á los dos contendientes.

El asunto fué al tribunal correccional.

Andrea se vió obligada á comparecer como testigo.

Se tenia noticia de esta audiencia, y acudió á ella todo el círculo militante de París.

Andrea obtuvo un éxito completo.

El querubin millonario fué sentenciado á quince dias de prision y mil francos de multa, y Andrea se puso de moda.

XXIV.

No fué esto solo.

Pasó un mes, y el millonario pagó los veinticinco mil luises de la apuesta.

Mas aún: enflaqueció y se puso pálido.

Habia contraido una pasion mortal por Andrea.

Se avocó con madama Gonegut.

—Yo estoy desesperado, señora, la dijo: yo no necesito saber quién es, ni de dónde viene, ni adónde va: lo que yo necesito es tenerla mia.

—¡Caballero!

—Es decir, yo necesito casarme con ella.

—Eso es distinto, pero tan imposible como lo otro: madama Andrea ha rechazado alianzas deslumbrantes.

—De viejos: esa señora aborrece los hombres groseros.

—Vos sois jóven y bello, y recordad...

—Yo cometí una torpeza al faltarla al respeto.

—Es igual.

—Ella me perdonará.

—Ella no se acuerda de vos.

—Decidla que quiero ser su marido.

—No me meto en eso.

—Señora, yo os compro vuestro establecimiento, y os doy un 200 por 100 de beneficio.

XXV.

Esto era hablar el único lenguaje que se comprende en París, y madama Gonegut tomó en consideracion la proposicion de monsieur Gainard, que así se llamaba nuestro riquísimo parisien.

—Pero no es esto solo, dijo este: decid á esa señora que yo poseo lo que no puedo gastar: que tengo por centenares los millones.

—¡Ah! dijo madama Gonegut, que se habia puesto completamente de parte de monsieur Gainard. Como que se trata de una criatura escéntrica, de una criatura estrafalaria para la cual el amor no supone nada.

Y á continuacion madama Gonegut contó á monsieur Gainard todo lo que sabia de Andrea.

XXVI.

La proposicion fué hecha en los términos siguientes, en una entrevista tenida en el cuarto de Andrea aquella misma noche.

—Yo espero, le dijo madama Gonegut, que usted recordará que es madre.

—No lo olvido nunca, contestó tranquilamente Andrea.

—Podeis hacer feliz á vuestra hija.

—No tengo otro deseo.

—Podeis proporcionarle una herencia inmensa: se me ha propuesto una dote para vos de la cantidad que querais señalar, sin temor de que parezca exagerada, y una donacion á vuestra hija, inmensa, á vuestra voluntad.

—Gracias, señora, dijo siempre tranquilamente Andrea: soy demasiado desgraciada para que me atreva á contrariar mas aún mi corazon: esto me mataria, y yo no quiero dejar á mi hija huérfana, por mas que la dejase millonaria: todos los millones del mundo no valen una madre.

—Meditadlo bien: se trata de monsieur Gainard.

—¡Cómo! ¿De aquel jovenzuelo fátuo que cree que el oro autoriza para todo?

—¡Ah! Es hermoso y simpático hasta un grado infinito.

—Me repugna.

—¡Oh! ¡Qué escentricidad!

—Madama Gonegut, yo he sido siempre escéntrica: esto tal vez ha sido y es mi desgracia, pero no puedo prescindir de mi escentricidad, contestó dulcemente Andrea.

—Vamos, es cosa para llorar ver que se dejan pasar tales proporciones.

—¡Pluguiese á Dios que no hubiera otro motivo para mis lágrimas!

—¿Conque no? esclamó impaciente y casi grosera madama Gonegut.

—Me contraría infinito no poderos dar gusto, señora; pero no me casaré ni con ese señor ni con ningun otro: es una resolucion irrevocable.

—Bien, muy bien: no os quejeis luego: esto es no saber vivir.

—Al contrario, señora, cada cual vive como sabe.

Madama Gonegut se separó de Andrea, irritada contra ella, aborreciéndola; como que negándose á casarse con monsieur Gainard la robaba un negocio de muchos miles de francos.

XXVII.

Sobrevino una nueva entrevista entre madama Gonegut y monsieur Gainard.

La codicia habia hecho entrar de lleno á aquella mujer, hasta entonces honrada, en un feo negocio.

Monsieur Gainard tuvo la llave doble de la puerta del cuarto de Andrea que comunicaba con la escalera.

Velaba Andrea.

Eran las doce de la noche.

Andrea escribia sus Memorias.

Dominaba en torno un silencio profundo.

Andrea lloraba sobre lo que escribia; como que estaba arrojando su corazon sobre el papel.

Estaba muy distraida.

No oyó pues un ligero ruido que produjo la cerradura de la puerta de su cuarto que la ponia en comunicacion con las escaleras.

Las cerraduras de las puertas de París son muy ligeras.

Aquella cerradura estaba muy en juego.

La antigua cajera habia usado mucho de aquella cerradura.

Los goznes de la puerta estaban tambien untados de aceite.

Así es que la puerta se abrió sin producir ruido, y sin ruido volvió á cerrarse.

XXVIII.

Habia entrado un hombre.

Aquel hombre venia envuelto en un abrigo elegantísimo, y tenia el sombrero calado hasta las sienes.

Andrea seguia escribiendo y llorando, inclinada delante de su secreter.

De improviso se apagó la luz.

Andrea lanzó un grito y se levantó.

Entonces se sintió asida por un hombre, que esclamó con una voz temblorosa y ardiente:

—Grita, sí, grita: tendrán que echar la puerta abajo, y cuando lleguen... te verás obligada á casarte conmigo.

Andrea reconoció la voz de Gainard.

La desesperacion, la cólera, la sublevacion de todo cuanto en ella existia de noble, de digno, de enérgico, la dieron fuerzas, y en la lucha que se entabló entre ellos, Andrea acabó al fin por sobreponerse, por dominar á Gainard, por asirle por la garganta.

Gainard rugia sordamente, pero no gritaba.

—¡Ah! ¡Por compasion! decia Gainard con la voz ahogada. No me mateis: mirad que mi amor me ha traido, me ha obligado á atreverme á todo.

—Sí, como se atreve á todo un ladron, un miserable, esclamó Andrea sin soltar á Gainard.

—Sed mi esposa... yo os adoro.

—¡Habla! dijo Andrea á cada momento mas impaciente, mas terrible: habla, ó acabo de estrangularte. ¿Cómo has entrado aquí, infame?

—Por medio de una llave.

—¿Quién te ha dado esa llave?

—Madama Gonegut.

—¿Por cuánto?

—Por cien mil francos.

—Bien, dijo Andrea arrastrando hácia la puerta á Gainard. Dame esa llave.

Gainard se la dió á tientas.

Andrea sujetó con una mano á Gainard y con la otra abrió.

Parecia que un espíritu superior la ayudaba, y que influia física y moralmente sobre Gainard.

XXIX.

Este fué lanzado fuera.

Andrea encendió la luz.

Estaba terrible.

Además de la cólera, de la indignacion, aparecia en su semblante el abatimiento, la desolacion.

—¡Imposible! ¡imposible! dijo. Yo no puedo tener paz sobre la tierra.

Abrió un cajon de un secreter y sacó algun dinero.

Le contó.

Tenia quinientos francos.

Gran parte de esta cantidad eran regalos de monsieur Gonegut, dados á título de principal satisfecho de su dependiente.

Aquello era legítimo.

Andrea lo habia ganado.

Se quitó el rico traje que tenia puesto, y se puso aquel con que habia entrado en casa de monsieur Gonegut: un pobre, antiguo y muy usado traje de lana.

Buscó en un rincon de un armario su viejo sombrero, y se lo puso tambien.

Recogió sus Memorias y las guardó en su pecho.

Luego se sentó, y esperó á que fuese de dia.

XXX.

Las horas son mortales cuando se espera, y mucho mas cuando se espera entre la agonía y la desesperacion.

Al fin la indecisa luz del alba trasparentó los cristales de una hoja de la ventana.

La luz fué creciendo lentamente.

Al fin fué de dia claro.

Por último, salió el sol, y Andrea sintió movimiento en la parte baja de la casa.

Monsieur Gonegut se habia levantado.

Andrea bajó, y le encontró en la tienda, cerrada aún.

XXXI.

—¿Qué es esto? esclamó monsieur Gonegut.

—Esto es que yo dejo vuestra casa.

—¿Y por qué? dijo poniéndose pálido de miedo monsieur Gonegut.

—Porque no me conviene estar en ella.

—Os habeis comprometido formalmente á permanecer en ella cuatro años.

Andrea se puso pálida.

Se abusaba de ella.

—Han sobrevenido cosas, dijo, que me hacen libre.

—¿Y qué cosas son esas?

—¡Ah! ¿Quereis saberlas? Pues bien, sabedlas: en vuestra casa no está segura una mujer honrada.

—¡Cómo, señora, cómo! ¿Qué es lo que os atreveis á decir?

Andrea contó á monsieur Gonegut lo que la habia acontecido.

—¡Mentira! ¡mentira! esclamó monsieur Gonegut. Mi mujer es incapaz de esto: os han seducido mis enemigos: ayer fué dia de fiesta: ayer habeis salido: os habeis concertado con monsieur Terdiu, que ha dicho á todo el mundo:—Yo haré buenas proposiciones á la cajera de monsieur Gonegut, y se la quitaré.—Vos os habeis entendido con monsieur Terdiu: por eso anoche el miserable me preguntaba sonriendo en el café:—¿Cómo van vuestros negocios, monsieur Gonegut? Se asegura que la belleza de vuestra cajera os es muy productiva; mirad no os la quiten.

—Yo no miento jamás, dijo Andrea: lo que os he dicho es verdad. ¿Quereis ver las pruebas de la lucha? En la alfombra de mi cuarto, desgarrada en algunas partes.

—Veamos, veamos, dijo monsieur Gonegut.

Y subió á saltos las escaleras de servicio que ponian en comunicacion la tienda con el entresuelo.

XXXII.

En efecto, la alfombra estaba arrollada, y no desgarrada, sino descosida en algunas partes.

Andrea subió detrás de monsieur Gonegut.

Entonces, y como el sol penetrara por la ventana que daba sobre el boulevard, Andrea vió sobre la alfombra un objeto que no habia visto antes.

Una cartera de piel de Rusia con el broche de oro y diamantes: una de esas ostentosas carteras que llevan las gentes ricas de mal gusto.

XXXIII.

Andrea tenia la imaginacion muy viva.

Aquella cartera no podia ser de otro que de Gainard.

La habia perdido sin duda en la lucha.

Abandonada allí, era un cuerpo de delito.

Andrea tomó la cartera, abrió rápidamente la puerta que comunicaba con el entresuelo, y salió á la calle.

Monsieur Gonegut la siguió.

Andrea llamó á un sargento de villa que se paseaba por la acera.

El sargento acudió.

—Venid conmigo, le dijo Andrea.

—¿Para qué esto? esclamó monsieur Gonegut.

—Esto es que yo necesito probar ante las leyes que en vuestra casa he estado á punto de ser víctima de un miserable crímen, y que por esta razon estoy libre de todo compromiso con vos.

Al oir la palabra crímen, el sargento de villa abrió tanta oreja y tanto ojo, y volviéndose hácia la puerta, habló algunas palabras con un compañero que le habia seguido.

Luego se volvió y dijo á Andrea:

—Veamos, veamos el crímen de que hablais, señora.

—Tened la bondad de subir, señor sargento, dijo Andrea usando de esa cortesanía obligada en París, y que constituye una costumbre.

El sargento subió.

Monsieur Gonegut estaba aterrado.

Andrea habia entrado muy delante, y habia arrojado rápidamente la cartera en el mismo lugar de donde la habia tomado.

El ojo práctico del sargento de villa le reveló por el trastorno de los muebles, por lo arrollado de la alfombra, por aquella cartera abandonada, que allí habia acontecido algo grave.

Andrea estaba pálida, lívida, irritada.

Monsieur y madama Gonegut, que habian acudido, estaban visiblemente turbados.

—Y bien, dijo el sargento: esperemos á que llegue el señor comisario, á quien he avisado por mi compañero.

CAPITULO XXX.

FIN DE LA HISTORIA DE ANDREA.

I.

—Pero ¿qué es esto? dijo madama Gonegut reponiéndose é inclinándose para recoger la cartera que estaba en medio de la alfombra.

—Perdonad, señora, dijo el sargento; pero á nada de lo que hay aquí puede tocarse: un céntimo puede ser un cuerpo de delito.

—¡Un cuerpo de delito! esclamó madama Gonegut. Si en mi casa se ha cometido un delito, no veo cómo puede alcanzarnos la responsabilidad.

—Esperemos, esperemos, señora, dijo el sargento: el señor comisario no tardará en llegar: entre tanto, todo lo que aquí se encuentra es inviolable.

Y el sargento se puso á pasear por el cuarto.

Los esposos Gonegut estaban aterrados.

Andrea inmóvil y como petrificada.

II.

No tardó en llegar el comisario del distrito, dejando ver su faja tricolor, insignia de su cargo, acompañado de un ugier y de dos agentes.

Andrea le dió brevemente parte de lo que la habia acontecido, alegándolo como razon bastante para romper el compromiso que habia contraido con los esposos Gonegut.

—Esta es una calumnia infame, dijo madama Gonegut: esa mujer es una aventurera á quien en mal hora hemos recogido y favorecido en nuestra casa.

III.

El comisario, que habia oido atentamente á Andrea y que veia la confusion de los dos esposos, examinó los lugares, como se diria en términos jurídicos, hizo tomar nota de todo al ugier y examinó la cartera.

Dentro encontró una respetabilísima suma de billetes del Banco de Francia y algunas cartas lascivas firmadas por diferentes nombres de mujeres.

Entre ellas habia una que decia:

«Lo que me proponeis en la vuestra es demasiado espuesto, puede producir graves consecuencias: madama Andrea es temible; sin embargo, acepto la proposicion que me haceis de almorzar en los Provenzales: iré á las once.—*Madama Gonegut.*»

—¡Ah! ¡ah! esclamó el comisario. Hé aquí una carta firmada con vuestro nombre, señora, y dirigida á monsieur Gainard, del cual ha producido una queja madama Andrea.

—¡Esa carta no es mia! esclamó madama Gonegut. Yo no escribo á nadie.

—¡Veremos! ¡Á ver! Llamad á uno de los dependientes de la casa.

Acudió el garzon de almacen.

—¿Á qué hora salió ayer por la mañana madama Gonegut? le preguntó el comisario.

—Á las diez y media próximamente, contestó el garzon.

—¡Y qué! ¿no puedo yo salir á mis negocios? dijo madama Gonegut cada vez mas aturdida.

—Señora, dijo el comisario: vos me obligais á imponeros silencio: dejad continuar la instruccion. ¿Á qué hora volvió madama Gonegut?

—Á la una y media, contestó el garzon.

—Bien. En nombre de la ley quedan arrestados los esposos Gonegut: que un agente vaya por un carruaje.

IV.

Empezaron los gritos y las protestas.

Á pesar de ellos, los esposos Gonegut fueron conducidos.

La justicia estaba apoderada de la casa.

Se procedió al registro de los papeles y al inventario.

Entre los papeles de madama Gonegut, entre algunas cartas estrañas á aquel negocio y que no hacian grande honor á madama Gonegut, habia una concebida en estos términos:

«Señora: Podeis contar con veinte mil francos si me poneis en situacion de comprometer á madama Andrea y obligarla á que se case conmigo. Estoy desesperado. Os invito á almorzar en los Provenzales mañana: no me desespereis: id, y hablaremos. Vuestro,—*Gainard.*—160.—Chaussée d'Antin.»

V.

El comisario envió una comunicacion al maire del distrito á que corresponde la Chaussée d'Antin, suplicándole que por consecuencia de una instruccion de que se ocupaba en aquel momento, procediese al arresto de monsieur Gainard, domiciliado 160, Chaussée d'Antin.

El maire envió inmediatamente un comisario.

VI.

Se llamó á la puerta del primer piso, magnífica habitacion de la casa número 160 de la Calzada de Antin, y nadie respondió.

Se repitió por dos veces el llamamiento en nombre de la ley, y sucedió el mismo silencio.

Se abrió con una llave doble que tenia el portero, y se encontró... á Gainard ahorcado en su dormitorio, pendiente del coronamiento de su cama, de uno de los cordones de seda del mismo.

El cadáver estaba aún caliente; pero por mas que se hizo por volverle á la vida, todo fué en vano.

Sobre una mesa habia un rewólver.

Sin duda aquel desventurado loco habia vacilado en cuanto á la eleccion del medio de darse la muerte.

Sobre la mesa de noche habia una carta.

«Sea quien quiera el que esta carta lea, yo le suplico diga á madama Andrea, la cajera de la perfumería de monsieur Gonegut, que me ha traido á tal punto de desesperacion, que no he podido resistir mas el peso de mi vida ;que me perdone la audacia inconcebible de que ha estado á punto de ser víctima esta noche. El rigor con que me ha tratado ha acabado de enloquecerme; que yo la amo, que estoy seguro de que continuaré amándola en la tumba. Yo la instituyo mi legataria universal, y quiero que esta carta tenga toda la fuerza de un testamento.»

Seguian la fecha y la firma, escritas con una mano temblorosa.

Por debajo se leia el siguiente *post scriptum:*

«Ruego á la justicia castigue á la infame madama Gonegut, que procurándome una llave del cuarto de madama Andrea, ha sido la causa del suceso que ha producido mi desesperacion y me ha hecho aborrecer la vida.»

VII.

El asunto, como no podia menos de ser, fué á los Asises del Sena.

Se probó cumplidamente la trama urdida entre madama Gonegut y monsieur Gainard contra madama Andrea.

Monsieur Gonegut fué absuelto de la instancia.

Su mujer condenada á dos años de reclusion.

Se declaró á Andrea libre de su compromiso, y se la concedió una indemnizacion de tres mil francos; pero Andrea dejó aquella indemnizacion á los pobres de París, y en cuanto á la herencia de Gainard, no la aceptó.

Esto puso mas de moda á la pobre Andrea, á la diosa del boulevard Bonne Nouvelle.

Una pobre tan honrada, tan altiva, tan digna, y que además no aceptaba una herencia inmensa, no podia menos de ponerse de moda.

VIII.

La prensa parisien se apodera de las personas que por cualquier concepto se ponen de moda, habla de ellas durante quince dias en todos los tonos, las hace célebres, y no las abandona hasta que aparece en la escena pública otra persona mas ó menos estraordinaria.

Todo el mundo habla de estas personas notables: su nombre aparece en la prensa.

Despues todo el mundo se olvida de ellas.

Pero el que sabe aprovechar estos momentos de moda, hace fortuna.

Andrea no supo aprovecharse.

No pretendemos nosotros referirnos á los medios inaceptables de hacer fortuna que se la presentaron.

Andrea tuvo hermosísimas proporciones de matrimonio con ricos industriales, y no las aceptó.

Se la propuso ponerse al frente de algunas casas, y no aceptó tampoco.

Le habia sido muy funesto aquel empleo casa de los esposos Gonegut.

Pero era necesario vivir.

Andrea habia salido de su negocio con honra, con celebridad, pero sin dinero.

Buscó pues una posicion mas independiente, y encontró una fábrica de sedas que la hizo su comisionista viajante por el estranjero.

Se la señaló un buen sueldo, se la asignaron convenientes gastos de viaje, y se la interesó sériamente en el negocio.

Andrea alentó.

Algunos años en aquella ocupacion, y podia llegar á ser accionista de la fábrica, acabar por tener un renta y poder retirarse.

Dejó su pequeña María en el Corazon de Jesus, y emprendió sus viajes.

Su hermosura, su gracia, su distincion, su inteligencia, produjeron un magnífico resultado.

Ella sola, y en muy poco tiempo, habia colocado mas mercancías que todos los otros comisionistas viajeros de la misma casa en un año.

IX.

Se la aumentaron los emolumentos.

Se la interesó mas en el negocio.

Al fin, á los ocho años, Andrea tuvo cien mil francos.

X.

María habia cumplido doce años, era muy precoz, parecia ya una pequeña mujer, y estaba hermosísima.

Su educacion era perfecta en cuanto á la cuestion de adorno; pero faltaba la educacion doméstica, una educacion á la española.

Era necesario añadir lo últil, lo necesario, á lo agradable.

La obra de los maestros habia concluido, y era necesario que empezase la obra de la madre: era necesario formar de una parte á la mujer obrera que pudiese ganar su subsistencia si sobreviniese la desgracia, y la mujer doméstica.

Esto no impedia que continuase sus estudios de música.

Estos estudios determinan tambien una profesion honrosa.

XI.

Además, Andrea, como madre, sufria mucho.

No veia á María mas que muy de tiempo en tiempo, y algunas veces pasaba un año entero sin verla.

Esto era demasiado para una madre de tan gran corazon como Andrea.

La punzaba además el amor de la patria.

Queria que su hija fuese española, por mas que hubiese nacido en Francia.

XII.

Se despidió pues de sus principales, que hicieron esfuerzos inauditos por retenerla con brillantísimas proposiciones.

—No, no, dijo: necesito retirarme, consagrarme á mi hija. En España el dinero puede colocarse á un doble interés sin dificultad alguna: con treinta y dos mil reales de renta yo puedo vivir bien con mi hija, casarla bien cuando llegue el momento, descansar en fin: estoy enferma: he ganado, sí, pero las continuas fatigas de un viaje infinito han acabado con mis fuerzas: yo no soy ni mi sombra.

En efecto, Andrea estaba pálida y flaca, y á todas luces en los principios de la tísis.

Esta era otra razon.

El clima de España, la tranquilidad, el reposo, podian cortar en los principios aquella terrible enfermedad.

Los principales de Andrea se resignaron al fin, é interesándose por ella, colocaron su dinero en una sociedad de crédito francesa residente en Madrid.

Andrea tuvo, no ya treinta y dos mil, sino cuarenta mil reales de renta.

XIII.

Sin embargo, se redujo á una prudente economía.

Tomó en Madrid una casa pequeña con un pequeño jardin en uno de los estremos de la poblacion y que la costaba muy barata.

Se redujo á una sola criada y á una mesa buena, pero sóbria.

En el Corazon de Jesus habian acostumbrado á María á levantarse y á acostarse muy temprano.

Andrea no alteró las costumbres de su hija.

Media hora despues de amanecer, la madre y la hijá dejaban el lecho, tomaban chocolate, y despues, hasta las nueve, hora en que

almorzaban, Andrea daba á su hija leccion de español, de que no conocia una sola palabra.

Se nos olvidaba decir que todos los dias, escepto aquellos en que el tiempo era malo, Andrea, despues de haber tomado el chocolate y mientras la criada iba á la compra, llevaba á María á misa.

Sabia Andrea que la piedad y las creencias religiosas son una gran defensa para la mujer, y lo que mas contribuye á mantener la pureza de su alma y la severidad de sus principios.

XIV.

Despues del almuerzo, hasta las tres de la tarde en que comian, Andrea enseñaba á su hija labores útiles.

Despues de comer María daba su leccion de música con un maestro, y á la hora del paseo, madre é hija salian vestidas con elegancia, pero de una manera muy sencilla, á pasear por uno de los lugares amenos y solitarios que se encuentran en las afueras de Madrid.

Poco despues del oscurecer, madre é hija habian vuelto á su casa; Andrea hacia leer en castellano algun libro instructivo ó moral á María, lo cual era una doble leccion, cenaban despues, y se acostaban.

Los dias de fiesta no se trabajaba ni se daba leccion.

Andrea llevaba á María á casa de algunos pobres, á los que socorria de una manera discreta con arreglo á sus facultades.

Por la tarde el paseo era mas largo, y alguna vez se iban al teatro.

XV.

Esta vida tranquila, edificante, por decirlo así, duró cuatro años.

María habia cumplido los quince.

Parecia que toda la irresistible hermosura de Andrea habia ido pasando lentamente á ella.

María, ya la conocemos, era una divinidad.

En cambio, Andrea se habia ido consumiendo, y jóven aún, parecia ya anciana.

La tísis no se habia detenido; por el contrario, habia ganado terreno hasta apoderarse completamente de su víctima.

Andrea no se hacia ilusiones.

Sabia que no pasaria mucho tiempo sin que dejase á María huérfana, y esto para ella era un tormento que agravaba el mal estado de su salud.

Así es que ansiosa por el porvenir de su hija, todo lo que no gastaba de su renta, que era la mayor parte, lo imponia en la misma sociedad donde tenia colocado todo su capital.

Era necesario que María tuviese un dote bastante para que pudiese casarse con un hombre conveniente y que al mismo tiempo transigiese por la irregularidad del nacimiento de María.

XVI.

Esta habia sido pretendida ya mas de una vez por personas con cualquiera de las que la hubiera casado Andrea; pero para esto hubiera sido preciso sacrificarla.

María era impresionable, soñaba despierta, ya lo sabemos.

Estaba admirablemente educada, y ninguno de los que la habian pretendido habia logrado ni siquiera fijar su atencion.

Andrea veia con temor lo difícil que era de enamorar María, y no quiso violentarla.

Conocia lo exacto de aquel proverbio: *Boda y mortaja, del cielo baja.*

Un enlace impuesto puede producir consecuencias terribles.

Si María hubiese conocido á Luis durante la vida de su madre, Andrea hubiese muerto tranquila.

Por lo que sabemos, se hubiera engañado como se engañó María.

XVII.

Tenia ya diez y siete años María.

¿Á qué hemos de describirla de nuevo, si nuestros lectores la conocen demasiado?

En cuanto á la educacion, se habia completado con lo útil.

Era una escelente costurera, una admirable florista y una gran música.

Cantaba de tal manera, con tal sentimiento, con tal estilo, tenia una tal voz, que hubiese podido ser una celebridad artística.

Habia aprendido perfectamente el español, y le hablaba con suma elegancia y con suma gracia.

Era en fin una jóven admirable.

¿Por dónde andaba por esta época el ilustre marqués de Casa-Otero, á quien al principio de este libro hemos visto siendo el verdugo de María?

Habia perdido de vista en París á Andrea.

En los tiempos en que Andrea se habia hecho célebre hasta el punto de ocupar á la prensa, y por consecuencia al público, el marqués viajaba.

Cuando volvió á París, ya viajaba por cuenta de la fábrica de sedas Andrea.

Juan habia seguido una vida de corrupcion, habia dado al traste con todo su patrimonio, y se habia visto obligado á volverse á Madrid á vivir de administrar los bienes de su pupila Alfonsina.

XVIII.

Sacó á Alfonsina de las Salesas Reales, donde se habia educado.

No le convenia que estuviese allí.

Los gastos de Alfonsina en el convento eran insignificantes, porque allí pasaba con un sencillísimo traje; mas aún: no podia tener otro, y el gasto de pension era insignificante, atendida la inmensa fortuna de la baronesita de Castell-d'oro.

Alfonsina habia cumplido sus quince años, y era un ángel.

Una vez fuera de pension Alfonsina, el marqués tenia el pretesto de los gastos de una gran casa, del lujo de su sobrina.

Además de esto, Juan habia encontrado hermosísima á la jóven.

Casarse con ella era hacer un buen negocio.

Pero Alfonsina, que era muy inteligente, y que como sabemos, estaba dotada de un grande espíritu, á pesar de que su tio se con-

servaba jóven y buen mozo y de que poseia el arte de la seduccion, se mostró con él inconquistable y dura desde el momento en que comprendió las intenciones de Juan.

—Mi querido tio, le dijo un dia con una seriedad superior á sus años: yo no me casaré sino con un hombre á quien ame.

—¡Ah! ¡ah! ¡Amor! ¿Sabes tú ya lo que es el amor, á pesar de haberte criado en un convento?

—No, mi querido tio, no, dijo gravemente la niña; pero lo adivino.

—¡Diablo! ¡diablo! esclamó el marqués. ¡Y hay gente que cree que criando á una chica en un convento la tiene tan conservada como se conserva el salmon en una caja de hojalata soldada, y á la que se ha sacado el aire! Yo creo que el aire de la vida entra en todas las cajas, hasta en los conventos.

—Pues por supuesto, tio: en los conventos viven séres humanos, y donde hay séres humanos hay amor. ¡Han encerrado á tantas mujeres en el claustro matando su corazon arrebatándolas á un hombre amado! ¡Y es tan dulce consolarse de los dolores quejándose de ellos!...

—¡Anda! ¡anda! esclamó el marqués. Pues mira, me alegro de que sepas lo que se sufre por el amor, porque así tendrás lástima de mí.

—Mira, mi queridísimo tio: te declaro que me irrita soberanamente que me hables de tu amor, porque te declaro de la manera mas séria del mundo que no quiero conocerle prácticamente por tí: si insistes, me veré obligada...

—¿A qué?

—Á que yo se lo cuente todo á mi aya para que no me deje un momento sola.

—¿Y qué me importa á mí de tu aya?

—Perfectamente: hoy la despido.

—¡Niña!

—Sí señor, sí; á mí no puede obligárseme á que tenga un aya que no me inspire confianza.

—Alfonsina, todas las ayas que puedas tener estarán mas de mi parte que de la tuya.

—Apelaré á mi confesor...

—¿Para que me eche una peluca?

—No, para que me proteja.

—¡Oh! ¿Y cómo crees tú que puede protegerte la sotana que dirige tu conciencia?

—Recurriendo á quien corresponda, para que con arreglo á las leyes se me proteja contra un tio inmoral y corruptor.

—¿Inmoral, y quiere casarse contigo?

—¿Es una inmoralidad abusar de un sagrado encargo para hacer oir á una niña lo que no debe oir de nadie? No señor. Te prohibo, mi querido tio, que vuelvas á hablarme de amor; en la inteligencia de que si no te corriges tomaré mis medidas.

—Perfectamente, señorita, perfectamento: hé aquí un tutor reprendido por su pupila: el mundo al revés. Bien, muy bien; pero te advierto, Alfonsina, que estoy enamorado de tí como un loco, y que haré hasta lo imposible por que seas mi mujer.

—Y yo haré mas que lo imposible por no serlo.

—Veremos quién gana.

—Lo veremos.

XIX.

Tal arte se dió Alfonsina, y era por otra parte tan honrada y tan digna su aya, que al fin el marqués se vió obligado á prescindir de sus amores con su pupila, ó mas bien de sus proyectos por medio de ella.

—Y bien, dijo: mujer mas ó menos. En cuanto á dinero, es distinto: para algo la he sacado yo del convento.

Y se consagró á devorar lo mejor que pudo las rentas de su sobrina, privándola del gran lujo con que habia montado la casa de Alfonsina y de las ostentosas fiestas que se daban en ella.

Las cuentas iban como Dios queria; pero Alfonsina no habia llegado á su mayor edad, y no podia pedir cuentas al marqués.

Este se habia propuesto que cuando llegase la época de rendir cuentas no hubiese de qué darlas.

Despues Dios diria.

El marqués se hacia la cuenta de los perdidos: alcanzado por ciento, alcanzado por mil y quinientos: tanto da.

XX.

Alfonsina no habia conocido á su tia Andrea.

No habia podido conocerla; pero conocia su retrato, un hermosísimo retrato, y habia oido hablar de ella á su aya.

La creia muerta.

En cuanto al marqués, le creia de todo punto perdido.

Muerto tal vez á causa de la miseria, lo que la importaba muy poco.

La conciencia se le habia salido mucho tiempo hacia del cuerpo al marqués.

Un accidente casual hizo que el marqués encontrase de repente y cuando menos lo esperaba á Andrea, á la que no habian reconocido ni su hija ni María.

Ya sabemos que la madre y la hija paseaban por lugares completamente solitarios.

Era la caida de un hermoso dia de abril.

Andrea y María habian subido al alto de la Fuente Castellana.

Se ponia el sol.

El cielo estaba sereno, límpido.

El aire era tibio y perfumado.

La mirada de Andrea se fijó en una blanca casita que se veia á lo lejos, y á la cual conducia un sendero, por el cual, y en direccion á la casita, iba un pequeño rebaño de cabras.

—¿Irá allá? dijo Andrea á María señalando la casa.

—Puede ser, mamá, contestó María.

—Creo que me haria mucho bien un vaso de leche caliente acabada de ordeñar, dijo Andrea, cuya tísis era ya muy marcada.

—Pues vamos allá, mamá, dijo con solicitud la niña.

Y las dos señoras tomaron por el sendero.

Las cabras iban lejos, ya muy cerca de la casita.

Andrea, á causa de su enfermedad, andaba despacio.

En efecto, entraron en la casita las cabras.

—Creo que está muy lejos y que no podré llegar, dijo contrariada Andrea, que habia contraido esa dulce voluntariedad de los niños.

—No importa, mamá, dijo María, á cada momento mas solícita. Apóyate en mi brazo: iremos poquito á poco.

XXI.

El terreno por el que adelantaban era accidentado lo bastante para que se determinasen hondonadas de una parte, cerros deprimidos de otra; lo que quiere decir que el suelo ascendia y descendia.

De improviso, María se detuvo.

Habia en el camino una pequeña colina, desde cuya altura se veia al otro lado una de aquellas hondonadas.

Andrea iba distraida mirando á la casita que aún estaba lejos, y pensando en el deseado vaso de leche caliente.

De improviso, María se detuvo.

En el centro de la hondonada habia un cuadrado de tapias derruidas, en uno de cuyos ángulos se veian los negros paredones de un casucho abierto, hundido, destruido á todas luces por un incendio.

Dentro de aquellas tapias, en el reducido espacio que contenian, habia algunos hombres.

Dos de ellos estaban el uno enfrente del otro, á alguna distancia.

Los otros, divididos en dos grupos, estaban á ambos lados.

—¡Oh! ¿Qué es aquello? esclamó María. ¿Qué hacen allí aquellos hombres? ¡Dos de ellos tienen pistolas en las manos! ¡Oh, Dios mio! Se apuntan.

XXII.

Andrea miró hácia el lugar que le indicaba su hija.

—¡Un duelo! esclamó.

Y se puso pálida y tembló.

En aquel momento sonó una doble detonacion.

Uno de aquellos dos hombres cayó al suelo y no se levantó.

Andrea y María lanzaron dos gritos horribles.

Aquellos gritos habian sido tan agudos que habian llegado al lugar del duelo.

Uno de los testigos acudió.

Andrea habia caido tambien desmayada.

—Seria singular que la bala de ese pobre diablo de Alvarado, que no ha podido tocar á Salvatierra, hubiese herido á una de esas mujeres, dijo el que habia acudido, y que adelantaba á la carrera.

Aquel hombre era Juan del Valle de Sos, marqués de Casa-Otero, que habia servido de testigo al llamado Salvatierra.

XXIII.

Aquel duelo habia nacido en el juego.

Alvarado habia llamado fullero á Salvatierra.

Salvatierra habia dado un bofeton á Alvarado.

El subsiguiente duelo acababa de tener lugar, y el abofeteado Alvarado habia sido muerto por su abofeteador, y tan limpiamente, que la bala le habia atravesado el cráneo de la una sien á la otra.

Los médicos eran pues inútiles, y se echó mano de ellos para Andrea.

No le habia tocado la bala de Alvarado, aunque habia pasado á poca distancia de ella; pero estaba gravemente desmayada, hasta el punto que los socorros de los médicos no pudieron hacerla volver en sí.

María se desesperaba.

El marqués temblaba de emocion.

En María habia reconocido á Andrea.

Hizo aproximarse uno de los coches que estaban á alguna distancia, y Andrea fué colocada en él, y María entró con el marqués y con un médico.

El coche partió hácia la casa de Andrea.

En ella, y despues de algunas horas y de esfuerzos inauditos de la ciencia, volvió en sí Andrea.

Entre tanto, el marqués habia preguntado á María, y por sus respuestas habia acabado de asegurarse de que era Andrea la señora desmayada.

XXIV.

María habia enamorado á Juan.

Le habia enamorado de una manera mortal.

Habia contraido por ella la pasion de toda su vida.

De otra manera no hubiera podido reconocerla, porque ya lo hemos dicho, Andrea no era ni aun la sombra de sí misma.

No tuvo ni aun necesidad de preguntar á la jóven.

No tuvo duda; pero tenia la seguridad de que si muerto le veia Andrea, le reconoceria.

Él no habia cambiado: era siempre el mismo.

Parecia que un demonio mantenia la fuerza de su juventud, y la fuerza y el brillo de sus ojos.

XXV.

Juan no se habia dado á conocer á María como marqués de Casa-Otero.

Advirtió al médico que le habia acompañado, y se dió á conocer con un nombre supuesto.

Luego, antes de que volviera en sí Andrea, se quitó de en medio.

Al dia siguiente, un criado suyo fué á informarse del estado de la enferma.

Le contestaron que se habia restablecido completamente, y el marqués no volvió á enviar otro recado; pero se puso en conquista de María.

La jóven recibió una carta atentísima, escrita con suma discrecion, y firmada por el nombre supuesto que habia adoptado el marqués.

La criada habia sido la conductora de aquella carta; pero por

mas que esta carta hubiera sido escrita con la mayor reserva, rebosaba de ella un amor intenso.

El amor no puede ocultarse, traspira siempre.

María contestó con una gran cortesanía á esta carta, y rogó al marqués la escusase de una correspondencia que no podia aceptar.

Esta carta era fria y duramente ceremoniosa, aunque dentro de los límites de la mas rígida cortesía.

XXVI.

El marqués apuró cuantos medios estaban á su alcance para hacerse escuchar de María, pero nada obtuvo.

Al fin, un suceso imprevisto vino á dejar á María huérfana, pobre, y completamente abandonada.

La sociedad de crédito donde Andrea tenia su capital habia quebrado de una manera tan completa, que los accionistas no habian logrado salvar ni un solo maravedí.

Este fué un golpe demasiado rudo para la quebrantada salud de Andrea, que á la noticia de aquella nueva desgracia dió un grito, cayó sin sentido, y no volvió á levantarse.

El terror causado por la presencia de la miseria la habia herido de muerte.

No tuvo tiempo ni aun para hablar una sola palabra.

De otra manera, hubiera revelado á María su orígen, hubiera apelado á su sobrina la jóven baronesa de Castell-d'oro, y la situacion hubiera cambiado completamente para María.

La pobre jóven gastó todo el dinero que habia en la casa en el entierro de su madre.

Luego vendió los muebles innecesarios.

Se quedó con lo indispensable, con dos camas, una para ella y otra para su criada, una mesa, un armario y algunas sillas.

Con el producto de estos muebles, de algunas ropas, de algunas alhajas, María pudo vivir seis meses con una rígida economía, manteniendo á su criada.

Habia buscado trabajo, y le habia encontrado como costurera y

como florista, pero insuficiente para mantener á dos personas, para pagar el alquiler de la casa.

María despidió á la criada y tomó un cuartito muy pequeño en la calle de la Comadre.

Allí fué á visitarla el marqués.

Allí fué donde tuvieron lugar los sucesos que hemos dado á conocer á nuestros lectores en el principio de este libro.

CAPITULO XXXI.

EN QUE SE AGRAVAN LOS SUCESOS.

I.

Las dos hermanas habian entrado muy tarde en su aposento.

María se habia trasfigurado.

Habia decidido su porvenir de una manera grave, y sin embargo era feliz.

Tenia la seguridad de que Juan, aquel hombre á quien tanto habia aborrecido, se habia trasformado, convirtiéndose en otro completamente distinto, no sabia por virtud de qué misterio.

Para ella, aquel miserable Juan del Valle de Sos habia muerto decididamente.

En su lugar quedaba un hombre enamorado de ella con frenesí, todo corazon, todo alma; un sér completamente en relacion con las aspiraciones de María.

Por lo mismo, María era feliz.

Nada habia que impidiese su union con el hombre á quien amaba.

Aquella union debia realizarse muy pronto.

Para ello era necesario poner en claro el orígen legítimo de María.

Ni Juan ni ella querian continuar aquel misterio.

La prueba era muy fácil.

Juan tenia la clave.

María habia sido reconocida por Alfonsina como prima hermana suya, como hija de Andrea.

No habia pues necesidad de otra cosa que de probar la legitimidad del casamiento celebrado en secreto hacia diez y ocho años, en la iglesia parroquial de la villa de Vallecas.

II.

María tenia una pesadilla.

No se olvidaba de que habia presentido que á causa de Luis le amenazaba un nuevo peligro.

¿Qué peligro podia ser este?

¿El de un choque entre Luis y Juan?

Acaso.

Era necesario separarlos.

Luis estaba terrible.

Habia vuelto á contraer por María una pasion furiosa.

Antes de que Luis se levantase, muy de mañana, se levantó María.

Hizo que un criado llamara á Juan.

Este se levantó.

III.

—En la situacion en que nos encontramos, dijo María, no podemos retardar nuestra union.

—¡Oh, no! esclamó Juan asiendo las manos de María y besándolas apasionadamente. Es necesario que nuestra union se realice cuan to antes.

—Por lo mismo vas á montar al instante á caballo.

—¡Ah! Sí, debo ir á Vallecas, hablar con el cura, revelárselo todo en confesion, y obtener la partida de desposorios de tus padres.

—E so es, dijo María. Que te acompañe Cristóbal.

—¿Y por qué? dijo el marqués.

—Tengo miedo de que vayas solo.

—¡Miedo!

—Sí: yo no sé por qué presiento que nos amenaza una desgracia.

—Si acompañándome Cristóbal has de quedar tranquila, que me acompañe.

—Sí, pero es necesario llamarle aparte.

—¡Aparte! ¿Y para qué?

—No quiero que se aperciba de esto Alfonsina.

—¿Qué misterio hay aquí? esclamó incomodado el marqués.

—¡Misterio! esclamó con la mayor naturalidad María. Misterio ninguno; es un capricho mio: si tú no quieres ceder á él, yo renuncio á mi capricho.

—¡Ah! esclamó Juan. Tu voluntad es la mia, alma de mi alma.

IV.

Cristóbal fué llamado.

Luis dormia aún.

—Amigo Cristóbal, le dijo María: es necesario que en el momento, usted y don Juan monten á caballo.

—Montaremos, señora, montaremos, dijo el complaciente Cristóbal. ¿Y qué mas?

—Es necesario que se vayan ustedes sin ver á nadie.

—Muy bien, dijo Cristóbal, que llevaba su condescendencia con cualquiera de las dos hermanas hasta el último punto.

—Don Juan dirá á usted adónde van y por qué van. Cuando hayan ustedes terminado su comision, no volverán ustedes aquí.

—¿Y adónde hemos de ir? preguntó Juan.

—A la fonda de las Peninsulares: allí estaré yo.

—Perfectamente, dijo Juan, que cedia siempre.

—Pues al momento, al momento. Es necesario que no estén ustedes en el pueblo cuando salga el sol.

V.

Juan y Cristóbal partieron.

Parecióle á María que se le quitaba un horrible peso del corazon.

—Pero ¿por qué, por qué, dijo, este temor que me mata? ¿Por qué pretendo apartar á Juan de Luis? ¡Ah! Yo no creo que Luis sea capaz de una infamia, y en cuanto á Juan está sujeto á mi voluntad como un niño: no sé, no sé por qué tiemblo, y por qué yo quiero separarme tambien de aquí.

Y yendo á su secreter, le abrió y escribió:

«Alfonsina: Mientras yo escribo tú duermes: cuando despiertes no estaré ya á tu lado: me voy con Clotilde: poderosas razones me obligan á tomar esta determinacion: te dejo como regalo mio de bodas esta quinta: acéptala, Alfonsina, por mi amor. ¿Quién sabe si nos volveremos á ver? Adios. Tu prima que te ama,—*María.*»

Clotilde puso una ligera posdata á esta carta.

Luego, y antes de que despertara Alfonsina, las dos hermanas se pusieron sus chales y sus sombreros, y salieron de la quinta y luego del pueblo, ganaron la estacion del ferro-carril, entraron en un tren que llegaba en aquel momento, y tres cuartos de hora despues estaban en uno de los cuartos interiores mas retirados de la fonda de las Peninsulares.

María se habia llevado consigo su cofrecillo lleno de riquísimas alhajas que valian un tesoro, y una gruesa cantidad en billetes de banco.

VI.

Cuando despertó Alfonsina se encontró sobre la mesa del saloncito que correspondia al cuarto de María, la carta de las dos hermanas.

—¿Qué significa esto? esclamó. ¿Por qué me abandonan?

Y salió.

En la casa no habia mas que los criados, á quienes María habia dicho quedaban al servicio de la baronesa de Castell-d'oro.

—¿Á qué hora se han ido mis primas? preguntó Alfonsina.

—Á las siete, señora, contestaron los criados.

Eran entonces las nueve.

—¿Y no han dicho adónde iban?

—No señora, contestó el mayordomo: solo me han dicho que toda la servidumbre quedaba al servicio de vuecencia.

VII.

En aquel momento apareció Luis, que acababa de levantarse y habia estrañado no encontrar á Juan ni á Cristóbal; pero habia supuesto que estarian en la casa, ó por lo menos, en los alrededores.

—¿Quieres esplicarme lo que esto significa? dijo Alfonsina cuando se quedaron solos, presentándole la carta de sus dos primas.

Luis se puso densamente pálido.

—Esto significa, dijo, que huyen de nosotros; pero al que huye se le busca.

Y el semblante de Luis, de pálido que estaba, se puso lívido.

—Pero ¿por qué huyen? esclamó Alfonsina.

—¡Quién sabe! esclamó Luis. Ese don Juan es un hombre que...

—Ese hombre es mi tio, Luis... tú lo sabes... nosotras no hemos tenido para tí secretos.

—Pues bien, dijo Luis: el señor marqués de Casa-Otero huye sin duda porque es un miserable cargado de crímenes, y esta vez se ha descubierto la superchería de su muerte.

—¡Luis! Debes reconocer que es mi tio, y que no debias usar de ese lenguaje.

—Por mucho que yo te ame, contestó Luis, es necesario que yo hable, que yo sea sincero...

—¡Ah!

—Sí: yo, uniéndome á tí, no puedo consentir en que una parienta tuya tan inmediata como María, se una á un tal hombre.

—¡Ah! esclamó Alfonsina, para la que aquellas palabras fueron un rayo. Tú has amado á María: la has amado con toda tu alma: la has vuelto á encontrar, y tu amor ha resucitado: has dejado de amar-

me, no me has amado nunca, y tienes celos del hombre que debe unirse á María.

—¡No se unirá! esclamó con acento terrible Luis.

VIII.

No se podia ir mas allá.

La confesion era completa.

Alfonsina miró de una manera fria y altiva á Luis.

—He estado loca, dijo: ni tú mereces el amor de María, ni el mio: no te unirás á ella, y yo me alegro mucho de que esto haya acontecido antes de unirme á tí.

Y sin decir ni una palabra mas, volvió la espalda á Luis.

Un cuarto de hora despues llegaron dos carruajes á la estacion del camino de hierro.

—No, no se casará con otro que conmigo, esclamó Luis, que se habia quedado solo.

Poco despues esperaba en la estacion el paso de un tren.

CAPITULO XXXII.

DE CÓMO LA FATALIDAD SE MEZCLABA UNA VEZ MAS Á LOS ACONTECIMIENTOS.

I.

En cuanto llegaron á Madrid, Juan y Cristóbal tomaron el primer tren que partió para Zaragoza.

Cristóbal iba profundamente pensativo, y no lo iba menos Juan.

Para entrambos, la situacion en que se encontraban era decisiva: una de esas situaciones supremas que pasan por la vida del hombre.

El amor es el negocio mas serio de la vida.

El matrimonio una de las resoluciones mas sérias del amor.

Casarse es duplicarse; mejor dicho, atendiendo las consecuencias, multiplicarse, aumentar la personalidad, aumentar las penas, aumentar los dolores, aumentar las enfermedades, sufrir por sí mismo y por la esposa y por los hijos; aumentar en una sola palabra la vida, que es ya por sí misma una pesada carga.

II.

El marqués se fué á casa del cura de Vallecas.

Cristóbal esperó en la posada.

Juan se encontró con un cura jóven y alegre, con una persona mas fácil que lo que habia creido.

—Señor mio, le dijo: usted debe ser el cuarto, quinto ó sesto cura que el pueblo ha tenido despues de diez y ocho años.

—No me he metido en averiguar esto, dijo el jóven eclesiástico; pero si á usted le importa para algo, lo averiguaremos en seguida.

—No, no señor: á mí tampoco me importa.

—Yo he salido del seminario hace ocho años: he estado en un pequeño curato cuatro, despues he venido aquí: dentro de poco iré á un curato de mas recaudacion. Nosotros tenemos tambien una escala: la carrera de la Iglesia está como otra cualquiera, digo mas, mejor que ninguna. Veamos: un militar puede llegar á capitan general, como si dijéramos en nuestro país, á cardenal arzobispo de Toledo; puede llegar tambien á ser rey ó á emperador si una revolucion le ayuda: un abogado, un escribano, un comerciante, un sabio, puede llegar á ministro, á cónsul, á presidente; pero esto es raro: un eclesiástico puede llegar á Papa. Sisto V, bien lo sabe usted, porque esto lo sabe todo el mundo, fué pastor de puercos. La Iglesia tiene una forma completamente democrática: el Papa no es mas sacerdote que yo; por ante la sagrada investidura del sacerdocio, todos somos iguales, de la misma manera que ante los imprescriptibles derechos del hombre son iguales todos los ciudadanos, y ante el honor todos los caballeros. Ante los grandes principios, ante las grandes creencias, la igualdad ha sido, es y será absoluta. Despues viene la autoridad, razon de todas las sociedades, y con la autoridad las clases, porque las clases no son otra cosa que la gradacion de las autoridades de todo género. Pero dispénseme usted: el estado de fermentacion, de transicion, de lucha en que se encuentra nuestra generacion, me ha hecho hablar de cosas que nada nos importan para el negocio que trae á usted. ¿En qué puedo servir á usted, señor mio? Que lo haré con mucho gusto y buena voluntad, como me toca de obligacion, segun dicen en sus cartas nuestros buenos campesinos.

III.

—Una noche, hace diez y ocho años, llegaron en un carruaje á este pueblo una señora y un caballero, dijo el marqués; yo les se-

guí á caballo; aquella señora era de mi familia, es decir, era hermana de la esposa de mi hermano: debian traer órdenes de la autoridad superior eclesiástica, pues el entonces cura de este pueblo los casó en secreto.

—¡Ah! Indudablemente debian traer una autorizacion para el párroco.

—Pues bien, señor cura: una hija legítima de aquel matrimonio, mejor dicho, dos hijas gemelas que hasta ahora han pasado por hijas naturales, necesitan probar su legitimidad.

—Y bien, señor mio, dijo sonriendo el cura: ¿dónde están los padres de esas señoritas?

—En la tumba.

—¡Ah! Y bien: ¿dónde están esas señoritas?

—¿Es indispensable que ellas se presenten?

—Necesito una órden de la autoridad superior eclesiástica.

—¿Usted no cree que yo soy un hombre de honor?

—Perfectamente.

—Entonces creo que usted podrá hacerme un favor.

—Yo puedo decir á usted si ese matrimonio ha tenido lugar; pero no mas que esto: para librar á usted certificacion necesito una órden.

—Veamos primero si el matrimonio se ha contraido, aunque no tengo duda alguna.

—Hágame usted el favor de esperar un momento.

IV.

El cura desapareció, y estuvo fuera durante diez minutos.

Al cabo apareció de nuevo con una nota sobrescrita.

—En efecto, dijo: matrimonio secreto entre sir James Lawnou y la señorita doña Andrea de Avendaño, celebrado el 15 de setiembre de 1836 en la iglesia parroquial de Vallecas, á las doce de la noche, por órden de la visita eclesiástica del obispo sufragáneo de Madrid.

—¿Y no puede usted librarme certificacion?

—No, señor mio: yo no puedo faltar al secreto: me espondria.

Además, no creo que haya inconveniente alguno. ¿No pueden probar esas señoritas su procedencia?

—Sí señor; pero para eso seria necesario dar señas mas enojosas.

—¿Y qué hacer? Hay que cumplir con lo prescrito en las leyes: de nada serviria el secreto si se pudiese revelar: he hecho demasiado: usted me dispensará si no hago mas: no puedo hacerlo.

—Y bien, señor mio, iremos á la Vicaría.

V.

El marqués y Cristóbal salieron del pueblo, y se fueron á Madrid á buscar en la fonda de las Peninsulares á María y á Clotilde.

Ya estaban allí.

El marqués les dijo las formalidades que habia que llenar antes de obtener la partida de desposorios de sus padres.

Era necesario llegar á la identidad de Andrea, á la identidad de una persona muerta.

Habia que apelar á pruebas póstumas, á retratos, á escrituras, á declaraciones de viejos criados, á comprobaciones, y sobre todo al reconocimiento de Alfonsina, nueva tarea que quedaba á las dos jóvenes.

VI.

Por consecuencia, la fuga de la quinta era inútil.

Habia que decir á Alfonsina:

—Estamos aquí.

María temia.

Sus funestos presentimientos se hacian á cada instante mas graves.

No queria, no sabia por qué, que Luis supiese su paradero ni el del marqués.

Adoptaron un medio.

Se encargó á Cristóbal de que se entendiese sin ser notado ni visto con Alfonsina.

—Otras cosas mas difíciles habria que hacer, dijo Cristóbal.

Y se fué al ferro-carril, y se trasladó á la estacion de Matillas.

Una vez allí, se encaminó al primer cortijo que vió desde la estacion.

Se encontró con una familia de campesinos compuesta de matrimonio y cuatro hijos: dos varones y dos hembras.

VII.

—Oye tú, compadre, dijo Cristóbal al cortijero: ¿te amargará ganar tres ó cuatro onzas?

—Eso no le amarga á nadie, dijo el cortijero, en cuyos ojos lucia la avaricia; pero se entiende que sean bien ganadas.

—Vaya, hombre, dijo Cristóbal: todo se reduce á que lleves en secreto una carta á cierta persona que vive en el pueblo de Matillas.

—¿Y no es mas que eso?

—Nada mas.

—¿Y qué persona es esa?

—La escelentísima señora baronesa de Castell-d'oro.

—Apúntemelo usted en un papel, dijo el cortijero, porque ese es un nombre revesado y no me voy á acordar.

—Es decir, que tú sabes leer.

—Sí señor, en letra de molde, y tambien en letra de mano cuando está muy clara.

—Pues yo escribiré tan claro como si fuese letra de molde, dijo Cristóbal.

VIII.

Una hora despues, el cortijero partió para el pueblo de Matillas, llevando una carta de Cristóbal para Alfonsina.

Cristóbal le habia encargado buscase la ocasion de hablar á solas á la baronesa de Castell-d'oro, y de darla la carta sin que nadie le viese.

Los campesinos son astutos.

Á la hora y media de haber salido de su cortijo, el cortijero es-

taba en la taberna del pueblo de Matillas, donde le conocia todo el mundo, bebiendo alegremente.

—¿Y á qué vienes tú al pueblo en un dia de trabajo? dijo uno de los mozos al cortijero.

—¡Toma! contestó este. Cuando te dieren la vaquilla, acude con la soguilla. Yo sé que está en el pueblo una señora muy rica y muy caritativa, que hace mucho bien por los pobres, y no me vendria mal que me diera un destinillo para mis hijos.

—Siempre acudirás tú adonde oigas mascar, Celedonio, dijo otro.

—Sí, pero me han dicho, contestó este, que aunque esa señora es muy buena, está rodeada de criados antiguos que la han visto nacer, y que la aconsejan, y estos tales podrán quitarla de la cabeza que haga por mis hijos una obra de caridad, y yo le daria su parte á cualquiera que me dijese si la señora pasea sola y por dónde pasea.

—Vaya, dijo otro, venga la parte.

—¿Sabes tú?

—Yo te llevo ahora mismo donde está sentada sola esa señora.

—¿Sí? Pues vamos allá.

—Págame antes dos cuartillos.

—Bébetelos y andando.

Bebió el guia, pagó Celedonio, y entrambos salieron.

—¿Dónde está la señora? dijo Celedonio.

—Dame la parte.

—Tómala.

—Pues la señora está en la Fuentecilla.

—¿Y es esa señora la escelentísima señora baronesa de Castell-d'oro? dijo Celedonio consultando su apunte.

—Sí, hombre, sí: la señora forastera: aquí no hay otra: antes habia otra señora muy hermosa que ha hecho aquí una hermosa quinta; pero mira, mira: allí en la Fuentecilla está sentada y pensativa esa señora.

El lugareño se fué.

Celedonio avanzó hácia Alfonsina, que se veia en efecto á lo lejos sentada al pié de unos espesos álamos negros, junto á una fuente natural que se desprendia de unas altas peñas formando una cascada.

IX.

El terreno era fuertemente quebrado, tajado, accidentado.

No se podia llegar á él en línea recta.

Habia que dar grandes rodeos.

Cerca de aquel lugar estaba la roca tajada sobre la cual, como sabemos, habian leido el manuscrito que encerraba la historia de sus padres las dos hermanas.

El sendero que haciendo violentos zic-zacs conducia á la fuente, se perdia en fuertes ondulaciones.

A veces, Celedonio veia la fuente.

A veces adelantaba durante diez minutos sin poder verla á causa de los accidentes del terreno.

X.

Un hombre que paseaba solo, y que á todas luces no era lugareño, habia reparado en Celedonio.

Habia comprendido que Celedonio iba en busca de la baronesa.

Aquel hombre era Luis.

Al volver Celedonio uno de los recodos del sendero, se encontró de repente con Luis, que le atajó el camino.

—Dios guarde á usted, caballero, dijo Celedonio siguiendo la costumbre de todas las conveniencias de los campesinos.

—Dios te guarde, contestó Luis. ¿Adónde vas?

—¡Toma! A mi camino, contestó Celedonio.

—Indudablemente, dijo Luis; pero como este no es camino para ninguna parte, tu camino es para buscar á la señora baronesa de Castell-d'oro, que está sentada allá, junto á la fuente.

Celedonio hizo un movimiento tal de sorpresa, que Luis conoció que no se habia engañado.

—¿Y á qué vas tú á buscar á la baronesa? le preguntó sin dejarle reponerse.

—¡Toma! dijo Celedonio: para que haga por mí una obra de caridad.

—No tienes tú cara de necesitado.

—Sí señor; la cosecha ha sido el año pasado mala, y me han dicho que esa señora es muy caritativa.

—De manera, dijo Luis, que yo soy caritativo tambien. Veamos lo que necesitas.

Celedonio se aturdió, y contestó con medias palabras.

—Vamos, está visto; lo que tú necesitas es hablar con la baronesa: á tí te envia alguien. Elige, esclamó Luis sacando un rewólver: ó una bala ó dinero.

Celedonio miró inquieto en torno suyo.

Estaba con Luis en medio de una soledad absoluta.

Luis le miraba con la espresion de una decision á toda prueba.

—Y bien, dijo: ¿qué me importa á mí? Yo no quiero perderme: yo tengo mujer, yo tengo hijos: si no...

—¿Si no, qué?

—Que no me dejaria yo gobernar por nadie.

—Toma, dijo Luis dándole dos onzas; toma y habla.

—Pues bien, dijo Celedonio tomando el dinero: yo traigo una carta para la señora baronesa.

—Dámela.

—Tome usted; pero yo no sé cómo voy á salir con el otro.

—¿Y quién es el otro?

—Un hombre que ha ido á mi cortijo y me ha dado esta carta para que la entregue secretamente á esa señora.

—¿Qué señas tiene ese hombre?

Celedonio dió á Luis las señas de Cristóbal.

—¡Ah! ¡ah! esclamó Luis. Él, él que escribe una carta á Alfonsina; y él se fué con ellas... Veamos, veamos, dijo Luis.

Y como la carta estaba cerrada con una gruesa oblea, y esta estaba fresca, Luis la abrió con facilidad.

XI.

«Señora, decia la carta: La señorita María me envia. Ella, por razones que tiene, bastante poderosas á lo que yo creo, se habia propuesto permanecer ignorada algun tiempo; pero razones mas po-

derosas la han obligado á enviarme á decir á vuecencia que necesita verla en secreto cuanto antes: yo no voy por si me encuentra en ese pueblo alguien que me conozca. La señorita María me ha mandado suplique á vuecencia se traslade cuanto antes á Madrid y á su casa. ¿Dónde vuecencia podrá entenderse conmigo? Seguro servidor de vuecencia.—*Cristóbal.*»

XII.

—¡Ah! ¡Bien! ¡bien! ¡bien! murmuró Luis. Es decir, que tenemos otra vez á María: se me ha escapado, pero no se me volverá á escapar: yo he roto con Alfonsina, y si permanezco aquí observando es porque creo que Alfonsina me puede servir de medio para volver á encontrar á María.

Y luego añadió alto, cerrando de nuevo la carta, que quedó como si no se la hubiera abierto:

—Toma la carta y esta otra onza para que no digas á persona viviente que me has encontrado y que yo he leido esta carta.

—Descuide usted, dijo el campesino, que yo callaré por lo que me conviene.

—Si no callas, yo lo sabré y te pesará, dijo Luis.

Y tal era su semblante al decir esto, que el campesino tembló.

Despues Luis se perdió entre las breñas, y se puso en un lugar desde el cual, sin ser visto, veia á Alfonsina.

XIII.

El campesino tardó diez minutos aún en llegar adonde Alfonsina estaba.

Esta se sorprendió.

El sitio era agreste y solitario, y no muy tranquilizador el aspecto de Celedonio, que era rudo y semisalvaje.

Alfonsina se puso bruscamente de pié.

—No se asuste su escelencia, señora, dijo Celedonio, que miraba asombrado la hermosura de Alfonsina: yo no voy á hacer daño alguno á su escelencia: yo traigo para su escelencia una carta.

—¿De quién? dijo reponiéndose Alfonsina.

—De un hombre á quien no conozco, que ha ido á mi cortijo, que me ha dado esta carta y me ha dicho:—Dásela sin que nadie te vea á la señora baronesa de Castell-d'oro, que está en tal parte.—Yo he venido, y doy á su escelencia la carta sin que nadie lo vea, como no sean estos árboles.

Alfonsina tomó la carta y la leyó.

Su semblante se iluminó de alegría.

—¿Y está el que ha escrito esta carta en su cortijo de usted? preguntó.

—Sí señora, contestó el campesino.

—¿Y el cortijo está muy lejos?

—Junto á la estacion del ferro-carril.

—Pues bien, diga usted á ese hombre que dentro de una hora estaré yo en la estacion.

Celedonio se fué, no sin llevarse todo el dinero que contenia el portamonedas de Alfonsina, y partiendo á la carrera llevaba media hora despues el encargo de Alfonsina á Cristóbal.

CAPITULO XXXIII.

EN QUE SE TRATA UN POCO DE POLÍTICA, OTRO POCO DE HISTORIA, Y OTRO POCO DE NOVELA.

I.

Cristóbal se dirigió á la estacion, y encontró en ella á Alfonsina, que le esperaba ya con su doncella y su traje de viaje.

—Ahora mismo, dijo, nos vamos á ir á Madrid, y me va usted á llevar adonde están mis primas: quiero saber por qué me han abandonado.

—Deben de haber tenido grandes razones para ello, señora, dijo Cristóbal, porque aman mucho á vuecencia, y grandes deben ser tambien las razones que han obligado á María á buscar de nuevo á vuecencia.

—Pues vamos: el silbato de la locomotora indica que el tren va á partir.

—¿Y deja vuecencia el resto de su servidumbre en el pueblo?

—¿Y qué importa?

—Temerán...

—No: yo les he mandado se vayan á casa.

Y la baronesa se encaminó al tren.

II.

Luis, que habia seguido de lejos á Alfonsina sin ser visto de ella, cuando Alfonsina con su doncella y con Cristóbal hubo entra-

do en un coche de primera clase, entró en otro sin que Alfonsina pudiese verle.

Una hora despues, el tren paraba en la estacion de Madrid.

Luis buscó entre la multitud que salia del tren á Alfonsina, y la vió.

La siguió á lo lejos.

Alfonsina tomó un coche de plaza.

Luis tomó otro, y mandó al cochero siguiese el coche donde habia entrado Alfonsina.

Los dos coches, el uno despues del otro, pararon en la fonda de las Peninsulares.

Luis entró despues de Alfonsina.

Preguntó, dió señas, y le dijeron el número del aposento donde estaban las dos hermanas.

Luis tomó un aposento inmediato.

El tabique era muy delgado, y Luis podia espiar á las dos hermanas y á Alfonsina.

Con el oido pegado al tabique pudo oir la conversacion.

Estaban ellas muy ajenas de que las escuchaba Luis.

III.

—Pero esto es una insensatez, decia Alfonsina. ¿Por qué causa ese presentimiento de desgracias?

—Ese hombre está loco, contestó María: ese hombre guardaba dentro de sí, oculto, sin saberlo él mismo, un espíritu terrible: ese hombre se ha obstinado: yo soy para él una fascinacion: seria capaz de todo: tiemblo: es necesario que todo se concluya, que salgamos de España: la situacion de Juan es insostenible aquí: pueden reconocerle, y ¿qué haríamos? ¿cómo le salvaríamos? ¡Ah! ¡no! ¡no! Si no fuera por los hijos que Dios puede darme, yo le buscaria la legitimidad de su nombre funesto: yo creo que nuestra familia está maldita de Dios, y que yo soy una víctima expiatoria.

—Por ese estraño amor tuyo por mi tio...

—Como tu estraño amor por ese miserable Luis, á quien yo no sé por qué he creido tambien amar.

IV.

Alfonsina guardó silencio.

Luis entre tanto se consumia de dolor, de furor, de celos, detrás del tabique.

—Pues bien, dijo Alfonsina, puesto que lo quieres, puesto que es necesario, y sobre todo que es justo, entablaremos el reconocimiento de tu madre, despues el tuyo; aclararemos vuestro orígen, entrarás en nuestra familia. En cuanto á ese hombre, nada temas, yo me encargo de él.

—¡Que ella se encarga de mí! esclamó con una amenaza mezclada de desden Luis, que no perdia ni una sola palabra.

—Es necesario activar ese reconocimiento, dijo María: despues nos casaremos Juan y yo, y saldremos de España.

—Luis no sabe dónde estás, dijo Alfonsina, y no lo sabrá: yo me voy á mi casa: despues, y ya que tú tienes esa aprension, María, nos veremos secretamente. Adios: no quiero perder ni un momento: voy á llamar á mi abogado, á consultarle el negocio, á encargárselo.

Y Alfonsina salió.

V.

—¡Que te casarás! ¡que te casarás! esclamó Luis. ¿Y con quién? ¿con quién? ¡con un sér muerto! ¡con un presidiario! ¡Ah! Yo denunciaré al marqués, yo diré: Este, que por medio de una muerte aparente escapó de la ley, es el marqués de Casa-Otero: se trata de identidades, pues bien, yo buscaré otra identidad. No te casarás, no, María, con un penado de una manera infamante por la justicia: no te casarás, y un dia podrá suceder... ¡Ah! Si no eres mia, no serás de otro hombre... yo te lo aseguro... ¡Ah! ¡imbécil de mí! ¿Y cómo he podido yo olvidarla por Alfonsina? ¡Ah! ¡la vanidad! ¡la miseria! ¡la adulacion! Pero María es mi vida y mi alma. No, no será de otro si no es mia.

VI.

Durante quince dias Luis estuvo constantemente en acecho: comia en su cuarto, no salia de él para nada, lo oia todo; pero jamás otro hombre que Cristóbal habia ido á visitar á las hermanas.

Jamás ellas, á quienes seguia de lejos Luis en muchas ocasiones en que salian, habian ido á ver á ningun hombre.

Sus idas eran siempre ó á la iglesia ó á casa de Alfonsina.

El marqués no parecia por el mundo; pero si no parecia el marqués, parecia Cristóbal.

Cristóbal debia saber dónde estaba el marqués, porque gozaba de la confianza de las dos hermanas.

Cansado de esperar Luis, se decidió á jugar el todo por el todo.

Se puso en observacion de Cristóbal.

Pero era necesario ser prudente, porque Cristóbal era terrible.

Se habia apercibido de que habia una lucha entre María y Luis, y esto no le era conveniente.

Se lo habia dejado conocer.

Por consecuencia, Luis sabia á lo que debia atenerse respecto á Cristóbal.

Habia que guardarle el aire, como vulgarmente se dice.

No porque Luis fuese cobarde, sino porque estaba en su interés no complicar los sucesos.

VII.

En vano habia seguido de lejos á Cristóbal.

Este iba siempre, ó á casa de su primo Agapito, ó á ver á Gabriela en la ostentosa casa que tenia en Madrid como marquesa de Satorres.

Nunca Cristóbal se habia aventurado en una casa que pudiera indicar fuese la del escondite del marqués de Casa-Otero; pero Cristóbal podia entenderse con él de una manera indirecta, ya fuese por medio de Agapito ó de Paula, ya por medio de Gabriela, á cuya casa iba mucha gente.

Luis estaba desesperado: el marqués se le habia perdido como gota de agua que cae en la mar.

Para Luis, la cuestion era la de todos los celosos: la cuestion de un solo momento: del momento en que el marqués podia obtener la felicidad de su amor con María.

Era necesario evitar este momento á todo trance.

VIII.

Por este tiempo, la atmósfera política de España, ya bastante cargada, habia tomado un aspecto amenazador.

Un gobierno miserable, un ministerio compuesto de siete ladrones sin pudor, habia llevado á la nacion al borde de la bancarrota.

Todo se habia monopolizado, de todo se habia abusado.

Todos los cargos del gobierno, altos y bajos, estaban en poder de una horda.

Todo lo que no pertenecia á esta horda voraz, cínica, sin pudor ni miedo, que creia que los españoles eran un gran rebaño de ovejas, de cuya sangre podia alimentarse, estaba dura é infamemente tratado.

Si la prensa se atrevia á hacer la oposicion, la prensa era llevada delante de un tribunal venal, que llevaba á presidio al escritor independiente que se permitia la audacia de atacar á un gobierno que se habia sobrepuesto á todo.

El país se sentia robado.

Aquello era cuestion de gritar: ¡Ladrones!

Habia tenido lugar el escandaloso proceso de los ciento treinta mil cargos de piedra tragados por un ministro de Fomento.

Una absolucion del Senado habia irritado la opinion pública.

Los combustibles se hacinaban.

El gobierno, confiado en el servilismo de los jefes del ejército, hechuras suyas, no se contenia.

Todo para él era fácil.

¿Qué importaba el empobrecimiento y la desesperacion del país?

Nada.

¿Para qué se ha hecho el sudor del pobre, sino para engordar á los gobernantes infames?

Faltaba dinero para cubrir las atenciones públicas.

Y bien: se apelaba á un medio ruinoso.

No bastaba esto aún.

El gobierno y sus hechuras eran otros tantos mónstruos que lo devoraban todo, y que á medida que lo devoraban estaban mas hambrientos, y mas audaces y mas feroces á medida que se hacia sentir mas en sus estómagos su voracidad insaciable.

Entonces, roto ya todo freno, olvidado todo respeto, se decretó un empréstito forzoso que debia poner el colmo al sufrimiento del país, y lo puso.

Sobrevino el pronunciamiento militar del campo de Guardias, que como todo el mundo sabe, no fué mas que un pronunciamiento de partido que se aprovechaba de las circunstancias.

Vino en seguida un movimiento separatista, un movimiento que podia llamarse federalista, en Aragon.

Estos dos movimientos fueron reprimidos.

La insurreccion militar fué batida y dispersada en Vicálvaro.

Los trastornos de Aragon fueron sofocados.

El gobierno creyó dominada la situacion; pero empezando á brotar acá y allá, en esta y en la otra provincia, pronunciamientos parciales, el trono, egoista siempre, comprendió que prolongar mas la lucha era jugar el todo por el todo, y no se detuvo.

Un partido hizo llegar á manos de Isabel un escrito notable en que se decia mas de una verdad, y en que se profetizaba lo que era fácil de profetizar, y que ha sucedido ya.

Isabel tembló, y se puso frente al ministerio.

Este se sintió perdido, y presentó su dimision.

La dimision del gobierno fué la señal de la insurreccion de Madrid del 17 de julio de 1854.

Si entonces hubiésemos hecho lo que hemos hecho ahora, se hubieran evitado catorce años de sufrimiento; pero el pueblo, temeroso de llevar muy lejos la revolucion, se detuvo fuertemente delante del trono; de un trono que nada aprendió; de un trono que nada hizo para conservarse, por ponerse en armonía con los intereses de la

nacion; de un trono que ha engañado á todo el mundo, empezando por engañarse á sí mismo; de un trono que no tenia otra razon de ser que la libertad, á cuyo nombre se le habia sostenido, y que sin embargo conspiraba siempre contra la libertad, produciendo siempre con su tenaz resistencia á toda reforma, trastornos, desgracias, sangre, de esta noble nacion tan trabajada siempre, tan esplotada siempre por todos los que han podido esplotarla.

IX.

Las calles de Madrid se habian ensangrentado: el pueblo y el ejército habian combatido durante tres dias.

Los lutos que se veian por todas partes demostraban lo considerable de las pérdidas.

Las barricadas que cubrian á Madrid, la justa desesperacion del pueblo.

X.

En todos los distritos de Madrid habia hospitales de sangre; pero mas que en ninguna parte en el barrio de Toledo, donde el combate habia sido mas encarnizado.

Uno de ellos era el de la calle de la Morería, adonde en el primer capítulo de esta segunda parte hemos visto acudir, siempre caritativa y siempre noble, á Alfonsina de Fuentesclaras, baronesa de Castell-d'oro.

Venimos por este capítulo al primero de la segunda parte.

Alfonsina acudia á ver á los heridos de que se habia encargado.

Al entrar en la sala baja, donde estos heridos estaban perfectamente asistidos, Alfonsina reparó que una de las camas que habia quedado vacante por haber salido curado el que la ocupaba, habia vuelto á ocuparse.

El que estaba allí no podia ser otra cosa que un herido; y era estraño que quince dias despues de haber terminado el fuego de la revolucion, entrase en uno de los hospitales de sangre un nuevo herido.

XI.

Alfonsina se acercó anhelante, y se asombró cuando vió que el herido de que se trataba no era otro que... Alfonso del Valle de Sos.

¿Por qué estaba allí?

¿Por qué habia sido herido?

En los momentos de efervescencia de una revolucion, el recelo hace víctimas.

Los errores son fáciles.

Los vecinos de la calle de Calatrava habian reparado en que en una de las casas mas mezquinas entraba recatadamente de noche un hombre.

Á veces la que entraba era una mujer.

Permanecia allí algun tiempo, y luego salia, recatándose siempre.

Allí se ocultaba algo.

¿Y qué podia ocultarse en tiempos de la revolucion, sino algo que tuviese que temer de la revolucion?

XII.

Se habló mucho de esto en las tabernas inmediatas, en las barricadas situadas á la redonda.

En aquella casa vivia una especie de usurero, un raton roedor que no se alimentaba de otra cosa que de la miseria del barrio, y que se llamaba Anastasio.

Este tal, á quien ya hemos visto en otro lugar de este libro, estaba aborrecido de todo el mundo por sus picardías y por su dureza de corazon con los pobres.

Se creia además que era muy rico, que tenia escondido un tesoro, hecho por medio de infamias, y á mas de uno se le habia ocurrido meterle mano; pero como el viejo Anastasio no habia pertenecido nunca á la policía, como no tenia color político, como aunque bribon era un ciudadano, no habia pretesto para ajustarle la cuenta.

Hacia algun tiempo que vivia con él una jóven muy guapa y

muy ligera, florista, que trabajaba en la Carrera de San Gerónimo y que ganaba muy buen jornal.

Ya conocemos á esta joya.

Todos tenian envidia á Anastasio, porque creian que Dolores, así se llamaba entonces nuestra perla, que cada quince dias cambiaba de nombre, era su querido.

—Estos tios que *avillan parné*, decia un gatera que hacia la centinela en una barricada de la calle de Calatrava, viendo entrar á Dolores casa de Anastasio, tienen todo lo que quieren. ¡Vaya una moza! ¿Qué se la da á ella de que ese hombre sea mas feo que una noche de truenos, si le saca dinero? ¡Y sea usted pobre, aunque sea usted mas rubio y mas hermoso que el sol! Se quedará usted con un palmo de narices. Para los bribones se ha hecho el mundo, porque para ellos es el dinero. Ese tio debe ser *polaco*.

Llamar entonces polaco á un hombre, era sentenciarlo por lo menos á una paliza, porque bajo este nombre eran conocidos el gobierno derrocado por la revolucion y todos sus partidarios.

No faltó quien oyó las palabras del gatera.

Hay palabras que, arrojadas entre el pueblo en momentos de escitacion, fermentan y acaban por producir una tempestad contra aquel á propósito del cual se han pronunciado.

El alcalde de barrio, y luego la junta del distrito, supieron que Anastasio era polaco, y por lo tanto sospechoso.

No hay policía mas activa ni mas perspicaz ni mas recelosa que la que ejerce el pueblo.

Se puso en observacion la casa de Anastasio.

Se vió que además de Dolores entraba en ella un buen mozo.

Este buen mozo era Cristóbal.

Algunas noches Cristóbal salia con Dolores, y se iba con ella á tomar café con leche y una copa de ron y marrasquino á uno de los cafés de la plazuela de la Cebada.

Dolores trataba á Cristóbal como trata á un hombre una mujer enamorada de él.

Cristóbal se dejaba querer como se deja querer todo hombre que no es tonto de una buena moza, aunque esté enamorado de otra.

Cristóbal, á pesar de lo empeñado que tenia el corazon por Clo-

tilde y por Gabriela, no habia dejado de acudir á la cita que le habia dado Dolores la noche que la conoció haciendo la enferma casa de Anastasio.

Nosotros no nos hemos ocupado de estas pequeñas relaciones, porque no venia á cuento.

Dolores habia conservado la intimidad con Anastasio.

Ella y Cristóbal habian seguido viéndose por intervalos.

Cristóbal no pasaba de ser un buen amigo de Dolores, que queria á Cristóbal á su manera, sin celos ni otras exigencias que sacarle de tiempo en tiempo una docena de duros para comprarse una gala.

Las relaciones pues de Cristóbal y de Dolores eran de todo punto superficiales; pero durante estas relaciones, que como ya hemos dicho, no habian sido constantes, Cristóbal habia podido conocer que Dolores era á propósito para cualquier empeño de honra.

XII.

Llegó al fin, como sabemos, la necesidad de ocultar al marqués, que fué confiado á Cristóbal.

Este pensó en Dolores, y se fué á esperarla á las Cuatro Calles, antes de las ocho de la noche, dejando al marqués en una posada estraviada.

Jamás cuando salia del taller Dolores, ni hasta que pasaba de las Cuatro Calles, se dejaba abordar por nadie, no fuese que su Cristóbal estuviese esperándola, porque este acostumbraba á esperarla de improviso, cuando se le ocurria.

Dolores le tenia harto respeto.

XIII.

Aquella noche, poco despues de las ocho, al salir Dolores de la tienda de madama Leontina vió á lo lejos á Cristóbal, que se paseaba en las Cuatro Calles.

—Vaya, dijo: esta noche el señor ha estado de humor, despues de un siglo; pues me alegro: me fastidiaba: no sabia qué hacerme esta noche.

Y apretó el paso para reunirse cuanto antes á Cristóbal.

Al llegar á él se asió sin ceremonia de su brazo.

—Buenas noches, le dijo. Muchas gracias.

—¡Gracias! ¿Y de qué, reina? dijo Cristóbal.

—¿De qué ha de ser, canalla, sino de que al fin te has acordado de que ando por el mundo?

—Yo no me olvido nunca de tí, chiquilla; pero he andado muy ocupado por esos mundos de Dios.

—Pues mira, me alegro, vienes á tiempo: me hacen falta cuatro duros para unas botitas.

—¿Y no te hace falta mas?

—¡Vaya! He visto en los Saboyanos unos pendientes de coral con un diamantito, que me gustan mucho; pero yo no soy exigente: esos pillos me pidieron cuarenta y cinco duros.

—¿Y no te se ocurre mas?

—Vaya, hombre, estás muy amable, y yo seria una perdida si me aprovechase de la ocasion; pero si me comprases un pañuelo de Manila de dos onzas, precioso, que me tiene enamorada...

—Corrriente, dijo Cristóbal: toma los cuatro duros para las botitas.

—Muchas gracias, gachon.

—Vamos ahora á los Saboyanos.

—¿Sabes que te voy á adorar, hijo? ¡Vaya! Me has enternecido.

—Ya hablaremos.

—Por mí, empieza.

—Vamos primero por los pendientes.

—Pues adentro.

Y se entró en la joyería.

XIV.

Dolores salió con los pendientes puestos, y redobló sus protestas de amor á Cristóbal.

Despues compraron en la Puerta del Sol el manton de Manila, al que añadió Cristóbal un abanico de Filipinas y un pañuelo de nipis.

—¿Sabes que te portas, niño? dijo Dolores. Pídeme la sangre, y si no te la doy llámame perra: te autorizo.

—Yo no quiero tu sangre, hermosa, lo que quiero es que nos metamos en un coche de cuatro asientos.

—¿Y no mas que eso? Pues mira, aquí en la parada hay tres.

—El mas grande.

XV.

Entraron en un carruaje de plaza de cuatro asientos.

—Al meson de Paños, dijo Cristóbal.

—¿A la calle del Meson de Paños? preguntó el cochero.

—A la calle y al meson.

—¿Y á qué vamos allí? preguntó Dolores.

—A buscar á una persona á la que hay que esconder en un lugar mas seguro que un meson.

—¡Ah, ya! ¿Y para que yo la esconda me has dado todo ese regalo?

—No, mujer: te he regalado, porque yo te regalo siempre que tú quieres.

—Es verdad; pero esta noche te has escedido á tí mismo.

—Porque has pedido mas.

—Oye: ¿conspira ese señor?

—No, mujer, no.

—Es que podia ser que fuese O'donnell, que dicen que está escondido en Madrid y que le andan buscando.

—Yo no me trato con esa gente, muchacha.

—Podia ser.

—Pero no es.

—¿Y quién es entonces?

—Un muerto.

—¡Jesus María, y qué cosas tienes! No me digas eso, que ya sabes que yo soy un poco gitana, y que los muertos de solo oirlos nombrar, me asustan.

—Es aquel señor que se murió casa de Anastasio.

—¡Ah! Pero aquel señor se murió en chanza; lo bastante para

engañar á la justicia: aquello estaba bien trabajado. Yo creí que ese señor estaba á cien mil leguas de España.

—No, mujer, está aquí; y ya conoces que es menester tenerle bien escondido.

—Pues en ninguna parte mejor que en mi casa.

—¿Dónde vives ahora?

—Casa del viejo Anastasio.

—¿Y dónde vive ahora Anastasio?

—En la calle de Calatrava.

—Pues entonces allá con él.

—En ninguna parte puede estar mejor. Anastasio es callado como una piedra, cuando se le paga bien.

—Se le pagará sobradamente, y á tí tambien, mujer.

—A ver si de esta vez salimos ricos.

—Bien pudiera ser.

XVI.

El carruaje paró entonces delante del meson de Paños.

Poco despues salió un hombre vestido como un muletero manchego, con unas grandes patillas negras, y echado sobre la cara un sombrero tendido de ala muy ancha.

Aquel hombre era Juan del Valle de Sos.

Le llevaron casa de Anastasio.

Este le ocultó, y tan bien, que nadie notó el aumento de una persona en la casa; pero Cristóbal no podia ir con frecuencia á ver al marqués, y para que se supiera de él se fué á ver con la mujer de su primo, esto es, con Paula.

Paula iba todas las noches, y servia de intermediaria á Juan y á María.

XVII.

El reconocimiento legal de las dos hermanas habia pasado por todas las formalidades legales.

Faltaba ya muy poco tiempo para que todo estuviera terminado

y se celebrara el matrimonio, despues de lo cual los dos nuevos casados debian salir de España con Clotilde, cuando sobrevino la revolucion de 1854, y las sospechas de los vecinos y de los patriotas de la calle de Calatrava por consecuencia, respecto al tio Anastasio.

Se observó bien, y se siguió á las personas que entraban en la casa.

Se vió que el hombre, esto es, Cristóbal, aunque no vivia en la casa de la baronesa de Castell-d'oro, iba continuamente á ella.

¿A qué diablos un hombre que parecia muy estimado en la casa de un grande de España, iba á casa del tio Anastasio de tiempo en tiempo, y siempre á las altas horas de la noche, como quien se oculta?

Esto era grave.

Se siguió á la mujer, esto es, á Paula, y se supo que era mujer de un empleado de loterías; de un empleado que lo era durante el gobierno de los polacos.

Cristóbal acudia casa del empleado de loterías.

Todo esto aumentaba la gravedad.

Casa del tio Anastasio habia algun personaje escondido.

Se acabó por no tener duda de esto.

El personaje existia.

¿Por qué se ocultaba?

Era sin duda un enemigo de la patria; peor que esto: un conspirador, puesto que permanecia en Madrid.

Ya hemos dicho que el pueblo en revolucion, esto es, en el ámplio ejercicio de su soberanía, es muy receloso.

Tiene razon para serlo, porque está dolorido, porque se le ha engañado siempre, porque siempre se ha abusado de él.

No hay nada que mas irrite al pueblo que las conspiraciones contra sus derechos.

XVIII.

Creyéndose seguros de que el bribon del tio Anastasio ocultaba en su casa un gran conspirador, un personaje peligroso, se decretó una visita domiciliaria, y se llevó á cabo al mediar la noche ante-

rior al dia en que hemos visto entrar en el hospital de sangre á Alfonsina.

Quince ó veinte hombres armados de las barricadas inmediatas, por sí y ante sí, sin dar parte á nadie, y creyendo hacer un gran servicio á la libertad, llamaron con las culatas de los fusiles á la puerta del tio Anastasio.

Este se levantó sobresaltado y abrió la puerta.

—¿Qué desean ustedes, señores? dijo lo mas humildemente que pudo.

—En nombre de la libertad y del pueblo soberano, contestó gravemente el jefe, venimos á registrar esta casa.

—La libertad y el pueblo pueden entrar en mi casa cuando quieran, dijo Anastasio.

—Menos palabras y adelante, dijo otro. Este es un zorro que quiere entretenernos con buenas palabras para que entre tanto se escape el polaco.

—Aquí no hay ningun polaco, animal, dijo Dolores que conocia demasiado al que acababa de hablar, y que habia aparecido harto negligentemente vestida en lo alto de las escaleras.

—No hay que ponerle á nadie malos nombres, dijo otro que conocia demasiado á Dolores, porque se suelen quedar con ellos, prenda. Contigo no va nada. Ea, dinos dónde está el traidor.

—Pero ¿estais locos? dijo Dolores. ¿Creeis que yo no soy *liberala?*

—Si te han dado dos pesetas para que calles, serás capaz de estar callando hasta el siglo que viene.

—Esto se hace así, dijo un chalan mal encarado subiendo á saltos las escaleras y apartando á Dolores. Ea, las hembras á su negocio, y nosotros al nuestro.

XIX.

Todos se precipitaron por las escaleras.

En aquel momento se oyó el ruido de una puerta, y uno de los invasores que adelantaban por un corredor, vió que por una ventana se descolgaba un hombre.

Sin reparar en mas, creyendo asegurar á un traidor, á un criminal, se tiró el fusil á la cara y disparó.

Se oyó un grito, y poco despues un ruido semejante al de un cuerpo que cae.

—¡La barbaridad se ha hecho ya! esclamó Dolores. Con vosotros no se puede hablar: habeis herido ó muerto á una persona que no tiene nada que ver con la política, y que si estaba escondido era por asuntos particulares.

—Eso se verá luego, esclamó el jefe de aquella gente. El cadáver ha caido al patio de la tia Mosquita.

—¡El cadáver! ¡Vaya una gracia! esclamó asustada Dolores.

Y corriendo á la ventana, que en efecto daba á un patinillo oscuro, gritó:

—¡Señor don Juan!

—¡Desventurado de mí! esclamó una voz angustiosa desde el fondo del patio.

—¿Qué le ha sucedido á usted? preguntó Dolores.

—Me han herido en un hombro, y yo creo que al caer me he roto una pierna.

—No se desespere usted, que allá vamos, dijo Dolores. Y ahora, el que no quiera que le suceda algo, que se vaya á avisar al alcalde de barrio: aquí no hay que tapar, añadió Dolores, que era audaz, y ya veremos si porque á estos caballeros se les ha puesto en la cabeza, y gritando viva la libertad, se puede hacer lo que se ha hecho. ¡Como si nos hubiésemos levantado para otra cosa que para tener entre otras la inviolabilidad! Que venga, que venga el alcalde de barrio, que es hombre de bien y liberal de veras, y el que tenga que pagar que pague.

XX.

Con tal brío, con tal desenfado, con tal seguridad hablaba Dolores, que á todos aquellos buenos mozos les metió miedo.

Temieron haberse equivocado, y les aterraban las consecuencias.

—De manera es, dijo el jefe, que nosotros lo hemos hecho con muy buena intencion. ¡Siempre los traidores y los reaccionarios!

—Lo primero es curar á ese señor, dijo Dolores.

—Sí, contestó uno; pero para eso no hay necesidad de llamar al alcalde de barrio.

Se entraba en transacciones, pero ya era tarde.

La detonacion habia causado alarma, y el alcalde de barrio acudió.

XXI.

Se recogió del patio de la tia Mosquita á Juan.

La herida del hombro era leve: una rozadura; pero el marqués se habia roto en efecto una pierna.

El alcalde de barrio, que era un hombre de muy buen sentido, y además de esto honrado, severo y enérgico, reprendió duramente á los autores del atropello.

—Estos actos, dijo, deshonran las revoluciones si no se castigan, y dan armas á los enemigos de la libertad. Esto no quedará impune, yo lo aseguro: es necesario que sepan que nadie tiene autoridad para sobreponerse á las leyes: están ustedes arrestados.

Y luego, como encontrara sospechoso al marqués, le envió al hospital de sangre como preso, y arrestó tambien á Dolores y Anastasio.

XXII.

Por esto encontró Alfonsina al marqués en el hospital de sangre.

La situacion era difícil, como que cerca de Juan habia como centinela de vista un *greñudo* de los del barrio, con órden de cuidar de que no se escapase y de que no se dejase hablar con él á otras personas que á los empleados del hospital.

El marqués se hacia sospechoso de una manera doble; por estar escondido, y además por ser su escondite la casa de Anastasio, que estaba muy mal reputado en el barrio.

Este y Dolores estaban presos en la casa del Indiano, cerca de San Millan.

El recelo aquel dia era mayor que ningun otro.

Acontecia una cosa terrible.

XXIII.

Aquella noche, una turba feroz habia asaltado la casa de aquel funesto jefe de policía llamado Francisco Chico.

Chico habia abusado de todo cuanto se puede abusar, habia hecho todo cuanto se puede hacer.

Confiando en el poder de aquel otro terrible señor que se llamaba don Ramon María Narvaez, el fusilador por sistema, el deportador por capricho, el rey de hecho que ha contribuido mas que otro alguno á la emancipacion de los españoles, el hombre impopular cuyo nombre solo hacia palidecer de coraje á los *morenos* de Madrid, el que nunca salia á la calle sino seguido á la larga por la ronda de capa armada de trabucos, el hombre de hierro que hacia rugir sordamente al país; alentado, decimos, Chico, por la proteccion de Narvaez, que nada respetaba, llevó su audacia hasta cosas increibles.

El creia que nunca llegaria para él el caso en que se viese abandonado al furor popular; él habia creido que el régimen draconiano de Narvaez mantendria siempre bajo el pavor al país; que no se acabaria nunca aquel período de sangre y lodo, del fondo del cual se sacaba el oro á manos llenas; que la inmoralidad, erigida en principio, seria perpétua; que el hombre de bien se veria obligado siempre á pasar con la cabeza baja y con paso furtivo junto á la policía.

¿Quién no se acuerda de la insolencia de estos bribones, apoyados en un poder infame é impuro que todo lo manchaba con su presencia, que llevaban á todas partes su grosería y su soberbia, que todo lo escuchaban, que se creian superiores á todo, y que se rodeaban de una córte de canallas, de ladrones y de asesinos, en tanto que perseguian á los hombres honrados que tenian el valor de ser independientes?

Ellos lo eran todo.

El criminal que les pagaba su tributo, como si dijéramos, su seguro, podia permanecer tranquilo, ejecutando sus crímenes en

la córte de las Españas, en tanto que todo tenia que temerlo el hombre de bien.

Parece que hay períodos durante los cuales Dios se olvida de las naciones y las deja dormir un marasmo infame bajo una cubierta de lepra.

Parece que hay momentos en que los pueblos, perdida la fé y la esperanza, vegetan pálidos y hambrientos y deshonrados, abdicando no solo de su interés, sino que tambien de su dignidad.

Hay momentos para los pueblos, en los cuales el recuerdo de sus pasadas glorias es una acusacion terrible que les lanza á la cara la historia.

Hay momentos de desesperacion, de desaliento, de enfermedad, en que una nacion se cree borrada de la lista de las naciones; pero en el fondo de todas las sociedades arde inestinguible un fuego sacro: por los poros de todas las sociedades pasa constantemente un principio de vida, de desarrollo, de progreso: la idea siempre invulnerable, siempre invencible, cuya marcha nada detiene, cuya luz nada apaga. Hay dolencias que tienen su límite en su propia intensidad; hay en fin traiciones fecundas, porque son insensatas, y preparan la esplosion que debe hacerles pedazos.

XXIV.

El pueblo español tiene la intachable honra de que nunca ha sufrido pacientemente la tiranía.

El patíbulo, levantado constantemente durante el reinado del inolvidable Fernando, prueba los esfuerzos de la nacion por romper el yugo de la tiranía.

Leed la lista de los mártires de la libertad desde 1814 á 1820, desde 1823 á 1833, y encontrareis el largo rastro luminoso de la lucha de la libertad contra la tiranía; leed los sangrientos anales de la guerra civil sostenida por una idea; medid despues la sangre vertida en una y otra revolucion desde 1840 á 1868; tenemos un mar, un mar de sangre noble y pura vertida por el pueblo en la lucha de su libertad y de su dignidad contra todo género de traiciones, de inmoralidades, de rapiñas, de impurezas, de infamias, y vereis si

España ha sido y es revolucionaria, si España ha sido y es grande.

Comprendereis ahora por qué Europa nos mira con una atencion pavorosa, como si los modernos destinos del mundo civilizado estuviesen pendientes del resultado de nuestra revolucion.

Comprendereis que hemos sido harto modestos, que lo somos aún, cuando no hablamos al mundo con la potente y conmovedora voz con que le hemos hablado en otros tiempos.

Comprendereis que valemos tanto como el que mas, y mas que muchos, y no podreis comprender, por lo que veis ahora, que hayamos sufrido lo que hemos sufrido sino por una razon de indolencia individual.

XXV.

Aquellos satélites de un poder desvergonzado é infame; de aquel gobierno de criminales impuros, y lo que es peor, enriquecidos, engrandecidos, considerados en todas partes, dentro y fuera; de aquel gobierno de asesinos y de ladrones; los sicarios de esta gente, repetimos, creian que jamás el país tendria ni fuerza ni dignidad para romper las ligaduras que le sujetaban á una situacion imposible.

Pero vino un dia en que el sufrimiento llegó á la exasperacion, en que la cólera subió de todos los corazones á todas las cabezas, en que concentrado ese no sé qué que es el espíritu inflamable de los pueblos, sobrevino una esplosion.

Los asesinos, los ladrones, los impuros, los desvergonzados, los cobardes, temblaron, huyeron, desaparecieron.

El leon rugia, sacudia la melena, tendia sus garras á cuanto encontraba, y rodeaba en torno suyo los ojos sangrientos.

Algunos polizontes habian sido hechos pedazos.

¿Por qué no se hizo pedazos todo lo que habia pesado sobre la nacion como una cubierta de plomo?

Un hombre venerable, un ilustre patricio, soldado, poeta é historiador á la par, una cabeza ennoblecida por las canas, un pecho cubierto por las condecoraciones, testimonios de grandes servicios á la patria, el general don Evaristo San Miguel, hombre de corazon y de buena fé, poeta y soñador siempre, se puso como un escudo

delante de ese trono que hoy no ha tenido quien le salve, y la monarquía se salvó una vez mas, no por sus méritos, sino por el prestigio de los ilustres patricios que habian padecido la lamentable equivocacion de creer que un rey puede hacer nada bueno.

Los poetas no servimos para otra cosa que para hacer versos, que para vivir del corazon, para ser engañados siempre.

El general San Miguel se engañó.

El general San Miguel creyó que aquel trono era una víctima como el pueblo.

Creyó que un trono nacido de la libertad, amaria la libertad.

Creyó que seria consecuente con su orígen; que no creeria que existia por el derecho divino, sino por la voluntad y por la sangre nacional.

Sí, se engañó como nos hemos engañado muchos.

Creyó que una union sincera del trono y del pueblo llevaria á España á su regeneracion y á su grandeza.

El pueblo, honrado siempre, obró de buena fé.

El trono, sagaz siempre, dobló la cabeza, se encontró débil, y empezó á conspirar.

Y todavía, todavía ha habido quien, continuando en su error, ha prestado apoyo al trono.

Aún hay hoy quien quiere reyes.

Aún hay hoy quien continúa en el engaño.

Aún hay quien cree que un rey puede amar la libertad.

¿Dónde está ese rey?

Nos sentarán como ejemplo la reina Victoria y Leopoldo de Bélgica.

La reina de Inglaterra es una fórmula: una persona puesta en lo alto de su país: una persona á la que nadie mira: la pieza de un mecanismo que no se mueve sino cuando se mueven las ruedas del mecanismo nacional obedeciendo á su impulso.

En cuanto á Leopoldo de Bélgica, era un *vividor* de talento: una corona bien vale una eterna contemporizacion.

De lo que resulta que, ó los reyes son inútiles porque no tienen ni poder ni iniciativa, ó peligrosos cuando son soberbios, tenaces, pérfidos, conspiradores, infames.

Pero los republicanos quieren romperlo todo: los republicanos atacan la propiedad.

Esos no son republicanos: esos son el sedimento del lodo que hay en todas las sociedades: ese sedimento se arranca del elemento social, y se tiene la república como se debe tener, dentro del derecho, de la libertad para todos, de la dignidad, de la virtud, de la justicia.

El verdadero ciudadano no debe querer la posesion de nada que no haya ganado legítimamente en un trabajo honroso.

Dejad correr el tiempo.

España ha concebido ya la república: ella la dará á luz, yo lo aseguro.

XXVI.

Evaristo San Miguel se engañó: se engañó Espartero: nos hemos engañado todos los españoles mas ó menos ilustres que hemos prestado nuestro apoyo al trono: quien esto os dice nada tenia ayer, nada tiene hoy, nada tendrá mañana: nada, nada mas que lo que el público le da por su pensamiento, por su trabajo: el que esto escribe ha combatido siempre lo inmoral, lo infame, lo atentatorio á la libertad: ha sido tan independiente cuanto ha podido serlo un hombre: no ha engañado á nadie, no ha perjudicado á nadie, ha vivido siempre de sí mismo, alimentado como los pájaros por la providencia de Dios, y tiene derecho á decir á sus hermanos los trabajadores de toda especie, porque él no es mas que un trabajador: «¡Arriba de una vez: concluyamos de una vez: no mas personalidades ambiciosas y funestas que nos devoren, nos desangren, nos despedacen y nos pongan en situaciones tan críticas como la en que nos encontramos! ¡Viva la nacion! ¡Por encima de la nacion, ni aun al par de la nacion, nada! ¡Abajo los ambiciosos, los hipócritas, los falsarios, los miserables, los traidores, los asesinos, los infames, los esceleratos, los malditos! ¡Honor á la probidad y al trabajo! ¡Plaza á la libertad!

Pero sed dignos de ella.

No creais que la república es el despojo.

No creais que la república es la traicion.

No creais que los ricos son todos infames.

Siempre habrá pobres y ricos.

El que os lo dice es bien pobre: tal vez no tenga pan para mañana.

Y sin embargo, yo no quiero lo que no he ganado.

Lo que quiero son medios de ganar, por el trabajo siempre, y no importa con cuánta fatiga.

Creedme, hermanos: quien os diga otra cosa os engaña, es vuestro enemigo, os esplota.

La libertad es la justicia: aquello que no es justo no pertenece á la libertad.

XXVII.

Os he dicho lo que debia deciros al pasar mi novela por la situacion histórica de 1854.

El partido liberal, esto es, la gran masa nacional, adoleció entonces de esceso de buena fé: fué generoso y grande, y acordaos, fué vencido por una traicion inícua.

Espartero, San Miguel, todos los jefes, todos los prohombres del partido liberal, se dejaron engañar, y un dia despertaron de su error al estruendo del fuego sostenido entre la Milicia nacional y el ejército.

Diez años de tiranía han venido despues.

No volvais á dejaros engañar.

XXVIII.

Volvamos á nuestra situacion.

Escapó de la tormenta el trono.

Escaparon los corifeos mas comprometidos.

Escaparon casi todos los infames... para volver despues; pero se quedó enfermo en Madrid Chico, y para él no hubo misericordia.

¿A qué hemos de repetiros el relato de la tremenda expiacion de aquel hombre?

Las señales de las balas que le mataron están aún frente á la Fuentecilla de la calle de Toledo.

Aquella fué una ejecucion tan terrible como todas las que tienen lugar en los momentos mas terribles de una exasperacion popular.

Un torrente de séres humanos inverosímiles, nunca vistos, nunca oidos, atravesaron con un aparato formidable, rugiendo, retronando, conduciendo á Chico moribundo, casi todo Madrid, desde la plazuela de los Mostenses á la Fuentecilla: aquello era una tromba, aquello hacia temblar hasta á los mas bravos: aquello era una concentracion de horror: aquello era una justicia de Dios.

XXIX.

Y en este dia encontró Alfonsina á Juan en el hospital de sangre de la calle de la Morería.

Cuando ella dejó su casa por la mañana y á pié, porque las barricadas no permitian la circulacion de los carruajes, ni aun se tenian noticias de que hubiera de acontecer lo que sobrevino poco despues.

Pero apenas habia tenido tiempo Alfonsina de cambiar algunas palabras de estrañeza con su tio al encontrarle allí y herido, cuando se oyó á lo lejos el rumor creciente de la tempestad que se acercaba.

Muy pronto aquel rumor se convirtió en estruendo.

El mónstruo de veinte mil cabezas pasaba rugiendo por la plazuela de la Cebada, que no está lejos de la calle de la Morería.

Estas tempestades populares tienen un carácter particular espantoso.

Dejan comprender la rabia, la sed de sangre y de destruccion, el rugido de la venganza; se oyen á larga distancia, y espantan como si se oyese el grito salvaje de un millon de fieras hambrientas.

XXX.

—¿Qué es eso? esclamó Alfonsina.

—¿Qué es eso? preguntaron todos los del hospital.

Los enfermos se incorporaron en los lechos.

Los mozos corrieron á la calle á informarse.

Muy pronto volvieron algunos.

—Es que llevan á matar á Chico, dijeron.

Poco despues se oyó una descarga, seguida de algunos tiros sueltos.

Chico estaba en libertad de dar cuenta á Dios de lo que habia hecho sobre la tierra.

XXXI.

Antes de que sobreviniese nada de esto, Alfonsina habia avisado á María de que Juan estaba herido y preso en el hospital de sangre.

María no esperó mas.

Salió acompañada de Clotilde y de Cristóbal.

En el camino les detuvo el torrente que conducia á Chico.

Vieron aquellos hombres, aquellas mujeres, aquellas masas terribles.

Vieron el retrato de un hombre, el de Chico, puesto en un palo á manera de estandarte, acuchillado de tiempo en tiempo por un hombre que iba á caballo.

Vieron en la punta de otro palo un pollo desplumado; emblema no sabemos de qué.

Por último, un hombre pálido, cadavérico, conducido en una escalera, sobre un colchon, llevando al lado una mujer que le presentaba una taza de chocolate y otra que se lo hacia tomar con la suela de un zapato.

Aquel hombre era Chico.

Vieron una mujer desolada, desgreñada, pálida, trémula, que corria detrás con los brazos estendidos, y gritando con toda la estension, con toda la discordancia, con toda la verdad de la desesperacion:

—¡No le mateis, nacionales, no le mateis!

Aquella era la mujer de Chico, que calumniaba á la Milicia nacional.

La Milicia nacional no existia aún: aún no habia sido organizada.

Quien mataba á Chico era la gran turba en que se mezclaban los deportados por él á Filipinas en otro tiempo, los que él habia perseguido, los que le aborrecian en fin personalmente, que para honor suyo, eran un número inmenso.

Chico habia jugado con la fiera, considerándola sin dientes y sin garras, y la fiera le devoraba.

XXXII.

Cuando hubo pasado todo aquel estruendo, toda aquella cosa terrible, María, Clotilde y Cristóbal pudieron continuar su camino.

Cuando llegaron á la calle de la Morería ya habia tenido lugar la muerte de Chico; ya las turbas se habian disipado; ya habia acudido San Miguel y habia deshecho las últimas ráfagas de la tempestad; ya se habia conducido el cadáver y se habia lavado la sangre.

Solo quedaban las señales de las balas en la pared, y allí las vimos hace año y medio antes de salir de Madrid.

Aquello se conservaba como una inscripcion popular perteneciente á 1854.

Es estraño que don Ramon no hiciese desaparecer aquellas señales que perpetuaban la memoria de la catástrofe del mas enérgico, si no del mas leal, de sus grandes servidores.

XXXIII.

Á María le habia seguido á lo lejos un hombre.

Este hombre era Luis, que rondaba continuamente la casa de Alfonsina, ansioso de ver, aunque recatándose, á María.

—¿Adónde va desolada y pálida? decia Luis.

No podia figurarse lo que sucedia.

Cuando la vió entrar en un hospital de sangre del pueblo, creyó comprender algo.

—No, no, dijo: él no puede estar ahí.

Y esperó.

XXXIV.

La situacion, decimos, no podia ser mas difícil para sacar á Juan del lugar en que se encontraba.

Sin embargo, Alfonsina era muy querida por su sencillez, por su caridad, por su asiduidad para con los pobres.

La conocia todo el mundo.

Se fué á ver con el alcalde de barrio, que como hemos dicho, era un buen hombre, le habló, le convenció de que no se trataba de un espía ni de un conspirador, ni siquiera de un republicano, y al fin se puso en libertad á Juan y se le trasladó á casa de Alfonsina.

El tio Anastasio, Dolores y los invasores que habian sido presos, fueron tambien puestos en libertad.

—¡Oh! esclamó Luis siguiendo á lo lejos la camilla en que era conducido Juan. ¡Era él!

Y una especie de júbilo horrible nubló su semblante.

CAPITULO XXXIV.

DE CÓMO LUIS SE CONVERTIA EN UN INFAME.

I.

Tenia Alfonsina una doncella, hija de uno de sus colonos, que se llamaba Cármen.

Tenia diez y ocho años, rubia, blanca, esbelta, robusta á la par; una buena moza, en una palabra, y llena de pretensiones.

Primeramente el mayordomo, el cocinero despues, y luego los lacayos, se habian puesto en conquista de Cármen; pero esta los habia desahuciado á todos con un soberano desprecio.

Ella no se habia criado, segun su espresion, para *tal gentecilla.*

Muchos de los conocimientos masculinos de Alfonsina que habian visto á Cármen, considerándola un *bocato di cardinali,* la habian hecho oir proposiciones, á que ella habia contestado siempre con un soberbio aletazo.

Cármen era indomable.

Se conservaba, segun ella decia, para emplearse bien.

II.

Un dia que salió á misa se encontró manos á boca con Luis, que la miró como miraba todo lo que salia de casa de Alfonsina, y se puso pálido.

Ya sabemos que Luis era hermoso, con esa especie de hermosura que tanto agrada á la mujer en general: con una hermosura á la par graciosa, imponente y simpática.

Luis comprendió que aquella doméstica de la casa en que estaba María, podia servirle de mucho.

La echó un requiebro y la ofreció el brazo.

Cármen no aceptó; pero bajó la cabeza, se sonrió y se puso muy encendida.

Luis la siguió á la iglesia y la ofreció agua bendita.

Cuando salió la esperó.

Cármen se dejó abordar.

Luis la abordó en regla.

Empezó por hablarla de tú.

Cármen se turbó mas y mas, y á los cuarenta pasos consintió en entrar en un café.

Luego en tomar una limonada.

—Es necesario que nos entendamos, la dijo Luis.

—¿Y cómo?

—Es necesario que me quieras.

—Si usted viene con buen fin... Yo soy muy honrada.

—Pues por lo mismo.

—Usted es un caballero.

—Y tú eres muy hermosa.

—Gracias.

—¿Cuándo nos veremos?

—Yo no salgo mas que á misa, y de quince en quince dias, con mi tia que viene por mí, á paseo.

—Pasado mañana es dia de misa.

—¿Y bien?

—Pasado mañana nos veremos.

—No, no señor. Usted cree sin duda que yo soy una de tantas.

—Si creyera eso no te hubiese hablado.

—Dispense usted, pero yo tengo que irme.

—Vamos, te acompañaré.

—No señor. ¿Qué dirian?

—Que soy tu novio.

—Pero eso no es verdad.

—¡Ah! ¡sí! novios somos; y en prueba de ello, voy á hacerte un regalo.

—¡Jesus, y qué disparate! Yo no tomo nada de nadie.

—De un amante, ¿por qué no? Mira: allí hay una joyería.

—No, no: de ningun modo.

Pero sin saber cómo, Cármen aceptó unos pendientes y una sortija de cierto valor.

Quedaron convenidos en verse tres dias despues.

Se vieron.

Cármen fué menos rígida con Luis.

Le prometió que saldria un momento aquella tarde.

El momento se convirtió en dos horas, y Cármen fué mucho menos rígida aún.

Al fin, ocho dias despues Luis entraba de noche por el postigo en el jardin, donde le esperaba Cármen.

III.

Luis obraba villanamente.

Luis se sobreponia á su conciencia, á su honor, á todo.

Luis, mas que enamorado, que lo estaba con todos sus cinco sentidos, estaba empeñado, herido en su amor propio.

Aquella beldad magnífica que él habia conocido paseando en una avenida de Aranjuez, aquel sér encantador que le habia hecho sentir el esquisito perfume de su pureza y de su pasion, aquel arcángel humano que le habia amado, que todo lo habia sacrificado por él, que le habia sacado del hospital para cuidarle como una hermana, como una madre, aquel sueño suyo de otro tiempo, aquella mujer codiciada por todos y que él habia creido suya, le despreciaba por

otro, le decia que se habia engañado cuando habia creido amarle, que nunca le habia amado, que lo que habia sentido por él no habia sido mas que un ensayo de amor, no el amor mismo; en fin, estaba perdidamente enamorada de un hombre ya casi viejo, de un hombre misterioso, detrás de cuyo misterio él entreveia una historia muy poco edificante.

Luis se habia irritado.

Luis necesitaba aclarar la historia de aquel don Santiago de Guzman recogido en un hospital de sangre del pueblo, y llevado á casa de Alfonsina, donde vivia María.

IV.

Para esto y solo para esto habia hecho la córte á Cármen, y la habia seducido Luis: para tener un espía en la casa, para introducirse además como ladron, y de una manera doble, en ella.

Y decimos de una manera doble ladron, porque robaba á la pobre Cármen su honra y la pureza de su alma, é iba á robar la paz de una familia que ningun mal le habia hecho.

María habia tenido bastantes razones para renunciar del afecto que Luis le habia inspirado.

Él la habia abandonado por otra, hermosa tambien, hermosísima, colocada además en una situacion brillante.

Luis no amaba á Alfonsina, porque Luis no podia amar; pero en fin, el abandono de María existia.

María, mas noble que Luis, se habia desengañado, y habia dado gracias á Dios por el desengaño.

V.

Luis no tardó en apoderarse completamente del alma, y por consecuencia, de la voluntad y de la conciencia de Cármen, y la hizo su instrumento.

Cármen se convirtió en una espía de su señora, que la estimaba mucho y que estaba muy lejos de suponer en ella una traicion.

Cármen era hija de un antiguo criado de la casa.

Cármen debia su educacion y una decidida proteccion á Alfonsina.

No importaba.

El espíritu tentador que perdió á Eva, causando la desgracia del género humano, habia hablado en el corazon de Cármen.

Se olvidó de lo que debia á su señora, y se prestó á venderla.

Desde aquel momento acechó, espió.

La maldicion de los tres hermanos hijos del adulterio alcanzaba á todos los que se ponian en contacto con ellos.

CAPITULO XXXV.

CONTINÚA LA INTRIGA DE LUIS.

I.

Las cosas marchaban á un desenlace terrible hecho por la fatalidad, esto es, por la lógica necesaria de los hechos.

Todos nuestros personajes se encuentran en una situacion insostenible.

Alfonsina se sentia abandonada, y tenia el alma llena de luto.

Estaba pálida y triste.

La tísis se iba apoderando lentamente de ella.

Comprendia que Luis era indigno de su amor, y sin embargo no podia librarse de aquel amor funesto.

Ella no tenia ni la fuerza ni la rectitud de alma de María.

Se nos dirá que María habia acabado por enamorarse con toda su alma del mismo infame á quien debia todas sus desgracias; pero aquel infame habia muerto.

Al pasar por la tumba habia dejado en ella todo el horror, toda la podre de su pasado.

La influencia de María le habia regenerado.

Para María era un hombre nuevo.

Y luego, el amor es un misterio.

Cierto es que María habia enloquecido, que se habia olvidado de todo.

Habia mucho de maldicion en la existencia de María.

Era necesario que las hijas del maldito expiasen las culpas de su padre.

María habia heredado el espíritu poderoso de su padre.

En María se embellecia todo, y por esto la pasion de María era bella como su persona, pero violenta como todas las pasiones.

Hemos hablado de su falta, y sin embargo la falta de María era disculpable.

Habia considerado como su esposo al hombre de su amor.

Y luego el acaso... la situacion... la audacia de un hombre tal como el marqués, que aunque se habia regenerado conservaba la energía de un amante...

María estaba desesperada.

Era necesario que una union inmediata la rehabilitase, si no á los ojos del mundo, que nada sabia, á los ojos de Dios y ante su propia conciencia.

Se trataba pues de un casamiento secreto, despues del cual los cónyuges partirian al estranjero, donde nada tenian que temer.

Entre tanto el marqués se curaba, rigorosamente oculto, casa de Alfonsina.

II.

Clotilde sufria de una manera inconsolable.

Amaba con una violencia infinita á Cristóbal.

Las cualidades del guarda de campo, su franqueza, la grandeza de su corazon, su sencillez, la rectitud de sus ideas, todo le atraia.

En él habia encontrado un padre en el momento que la benéfica ley, que no puede abandonar á un menor, estaba dispuesta á otorgarle la proteccion del Hospicio.

Este rasgo inapreciable del corazon de un pobre se habia apoderado del corazon de Clotilde.

Además de esto, Cristóbal era buen mozo y valiente; condiciones que seducen á las mujeres.

Era un tanto rudo; pero esto constituia un mérito mas á los ojos de Clotilde, que habia tenido valor bastante para ir á buscar al que

creia su padre á un monte, en medio de la noche y sola, y que no se habia sentido dominada por el pavor á la vista de dos cadáveres horribles.

Clotilde era en gran parte una hermosa hija de la naturaleza.

Como sabemos, estaba dotada de una gran influencia y de un gran dominio sobre sí misma.

Tenia además un corazon escelente.

Sabia que Gabriela amaba con toda su alma á Cristóbal.

Sabia que á pesar de haber encontrado una gran fortuna y un gran nombre y una altísima posicion, Gabriela no habia renegado de Cristóbal.

Entre tanto, este vacilaba.

Cogido al mismo tiempo por aquellos dos amores, no sabia por cuál decidirse, ó mejor dicho, no podia decidirse.

Perder á Gabriela le desesperaba, y le desesperaba tambien perder á Clotilde.

Este doble amor existe.

Es una ley de la naturaleza que dos fuerzas que tiran al mismo tiempo y con una potencia igual en distintas direcciones de un mismo cuerpo, le mantengan en la inmovilidad ó le rompan.

Estos dos amores no rompian á Cristóbal; pero le mantenian inmóvil, esto es, sin saber qué hacer, á cuál elegir.

Clotilde no habia dicho jamás á Cristóbal que le amaba; pero Cristóbal lo habia comprendido.

Gabriela se lo decia todos los dias, y le instaba á causa de ello.

Cristóbal buscaba un pretesto, que sin ofender á Gabriela dilatara su union; pero los pretestos se iban acabando.

Por esto hemos dicho que la situacion de todos nuestros personajes era difícil, y tirante de tal manera que no debia tardar en resolverse.

III.

Cármen escuchaba ansiosa.

El marqués habia estado casa de Alfonsina: pero no se sabia dónde estaba.

Habia salido.

Saber esto era la cuestion.

Todas las habitaciones conocidas, abiertas siempre, continuaban abiertas; pero en las grandes casas antiguas hay habitaciones condenadas, abandonadas, que no se abren nunca.

Una persona escondida necesita cuidados de todo género.

Nada indicaba en la apariencia que se prodigase á nadie cuidados.

Sin embargo, Luis tenia la imaginacion viva.

—En una de esas habitaciones cerradas siempre, que tú no conoces, puede estar la persona que me interesa saber si existe en la casa ó no. Me va en ello mucho: mi fortuna tal vez.

—¿Esa persona te debe? preguntó cuidadosamente Cármen.

—Sí, me debe algo que me interesa tanto como la vida.

—Pero no debe estar aquí esa persona. ¿Quién la da de comer?

—Está herido, y no comerá.

—Pues si está herido necesita de un médico.

—Puede haber sido introducido el médico sin que nadie le vea, y permanecer con él.

—Escucharé, escucharé, decia Cármen.

IV.

En efecto, en un gran salon que daba sobre un entrepiso, y que por triste habia sido abandonado despues de muchos años, habia sido encerrado el marqués.

Aquel salon estaba lleno de muebles viejos.

Las dos hermanas y la prima habian acomodado un lecho á Juan en aquel salon.

Una salida de escape comunicaba por un corredor y unas escaleras á una caballeriza, tambien abandonada, que tenia un postigo á la callejuela.

Cármen ignoraba esto.

No habia pues podido decirlo á Luis.

Luis por lo tanto no habia podido espiar el postigo.

Si le hubiera espiado, hubiera visto que todas las noches, y á

diferente hora, entraba un hombre embozado, llevando un bulto bajo la capa.

Aquel hombre era el criado del médico de la familia.

El médico iba entrada la noche.

El escondite del marqués era perfecto.

V.

Y Cármen escuchaba siempre.

Se prevalia para esto de la confianza que le prodigaba su señora.

Al fin oyó algunas palabras sueltas que le probaban que en la casa habia un hombre á quien las dos hermanas llamaban marqués, y la baronesa tio.

—Es necesario averiguar en qué lugar de la casa está ese hombre, dijo Luis.

—Lo averiguaré, puesto que tanto te interesa, contestó Cármen.

VI.

Luis se entendia con ella, siempre de noche, siempre dentro de su cuarto, siempre en el misterio, siendo siempre para ella un amante apasionado; papel que no se hacia difícil á Luis, porque Cármen era lindísima y le amaba.

Luis entraba por el jardin salvando la tapia y protegido por el muro.

Permanecia en la casa hasta el momento en que empezaba á apuntar el dia.

VII.

Una noche, Cármen, que seguia espiando, dijo á Luis:

—Las señoritas hablan de un postigo; por ese postigo entran, á lo que yo he oido, los que cuidan de un hombre á quien las primas de la señora llaman el marqués.

—¿Y qué postigo mas que el del jardin hay en la casa? dijo Luis.

—Yo no lo sé. Como no sean las puertas de las cocheras...

—No, no deben ser: esta casa es inmensa, da á tres calles. Infórmate de los criados viejos.

Cármen se informó con sagacidad, y supo que habia un postigo que daba á una callejuela, y que hacia muchos años estaba clavado, echados los cerrojos y afianzadas las cerraduras.

VIII.

Luis buscó el postigo, le encontró, y se puso en acecho.

Vió que en efecto, apenas oscurecido, entró un hombre embozado con un bulto debajo de la capa; que dos horas despues entró otro hombre, al parecer mas distinguido.

Este último hombre salió una hora despues de haber entrado.

Luis pasó una malísima noche, porque hacia frio; pero antes del amanecer vió salir al hombre de la capa, y le siguió á la larga.

Aquel hombre no paró hasta la calle de Jacometrezo, en cuyo número 15 entró.

El sereno le habia abierto la puerta.

Luis se fué al sereno.

Estos funcionarios charlan por dos reales lo temporal y lo eterno.

El asturiano dijo á Luis que el hombre que acababa de entrar en el número 15 era Silvestre, el ayuda de cámara de don Damian, famoso médico que vivia en el cuarto principal.

—Di á Silvestre, le dijo Luis, que un caballero tiene que hablarle de un asunto importante, y que no lo perderá.

—Se lo diré.

—Pero es necesario que esto sea cuanto antes.

—Mire usted, señor, dijo el sereno: Silvestre se habrá echado á dormir: yo tambien, despues de que pase lista, necesito dormir; pero á las diez del dia yo iré á decir á Silvestre lo que usted me ha dicho.

—Pues á las once estaré yo en el café de la Red de San Luis: procura llevarte contigo á Silvestre.

IX.

A las once del dia, el asturiano, con toda la traza de un señor, acompañado de un jóven como de veintiun años, con las trazas mas marcadas de un ayuda de cámara tunante, entraron en el café de la Red de San Luis, en uno de cuyos lóbregos rincones esperaba desde hacia un cuarto de hora Luis.

—Perfectamente, dijo este.

—Aquí está Silvestre, dijo el sereno.

—¿Es este el caballero de quien me has hablado? dijo Silvestre al sereno.

—Sí, que sí, dijo el asturiano; un honrado caballero, aunque *no ha tenido el honor* de que yo le conozca hasta anoche.

Sabido es que los serenos y los mozos de cordel dicen siempre al revés los cumplimientos.

—Gracias, dijo Luis; pero como tú estás aquí de mas, toma y véte.

Y le dió dos onzas.

El sereno se quitó el sombrero, se deshizo en cumplimientos á su manera, y se fué.

Luis y Silvestre quedaron solos.

X.

—Siéntate, dijo Luis.

Silvestre, que era corrido y sabia ser bien educado, se sentó desenfadadamente, pero sin escluir el respeto.

—Tú eres ayuda de cámara de un médico, ¿no es verdad? le preguntó Luis.

—Sí señor, de don Damian Lanuza.

—¿Hace mucho tiempo que estás con él?

—Un año.

—¿Estás muy obligado á él?

—Poca cosa, dijo Silvestre mirando furtivamente á Luis.

—Sin embargo, te emplea en comisiones de confianza.

Se condensó mas la mirada de Silvestre.

—No sé á lo que usted se refiere, dijo.

—Tú entras todas las noches en cierta casa, por cierto postigo, dijo Luis, y llevas algo debajo de la capa.

Se agravó la espresion de atencion de Silvestre.

—A tí no te amargará el dinero, dijo Luis.

Sonrió de una manera harto espresiva Silvestre.

—Toma quinientos reales, dijo Luis dando á Silvestre un billete: esto es para que hagas boca.

Y tan bien abrió el apetito á Silvestre Luis, que este dispuso por completo del ayuda de cámara.

El médico habia sido traicionado.

XI.

Se convino en una intriga entre Silvestre y Luis.

Entre tanto, y como ya estaba todo preparado y restablecido de su herida y de su pasada gravedad Juan, se pensó en el casamiento.

Silvestre, que estaba cerca de Juan, se habia apercibido y habia dado cuenta de ello á Luis.

—¿Y cuándo va á ser eso? preguntó alentando apenas y demudado Luis.

—No lo sé, porque solo he cogido medias palabras, contestó Silvestre.

—Es necesario que yo entre donde está ese hombre, dijo Luis; que yo mismo vea, que yo mismo observe. ¿Es esto posible?

—Posible, sí, dijo poniéndose pálido Silvestre; pero esto es demasiado. ¿Qué piensa usted hacer?

—Impedir el casamiento.

—Esto es muy grave.

—Por lo mismo te pagaré bien.

—Yo me comprometo.

—De ninguna manera: yo pude haber entrado no se sabe cómo. ¿No entran los ladrones en lo mas cerrado?

—Sí, es verdad... pero...

—Pide...

Se ajustó al fin la traicion de Silvestre.

Luis tuvo la seguridad de que seria introducido en el lugar donde estaba oculto el marqués.

CAPITULO XXXVI.

UN TIGRE QUE ACECHA.

I.

Era una oscura noche del mes de agosto.

El marqués habia tardado cuarenta dias en restablecerse completamente.

Todo estaba preparado.

María y el marqués debian casarse y partir inmediatamente de Madrid con Clotilde, que no debia separarse de su hermana, es decir, que no queria separarse.

Clotilde apuraba completamente el sacrificio.

Se separaba de Cristóbal.

Gabriela enfermaba, Gabriela se desesperaba.

Gabriela, que no sabia que Clotilde amaba á Cristóbal, porque la pobre jóven guardaba su amor en el fondo de su alma, la habia tomado por confidente de sus amores.

Clotilde sabia que Gabriela se moria por Cristóbal.

—Y bien, dijo para sí; si yo hablara, si yo quisiera, Cristóbal seria mio; pero esta pobrecilla... Ella no es tan fuerte como yo: yo

no enfermaria, no moriria por perder á Cristóbal: viviria amándole siempre en silencio; mas aún, lejos de él. Pero si yo se lo arrebatara á Gabriela, Gabriela moriria, sí, moriria: tiene en Cristóbal su vida y su alma. No, no, á mí no me mataria el sacrificio, pero me mataria el remordimiento de haber matado á Gabriela casándome con Cristóbal. Es necesario que yo continúe siendo fuerte.

Y dijo á Cristóbal la primera vez que le vió despues de haberse decidido:

—¿Sabes que yo no creia que tú fueses malo, Cristóbal?

—¿Yo? ¿Y qué tengo yo de malo?

—Estás martirizando á una pobre criatura.

—¿Yo?

—Sí. ¿Por qué no te casas con Gabriela?

—Ella es muy rica, inmensamente rica, balbuceó Cristóbal: ella es marquesa...

—Mejor.

—No: creerian que me habia casado por interés, murmurarian de ella, la pondrian como un trapo por haberse casado con un pobre demonio.

—¿Y qué te importa? Con no vivir en Madrid, con iros á un pueblo, á una de las posesiones de Gabriela...

—Los pueblos son peores.

—En último resultado, tú eres un hombre de bien, y ella te ama.

—Bien, sí, dijo decididamente Cristóbal: no es eso.

—¡Ah!

—Es que...

—¿Podemos saber lo que es?

—Sí señor: fuerza es que yo hable. Es que yo...

—Adelante.

—Sí, sí, adelante... es que yo te amo á tí.

—Y á ella.

—Es verdad, dijo Cristóbal bajando los ojos.

—Cuando te cases con ella, cuando tengas hijos de ella, cuando no me veas...

—¡Cómo! ¿Te vas? dijo poniéndose pálido Cristóbal.

—Déjame continuar: cuando no me veas, la amarás mas que la amas ahora, y me olvidarás á mí.

—¡Olvidarte!... ¡Nunca! ¡jamás!

—Bien; yo no quiero que me olvides: quiero que seas siempre mi amigo... mi hermano; pero yo no te amo de la manera que seria necesario para que yo me casase contigo.

—¡Ah! Yo creí...

—Te has engañado. ¡Vea usted el presuntuoso! Te has equivocado... es que mi afecto por tí es muy espresivo... mejor dicho, que yo soy muy espresiva... Pero de esto á amarte hay una inmensa distancia.

—¿Y te vas?

—Sí, es preciso.

—¿Tú crees que debo casarme con Gabriela?

—¡Ah! Ella te ama con toda su alma: ella morirá si no es tu mujer.

—En fin, bueno, dijo suspirando Cristóbal: si yo no me he casado con Gabriela era porque creia... Vamos, yo soy un tonto... yo no sé distinguir... yo creia... No hablemos mas de esto... voy á ver á Gabriela.

—Sí, es necesario concluir, Cristóbal: la situacion en que nos encontramos es penosa: María ama al marqués.

—No sé por qué...

—¿Se sabe por qué amamos? Pero déjame concluir: María ama al marqués, Alfonsina á Luis, Gabriela te ama...

—Y tú...

—Yo... no he amado aún; creo que no amaré nunca.

—¿Te vas á meter monja, Clotilde?

—No tanto: el claustro no se ha hecho para mí: me acuerdo con horror del tiempo en que me tuvo en un convento el hombre que yo creia mi padre. ¡Las monjas! ¡Oh! ¡Las monjas seduciendo siempre á las jóvenes que se les confian, halagándolas, rodeándolas de cuidados mientras creen que las pueden reducir á abrazar la clausura! ¡convirtiéndose en verdugos cuando la víctima resiste! ¡No! ¡no! ¡Nada de convento! Que yo no haya amado aún, no quiere decir que no ame alguna vez; y como cuando yo ame amaré á

una persona digna, no me sacrificaré, yo te lo aseguro. Por lo que á mí toca, soy feliz, y lo seré completamente cuando vea felices á las personas que amo: cuando os caseis María, Alfonsina y tú.

II.

Clotilde engañó completamente á Cristóbal, que se fué á buscar á Gabriela.

Clotilde lo sacrificaba todo por los demás.

Comprendia que ella habia nacido destinada al sacrificio, y lo aceptaba con valor.

Gabriela dió un grito de alegría cuando Cristóbal le dijo:

—Voy á sacar mis papeles.

Esto equivalia á decir: me caso.

Y como Cristóbal, segun Gabriela, no podia casarse con otra que con ella, estuvo á punto de desmayarse.

—¡Ah! ¡Por fin! dijo. Ya era tiempo de que te decidieras: yo no te entiendo, Cristóbal.

—Vaya, pues era muy fácil entenderme. Si tú hubieras continuado siendo la pobre muchacha sin padre ni madre, la jornalera, hace mucho tiempo que nos hubiésemos casado: yo no hubiera dudado; pero yo le he dado muchas vueltas á lo que podian decir de mí.

—¿Y qué habian de decir de tí porque te casaras conmigo? esclamó con vehemencia Gabriela.

—Podrian decir que me casaba por interés y por vanidad con al riquísima marquesa de Satorres.

—Pues mira, otro no hubiera reparado en eso. No seas tonto, Cristóbal: siempre han de decir algo de todo el mundo; pero se envia á paseo á los que se ocupan de negocios ajenos, y en paz. Ahora, á casarnos al momento: tengo ganas de irme cuanto antes de Madrid: yo no puedo sufrir esto: las gentes son mas falsas que el alma de Judas: me bailan el agua por delante, porque soy rica: si fuera pobre nadie me miraria á la cara, como no fuera para burlarse de mí: lo que se puede hacer hoy no dejarlo para mañana.

III.

Se prepararon los tres casamientos.

Y decimos los tres, á pesar de que nuestros lectores saben que habia habido una especie de rompimiento entre Alfonsina y Luis, porque este, por ganar tiempo y estar mas en posicion, habia transigido y habia vuelto á fingirse enamorado de Alfonsina.

Entre tanto, Luis lo sabia todo por medio de Silvestre.

Sabia que María pasaba casi todo su tiempo al lado del marqués.

Una idea infame le habia ocurrido á Luis.

Las pasiones, y especialmente los celos, hacen frecuentemente de un hombre honrado un infame: la envidia, la venganza, le hacen transigir con lo que en otra situacion se hubiera creido incapaz de hacer.

Habia pensado en denunciar á la justicia al marqués.

En decir:

—El hombre cuyo proceso se suspendió porque se le creyó muerto; el falsificador, el ladron, el asesino, el miserable robado al patíbulo, no murió: su muerte fué una farsa: ese hombre vive, y está escondido en la casa de la baronesa de Castell-d'oro.

¿Por qué no lo hizo?

Porque temió que la influencia de Alfonsina se sobrepusiera á todo; porque quiso evitar un golpe en vago que podia haberse vuelto contra él.

Prefirió obrar por sí mismo.

IV.

Como decimos, Silvestre, completamente vendido á él, le informaba de todo.

Y lo peor del caso era que el dinero de que se valia Luis para pagar á peso de oro los servicios de Silvestre, lo debia al crédito que le daba el saberse públicamente que su casamiento con la baronesa de Castell-d'oro era una cosa indudable.

Los usureros aprovechaban la ocasion para hacerle firmar pagarés al precio de un ciento por ciento.

No podia llevarse mas allá el olvido de todo.

Luis se valia de Alfonsina contra ella misma.

V.

Un dia Silvestre le dijo:

—Señor don Luis, esta noche.

—Esta noche, ¿qué?

—El casamiento.

—¿El casamiento de la señorita María con don Santiago?

—Sí señor.

—¡Imposible! Estaba convenido que nos casaríamos en un mismo dia.

—Se quiere despachar primero el asunto secreto: casar á la señorita María con don Santiago, y cuando estos hayan partido para el estranjero, celebrar los otros matrimonios.

—¿Y dices que esta noche?

—Sí señor: lo he estado oyendo todo, escondido entre los muebles viejos.

—Me teme, dijo para sí Luis; y sin embargo, yo no creo haber dado lugar para que desconfie de mí.

Y luego añadió:

—¿Á qué hora debe ser la ceremonia?

—Á las diez.

—Es necesario que esta noche entre yo en la casa; que me aproxime cuanto sea posible á ese hombre.

—Pues como usted quiera; pero es necesario mucha prudencia.

—La tendré.

—Pues hasta la noche, señorito.

VI.

Aquella noche á las ocho entraron por el postigo de la callejuela casa de Alfonsina, esto es, en la parte descuidada de la casa de Alfonsina, dos hombres.

El uno era Luis Alvarez; el otro, Silvestre.

Luis iba armado: llevaba un puñal y dos rewólvers.

Además, habia dejado prevenido un coche fuera de la puerta de Bilbao, que estaba inmediata.

Luis se habia resuelto á todo.

—Mucho cuidado con las pisadas, dijo Silvestre en cuanto estuvieron dentro, conduciendo á Luis por la mano por un espacio oscuro. Vamos á subir una escalera; lo mejor será que se quite usted las botas.

Luis se detuvo y se despojó del calzado.

—¿Y dónde pongo esto? dijo.

—Démelo usted.

Luis dió sus botas á Silvestre.

—Vamos á subir la escalera, dijo este; pero no le hace, porque ya no se siente el ruido de los pasos de usted.

Continuaron subiendo.

—Ahora vamos á atravesar un corredor, dijo en voz muy baja Silvestre cuando estuvieron en las escaleras; despues atravesaremos un cuarto; despues de ese cuarto está el salon donde se oculta don Santiago.

Continuaron avanzando.

Muy pronto, Silvestre dijo en voz apenas perceptible:

—Estamos tocando la puerta del salon: desde aquí puede usted ver y oir perfectamente; pero prudencia, mucha prudencia, señor don Luis.

—Descuida, dijo Luis.

—Yo voy á entrar.

—Entra.

Silvestre empujó la puerta, y entró.

VII.

Luis se quedó observando á través de la puerta entreabierta, envuelto en la oscuridad.

Tenia cubierta la retirada, esto es, el postigo de la callejuela habia quedado completamente defendido por un cerrojo, que Luis podia descorrer para escapar si era necesario.

Silvestre lo temia todo, todo, hasta un crímen; pero era un mozo de provecho, nadie conocia su intimidad con don Luis, y estaba seguro, él lo creia á lo menos, de no ser envuelto en las consecuencias de lo que Luis hiciese.

Este lanzaba su mirada ansiosa dentro del salon.

Era este enorme.

Estaba casi lleno de muebles viejos, y solo quedaba libre un espacio que constituia como la cuarta parte.

En este espacio habia un lecho cómodo y elegante, aunque antiguo, una mesa redonda y algunos sillones.

Una alfombra se habia estendido sobre aquel espacio.

Se le habia hecho en fin tan confortable como se habia podido.

Un hombre, pálido aún, que parecia estar en el fin de una convalecencia, estaba sentado en uno de los sillones junto á la mesa.

Sobre esta ardia un candelabro con cuatro bujías encendidas.

La luz de estas bujías no alcanzaba á iluminar completamente el salon.

Sus ángulos estaban en la sombra.

El hombre que estaba allí, y en cuyo semblante aparecia una viva impaciencia, era el marqués de Casa-Otero.

Detrás del marqués se veia una puerta abierta, cuyo fondo estaba densamente oscuro.

Silvestre saludó servilmente al marqués, puso sobre un mueble la gran cesta que llevaba debajo de la capa, se despojó de esta y se puso á cubrir la mesa.

Llevaba, como de costumbre, la cena del marqués.

—¿Qué hora es? dijo este.

—Las ocho y media, señor, contestó Silvestre.

—¡Todavía hora y media! esclamó el marqués.

VIII.

De improviso el semblante de este se animó, sus ojos dejaron ver un brillo estraordinario, y en su boca apareció una sonrisa de inefable contento.

Se habia dejado oir el crujido leve y característico de un traje de seda al andar de una mujer.

Poco despues, sobre el fondo oscuro de la puerta que estaba situada detrás de Juan, apareció una sombra blanca y hechicera.

Aquella sombra se detuvo un momento.

Á Luis le golpearon las sienes, se le agitó el corazon, se cubrió de sudor frio y se ennegreció su pensamiento.

Aquella forma blanca, magnífica, adelantó, se determinó mas y se dejó ver al fin junto á la mesa, al otro lado de ella, iluminada de lleno por la luz de las bujías.

Era María; María, mas hermosa que nunca; María, con un admirable traje blanco, con una corona de flores de azahar sobre los cabellos de oro, y pendiente de esta corona un velo blanco; María en traje de desposada; María arrebatadora, enloquecedora, trasformada, convertida en una ilusion.

IX.

El marqués se levantó vivamente.

—¿Has acabado ya? dijo con impaciencia á Silvestre.

—Sí, sí señor, contestó el criado: aquí están todos los platos.

—Pues bien, véte, y no vuelvas hasta mañana.

—Buenas noches, señorita; buenas noches, señor, dijo Silvestre tomando su capa y su sombrero y saliendo.

Al pasar junto á Luis, le dijo en voz apagada:

—Las botas se quedan en lo alto de las escaleras; yo dejaré debajo del postigo la llave: cuide usted de devolvérmela.

Por toda respuesta, Luis estrechó la mano de Silvestre.

Aquella mano temblaba y estaba fria como la de un cadáver.

Silvestre se alejó.

Luis se quedó mirando con ánsia á través de la puerta.

CAPITULO XXXVII.

CATÁSTROFE.

I.

—Conque al fin, al fin, dentro de hora y media, adorada mia... esclamó el marqués.

—Sí, Juan, sí: dentro de hora y media la ceremonia: media hora despues, en marcha.

—¡Oh! esclamó Luis. Será lo que yo quiera.

—¡Hora y media aún! esclamó el marqués. Me parece que esa hora y media no va á pasar nunca: que antes va á acontecer una desgracia.

—¡Qué preocupacion! esclamó María, que estaba pálida, y con su palidez mas hermosa. ¿Qué desgracia nos puede acontecer?

—¡Oh! ¡Yo no sé! ¡yo no sé! Pero me parece demasiada felicidad tenerte mia; me parece que la maldicion que pesa sobre mí te me va á arrebatar.

—¡Ah! no, Juan, no: tú eres un hombre completamente distinto: te has trasformado: Dios debe haberte perdonado.

—Tal vez por el ángel que ha sido la causa de mi trasformacion, esclamó el marqués.

—Pero ¿no cenas, Juan? esclamó María.

—¡Cenar! No tengo apetito. En las grandes situaciones vivimos

del espíritu, y no mas que del espíritu. ¡Qué hermosa estás, adorada mia! ¡Cuánto te amo!

II.

Un vapor terrible iba subiendo del corazon á la cabeza de Luis.

Se contenia á duras penas.

¿Para qué habia ido él allí?

Para impedir el casamiento de María y del marqués, que debia tener lugar aquella noche.

¿Y por qué medio impedirlo?

Luis no habia pensado en ello, pero se habia armado como un hombre que se prepara á todo.

Estaba loco.

Se creia dominado por el amor mas grande que habia existido sobre la tierra.

María, con su precioso traje blanco, con su deslumbrante, con su incomparable hermosura, le embriagaba.

Tenia para él todas las apariencias de una divinidad.

III.

Luis no miraba á Juan.

Era mas terrible aún para Luis la espresion de María mientras contemplaba al hombre que dentro de poco tiempo debia ser su marido.

Habia algo de éxtasis en la mirada de la jóven; de ese éxtasis del amor con que las mujeres de corazon miran al hombre que se ha apoderado de su alma.

IV.

Estaban solos.

Su conversacion era apasionada, llena de dulzuras, de felicidad: un diálogo que no trascribimos á nuestros lectores, porque la conversacion de dos amantes cuando se aproxima la hora de su union, es siempre igual.

Pero de improviso aquel diálogo se animó.

Entró en un terreno que tocaba de cerca á Luis.

María se habia estremecido de una manera instantánea.

Juan habia notado aquel estremecimiento.

—¿Qué tienes, adorada mia? le habia dicho.

—Me parece sentirle.

—¿A quién?

—A ese hombre.

—¿A Luis Alvarez? preguntó con voz ronca el marqués.

—Sí.

—¿Y por qué le recuerdas siempre? esclamó el marqués, cuyo rostro se nubló.

—No sé, contestó María; pero creo que ese hombre es para mí una fatalidad.

—¡Una fatalidad! ¡Siempre ese temor incomprensible! ¿Qué puede hacer ese hombre contra nosotros?

—No lo sé, no lo sé, pero me estremezco: tengo frio en el alma: siento una impresion horrible. ¡Cuánto tarda en pasar el tiempo! ¡Me parece que está ahí, que nos oye, que nos mira con los ojos encarnizados!

—Tu imaginacion, María, tu imaginacion.

—No, mi imaginacion, no. ¿No sabes que yo soy hija de sér terrible, que he heredado su espiritu y su materia?

—Te engañas, María, te engañas: yo conozco que ese hombre te ama, pero no le creo capaz...

—De todo: yo le inspiro no sé qué pasion satánica. Luis se convertirá en un mónstruo por mí.

—Y aunque eso sea, ¿por qué temblar estando á mi lado?

—No lo sé, no lo sé, pero creo que tú no podrás defenderme, creo que voy á perderte. ¡Dios mio! ¡Yo no sé por qué te amo tanto, cuando tanto te he aborrecido!

—¡Oh, alma de mi alma! esclamó trasportado el marqués.

Y se levantó.

Adelantó hácia María conmovido y trémulo.

La jóven, enamorada y loca, se arrojó en sus brazos.

V.

Sonó entonces un rugido de fiera.

Luis se habia lanzado dentro.

Aún no habian tenido tiempo de apercibirse de su presencia los dos amantes, y ya Luis los habia separado, quedándose en medio de ellos.

El estupor, el asombro de una parte, la cólera de la otra, mantuvieron por algunos segundos mudos á los tres personajes de esta escena.

—¡Ah! ¡tú! esclamó el marqués, que habia conservado toda su bravura de otro tiempo. ¿Quién te ha traido? ¿á qué vienes? ¿qué quieres?

—¡Ella! esclamó Luis.

Y tendió su mano á María.

María se retiró aterrada.

Habia visto algo terrible, algo siniestro, algo mortal en la mirada de Luis.

—Sígueme, la dijo.

—¡Miserable! esclamó el marqués volviendo en sí de su sorpresa y corriendo hácia Luis. Véte: has entrado aquí como un ladron, con los piés descalzos para no ser sentido, cobarde.

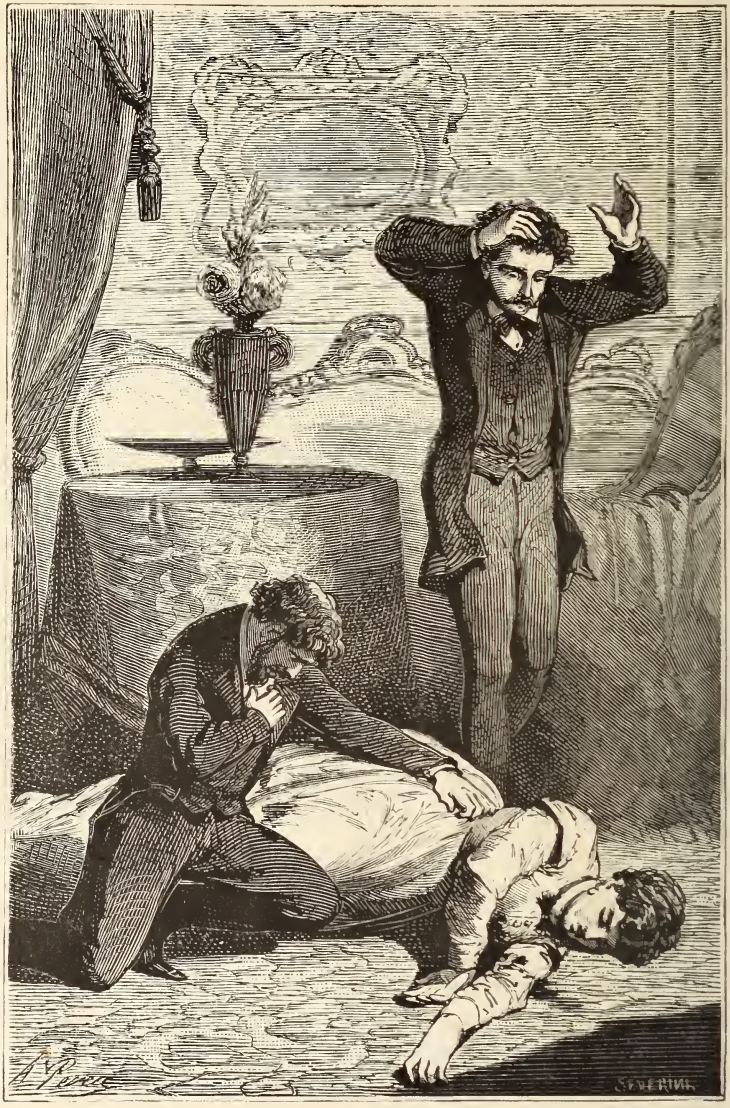
El marqués habia reparado que Luis tenia los piés desnudos.

—Sí, me he introducido aquí valiéndome de una traicion, para castigar una traicion infame que mata mi alma: la traicion de una mujer.

—¡Salga usted! esclamó María recobrándose. Salga usted ó llamo.

Luis soltó una carcajada.

—Llama, sí, llama, esclamó con voz ronca. ¿Qué encontrarán aquí cuando entren? Un hombre que dirá á todo el mundo: Mirad: ese hombre que estaba escondido en esta casa, ese hombre con quien María pretende casarse, es un mónstruo, un miserable que no ha sido castigado por la justicia porque se ha defendido con la tumba: un asesino, un ladron.



¡Perdóname, perdóname, María! esclamó Luis aterrado delante de su crimen.

VI.

No era el marqués hombre que podia sufrir tanto.

Avanzó con la rapidez del rayo, y dió una terrible bofetada á Luis.

Este vaciló un momento, pero se rehizo, y sacando enrojecido de furor un rewólver, estendió su brazo hácia el marqués.

María dió un grito horrible y se interpuso.

En aquel momento partió el tiro.

Sonaron dos gritos simultáneos.

María y el marqués habian sido heridos por la misma bala: heridos en el pecho.

—¡Ah! esclamó Luis arrojando el rewólver y lanzándose sobre María. ¡Herida! ¡tal vez muerta!

—¡Oh! sí, sí... esclamó María llevándose la mano al pecho, del cual salia la sangre á borbotones. Herida... muerta... Dios no ha querido que yo sea feliz.

Y vaciló y cayó de costado.

El marqués procuraba en vano tenerse de pié asido á María, y gritaba con todas sus fuerzas:

—¡Al asesino! ¡socorro!

Luis se alzó pálido, terrible, aturdido.

Se oia ruido de puertas que se abrian con violencia.

Era ya la hora convenida para la ceremonia, y Alfonsina, un sacerdote, Clotilde, Paula, Cristóbal y Agapito, que debian servir de testigos, se acercaban.

—¡Perdóname, perdóname, María! esclamó Luis aterrado delante de su crímen. Yo estaba loco.

Y sintiendo abrirse una puerta ya inmediata, huyó y ganó la escalera, y luego el postigo.

Solo cuando pisó el desigual empedrado de la calle, notó que estaba descalzo; pero no se atrevia á volver á entrar.

Habia dejado un vestigio de su crímen en sus botas, que habian quedado en lo alto de las escaleras.

Otro además en el rewólver que habia arrojado.

Como recordarán nuestros lectores, Luis habia vuelto al servicio militar por la influencia de Alfonsina.

Los rewólvers que habia llevado consigo eran de reglamento.

VII.

Todos los que se acercaban penetraron en el lugar de esta horrenda catástrofe.

A pesar de que el marqués habia sido herido por una bala que ya habia atravesado un cuerpo, su estado era mucho mas grave que el de María.

Habia perdido el conocimiento.

María estaba arrojada sobre él, y sollozaba.

VIII.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¿qué es esto? esclamó desesperada Alfonsina viendo á su prima anegada en sangre sobre el marqués, que parecia muerto, y entregada á un dolor desesperado.

—¡Oh! ¿Qué es esto? ¡María! ¡María de mi alma! esclamó Clotilde.

—Esto es que la maldicion de nuestra familia cae sobre mí, esclamó María.

—Pero ¿quién ha sido, quién? gritó Cristóbal, mientras que los otros testigos de esta escena desgarradora estaban aterrados.

—¡Un asesino! ¡un ladron! esclamó María, en la cual la grandeza de alma se sobreponia á la venganza.

—¡Un médico! ¡un médico! esclamó Clotilde. Es necesario socorrerlos.

María habia acabado por desmayarse.

En cuanto al marqués, cuando fueron á levantarle vieron con horror que habia muerto.

El último hijo de la adúltera maldecido por el loco marqués de Casa-Otero, habia sucumbido en el momento que creia tocar la felicidad.

CAPITULO XXXVIII.

QUE ES EL ÚLTIMO DE ESTA PEREGRINA HISTORIA.

I.

La justicia intervino, como no podia menos de ser, en estos gravísimos acontecimientos.

Se habia oido el disparo por los criados.

Aquel suceso no podia ocultarse.

Todos tenian motivos bastantes para estremecerse delante de la justicia.

Clotilde y Cristóbal se habian visto en sus manos, y habian escapado milagrosamente; pero lo que se logró fué que no se identificase el cadáver del marqués; que pasara por don Santiago de Guzman.

Bajo este nombre fue enterrado.

Al sepultar el cadáver del último de los tres hermanos malditos, pareció como que la fatalidad habia levantado su mano de sobre aquella familia.

María despertó como de un sueño.

El recuerdo del amor que habia tenido al marqués era para ella como una pesadilla.

Sin embargo, no podia desecharle de ella; pero habia vuelto su horror al marqués.

—¿Cómo he podido yo amarle? murmuraba. Tal vez el prestigio, la fuerza de su voluntad. ¿No es una verdad el magnetismo? Y si es verdad, ¿será el magnetismo una maldicion? ¿Castigará Dios á los que pretenden sobreponerse á la naturaleza?

II.

Por fortuna, la herida de María era mas grande que grave.

La bala habia pasado sin tocar ninguna parte del organismo, cuya dilaceracion hubiera podido atentar á la vitalidad.

Los médicos declararon que antes de un mes María estaria fuera del lecho completamente restablecida.

Esto fué un consuelo para los que la amaban.

María vió en aquella catástrofe un aviso de la Providencia.

Habia hecho un ídolo de un hombre, y aquel hombre habia sido destruido por otro hombre á quien habia creido amar.

Estos, debemos decirlo, no eran mas que acontecimientos fatales, necesarios, precisos, atendido el carácter y la situacion de los personajes que han figurado en nuestro drama.

Pero María atribuia todo esto á un poder sobrenatural.

Entonces cayó en lo que ella llamaba su conversion.

—Yo no debia haber amado nunca á un hombre que ha tenido gran parte en las desgracias de mi familia: Dios me ha castigado: Dios me ha tocado en el corazon.

Y se propuso borrar con una vida de abnegacion y de caridad su pecado.

Empezó pues por no revelar el nombre de quien habia cometido aquel doble crímen.

—Yo no conozco al asesino, dijo al juez, cuando ya en estado de declarar fué interrogada por aquel funcionario; ni aun siquiera le he visto. Yo sentí junto á mí un hombre, cuando oí el disparo de un arma de fuego y me sentí herida.

—¿No cree usted, señora, le preguntó el juez, que el asesino haya sido don Luis Alvarez?

—No puedo decirlo; mas aún, no lo creo, contestó María.

—Es inútil la generosidad de usted, señora, replicó el juez; don

Luis Alvarez está preso y acusado de la muerte de don Santiago de Guzman, y de tentativa de asesinato contra usted.

—Repito que yo no lo puedo decir.

—Es inútil la negativa, señora, dijo el juez: á nadie compromete usted con su declaracion. El proceso se sigue únicamente porque es necesario probar la verdad: hacer que conste que el autor de estos crímenes ha sido el difunto don Luis Alvarez.

—¿Difunto?

—Sí, sí señora: don Luis Alvarez ha muerto. No digo á usted esto por sorprenderla: lo juro á usted por mi honor.

—¡Muerto! esclamó María.

—Sí, sí señora: muerto como su víctima.

—Pues bien, para que no se complique á nadie, dijo María, para que la justicia sepa á qué atenerse, declaro que en efecto don Luis Alvarez ha sido el causante de la muerte de don Santiago de Guzman.

Y María hizo una declaracion franca y esplícita.

III.

Cristóbal habia conducido á la justicia al descubrimiento del criminal.

Siempre sereno el buen guarda campestre, aun en las situaciones mas difíciles, habia guardado, el rewólver que habia quedado en el lugar del crímen.

Cristóbal meditó.

—Este es un rewólver de reglamento, un rewólver de militar. ¿Qué militar ha podido tener interés en hacer esto?

Cristóbal pensó en Luis.

—¡Ah! Él amaba á Maria, dijo: él ha sido su novio. Es verdad que la olvidó por Alfonsina; pero cuando volvió á verla... ¡Oh! Sin duda es él.

Y dió parte de sus presunciones al juez.

IV.

Se encontraron en lo alto de las escaleras unas botas de charol.

Todo esto habia sido hecho á las doce de la noche.

El juez y el escribano se fueron al zapatero mas próximo.

Preguntaron, presentando las botas, si sabia de qué taller habian salido.

El zapatero reconoció por el trabajo del calzado al autor de aquel cuerpo de delito.

Trasladáronse rápidamente allá juez y escribano.

—¿Usted reconoce estas botas? le preguntó el juez.

—Sí señor: son de mi casa.

—¿Usted cree que estas botas son del capitan de caballería don Luis Alvarez?

El zapatero miró fijamente al juez, se puso pálido, y respondió:

—Yo no sé por qué usía me hace esa pregunta; pero yo no puedo negar la verdad: yo declaro que se han hecho estas botas para mi parroquiano el capitan de caballería don Luis Alvarez, y que hace cuatro dias que se las he enviado.

La justicia cogia á Luis por los piés.

Habia indicios bastantes para proceder á la detencion de Luis, y el juez, sin perder tiempo, se fué á su casa.

Tardaron en abrir, á pesar de que el juez se habia acompañado de un comisario, de dos serenos y de media docena de polizontes.

Al fin, el asistente abrió la puerta.

—¿Buscan ustedes á mi amo? dijo.

—En nombre de la ley, contestó el juez, buscamos al capitan de caballería don Luis Alvarez.

—Mi amo dice, contestó el asistente, que pueden ustedes pasar.

V.

Luis vivia en el cuarto segundo.

Juez, escribano, comisario, serenos, agentes, subieron.

Al llegar diez escalones antes del segundo piso, apareció un hombre en el descanso de las escaleras.

Tenia las manos á la espalda, y aparecia pálido, descompuesto el semblante, loco.

—¡La marca del crímen! dijo el escribano.

—¡Conque los dos! dijo Luis con una voz estensa.

—¡Eh! ¿Qué? esclamó el juez deteniéndose ante el aspecto de Luis.

—¡Conque los dos! repitió Luis, cuya voz se habia hecho mas desentonada, mas terrible, mas ronca.

—Y bien, sí, los dos, contestó maquinalmente el juez.

Luis lanzó una carcajada.

—Pues bien, dijo, seremos tres: no soy yo de madera á propósito para que corte en ella la justicia. Son dos, ahora seremos tres.

Y por una accion rápida como el pensamiento se puso un rewólver debajo de la barba, y antes de que nadie pudiese impedirlo se levantó la tapa de los sesos.

Cayó desplomado, como si el suelo hubiese faltado de repente de debajo de sus piés.

El juez, el escribano, todos los testigos en fin de aquella escena, lanzaron un grito de horror.

El manjar que les habia servido Luis habia sido demasiado fuerte.

Cuando llegaron á él le encontraron muerto.

El juez, despues de algunas diligencias, sobreseyó en el proceso.

No habia contra quién proceder.

Silvestre, que habia dado ocasion al desenlace trágico de nuestra historia, no fué ni aun siquiera molestado.

Nadie habia podido revelar la parte que él habia tenido en aquellos sucesos.

EPÍLOGO.

El autor ha relatado esta historia con arreglo á las Memorias particulares de que se ha servido.

Le restan que decir muy pocas palabras.

María, creyendo que sobre ella pesaba una maldicion y que solo en fuerza de buenas obras llegaria á ser perdonada, se ha consagrado á la caridad y es una Providencia para los pobres.

Alfonsina, que vive en el estranjero, y á la cual debemos el relato de esta historia, está casada con un hombre respetable y es feliz.

Cristóbal se casó con Gabriela; pero esta inocente criatura murió al dar á Cristóbal un hijo.

La fortuna es cruel: no respeta la felicidad.

Clotilde se casó.

No necesitamos decir á nuestros lectores que se casó con el viudo.

María puede ser que se despreocupe un dia; que comprenda que Dios no puede ser ni es caprichoso; que ella no tiene ningun crímen que expiar.

Puede ser que ame aún.

Si esto sucede, si encontramos razon para ello, puede ser que un dia contemos la segunda parte de la historia de María á nuestros lectores.

FIN.

INDICE.

SEGUNDA PARTE.

UNA HISTORIA DE HISTORIAS.

	Págs.
Capitulo primero.—Preliminares de esta segunda parte. . .	5
Cap. II.—Continúan los preliminares.	29
Cap. III.—Continúan los preliminares.	58
Cap. IV.—De cómo María muestra la abnegacion y grandeza de su alma.	70
Cap. V.—En que aparece Gabriela bajo una bella faz. . . .	84
Cap. VI.—El sentimiento y la razon.	98
Cap. VII.—En que se vé hasta qué punto llevaba el imperio sobre sí misma Clotilde.	110
Cap. VIII.—Del encuentro que tuvo Cristóbal en la quinta abandonada de Castell-d'Oro..	121
Cap. IX.—En que continúa la aventura anterior.	135
Cap. X.—La diplomacia de Cristóbal.	138
Cap. XI.—En que María se encuentra de improviso armada de un poder sobrenatural.	147

Capitulo XII.—En que se ve hasta qué punto llega la supersticion entre los campesinos. 169
Cap. XIII.—Revelaciones. 180
Cap. XIV.—La justicia se mezcla otra vez en los negocios. . 192
Cap. XV.—Una historia debida al sonambulismo magnético. 202
Cap. XVI.—En que siguen las aventuras de María.. 225
Cap. XVII.—Nuevos prodigios del magnetismo, de los cuales deja la responsabilidad el autor á las Memorias de que se sirve. 240
Cap. XVIII.—Situacion de nuestros personajes.. 251
Cap. XIX.—En que termina nuestra revista retrospectiva. . 267
Cap. XX.—En que María hace un nuevo y maravilloso descubrimiento sobre el magnetismo. 285
Cap. XXI.—Una trasfusion de flúido. 298
Cap. XXII.—En que el autor, á causa de la situacion moral de dos de sus personajes, se estravía sin pensarlo en el terreno de la política palpitante. 304
Cap. XXIII.—Las dos hermanas. 311
Cap. XXIV.—En que nuestro relato empieza á tocar en el horror. 317
Cap. XXV.—Continuacion de la historia. 364
Cap. XXVI.—La resurreccion de un amor. 377
Cap. XXVII.—En que empieza una nueva historia. 383
Cap. XXVIII.—Todavía la historia. 394
Cap. XXIX.—En que continúa el relato de las desventuras de Andrea. 406
Cap. XXX.—Fin de la historia de Andrea. 431
Cap. XXXI.—En que se agravan los sucesos. 449
Cap. XXXII.—De cómo la fatalidad se mezclaba una vez mas á los acontecimientos. 455

Capitulo XXXIII.—En que se trata un poco de política, otro poco de historia, y otro poco de novela. 465
Cap. XXXIV.—De cómo Luis se convertia en un infame. . . 492
Cap. XXXV.—Continúa la intriga de Luis. 497
Cap. XXXVI.—Un tigre que acecha. 506
Cap. XXXVII.—Catástrofe. 515
Cap. XXXVIII.—Que es el último de esta peregrina historia. 521
Epílogo.. 652

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO SEGUNDO.

	Págs.
Luis fué rápidamente, le recogió y le llevó á María.	35
La baronesa de Castell-d'oro.	80
...la puso sobre sus hombros, y partió con mas velocidad que una máquina de vapor.	168
María le veia saltar de una roca á la otra como hubiera podido saltar un gamo.	226
Gabriela.	252
Clotilde.	311
¿Viva? esclamó el sepulturero.	371
¡Perdóname, perdóname, María! esclamó Luis aterrado delante de su crímen.	519

COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

TOMO PRIMERO.

Págs.

Arrojó maquinalmente la vista sobre ella, y leyó. 3
El religioso se quitó la capilla y se la puso á la jóven. . . . 20
¡Dios mio! esclamó Alfonsina pasando revista en una rápida ojeada á sus diez y seis camas. 61
¿Conque te tenemos aquí? dijo. 139
Paula. 203
Cristóbal. 241
María. 249
...con la otra sostenia la bujía, y se inclinaba para mirar al moribundo, que seguia roncando. 281
El marqués empezó de esta manera. 372
¡Oh! esclamó. El hombre es cruel, muy cruel. 450
Y empezó su relato de la manera siguiente. 598
Y se tendió y pegó su oido á la tierra. 634

299138

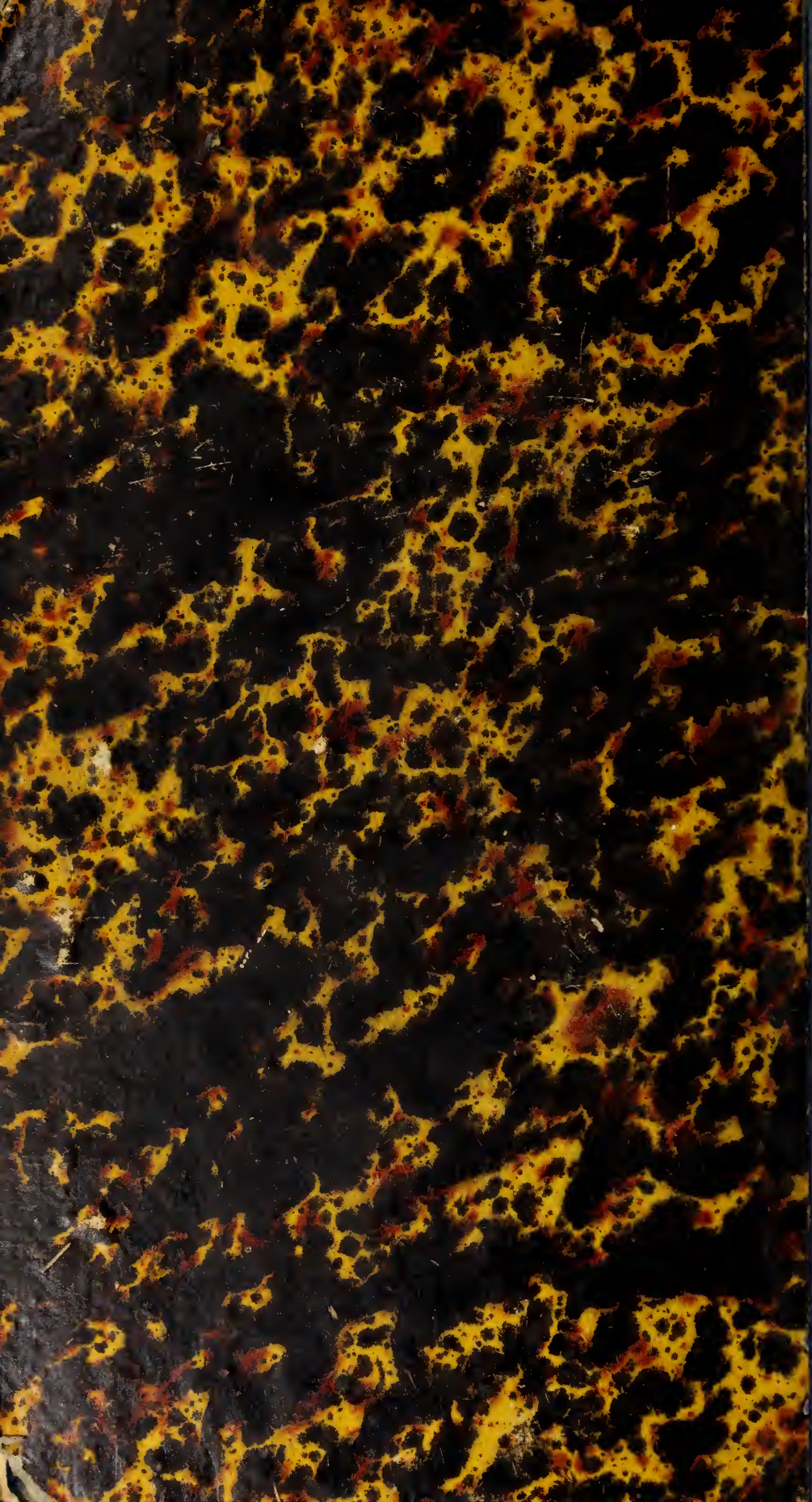
Author Fernández y González, Manuel

LS
F3674mar

Title Maria (memorias de una huérfana). Vol.2.

DATE. | NAME OF BORROWER.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU